"LA CULTURA ARGENTINA"

J. P. y G. P. ROBERTSON

LA ARGENTINA

EN LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN

CARTAS SOBRE EL PARAGUAY: Comprendiendo la relación de una residencia de cuatro años en esa República. bajo el gobierno del Dictador Francia.

Traducción y prólogo de
CARLOS A. ALDAO

ADMINISTRACIÓN GENERAL
VACCARO—Av. de Mayo 638—Buenos Aires
1920

Digitized by Google

Digitized by Google

Hon. Kate Hendricken
3-31-41
539271

F
2675
.R657

A SU GRACIA

EL

DUQUE DE BUCCLEUCH y QUEENQBERRY C. J.

ETC., ETC., ETC.

Estos volúmenes, con permiso suyo; son respetuosamente dedicados; por los mas humildes y agradecidos servidores.

LOS AUTORES.

Digitized by Google

Digitized by Google

PROLOGO DEL TRADUCTOR

Para hacer resaltar la grande importancia de esta obra, considerada de un punto de vista puramente argentino, me he permitido enmendar su título original y, en consecuencia, advierto que éste es literalmente el que aparece como subtítulo.

He traducido los dos volúmenes publicados en Londres, en 1838, bajo el título de *Letters on Paraguay*, conteniendo las cartas escritas al señor Gilfillan, y he agregado seis cartas entresacadas de "Francia's Reign of Terror" que completan un ciclo en la vida americana de los autores.

Juan Parish Robertson a la edad de catorce años llegó por primera vez al Río de la Plata en 1806, y en 1812 emprendió negocios en el Paraguay, donde se le unió su hermano Guillermo. La narración de las residencias y aventuras de ambos en estos países, hasta que fueron expulsados del Paraguay por el dictador Francia, constituye la parte de la obra más interesante para los argentinos.

En 1815 llegaron a Corrientes, a la sazón todavía inquieta por el estado de anarquía, confusión, sangre, violencia y rapiña, producido por la entrega de la ciudad al poder de Artigas. Su influencia fué considerable, pues fueron los primeros en introducir el uso del dinero en las transacciones, que hasta entonces se efectuaban por simple permuta. Conocieron al irlandés Pedro Campbell, desertor del ejército de Beresford, que establecido en Corrientes con una curtiduría, había sido convertido por la Revolución en caudillo temible. Lo tomaron a su servicio para pacificar la campaña, habilitaron a muchos estancieros y, ambos hermanos en Corrientes y Goya, respectivamente, emprendieron en grande escala el acopio de cueros que continuaron hasta 1820.

Entretanto, en 1817, Juan se había trasladado a Inglaterra, residiendo en Liverpool hasta 1820, cuando, en conocimiento de las victorias del general San Martín en Chile y de sus luchas por la independencia del Perú, decidió retornar a Sud América con la intención de establecer casas comerciales en el primero de estos países y en Lima. Esto le dió oportunidad de trasmontar los Andes, recorrer el Pacífico desde Concepción hasta Trujillo, y hacer un empréstito al gobierno peruano.

En 1824 volvió a Greenock en barco propio, llevando una fortuna de £ 100.000 ganada en los negocios del Río de la Plata y la costa del Pacífico. En esta ocasión el gobierno argentino le encargó, en unión con Félix Castro, para negociar en Londres el primer empréstito nacional, y ambos comisionados, Guillermo P. Robertson, Braulio Costa y Juan P. Sáenz Valiente adelantaron $ f. 250.000 para ser reembolsados con los fondos del empréstito a realizarse.

Regresó al país en 1826 para fundar la colonia escocesa de Monte Grande a que alude el general Miller en sus *Memorias*, señalando a Robertson como el futuro Guillermo Penn de las pampas. Pero la guerra del Brasil y la revolución del ge-

Digitized by Google

neral Lavalle arruinaron el establecimiento, y el fundador partió definitivamente para Inglaterra casi en la miseria. No obstante frisar en los cuarenta años, ingresó en la Universidad de Cambridge siguiendo los cursos durante tres años, y su casamiento posterior con una dama de posición pecuniaria le permitió retirarse a la isla de Wight, donde se entregó a trabajos literarios hasta su muerte, acaecida en Calais en 1843.

Previamente se habían retirado a Londres, sin perder el contacto con el país, donde habían hecho y perdido fortuna, el mayor en 1830 y Guillermo en 1834. Allí publicaron las *"Letters on Paraguay"* en 1838, seguidas de *"Francia's Reign of Terror"* en 1839, y luego *"Letters on South America"* en 1843. Las cartas sobre el Paraguay fueron publicadas traducidas (supongo que la parte relativa a Montevideo) en 1841, en "El Nacional", periódico mensual que aparecía en dicha ciudad.

Estos libros, actualmente muy escasos, tuvieron gran éxito en su tiempo y suscitaron la airada e injusta crítica de Carlyle; pero hoy, como tantos de la rica literatura inglesa referentes a nuestro país, están en poder de bibliófilos o abandonados en los anaqueles de las bibliotecas. Un ejemplar de *"Letters on Paraguay"* vino a mis manos y, cautivado por la verdad de la narración, traduje la parte relativa a Santa Fe, y me interesó tanto que, poco a poco, he rematado la agradable tarea en la forma que la presento.

La descripción de la ciudad de Santa Fe en 1812, agregándole el detalle que en sus calles asoleadas y solitarias se veían gallos de riña encerrados en grandes jaulas de madera, o simplemente atados de la pata a una estaca pequeña, clavada en el cordón de la áspera y accidentada vereda de ladrillo, hubiera sido exactísima cincuenta años después. He conocido, muy posteriormente, a Corrientes, Entre Ríos y Paraguay; pero ya sea por referencias y conversaciones oídas y olvidadas, o bien (¡quién sabe! Robertson habitó en Santa Fe la casa que heredé de mi padre, no salida de la familia desde 1712) por algunas células de mi organismo que hayan vibrado en aquella época, cuando recorro las páginas descriptivas de tipos y costumbres de esas comarcas, los veo surgir ante mis ojos como de una placa fotográfica expuesta a la luz há largo tiempo y revelada recientemente en la cámara obscura.

De aquí que considere la obra de los Robertson fundamental para explicar nuestros orígenes nacionales. Porque así como nadie se contempla a sí mismo desde lejos, los que formamos parte y somos producto de un organismo social, en la sucesión del tiempo, no podemos comprenderlo acabadamente sin ayuda extraña. Se aclaran las ideas con las observaciones y descripciones, llenas de fluidez y amenidad, hechas por hombres fuertes y sanos, pertenecientes a una civilización superior, con la sinceridad, alegría y benevolencia propias de los años juveniles.

Las causas individuales y privadas que trabajaron, como las aguas subterráneas silenciosas y ocultas, para producir la Revolución, han sido estudiadas y expuestas por nuestros grandes historiadores; pero para las nuevas generaciones, ajenas al medio en que los sucesos se desarrollaron, escapa el verdadero sentido de sus enseñanzas. En la historia de nuestra independencia, el pueblo prefiere lo heroico que hable directamente al sentimiento y enardezca el patriotismo, sea por el

Digitized by Google

amor al *panache* tan natural en el hombre, o porque, en realidad, la guerra es la florescencia de la suma de ambiciones, intereses y pasiones que imprimen el sello permanente a una nación.

No basta leer el admirable resumen, contenido en el párrafo XVIII, Capítulo I, de la *Historia de Belgrano* por el general Mitre, acerca de las causas que contribuyeron a la formación de la sociedad criolla y produjeron la revolución. Se recorren sus páginas en diez minutos; pero no hay en ellas una palabra que huelgue ni frase que no envuelva un amplio concepto, y puede agregarse, que éstos pasarían inadvertidos, sin el comentario de libros como el de los Robertson que nos transportan al escenario de los sucesos, describiéndonos el aspecto del país y las costumbres sencillas de los habitantes.

Monopolio comercial de Cádiz, aislamiento legal de las antiguas colonias entre sí y con la metrópoli, son palabras que muy pronto se dicen o se escriben; pero no se aprecia la extensión de su significado sino con datos anecdóticos de la vida cotidiana que graben en la mente la magnitud del concepto que encierran. Por ejemplo, tengo en mi poder una escritura pública extendida en 1734 en la Concepción del Cuzco, en que consta que Antonio Candioti y Mujica (padre del Francisco Antonio, amigo de los Robertson) y Tomás Andrés Varela compraron, en Lima, a Francisco Derbao "dos memorias de géneros de Castilla" por $ f. 86.000. El precio fué abonado al vendedor mediante la cesión de créditos, por igual cantidad, reconocidos en favor de los compradores por varias personas residentes en el Perú. Así, no era solamente el larguísimo viaje para transportar a lomo de mula las mercaderías, recargadas de 500 o 600 % de su costo originario, con el flete desde Portobello, a través del continente, sino que los metales preciosos amonedados o en especie no podían pasar al sur de Potosí.

Contra estas trabas legales impuestas al comercio trabajaba por gravitación natural el puerto cerrado de Buenos Aires, mediante el contrabando, hecho primero al abrigo de la trata de negros y luego, perfectamente organizado por los portugueses de la Colonia. El país vivió siglos con este absurdo sistema y la creación tardía del Virreinato para hacer frente a las guerras con Portugal, dió mayor importancia a su capital desviando hacia ella las rutas comerciales del continente con el célebre auto de Ceballos en 1777 permitiendo el comercio de Buenos Aires con todos los puertos de la metrópoli.

La luz que venía con el comercio era escasa y no se difundía en los vastos desiertos del interior sino muy amortiguada. No creo que hayan influído en la revolución argentina la independencia de los Estados Unidos o la revolución francesa, porque ambos sucesos, grandes como fueron, eran desconocidos para una masa analfabeta, no domada por otra fuerza que el pavor religioso. No se admitían libros ni prédicas liberales y había echado tales raíces el sistema, que mucho después de la independencia, Gelabert, el cura de Santa Fe, apostrofaba en público desde el púlpito a un padre de familia por tener y leer la "Moral Universal" de Holbach (1), y

(1) El aludido era mi abuelo materno, Maciel. A su muerte la obra del barón Holbach pasó como reliquia de familia al primogénito, y cuando a éste le llegó el turno de pagar su tributo a la tierra, fué reclamada

Digitized by Google

el mismo, ascendido a obispo, lanzó, en 1867, la excomunión mayor contra todos los que habían sancionado y acataran la ley del matrimonio civil, promulgada bajo la administración de Oroño, conteniendo una serie de maldiciones propias de las edades bárbaras.

Las peregrinaciones del general Miranda por las Cortes europeas buscando apoyo para independizar las colonias españolas, idea acogida por el ministro británico Pitt, no tuvieron eco en el Río de la Plata. Lo prueba la conversación de Belgrano (hombre de letras educado en Salamanca) con el prisionero general inglés Crawford, cuando el primero admitía, sin dificultad, que el país no estaría maduro para la independencia antes de un siglo.

Fueron en realidad, los ingleses, durante un año de permanencia en el Plata, quienes desempeñaron el papel de Mefistófeles en el poema de Goethe, cuando escribe en el álbum del estudiante: *Eritis sicut Deus bonum et malum scientes.* Ellos instalaron logias masónicas que los ponían en estrecha relación con los nativos, e hicieron activa propaganda en favor de la independencia, imprimiendo nuevos rumbos a las energías dormidas en los criollos hasta ser despertadas por la victoria.

Auchmuty escribía: "La opresión de la metrópoli ha hecho más ansioso en los nativos el anhelo de sacudir el yugo de España, y aunque por su ignorancia, su falta de moralidad y la barbarie innata de sus inclinaciones sean completamente incapaces de gobernarse por sí mismos, quisieran seguir los pasos de los norteamericanos erigiendo un estado independiente".

Los argentinos, pues, se sintieron renovados, y Saavedra fué el primero que, dirigiéndose a los Patricios, proclamó la igualdad de criollos y peninsulares. En los funerales celebrados en Santiago de Chile por los caídos en Buenos Aires en defensa de su patria, apareció una inscripción que empezaba "*Militibus argentinibus*", es decir, a los guerreros *argentinos*, nombre olvidado desde los remotos tiempos de Barco Centenera y Ruy Díaz de Guzmán.

Las grandes fuerzas determinantes de las acciones colectivas son los sentimientos que después el pensamiento abarca y les da formas. El sentimiento generador de la revolución fué señalado con perspicacia por Azara, citado por el general Mitre: "Tienen tal idea de su igualdad, que aun cuando el rey acordase títulos de nobles a algunos particulares, ninguno los consideraría como tales. El mismo virrey no podría conseguir un cochero o lacayo criollo". "Existe una especie de alejamiento o, más bien dicho, aversión decidida de los criollos hacia los europeos y el gobierno español. Esta aversión es tal que la he visto reinar entre el hijo y el padre, entre marido y mujer, cuando unos eran europeos y otros americanos". Que cualquier argentino examine el fondo de su corazón y aquilate la verdad de estas palabras.

---

por una hermana que se creía con derecho a causa del sofocón sufrido, pues estaba entre los oyentes del sermón. Los dos tomos se confiaron al cura de Coronda, D. Julián Garcilazo, para entregarlos a la nueva depositaria; pero este santo varón creyó oportuno hacer un auto de fe y los quemó.

Digitized by Google

Se las puede recordar porque, para celebrar el centenario de la declaración de nuestra independencia, y olvidando que la Constitución asigna al gobierno federal el cuidado de las relaciones exteriores, se ha intentado rendir homenajes populares a España. Homenaje ¿por qué? ¿Por haberla vencido? No sería serio ni noble. Menos se concibe que sea un reconocimiento de trescientos años de opresión, atraso y obscurantismo, o de que hayamos venido a la vida nacional de un siglo atrás en civilización. Que sean bien venidos los españoles, como todos los hombres del mundo que quieran vivir al amparo de nuestras leyes; pero España jamás.

Los individuos como las naciones tienen una razón de ser y una ruta marcada de que no pueden apartarse sin perder su personalidad. Las cartas de Robertson hacen revivir escenas pasadas que demuestran el estado de una sociedad patriarcal, ignorante, sencilla y pobre. Si agrego mis recuerdos personales de haber aprendido las primeras letras con una buena mujer, doña Jacinta Zabroso, mediante retribución mensual de dos reales bolivianos y luego ingresado en la única escuela primaria de Santa Fe donde funcionaba vivamente una regla negra y cilíndrica para hacer entrar la letra a golpes de palmeta, aparece el enorme camino andado para llegar a nuestra actual civilización. El homenaje brota espontáneo pero exclusivamente para los próceres de la revolución y para los hombres cultos y representativos de la segunda independencia, la que desmoronó al sistema colonial en 1820, de cuyas ruinas nació una democracia inorgánica que, pasadas dolorosas luchas intestinas, se modeló en 1853, fué afianzada en 1862 y definitivamente consolidada en 1880.

CARLOS A. ALDAO.

1916.

Digitized by Google

el mismo, ascendido a obispo, lanzó, en 1867, la excomunión mayor contra todos los que habían sancionado y acataran la ley del matrimonio civil, promulgada bajo la administración de Orofio, conteniendo una serie de maldiciones propias de las edades bárbaras.

Las peregrinaciones del general Miranda por las Cortes europeas buscando apoyo para independizar las colonias españolas, idea acogida por el ministro británico Pitt, no tuvieron eco en el Río de la Plata. Lo prueba la conversación de Belgrano (hombre de letras educado en Salamanca) con el prisionero general inglés Crawford, cuando el primero admitía, sin dificultad, que el país no estaría maduro para la independencia antes de un siglo.

Fueron en realidad, los ingleses, durante un año de permanencia en el Plata, quienes desempeñaron el papel de Mefistófeles en el poema de Goethe, cuando escribe en el álbum del estudiante: *Eritis sicut Deus bonum et malum scientes.* Ellos instalaron logias masónicas que los ponían en estrecha relación con los nativos, e hicieron activa propaganda en favor de la independencia, imprimiendo nuevos rumbos a las energías dormidas en los criollos hasta ser despertadas por la victoria.

Auchmuty escribía: "La opresión de la metrópoli ha hecho más ansioso en los nativos el anhelo de sacudir el yugo de España, y aunque por su ignorancia, su falta de moralidad y la barbarie innata de sus inclinaciones sean completamente incapaces de gobernarse por sí mismos, quisieran seguir los pasos de los norteamericanos erigiendo un estado independiente".

Los argentinos, pues, se sintieron renovados, y Saavedra fué el primero que, dirigiéndose a los Patricios, proclamó la igualdad de criollos y peninsulares. En los funerales celebrados en Santiago de Chile por los caídos en Buenos Aires en defensa de su patria, apareció una inscripción que empezaba "*Militibus argentinibus*", es decir, a los guerreros *argentinos*, nombre olvidado desde los remotos tiempos de Barco Centenera y Ruy Díaz de Guzmán.

Las grandes fuerzas determinantes de las acciones colectivas son los sentimientos que después el pensamiento abarca y les da formas. El sentimiento generador de la revolución fué señalado con perspicacia por Azara, citado por el general Mitre: "Tienen tal idea de su igualdad, que aun cuando el rey acordase títulos de nobles a algunos particulares, ninguno los consideraría como tales. El mismo virrey no podría conseguir un cochero o lacayo criollo". "Existe una especie de alejamiento o, más bien dicho, aversión decidida de los criollos hacia los europeos y el gobierno español. Esta aversión es tal que la he visto reinar entre el hijo y el padre, entre marido y mujer, cuando unos eran europeos y otros americanos". Que cualquier argentino examine el fondo de su corazón y aquilate la verdad de estas palabras.

---

por una hermana que se creía con derecho a causa del sofocón sufrido, pues estaba entre los oyentes del sermón. Los dos tomos se confiaron al cura de Coronda, D. Julián Garcilazo, para entregarlos a la nueva depositaria; pero este santo varón creyó oportuno hacer un auto de fe y los quemó.

Digitized by Google

Se las puede recordar porque, para celebrar el centenario de la declaración de nuestra independencia, y olvidando que la Constitución asigna al gobierno federal el cuidado de las relaciones exteriores, se ha intentado rendir homenajes populares a España. Homenaje ¿por qué? ¿Por haberla vencido? No sería serio mi noble. Menos se concibe que sea un reconocimiento de trescientos años de opresión, atraso y obscurantismo, o de que hayamos venido a la vida nacional de un siglo atrás en civilización. Que sean bien venidos los españoles, como todos los hombres del mundo que quieran vivir al amparo de nuestras leyes; pero España jamás.

Los individuos como las naciones tienen una razón de ser y una ruta marcada de que no pueden apartarse sin perder su personalidad. Las cartas de Robertson hacen revivir escenas pasadas que demuestran el estado de una sociedad patriarcal, ignorante, sencilla y pobre. Si agrego mis recuerdos personales de haber aprendido las primeras letras con una buena mujer, doña Jacinta Zabroso, mediante retribución mensual de dos reales bolivianos y luego ingresado en la única escuela primaria de Santa Fe donde funcionaba vivamente una regla negra y cilíndrica para hacer entrar la letra a golpes de palmeta, aparece el enorme camino andado para llegar a nuestra actual civilización. El homenaje brota espontáneo pero exclusivamente para los próceres de la revolución y para los hombres cultos y representativos de la segunda independencia, la que desmoronó al sistema colonial en 1820, de cuyas ruinas nació una democracia inorgánica que, pasadas dolorosas luchas intestinas, se modeló en 1853, fué afianzada en 1862 y definitivamente consolidada en 1880.

CARLOS A. ALBAO.

1916.

Digitized by Google

Digitized by Google

PREFACIO

Suponemos que todo lector sabe que el prefacio de un libro, aunque venga primero, se escribe último.

Sucede, sin embargo, en el presente caso, que el prefacio ha sido no solamente lo último escrito de nuestro libro, sino que la mayor parte de él se ha dado maña para escurrirse a las páginas finales del segundo volumen.

En consecuencia, debemos suplicar a nuestros lectores se sirvan acudir a la última carta de esta obra, dirigida a ellos, pues algo de esa carta se puede leer oportunamente como parte de nuestro prefacio.

Hemos titulado las primeras cinco cartas de nuestra serie: *Preliminares*. Contienen un rápido bosquejo de los elementos sociales y políticos con que se han formado las repúblicas sudamericanas.

Hemos sido constantemente interrogados sobre el por qué la América del Sur continúa tanto tiempo en situación instable, y el bosquejo aludido es nuestra respuesta a la pregunta. Hemos tratado de hacer la materia preliminar tan liviana como la naturaleza del asunto lo permitiese; pero, si alguno de nuestros lectores fuese desinclinado a leer con atención bocetos políticos de cualquier clase, rogámosle tenga presente que concluímos los nuestros con la Carta V.

El Paraguay es menos conocido, quizás, para los lectores ingleses que cualquier otra parte del mundo en que haya penetrado la civilización europea. Creemos que fuimos los primeros súbditos británicos que hayamos visitado el país (1); y ninguna otra obra más que la presente, proponiéndose dar relación del Paraguay, escrita por un inglés, existe actualmente.

Creemos que la historia de los jesuitas en el Paraguay se hallará que contiene muchos detalles curiosos; y exhibe, para los no muy versados en doctrina jesuítica, un estado social muy singular.

Hemos expresado, en el cuerpo del libro, nuestros agradecimientos a Sir Woodbine Parish por la manera bondadosa en que nos ha dado acceso a su valiosa colección de libros y manuscritos originales e inéditos relativos a Sud América en general. Los que tratan de la expulsión de los jesuitas son interesantes, raros y auténticos; y los hemos hallado de grande utilidad al hacer la relación de aquella medida célebre.

Deseamos también expresar nuestros agradecimientos a Míster Arrowsmith por las grandes molestias que se tomado en trazar el mapita que acompaña a nuestra obra. Creemos que los diferentes lugares son dados, y los cursos de los ríos Paraguay, Paraná y

---

(1) Debemos exceptuar a nuestro amigo el sargento escocés, mencionado en la Carta XXI.

Digitized by Google

de la Plata, mostrados más exactamente que en cualquier otro mapa que hayamos visto.

A nuestros suscriptores en general, y a algunos individuos de entre ellos en particular, debemos mucho por el estímulo que han otorgado a esta obra ligera. Deseamos que nuestra habilidad guarde proporción con nuestro deseo de mostrar que su patrocinio no ha sido mal colocado.

Londres, agosto 6, 1838.

Digitized by Google

LA ARGENTINA EN LA EPOCA DE LA REVOLUCION

Digitized by Google

Digitized by Google

CARTA I.

PRELIMINAR

Al señor J. G.

Observaciones generales. — Política colonial de España. — Lord Beresford. — Origen del entusiasmo por el país. — Reacción.

Londres, 1838.

Las numerosas obras sobre la América del Sur publicadas en los últimos años; las variadas historias, diarios, viajes y residencias salidos a luz, han atenuado tanto el tema en conjunto, que al insistir en él, nos limitamos a considerar si podemos ofrecer algo nuevo sobre tópicos hoy tan familiares para casi todos los lectores.

Hemos intentado considerar este punto; y cuando reflexionamos que las cartas siguientes, aunque recién editadas, fueron escritas realmente en la época a que se refieren y con observación directa de los hechos que rememoran; si podemos agregar que forman solamente parte de muchos documentos coleccionados y cartas escritas durante una residencia de casi veinticinco años en Buenos Aires, Paraguay, Chile y Perú; y si consideramos finalmente que hemos mantenido relaciones con aquellos países después que los dejamos; creemos no causará extrañeza que nuestras comunicaciones contengan algo relativo a Sud América que ha escapado a diaristas apurados, visitantes casuales y viajeros de galope.

Cuando recordamos además que alguno de nuestros años juveniles transcurrieron en el Paraguay, especie de *terra incognita*; que hemos tenido trato prolongado y familiar con uno de los caracteres más singulares y déspotas más sistemáticos de su tiempo y generación; que hemos explorado las remotas moradas de los jesuítas y las famosas ruinas de su organización política, instituciones e industria; creemos poder decir algo nuevo todavía sobre el bien conocido tema sudamericano.

Aunque naturalmente seamos llevados a entrar en detalles de los hábitos y costumbres de Sud América, no nos limitaremos a estos tópicos tan generalmente tratados por otros viajeros.

Al tratar, desde su comienzo, la revolución sudamericana tomaremos los sucesos más salientes de su historia, y os describiremos, en relación con éstos, a los hombres dirigentes de su época, con casi todos los que hemos tenido frecuente trato y realizado varias negociaciones importantes. Al presente, después de una breve noticia preliminar, necesaria para devanar el ovillo de nuestra narración, intentamos limitarnos principalmente al Paraguay y al doctor Francia.

La historia de la Revolución sudamericana desgraciada-

Digitized by Google

mente es más bien historia de discordias civiles e intrigas de partido — de agresión militar de un jefe insignificante contra otro —, que de ninguna lucha organizada por la independencia contra el enemigo común. Allí ha habido pocas muestras hasta hoy, de algún esfuerzo paciente, respetable y tolerablemente feliz, para substituir, con un orden de cosas mejor, las leyes o prácticas que introdujo la metrópoli, poco después de conquistar su porción del nuevo mundo.

Algunas de las colonias reventaron las ligaduras de la opresión española antes que otras. El Paraguay, por ejemplo, no había tenido enemigo español que afrontar desde 1811, y Buenos Aires desde 1814. Chile continuó siendo más o menos desolado por expediciones procedentes de Lima hasta 1819; y del Perú no puede decirse se haya emancipado completamente del vasallaje español hasta la rendición, por el general Rodil, de la fortaleza del Callao en 1826.

En Colombia, la lucha por la independencia fué más prolongada; en México, con excepción de los esfuerzos pasajeros de Mina, se empezó más tarde que en los otros virreynatos; pero de todos puede fácilmente afirmarse, que sus querellas de familia y disturbios domésticos, continuados hasta hoy, les han sido mucho más perjudiciales que cualquiera invasión del exterior o conspiraciones internas de los españoles.

Que tal es el hecho debe ser evidente para todo el que hasta aquí se haya interesado en el progreso de la revolución, leyendo los detalles suministrados de vez en cuando, por los periódicos ingleses. Para los que han presenciado ese progreso, no solamente el hecho es evidente, si no que ha dado su propia solución.

Si el poder español hubiera sido mayor en aquellos países de lo que fué, necesariamente hubiera habido mayor concentración de esfuerzo para destruirlo. De este modo hubiera habido menos oportunidad para que los jefes nativos tramasen y ejecutasen proyectos de engrandecimiento personal. Se habrían empeñado en la lucha más ardua y urgente, exigida por la expulsión del enemigo común antes de haber empezado a combatir por la recíproca primacía civil y militar. Entretanto, el peligro apremiante y la unidad de acción requerida para evitarlo, habría engendrado más espíritu público entre los nativos, de modo que cuando los españoles hubiesen al fin sido desalojados de todas sus fuertes posiciones, hubiera sido por el esfuerzo común en que ciudadanos y soldados sentirían haber contribuído en algo. Hubieran deseado menos, por consiguiente, entregar pasivamente en manos de ningún déspota militar, o jefezuelo al mando de quinientos reclutas, la libertad por cuya conquista habían combatido, o de alguna otra manera directamente sufrido.

En vez de esto, no obstante, frecuentemente sucedía que las tropas españolas se pasaban en masa a jefes de conocidas ideas revolucionarias. Cuando no sucedía esto, esos jefes organizaban pocos cuerpos de infantería, y, con éstos y un escuadrón de caballería, en la primera o segunda refriega, deshacían a sus adversarios españoles. Batallas en que no combatían más de mil hombres han decidido la suerte de provincias enteras. Algunas de las campañas emprendidas y de las más famosas victorias, si se las despoja de la fraseología altisonante y de los pomposos términos tan abundantes en español, con que los partes de estas victorias han sido adornados, todo confirmará

Digitized by Google

este hecho, que el poder militar de España en la América del Sur, al principio y durante todo el proceso revolucionario, ha sido muy exagerado. Los esfuerzos de los americanos para completar su independencia donde quiera que se emprendieron con energía, tuvieron invariablemente éxito, y hemos de atribuir en gran parte a la facilidad con que los numerosos, aunque a menudo aislados, cuerpos de tropas españolas, por todo el país, fueron primero vencidos, aquel espíritu de usurpación militar de los jefes sudamericanos que, a tan poco costo como el de una escaramuza o batalla, preparaban su camino al poder sobre sus conciudadanos inexpertos y divididos. El ejército de este poder ha sido a menudo tan perjudicial y opresor como el de cualquier dominio alguna vez reclamado o practicado por la misma España.

Pero, aunque ésta es una causa del lento progreso hecho por los sudamericanos hacia cualquier cosa semejante a la estabilidad de sus instituciones políticas, y del relativamente poco beneficio hasta ahora derivado por ellos de su revolución, sin embargo, debe confesarse que hay otra causa, que es más profunda, y opera mucho más perniciosamente que la antes señalada; y a esta segunda causa vémonos, a pesar nuestro, precisados a atribuir, no solamente muchas de sus vacilaciones en materia política, sino, lo que es más lamentable, muchas de sus aberraciones en punto de principios. Esta causa ha de encontrarse no solamente en la grande ignorancia en que fué siempre política de España educar a sus subditos coloniales, sino en los estériles y viciosos derroteros, de que, si no era abiertamente fomentada, la mejor juventud criolla en realidad nunca fué apartada grandemente por sus padres europeos.

Para quienes consideren efectivamente cuál fué la política de la vieja España con sus colonias—cuán grande su desconfianza a fin de que ellas no sobrepujasen a sus medios de control—cuan vigilante el sistema de espionaje político con que las acechaba—, cuán sórdida, baja y limitada era la educación que les permitía —y cuan perniciosos eran a la vez el ejemplo y control de gran número de frailes de que el territorio español estaba preñado—; la maravilla no es que los habitantes actuales mostrasen todavía tantos rasgos del vicioso sistema a que estuvieron sujetos por España, sino que los europeos hubiesen calculado tan crédulamente sobre aquellos principios y virtudes públicos que eran totalmente incompatibles con la índole de su enseñanza colonial.

Esta maravilla será menor, sin embargo, si brevemente reflexionamos sobre el modo en que la información respecto al estado de Sud América se transmitía a Europa; en el trato, político y comercial, que se difundió por esta información; y en el nuevo estado de cosas que de aquí surgió en las antiguas colonias.

Primero, sir Home Popham transmitió a Inglaterra el cuadro más animado que puede trazarse de la riqueza y fertilidad del país de que el valiente general (hoy vizconde) Beresford, en circunstancias calculadas para excitar asombro y admiración, se había apoderado. La captura de Buenos Aires parecía acontecimiento que debía más propiamente parangonarse con las atrevidas hazañas de la época caballeresca que con las empresas militares del día. Con un puñado de mil quinientos hombres, el general Beresford desembarcó en un país completamente desconocido y procedió a atacar una ciudad que cubría varias millas

Digitized by Google

cuadradas y con setenta mil habitantes. El virrey Sobremonte dirigía las tropas; generales europeos las mandaban; y el odio de españoles y criollos hacia los ingleses era aumentado por el rencor religioso. Sin embargo, en estas circunstancias, el general Beresford se apoderó de Buenos Aires. No solamente lo tomó, pero lo que es aún más admirable, obligó a sus enemigos a poner de lado su antipatía y desconfianza hacia él y su nación, y darle en substitución su amistad y estima. La rara combinación que mostró el general Beresford de disciplina, vigilancia y circunspección, con sus maneras accesibles y conducta franca de soldado y caballero, encantó a los porteños y lo habilitó para mantener su conquista durante meses. Ni se rindió hasta que, dominado por irresistible fuerza numérica, su honorable capitulación solamente añadió nuevos laureles a los que había ya cosechado por el admirable éxito de su victoria anterior.

Si hubiera Beresford, en vez de Whitelock, comandado nuestras fuerzas en el período subsiguiente, ¡qué rumbo curiosamente diferente habrían tomado los acontecimientos históricos del Río de la Plata! ¡Qué campo para la inducción especulativa no se abre al pensamiento del estadista o del filósofo!

Desde 1809 hasta 1823, casi toda Sud América estuvo abierta para nuestro comercio; y la información recibida durante ese período, siendo principalmente de comerciantes, muchos de los que habían tenido éxito, era pintada con colores vivos. No solamente se les dejó, sino que se les fomentó a muchos aquí a generalizar este éxito parcial de acuerdo con su gusto. De aquí surgió la inferencia de cierta universalidad de riquezas; y la esperanza clareó en las mentes de los hombres, de una casi ilimitada esfera para la empresa comercial de la Gran Bretaña.

Pero es a la política exterior de mister Canning, en cuanto se relaciona directamente con España y Portugal y, *mediante* ellos, con "España y las Indias", que el gran extravío de este país (pues no puede llamarse de otro modo) respecto a Sud América, ha de atribuirse.

Aquel fogoso estadista, ya decidido sobre el vasto proyecto de llamar (para usar sus propias palabras en el Parlamento *"un nuevo mundo a la vida"*, envió agentes diplomáticos a todas partes para que informaran sobre las circunstancias generales de aquel nuevo mundo.

Con el más alto respeto y deferencia por esos caballeros, sea permitido, sin embargo, declarar que, influenciados (¿y como sería de otro modo?) por el entusiasmo del secretario de Negocios Extranjeros sobre tema tan atrayente, iban dispuestos a informar *favorablemente*. También se les exigió que lo hiciesen *prontamente*. La creciente importancia de los acontecimientos de la Europa meridional exigía esto. El resultado fué que los diplomáticos, al llegar a los varios puertos sudamericanos, naturalmente acudían a los comerciantes más versados en busca de información. Pero además de que estaba en el interés de aquellos comerciantes magnificar la importancia comercial del país, el mismo hecho de que mister Canning enviase cónsules generales para ajustar tratados de alianza con las nuevas repúblicas, aventó en este país las ardientes expectativas de hombres ya suficientemente atrevidos. La consecuencia fué que los informes, aunque más o menos teñidos con el brillo tanto del gran ministro que había tomado estas medidas, como de sus agentes diplomáticos y de los comerciantes con cuyo asesoramiento los documentos se redactaban, fueron aquí sumamente

Digitized by Google

bien recibidos. El pleno reconocimiento por Inglaterra de algunas repúblicas se siguió; y mister Canning, en el parlamento, triunfalmente afrontó a los que temían una guerra continental como consecuencia de la embrollada situación de Francia y España, con un elocuente discurso en que, si recordamos bien, hubo un pasaje en que declaró que hacía mucho tiempo España había cesado de ser formidable *en sí;* que era España *con las Indias* la que había sido un poder formidable; que las Indias ahora estaban perdidas para ella; y que, con el reconocimiento de las repúblicas que de *facto* habían obtenido su independencia, habíamos frustrado toda la influencia preponderante de los gobiernos absolutos de Europa; habíamos *"llamado un nuevo mundo a la vida"*.

Esto era en 1824. Los lamentables, por no decir ruinosos resultados de la confianza así establecida, y de las esperanzas avivadas, están demasiado frescos en la memoria de los miles que han sufrido por su trabazón con la América española. Se hicieron empréstitos a cada uno de los gobiernos independientes; se embarcaron millones para ayudarlos a trabajar sus minas; la emigración envió sus trabajadores para poblar las soledades del nuevo mundo; se embarcaron muchas más manufacturas que las requeridas por el consumo del país; y antes de mucho una triste experiencia nos enseñó que toda la fábrica de estas vastas empresas estaba apoyada en cimiento inadecuado para soportar tan gran superstructura. En 1825, empezó a bambolear; y en 1827 se vino al suelo con un fracaso que dejó a muchos postrados bajo sus ruinas, y con más o menos daño a todo individuo relacionado con el país.

Ni fué esta, aunque la consecuencia más lamentable, de ninguna manera la *única* de nuestra presuntuosa confianza en gobiernos prematuros.

Educados por estos mismos actos en un sentimiento de importancia superior al que tenían derecho a esperar, naturalmente han sido inducidos demasiado a menudo a pensar que vistas ocultas de engrandecimiento comercial o más sórdidas, se escondían bajo la apariencia exterior de una política liberal y confidente; y de este modo no solamente han tenido por menos sagradas que lo debido, las obligaciones que han contraído; pero han adoptado, en muchos casos, un estrecho y vacilante camino de legislación muy semejante al de la vieja España. Sus leyes poco juiciosas e inoportunas, a menudo han estorbado el comercio y retardado el progreso del bienestar público en todas las secciones de la América española.

Vuestros fielmente,

LOS AUTORES

CARTA II.

PRELIMINAR

Al señor J. G.

¿La guerra de la independencia fué prematura? — Solución de la pregunta. — Gobierno colonial. — Fuerza militar de España en Sud América.

Londres, 1838.

Quizás se pregunte, y, después de lo dicho en la carta precedente, naturalmente se preguntará, si las declaraciones de

Digitized by Google

independencia que entonces se hicieron por las provincias españolas, fueron prematuras.

En respuesta, puede afirmarse que, si por "prematura" se entiende *prematura repecto a su capacidad moral y política para gobernar su vasto país con sanos principios de economía política*, sus declaraciones de independencia ciertamente parecen envolver este cargo; pues es notorio, después de más de veinticinco años de revolución, que están muy poco adelantadas en la ciencia del gobierno y casi tan alejadas hoy como lo estuvieron antes de la estabilidad política.

Pero si por "prematura" se entiende solamente prematura en cuanto *a su capacidad física para mantener la independencia que han conquistado*, entonces, es cierto que su revolución *no* fué prematura; pues han conservado libre de todo control externo el país que arrancaron por la fuerza de manos de la vieja España, a tal punto que ésta se ve ahora forzada a pesar suyo a considerar el expediente de reconocer la independencia de sus colonias y no soñar más en volver a ocuparlas.

¿Se puede argüir entonces que, en suma, han sido perjudicadas más bien que beneficiadas por su Revolución? Creemos lo contrario.

Por un barco que entraba en sus puertos desiertos a causa de las restricciones coloniales, entran ahora veinte procedentes de todo el globo. Por un periódico que antes se publicaba, hay hoy cuatro o cinco en circulación. Se introducen libros de toda clase. Los extranjeros se establecen libremente en el país. Mejores casas, mejores muebles, se ven por doquier. Los naturales, guiados por el ejemplo de los extranjeros, viven no solamente mejor que antes, sino que han adquirido hábitos de aumentar grandemente la comodidad y conveniencia domésticas. En dos o tres de las repúblicas es tolerado el protestantismo. La influencia indebida de los frailes, si no del todo minada, en muchos lugares está muy disminuída y en algunos casi derrotada. La autoridad papal es no sólo prácticamente desconocida, sino que un legado enviado hace un tiempo de Roma a Chile, encontró recibimiento muy frío y orden de regresar inmediatamente a aquella Italia de donde procedía. En estos y muchos otros respectos, los americanos han ganado con su revolución. Han aprovechado también, como consecuencia de ella, por su comercio y transacciones pecuniarias con Inglaterra: pues, prescindiendo de las grandes sumas recibidas por ellos en empréstitos para trabajar las minas, etc., que poco o ningún provecho han dado todavía; dudamos muchísimo que la mercadería enviada a Sud América, en resumen, haya producido a los cargadores de este país, ganancia adecuada; mientras es incontestable que un comercio de exportación grandemente aumentado, con precios en suba, ha acrecido en toda Sud América el capital y recursos de sus habitantes.

Sin embargo, lo que puede decirse con certeza de los sudamericanos es, que no solamente han fallado en derivar el beneficio que se esperó de su revolución, con la rectitud y prudencia de conducta, sino que lo han impedido con prolongadas conmociones civiles por una parte, y por otra con la falta de capacidad y a veces, desgraciadamente, de integridad en la administración de la cosa pública.

De aquí el impedimento puesto a la afluencia de la población extranjera y al aumento de la propia; de aquí, que la agricultura haya languidecido y el comercio sido perturbado con

Digitized by Google

leyes imprevisoras; y de aquí que el contrabando, esa copiosa fuente de males, mientras ha producido sus efectos desmoralizadores, al mismo tiempo ha disminuído grandemente la renta. De aquí también que la educación haya sido descuidada, y los vicios que surgen de la ignorancia dejados sin oposición; de aquí que se hayan multiplicado las facciones y que la justicia misma no siempre haya sido capaz de resistir a la *influencia* de la pasión política y a las tentaciones de la venalidad personal. De aquí, en suma, que una estrecha política exterior y una desgraciada política interna también hayan penetrado en los diferentes estados de las que fueron posesiones españolas.

En medio de todo esto la teoría de la independencia republicana, de la rectitud civil y judicial ha sido siempre sostenida; y una perfección legislativa, no alcanzada por estados más antiguos, ha sido constantemente tenida como objetivo por estas sociedades noveles. Además, cuando el título de virrey se ha convertido en el de presidente; cuando las audiencias reales han sido sustituídas por senados, cuando los cabildos han dado lugar a los jueces de paz y un consejo de estado a la asamblea provincial, deseríamos que la naturaleza de los empleos hubiera sido cambiada efectivamente como el nombre; pues es de temerse que en muchos de sus rasgos todavía se asemejan a los empleos bajo el régimen de la vieja España. Sin embargo, es agradable saber y recordar que una mejoría más o menos extensa, se ha efectuado en las instituciones políticas de todas las nuevas repúblicas; ni, considerando las desventajas con que han actuado, debiera esperarse con justicia que tal mejoramiento fuese rápido o extensamente desarrollado.

Para relacionar propiamente este estado de cosas con sus causas primarias, será necesario por un momento echar la mirada al estado de la vieja España, al tiempo de la invasión de aquel país por Bonaparte. Esa fué también la época en que los primeros síntomas del sentimiento revolucionario se señalaron en Sud América.

La degradación y pobreza en que la nación española se había sumergido son demasiado bien conocidas para requerir aquí explicación. Un rey imbécil—, un traidor príncipe de la Paz—, una nobleza corrompida—, un clero poderoso, fanático y tiránico—, la clase media de los habitantes sin educación o patriotismo—, un tesoro agotado—, un ejército miserable—, y una armada aniquilada—, con (único rasgo respetable de los asuntos nacionales) una noble gente campesina—, tales eran los elementos despedazados de que se componía la monarquía española.

Este estado de cosas, como sabemos, era resultado de larga injusticia y desgobierno nacional: y si consideramos la tendencia que hay en todos los gobiernos delegados a empeorar, a medida que están más alejados de la autoridad central, podemos apreciar algo, por lo que sabemos que ha sido la monarquía española, de lo que sus vicerreales monarquías, en miniatura, del nuevo mundo, distantes desde cinco mil hasta diez mil millas, *deben* haber sido.

Sud América, mientras dependió de la metrópoli, estuvo bajo el mando de virreyes y capitanes generales cuyo poder era casi real. Los seguían en autoridad como vínculo inmediato entre ellos y el pueblo, en asuntos civiles y criminales, las audiencias y finalmente el cabildo.

Con instrucciones especiales del gabinete español, y con las

Digitized by Google

leyes de Indias como código ostensible, el virrey y sus subordinados dirigían los asuntos de las colonias españolas.

Las instrucciones que la Corte daba al virrey, sin embargo—por la distancia—por el sistema general del desgobierno español—, y por la dificultad de establecer ninguna responsabilidad práctica del empleo—se hicieron casi letra muerta. A esto invariablemente llegaban cuando estaba en el interés del virrey hacerlo así; lo que sucedía generalmente cuando tenían por objeto la mejora del país que gobernaba y del que el mal gobierno efectivo era su ganancia positiva.

Las leyes de Indias, aunque conformadas, bajo muchos aspectos, con una tendencia humana y de política liberal, rara vez se aplicaban, y nunca para beneficio de la comunidad. España en su pobreza era un drenaje permanente de las colonias; y toda la renta que se podía recaudar en ellas con el sistema de una política comercial recelosa y restringida, era sin cesar reclamada urgentemente por la metrópoli. Solamente se reservaba lo necesario para costear los gastos del gobierno local y satisfacer las exigencias de la administración colonial, corrompida y rapaz. A medida que las exigencias de España aumentaban se producía aún mayor relajación en el gobierno colonial. Más auxilios se necesitaron por la madre patria a consecuencia del creciente gasto que exigía la invasión francesa. Menores sumas se remitían de América, alegando síntomas de descontento en las colonias. Se alegaba que éstas requerían ser amedrantadas en silencio con fuerzas adicionales que significaban gastos adicionales. La fuerza no se proveía pero los auxilios que se aseguraba ser necesarios para su pago eran retirados de España. Por la debilidad a que España estaba reducida a causa de la invasión extranjera y lucha doméstica y la relajación del control que ejercía sobre sus colonias, estas últimas empezaron a considerar si no podrían legalmente afirmar y, *vi et armis*, mantener los mismos derechos a gobernar, por medio de Juntas, sus propios asuntos, que algunas de las provincias de España habían asumido en el gobierno de los suyos. Mirando alrededor, en ciudades que eran sede de un virrey o presidente, los criollos lo vieron sostenido, a lo más por media docena de regimientos de mal disciplinada infantería; un reducido tren de artillería y uno o dos escuadrones de caballería. Muchos de los oficiales y aun algunos de los comandantes de estas tropas, eran nativos; los rodeaba una población cuya proporción numérica con los españoles europeos no alcanzaba a ser de uno a veinte; sabían que la mayor parte de la milicia del país se componía de súbditos nacidos en América; que la mayor parte de las ciudades de provincia, aunque mandadas por jefes españoles, eran guarnecidas por tropas nativas; y que la metrópoli, con las presentes dificultades, podía hacer poco o nada contra ellas en cuanto a invadirlas.

Con estos hechos observados y en el terreno plausible de la legalidad siguiendo el ejemplo del gobierno propio establecido por las Juntas españolas, los sudamericanos comenzaron su revolución.

Vuestros, etc.

LOS AUTORES.

Digitized by Google

CARTA III.

PRELIMINAR

Al señor J. G.

Revolución de Buenos Aires. — En el interior. — Muerte del general Liniers. — Su carácter. — Anécdotas suyas. — Revolución del Paraguay. — Revolución del Alto Perú. — El general Elio y Montevideo. Discordia civil. — Carácter de la guerra. — El general Miller.

Londres, 1838.

Buenos Aires fué el primero de los virreynatos descontentos que realizó la innovación del orden de cosas establecido por la vieja España. La mayor proximidad a Europa de la capital del Río de La Plata, que de otras posesiones españolas en Sud América; la diminución por España en favor de Buenos Aires, de algunas de las trabas a que estaban sometidos los demás virreinatos; la ausencia total de la nobleza y del sentimiento feudal que, bajo su influencia, minaba otras secciones de Sud América; estas cosas, agregadas al gran aumento de la luz llegada a Buenos Aires con la invasión del general Whitelock, y la gran confianza en sus propios recursos producida por la derrota del invasor, todo parecía indicarlo como el lugar destinado a ir a vanguardia del movimiento revolucionario.

Así fué; y las observaciones siguientes se refieren más de inmediato a aquel estado. Al mismo tiempo demostrarán analogía estrechísima entre las agitaciones revolucionarias del Río de La Plata y de otras partes; porque, en realidad, con pequeñas modificaciones, los esfuerzos verificados para sacudir el yugo de la vieja España y sus resultados han sido casi iguales en toda Sud América. Al narrar los sucesos referentes a una revolución, descubrís los principios generales y casi los detalles históricos de todas. En cada una y en todas las provincias, debe hacerse la misma cosa por gente de una sola familia, que se educaba bajo el imperio de las mismas leyes e instituciones. Tenían que librarse del yugo español y luego organizar nuevos gobiernos propios. Cuán bien se desempeñaron en el primer esfuerzo y en qué proporción han fracasado hasta hoy en el segundo se os ha dicho ya. Pero entremos un poco en detalles.

La revolución de Buenos Aires (siendo Cisneros a la sazón virrey) comenzó, en 1810, de esta manera:

Cornelio Saavedra, coronel del mejor regimiento de la ciudad y sudamericano, concertó las medidas con otros jefes que simpatizaban con sus ideas, para asegurar su cooperación en derribar las autoridades españolas. Este Saavedra, con uno o dos jefes más, habiendo previamente puesto sus regimientos sobre las armas, se presentaron ante el virrey y le dijeron con mucha cortesía, pero con gran decisión, que el orden de cosas iba a cambiar. Igual intimación se hizo a la audiencia y al cabildo. Se obligó a este último a convocar los habitantes de la ciudad a lo que se llamaba "cabildo abierto", e informarlos del proyectado cambio en el gobierno del país. Este cambio consistía en la sustitución de la autoridad única del virrey por la de una Junta cuyos hombres influyentes y dirigentes habían de ser americanos. El virrey, apercibiéndose luego de que los militares estaban

Digitized by Google

contra él, sin tiempo para calcular e incapaz ciertamente de prever la magnitud de la innovación que entrañaba el movimiento, se encontró en la posición nueva y anómala de verse obligado no solamente a abandonar el poder vicerreal, sino a trocarlo por un simple voto en la misma Junta revolucionaria que lo había depuesto.

El objeto ostensible de la Junta era sostener los sagrados derechos de Fernando VII, en cuyo nombre se dictaron todos sus primeros decretos. Su objeto real, sin embargo, era preparar el camino para la completa independencia de la metrópoli que, poco después, fué proclamada.

Hubo astucia en la incorporación, por dos o tres días, del virrey como miembro de la Junta. Algunos la exaltaron como honrosa para la sagacidad de la Junta; otros la condenaron como indicadora solamente de la habilidad de los jefes revolucionarios.

Ciertamente fué, en sus efectos, degradante para Cisneros y perjudicial a los intereses españoles.

El nombre del virrey fué asociado, como miembro de la Junta, a los primeros procedimientos de ésta, y agregado a las órdenes expedidas a las tropas y ciudades provinciales para reconocer las autoridades recién constituídas. Estas órdenes fueron naturalmente muy eficaces para la pronta consecución del objeto deseado. Esto hecho, y hecho con el beneplácito aparente del pobre virrey, fué embarcado y con él los miembros principales de la audiencia, en una pequeña nave, a media noche, con rumbo a la vieja España o Islas Canarias.

Estas transacciones, se verá, anunciaban una revolución que, aunque parcial en sus objetos confesados, ha sido completa en sus efectos finales, y, sin embargo, durante todo el movimiento descripto no se perdió una sola vida.

La potencia que había gobernado trescientos años el país, fué derrotada en una noche; los criollos que habían sido tenidos por España como raza inferior tuvieron luego en sus manos el destino y fortuna de los españoles; los tesoros del nuevo continente, en vez de estar abiertos y, por tanto, para uso de la metrópoli se emplearon para aniquilar de modo permanente su autoridad.

Muy pocas semanas bastaron para que todas las ciudades y provincias interiores del antiguo virreynato de Buenos Aires compartieran las vistas y se sometieran al control de la capital, con excepción de Córdoba, Paraguay, parte del Alto Perú y Montevideo. Doquiera se efectuase un cambio de gobierno tenía lugar en mucho de la misma manera, con igual quietud, puede decirse casi, con análoga civilidad hacia las autoridades españolas, que en Buenos Aires.

Este estado envió contra Córdoba una pequeña fuerza al mando del general Castelli que derrotó un cuerpo de aproximadamente ochocientos hombres (llamado ejército en Sud América), encabezado por el general Liniers y el obispo de Córdoba.

Fué este mismo general Liniers quien con tanto éxito había rechazado el ataque del general Whitelock sobre Buenos Aires, solamente tres años antes. Por la liberalidad de conducta y pródiga distribución del favor vicerreal, había adquirido gran popularidad; pero, aunque indudablemente era oficial valiente y aunque sus escasas tropas fueron exhortadas y animadas al combate por el obispo, Liniers fué derrotado, hecho prisionero, y con

Digitized by Google

varios de los oficiales que le eran más adictos, fusilado por rebelde, no lejos del campo de batalla. El obispo a duras penas escapó al mismo destino; y de este modo se previno afortunadamente a la Iglesia, que la dignidad eclesiástica no debe escudar la delincuencia política. Puede decirse que ésta fué la primera sangre derramada por la causa revolucionaria.

Todos lamentaron la prematura muerte de Liniers. Era hombre que, lejos de haberse valido de su autoridad para fines de despotismo u opresión, parecía solamente estimarla en cuanto le proporcionaba los medios de hacer el bien general. Había escasamente un solo habitante de Buenos Aires que, de alguna manera no le debiese gratitud.. Tenía la rara virtud, como hombre público, de admitir que la miseria en todas sus variadas formas era título bastante para obtener de él alivio; y el mérito, era el pasaporte para ascender mejor y más seguro. A veces fué criticado por hacerse *demasiado* accesible y, muy a menudo, por su demasiada facilidad en conceder favores. La leche de la humana bondad era tan poco detenida en su curso por un tinte de amargura, que manaba perpetua corriente de bendición para todos los que le rodeaban. Su benevolencia no se limitaba a ninguna clase especial; y su espíritu filantrópico era tan universalmente apreciado, que sus mismos enemigos admitían que "aun sus defectos se inclinaban del lado de la virtud".

La siguiente enécdota referida por el oficial que fué objeto de ella, sirva para ilustrar al mismo tiempo la debilidad lamentable y bondad natural que se admiraba en el general Liniers. El teniente González se había distinguido en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, y, en consecuencia, acudió al general Liniers para reclamarle su ascenso. Se le concedió inmediatamente y se dieron órdenes en presencia del teniente de ascenderlo a capitán. "Señor—dijo el oficial—, habéis colmado mis esperanzas más osadas e impuéstome una obligación hacia vos, de que confío siempre tendré grato recuerdo. Pero, ¡ay! no estoy en condición de aceptar el grado que me habéis conferido".

"¿Cómo es eso?" preguntó el virrey algo sorprendido'. "En verdad, señor—replicó González—, para seros franco, no tengo dinero para comprar las dos charreteras y el cordón necesario para vestirme de capitán.

Bien—dijo Liniers—, es lástma, especialmente porque estoy muy pobre para ayudaros. ¿Pero creéis que podríais adquirir un uniforme de teniente coronel?" "¡Oh! eso sí, excelencia"—replicó el hombre entre vacilante y asombrado—. "Bien; entonces—dijo el virrey—seréis teniente coronel en vez de capitán".

Quizás sea necesario observar que el uniforme en el servicio español es más sencillo y menos costoso a medida que el oficial avanza en grado; y mientras un capitán tiene dos charreteras magníficas y gran profusión de cordones en su casaca, la única insignia que distingue a un teniente coronel consiste en un par de estrechísimos vivos de galón de oro en las mangas. Esto explicará la manera en que el general Liniers salvaba la pobreza y aumentaba el rango de un oficial indigente pero meritorio.

La misma popularidad y amabilidad de Liniers lo condujeron a la muerte. En las mismas circunstancias, habrían salvado al hombre que gozase menos de los sentimientos y afecciones del pueblo.

Digitized by Google

Una expedición semejante a la despachada contra Córdoba, se envió luego al Paraguay, al mando del general Belgrano.

Dos jefes paraguayos, Yegros y Caballero, que actuaban bajo la dirección del general español Velazco, entonces gobernador del Paraguay, derrotaron al ejército de Belgrano. Pero, aun cuando Belgrano fué derrotado, muy poco tiempo después el poder español fué derribado; pues los generales paraguayos antes nombrados al mando de los soldados victoriosos, se volvieron contra la autoridad de Velazco, y establecieron, sin derramamiento de sangre, una Junta independiente. El célebre doctor Francia fué, primero, secretario de ella, y después, vocal; pero, como os daremos en las cartas siguientes tanto una relación de él como de la aislada provincia que gobernó cerca de treinta años y que todavía gobierna con vara férrea, es innecesario decir más ahora sobre el punto que lo requerido para demostrar su relación con los acontecimientos que consideramos.

El reducido ejército del general Castelli, aumentado en Córdoba, marchó al Alto Perú; pero, derrotado por una fuerza superior sobre el Desaguadero, fracasó en conseguir entonces su objeto, que era llevar la revolución al interior de aquel país.

Poco después, sin embargo, afirmó su independencia; y aunque estuvo por algún tiempo alternativamente libre, y sometido al control del virrey y de Lima, ahora ha sido, por varios años, Estado independiente. Finalmente fué arrebatado a España por el general Sucre, después de la batalla de Ayacucho, y se llamó Bolivia, en honor del general Bolívar.

Así, en el curso de pocos meses desde el primer movimiento revolucionario de Buenos Aires todas las provincias de una banda del Río de la Plata y varias interiores, tan lejanas como Mendoza, al pie de los Andes, por el oeste, y tan arriba como el Alto Perú y los límites del Brasil por el norte, con poquísima guerra, completamente se emanciparon del dominio de la vieja España.

Montevideo y una pequeña parte del territorio en lo que se llamaba Banda Oriental permaneció tres años más al mando del general Elio. Esta persona fué despachada desde España con refuerzos, algún tiempo después que las noticias de la revolución de Buenos Aires llegaron a aquel país. Vino dignificado con el título de virrey y con intención de asumir el mando de las revueltas provincias. Pero era demasiado tarde. La fortaleza de Montevideo fué sitiada por el general Alvear. La flota de Elio fué tomada al abordaje, una mañana de densa niebla, por el almirante Brown, que mandaba unos pocos barcos mercantes muy medianamente aprestados bajo el pabellón de Buenos Aires; y el virrey, enjaulado en las murallas (su fortaleza era al mismo tiempo bombardeada, bloqueada y azotada por el hambre), capituló, se retiró a España y dejó todo el país en posesión tranquila del partido revolucionario.

Ya se ha dicho que en alguno de los virreynatos la guerra con España se empezó más tarde, y que en otros, especialmente Colombia, fué más prolongada que en el Río de la Plata.

La lucha definitiva del hemisferio sur fué en el Perú. Se verificó con variada fortuna hasta la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), y la posterior rendición del Callao por Rodil (19 de enero de 182), que afirmaron la independencia de todo el país. Desde aquel tiempo hasta hoy generalmente, y con respecto al Río de la Plata desde un período muy anterior, todo lo que hemos oído de revoluciones, motines militares y cambios

Digitized by Google

políticos, ha tenido referencia con querellas intestinas entre americanos. Nada diremos de los pretextos con que se han emprendido y llevado adelante estas insignificantes aunque desoladoras guerras civiles; pero sus efectos, demasiado visibles para que por un momento se les discuta, han sido dejar la tierra más empobrecida y los habitantes más divididos cada año que pasa.

Por batalla general, en Sud América, siempre se ha entendido una pelea en que tres o cuatro mil hombres, muy raramente cinco mil, se han empeñado por cada lado.

El Paso de los Andes del general San Martín, con cuatro mil hombres, para libertar a Chile; las batallas de Chacabuco y Maipú, al entrar en aquel territorio; la de Ayacucho, que finalmente libertó al Perú; y dos o tres de los encuentros del general Bolívar, en Colombia, se aproximan más al carácter de guerra científica que el que asígnase a los más frecuentes pero menos formidables movimientos y encuentros insignificantes con que principalmente se ha efectuado la revolución.

Sin duda muchas fatigas se padecían y muchas privaciones se sufrieron en el curso de los combates irregulares y campañas de guerrilla realizados por los americanos contra las fuerzas españolas que existían al principio o fueron organizadas en el curso de la revolución.

Brigadieres generales con divisiones de cuatrocientos hombres; coroneles o capitanes con una o dos compañías; pequeñas partidas de milicias armadas con herrumbradas lanzas, carabinas y sables, sin chaquetas ni zapatos, montadas en caballos flacos, con una oreja cortada como señal de que pertenecían a la "patria", con carne y carne solamente para su sustento, y el abierto firmamento por techumbre; se han distinguido por actos de gran valor y dado muchas pruebas de intrepidez y destreza.

El general Miller, por ejemplo, cuyo nombre se asocia con todo lo valiente en las guerras de Chile y Perú, y que se distinguió casi en todas las acciones que se libraron durante su curso, puede justificar nuestra mención aquí, en mínima escala.

Cierta vez marchó con una fuerza de ciento cincuenta hombres desde la costa del Perú hasta los alrededores de Arequipa, noventa millas al interior, y con 16.000 habitantes. La puso en la mayor consternación con la creencia, que él astutamente difundió entre los habitantes de que tenía atrás una fuerza superior; hasta que, logrado su objeto—, que era distraer una división del cuerpo principal del enemigo a punto de ser atacada por el ejército a que Miller pertenecía—, sostuvo una retirada de lo más ardua y difícil, a través de un país desolado y desierto, y llegó a Lima con pérdida de muy pocos hombres, aunque, antes de llegar a su punto de embarque, fué hostigado y rodeado por fuerzas muy superiores.

Hechos como éste son frecuentes en la historia de la revolución; ni está desprovista de los materiales necesarios para suministrar detalles de movimientos estratégicos que interesarían a los militares. Pero nuestro objeto es dar cuenta de los hechos principales y resultados generales. Este ligero bosquejo de la situación, bajo un punto de vista militar, de Buenos Aires, y más o menos de toda la América española, bastará, por consiguiente. Ahora procedemos a trazar un rápido bosquejo del estado en que la Revolución dejó a los sudamericanos.

Vuestro, etc.

LOS AUTORES.

Digitized by Google

CARTA IV.

PRELIMINAR

Al señor J. C.

Población española de Sud América. — Nobleza sudamericana. — Educación. — Clero. — Abogados. — Los propietarios de Chile y Perú. Estancias. — Chacareros. — Agricultores. — Observaciones generales.

Después de haberse libertado, de la manera expuesta, del poder a que habían estado sometidos, los americanos tuvieron que emprender la tarea mucho más ardua y difícil de su regeneración política.

Para mejor apreciar las dificultades con que han luchado a este respecto y determinar las causas que han actuado para retardar, hasta el presente, el establecimiento de cualquier cosa semejante a gobiernos libres o estables, en la acepción de la frase que un inglés entendería, será necesario dar cuenta de la educación que la vieja España dió a sus colonos, y del estado moral y religioso de la sociedad que de ella surgió.

En primer lugar, debe notarse que los emigrantes de la vieja España, para establecerse en las colonias, eran generalmente hombres sin familia, fortuna o educación. Almaceneros de Galicia, pequeños comerciantes y taberneros de Cataluña, clérigos y procuradores de Vizcaya, y marineros, grumetes y artesanos de Andalucía, formaban el núcleo de población española. El virrey, su estado mayor o subalternos más inmediatos, miembros de la Audiencia, empleados públicos y oficiales de marina eran los únicos que tenían pretensiones al porte caballeresco o educación tolerable. Liberalidad de sentimiento, amplitud de vistas, o nada que se aproxime a principios filosóficos o ilustrados, no habiéndoseles enseñado, aun a los mejores, en su propio país, no podían ser importados por ellos al nuevo que adoptaban. A todos los nacidos en la vieja España se les llamaba "godos" enfática e indistintamente por los sudamericanos.

Había otra clase de habitantes que no se encontraban en Chile y Perú, descendientes de los pobladores primitivos, y que tenían grandes pretensiones de nacimiento. Muchos de ellos estaban provistos de títulos nobiliarios. Esta clase, sin embargo, no tenía mejores derechos, en cuanto a maneras o educación, que sus vecinos. El prolongado género de vida *a son gré;* de ceder a todos los hábitos disolutos que este clima muy a menudo engendra, y de incurrir en un desprecio del decoro exterior y honor de familia, que implicase la mínima incomodidad personal, era causa de que la dignidad del noble adoptase el descuido del plebeyo; hasta que al fin las únicas trazas del origen del marqués y conde se encontraban en las ruedas doradas de sus enormes carruajes, o en los groseros grifos y leones rampantes tallados en madera y chorreados de pintura, sobre las puertas de sus mansiones.

Hemos tenido el honor de sentarnos a la mesa con algunos de estos nobles; y los hemos visto comer en mangas de camisa, arremangados hasta el codo; con cuellos desprendidos para respirar libremente; las dueñas de casa en *deshabillé* matinal y los

Digitized by Google

comensales servidos por negros esclavos, vestidos con la misma feliz y poco ceremoniosa referencia al abandono y comodidad.

Dos esclavas con toallas sobre los hombros pasaban grandes fuentes de plata, después de comer, para las abluciones. El lujo de los lavabos de cristal no había desterrado aún en Lima este modo más primitivo, a la vez de lavarse las manos y demostrar la concordia familiar. Después de esto, tomando de un vaso un mondadientes de madera, con los codos sobre la mesa, y en toda la familiaridad del cuchicheo, un poco negligentes, monótonos, los comensales comenzaban a escarbarse los dientes. La soñolencia al fin se indicaba con muchos cabeceos; y con el calor creciente del día se anunciaba la hora de siesta con muchos bostezos. Todos los comensales, de común acuerdo, se dirigían a sus respectivos dormitorios, donde en la obscuridad, y todavía desembarazando el cuerpo de todo apéndice superfluo, se sumergían en el lujo de una o dos horas de siesta.

El título y distinción hereditarios se han perdido en la Revolución; y el noble ha retrocedido a las filas del plebeyo.

Para educar a los hijos de estas diferentes clases de habitantes, había distribuídos en el continente varios colegios fundados por los jesuitas y universidades casi completamente dirigidas por sacerdotes. En Córdoba hallábase la Universidad más célebre — especie de Salamanca americana—; en Lima existía otra. Cuzco, Chuquisaca y Santa Fe de Bogotá eran asientos del saber de casi igual notoriedad. A ellas acudían todos los jóvenes de las distintas y lejanas ciudades y pueblos del continente, en procura de la educación que las universidades podían dar: y participaban a sus lugares nativos y a sus familias, lo que obtenían en el curso de educación a que habían estado sometidos.

Las asignaturas que se enseñaban eran: humanidades latinas, teología católica romana, filosofía escolástica, lógica, según los más estrictos modelos de precisión silogística, derecho romano con todas las minucias de la jurisprudencia española. En realidad, las Universidades se proponían producir teólogos y abogados. La profesión médica estaba en manos de tal cual mejor matasano de la vieja España, quien, jinete en su mula, con montura de cabezadas y riendas de plata, miraba con desdén a la turba de mulatos prácticos, sacamuelas, sangradores y herboristas. La cirujía era casi desconocida; y las ciencias de química, matemática y filosofía natural, como se enseñan en estos tiempos de ilustración, estaban completamente proscritas. Eran consideradas no sólo sencillamente inútiles, sino peligrosas para el Estado. No contenta con tener a sus subditos encerrados así estrechamente en los lindes de la ignorancia y superstición, la Corte de buena gana concurría con la inquisición, formulando las listas progresivamente aumentadas, que siempre expedía, de libros prohibidos. Locke, Milton, Montesquieu y todos sus adeptos heréticos, es bien sabido, estaban en el Indice; de modo que la ciencia, aun con toda la liga de las escuelas, y todo el derecho de los sínodos, era literalmente pesada, para los americanos, en granos y escrúpulos.

Tal era el estado de ignorancia y preocupación en que Sud América se hallaba en la época que estalló la revolución. Hay allí mucho talento natural e indocto. La imaginación vivaz es casi natural en los habitantes; y en el bello lenguaje que poseen, se expresan con una fluidez, si no elocuencia, a que nosotros aspiramos rara vez y más raras veces alcanzamos. Esta fa-

Digitized by Google

cilidad ha surgido de sus tertulias o hábitos de conversación. Entre los abogados, la práctica constante de dictar al amanuense definiciones, razonamientos y refutaciones en las variadas causas que los ocupan, los habilita frecuentemente para escribir con fluidez y elegancia sobre temas cuya teoría y donaire estudian para la ocasión. Es natural que tales escritos sean más plausibles que profundos, más repletos de declamación que de razonamiento sólido. La imaginación del sudamericano trabaja siempre; e inconcientemente quizás, está siempre, entre sus paisanos, mostrando las cosas como deben ser y no como son en realidad. Cuando le oímos discurrir, en términos brillantes y elocuentes, sobre "libertad civil", "libertad de imprenta", educación liberal", "derecho constitucional", nos figuramos habrá una base tolerablemente buena de todas esas bendiciones por lo mucho que puede decirse sobre ellas.

Sin embargo, las ideas que acuden a *nuestras* mentes con la enumeración de estos beneficios sociales, son en verdad diferentes de las que surgen en el cerebro del sudamericano. Mientras todavía todo es para él un poco mejor que teoría, forma en nosotros una serie de principios prácticos, que hemos estado cultivando y perfeccionando en el transcurso de los tiempos.

España dispuso su sistema de educación en las colonias para hacer de la teología el estudio de mayor atracción, porque, tal como estaba constituída la iglesia católica, lo creía el sistema que menos verosimilmente se opondría a sus planes políticos; o quizás pensaba que sería su mejor puntal. Y así fué—el principal—, en tanto que el clero continuó fiel en su obediencia. Esto duró tanto, sin embargo, como el poder de dispensar favores eclesiásticos se retuvo en España. Dondequiera que por cualquier movimiento militar la autoridad temporal de la metrópoli era derribada y la autoridad espiritual amenazaba, como generalmente poco después sucedió en la persona del obispo, los miembros inferiores de la iglesia (que estaban en inmediato contacto con el pueblo) vacilaron algo; pero pronto se declararon definitivamente por el nuevo orden de las cosas. La sagacidad natural, en lo concerniente a su propio interés, pronto les enseñó a ver que de los promotores de la revolución habían de depender en adelante para su ascenso. España, como cebo para el estudio teológico, había a veces concedido canonjías, decanatos y aun obispados a los nativos de Sud América; pero, generalmente, mientras los oficios de cura y fraile se les otorgaban con bastante liberalidad, las dignidades superiores de la Iglesia, más autorizadas y lucrativas, estaban en manos, ya de naturales de la metrópoli o de personas estrechamente vinculadas a ellos por lazos de interés o parentesco. Estos dignatarios europeos y sus adherentes fueron sacudidos en sus sillas y muchos sacados de sus asientos, por el primer choque de la conmoción revolucionaria. Los criollos aspirantes levantaron las miradas desde sus curatos y conventos a los altos sitiales de la dignidad vacante, y a las muchas más que en un futuro próximo parecía estar preparando para nuevos ocupantes. Los promotores políticos y más activos de la revolución veían y estimulaban esta ambición del clero. No solamente les prometían mayor autoridad eclesiástica, pero los invitaban a participar de la puramente política. Los incorporaban a las lesgislaturas locales, les confiaban misiones diplomáticas, y les daban a entender que, mientras las preocupaciones populares hacían necesario reconocer aún la autoridad papal, no obstante,

Digitized by Google

los asuntos eclesiásticos de Sud América serían positivamente manejados en adelante por el mismo clero (1).

Así los rangos inferiores y medios de esta clase sostenían, casi unánimente, la causa de la Revolución y llevaban a sostenerla, con sentimientos de obligación sagrada y religiosa, a toda la masa de los órdenes inferiores.

Aquellos santos varones entonces poco calculaban o preveían que la reacción estaba *ad portas*. Su impaciencia por subir y posesionarse de los principales puestos de autoridad civil y eclesiástica, los cegaba para considerar que estaba en la misma naturaleza de la revolución, que había sacudido la autoridad papal e invalidado la obispal, trastornar pronto la suya propia. No veían que las asambleas populares de que formaban parte, débiles e ignorantes, tenían en su constitución de liberación y debate, lo que para la educación cordobesa era inadecuado, y que la adhesión ciega a los preceptos de su Iglesia era de todo punto incompatible. Esta reacción ciertamente aún no se ha efectuado *completamente*, pero está *efectuándose*.. En Buenos Aires, y con referencia a los frailes, puede realmente decirse que ha sido puesta en obra. A casi todas las hermandades se les han confiscado los conventos y rentas que han sido destinados para uso público.

Los abogados traían de la Universidad a sus hogares una clase mejor y menos ignorante de hombres que los clérigos. Sin embargo, el derecho, en ninguna parte del mundo, ni aun en nuestro tribunal de la cancillería, es quizás medio menos tangible de decidir una dificultad con justicia y prontitud que en Buenos Aires, o en Sud América en general. El pleito allí es un *ignis fatuus* que, de proseguirse obstinadamente, es seguro que lleva al fin a todos los litigantes, vencedores y vencidos, al tremedal de la ruina. Quizá sea distinto en verdad, si una de las partes puede, al principio de la cuestión, comprar literalmente la justicia; pero aun entonces gana el valor litigado, menos la suma gastada en el cohecho y corrupción. La justicia en Sud América está tristemente teñida de venalidad, y el monto de la gratificación al juez o al abogado de la parte contraria, es tan exactamente medido por la naturaleza del caso y de la suma a desembolsar, que la ganancia de un hombre está más bien en lo que no pierde, siguiendo el pleito, que en lo que aprovecha, aún llevándolo a término feliz.

Hay ciertamente jueces y abogados honrados; y en algunas causas que conocemos los alegatos no han sido menos agudos y elocuentes que las sentencias caracterizadas por ciencia y precisión legales. Al mismo tiempo, sucede a menudo, cuando las intenciones del juez son realmente buenas, que es penosamente aturullado por los hábitos adquiridos en la Universidad, de hacer que el mismo caso sea lógicamente derecho y lógicamente torcido para dar efecto legal a una sentencia justa. A veces, también, encontráis, de parte del juez, una continuada, aunque probablemente inconsciente, reserva mental en favor de la fortuna y rango del litigante. O hay la misma tendencia por motivo de amistad personal. La mente del juez está así dominada contra el razonamiento y los ojos se apartan de los hechos y justicia del caso: hasta que, al fin, se provee de celosa sofistería para sostener una decisión contra el hecho y el derecho.

(1) Se hizo de Fernando el caballo baquiano para cazar, político; y del Papa, el eclesiástico.

Digitized by Google

Hay un tribunal en el país, llamado Consulado, compuesto de un prior y dos cónsules, para conocer de las causas comerciales. Es institución respetable y estimable.

Sus fallos son generalmente dictados en virtud de un procedimiento verbal; pero también resuelve, como los tribunales escoceses, en causas seguidas por escrito y que se alargan mucho.

Los jueces del consulado se elijen anualmente y en general en el gremio de los comerciantes. Son, en suma, los mejores informados y más respetables componentes del gremio mercantil.

Desgraciadamente es tribunal inferior; y sus decisiones, fundadas en el sentido común y equidad pueden ser, y a menudo son revocadas por los tribunales superiores.

Los jóvenes no educados para la Iglesia o el derecho, se convertían en administradores de los bienes paternos, comerciantes o tenderos. En Chile y Perú, donde los fundos son extensos y productivos, con población esclava o vasalla que los cultiva, a veces, también, con títulos de nobleza anejos, la propiedad territorial, antes de la revolución, era estimada como privilegio envidiable y su administración como ocupación apetecible. En estos países los grandes propietarios menospreciaban a los comerciantes como hombres de escala social distintamente inferior a la propia.

En Buenos Aires y Paraguay sucedía otra cosa. La única propiedad territorial considerada de algún valor en el primero eran las estancias. Muchas de ellas se componían de 80 y 100 millas cuadradas y algunas de muchísimo más (1). En toda esta extensión territorial, quizás no se encontraban más que tres o cuatro ranchos de barro que servían de habitaciones para diez o quince guardadores del ganado, y una choza, algo mejor construída, para el patrón.

Cada propiedad de esta clase mantenía, generalmente, de cinco a diez mil cabezas de ganado vacuno; de que se calcula que el propietario puede vender o matar ,anualmente, la cuarta parte, y todavía aumentar su capital. Los propietarios de estas estancias, sin embargo, aunque hombres de fortuna sólida antes de la revolución, no alcanzaban mucha importancia social por las siguientes razones:

En primer lugar, un comercio restringido y limitado mantenía los cueros, principal producto de las estancias, con valor muy reducido. Rara vez un buey, antes de la revolución, valía más de cuatro chelines, de modo que, si uno de los más acaudalados, con quince mil cabezas en su estancia, mataba o vendía la cuarta parte por año, su renta no excedía de £ 800 anuales. En segundo lugar, si eran pequeñas sus rentas, no gastaba la mitad. En la mayor parte de los casos, desgraciadamente, una gran parte era absorbida por el juego. En las ciudades vivían en la obscuridad, mientras en el campo, como los peones que los rodeaban, tenían un rancho de barro por morada, carne, y poco más que carne por alimento. En tercer lugar eran casi todos *hijos del país*, rústicos de maneras y rudos de educación y lenguaje, no poseyendo sinó los rudimentos más sencillos de escuela primaria. No tenían el conocimiento escaso, como se ha dicho, del clérigo o abogado; y por lo tanto, sin los medios de interponer aquel requisito a las pretensiones de superioridad siempre puestas ade-

(1) La familia de Anchorena se dice que es poseedora de cuatrocientas leguas cuadradas en la provincia de Buenos Aires, y producen una renta anual de £ 20.000 con la venta del sobrante de ganado.

Digitized by Google

lante por los arrogantes españoles y por la clase mejor educada de los paisanos del estanciero.

El estanciero, sintiendo su inferioridad y acomodándose a su situación social en consecuencia, tenía solaz y recreo en sus evocaciones solitarias y en la compañía casual de los de su clase, con quienes haría digresiones sobre hacienda gorda, buenos años de pasto, caballos más veloces que el avestruz o la gama, destreza de los jinetes que ponían mejor el lazo en los cuernos de un toro bravío, o del que hacía mejor par de botas de potro.

Una buena casa, sólida, toscamente construída en la ciudad, conteniendo muy pocos muebles, un caballo lustroso y gordo para montar, un poncho de barragán, grandes espuelas de plata y cabezadas pesadamente cargadas con el mismo metal, sombrero ordinario con barbijo de cuero negro; yesquero eslabón y pedernal para encender su cigarro; cuchillo a la cintura, y detrás un paje atezado con algunas costillas de vaca gorda sin asar, debajo del recado como provisión, constituían la comodidad más sólida y llenaban las más lujosas aspiraciones del estanciero o caballero del campo en Buenos Aires. Cuando así equipado y provisto podía lanzarse a las llanuras y ver un gran rodeo pastando en un sitio, y en otros oírlos balar a la distancia; y cuando podía mirar en torno millas sin interrupción de ricos pastos, todo suyo, su gozo se colmaba, su ambición se satisfacía, y deseaba al mismo tiempo olvidar y renunciar a los goces insípidos y distinciones engorrosas de la sociedad artificial.

De este modo vivía y así se educaba el caballero campesino del Río de la Plata, antes de la revolución. Al presente ha mejorado mucho en maneras, fortuna y modo de vivir; y está alcanzando gradual pero seguramente la influencia a que conduce naturalmente el valor de la propiedad raíz grandemente crecido y creciente. Su ganado, que antes de la revolución valía cuatro chelines por cabeza, ahora vale veinte; y con estos veinte puede comprar doble cantidad de mercadería y lujos de la vida (no contando siempre sus productos ganaderos) que los que podía procurarse antes con la misma cantidad. El placer y comodidad de su residencia urbana son hoy tan necesarias para él y su familia, como para las demás clases sociales. Se mezcla mas libremente en sociedad, participa de los asuntos y empleos del estado, educa a sus hijos más libremente; y aunque el estanciero se apegue todavía a muchos de sus hábitos primitivos y favoritos, sin embargo, muchas esposas e hijas de estancieros acaudalados se ven paseando en hermosos carruajes particulares de construcción moderna.

Una clase de la población campesina respetable y, por su situación inteligente, se forma de los chacareros. Estos pueden denominarse con el término escocés "Señores de bonete", pues las tierras que cultivan son siempre de su propiedad. Son la *yeomanry* del país. La "suerte de la chacra" por concesión original de la corona, es de media legua de frente por legua y media de fondo. Equivale más o menos a seis mil acres; pero es aumentada o disminuída conforme a la distancia de la ciudad mas vecina. Estas chacras generalmente se extienden a todos vientos de las ciudades hasta distancia de seis a siete leguas. Los chacareros invariablemente viven de sus chacras, y aunque no muy industriosos ni científicos, son una clase de hombres muy respetables y útiles a su manera. La relación que mantienen con los ciudadanos les da una prontitud y agudeza de comprensión de

Digitized by Google

que carecen muchos estancieros. El chacarero es generalmente valiente, franco y hospitalario. Su esposa e hijas son aficionadas al atavío ostentoso, y él mismo, en los días festivos cubre su persona y caballo (que son más "una carne" que su esposa y él) con pintorescos jaeces y trajes vistosos. Nada hay más pintoresco o placentero que verlo montado en su corcel, escoltando a su familia, también montada, y empingorotada con todos los colores del iris, en dirección a la capilla o iglesia más vecina, para oír misa dominical. Después se reune en la cercanía de la capilla, en bondadoso y cortés trato, con sus convecinos.

Las clases de hombres enumeradas, con los comerciantes, tratantes al menudeo, almaceneros, artesanos y gran proporción de negros y mulatos criollos, en calidad de gente trabajadora y sirvientes domésticos, componen la masa de los habitantes de Sud América.

Por lo que se ha dicho, veréis que la tendencia, sinó el fin, de la educación sudamericana, ha sido mantener al pueblo en estado, a lo más, no muy apartado de la absoluta ignorancia. Como consecuencia necesaria de esto y de la mala opinión en que se les tenía por los peninsulares, se habían generalmente sumergido en la indiferencia política, y entregado a muchas costumbres inmorales. Es bastante evidente que era poco menos que absurdo esperar que de tal estado de degradación moral, la gente se hubiera levantado de golpe a una condición de integridad viril, espíritu público, celo patriótico, ciencia política o real independencia de carácter. Naturalmente hablamos en general; y recordamos con gusto que honorabilísimas excepciones a la regla existían y existen. Así fué, entonces, que aunque los sudamericanos no carecían de penetración para percibir por la debilidad de España, comparada con su propia fuerza relativa, que en este respecto había llegado el momento revolucionario, no obstante, no estaban en estado de dar a la revolución un elevado carácter de estabilidad moral. Estaban desprovistos de muchos de los elementos requeridos para hacerla de inmediato beneficiosa para ellos, como ciudadanos y como hombres. Con toda probabilidad, ha de pasar todavía tiempo considerable antes de que las intituciones del país lleguen a afianzarse, o se funden en la sabiduría requerida para mantener una marcha tolerable con las grandes mejoras naturales y riqueza de que el país es realmente susceptible. Un sistema de educación general difundido e ilustrado, debe ser el precursor de tal estabilidad, y es el solo adecuado para anunciar su emancipación realmente moral y religiosa. Al mismo tiempo parecía, si lo que se ha dicho aquí se funda en una observación exacta, que quienes han esperado desenvolvimiento más temprano de las ventajas de la revolución sudamericana, han esperado lo que no estaba en la educación, el carácter o las circunstancias de los habitantes del país realizar; y que los conceptos erróneos formados sobre su carácter e importancia han surgido de las perspectivas demasiado vehementes de los vinculados al país. Pero es también indiscutible que estos conceptos erróneos han debido su origen, en no poco, al espíritu impaciente de especulación que en Inglaterra magnificó supuestas ganancias, exageró y a veces desvió datos serios. Por último, es innegable que mucho del error prevalente acerca de Sud América, ha de atribuirse a las medidas del gabinete británico. Si aquellas medidas tuvieron origen en móviles de política europea o han de

Digitized by Google

imputarse a ignorancia de las capacidades y estado real del país, no parece de mucha importancia, aun si fuera posible, determinarlo ahora.

Vuestro, etc.

LOS AUTORES.

CARTA V.

PRELIMINAR

Al señor J. G.

Primeras tentativas de Legislación sudamericana. — Clases de legisladores. — Constituciones sudamericanas. — El congreso de Lima. — El de Buenos Aires. — S. E. el gobernador. — Poderes legislativo y ejecutivo. — Fuerza naval y militar. — Imposibilidad de conquistar la América del Sur. — Los ingleses en Sud América.

Londres, 1838.

El primer impulso de las provincias españolas, luego de libertarse del poder militar de la vieja España, tendió, naturalmente, hacia el pueblo. Profesando ideas republicanas, creían necesario arreglar los asuntos de la comunidad mediante el concurso de representantes elegidos popularmente. Esto fué el comienzo de todas las dificultades. Afirmábase ser necesario hacer aquello que, en las circunstancias del país, era imposible. Se reunían ciertamente representantes, pero no elegidos libremente por el pueblo. De haberlo sido, es de toda certeza que el caso hubiera sido materialmente enmendado. El país no podía *suministrar* representantes idóneos; pero, convocados generalmente bajo la influencia inmediata del jefe político o militar que por el momento tenía el mando, no solamente llevaban consigo incapacidad para los actos legislativos, sino que ellos mismos habían agregado, en el concepto público, y aun más, en la estimación de rivales desconfiados y sagaces, el sello de identidad con los intereses y vistas del hombre que estaba en posesión efectiva del poder.

Casi invariablemente se seguía por lo tanto, que la disolución de asambleas populares así constituídas, era simultánea con la deposición del jefe a quien debían su autoridad y con cuya suerte estaban más o menos identificadas.

La corriente del sentimiento popular en favor de las instituciones libres, era tan firme, que todos los aspirantes al poder encontraban que el medio más seguro y fácil de obtenerlo y conservarlo, era dejar al pueblo, si no en la realidad, al menos la apariencia de la libertad. Blasonaban la palabra libertad, por consiguiente, con grandes letras en todos los documentos y manifiestos públicos.

Ningún genio bastante agudo, ni tiranuelo bastante atrevido, hacía su aparición, preparado para ejercitar su dominación ilimitada, o capaz de llevar las cosas exclusivamente con referencia a sus miras ambiciosas, sin este sacrificio a la tendencia de la opinión favorable a las instituciones populares. Aun Bolívar encontró necesario, hasta el final de su despótica carrera, encubrir todos sus proyectos de engrandecimiento con el disfraz de un respeto simulado por estas asambleas. El doctor Francia

Digitized by Google

sólo, en el gobierno del Paraguay, se ha mostrado superior a esta necesidad; pero su caso, como luego veremos, es tan completamente *sui generis*, tan aislado y único, que no influye en la cuestión.

El siguiente puede tomarse como trasunto general de las asambleas populares sudamericanas. Cuando el que se posesionaba del poder ejecutivo había tomado sus disposiciones para realizar la asunción del mando, una vez convocado el pueblo y obtenido el voto favorable para su nombramiento en el empleo de gobernador, presidente, dictador o director, promovía en seguida la elección de diputados para constituir Congreso o Junta. El mismo espíritu de intimidación e intriga, con que se había efectuado su elección popular para primer magistrado se ponía en acción para elegir diputados a la asamblea legislativa.

El resultado era generalmente lo que podría anticiparse; que esta asamblea se componía de mayoría favorable a los intereses del jefe. Para presidir el Congreso elegía, como cosa natural, al hombre más importante y más en favor del gobernador electo. Se nombraban dos secretarios, y el orden en el debate se dirigía por tres o cuatro de los oradores confesadamente y sin restricciones sostenedores del hombre que estaba en el poder.

Entre los diputados al Congreso, generalmente se hallaban pocos comerciantes y terratenientes, ¿pero qué cabeza podrían éstos hacer contra la multitud de doctores en derecho y teología? Poca, en verdad; y sus debates y resoluciones eran los que podrían, naturalmente, esperarse de hombres que habían recién dejado sus togas de colegio o habían envejecido con sus preocupaciones.

Con limitadísimo conocimiento del mundo o de los negocios, y no muy leídos en historia, exceptuando la de España o de la antigua Roma, tomaban las instituciones de éstas como fundamento de su legislación, sin acordarse de su diferente estado político, medios, conocimiento en relación al resto del mundo, o disposición de sus compatriotas para gobernarse de acuerdo con aquellos principios que a los miembros del Congreso parecían más sublimes y bellos en la teoría de las instituciones libres. Fué así que se redactaron la gran variedad y número de códigos constitucionales de Sud América. Cada nuevo Congreso, casi, produjo una nueva constitución, que, al mismo tiempo que aseguraba la inviolabilidad de la persona y de la propiedad, la libertad de imprenta, la libertad comercial con todas las naciones y la responsabilidad estricta del ejecutivo, era raro se promulgase antes de que algunos de los caballeros que lo componían fuesen presos o desterrados; a los editores de los periódicos que habían aplaudido se les obliga a cambiar de tono; pesadas obligaciones, y a menudo contribuciones forzosas, se imponían para responder a las exigencias del momento; y el gran hombre que estaba al frente de los negocios era substituído por otro mayor al mando de más tropa. Cargas de abusos se amontonaban sobre los legisladores desterrados o silenciosos; todos los crímenes se imputaban al gobernador depuesto; pero nunca tuvo lugar, a lo que sepamos, un juicio político contra unos u otros. Nuevas elecciones, nuevos debates, nuevas constituciones, pero todavía seguía precisamente el mismo orden de cosas.

Lo cierto es que la mayor parte de estos cambios y luchas por el poder eran simplemente cambios ilegales de adminis-

Digitized by Google

traciones, no "revoluciones" como hiperbólicamente las llamaban. Y puede notarse aquí, para honor de los sudamericanos, que sus discordias civiles, no han sido, en general, sangrientas.

La tendencia no era derramar, sino ahorrar sangre. Hay algunos desgraciados ejemplos de lo contrario; pero, son pocos, comparados con los muchos conflictos efectuados desde la destrucción del poder español.

Ha sido grande infortunio de la legislación sudamericana que los hombres que de ella se ocupaban, en vez de procurar gradual y prácticamente la reforma de los abusos heredados de España, y multiplicados por su propio desgobierno, los han pasado por alto, como si fuesen demasiado frívolos y despreciables, demasiado cerca de ellos, tan tangibles que en cualquier tiempo los podrían remediar.

Materias sencillas y domésticas se ha permitido que estén en suspenso, pendientes de la discusión de cuestiones metafísicas de derecho público o privado; de los méritos comparativos del gobierno basado en un principio de federación, y del emanado de un centro común de poder legislativo y ejecutivo. A éste llamaban "gobierno de unidad", en oposición a "gobierno federal". No era tarea fácil seguir aquellos congresos a través de la amplitud de poder con que a veces se proponían investir a su misma augusta corporación, y la autoridad restringida que querían confiar al ejecutivo; intentar demostrar cuán primorosamente equilibrarían a los dos mediante un senado; o cuán escrupulosamente la judicatura civil y criminal debiera gobernarse libre de toda tendencia o control indebidos.

Tales cuestiones eran más parecidas a las que se discuten según el método escolástico, que a lo requerido para la reforma paulatina y práctica de los diarios y crecientes abusos que prevalecían.

Cuestiones como las precedentes tenían, además, esta ventaja: que su decisión no implicaba la necesidad de reglamentación ejecutiva para ponerlas en vigencia. Eran cuestiones de *legislación pura*: y esto era precisamente lo que a los legisladores les agradaba.

Hace algunos años, el señor Rivadavia puso a todas las provincias del interior del Río de la Plata en un estado de fermento y guerra civil, con una discusión de doce meses en el Congreso, cuyo fin era decidir que Buenos Aires fuese "gobierno de unidad". El ambicioso Rivadavia, que debía ser cabeza de gobierno central, perdió su presidencia federal durante el acalorado debate; y su antagonista (el coronel Dorrego) entraba poco después como gobernador de Buenos Aires, y estableció, naturalmente, los principios y prestigios del gobierno federal en su mayor amplitud.

El mismo coronel Dorrego, después de ser gobernador diez y ocho meses, y cuando todavía ocupaba su puesto, fué fusilado por los unitarios, hombres del partido de Rivadavia, sin forma de proceso civil o militar. El país, entonces, cayó algún tiempo en manos del jefe militar Lavalle; por cuya orden directa el gobernador legal había sido llevado al suplicio.

J. P. R. estaba en Lima en 1823, y presenció en el Congreso una acaloradísima discusión relativa a la tolerancia religiosa. En el curso del debate un diputado ilustrado (Luna Pizarro) se opuso a la medida con el siguiente notable argumento:

Digitized by Google

"Se ha argüido", decía, "entre las razones que nos llevarían a aprobar una ley sobre la tolerancia de otros credos, que, si no lo hacemos, disminuiría grandemente el número de ingleses residentes entre nosotros, y en consecuencia, el comercio que ellos traen a nuestras costas. Ahora, entiendo que los ingleses vienen por una o ambas cosas, por nuestras mujeres o nuestro oro. Respecto a nuestras mujeres, es para casarse con ellas o seducirlas. Si lo primero, es contrario a los principios de nuestra santa religión que los católicos se casen con herejes. Si lo último, envuelve una evidente corrupción de nuestras costumbres. Contra ambas cosas debe proveerse por sanción legislativa; y desde que la única atracción, *entonces*, para los ingleses será nuestro oro y plata, déseles en abundancia; y sin temor anuncio que no tendréis más quejas por falta de tolerancia religiosa. ¿Quién no sabe que Bonaparte, hace mucho tiempo, llamó a los ingleses "nación de tenderos"? Esto pareció del todo concluyente; la ley de tolerancia religiosa fué rechazada; y el reverendo Luna Pizarro, dos meses después, se ocupaba seriamente en imponer una contribución forzosa de doscientos mil pesos sobre aquella parte de la nación de tenderos, según Bonaparte, que en calidad de comerciantes ingleses residían a la sazón en Lima. Los ingleses, naturalmente, rehusaron someterse a esta contribución injusta; y todos y cada uno pidieron sus pasaportes.

El gobierno los rehusó a menos que pagasen previamente la contribución. Afortunadamente había de estación una fragata inglesa ("La Aurora"), mandada por un oficial distinguido, y puso estorbo muy práctico a la teoría de derecho internacional que los diputados peruanos deseaban establecer. El capitán Prescott, insistiendo en que se permitiese embarcar a sus paisanos, levó anclas pocos minutos después de encontrar que la demostración pacífica al efecto no daba resultado; e impidió que dos barcos de nuestra consignación entrasen en el puerto. Con respecto a buques ingleses, en suma, bloqueó el puerto del Callao; y en dos días recibió atenta nota del gobierno, ofreciéndole desistir de sus reclamos sobre la contribución y dar pasaporte a los ingleses para abandonar el país. J. P. R. fué entonces llamado por el presidente La Mar; y la cuestión se zanjó amistosamente por la negociación con el gobierno de un empréstito local y voluntario.

Muy corto tiempo después, y mientras el Congreso estaba empeñado todavía en debates como éstos, el general español Canterac cayó sobre Lima, y el cuerpo legislativo se trasladó a las fortalezas del Callao; donde en pocos días más, las balas del campamento español interrumpieron la discusión sobre si el gobernador efectivo del país era el hombre por ellos elegido, a saber, el presidente Riva Agüero, o el general Sucre, enviado desde Colombia por Bolívar para embrollar a los partidos y atizar a los pequeños. El Congreso se decidió por Sucre, y éste, como primer acto de autoridad, pensando que el ardor guerrero y el del debate era demasiado en el recinto de una fortificación bombardeada, envió los miembros del Congreso a la pequeña ciudad de Trujillo. Allí reeligieron a su primer gobernador, Riva Agüero y, como prueba de su gratitud, hizo doce senadores de entre ellos. Pero encontrando, al retornar a Lima para sostener la autoridad, que los españoles habían evacuado la plaza y que un rival de Riva Agüero, el marqués de Torre-Tagle, ocupaba entre-

Digitized by Google

tanto el sillón presidencial, senadores y diputados recapacitaron; se unieron a Torre-Tagle; y en la primera sesión declararon a Riva Agüero traidor a la patria. J. P. R. asistió, una quincena antes, a un gran banquete dado por aquel funcionario, en Trujillo, en honor de estos mismos hombres. El doctor Unanue, como presidente del Senado, fué también allí, el más clamoroso en las alabanzas de Riva Agüero en Trujillo y el primero en condenado a su regreso (del doctor) a Lima.

Así se constituyeron la mayor parte de los primeros congresos sudamericanos. Había mucha elocuencia en ellos; no mucha sabiduría práctica; y de principios ¡ay ! no gran provisión. Aunque ahora el trato prolongado con extranjeros y la experiencia comprada cara los han mejorado mucho, todavía debe confesarse que son instrumento ineficaz para lograr reformas párcticas y generales; y todavía con sólo este propósito, al presente, son reclamados con el fin de regularizar el gobierno legislativo, judicial y ejecutivo del país.

Naturalmente, hay matices en los grados de ilustración que se juntan, en las varias secciones de Sud América, con propósitos legislativos. En Buenos Aires, por ejemplo, la Cámara de Representantes ha sancionado muchas valiosas e importantes reformas, durante la administración del mismo señor Rivadavia, cuya fortuna política naufragó después en la roca de la cuestión "Centralización". En Buenos Aires también hay más conocimiento práctico de los negocios que en las otras repúblicas.

El Congreso peruano no está todavía preparado para sancionar la libertad de cultos; el de Buenos Aires la convirtió en ley, en términos liberales e ilustrados. Generalmente hablando, puede afirmarse que los Estados que han tenido relación más prolongada con extranjeros son los más prácticos en su capacidad legislativa.

La forma del debate en Sud América es la siguiente: Los diputados se sientan, después de reunirse previamente en antesala hasta estar en número suficiente para constituir lo que se llama "sala" y entre nosotros "casa". Los ministros o secretarios del gobierno tienen asiento, pero no voto. El presidente se sienta detrás de una mesa puesta sobre plataforma de nivel superior al piso. Hay una campanilla a su mano derecha, con la cual impone orden. Tiene un secretario a cada lado, y uno o dos relatores se sientan inmediatamente debajo. En algunas partes los legisladores hablan sentados, lo que, para un inglés, produce mal efecto. En otras suben a una tribuna o róstrum. En la primera posición la gracia y vehemencia de la acción están cohibidas; y en la segunda no solamente la acción aparece como mera manifestación estudiada, sino que la noción del asunto es invalidada por la expectación de un discurso formal. No podemos conciliar, en un caso, el ver un hombre sentado y sacando su tabaquera durante lo acalorado del debate (siendo a la vez orador y tomador de rapé) lo mismo que en otro sentirnos conmovidos por la exuberante rapidez de ademanes de un espíritu vivaz, o la medida solemnidad de uno grave, produciendo sus ebulliciones desde un cajón de lados demasiado altos para dar a los brazos amplitud de acción. Los diputados de los parlamentos sudamericanos, practicando una cortesía que no es nuestra, no se levantan inmediatamente para hablar, sino que se hacen presente con un "pido la palabra". El presidente inclina la cabeza en seña de asentimiento. Su *mirada* ha sido atraída, y el honorable di-

Digitized by Google

putado prosigue en estilo que, de acuerdo al principio con la modestia de su pedido, sube gradualmente a tan rudos cargos y afirmaciones rotundas contra sus oponentes, que provoca, mucho antes de concluir, interrupciones frecuentes en voz alta, muchas negativas de las premisas, y movimientos de manos y cabeza, que quieren decir, "ya le contestaré". Esta impaciencia a menudo va tan lejos, no de parte del solo contrincante del orador, sino de todos los que tienen opinión contraria en el caso debatido, que el presidente se ve obligado a hacer sonar muchas veces la campanilla llamando al orden, antes de conseguirlo; y tan pronto como lo consigue se vuelve a interrumpir.

Hay frecuenates llamadas, durante el calor del debate, a "cuarto intermedio" o sea un cuarto de hora de descanso; y pocos temas en verdad son considerados de interés bastante para asegurar la prolongación de la sesión matinal, que concluye a las dos p. m. o la nocturna, que termina a las nueve.

En uno de los primeros congresos de Buenos Aires, se discutía un punto de tan desusada importancia que, a las cinco de la tarde no se había levantado la sesión. A esta hora un digno, pero quizás gastrónomo diputado se levantó y dijo: "Caballeros, les ruego considerar que si prolongamos así los debates hasta pasada la hora de comer, estas discusiones políticas concluirán por llevarnos a la tumba". Fué aplaudido por todos los viejos doctores presentes; y se observaron en adelante horas más regulares. Mister Brotherton sería diputado bien apoyado en la cámara de los comunes porteña.

Los debates, así, se prolongaban días y semanas. Realmente, parte de la táctica de los diputados era ganar por aplazamiento y dilación lo que no podían conseguir con razones o argumentos; así como es sabido que un solo jurado ha amilanado a sus once colegas en una adhesión a su opinión del caso. Se proveen asientos para el público en la "sala"; y, a veces, el interés público y la curiosidad se han despertado en gran manera por lo que se discutía.

Yendo de la cámara de representantes a la casa llamada Palacio, primitivamente habitada por el virrey y actualmente por el gobernador o presidente, encontramos la entrada guardada por unos pocos soldados negros no muy bien vestidos. Prosiguiendo a la antecámara, encontramos a un ayudante solitario, quizás dos, con una vela encendida para el doble objeto de encender cigarros, y lacrar cartas. Con el solo anuncio de vuestro nombre generalmente se consigue entrada hasta su excelencia, que se sienta en una especie de oficina o estudio contiguo al vestíbulo. Se observa poca solemnidad en las maneras del gobernador; pero ninguna en el arreglo de su cámara o vestido; y la paciencia, afabilidad y buena crianza casi siempre se encuentran tanto en el gobernador como en sus secretarios cuando se trata con ellos. Las excepciones de esta regla son raras. El señor Rivadavia, no obstante, es sorprendente. Ninguno puede verle por asuntos de Estado, a menos de usar medias de seda. Se exigía generalmente que uno de los secretarios hiciese entrar al que aspiraba a aproximarse a su persona. Ni aun el artesano encargado de hacerle un sofá o cómoda, se libraba de esta ceremonia. El presidente consideraba una condescendencia incompatible con la gravedad y dignidad de su empleo, el pedir a sus conocidos más íntimos que tomasen rapé, aunque él era tomador perpetuo; y se molestaba grandemente por la necesidad en que a

Digitized by Google

veces se encontraba, a despecho de sus predilecciones por la distinción aristocrática, de pedir a un hombre que tomara asiento. Prefería levantarse, como advertencia oportuna al admitido a audiencia para que no se sentase, lo que también la urbanidad de todos sus predecesores y la soltura general y afabilidad de maneras en el país, hubiera llevado a la persona presentada a hacer mecánicamente.

Las oficinas de gobierno estaban mal organizadas para los asuntos y trámites, generalmente; pero la persona influyente o conocida de los secretarios, especialmente si era íntima del gobernador, encontraba todas las dificultades allanadas y prontamente vencidos los obstáculos ordinarios.

Intentar definir la naturaleza y extensión de las facultades del ejecutivo, en estos países, no solamente sería difícil, sino imposible. Un día encontráis que el gobernador fusila un hombre bajo su responsabilidad, y, el siguiente, pide permiso al Congreso para hacer celebrar una misa cantada o aumentar el salario de un escribiente de las oficinas de Gobierno. Pocos días después de esto quizás disuelva el Congreso.

La cantidad de fuerza naval y militar disponible en los diferentes gobiernos sudamericanos, cambia conforme a variedad de circunstancias. Perú puede tener bajos las armas, en tiempos normales, cinco o seis mil hombres. Chile puede mantener entre tres o cuatro mil y Buenos Aires cuatro o cinco mil. Paraguay sostiene unos tres mil, y la Banda Oriental igual número. La fuerza de México se compone de unos ocho mil hombres y la de Colombia de seis o siete mil. Estas tropas son parte de infantería y parte de caballería. Hay grandes trenes de artillería en el país, aunque no muchos artilleros prácticos. Tienen abundancia de armas y municiones de todas clases y en cada una de las provincias podían, en caso de urgencia, movilizar gran cantidad de tropas milicianas y guerrilleras, principalmente montadas.

Con ocasión del triunfo definitivo del general Rosas sobre los unitarios, ordenó a sus tropas montadas que marchasen por la ciudad. El defile fué visto por G. P. R., y las personas que lo rodeaban contaron cerca de seis mil como de buena caballería para entrar en combate. Era un grupo abigarrado en cuanto al uniforme; pero como *hombres y caballos*, sin duda alguna, de lo más eficaz. Hasta el último chacarero estaba en esta fuerza, y Rosas no tenía quinientos infantes para ayudar a sus seis mil de a caballo. Esta desproporción demuestra cuán grandemente, en país de pampa abierta cubierta de pastos y llena de ganados, es superior a la primera.

El poder naval de *todas* las repúblicas mencionadas se halla completamente en la infancia. Perú tiene un par de fragatas, en mal estado y cuatro o seis barcos menores. Chile tiene una corbeta y pocas goletas. Buenos Aires tiene algunos buques mercantes armados en guerra y una pequeña flotilla de goletas y lanchas cañoneras. Aun éstas están generalmente deteriorándose.

La seguridad de Sud América, en consecuencia, estriba más en su alejamiento de Europa y en la ausencia de todo esfuerzo naval o militar que sea posible dirigir contra ella por España, que en sus medios positivos de defensa.

La primera conquista de sus principales ciudades sería relativamente fácil; pero mantener esta conquista mediante provisiones transportada constantemente de Europa, sería tarea gra-

Digitized by Google

vosa, si no imposible. La extensión inmensa de tierras incultas interpuestas entre las ciudades, la facilidad de subsistencia que tienen los naturales en el interior, gracias al ganado que arreen, y el sistema de guerrear irregular y de merodeo que, sin comprometer nunca acciones decisivas, pueden sostener durante años, cansaría tarde o temprano la paciencia o agotaría los recursos de cualquier fuerza regular y costosamente equipada que se enviase contra ellos.

Desolarían el país, echarían los habitantes a los bosques, llanuras y pueblitos del interior; pero sería difícil y fastidioso conquistar el país de modo permanente; cosa imposible para España y que verosímilmente no se intentará por otra potencia europea. Sud América, así del punto de vista natural como del militar, por la impotencia de su único enemigo natural, la vieja España; por la desconfianza con que Norte América naturalmente miraría cualquier invasión europea; por el consentimiento tácito con que las potencias de Europa parecen haberse opuesto un veto recíproco contra la agresión, y por sus propios elementos de defensa, puede decirse que es absoluta e irrevocablemente independiente de cualquier otro país.

Lo que necesitaba Buenos Aires y con él todas las ciudades y provincias de Sud América, después de la población, son hombres de positiva integridad política y algún conocimiento mediocre de los asuntos de la vida, tales como se manejan en países más civilizados, para dar impulso y dirección a los negocios públicos. También se necesita todavía entre los sudamericanos, aun si hubiera hombres de esta clase para dirigirlos, un paciente y creciente tacto en la aplicación de este conocimiento político a las circunstancias del país. Hay mucha ignorancia que combatir; hay muchas preocupaciones que minar; la desconfianza está siempre alerta y lista para tocar a rebato, cuando cualquier hombre se adelanta en apoyo de lo que realmente es liberal en principio, de proyecciones amplias o benéficas para la comunidad en general. El espíritu de partido, en suma, es el veneno del país. Ha habido tantos pretendientes a rectos móviles de acción, mientras sus empresas han estada preñadas de intenciones sórdidas y egoístas; la afectación del bien público ha sido tan a menudo el objeto confesado y profesado, cuando el real ha sido el fomento del interés privado mediante la expoliación pública, que no hemos de maravillarnos de la desconfianza hacia los hombres públicos que abriga la comunidad, y que oponga con frecuencia una resistencia tácita a la innovación intentada, aún siendo de la clase más benéfica.

Es bien digno de notar, con referencia al establecimiento de extranjeros en Sud América, que, durante toda la serie de revoluciones, disturbios e inseguridad con que los habitantes se han agitado y destruído las fortunas de tantos, ha habido, no obstante, deferencia general demostrada para las personas y bienes, no solamente de los súbditos británicos, sino de cualquiera otra nación. Los ingleses, por varias causas, *como* extranjeros, van decididamente a la cabeza en Sud América.

Los nativos son gentes francas y afectuosas; y las maneras ásperas y principios honrados de John Bull han tenido siempre encantos para ellos. Se mezclan como si fuesen de una sola nación. Los ingleses nunca han tomado otra participación en las disenciones políticas del país que dando indistintamente asilo a jefes partidarios de todos los bandos, cuando peligraban sus per-

Digitized by Google

sonas; y esta imparcial humanidad ha conquistado mucho a los habitantes en general. Los ingleses han estado más tiempo en el país; su número sobrepasa al de otros extranjeros; y su comercio es el más difundido y ventajoso que gozan los naturales.

Los residentes británicos son generalmente respetados por la integridad en sus tratos. Hacen importantes transacciones mercantiles con los criollos; muchos ingleses se han casado con criollas; y reconocidos ahora como súbditos de una nación con la que se han celebrado tratados de comercio, y cuyos representantes se mantienen en los diferentes lugares de Gobierno tienen toda la libertad y protección necesaria para el manejo de sus negocios.

Naturalmente, están sujetos a ser afectados por algunos de los reglamentos imprudentes y a menudo arbitrarios que pesan sobre los hijos del país en general, en punto de tráfico y comercio; y estos reglamentos son frecuentemente perjudiciales a los intereses extranjeros, porque se formulan con propósitos de conveniencia, con carencia de sanos principios o con política muy dudosa y de vistas cortas.

Pero como ahora la larga experiencia ha enseñado a los extranjeros que estos males son inseparables de la misma naturaleza del estado aun indeciso y vacilantes instituciones de un país nuevo como Sud América; como pueden prontamente inferir por el pasado, lo que es probable suceda en el futuro por largo tiempo; quienes se establezcan allí lo hacen con completo conocimietno de ambas faces de la cuestión. Leyes imprudentes y anómalas que afectan a toda la comunidad de nativos y extranjeros, se sancionan con frecuencia todavía, en todas las secciones del continente; pero no haya duda que el trato libre cada año con otras naciones, tenderá a disminuir estos y otros abusos y aumentar los beneficios permanentes ofrecidos por Sud América a la empresa británica.

Vuestro, etc.,

LOS AUTORES.

CARTA VI.

NO PRELIMINAR

Al señor J. G.

Mirada retrospectiva. — Comparación de Norte y Sud América. — Plan de la obra. — Toma de Buenos Aires. — Sus consecuencias. — Embarque para el Río de la Plata. — Bombardeo de Montevideo. — Síntomas de confianza en el pueblo.

Londres, 1838.

En las cartas precedentes hemos trazado la sinopsis de cómo la América del Sur se libertó del yugo español. Hemas intentado determinar también los elementos de la prolongada confusión política y lucha civil que han estorbado las energías, malgastado los recursos y malogrado los designios de los sudamericanos. Al señalar las causas que han impedido principalmente su regeneración política, nos hemos visto forzados a los muchos feudos fomentados, para el logro de miras personales y ambiciosos proyectos de individuos que han procurado su engrandecimiento a costa del bienestar público; pero, al mismo tiempo, haciendo justicia a los ame-

Digitized by Google

ricanos, hemos demostrado que esto era no solamente natural sino consecuencia necesaria del sistema de corrupción gubernamental y política estrecha legado (si podemos emplear la expresión) por la fanática metrópoli a sus oprimidos vástagos coloniales. ¿Sería Norte América lo que hoy es si la gran familia de *sus* Estados Unidos, después de sobrepujar el control del padre, hubiese desplegado contra él bandera de oposición en circunstancias igualmente desfavorables a las que rodearon a los sudamericanos? No, con certeza, Hubo, y todavía hay en la América del Sur española, pocos elementos para la formación de carácteres como los de Wáshington o Franklin. Y si estos carácteres se encontrasen, sobre qué materiales diferentes, respecto a educación, ciencia, conocimientos de las artes de la vida, franquicias políticas y riqueza y fuerza física, no habrían actuado. Decidan quienes mejor conozcan Sud América, si Wáshington, general hábil y patriota, o Franklin, ilustrado filósofo y perspicaz diplomático, hubieran representado sus grandes papeles respectivos en el escenario de un país que durante trescientos años permaneció herméticamente cerrado por la vieja España para el mundo entero; que había languidecido bajo la corrupción de la autoridad de los virreyes y la perniciosa influencia monástica; que había, en una palabra, sido teatro de un sistema de desconfianza y espionaje, siempre alerta por temor de que un dominio de casi ilimitada extensión se alzase en armas contra el poder débil del país que gobernaba. Por nuestra parte, consideramos que la cosa hubiera sido impracticable; y que solamente es razonable admitir, para atenuar los innegables desvíos y estravíos de los sudamericanos, que a las desgraciadas máximas y prácticas de gobierno con que tan largo tiempo se han debilitado, deben atribuírse la mayor parte de sus aberraciones.

Conforme al plan que nos hemos trazado, de combinar nuestra historia y narración personal con los acontecimientos de que respectivamente hemos sido testigos, y con muchos de los sucesos en que hemos sido actores, procedo ahora a relataros lo que me corresponde recordar.

Con este propósito debo haceros retrocer a algunos incidentes de mi vida juvenil. A medida que éstos se desenvuelvan, encontraréis que corroboran en detalle el bosquejo general de los asuntos sudamericanos que yo os he expuesto. Especialmente respecto al Paraguay, los encontraréis ilustrativos de la revolución más singular que, en escala reducida, y cobijada bajo el nombre de libertad e independencia, se haya efectuado nunca en cualquier comunidad. Veréis al dictador Francia esterilizando las energías de uno de los más bellos países de la tierra. Veréis su volutad despótica, cambiando, abrogando o destruyendo toda ley benéfica; y contemplaréis su ceño implacable imponiendo silencio, no solamente a las manifestaciones de queja, sino de pensamiento, por parte de sus paisanos paralizados y aterrorizados. Veréis gente sencilla, cortés, confiada, que ha sido relativamente feliz bajo el régimen de la vieja España, reducida a miseria e impotencia bajo la ley férrea de quien tiene aún la audacia de llamarse patriota..

Para trazaros sistemáticamente los pasos con que llegué a la intimidad de éste hombre singular y la forma precipitada en que fuí arrojado de su presencia, he de detenerme brevemente en algunas de mis pocas aventuras, entre 1806, cuando a la edad de catorce años, dejé por primera vez este país, y 1812, cuando reconocí personalmente al dictador.

Digitized by Google

En 1806 llegaron noticias a Inglaterra de que la expedición a que nos hemos referido, al mando del general Beresford, había entrado en el Río de la Plata y valientemente atacado y tomado la ciudad de Buenos Aires.

La victoria, por sorprendente que fuese, no era nada comparada con los resultados que se le atribuyeron en este país. Se pintaba la gente no solamente satisfecha de sus conquistadores, sino también tratable, amable, vivaz y atrayente. El Río de la Plata, derramándose en el mar por una boca de ciento cincuenta millas de ancho, y navegable dos mil millas al interior, se describía como poderosa entrada para los millones de nuestro comercio. Perú y sus minas se nos mostraban abiertos mediante este canal; se nos decía que las regiones tropicales del Paraguay estaban al alcance de nuestros barcos; que miles y miles de ganados pastaban en sus verdes llanuras; y que un novillo valía cuatro chelines mientras el precio de un caballo era la mitad de esa suma. Los naturales, se decía, nos darían oro incontable por nuestras manufacturas, mientras sus almacenes estaban tan provistos de frutos como sus cofres llenos de metal precioso. Se decía que todas las mujeres eran bellas y los hombres hermosos y fuertes.

Tal era la descripción recibida aquí de la Nueva Arcadia, de que Lord Beresford había consumado la conquista más increíble.

El comercio británico, siempre listo para volar a tierras extrañas, pronto desplegó las velas de sus naves con rumbo a Sud América. El rico, el pobre, el necesitado, el especulador y el ambicioso esperaban hacer o mejorar fortuna en aquellas regiones privilegiadas. El Gobierno se ocupaba de equipar, para el aumento y seguridad del territorio recientemente adquirido y para la protección de sus súbditos y bienes, una nueva expedición al mando de Sir Samuel Auchmuty.

Al par de otros jóvenes atrevidos, me entró ansia por visitar una tierra descripta con tan brillantes colores. En consecuencia, me hice a la vela de Greenock, en diciembre, 1806, en un lindo barco llamado "Enterprise", mandado por el capitán Graham.

La monotonía del viaje marítimo se conoce ya tanto, que pasaré por el mío en muy pocas palabras. Tuvimos las acostumbradas tormentas hibernales en el Canal; la multa siempre pagada del manteo en la bahía de Vizcaya; tiempo bochornoso al pasar el Ecuador y grandes regocijos cuando, después de tres meses de cielo y agua, echamos las sondas en la desembocadura del Plata. Cuando apresurábamos alegremente nuestra marcha en aguas interiores y esperábamos al día siguiente domiciliarnos en Buenos Aires, fuimos saludados por un barco de guerra británico; ¡ay! para desvanecer los sueños dorados acariciados durante todo el viaje.

El capitán Graham, a quien se ordenó transbordar a la fragata, regresó con el abatimiento pintado en el rostro, para decirnos que los españoles habían reconquistado Buenos Aires y tomado prisionero al valiente general Beresford con su ejército.

Nuestro capitán nos informó después que la segunda expedición del general Auchmuty sitiaba Montevideo, y que, con excepción del terreno contiguo a la ciudad, no había donde poner el pie en todo el continente sudamericano para los súbditos bri-

Digitized by Google

tánicos. Se nos ordenó seguir a la rada de la ciudad sitiada y allí ponernos a las órdenes del almirante inglés.

Se vinieron abajo todos los castillos en el aire levantados a altura fantástica por el gran grupo de pasajeros a bordo del "Enterprise".

Los que ayer se habían dado las manos en felicitaciones mutuas por las fortunas que iban a hacer, se paseaban hoy por el puente con síntomas visibles de desaliento y tristeza.

Pronto tomamos fondeadero frente a Montevideo, entre cientos de barcos que se encontraban en nuestra misma condición. Oíamos el estampido del cañón y veíamos las baterías que arrojaban balas y granadas mortíferas a las casas de los atemorizados habitantes.

Montevideo es plaza fuerte y regularmente fortificada. En el puerto se veían botes atareados yendo de un barco a otro; se veían bergantines de guerra navegando cerca de las murallas y bombardeando la ciudadela; los cañones eran dirigidos con certera puntería a la parte de la fortificación elegida para abrir brecha; y el mortero, descargaba en parábola mortífera sus bombas destructoras. Miles de espectadores desde los barcos escudriñaban, en ansiedad afanosa, el efecto producido por cada granada en la ciudad y por cada bala en la brecha. Las frecuentes salidas de las tropas sitiadas y los rechazos que invariablemente sufrían, daban animado pero nervioso interés al espectáculo.

Una mañana, por fin, antes del alba, el trozo de muralla en que estaba "la inminente brecha mortal", fué envuelto, como se vió desde los buques, en una poderosa conflagración. El estampido del cañón era incesante y la atmósfera una densa masa de humo impregnado de olor a pólvora. Percibíamos, con auxilio de anteojos nocturnos, y del fogonazo de los cañones, que se desarrollaba una lucha a muerte en las murallas. Después se produjo una pausa tremenda, una tristeza profunda y solemne. La carnicería tocó a su fin; y luego la aurora nos dejó ver la bandera británica desplegada y flameando orgullosa sobre los bastiones. Un grito triunfal simultáneo se elevó de la flota entera; y miles que habían estado ayer suspendidos entre la duda y el temor, volvieron a dar libertad ilimitada a la perspectiva vehemente del feliz y próspero resultado de su empresa.

Desembarcamos aquel día para encontrar que nuestras tropas estaban en completa posesión de la plaza. Qué espectáculo de desolación y miseria se presentaba a cada paso ante nuestros ojos! La carnicería había sido terrible, en proporción al valor desplegado por los españoles, y al valiente e irresistible empuje con que las masas fueron dominadas y los cañones silenciados por el inglés.

Primero, la compañía de granaderos del N.º 40, llevando el primer asalto, erró la brecha y, con excepción del capitán Gillies y unos pocos hombres, fué aniquilada por los cañones que la flanqueaban. Entonces siguió el bravo coronel Vassall al frente del regimiento 38. Descubrió la brecha, la trepó, y mientras blandía su espada y animaba sus hombres al ataque, recibió una bala en el corazón. Se siguió un espantoso conflicto. La brecha estaba repetidamente barricada con pilas de cebo en cueros y con cueros vacunos. Estas, cuando dieron paso, echaron a nuestros soldados dentro de la ciudad donde eran recibidos en la punta de la bayoneta por los sitiados. Además, cuando marchaban las co-

Digitized by Google

lumnas de refresco, por afuera de las murallas, para reforzar a los que escalaban la brecha o estaban sobre los bastiones, y cuando éstas seguían a los grupos que habían entrado primero en la ciudad, la mortandad por ambos lados era terrible y sin interrupción. Montones de heridos, muertos y moribundos se veían por doquier; y a cada paso encontrábamos literas llevando pacientes a los distintos hospitales e iglesias. Podíais ver aquí la hermana infeliz buscando desesperada a su hermano; y allí la viuda abandonada en busca del marido. Después de cerciorarse que no estaban entre los vivos, procuraban tributarles, con la solemnidad conveniente, los últimos rezos requeridos por la muerte aquende la tumba.

Un mero campo de batalla no puede contener la mitad de los horrores de una ciudad tomada por asalto. En este caso el dormitorio conyugal y el círculo de familia están igualmente expuestos a la violencia; los parientes más cercanos, los amigos más queridos son separados por la espada de la muerte en presencia uno de otros; mientras, para aumentar el horror del espectáculo, la lascivia, el pillaje, y la ebriedad adquieren dominio sin control en los corazones recios de los vencedores. Tales espectáculos, aunque no pudieron evitarse del todo, fueron relativamente escasos en la toma de Montevideo; y esta minoración de las consecuencias naturales que siguen a la toma de una ciudad por asalto, después de obstinada resistencia, se debió no menos a la admirable disciplina de los soldados británicos que a la energía y filantropía de Sir Samuel Auchmuty.

En una o dos semanas, habían desaparecido los más prominentes estragos de la guerra, y un mes después del asalto, los habitantes tenían tanta confianza en los invasores como sea posible esperar de la alterada posición relativa en que ambos se encontraban.

Esta confianza temprana se atribuyó principalmente al espíritu y gobierno equitativos del comandante en jefe. Permitió que las instituciones civiles del país permaneciesen inalterables y se condujo con la más grande afabilidad para todos los habitantes.

Estos empezaron gradualmente a cambiarse recíprocas atenciones con los ingleses; y cuando yo consideraba no solamente la manera hostil en que cayeron sobre ellos, sino la diferencia de religión que a menudo engendra pasiones más violentas que la guerra misma, era imposible escatimar a los españoles el elogio por haber sacrificado al decoro exterior los sentimientos enconados de orgullo humillado y esperanza desvanecida que *deben* haber abrigado.

De cómo los soldados, comerciantes y aventureros extranjeros de todas clases encontraron alojamiento en la ciudad, no es fácil decir. Se acomodaron en todos los ángulos y rincones; de manera que pronto tuvo más apariencia de colonia inglesa que de fundación española. El número de habitantes, en tiempo de la captura, era alrededor de diez mil; cría mezclada de españoles, criollos y, proporcionalmente, numerosos negros y mulatos, en su mayoría esclavos. A esta población se agregaron después de la toma de la ciudad unos seis mil súbditos ingleses, de los que cuatro mil eran militares, dos mil tratantes, comerciantes y aventureros y una banda sospechosa que escasamente revistaría aún en la última denominación.

Digitized by Google

Cientos de barcos británicos estaban en el puerto. Buenos Aires se hallaba todavía en poder de los españoles; pero se tenían fundadas esperanzas de que, cuando se conociese en Inglaterra la toma de Montevideo, se enviaría fuerza suficiente para capturar la capital de tan magnífico país. Podéis imaginar con qué ansiedad esperábamos tal acontecimiento; y con que esperanza altiva nos prometíamos que los tesoros de las ciudades y los rebaños y ganados de las llanuras, iban pronto a estar a nuestra disposición. Esperábamos también que en pocos meses los países de Chile, Perú y Paraguay se abrirían sin ristricción a nuestro comercio.

En mi carta siguiente hablaré con más amplitud de los nativos y especialmente de una parte admirable, las mujeres. Nunca ví mujeres más graciosas o lindas. Se podría aplicar a casi todas la cita de Milton:

Grace was in all her steps, heav'n in her eye,
In ev'ry gesture dignity and love.

"La gracia estaba en todos sus pasos, el cielo en su mirada, en cada movimiento la dignidad y el amor".

Vuestro etc.

J. P. R.

CARTA VII.

Al señor J. G.

La sociedad montevideana. — Ratas. — Los dos espías. — Sir Samuel Auchmuty.

Londres, 1838.

Ahora había entrado, en Montevideo (1807), en el bullicio de la vida activa. En el curso de nuestro viaje había dominado bastante los principios del idioma español; y por mi frecuente trato con los nativos de Montevideo, pronto adquirí facilidad tolerable para hablarlo. Cuando esta facilidad aumentó, naturalmente dejé la sociedad de mis compatriotas para mezclarme más con los españoles. Aunque en país enemigo y plaza fuerte donde imperaba la ley marcial, la hostilidad de sentimiento entre nativos e ingleses decaía tanto que algunas de las principales familias del lugar reanudaron sus tertulias.

Fuí invitado a varias de estas reuniones vespertinas y encontrélas entretenimiento combinado de música, baile, café, naipe, risa y conversación. Mientras las jóvenes valsaban y hacían la corte en medio del salón, las mayores, sentadas en fila sobre lo que se llama *estrado*, charlaban con todo el *esprit* y vivacidad de la juventud. El estrado es una parte del piso levantado en el testero del salón, cubierto con estera fina en verano, y, en invierno, con ricas y hermosas pieles.

Los caballeros se agrupaban en distintas partes de la habitación, unos jugaban a los naipes, otros hablaban y otros bromeaban con las damas mientras los más jóvenes, alternativamente, se sentaban junto al piano, admiraban al cantor o bailaban en fantásticas puntas de pie con graciosísimas compañeras. Me parecía encantador cada paso y figura y pirueta. Todas las damas que ví en Montevideo valsaban y se movían en las intrincadas figuras de la contradanza con gracia inimitable, como resultado de soltura y refinamiento naturales. Luego eran tan bon-

Digitized by Google

dadosas para corregir las pequeñas faltas en español de los extranjeros sin reirse de ellos, que mostraban con el ejemplo al mismo tiempo buenos sentimientos y buenas maneras. No hay ninguna ceremonia en las tertulias. Una vez conseguida invitación en una casa ("Señor Don Juan, ésta es su casa", por ejemplo), podía entrar y salir a toda hora del día, según me agradase. En las reuniones vespertinas de que he hablado, las personas que antes habían sido invitadas, entraban con un simple saludo a la dueña de casa y partían de la misma manera. Así me proporcionaba oportunidad de admirar los atractivos personales, afluencia de palabras y soltura de maneras en las damas; mientras no podía menos de complacerme con la hospitalidad que, de parte del otro sexo, experimentaba en todas partes. La creía del todo sorprendente cuando consideraba que los ingleses eran sus enemigos y recientes vencedores. Muchas de las bondades que recibí, se debían sin duda a mi juventud, y al afán que puse para dominar el idioma y asimilarme sus maneras y costumbres.

Encontré completamente trastornadas todas mis nociones preconcebidas de la gravedad y austeridad de los españoles. Creo que hemos formado opinión de ellos, más por leyendas y romances del pasado que por observación real de su carácter actual. Hay mucho de urbanidad y bondad en ellos, con no escaso tinte de *humour;* y de ninguna manera puedo asentir que se distingan por aquella altanería tétrica y reserva consiguiente que se nos ha hecho creer son sus cualidades distintivas.

El único descuento que tengo que hacer a la manera deliciosa en que ahora pasaba mis noches, era la necesidad de volver a casa por calles estrechas, tan infestadas de ratas voraces que algunas veces era peligroso hacerles frente. No había más policía en la ciudad que la producida por los aguaceros que, a intervalos, sacaban de las calles los montones de basura. Alrededor de las sobras de carroña, legumbres y frutas pasadas, que en grandes masas se acumulaban allí, las ratas absolutamente pululaban en legiones. Si intentaba pasar cerca de estos bandidos formidables o interrumpir sus comidas u orgías, hacían rechinar sus dientes como lobos nocturnos. Tan lejos estaban de correr asustadas a sus numerosas madrigueras que se daban vuelta, lanzaban un grito de cuervo y se precipitaban contra mis piernas de modo que me helaba la sangre. Entre ellas y yo ocurrieron muchas riñas peligrosas; y aunque algunas veces me abrí camino hacia mi casa a bastonazos, otras me vi forzado a huir por alguna caprichosa y estrecha senda o calle, dejando a las ratas dueñas y señoras del campo.

Ocurrió una interrupción triste de nuestras tertulias por este tiempo. Dos espías fueron capturados y se les encontraron papeles que a todas luces demostraban se tramaba una conspiración y era fomentada por los habitantes de Montevideo y ayudada por los militares de Buenos Aires.

Su objeto era arrebatar Montevideo a los ingleses a costa de cualquiera estrago y derramamiento de sangre. Se convino que un gran número de soldados, cruzando el río de noche a la ciudad (Colonia), situada enfrente de Buenos Aires, marchase sobre Montevideo, y los conspiradores allí les facilitarían la entrada por una o varias puertas. El proyecto se frustró por haberse conocido a tiempo; pero creo que los mejores planes que los españoles madurasen para conseguir el fin que se proponían, hubieran fracasado por la vigilancia de nuestras avanzadas, así

Digitized by Google

como por las admirables disposiciones de la guarnición, y vigilancia del comandante en jefe.

Que la proyectada insurrección fué crudamente concebida y manejada torpemente, era evidente; pero la *existencia* de tal conspiración sin duda podía concebirse. Muchos españoles fueron arrestados; una tristeza general se difundió entre los habitantes; y la desconfianza de sus conquistadores, que había ido desapareciendo, aprisa volvió como consecuencia necesaria de la delincuencia consciente y el temor al castigo por el lado español.

El comandante en jefe decidió la ejecución de los dos espías que habían sido sorprendidos *in flagrante delito*. Con este fin se levantaron altas horcas en la plaza mayor. El aspecto de todo inglés que encontrabais, denotaba alarma y sospecha, y el de todo español, temor y desaliento.

Para dar mayor solemnidad a la ejecución, todas las tropas de la guarnición marcharon desde sus cuarteles al sitio señalado. Los otros habitantes ingleses también se congregaron allí; y los españoles que no estaban desalentados por el suceso, envueltos en sus capas, se apresuraban igualmente para presenciar el solemne espectáculo. Las ventanas estaban repletas de mujeres curiosas, aunque trémulas; mientras media docena de frailes de hábito blanco, con cruces negras o rojas y llevando bandejas en sus manos, recorrían las calles pidiendo con canto lúgubre una limosna para enterrar a los reos y decir misas por sus almas.

Las campanas de las numerosas iglesias y conventos doblaban a muerto; todas las tiendas se cerraron y una tristeza general se apoderó de la ciudad.

Sacados por fin de la prisión, los dos espías fueron colocados en una suerte de serones tirados por asnos, y siguieron en procesión acompañados por numerosos frailes, gimiendo y cantando y exhortando a los desventurados reos. La plaza mayor estaba completamente rodeada por tropas; sin embargo, la ansiedad era tan intensa, tan acallado todo ruido, que se podía distinguir desde el rincón más apartado juntamente la voz de los auxiliadores espirituales y los gemidos de las víctimas.

Cuando todo estuvo listo, subieron por una escalera a la plataforma en que iban a despedirse del tiempo. Se les ajustaron las cuerdas alrededor del pescuezo, se les metieron los gorros hasta cubrirles los ojos, la última jaculatoria en voz alta salió de boca de los sacerdotes y los pañuelos fatales cayeron de sus manos como signo de muerte. *No* murieron; el perdón estaba en poder del oficial que dirigía la ceremonia del patíbulo. Tremenda había sido la escena hasta aquel momento, y se convirtió luego en verdaderamente sublime. Los aturdidos, casi insensibles hombres, fueron descendidos; pero tan abatidos, que no podían mover un miembro. Fueron llevados en sillas y devueltos a sus amigos y familias. En unión con miles de sus compatriotas, bendijeron al general inglés y demostraron su gratitud por el acto de oportuna y juiciosísima clemencia, con tranquila deferencia y respetuosa sumisión en adelante hacia su gobierno.

El caballero en cuya casa yo visitaba principalmente, M. Godefroy, era de los primeros personajes de la ciudad. Natural de Francia, se había casado en Montevideo con una dama de grandes atractivos personales, y estaba rodeado por una bella familia; su casa era una de las más agradables del lugar.

Digitized by Google

Fuí allí a mi tertulia aquella noche, como de costumbre, y encontré todos los corazones dilatados por la gratitud hacia Sir Samuel Auchmuty a causa de su clemencia por los infortunados espías. Un sentimiento mutuo de bondad y confianza, en verdad igualmente agradable para vencedores y vencidos, fué engendrado por un suceso que parecía calculado al principio para llegar a resultados completamente contrarios.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA VIII.

Al señor J. G.

Noticias de la expedición Whitelock. — Su llegada. — Zarpa para Buenos Aires. — Pánico de Buenos Aires. — Derrota de Whitelock.

Londres, 1838.

Por el tiempo en que sucedieron los hechos recordados en mi última carta, se recibieron de Inglaterra noticias oficiales de que se estaba aprestando una expedición formidable al Río de la Plata; que el general Whitelock iba a ser el comandante de ella; que su arribo podría esperarse dentro de un mes y que iba a seguir inmediatamente río arriba y apoderarse de Buenos Aires.

Cuando se supo en Montevideo que la mayor parte de las fuerzas regulares de la guarnición se requerirían para cooperar en el proyectado ataque a la capital, todos los comerciantes y súbditos ingleses fueron llamados para formar un cuerpo miliciano. En ausencia de la mayor parte de las fuerzas regulares, el cuerpo de nueva creación era para hacer guardia, y cooperar con los dos batallones de línea que iban a dejarse de guarnición en la plaza.

Era curiosísimo, una verdadera vista, presenciar los ejercicios de esta torpe escuadra de reclutas.

Me propuse estar presente a menudo, cuando, bajo la dirección de una docena de sargentos, este leal, pero desmañado cuerpo, ensayaba ejecutar sus evoluciones. No puedo menos de congratularme de haber escapado, por causa de mi juventud, al enrolamiento y ejercicio con tal grupo de reclutas. Con todo el respeto debido al carácter de los tenderos, comerciantes y manufactureros británicos, me veía forzado a admitir que los honores militares les sientan muy groseramente.

Aquí estaba un tejedor de Paisley convertido en sargento desvergonzado, y allí un manufacturero de Glasgow *manufacturado* en teniente aguerrido. El comerciante, generalmente, era capitán, mientras su dependiente principal se contentaba como cabo a las órdenes del patrón.

Muchos y grandes fueron los celos que se apoderaron de este *corps d'armée*. El tendero creía que tenía mejor derecho a ser sargento que un dependiente substituto; pero el dependiente tenía mejor letra y podía llevar las cuentas de su compañía, por lo que se ponía de lado al tendero. Muchos fueron los ejemplos de acerba enemistad originada porque uno quería ser capitán, mientras otro, que creía tener iguales o mejores títulos, era, por alguna parcialidad caprichosa, constreñido a servir bajo las órdenes del primero, con alabarda.

Digitized by Google

El regimiento era mandado por el coronel Tyrrell, colector de aduanas, quien reunía en su persona lo que la gente dice ser incompatible con los principios de nuestra constitución libre, a saber, el control simultáneo del ejército y del tesoro. En el ardor de su atención a la disciplina del cuerpo, el coronel Tyrrell dió asidero a gran murmuración y sospecha por la pérdida, o algo parecido, de los libros de la aduana. El uniforme de la milicia se componía de chaquetilla colorada, pantalones azules con franja roja y gorra de pelo. No podía menos de sentirme regocijado cuando comparaba la destreza del mismo hombre para manejar la yarda, durante parte del día, y la torpeza con que echaba armas al hombro, en otra.

Los primeros comerciantes parecían completamente a sus anchas cuando vendían un cajón de zaraza, pero mareados del todo cuando, apoyándose en el bastón de cuero, con los honores militares de charreteras, gola y espada, abandonaban sus almacenes para formar en parada. Reconoceríais la diferencia de casta y perfil, entre ellos y los oficiales de línea, a distancia de tiro de cañón.

Finalmente llegó Whitelock, con lujoso séquito de ayudantes, comisarios y otros oficiales de cortejo militar. Sir Samuel Auchmuty fué, no solamente substituído en el mando, sino eclipsado en su puesto por el ahora general absoluto. Trajo consigo ocho mil hombres la flor del ejército británico, embarcados en una gran flota de transportes, protegida por buenos barcos de guerra. Estableció una magnífica corte militar en la Casa de Gobierno, y declaró con grandilocuencia que inmediatamente seguiría para Buenos Aires, y la tomaría o nivelaría con el suelo, dentro de un mes de la fecha de su partida de Montevideo. Todos esperábamos que la capital fuese tomada, porque no podíamos ver lo que ganaríamos si fuese destruída.

Whitelock ordenó que tres mil hombres de la guarnición de Montevideo se le incorporasen. El coronel Brown, del regimiento número 40, fué dejado al mando de la plaza, y a los comerciantes se les dijo, una vez más, que dentro de un mes estarían en libertad para trasladarse a Buenos Aires. El nuevo general tenía reputación de altivo y reservado; pero se esperaba, no obstante, que se mostraría a la altura del cumplimiento de los altos deberes para que lo había designado el duque de York.

Poco después, el general Whitelock se hizo a la vela con un ejército de que cualquier general se enorgullecería y con una flota en todo sentido bien provista y equipada. A los ocho mil hombres recientemente llegados se agregaron tres mil de las tropas veteranas de Montevideo. Sir Samuel Auchmuty, el coronel Pack, el general Gower, el general Crawford, y muchos otros valientes y distinguidos oficiales estaban al mando del general Whitelock; y como la plaza había sido tomada pocos meses antes por el general Beresford, con mil quinientos hombres, no había sombra de duda de su inmediata rendición al general Whitelock a la cabeza de once mil.

Quizás concibáis con qué ánimos placenteros y soberbias esperanzas todos empezaron a empaquetar para Buenos Aires. Todos los barcos desplegaban sus velas; los comerciantes dejaban sus instalaciones en Montevideo; y esta ciudad, como casa que dejan los moradores, tenía ya apariencia del todo incómoda y desierta. En cuanto a mí, apenas sabía si regocijarme o lamentar mi proyectada partida.

Digitized by Google

Me encontraba tan enteramente en mi casa donde M. Godefroy, que empecé a temer "ir más lejos y andar peor". Sabía el proverbio antiguo y familiar, "que un pájaro en mano vale por dos en el matorral" que, a propósito, los españoles lo expresaban más poéticamente que nosotros, diciendo: "Más vale pájaro en mano que buitre volando".

Poco después de zarpar la expedición, llegó un bergantín procedente del teatro de la guerra, y trajo noticias de haber desembarcado el ejército inglés en la Ensenada. Este lugar dista de Buenos Aires treinta y seis millas; y de allí la fuerza formidable de Whitelock emprendió la marcha inmediatamente. El desembarco en este punto sorprendió a todos los que tenían conocimiento *local*, como comienzo poco auspicioso de las operaciones. Los militares decían que, en primer término, no era necesario; y que podía haberse efectuado un desembarco lo mismo a cinco que a cincuenta millas de Buenos Aires, viendo que no había fuerzas regulares para impedirlo con alguna esperanza o probabilidad de éxito.

En segundo lugar, estando situada la Ensenada en terreno bajo, pantanoso, se hallaban entre ella y Buenos Aires inmensos pantanos y bañados. Por éstos inevitablemente tenía que marchar el ejército para llegar a la capital.

Finalmente, no podía mantenerse por esta ruta comunicación alguna entre las fuerzas navales y militares; de modo que el ejército había de estorbarse, sin contar su pesado bagaje y tren de artillería, con la carga inmensa de las provisiones necesarias para la subsistencia de once mil hombres en una marcha de seis u ocho días.

Al fin llegaron las ansiadas comunicaciones; y apenas podía dar crédito a la narración que mis ojos vieron y oyeron mis oídos, y que ahora mi pluma está obligada a consignar, de la derrota completa de la expedición Whitelock. Prosiguió la marcha desde la malhadada Ensenada. Bañados, pantanos, hambre, sed, fastidio, frío y fatiga, mientras sometían al valiente ejército de un jefe fatuo a casi todas las privaciones que el cuerpo humano puede soportar, no opusieron dique a la orden de avanzar. Los hombres permanecían horas en el agua; las provisiones eran escasas y mojadas; su artillería pesada a menudo se encajaba en los pantanos; el frío era intenso; no había refugio; una comisaría mal organizada dejaba a los hombres con provisión insuficiente de vino y aguardiente para mitigar su fatiga inaudita; los caballos se disparaban en la marcha; lo mismo el ganado; no se encontraba un solo habitante y solamente aquí y allí, con intervalos de cinco y seis millas, se veía un rancho mísero abandonado por sus todavía más míseros propietarios. Asimismo, el ejército británico, guiado y animado por oficiales que bien se clasificarían de valientes entre los valientes, apresuraba el avance: y en pocos días llegó a cuatro millas del campo destinado para la refriega. Por este tiempo las tropas regulares y milicias de Buenos Aires salieron en dirección al Riachuelo, que atravesaron por el puente de Barracas.

Sin embargo, tan luego como estos hombres vieron las brigadas y columnas británicas y el tren de artillería, que avanzaban a su encuentro en densas e indómitas masas, se pusieron en fuga precipitada, no solamente a la ciudad, sino a través de la ciudad, dejándola un día literalmente indefensa. Si el general inglés *hubiese avanzado*, habría tomado Buenos Aires sin disparar un tiro o perder un hombre.

Digitized by Google

Parecía haberse apoderado de las tropas españolas un pánico completo, al ver nuestras chaquetillas coloradas; y todos los esfuerzos de su valiente jefe Liniers eran ineficaces para regularizar su retirada o más propiamente hablando, para detener su fuga.

Pero el general Whitelock *no* avanzó; hizo un alto fatal, completamente ininteligible y desastroso; y a esta detención, no menos que al subsiguiente modo de atacar la ciudad, se debe atribuir la derrota de su valiente ejército; la pérdida de cerca de tres mil de sus más intrépidos soldados; el abandono de Buenos Aires; la restitución de Montevideo a España; y tal desacarreado el general más inerte, voluntarioso, caprichoso (combinando, con todo, las cualidades aparentemente contradictorias de arrojo y cobardía) que nunca mandó en un campo de batalla.

Cuando el coronel Brown comunicaba a los residentes ingleses de Montevideo los resultados desastrosos de la breve campaña del general Whitelock, asomó una lágrima a sus ojos varoniles, y cuando los informó que la capitulación, que *permitía* al ejército inglés evacuar Buenos Aires, contenía una cláusula para el abandono, en término de dos meses, también de Montevideo, el soldado no pudo seguir hablando. En la agitación más grande, dejó la habitación donde se había visto obligado a anunciar al mismo tiempo la derrota y humillación del valiente ejército de que era uno de los más brillantes adornos.

En la carta siguiente tendréis algunos detalles de lo que nos trajo esta inesperada catástrofe, poniéndonos a todos, como resultado necesario, en aquel punto que, cuando nuestros compatriotas han dejado una vez la patria, tan generalmente les disgusta, "*atras*".

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA IX.

Al señor J. G.

Causas de la derrota en Buenos Aires. — La capitulación. — Dureza del general Whitelock. — Partida para Inglaterra. — Transiciones de la tierra al mar. — Reflexiones.

Londres, 1838.

El general Whitelock, entonces, efectuó su malhadada detención a poco más de tres millas de Buenos Aires. Esto no solamente indujo a la gente a creer que tenía miedo de atacar, sino que dió tiempo al aterrorizado ejército del general Liniers para rehacerse y regresar a la ciudad.

Cavaron trincheras en las calles por donde suponían entrasen las tropas inglesas; y las casas de azotea, bajas y con parapeto, sirvieron a los españoles como baterías desde donde, a mansalva, relativamente, hacían fuego sobre las densas columnas enemigas que marchaban por calles angostas. En los techos de estas casas, o más bien, castillos, como podrían llamarse, estaban formados en línea soldados milicianos y voluntarios, particulares, sirvientes y esclavos.

Todos los que podían empuñar un fusil fueron obligados a defender la ciudad. No se requerían evoluciones militares; no se necesitaba más disciplina que la que el jefe de familia podía

Digitized by Google

fácilmente imponer en su casa. Hechos estos preparativos sencillos, los ya resueltos y casi entusiastas habitantes, militares y paisanos, esperaron la aproximación del enemigo.

Había tres modos para apoderarse de Buenos Aires y, conforme a la opinión de todos los militares, *debía* ser tomada, si se hubiese adoptado cualquiera de ellos. Primero sitiándola regularmente y rindiéndola por hambre, pues no había provisiones en el recinto urbano sino para seis semanas. Segundo, bombardeándola desde dos puntos, el Alto y el Retiro o plaza de toros, que dominaban toda la ciudad. Tercero, podía haberse tomado por asalto regular, ordenando a las tropas que despejasen lo alto de las casas al avanzar, de las masas allí congregadas para resistirlas.

Había también un plan *único* que, de adoptarse, el ejército habría sido masacrado y derrotado; y éste fué el plan en que se fijó complacido el infatuado Whitelock.

Buenos Aires es ciudad grandísima, con calles cortadas en ángulos rectos, algunas con más de tres millas de largo.

El general inglés ordenó que sus columnas avanzaran por aquellas calles a puntos dados de reunión, *sin disparar un tiro* contra la gente que se hallaba en las azoteas o en cualquier parte. En algunos casos se sacaron los pedernales de los fusiles.

Difícilmente necesitáis os diga lo que sucedió. Los valientes soldados, sometidos a estricta obediencia, marcharon por aquellas sendas de muerte, sin hacer la mínima resistencia. Sus filas eran raleadas por los tiradores desde las azoteas, con rapidez tan fatal, que no solamente las calles, a cada paso que daban, se sembraban de muertos y heridos, sino que cuando habían llegado a los puntos de concentración, estaban tan disminuídos, que se veían obligados a refugiarse en las iglesias o conventos más cercanos. Todavía, el general Whitelock, tenía una reserva de cinco mil hombres que no habían entrado en combate; y con ellos pudo, aun en la hora oncena, haber emprendido la obra de conquista. Pero, presa del pánico, por la muerte, la desolación y confusión a que lo había conducido inevitablemente su desgraciado plan de operaciones, perdió calma, energía y coraje. Capituló; capituló lo más desgraciadamente, con la condición que se le permitiese retirarse con su ejército aun vencido a medias; y convino no solamente en desistir de todo ataque posterior a Buenos Aires, sino en hacerse a la vela en plazo de dos meses, con todas sus fuerzas, del Río de la Plata.

"Ponga", dijo Alzaga, alcalde de primer voto, que tomaba parte en la redacción de los términos de la capitulación, "ponga que evacuará también Montevideo". "¡Oh!" dijo el virrey Liniers, "eso está fuera de cuestión y echará a perder todo el asunto. "*Pongámoslo*", replicó el resuelto e influyente ciudadano: "si se objeta, podremos retirarlo'. *Fué* puesto y *no* fué objetado.

El descarriado Whitelock asintió a todo, y pocos días después contemplamos para nuestro desaliento, en Montevideo, los transportes y barcos de guerra que, un mes antes, habían transportado nuestro magnífico ejército para triunfos tenidos por seguros, volviendo con aquel ejército derrotado y su general irreparablemente en desgracia. Los hospitales se volvieron a llenar de enfermos, heridos y moribundos. Tres mil valientes camaradas habían atestiguado con la muerte su indomable va-

Digitized by Google

lor en las calles de Buenos Aires; y todavía el general Whitelock, único causante de la imperdonable catástrofe, se pavoneaba en la azotea de la Casa de Gobierno, o cabalgaba por las calles de Montevideo, único indiferente, al parecer, en medio de la vergüenza y desgracia que había acarreado a las armas británicas.

De verlo en el momento que estaba para entregar la plaza al general Elío, lo supondríais, por su aire, un Wellington o un Wolf. Era imposible, por ninguna demostración externa, imaginar que tenía conciencia de la aterradora y criminal pérdida de vidas que su estupidez brutal había traído sobre sus valientes compañeros de armas, o de la derrota que su incapacidad supina había causado a un ejército que, mejor dirigido, habría conquistado y conservado la mitad del nuevo mundo. Con la máxima indiferencia nos vió abandonar un suelo que, a no ser su tontería y locura, hubiera sido nuestro para generaciones todavía no nacidas.

Lo que era de admirar más, en este terrible revés, fué la conducta modesta, en verdad, la deferencia aumentada de los españoles hacia los ingleses. Nunca aludían a la derrota de Whitelock; y cuando hablaban de nuestra partida era siempre con expresión del pesar con que estaban a punto de perder tantos amigos personales. No puedo menos de creer que tal conducta era muy demostrativa de cortesía y buenos sentimientos; sumamente magnánima en un pueblo vencedor de sus recientes invasores.

Vagué por la ciudad hasta el último momento y luego, con el corazón acongojado me despedí de M. Godefroy y su familia. La despedida fué más la de un hijo con su padre y madre, y de un hermano con sus hermanas, que del extranjero y enemigo con gente cuyo conocimiento no había disfrutado más de cinco meses.

También tuve la mortificación de ver la bandera española flameando en la ciudadela y en la Casa de Gobierno. Elío y su estado mayor ya habían recibido las llaves de la plaza; los últimos tunantes ingleses se apuraron para tomar los botes; y en pocos días la flota entera de doscientos cuarenta barcos zarpó del Río de la Plata. La manera desastrosa en que fuimos arrancados del país fué, como concebiréis, más agudamente sentida cuanto que tal resultado era no solamente inesperado, sino precisamente contrario a lo que el cálculo menos atrevido habría previsto.

Quien haya pasado del estado de excitación en tierra al de monotonía a bordo de un buque; del recreo vivificante de los afectos sociales, a la compañía de pasajeros indiferentes en un camarote obscuro, debe haber sentido que la transición era nada agradable. Ver afanarse a los otros a veces, es para los hombres el modo de pasar el día. Aquí está uno tirando al blanco a botellas vacías; allí otro bostezando toda la siesta; ahora, alguno da fastidiosa chanza práctica a dos que están sentados charlando, mientras beben dosis repetidas de grog. Todos hacen lo que pueden para matar el tiempo, y todos fracasan en el arduo atentado.

En cuanto a mí, mezclábame poco con los pasajeros; mi mente volaba constantemente a los amigos que había dejado en Montevideo, y apenas podía creer haber estado en país enemigo. A menudo, ciertamente, cuando el barco, por la noche, apre-

Digitized by Google

suraba su curso sobre el océano, dejando a popa su brillante estela, como cauda bruñida de cometa, me conmovía tristemente con el pensamiento de que jamás volvería a ver personas que se habían hecho para mí tan merecidamente caras, y de cuya compañía me apartaba con tanta velocidad.

Entonces miraba la gran flota cuyos barcos me rodeaban; veía aquella flota llevando un ejército descorazonado y derrotado; veía cientos de comerciantes y especuladores que volvían a Inglaterra, empobrecidos o arruinados, de campos donde habían esperado recoger verdaderas cosechas áureas; y, acercándome a mi tierra, encontraba mis esperanzas que creía, pocas y breves semanas antes tan brillantes, ahora nubladas y obscurecidas. El cambio de circunstancias, de todo punto de vista, era desalentador.

Sin embargo, para alivio de estas sombrías meditaciones, era placentero reflexionar que cualesquiera sean las causas de querella y los estragos de la guerra entre nación y nación, no pueden detener la corriente láctea de la bondad humana, que circula con mayor o menor abundancia, en el pecho de cada individuo de la familia del hombre. Dotado con la misma naturaleza, criado con las mismas propensiones, influenciado por los mismos móviles y animado por iguales pasiones, el hombre doquiera reconoce al hombre; los principios generales de humanidad se desarrollan en todas las variadas circunstancias en que se coloque; mientras en los climas más diferentes que habite, bajo todas las modificaciones del carácter nacional, aun prevalece un sentimiento común de humanidad.

Así, a mí, protestante, la mano del compañerismo me había sido tendida por católicos; uno de nación de invasores era individualmente agasajado como amigo por los invadidos; lejos de la mía fuí recibido en Montevideo en el seno de muchas familias para quienes pocos meses antes había sido totalmente desconocido; y mi juventud e inexperiencia que, en otro país, me hubieran expuesto a los engaños y artificios del mundo, fueron mis mejores pasaportes para la sociedad agradable. Fueron mi mejor derecho a la hospitalidad y bondad.

Fuí verdaderamente feliz cuando entramos en el puerto de Kinsale, después de un viaje aburrido de catorce semanas, durante cuatro de las cuales estuvimos escasos de provisiones y agua.

A fin de que nada faltase para completar los errores de la desastrosa expedición al Río de la Plata, los transportes habían cargado agua demasiado cerca del mar, de modo que se puso salobre y abombada, mucho antes que la flota llegase a Irlanda; y el uso de este líquido causó la muerte, por disentería, de muchos soldados.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA X.

Al señor J. G.

Entrada en Río de Janeiro. — La ciudad. — La aduana. — Las calles. Urbanidad de los negros. — Joyeros. — Alfayates.

Londres, 1838.

Después de permanecer en mi tierra pocos meses, volví mis pensamientos a Sud América, por haberse entrado en relaciones

Digitized by Google

con el Brasil, como consecuencia de la emigración de la familia real portuguesa a Río de Janeiro, y zarpé en el "Ajax" para aquella capital, donde arribé el 8 de octubre de 1808, después de navegar ocho semanas.

Me propongo relataros lo que allí vi y oí; pero he de llevaros antes en corta navegación a la entrada de la bahía de Río de Janeiro y deteneos pocos momentos, mientras os hago conocer el paisaje de los alrededores de una ciudad, entonces como ahora, asiento de la realeza.

Cuando primero tomamos sondajes conocimos por la carta geográfica que debíamos encontrarnos en la entrada del puerto; pero aun no habíamos visto tierra. El barco estuvo dos días sin moverse en un mar como cristal. Densa niebla se extendía sobre las aguas y limitaba la visión a un alcance reducidísimo. El aire estaba tan bochornoso que era apenas soportable y la respiración era difícil casi hasta la sofocación. A bordo, todo ser viviente jadeaba y procuraba en vano respirar para librarse de los efectos intolerables del calor atmosférico.

Por la tarde, una brisa suave llegó rizando la superficie del mar. El aire se hizo relativamente fresco y el barco empezó a avanzar; la niebla, en algunos lugares, se disipaba; en otros se levantaba en masa densa. Nuestra vista comenzó a dilatarse y vimos lo que parecía tierra a corta distancia. La niebla continuaba aclarándose, y la brisa refrescando, hasta que, al fin, el firmamento entero de niebla se deshizo en grandes nubes, y separó, no "el agua de las aguas', sino las montañas, promontorios e islas entre sí,dejándolos ver en toda su riqueza tropical y en toda su variada magnificencia de elevación y forma. Estábamos rodeados por islas. A lo lejos, de un lento núcleo de niebla, salió un majestuoso barco de guerra británico con su bandera flameando y otro momento nos descubrió una fortaleza en medio del mar con el estandarte real de Portugal desplegado. Buques que habían estado en las mismas condiciones que el nuestro, aparecieron a nuestro derredor, y cuando al principio parecíanos ser el único barco con destino a Río de Janeiro, ahora navegábamos hacia aquel lugar en conserva con una flotilla. Casi no puede concebirse nada más semejante a la magia. Parecía que, sin esperarlo o quererlo, hubiéramos salido en un instante del caos a un mundo cubierto de riqueza y belleza maravillosas. De ser los habitantes solitarios de un barco estrecho, nos sentíamos transformados en colonos de una tierra hadaica, ya poblada y preparada para nosotros. Fuimos actores en el escenario viviente y atareado que teníamos por delante. A medida que nos acercábamos a la bahía y teníamos un momento para volver la vista a la espléndida entrada que habíamos franqueado, veíamos una sucesión primorosa de paisajes montañosos, ricamente poblados de bosques, con un cono saliente que se levantaba sobre sus compañeros, y llamado, por la precisión de su forma cónica, Pan de azúcar. Ante nosotros se extendía la gran ciudad de Río de Janeiro, con todas sus casas blanqueadas y que contrastaban grandemente con las sombras intensas de verdor tropical que las rodeaba. Luego había una flota innumerable de barcos anclados en la bahía, y ésta era bastante grande para contener, y abrigada bastante para proteger, todas las escuadras del mundo. Por toda la playa circular y con aguas movidas veíamos a todos lados lindos villorrios blanqueados, mansiones aisladas o grupos pequeños de casuchas. Estaban encerrados por

Digitized by Google

una vegetación exuberante; el mar bañaba la playa de arena blanca con sucesión constante de sus ondas moribundas; y el espectáculo era de tan grandiosidad, belleza, variedad y animación, que hace perder la esperanza de dar idea acabada con su descripción.

Pero el bien y el mal, la belleza y la deformidad, son leyes de la naturaleza demasiado universalmente unidas para admitir la posibilidad de encontrarlas alguna vez separadas.

Habíamos estado observando y admirando la naturaleza en sus formas más bellas y en su más rica profusión de galas. Habíamos visto sus criadas, el arte y la civilización, morando en las más agradables guaridas; y a través de la ciudad extendida, del alegre villorrio, de la mansión espléndida y de la humilde casucha, que aumentaban su belleza, al mirarlos, llenando y completando el paisaje con estallidos. Sin embargo, todo esto lo vimos en perspectiva. Cuando nos acercamos más a los componentes de aquel paisaje, el aspecto que la naturaleza había mostrado permaneció el mismo; pero cambió el que el arte había brindado.

Naturalmente nuestros sentimientos, yendo a tierra, después de contemplar en la lejanía las bellezas que nos rodeaban, eran de grande expectativa y abrigábamos esperanzas exageradas de lo que íbamos a ver. Esperábamos que algo del encanto hadaico de la impresión recibida al entrar en la bahía se conservaría. ¿Pero quién describirá nuestro disgusto? Lo primero que se presentó a nuestros ojos fué una fila de canoas asquerosas, con negros semidesnudos que esperaban a la gente para llevarla al embarcadero. Luego había numerosos botes de mercado, enormes y extraños, techados de paja, como casas flotantes. Se hallaban repletos de negros y mulatos de ambos sexos con las ropas más escasas e inmundas. La fruta, mucha pasada, despedía olor muy nocivo. El calor era completamente sofocante porque la brisa del mar había cesado. La playa estaba cubierta con los desperdicios de una ciudad enorme en que literalmente no hay policía y donde todos los comestibles inmediatamente se corrompen. Estos desperdicios, con cantidad innumerable de pescados y legumbres que se habían descompuesto antes de venderse en el mercado, eran alternativamente llevados a la playa y vueltos al mar con el vaivén de las olas. Toda esta parte del puerto, convertida por la inmundicia, lo mismo que el mar por el Leviathan, era "semejante a olla de ungüento". Se hubiera dicho que "el mar estaba escarchado". Muelles toscos de madera, soportados por enormes pilotes, se proyectaban sobre el agua que, con toda su escoria, se estrellaba entre ellos y parecía literalmente hervir.

Cuando pisamos tierra fuimos asaltados por olor de sardinas fritas y carne de cerdo, proveniente de innumerables puestitos cuidados por hombres y mujeres de todos los colores existentes bajo el sol. Nos internamos en la ciudad, ¡y qué cosas se nos presentaron! Primero, la aduana que sobrepujaba la idea que habíame formado de Babel. Cientos de personas se agrupaban, dentro y fuera, obstruyéndose el paso. Allí estaba el empleado vestido con toda solemnidad en traje negro de gala, y su docena de subalternos, en un rincón. Eran acosados por cincuenta solicitantes, que voceaban en holandés, alemán, inglés y francés, por sus documentos respectivos. Había un cuarto donde se abrían innumerables fardos de artículos británicos y se

Digitized by Google

adhería a cada pieza de género, por medio de hilos colgantes, un sello de plomo derretido. Los trabajos de invernáculo en el calor del verano de Inglaterra son fríos y refrescantes comparados con el calor del fuego y la operación de derretir el plomo en aquel pandemonio tropical.

De allí pasamos al lugar en que negros musculosos desembarcaban mercaderías de cincuenta barcas deformes. Cada tropa de negros, cuando izaban las mercaderías, cantaban su canción guerrera; mientras, en esta tarea, la transpiración se derramaba a torrentes por las cavidades de sus espaldas.

Pasando finalmente de los muelles al patio de donde la mercadería se sacaba a la calle, vi pipas de vino eslingadas con fuertes cuerdas en un palo largo puesto sobre los hombros de seis negros casi desnudos. Estos marchaban con su peso oscilante y cantaban con amplia y maravillosa disonancia, al desigual pero constante movimiento de su carga, cuando la conducían por las calles en que cada piedra enorme se alzaba dejando una concavidad profunda bostezando entre ella y sus vecinas. Estos negros eran seguidos por una serie de grupos afanosos, todos llevando sus cargas respectivas de la misma manera. De vez en cuando, serones de ruedas bajas entraban para sacar los fardos pesados; y canciones desafinadas y alaridos acompañaban a cada operación.

La mercancía de Tiro no pudo haber sido más pesada y varia que la de Río de Janeiro. La batahola y fatiga de todo lo referente a la aduana hizo que me apresurase a salir de sitio tan insoportable a la vez por su confusión, efluvios, calor y ruido ensordecedor. Admirábame de cómo cualquier organización humana de sentidos o disposiciones podía adaptarse al trabajo que se efectuaba en esta monstruosa Babel.

Después me colé por calles tan angostas, que con dificultad podían cruzarse dos vehículos. Las casas eran de dos a cuatro pisos. No se veía un solo vidrio en ellas. En substitución, las aberturas de las casas para proporcionar aire y luz, eran defendidas por balaustradas de madera enrejada.

Desde abajo de éstas, los habitantes, principalmente mujeres, levantando o bajando las celosías a su gusto, atisbaban a los transeuntes sin ser vistas por éstos. La ciudad entera se asemejaba a un gran convento sombrío. Los hombres que se encontraban eran todos de aspecto atezado y enfermizo; no se veían mujeres, a no ser mulatas y negras. Aquí y allí se observaban dos negros vigorosos llevando un amplio palanquín, cuyo ocupante femenino estaba guardado religiosamente por los pliegues apretados de paño rojo o azul ricamente bordado. Por las aberturas de estos pliegues, como por debajo de su ventana de madera enrejada, la dama así conducida, también podía mirar a los transeuntes sin ser vista. Los pocos carruajes que vi eran tirados por dos mulas. Los postillones iban ataviados con chaquetas de librea de corte raro, pero de gala, generalmente azul celeste o naranjado oscuro, con vueltas oscuras y charras. Sombrero tricornio de teatro y botas que llegaban a los muslos, completaban su vestimenta. Los carruajes se asemejaban precisamente a los que todavía vemos en este país hechos de pan de jengibre dorado.

El número de personas que encontré vestidas de gala, chaquetas negras, calzones de raso negro, medias de seda, hebillas doradas en rodillas y zapatos, sombreros de teatro, bastones pu-

Digitized by Google

ño de oro, y pesados sellos de este metal, me hicieron creer que debían efectuarse muchos banquetes. Me equivoqué, pues cuando entré en una tienda para comprar un par de guantes, el tendero que me atendió estaba vestido precisamente del mismo modo. Un poco más lejos, ví un grupo entero de hombres, en traje igual, sentados en la puerta de una tienda, fumando cigarros y bebiendo limonada.

Esto parecía extraño; pero cuál no sería mi sorpresa, siguiendo adelante, cuando ví a dos negros encontrarse, vestidos con chaquetas andrajosas y trapientas, chalecos, calzones a la rodilla, pero sin zapatos o medias. Se saludaron, sombrero en mano, y en competencia cortés sobre cuál de ellos se cubriría primero. Finalmente, parece que convinieron en que volverían sus sombreros a la cabeza simultáneamente, para no tener precedencia el uno sobre el otro. Cada uno sacó la tabaquera de su respectivo ceñidor; con media docena de inclinaciones se cambiaron una narigada de rapé; y se hicieron muy ceremoniosas preguntas acerca de sus señoras respectivas. Se sacaron otra vez los sombreros y los bajaron hasta el suelo; y después de lucha amistosa por cederse la vereda, estos ejemplos curiosos de la finura y etiqueta brasileñas siguieron su respectivo camino.

Transitaba ahora por la llamada Rua dos Plateiros, donde en tiendas obscuras y miserables, vi lingotes de oro macizo, perlas, diamantes, y, toda clase de piedras preciosas riquísimas. Hebillas doradas de todos tamaños y formas constituían parte principal de la espléndida exhibición que tenía ante mis ojos.

De esta calle pasé a la Rua dos Alfayates, o sastres; y a juzgar por las filas de bancos llenos de hombres trabajando en la calle frente a todas las puertas, tanto como por el número de negros y mulatos todos atareados con sus agujas, se supondría que la población entera de la ciudad se ocupaba de este único comercio. "El señor Alfayate", como es llamado, es personaje importantísimo entre los brasileños; pues estas gentes no pueden tener concepto de la dignidad sin vestirse con toda la extravagancia de un atavío pasado de moda.

Con esta vista superficial de la ciudad, volví a bordo para pasar la noche, con miles de imágenes de hombres y modales tan extraños, de cosas tan incongruentes, y de expectativas tan indefinidas zumbando en mi cabeza, que me dejaban pocas esperanzas de reposo. Las demás observaciones sobre la rara compañía de los seres entre quienes me encontraba las tendréis en la carta siguiente.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XI.

Al señor J. G.

Habitantes de Río de Janeiro. — Diferencia entre españoles y portugueses. — La sociedad portuguesa. — Equipaje del rey Juan. — Anécdota.

Londres, 1838.

El turista inglés del Continente ve solamente ligeras modificaciones de hombres y maneras; pero el viajero sudamericano las ve desplegadas con contraste tan claro, expuestas en puntos de vista tan diferentes de cualquiera en que antes se

Digitized by Google

les hayan exhibido, que no puede pasarlas por alto sin aprovechamiento y consideración.

En Río de Janeiro contemplé el despotismo en algunas de sus peores formas; el vicio desenfrenado en muchos de sus efectos deprimentes; y la esclavitud aterradora bajo algunos de sus aspectos más odiosos.

Vi un rey con ministros pomposos gobernando a su capricho; vi hombres enervados por el clima y relajados por el vicio hasta arruinar sus cuerpos y envilecer sus caracteres; y seguí al mísero esclavo vendido al mejor postor en la plaza del mercado, hasta encontrarlo en casa de su amo, arrojado a latigazos al comercio que se le quería enseñar y a la abyecta obediencia a que quería sometérsele.

Consideré que todos estos eran solamente ejemplares del carácter, modificado por las circunstancias, del más anómalo de todos los monstruos en este estado semicivilizado, el monstruo humano.

Oía la flagelación del esclavo y se me oprimía el corazón; y me enfermaba oyendo el llamado desatendido de sus gritos lastimosos pidiendo perdón; lo veía el día siguiente quizás afanándose y sudando bajo el sol tropical para dar la ganancia exigida al amo sin corazón que la víspera lo había apaleado; y con repugnancia indignada, aun ante la evidencia más irresistible, veíame forzado a declararme de la misma familia del amo y del hombre.

Españoles y portugueses, aunque originariamente fueron un solo pueblo, son ahora los más diferentes imaginables. Sus hábitos no solamente son diferentes sino que existe una aspereza de sentimiento recíproco, que creo no es demostrada por ninguno de los dos en su trato con otras naciones. Todos sabemos que los disturbios civiles, así como las disensiones de familia, son siempre los más amargos. Una nación puede trabarse en guerra con otra y todavía esperar una reconciliación posible, lo mismo que un individuo puede, por un tiempo estar en malos términos con el hombre que en seguida llega a ser su óptimo amigo; pero un reino partido en dos, como una casa en discordia, no puede permanecer sino en estado de animosidad y lucha perpetua.

La fuerte antipatía nacional que experimentaban los españoles y portugueses es más notable cuando consideráis que la religión nada tiene que ver con su querella. Las dos naciones profesan el credo católico; pero, como colectividades, ambas ponen inequívoca desconfianza en el precepto católico de vivir "en el espíritu de unidad que es vínculo de paz".

Se lleva a tal punto este espíritu nacional de antipatía, que el mismo idioma de España, aunque semejante al de Portugal, se mira con desagrado por los portugueses, como la corrupción del castellano puro es despreciada por los españoles. Traté, tan pronto como fuera posible, de dominar el portugués, porque cuando me acercaba a un fidalgo, con mis guturales moriscas de español, podía apercibirme muy bien de no adelantar nada en sus buenas gracias.

En general prefiero mucho los españoles a los portugueses. El rasgo saliente de las maneras españolas es la urbanidad formal; de los portugueses, la ceremonia forzada.

En cuanto a la sociedad brasileña de Río de Janeiro, se puede decir que no existe, pues no puedo llamar sociedad a

Digitized by Google

aquella de que las mujeres están excluídas. Generalmente hablando, el esposo de una brasileña no es su compañero sino su guardián. Su casa es morada del recelo y la sospecha, pues no siempre lleva su confianza hasta el punto de imaginar fidelidad en la esposa de su cariño, como tampoco puede contar con la virtuosa abstinencia del amigo de su corazón. Sus hijas se educan en reclusión morisca y se deja a cargo de la esposa el cuidado de un séquito de esclavos y domésticos obscuros.

En consecuencia, puedo deciros poco o nada de la sociedad brasileña. Encontré que todo esfuerzo para entrar en ella era inútil. Había en Río de Janeiro, entre los círculos más encumbrados, reuniones casuales, muy formales y de brevísima duración; pero los extranjeros, inclusive el cuerpo diplomático, no eran admitidos, excepto en raras ocasiones. La consecuencia de esta exclusión de la mujer de las leyes comunes de la humanidad y del trato social era que los hombres se reunían y pasaban el tiempo en los cafés y otros sitios públicos.

Paseaba un día por los suburbios cuando se me aproximó un vehículo resonante, antiguo, de apariencia extraña, tirado por seis mulas con arneses mohosos y manejadas por cocheros (no postillones) de aspecto anticuado. Dos húsares atezados y diminutos, montados en caballos como ratas, precedían, como picadores, a la pesada máquina. Era seguida por una docena de la misma clase de soldados domésticos y resultó ser uno de los carruajes reales que contenía la voluminosa persona del rey don Juan.

Los jinetes desmontaban cuando el cortejo real se aproximaba; algunos transeuntes de clase baja se arrodillaban; todos quitábanse el sombrero, cuando uno de los picadores que pasaba junto a un inglés recién llegado que ignoraba los signos de respeto extorsionados por la realeza, le administró una intimación positiva con un planazo.

Se me refirió la siguiente anécdota del rey. Habiendo llegado un barco al puerto, en tiempos de grande ansiedad, a causa del estado de la campaña de Portugal, con noticias frescas de aquel país, el rey, deseoso de tener *viva vocc* relación de todos los detalles, mandó venir a su presencia al capitán del buque, especie de John Bull, tosco e independiente. Como acto de condescendencia tendió la real mano para que el inglés la besara. No acostumbrado a la etiqueta cortesana y soñando poco de que cualquier ser humano se esperase besara la mano de otro, el capitán inglés tomó la acción como de bondad sencilla que indicaba el deseo de Su Majestad de darle la bienvenida al Brasil y trabar mejor conocimiento. Lo más cordialmente el marinero asió la real mano como si fuese un merlín, y sacudiéndola con cordialidad marinera, díjole al rey Juan que no se descorazonase, porque los ingleses seguramente expulsarían a los franceses de Portugal. El rey derramó lágrimas, parte por la narración oída y parte por el estrujón recibido. Los cortesanos quisieron intervenir, pero el rey, con su acostumbrada compostura y laconismo, dijo *Deixa estar.*

Vuestro, etc.

J. P. R.

Digitized by Google

CARTA XII

Al señor J. G.

Clase de la población sudamericana. — Los aborígenes. — Mezcla y grados de casta. — Los negros. — Los fidalgos portugueses.

Londres, 1838.

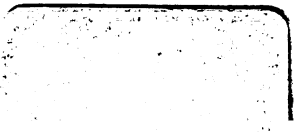
Intento en esta carta daros rápido bosquejo de las varias clases o castas de la población sudamericana; y especialmente de la del Río de Janeiro. En Inglaterra mis ideas eran muy vagas al respecto, comparadas con las que he adquirido por observación directa, y espero que, al transmitiros el resultado de esta observación, daré noción más exacta que la que tenéis ahora de la clase de gentes entre quienes he vivido tan largo período de mi vida.

Todos conocemos el modo en que el continente americano fué descubierto por Colón, trescientos cincuenta años ha. También sabemos que se hallaba poblado por tribus indias que vivían en varios estados de rudeza salvaje o de sencillez primitiva. Los mejicanos con Motezuma estaban en relativamente adelantado estado social; pero todavía sus recuerdos eran jeroglíficos, y sus cuerpos estaban semidesnudos; los adornos personales eran plumas, sus pieles pintadas o untadas con aceite; sus templos moradas de imágenes fantásticas, su devoción a los reyes casi idolátrica, su concepción de los españoles que eran dioses y de su artillería que era el trueno. No creo, en consecuencia, no obstante todo lo escrito para probar lo contrario, que los indios mejicanos hayan sido, en nuestra acepción del término, gente civilizada. Luego, en cuanto a los Incas y sus súbditos del Perú, fueron sin duda una raza amable, suave y confiada, con mucha plata y oro, con túmulos de tierra o mausoleos para enterrar sus muertos; quipos para marcar el conocimiento de los números; y la creencia de que sus reyes descendían del sol. Si estos hechos les dan título a ser considerados como gente civilizada, lo tienen; pero su civilización debe haber sido de clase muy diferente de lo que hoy designamos por tal en el mundo.

Los chilenos era raza salvaje, indomable; los patagones no menos; algunas de las tribus paraguayas, aunque muy numerosas, era tan sumisas que se dejaron subyugar hasta la obediencia más servil, por los jesuítas; mientras muchos de los aborígenes brasileños eran positivamente caníbales.

Por consiguiente, en resumen, no puedo menos de concluir que América, cuando fué descubierta, se hallaba poblada por salvajes en la acepción común de la frase; aunque salvajes, admito, en varios grados de alejamiento de la barbarie absoluta. Otra cuestión curiosa es de dónde vinieron. Para esto encuentro la respuesta: de Asia. Muchas tribus migratorias pueden haber cruzado de un continente a otro por el estrecho de Behring; y errantes de allí por miles de millas, estableciéronse en las vastas, fértiles y atrayentes regiones de América, del Norte y Sur.

En cuanto al tiempo en que esto haya sucedido, se ha meditado muchísimo; pero con prueba tan equívoca y datos tan conjeturales, que creo hemos de admitir que este punto es de



Digitized by Google

afirmación imposible o muy difícil. Afortunadamente tiene poquísima importancia, excepto para los supercuriosos cronólogos o infatigables investigadores de antigüedades.

Suponiendo que los indios tengan origen tan remoto como los egipcios, ¿qué se sacaría con esto? ¿De qué gran importancia para nosotros puede ser, si llegaron al nuevo mundo en estado absolutamente salvaje, y se levantaron a una civilización gradual y relativa, o si vinieron, como Moisés, imbuídos en toda la sabiduría de los egipcios y degeneraron al estado en que fueron encontrados por Pizarro, Cortés y Mendoza? Sin embargo, si sois curioso acerca de estas cuestiones, os remito a las diferentes obras que las tratan; mientras, me contento con la parte menos difícil de señalar el país y sus habitantes tales como los he visto, y tomar por guía, en cuanto al pasado, la historia auténtica desde el tiempo de Colón.

La primera pregunta que me formulo es: ¿dónde están los aborígenes del país?; y el eco responde "¿dónde?" No vi ninguno en las cercanías de Montevideo; no vi ninguno en Río de Janeiro. Se me dijo que existían pocas tribus errantes en las pampas, y también que había hordas desparramadas y migratorias en bosques y márgenes de arroyuelos en el interior del Brasil.

Pero, en los distritos hoy populosos de la América portuguesa, así como en la Banda Oriental del Río de la Plata, de que Montevideo es capital, los pobres indios han sido casi exterminados. Su lugar y derecho de nacimiento les han sido arrebatados en el Brasil por soldados y aventureros portugueses. Estos, cuando fueron a establecerse en el país, llevaron algunas mujeres de Europa, e importaron en época posterior, mucho mayor número de África. La masa de la población que pretende ser blanca es descendiente de los primitivos colonos portugueses y de mujeres africanas o indias. La sangre etíope, con el transcurso de los siglos, ha llegado a atenuarse algo, de modo que el hombre que no tiene motas, por obscuro color que sea, se jacta de tener sangre noble.

Cabello claro y color rubio tiénense por signos de nobleza indiscutibles y envidiables. Se cita que una poetisa portuguesa ha cantado lo siguiente:

Olhos pardos e negros
Sao os commues;
Mais os do minho amante
Deos fez azues.

Así, podéis apercibiros que la población de Sud América es de un mismísimo carácter heterogéneo. Las clases más elevadas y aristocráticas descienden de los invasores primitivos que trajeron consigo señoras o esposas europeas. El siguiente grado o casta desciende de antecesores portugueses y africanos o indios; luego viene una especie de raza indecisa que pretende descender de padre europeo, pero con muy equívocas pretensiones; viene después el mulato, decididamente de casta africana; y, por último, el mismo zambo procedente del Congo. Pero los más grandes señores son verdaderos europeos, hombres, que habiendo abandonado una vinería en Oporto, o un mostrador en Lisboa, se transforman en fidalgos, en el Brasil, y miran a todos los de sangre mestiza como polvo debajo de sus plantas. La hostilidad entre los naturales de la madre patria

Digitized by Google

y los criollos es tan áspera, que no es raro ver al padre europeo tratando de forzar a su hijo nacido en América, a toda la degradación de la esclavitud. Lo peor es que los europeos, como han sido siempre relativamente pocos en número, parecen haber actuado, desde la primitiva conquista del país, con aquel temor intuitivo y orgánico, que al fin ha probado estar bien fundado, de que sus vástagos se sublevarían un día contra ellos, y arrebatarían a sus padres el suelo que éstos obtuvieron por conquista y los otros poseyeron por herencia.

La población de Río es tan variada de color, como reñida en sus elementos. De próximamente cien mil habitantes, cifra de población cuando yo estaba allí, a lo menos cincuenta mil eran negros, veinte mil mulatos de una, dos o tres cruzas alejados del negro; de súbditos nativos, descendientes de padres europeos, habría unos veinte mil y de extranjeros y portugueses inmigrantes cerca de diez mil.

El europeo, especialmente el inglés, cuando por vez primera desembarca entre tan abigarrada familia, se sorprende por la desigualdad desesperante que existe entre blancos y negros. El negro, casi completamente desnudo, hace oficio de caballo; y lleva las ganancias del día a casa del amo cobarde que, en cambio, lo alimenta con farifia y bananas; y lo disciplina en el trabajo duro mediante lonja o bastón. Luego, es tan grande la preponderancia de la población de color sobre la blanca, que en las calles difícilmente creeríais no estar en una colonia de negros y mulatos, cuya miseria, suciedad, desnudez, enfermedad, aullidos cuando trabajan, rigor con que son tratados, y muerte prematura a que frecuentemente están destinados, son cosas que, para el inglés recién llegado alternativamente estremecen el corazón de horror y lo ablandan de compasión. Sin embargo, es tan fatal la influencia del hábito, tan invariable en su efecto es el proceso familiarizante de asociación, por el que llegamos finalmente a contemplar aún la miseria con indiferencia, con tal que la tengamos siempre por delante, que antes de estar tres meses en Río de Janeiro, mis disposiciones se calmaron y mis impresiones del primer desembarco casi se borraron de mi mente.

Empecé a creer que el esclavo desnudo estaba en su sitio natural; y no menos en el suyo el fidalgo portugués, ataviado con sus calzones de raso negro, sombrero tricornio, bastón puño de oro, y hebillas en los zapatos; con sus grandes sellos de oro, y charros prendedores de amatista; con su camisa de volados profusamente bordada; y con el gran despliegue de vueltas de encaje saliendo de las mangas y contrastando en blancura con sus manos curtidas.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XIII

Al señor J. G.

Espectáculo del campo de Santa Ana

Londres, 1833.

Durante mi estada en Río de Janeiro, presencié un espectáculo singularísimo en el campo de Santa Ana; y si la esclavitud no hu-

Digitized by Google

biera de verse en otra forma que en la que se me mostró allí, me vería forzado a concluir que, de las muchas condiciones del mundo, la de esclavo es de las más felices.

El campo de Santa Ana es una plaza de los suburbios inmensamente amplia, especie de campo comunal, cubierto de menuda grama verde. Allí, todos los domingos y fiestas (que se llaman días de festa) turbas de negros que en conjunto ascienden a diez o quince mil personas, acuden buscando alegría y recreo. Curiosísimo recreo es, y os brinda tan singular espectáculo de hilaridad, clamor y confusión africana como quizás no se presencie, en tan grande escala, fuera de Africa. Por la mañana temprano vi multitudes y grupos de negros precipitándose al campo de acción; y mientras que cuando trabajan están casi desnudos, la mayor parte de ellos aquel día tenían alguna ropa. Muchos iban cubiertos con toda la pompa de los pantalones blancos, y chaquetas y chalecos de zaraza, rosados, amarilos y azules. Otros tenían fajas en consonancia, cadenas y grandes sellos sin reloj; sombreros tricornios, tabaqueras y bastones amarillos. Muchos fumaban pipas o cigarros; algunos habían ya participado de la caña y todos estaban en espíritu manifiesto de mucho buen humor consigo mismos y para los demás. La broma, la risa y la intensidad de los gestos y seriedad del continente, demostraban que se encaminaban a una excursión de placer o interés poco común. Su cortesía recíproca haría honor a una escuela superior, si no tuvieran tan irresistiblemente excitada alegría. Los saludos, las cortesías zurdas, el giro con que se brindaban sus tabaqueras, la dificultad que uno encontraba para persuadir a otro que tomase la vereda, y la continua bajada de los sombreros en señal de respeto mutuo—para no decir de los cumplimientos complicados que se prodigaban y las preguntas ansiosas que se hacían respecto a mi Señora fulana—, todo contrastaba tan curiosamente con el garbo y condición de los grupos, que provocaba las reflexiones más cómicas. Siempre simpaticé lo más sinceramente con la felicidad transitoria que gozaban estas pobres víctimas de la opresión y crueldad; y mientras no podía contener la risa a expensas de los alegres miles que me rodeaban, era consuelo cordial y positivo el observar que su suerte dura y miserable podía ser olvidada por ellos un tiempo y dar sitio a un intenso aunque pasajero goce de la vida.

Se precipitaban grupos de varias naciones africanas al Campo de Santa Ana, destinado a teatro del estrépito y borrachera. Aquí estaba el natural de Mozambique y Quilumana, de Cabinda, Loanda, Benguela y Angola. Hombres que nunca habían podido vivir en paz en sus tierras, cuya ocupación era la guerra y que, con la fiereza común a la naturaleza salvaje, se propinaban crueldades recíprocas, todas igualmente despreciadas para pedir misericordia, y de las que todos eran demasiado altivos para quejarse, se mezclaban en reconciliación momentánea bajo la influencia niveladora de la esclavitud. La provechosa alternativa de vender en vez de matar a sus enemigos, es la trampa armada por los blancos a los guerreros bárbaros, en que el apetito inmoderado de nuestra naturaleza común los ha hecho siempre caer.

En su calidad de *esclavos* son una sola nación. El canto y danza guerreros, la calabaza, el timbal, el rudo pero penetrante pífano—las bufonadas, cabriolas y gesticulaciones de actores salvajes aunque no desprovistos de arte, tienen encanto para el negro, que expulsa de su mente todo sentimiento actual de fatiga y degrada-

Digitized by Google

ción y los restituye por un tiempo a uno de los privilegios comunes de la humanidad—el olvido del dolor.

La densa multitud del campo de Santa Ana estaba subdividida en círculos extensos, formados por trescientos o cuatrocientos negros, hombres y mujeres.

Dentro de estos círculos, los actores danzaban al son de la música, que también se hallaba allí; y no sé si la energía de los músicos o la de los bailarines era más de admirar. Podríais ver los carrillos de un atleta a punto de estallar por el esfuerzo de arrancar de una calabaza un horrendo sonido, mientras otro actor distribuía golpes tan continuados y fuertes sobre su tamboril, que solamente la naturaleza impenetrable del cuero de novillo podía resistir. El maestro de ceremonia, vestido como saltimbanco presidía el baile; pero era para animar, no para moderar, la alegría estrepitosa que prevalecía con imperio supremo. Ocho o diez figurantes se movían adelante y atrás, en medio del círculo, de modo de exhibir la divina forma humana en todas las variaciones concebibles de contorsiones y gesticulación. De repente dos o tres que formaban parte de la multitud parecían creer que no había bastante animación; y con un chillido o una canción, entraban y se incorporaban al candombe. Los músicos tocaban más fuerte y discordante; los bailarines, reforzados por los auxiliares mencionados, cobraban nuevo ánimo; los auxiliares mismos parecían poseídos de todo el furor de los demonios; los gritos de aprobación y palmoteos se redoblaban; cada espectador participaba del espíritu sibilino que animaba a bailarines y músicos; el firmamento resonaba con el salvaje entusiasmo de la raza negra; hasta que miles de voces, acompañadas por toda la música del campo, remataban la escena de júbilo que había continuado casi el día entero, bajo los ardientes rayos del sol tropical, y que había sido soportada con tales esfuerzos corporales por parte de los varios actores que bañaban sus cuerpos en un torrente continuo de sudor.

En media hora, se dispersaron los distintos grupos, en el mayor orden; y el campo de Santa Ana, cuando la noche echó sobre él su manto sombrío, quedó tranquilo y silencioso como el desierto o como la tumba.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XIV

Al señor J. G.

Tormenta en Río de Janeiro. — El Pampero. — Sociedad de Buenos Aires. — Música y baile.

Londres, 1833.

Poco después de haber presenciado el espectáculo del campo de Santa Ana, me despedí sin pena de Río de Janeiro. No me agradaba el clima ni la gente, y pronto encontré que toda la fertilidad y belleza con que la Naturaleza ha formado aquel suelo compensaban con creces los muchos desagrados producidos por la ciudad sin atractivos y sus insociables ciudadanos.

El desenvolvimiento de los sucesos políticos había abierto nuevamente el Río de la Plata al comercio libre y me consideré feliz en aprovechar una propuesta favorable que se me hizo para trasladarme a Buenos Aires.

Digitized by Google

La tarde antes de embarcarme presencié un espectáculo espléndido. Regresando, a puesta de sol, de la bella Bahía de Botafogo para alistarme e ir a bordo la madrugada del día siguiente en que mi buque debía hacerse a la vela, fuí sorprendido en el camino por violentísima tempestad. Las nubes repentinamente se condensaron en una masa densa y tenebrosa de vapor negro y descendente. El relámpago asomaba en el horizonte y el cóncavo murmullo del trueno hacía rodar su profundo y portentoso sonido sobre toda la ennegrecida bóveda del cielo. El aire estaba bochornoso y pesado; y todo indicaba la proximidad de una gran tomenta.

Yo cabalgaba con la esperanza de escapar a sus furores; pero antes de llegar a Río, se abrieron las cataratas del cielo y derramaron en un solo poderoso torrente las aguas impetuosas. El trueno estallaba con estrépito creciente y el relámpago era más ramificado y vívido en sus resplandores. Mi caballo, tembloroso y asustado, se empacó breves momentos en el camino y atropelló un seto vivo para guarecerse. No había casa cercana, y la tormenta, presentando por momentos aspecto más terrible, parecía haber decidido enfurecerse para siempre. El fulgor del relámpago ahora iluminaba toda la atmófera, excepto en intervalos tan cortos que hacían, al mismo tiempo, espantoso y sublime el paso de la luz a la obscuridad. Mi impresión en cada transición era de haber enceguecido de repente, mientras el estrepitoso y constante rugido del trueno era tal que habría anunciado el estallido de la guerra en el cielo.

Quien nunca haya visto tormentas tropicales tiene limitadísima idea de su fuerza irresistible. Esa tarde parecía que estaban por caducar las leyes comunes de la Naturaleza. Yo espoleaba, sin embargo, mi casi frenético caballo y llegamos finalmente a la ciudad. Allí se presentó un espectáculo del todo nuevo para mí. Las calles, con excepción de la Rua Direita, son estrechísimas y los caños para descargar los techos se proyectan por ambos lados casi hasta encontrarse en media calle. El caso es que, cuando cae lluvia muy copiosa, las aguas de estos caños se unen y forman arcos como de cristal, a lo largo de toda la vía. Estos arcos líquidos, cuando yo pasaba debajo, eran iluminados y bruñidos por vívidos relámpagos, y toda la ciudad parecía que fuese morada de genios, con techumbre de cristal transparente e iluminaciones de fuego eléctrico.

Al romper el día, la mañana siguiente, flotábamos mansamente fuera de la bahía con la brisa de tierra; porque así como hay una brisa de mar, que generalmente entra en el puerto todas las tardes, también hay otra de tierra en la madrugada, durante una o dos horas. Si no fuera por ellas, especialmente por la vespertina, la vida en Río sería imposible. A menudo he observado con ansia su llegada, y cuando la he visto venir arrugando levemente la bahía, y sentido su primer aire refrescante abanicando mi cuerpo afiebrado, he experimentado la transición más deliciosa; sensación tan grata que constituye uno de los lujos mayores que el clima proporcione.

Llegamos frente a la desembocadura del Plata en siete días y calculábamos fondear en Buenos Aires dos días después. Pero encontramos uno de esos huracanes llamados pamperos—ventarrones del sudoeste—que soplan sobre las llanuras interpuestas entre los Andes y el Río de la Plata. Nos forzó a salir mar afuera y no alcanzamos nuestro puerto de destino sino en veintidós días, en vez de los nueve que nos prometíamos. La furia de estos huracanes,

Digitized by Google

mientras duran, es increíble. No domado por ninguna resistencia en su carrera, el viento barre cientos de leguas de terreno nivelado, y frecuentemente, al llegar al Plata, deja descubiertas algunas millas de las riberas arenosas en su margen occidental. Recuerdo que en 1812, se retiró el agua del río frente a Buenos Aires, y aunque el Plata tiene allí treinta millas de ancho y la marea rara vez retrocede un cuarto de milla, sin embargo, la playa quedó descubierta en más de seis y los porteños enviaron artillería para atacar un barco de guerra español que estaba encallado a aquella distancia aproximada de la ciudad. Había sido dejado en seco a consecuencia de la bajante extraordinaria producida por el pampero. Después que éste hubo amainado lo bastante para permitir que las aguas volviesen a su cauce natural, éstas se precipitaron con celeridad torrencial. Varias personas que andaban por la playa se ahogaron, imposibilitadas de escapar al ímpetu abrumador con que volvió la marea.

Fué buena fortuna, en llegando a Buenos Aires, encontrar allí establecida una persona que yo había conocido en Montevideo y que, por este motivo, se consideró obligada a llevarme a su hogar y alojarme en su propia casa. Recién casado en una interesante familia de nombre Castellanos, y viviendo con su esposa y dos preciosas cuñadas (una casada con un capitán de navío español), formaban un lindísimo grupo familiar. Nada hubiera sido más agradable o útil que esta iniciación; porque mientras yo, de esta manera, después de seis meses de destierro de la sociedad femenina era nuevamente admitido en ella, hice rápidos progresos, con nuestro trato diario, en el idioma español, y tuve oportunidad de conocer la mayor parte de las mejores familias. Fuí presentado al virrey Liniers, cuya estrella visiblemente palidecía. Tenía las riendas del gobierno muy flojas, bajo el control de la Audiencia y del Cabildo; mientras la entonces famosa Madama O'Gorman era árbitro único de sus asuntos domésticos y dispensadora de sus favores. Cisneros había sido ya nombrado por la Corte de la vieja España para suceder al vencedor de Whitelock.

Entretanto, se daban las más espléndidas tertulias por Madama; y vi congregadas noche a noche, en su casa, tales muestras de belleza y viveza femenina, que hubieran suscitado envidia o impuesto admiración en los salones ingleses. Las porteñas con razón se jactan entre ellas de mujeres encantadoras, quizá más pulidas en la apariencia y maneras exteriores que en gustos altamente refinados; pero tienen tan buen sentido, penetración y viveza ,de haceros dudar si no sean mejores tales como son que más artificialmente enseñadas. Tienen seguramente poquísima afectación u orgullo; y no puede ser educación muy defectuosa la que excluye en la formación del carácter femenino, dos condiciones tan odiosas.

Pasando un día por el convento de Santo Domingo, llamó mi atención una de las torres, en que vi claramente pintadas gran número de balas de cañón de todo tamaño. "¿Es posible", observé a la señora de Torrents, en cuya compañía caminaba, "que tantos tiros hayan hecho blanco en la torre sin derribarla?" "No, no", replicó, "dos o tres pegaron allí. pero los frailes han pintado todas esas para hacer creer que las balas de vosotros los herejes no derriban torres católicas. Y el vulgo lo cree. Pero las damas, aunque no seamos soldados, sabemos algo más; porque ved lo que vuestras balas han hecho en Montevideo. Por mi parte creo que ninguna religión razonable tiene nada que ver con pólvora y balas".

Digitized by Google

Había cierto tono amable, y aun un giro de cumplimiento, en esas palabras, evidentemente dirigidas a paliar el pesar que mi bella compañera imaginaba se asociase en mi mente con la derrota de Whitelock y la ostentación bombástica con que había sido conmemorada por la piadosa superchería de los dominicos.

La gran fluidez y facilidad observable en la conversación de las porteñas deben atribuirse, sin duda, a su temprana entrada en sociedad y a la costumbre casi cotidiana de congregarse en tertulias por la tarde. Allí la niña de siete u ocho años, se habitúa a manejar el abanico, pasear, bailar y hablar con tanta propiedad como su hermana de diez y ocho o su mamá. Y este constante método de enseñanza práctica, en la extención que alcanza, vale más que diez años de escuela para la formación del carácter y conversación, delicados, naturáles y agradables.

En cuanto a *bonos mores* de las señoritas, las señoras creen que están más seguras bajo la vigilancia materna. Las hijas, en consecuencia, cuando por primera vez visité Buenos Aires, nunca se veían sino en compañía de las mamás, o de alguna parienta o amiga casada. Las solteras no podían salir de paseo sino en compañía de casadas. Caminaban en fila, una atrás de otra, con el paso más fácil, gracioso y, sin embargo, dignificado que imagináis. Luego el cariñoso saludo con el cortés y elegante movimiento del abanico no era para olvidarse ni para ser imitado. La mamá iba siempre detrás. Si un amigo se encontraba con el pequeño grupo de familia, se le permitía sacarse el sombrero, dar vuelta, acompañar a la niña que más le gustase y decirle todas las lindas cosas que se le ocurriesen; pero no había apretones de mano ni ofrecimientos del brazo. La matrona no se cuidaba de oír la conversación de la joven pareja; se contentaba con "ver" que no se produjese ninguna impropiedad práctica o indecorosa familiaridad. Lo mismo sucedía si visitabais en una casa. La madre se apresuraba a entrar en la sala y permanecía presente con su hija durante toda la visita. Para reparar esta pequeña restricción, no obstante, podíais decir lo que gustaseis junto al piano, en la contradanza o, mejor, durante el paseo.

Aun cuando éstas son todavía las reglas generales de la sociedad femenina en Buenos Aires, se han modificado grandemente y continúan modificándose, por el trato y casamiento con extranjeros. Las costumbres y maneras francesas e inglesas se mezclan gradualmente con las del país en particular entre las clases superiores.

La música es muy cultivada. Siempre hay una dama en todas las casas que toca muy bien todos los tonos requeridos para minué, vals y contradanza. Y cuando las porteñas "bailan", es con una graciosa compostura y suelta elegancia, mucho mejores que el término medio obtenido en este país, en cuanto yo sepa, de cualquier sistema de educación en escuelas de baile.

Vuestro, etc.

J. P. R.

Digitized by Google

CARTA XV

Al señor J. G.

Expedición al Paraguay. — Preparativos de viaje a caballo. — Partida para Asunción.

Londres, 1833.

Os he bosquejado brevemente la sociedad femenina en Buenos Aires; y omito ahora mencionar la de hombres, porque ya me he referido a ella en alguna de las cartas precedentes y ha sido descripta como parte ligeramente modificada de la gran familia sudamericana. Dejando atrás Buenos Aires, por el momento mi objeto es conduciros conmigo a una región remota y muy poco conocida—la República del Paraguay. Hasta aquí nuestro bosquejo de Sud América, especialmente de Buenos Aires, puede considerarse como prólogo necesario al interior del Río de la Plata, pues aparte de que sus provincias se designaron un tiempo con el nombre genérico de Paraguay, creo que la manera quizá vaga en que hemos intentado proporcionaros una vislumbre del Nuevo Mundo, primero, tal como fué bajo el dominio de la vieja España, y, segundo, cómo ha sido modificado y está modificándose por la Revolución, os habilitarán mejor para comprender la cuestión en conjunto y apreciar los actos y aventuras personales que nos proponemos suministren una explicación más detallada del tema general.

Lo que en adelante hemos de decir, tendrá relación más inmediata con la aislada provincia, o mejor dicho, República del Paraguay, como hoy se distingue de las otras provincias del Río de la Plata; pero, como hay gran distancia que salvar para llegar a Asunción; y como hay alguna novedad, tanto en la manera de hacer el viaje como en las cosas que se encuentran por el camino, intentaré en primer lugar describiros éstas.

La expedición que emprendí al Paraguay fué comercial; y el buque fletado con este propósito, una vez provisto y cargado con todo lo necesario, comenzó en diciembre de 1811 la engorrosa navegación del Río Paraná. Tenía que navegar mil doscientas millas, alternativamente a vela y espía, contra una corriente de tres millas por hora; y como no se esperaba durante la estación de verano (diciembre allí es la mismísima mitad del estío) que hiciese el viaje en menos de tres meses, mientras yo podía recorrer la misma distancia a caballo en quince o diez y seis días, resolví ir por tierra.

Me despojé de los vestidos de inglés, endosé una chaqueta liviana, oculta por un ponchillo mezcla de hilo y algodón tejido en el país. La ligereza del material me mantenía fresco, mientras lo cerrado de la trama y la posición suelta en que colgaba, me libraban de la lluvia. Mi ponchillo era más que eso, pues servía de colcha por la noche y de toldo sobre mi cabeza cuando me sentaba a comer o dormía siesta durante el calor del día. La siguiente y más visible parte de mi vestido, era un enorme sombrero de paja con la amplitud circular de un gran quitasol. Rodeaba mi cintura un ancho cinto de cuero prendido al frente con un gran botón. A un lado del cinto estaba mi trinchante protegido por una vaina curiosamente labrada y en el opuesto metido un par de pistolas. Una faja de seda carmesí en derredor de mi ropa inferior la sostenía, y un par de suaves botas fuertes, armadas con espuelas de plata.

Digitized by Google

cuyas rodajas tenían cerca de una pulgada de diámetro, completaban mi atavío de viajero.

El apero del caballo era tan adaptado al país como mi traje. La silla de caza estaba substituída por el lomillo, especie de albarda, puesto encima de una gran carona de suela que cubre todo el lomo y las ancas y hecha con el objeto de impedir que el sudor llegue a la matra o parte superior del recado. Sobre el lomillo se colocó una jerga en varios dobleces para blandura del asiento, y encima de todo, para procurar fresco, un sobrepuesto, pieza de cuero fuerte pero finamente trabajado.

El lomillo estaba asegurado al caballo con fortísima cincha de argollas, estirada por correones y que aguantaba cualquier fuerza cuando se requiere ajustar los múltiples accesorios. La matra iba asegurada con una sobrecincha de vistoso tejido. Tal aparato debe ser engorroso; pero, no pudiendo conseguirse cama en la campaña, el apero susceptible de transformarse en cómodo lecho es conveniente en sumo grado. El freno usado es el común español, con riendas y cabezadas trenzadas por los indios pampas en un estilo combinado de ligereza y fuerza que sorprendería a algunos de nuestros mejores fabricantes de látigos. Mi sirviente, gaucho completo y antiguo correo, estaba equipado menos primorosamente pero de la misma manera que yo, con la sola diferencia del sombrero. Nunca he visto sombrero más chico que el suyo ni más grande que el mío. Luego, sus botas habían sido sacadas de las patas de un caballo y sus espuelas eran de hierro. Su poncho y recado eran ordinarios y tristemente deshilachados. Denunciaba el hombre acostumbrado a trabajo duro y corta paga. Llevaba atrás, colgados del recado, unos chifles llenos de caña y en la cabezada delantera una bolsita con algunos bizcochos y sal. Tenía al costado izquierdo un sable grande y herrumbrado, y al derecho un no menos herrumbrado trabuco, y de este modo "él" estaba equipado. Por último venía el postillón, todo andrajos, descalzo, cubierta la cabeza con un gorro viejo que parecía recogido de la basura, del que asomaban largos y enmarañados cabellos, chaqueta y poncho andrajosos, chiripá liado, a modo de kilt escocés, con un par de no superlimpios calzoncillos aguaitando por debajo. Arrojó mi maletita atrás de su recado y ató con dos tientos las extremidades de lo que contenía mi guardarropa portátil. Viéndonos a mi sirviente y a mí ya montados, el bribonzuelo del guía (pues era un muchacho) dijo, con tono de interrogación: "Vamo-nos señor?" Respondí: "Vamos", y los tres, espoleando los caballos poco después de romper el día, tomamos al galope corto por las silenciosas y en esa hora desiertas calles de Buenos Aires, en marcha para Asunción.

Tenía cartas de recomendación para la mayor parte de la gente de las ciudades que se hallan en el camino; y con la fluctuación del viajero inclinado a nuevos descubrimientos y del especulador que va a visitar el fabuloso país de El Dorado; con el placer además de ser el primer inglés que se había lanzado a explorar las regiones del Paraguay y conocer su capital, Asunción, me sentí liviano como pluma y me parecía cabalgar rápido como el viento.

Vuestro, etc.

J. P. R.

Digitized by Google

CARTA XVI

Comida en Luján. — Carne con cuero. — Viaje a Santa Fe.

Londres, 1838.

Al final de la primera jornada encontré que habíamos recorrido sesenta y tres millas y pasado por tres aldeas: San José de Flores, Morón y Luján. Habíamos cambiado cabalgaduras en chozas miserables llamadas postas, cuatro veces; y había comido en compañía del cura y los frailes de Luján.

Esa comida fué el único rasgo saliente de aquel día.

Habiendo sido eficazmente recomendado al cura, éste creyó oportuno organizar una fiesta en honor mío, a la que fueron invitados el Gobernador y los tres frailes del lugar. El día era excesivamente caluroso y tanto el Gobernador como yo fuimos invitados a despojarnos de nuestras chaquetas, no estando ambos vestidos con ropa más de etiqueta. El cura se sacó la sotana y los conventuales aflojaron sus amplios hábitos. Encontré que todo este preparativo para asegurar la comodidad en la comida, no era menos necesario, pues el primer manjar puesto sobre la mesa fué una enorme olla podrida, en enorme fuente de barro que despedía masas de vapor de su contenido variado y casi bullente.

"Sans ceremonie" y a pesar del calor, todos los comensales se aproximaron la olla y comieron en común sacando cada uno el sabroso bocado que más apetecía. Solamente el Gobernador y yo teníamos platos; pero parecía que a él le gustaba más comer directamente de la fuente; y yo, no deseando singularizarme, seguí su ejemplo. Detrás de nosotros estaban de pie dos sirvientes mulatos y una negra sin más sobre la camisa que una enagua ceñida a la cintura. Estos sirvientes estuvieron con los brazos cruzados hasta que la olla había casi desaparecido. Luego entró la celebrada carne con cuero o carne asada en la piel del animal, y que ningún inglés haga alarde de su "roastbeef" sin haber gustado previamente ese manjar. La verdadera carne con cuero (y la del cura lujanero era excelente) consiste en el costillar, cortado con cuero y todo de una ternera gorda.

Puede pesar, cuando se sirve, alrededor de veinte libras, y asándose en el cuero, es natural que todo el jugo de la carne se conserve. El animal, junto a una parte del cual estábamos agrupados, había sido matado aquella misma mañana, y sin embargo, su carne era tierna y muy sabrosa. La carne con cuero es en conjunto uno de los platos más exquisitos que se pueda gustar. Fué atacada y demolida como lo había sido la olla podrida; y los sirvientes entonces cambiaron plato tras plato como lo habían hecho antes.

Aves asadas o hervidas, picadillos y guisados siguieron en rápida sucesión. Luego vino el pescado, que los españoles sirven al final, y abundancia de confitados, leche y miel. Tal comida, tan rápidamente despachada y por tan poca gente, yo no había visto en ninguna de las que asistí en Buenos Aires; y aunque confieso que mi larga cabalgata me habilitaba para hacerle pleno honor, debo ceder la precedencia a los frailes, al cura y al Gobernador. Ciertamente, comieron cuatro veces más

Digitized by Google

que yo, y en su conversación dieron demasiada importancia a mi falta de apetito. Después de la comida fumamos y dormimos la siesta. A la tarde proseguí mi viaje con la bendición del cura y un sentimiento de cordial gratitud por su cortesía y generosa hospitalidad.

Luján es un lugar pobre y casi desierto, con trescientos habitantes más o menos. Tiene cabildo, una linda iglesia y espaciosos departamentos, dispuestos en forma cuadrangular, para los eclesiásticos.

Viajar en la Pampa y las privaciones a ello inherentes se conocen bien ahora (porque todo es desdicha, menos la velocidad con que se avanza sobre el terreno), y por eso no me detendré en relatar mis jornadas hasta Santa Fe.

Las postas, con pocas excepciones, son todas iguales, simples ranchos de quincho, imperfectamente techados de paja, muy sucios, con pisos de barro, y dos o tres niños chillones tendidos sobre cueros secos; cráneos de vacas se usan como sillas. Hay un cuarto apartado, no tan confortable como la construcción principal, destinado a los pasajeros, y una ramada abierta a todos los vientos, de cuatro pies en cuadro, sirve de cocina. Lo único que se ve cocinar allí es un poco de agua hirviendo para el mate y un trozo de asado para la comida. Pocas gallinas vagabundas se ven picando carroña alrededor del rancho; y hay siempre a corta distancia un amplio corral de palo a pique para encerrar caballos y vacunos. Junto al corral mayor hay otro más pequeño para la majada de ovejas que el maestro de posta siempre cuida. Cuando se llega a uno de estos ranchos para mudar caballos, dos peones jinetes van en busca de la tropilla que anda paciendo. A veces la encuentran en diez minutos, otras ni en media hora; y si el tiempo es nebuloso, como suele suceder a menudo en invierno, uno debe contentarse no pocas veces con esperar dos o tres horas para conseguir su objeto. La tropilla, generalmente compuesta por doscientos o trescientos caballos, es arreada al corral, y las bestias necesarias para los viajeros son enlazadas y luego enfrenadas. Siendo en seguida llevadas a la tranquera de la pista, se procede a la larga y compleja operación de ensillarlas.

En el rancho donde pasamos la primera noche, llamado posta de Rojas, mataron un cabrito, lo cocinaron para nuestra cena y nos alojaron gratis. Cuando, antes de partir por la mañana, reconvine al maestro de posta e insistí en que recibiese el pago de sus servicios, se mostró ofendido y dijo muy enfáticamente que tal era la costumbre del país, cualquiera que fuese en el mío. Quería que se pagase solamente por los tres caballos—el mío, el de mi sirviente y el del postillón—según la tarifa usual de tres peniques por tres millas cada uno y con libertad de correr tanto como se quiera. Así es que por un recorrido a hacer de quince millas, por una noche de alojamiento y la cena, por tres caballos y un postillón, todo lo que hube de pagar fueron siete reales y medio, o sean tres chelines y nueve peniques. El postillón no exige remuneración para sí, y con todo, está deseoso de galopar a razón de tres o catorce millas por hora.

Compárese el gasto de este modo de viajar con lo que sucede en Inglaterra:

Digitized by Google

	£	s	d
Los caballos cuestan 1s. 3d. por milla; ergo, tres 1s. 10d...			
esto por quince millas monta	1	8	0
Al postillón se le deben 4s. (más que todo nuestro gasto Y apenas se obtiene cama y cena para uno y el sirviente por menos de 7s. 6d. con 2s. 6d. a los sirvientes.....	0	4	0
	0	10	0
	£	2.2.0	

Lo que es aproximadamente doce veces más de lo que cuestan las mismas cosas entre Santa Fe y Buenos Aires. Es cierto que todo es mejor en Inglaterra; pero se comprende que los sudamericanos tengan derecho a esperar que sea doce veces mejor; y la cuestión de superioridad relativa puede sólo y honradamente comenzar, según que la diferencia en el gasto haya sido pagada en la misma proporción. Siento tener que observar que la primitiva costumbre de no cobrar al viajero por comida y alojamiento, aunque invariable en la época a que me refiero, 1811-12, ya no existe. El aumento de los viajes, el incremeno del trato con extranjeros, las crecidas y crecientes necesidades, la codicia, están rápidamente acercando al maestro de posta de las Pampas (sin ninguna mejora de la tarifa establecida para los pasajeros) a los principios y práctica de míster Boniface en el camino de Bath.

Tales son los viajes en la Pampa. ¿Para qué decir nada sobre los caballos salvajes y los feroces insectos? Sir Francis Bond Head, gobernador del Canadá, ha agotado estos temas; ¿y quién no ha leído su libro?

Me levanté la mañana de mi segunda jornada un poco envarado; pero, no obstante, anduve noventa millas. Al siguiente día hice otras tantas; y día y medio después llegué a Santa Fe. La distancia total entre Santa Fe y Buenos Aires es de 340 millas, que recorrí en cuatro días y medio. El correo regular la hace en tres días y medio.

Considérese ahora la extensión del país que había atravesado y pregúntese qué es lo que vi en todo su largo y ancho. Después de abandonar Luján, vi dos miserables aldeas, Areco y Arrecifes; vi tres pueblitos, San Pedro, San Nicolás y Rosario, cada uno con 500 ó 600 habitantes; vi un convento llamado de San Lorenzo, que albergaba treinta frailes; y vi también ranchos de barro. Vi cardos más altos que un caballo con jinete; aquí y allí unos pocos algarrobos; pajas, innumerables ganados, chúcaros y mansos; gamas y avestruces retozando en la llanura; vizcachas barbadas saliendo en grupos, al caer el sol, de las mil cuevas que cortan el campo, ya las zumbantes perdices volando de entre las patas de mi caballo y luego el caparazonado armadillo apartándose aprisa del camino. De cuando en cuando se presentaba a mi vista el espléndido Paraná. La población de Rosario está situada sobre una alta barranca a pique que domina el río, pero su ancha y diáfana superficie no era interrumpida por ningún barco; sus magníficas aguas corrían con toda majestad, pero con todo el aislamiento de la naturaleza, pues aquí el hombre le ha abandonado a ella casi

Digitized by Google

todo. Vi una corriente de dos millas de ancho y diez pies de profundidad en el sitio que reconocí y ese lugar estaba a ciento ochenta millas de la boca en el Plata y dos mil de su origen. No hay catarata que impida la navegación; no hay salvajes que pretendan interrumpir el tráfico o que sea necesario arrojar de las orillas.

La tierra en ambas márgenes es tan fértil como la naturaleza puede hacerla y no ofrece dificultades de piedras o bosques para ararla. El clima es de lo más saludable y el suelo ha estado en posesión tranquila de una potencia europea durante trescientos años. Sin embargo, todo era silencioso como la tumba. Al considerar rápidamente estas circunstancias, la inteligencia se abismaba al contemplar todo lo que el hombre ha dejado de hacer, allí donde la naturaleza le dijo tan claramente lo mucho que podría haber hecho.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XVII

Santa Fe y sus habitantes. — Las cartas de presentación en Sud América. — Mi recepción en Santa Fe. — Baños. — La fatiga del viaje.

Londres, 1838.

Santa Fe está situada a orillas de un afluente del gran río Paraná, llamado Salado, que nace en latitud sur 24° 30' cerca de Salta, capital de la ancha provincia del mismo nombre. El Salado la riega toda entera y corriendo sus aguas al través del Tucumán y gran parte del Gran Chaco, se derrama en el Paraná, en latitud 31°, 30'. El brazo sobre que está Santa Fe forma allí un gran recodo y vuelve al Paraná nuevamente, alrededor de la latitud 32°, 20, formando con este río una isla considerable frente a Santa Fe.

La ciudad es de pobre apariencia, construída al estilo español, con una gran plaza en el centro y ocho calles que de ella arrancan en ángulos rectos. Las casas son de techos bajos, generalmente de mezquina apariencia, escasamente amuebladas, con tirantes a la vista, muros blanqueados y pisos de ladrillo, en su mayor parte desprovistos de alfombras o esteras para cubrir su desnudez. Las calles son de arena suelta, con excepción de una, en parte pavimentada. Los habitantes de la ciudad y suburbios son de cuatro a cinco mil.

Llegué justamente después de la hora de la siesta, que durante el calor del verano se prolonga desde la una hasta las cinco. Se presentó a mis ojos una escena muy primitiva, cuando, seguido por mi postillón y mi sirviente, sobre nuestros cansados caballos y con los trajes de viaje cubiertos de polvo, recorrí las estrechas calles de la ciudad. Previamente he de decir que las puertas de las casas se abren directamente de las habitaciones principales a la calle, y donde no está así dispuesto, un corto, pero ancho zaguán que se entra por un portón, conduce al patio, en cuyos costados están alineados los aposentos. Cada habitación tiene generalmente su puerta que da al patio.

Todos los portones, todas las puertas en todos los patios, todas las salidas de todos los cuartos a la calle, estaban com-

Digitized by Google

pletamente abiertos, y los habitantes, hombres y mujeres, con todo el lujo del "deshabillé", sentados en las entradas de sus respectivas moradas. Los que se encontraban del lado de la sombra, sentados literalmente en la calle, mientras aquellos de cuyas casas los rayos del sol aun no se habían retirado, se sentaban dentro de los zaguanes para disfrutar su sombra. Los caballeros estaban vestidos sencillamente con camisa y pantalones blancos, y los pies en chinelas; mientras las damas, en obsequio a la frescura y comodidad se regocijaban dentro de una camisa primitiva, pollera y alguna bata suelta y transparente que apenas aprisionaba el cuerpo.

Vi al momento que las damas de Santa Fe eran completamente distintas por su apariencia y maneras de las de Buenos Aires.

¿Cómo pensáis que los habitantes empleaban su tiempo de la manera descripta, cada hombre, mujer o niño sentado dentro de los zaguanes o descansando indolentemente en las puertas de las casas? Pues estaban fumando cigarros, chupando el mate por una bombilla o comiendo sandías. Algunos se entregaban alternativamente a las tres operaciones. Las calles mostraban esparcidas las cáscaras de la fruta favorita, mientras el aire estaba perfumado con su no menos favorito tabaco. Imaginaos cuánto debió chocarme ver por primera vez gran cantidad de mujeres, abierta y francamente, no solamente fumando, sino fumando cigarros de tamaño tan enorme, que no admitían comparación con los que gustaban sus acompañantes masculinos. Luego se seguía aquel acto tan generalmente relacionado con el fumar, que no es de nombrar para oídos cultos. El mate, la sandía, el traje, la rusticidad general del espectáculo, los habría tolerado; pero el gran cigarro en boca de mujer que, por bella que fuese, no podría considerarse desde aquel momento delicada, ¡oh!, fué terrible choque para mis nervios, aun no tonificados por la costumbre, contemplar aquella vista tan impropia.

Después de doblar por dos o tres calles, entre aquellos grupos abigarrados, cuya curiosidad, como la de todo habitante de ciudad pequeña, paracía ansiosa de ser satisfecha acerca de quiénes eran los viajeros, llegamos a una casa de mejor apariencia que las que habíamos pasado. El postillón me dijo que ésa era la morada del señor Aldao, para quien yo tenía una carta de recomendación. Bajé del caballo y encontré a su familia, como todas las demás, sentada en el zaguán, con sus sandías, mate y cigarros. Cuando entregué mis credenciales, fuí lo más cordialmente recibido; y encontré allí, como antes había experimentado en Buenos Aires, que la carta de recomendación en Sud América no es símbolo de una mera civilidad superficial, como sucede en este país. Allí es un pasaporte para la hospitalidad positiva; y eso en todas las formas en que puede ser otorgada por la bondad, la abundancia y la bienvenida más franca y sincera.

Tan pronto como el señor Aldao leyó el contenido de mi pasaporte de presentación de su amigo de Buenos Aires, toda la familia se levantó de sus sillas y me dió la bienvenida. Se llamaron los esclavos, los caballos fueron desensillados, se me condujo a una habitación demasiado espaciosa para los muebles que contenía, y se me dijo que allí era mi dormitorio. Se desplegaron ante mí licores, vino, bizcochuelos, panales, fruta y

Digitized by Google

cigarros; me trajeron una gran palangana y jarra de plata con agua muy fresca y clara para las abluciones, en tanto que yo bebía el mismo líquido refrigerante en un jarro de plata con tapadera, de estilo antiguo. Un mate de plata maciza también adornaba la mesa; el catre en que se colocó mi colchón estaba tendido con sábanas de batista, fundas de hilo fino bordado y colcha de damasco punzó. Pero no había cortinas ni mueble para lavatorio, que estaba reemplazado por una silla de vaqueta de la más antigua apariencia. Estaba junto a mí una negra alta con un tejido colgando de su brazo en dobles pliegues hasta el suelo. La trama de la toalla (pues a tan bajo oficio la espléndida tela estaba destinada) era semejante a fino crespón de la India; y cuando pregunté a mi servidora dónde había sido tejida, se limitó a decir: en Paraguay; habiéndome regalado y refrescado, hice salir a mi toallero autómata y, cambiando mi vestido de viaje, fuí a inspeccionar más de cerca la familia de don Luis Aldao. Era soltero y vivía con la madre, un hermano y dos hermanas. El crepúsculo empezaba a proyectar sus sombras sobre los santafesinos y la luna se levantaba con grande esplendor sobre el horizonte, para mostrar que sus rayos de plata pronto convertirían en el más sereno día la noche que se aproximaba. Hay una brillantez y magnificencia, una esplendente y, sin embargo, plácida gloria en el claro de luna de aquellas regiones de cielo sin nubes y atmósfera incontaminada por nieblas, que para ser apreciadas deben disfrutarse. El grupo de familia entonces, en vez de estar congregado, como en seguida de la siesta, en el zaguán, estaba en el patio y aumentado con la llegada de muchos amigos y vecinos de ambos sexos. Todos iban a bañarse en la cristalina corriente que lava las riberas cubiertas de verdor junto a las que gentilmente se desliza.

Don Luis me invitó a que los acompañara; y aunque completamente nuevo para mí y no parecerme raro ser invitado, en unión con otros de mi sexo, nunca sospeché fuéramos a estar con ellas al borde del agua. Yo, naturalmente, consentí en formar parte de tan nueva e interesante comitiva, y nos pusimos en camino. Las damas eran servidas por numerosas esclavas que llevaban los vestidos de baño de sus señoras.

Así que nos movimos "en masse", mucha fué la broma y grande la risa que nos alegraron el camino. Demasiado sencillo y banal para repetirlo fué el lenguaje en que se entabló toda la conversación. Al fin el río brillante se alzó ante nuestras miradas, con sus aguas temblorosas bajo los danzantes rayos de la luna. Pero imaginad, amigo mío, si podéis, mi asombro, cuando, llegando a la orilla, vi a las náyades santafesinas que se habían echado al agua antes de nuestro arribo, cambiándose bromas, poseídas de gran júbilo, con los caballeros que estaban bañándose a corta distancia más arriba. Es cierto que todos estaban vestidos, las damas de blanco y los hombres con calzones; pero había en la exhibición algo que iba en contra de mis preconcebidas nociones de propiedad y decencia.

Mientras estuve, vi a todos los habitantes de Santa Fe (pues supongo que casi nadie quedaría en su casa) ejecutar sus maniobras acuáticas tan familiarmente como si hubieran estado dando vueltas en el laberinto de una cuadrilla. La jarana, alegría y risa continua era la orden de la tarde; y sin embargo, de todo lo que oí y vi durante el mucho subsecuente

Digitized by Google

trato con la gente, verdaderamente creo que sus diversiones en el baño eran tan inocentes como un rígido mahometano puede pensar que son nuestros salones de baile europeos. Un juicio demasiado severo aplicado por un europeo a los habitantes de Santa Fe a causa de su modo de bañarse sería tan injustificado y erróneo como el del censor mahometano sobre las mujeres de Inglaterra, Francia y América, porque, como las de su país, no están confinadas en el harén.

Al fin nuestras compañeras salieron del agua. Las damas fueron vestidas con gran destreza por sus doncellas; se juntaron las ropas de baño mojadas; el cabello, las largas, las bellas crenchas negras, que habían sido recogidas con una peineta durante el baño, flotaban en lujuriante abundancia sobre los hombros y mucho más abajo de la cintura de las santafesinas, cuando en pausada procesión volvían a sus hogares.

Tenían cuidado de no caminar muy aprisa para no malograr el beneficio de su baño resfrescante, y cuando al llegar a casa hacían tertulia en los zaguanes o patios, el cabello, como un velo, continuaba envolviendo toda su persona menos el rostro. Sostenían que, de otra manera, no podían conseguir que se secasen sus crenchas y rizos antes de la hora de descanso.

En este punto siguió una prolongada conversación sobre los diferentes hábitos de las damas en Santa Fe y en Inglaterra; hasta que la llamada a cenar me libró afortunadamente de contestar algunas preguntas escabrosas.

La noche se cerró (no obstante el calor) con una cena caliente, abundante vino, más sandías y cigarros, de los cuales, me apena decirlo, las damas participaron al parecer con el mayor deleite.

A media noche todos fuimos a nuestros respectivos aposentos, y yo, naturalmente, a mi gran sala vacía, pero con lujoso lecho. Allí, estirando mis cansados miembros, me sumergí en un reposo tan profundo, como se imaginará lo necesite un hombre después de galopar casi cuatro días bajo un sol de fuego, sin la sombra de un solo árbol, con poco descanso—el viaje indiferente—e incesantes ataques de gran variedad de aquellos insectos ponzoñosos que viven de molestar al hombre. Para quien ha sido tan martirizado, una cama como la del señor Aldao era un lujo para ser experimentado solamente por quienes la ocupen al mismo precio que pagan los viajeros de la Pampa.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XVIII

Candioti, el estanciero de Entre Ríos.

Londres, 1838.

Un día, después de siesta, medio transformado en santafesino estaba yo sentado, sin chaqueta y chaleco, con el grupo de familia en el zaguán, cuando llegó, al tranco de su caballo, el caballero enciano más apuesto y lujosamente equipado que habíase presentado a mi vista. "Ahí, dijo Aldao, viene mi tío Candioti".

A menudo lo había oído nombrar: ¿a quien que haya estado en aquel país no le ha sucedido lo mismo? Era el verdadero princi

Digitized by Google

pe de los gauchos, señor de trescientas leguas cuadradas de tierra, propietario de doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, dueño de trescientos mil caballos y mulas y de más de quinientos mil pesos atesorados en sus cofres en onzas de oro, importadas del Perú.

Llegaba a la sazón de una de sus excursiones a aquel país, se sentaba sobre el lomo de un bayo lustroso y potente; decididamente el animal más lindo que yo había visto en el país. Nada más espléndido, como caballo y jinete tomados en conjunto y en relación al estilo gauchesco de montura en boga se podría encontrar en Sud América.

Cuando pasaron las felicitaciones de familia al reunirse después de seis meses de ausencia, fuí presentado al señor Candioti, e hice mi saludo con toda la deferencia debida a potentado tan patriarcal. Sus maneras y hábitos eran igualmente sencillos, y su modo de conducirse con los demás tan sin ostentación y cortés, como eran sus derechos a la superioridad y riqueza universalmente admitidos.

El príncipe de los gauchos, era príncipe en nada más que en aquella noble sencillez que caracterizaba todo su porte. Estaba muy alto en su esfera de acción para temer competencia, demasiado independiente para someter su cortesía por el solo beneficio personal; y era demasiado ingenuo para abrigar en su pecho el pensamiento de ser hipócrita.

Se mantuvo a caballo y entabló charla familiar con todos los que le rodeaban. De cuando en cuando encendía el cigarro sacando fuego con pedernal y acero en la yesca guardada en una punta de cuerno pulido, adornado de plata con una cadena de oro adherida, de que colgaba la tapa o más bien el apagador, cuando se usaba el yesquero. Cuando lo contemplé no pude menos de admirar su singularmente hermoso rostro y su digno semblante.

Su pequeña boca y nariz estrictamente griega, su noble frente y finos cabellos delicadamente peinados en guedejas de plata, sus penetrantes ojos azules y su semblante tan sano y rubio como si hubiera pasado la vida en Noruega, en vez de cabalgar en las Pampas, eran todos interesantes. También sus atavíos, a la moda y estilo del país, eran magníficos. El poncho había sido hecho en el Perú y, fuera de ser del material más rico, estaba bordado en campo blanco y en soberbio estilo. Además, tenía una chaqueta de la más rica tela de la India, sobre un chaleco de raso blanco que, como el poncho, era bellamente bordado y adornado con botoncitos de oro pendientes de un pequeño eslabón del mismo metal. No usaba corbata, y el cuello y pechera de la camisa ostentaban primorosos bordados paraguayos en fino cambray francés. Su ropa inferior era de terciopelo negro, abierta en la rodilla y, como el chaleco. adornada con botones de oro, pendientes también de pequeños eslabones que, evidentemente, nunca se habían pensado usar en los ojales. Debajo de esta parte de su traje se veían las extremidades, con flecos y cribados, de un par de calzoncillos de delicada tela paraguaya. Eran amplios como pantalones de turcomano, blancos como la nieve y llegaban a la pantorrilla lo bastante para dejar ver un par de medias obscuras hechas en el Perú de la mejor lana de vicuña. Las botas de potro del señor Candioti ajustaban los pies y tobillos, como un guante francés ajusta la mano, y las cañas arrolladas, dábanles aspecto de borceguíes. A estas botas estaban adheridas un par de pesadas espuelas de plata, brillantemente bruñidas. Para completar su atavío personal el

Digitized by Google

principesco gaucho llevaba un gran sombrero de paja del Perú, rodeado por una cinta de terciopelo negro y su cintura ceñida con rica faja de seda punzó destinada al triple objeto de cinturón de montar, de tirantes y de cinto para un gran cuchillo con vaina marroquí de que salía el mango de plata maciza.

Si primoroso el atavío del jinete, era sobrepasado, si es posible, por los arreos de su caballo. Allí todo era plata prolijamente trabajada y curiosamente ataraceada. Las cabezadas del recado y las complicadas del freno estaban cubiertas con el precioso metal, las riendas con virolas del mismo y en la hechura de sus estribos debía haber agotado toda su habilidad el mejor platero del Perú, con un peso mínimo de diez libras de plata piña para trabajarlos. Tal, en carácter y persona, era Candioti, el patriarca de Santa Fe. Para completar su semblanza debo dar idea de su extraordinaria y feliz carrera en la vida, de cómo vino a ser poseedor de tan vasta extensión de territorio y de qué manera sus ganados y rebaños se multiplicaron hasta superar en número a los de Jacob. Como él, Candioti creció y avanzó hasta ser muy grande y, como Abrahán, fué rico en ganado, plata y oro.

La ciudad de Santa Fe fué fundada en 1573, por un soldado muy intrépido, Juan de Garay, al mando de ochenta y seis hombres solamente.

El establecimiento de la ciudad en aquel sitio se verificó por orden de Martín Suárez de Toledo, gobernador del Paraguay, con el propósito de extender las conquistas, y aumentar los súbditos indios de la vieja España. En corto tiempo, más de veinticinco mil indígenas de las Pampas, el Chaco y otros lugares se sometieron a Garay, y su banda de soldados; y aunque muchos de ellos después se dispersaron y la ciudad estuviese expuesta a frecuentes ataques y malones de tribus hostiles, no obstante, se mantuvo la conquista, y el asiento gradualmente creció en fuerza y número.

Pero no fué sinó después de setenta u ochenta años que alcanzó su actual importancia; y a eso llegó de modo tan íntimo con el surgimiento de Candioti en el mundo, que su tráfico, riqueza y población, tales como hoy son, han seguido paralelos con la fortuna de su patriarca.

Habiendo en su juventud, con pocas mulas para vender, hecho excursión al Perú en tiempos que las minas de Potosí y otros parajes de aquel país producían vastos rendimientos, Candioti vió cuán desproporcionada a la demanda era la oferta de aquellos útiles animales para tranportar minerales y mercaderías, así como pasajeros en un país árido y rocalloso. Crecientes cantidades de ellos se requerían también para la conducción de los productos del Paraguay a Córdoba, Mendoza, San Luis, Tucumán, Salta y otras ciudades.

De regreso a Santa Fe, el sagaz especulador y observador invirtió los diez mil pesos ganados en su primer viaje en la adquisición de una propiedad en el Entre Ríos como a treinta leguas de Santa Fe, en la otra banda del Paraná. Determinó concentrar su principal atención en la cría de mulas para exportar al Perú. Desde entonces hacía un viaje anual a aquel país y cada año fué más provechoso que el precedente. Cuando volvía periódicamente a su ciudad natal, invertía regularmente en nuevas propiedades contiguas a las anteriores y en ganados para poblarlas la ganancia total de la expedición del año. En aquellos tiempos de superabundancia de tierra en Sud América y en verdad mucho después,

Digitized by Google

el modo de adquirir propiedad raíz no consistía en pagar una suma dada por acre, milla y aun legua, sinó que se abonaba tanto por cabeza de ganado que mantenía y una bagatela por algunos pocos accesorios, como media docena de ranchos y otros tantos corrales para encerrar ganado. El precio corriente que entonces se pagaba por un animal vacuno era de dos chelines, y por un yeguarizo seis peniques. Una propiedad de cinco leguas de largo por dos y media de ancho, es decir, de doce y media leguas cuadradas, podía mantener, generalmente hablando, alrededor de ocho mil cabezas de ganado y quince mil caballos. El valor de ellos a los precios mencionados sería:

Por 8.000 cabezas de ganado a 2 s.	£ 800
15.000 caballos a 6 d	" 375
Ranchos y corrales	" 100
Costo total :	£ 1.275

Dejando la propiedad de doce leguas y media o treinta y media millas cuadradas, como bonificación al comprador.

Si consideramos ahora que los viajes de Candioti al Perú eran cada año más provechosos, habilitándolo finalmente para comprar por año tres propiedades como las antes descriptas, se verá de qué manera su fortuna territorial debió haberse aumentado; cómo sus ganados, sus caballos y sus mulas han debido crecer y multiplicarse y cómo el hombre mismo debe haberse hecho "excesivamente grande".

Otras muchas familias de Santa Fe siguieron a la distancia el ejemplo de Candioti; y en conclusión, la ciudad llegó a suministrar mulas al Perú. Llegó también a ser el emporio y puerto de tránsito de los productos paraguayos destinados a Chile y Alto y Bajo Perú; y extendió su influencia y acreció su riqueza con la adquisición de muchas propiedades en la Banda Oriental y el Entre Ríos, donde se criaban la mayor parte de las mulas para exportación.

La manera en que Candioti hacía su caravana anual al Perú, con cinco o seis mil mulas, era la siguiente: después de conducirlas desde sus estancias hasta la ribera Este del Paraná, atravesando a nado aquella vasta corriente, bajo la dirección de muchos peones, las encerraba en potreros en la vecindad de Santa Fe hasta juntar el número requerido. Entonces cargaba treinta o cuarenta carros gigantes con las mercaderías más necesitadas en el Perú; y tomando consigo, bajo la guía de su mirada vigilante, quinientos bueyes para relevos en la tracción de los carros y sus seis mil mulas arreadas "en masse" por cuarenta o cincuenta peones gauchos, ponía cara a las llanuras y comenzaba su viaje en dirección a Santiago, Tucumán y Salta, dejando Córdoba a la izquierda. El país, cubierto de pasto y regado copiosamente por arroyos, proveía sustento para el ganado doquiera hiciera alto y no encontraba en su camino obstrucción de zanjas y cercos, como tampoco necesitaba gastar un solo centavo para obtener manutención de la numerosa caballada. Además de bueyes llevaba novillos en suficiente número para carnear diariamente a medida que avanzaba; y ni él ni sus hombres pensaban en otra provisión necesaria que no fuera carne, mate, sal, agua y sandías. Ninguna de ellas, exceptuando la sal y el mate, podría decirse que costara nada a Candioti y éstas eran muy baratas. Los peones tenían su lujo, igualmente

Digitized by Google

barato, de tabaco; pero aun este se reducía de sus salarios. Siempre que la caravana hacía alto se dejaba a los bueyes, una vez desuncidos, pastar en la llanura; lo mismo se hacía con las mulas y, mientras la mitad de los peones a caballo las rodeaba constantemente para que no se dispersasen, la otra mitad se ocupaba en encender fogones sobre el haz de la tierra, asar carne, hervir agua, comer sandías, o se cobijaban a la sombra de los carros para descansar.

A una hora dada el grupo descansado era enviado a relevar a los que estaban trabajando; y cuando hombres y bestias estaban suficientemente repuestos, volvían otra vez a marchar al arreo y caravana. En las bellas noches de luna andaban desde la tarde hasta la mañana y reposaban durante las horas de calor solar; pero cuando las noches eran obscuras, necesariamente se detenían, encendían sus fogones y hacían ronda cruzada a sus rebaños de ganado, mientras vagando éstos sin limitación, bajo la inspección de los peones, pastaban a la vista de los numerosos fogones encendidos para prevenir que se alejaran del campamento.

Candioti era, por supuesto, el genio del viaje. Durmiendo menos que sus peones, era siempre el último en acostarse y el primero en levantarse. Invariablemente se levantaba a media noche y en alguna otra hora de la noche a madrugada para ver si los vigías eran propiamente relevados y el ganado mantenido junto. Toda la disciplina de este campamento errante estaba no solamente acorde con sus reglamentos precisos, sino que rara vez se infringía por estar vigilantemente dirigida. Perdonaría la ebriedad de un peón, la impertinencia (previa disculpa pedida), la ausencia, el juego y aun el robo; pero nunca se supo perdonara al hombre que sorprendió dormido cuando debiera estar despierto.

Algunas anécdotas suyas se refieren curiosamente ilustrativas del efecto producido por este hábito de vigilancia. Llegó a pensar al fin que era una especie de ignominia que se supiese que él dormía; y todos los sirvientes que tuvo estaban prontos para afirmar que ellos nunca habían "visto" a su patrón dormido. Para que su esposa no atestiguase haberlo encontrado culpable de tal debilidad, siempre tenía dormitorio separado. Dos de sus amigos intentaron sorprenderlo, visitándolo uno a las dos y el otro a las tres de la mañana, en distintos días. "Señor don Francisco", dijo el primero al llamar a la puerta, "¿está usted dormido?" Candioti estaba casi dormido; porque a despecho de sus esfuerzos, ciertamente requería un poco de descanso; pero con oídos listos como liebre, al momento que sonó la primera palmada del amigo, "no", replicó, "estaba pensando qué será lo que detiene a aquella última tropa de mulas tanto tiempo después de su hora de llegada". Instantáneamente encendió su yesquero, alumbró una vela, y con un cigarro en la boca, abrió la puerta a su amigo. Le brindó un cigarro, le invitó a sentarse y, sin la mínima observación sobre la hora de la visita, empezó a hablar corrientemente sobre temas interesantes para ambos. El amigo entonces creyó que debía disculparse; pero Candioti, interrumpiéndole, dijo: "Sabe usted, amigo mío, que para mí es lo mismo recibir visitas a las dos de la mañana que a mediodía; así, no hay el menor motivo para disculparse, sírvase fumar su cigarro."

El segundo amigo, después de un tiempo, llamó a la puerta y dijo: "Señor dan Francisco" (éste era su nombre de pila) "¿está usted dormido?" "Nada de eso", replicó el príncipe de los gauchos, "pase adelante". Cuando su amigo entró, Candioti le dijo

Digitized by Google

que acababa de ordenar se ensillase su caballo y estaba por ir al potrero para ver si mulas y peones estaban prontos para partir al día siguiente.

Candioti tenía una hija única de matrimonio, que es la heredera de toda su fortuna. Pero su progenie es tan numerosa, que la mayor parte de sus estancias están administradas por uno o más de sus hijos. Comí con él un día en que cuatro de ellos estaban presentes. Nuestra comida fué lo más abundante; eran numerosos los esclavos que nos servían; todos los artículos de la casa en que podía utilizarse la plata, de plata estaban hechos, fuentes, tenedores, platos, palanganas, bandejas. Y sin embargo, no había una alfombra en toda la casa; las sillas eran con asiento de paja, las mesas de pino ni siquiera pintadas; los lechos eran catres de guasquilla; no había cortinas ni vidrieras en las ventanas; y en la misma sala de recibo, sobre un caballete, estaba todo el apero de Candioti. El patio estaba continuamente lleno de capataces pidiendo órdenes, o peones trayendo mensajes, o entrando y sacando caballos.

En sus costumbres de comer y beber, Candioti era muy abstemio. Rara vez bebía sinó agua y mate y era moderado en la comida a menos que, en el campo, le fuera puesta por delante la irresistible carne con cuero. Nunca parecía estar precisamente en su elemento sino a caballo, y se daba maña, en casa o en viaje, para pasar diez y seis de las veinticuatro horas, de su manera favorita.

Fumaba y hablaba todo el día; rara vez tomaba la pluma, excepto para firmar, y nunca, ni por broma, abría un libro. Solía decir que esto incumbía a clérigos y abogados y sospechaba deberse muchas luchas forenses y religiosas a la propensión observada en estas dos clases de hombres a absorberse en libros que, según creía, estaban generalmente llenos de cavilaciones legales o de controversias a polémicas.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XIX

Al señor J. G.

Pasaje de Santa Fe a la Bajada. — La Bajada de Santa Fe. — Viaje de Santa Fe a Corrientes. — Economía Malthusiana. — Una estancia de Candioti. — La perdiz grande. — Avestruces. — Doma de potros. — La hierra.

Londres, 1838.

Permanecí un mes entre los santafesinos como huésped agasajado a su modo, mientras hacía observaciones a modo mío. Aun no se tenían noticias de mi barquito, que había salido de Buenos Aires pocos días antes que yo. Pero la navegación del Paraná, aguas arriba, no es el único asunto fastidioso a que deben someterse los que quieren ir contra la corriente en este mundo.

El bajel, en cuarenta días de viaje, no había, sin embargo, recorrido cuatrocientas millas; esto es, ni diez diarias.

Como las cosas empezaban a hacerse monótonas en Santa Fe, pensé proseguir mi ruta. Me despedí de la gente sencilla y buena de aquel lugar, y provisto de nuevas cartas de recomendación, especialmente de Candioti para dos de sus hijos

Digitized by Google

que administraban las estancias suyas de Entre Ríos que estaban en mi camino, volví a endosarme el traje de viaje y, con mi curtido y fiel sirviente Francisco, me embarqué en canoa rumbo a la Bajada. Zarpamos en el riacho o brazo del Salado sobre que se halla Santa Fe, con seis vigorosos bogadores paraguayos. Después de deslizarnos doce o catorce millas, entramos en el noble y majestuoso Paraná. Allí tiene tres millas de ancho, terso y claro como cristal, con bosque en la banda occidental y limitado al oriente por barrancas empinadas. Como el Salado desemboca abajo de la Bajada, nos vimos obligados a bogar aguas arriba, aproximadamente tres millas, antes de poder aventurarnos a cruzar, sin correr riesgo de ser llevados por la corriente más abajo del punto a que nos proponíamos llegar. Cuando habíamos recorrido esta distancia arriba de la Bajada, nuestra canoíta fué inmediatamente lanzada en plena correntada; y haciendo por el ímpetu de ésta tanto camino lateral como por el impulso de las palas hacia adelante, atravesamos el río de manera rápida y elegante. Alcanzamos en media hora de nuestro punto de partida arriba de la Bajada aquel preciso lugar. Ningún marinero en el mundo habría más lindamente calculado, ni con mayor precisión ejecutado, la toma de puerto en esquife y en una rápida corriente, que aquellos paraguayos en su canoa expuesta a tumbarse al menor movimiento de un pasajero un poco más a derecha o izquierda. Encontré el puerto de la Bajada situado al pie de una barranca altísima, pero suavemente inclinada. La villa, distante del puerto, está en lo alto y de aquí deriva su nombre "Bajada de Santa Fe". Pudiera haberse llamado el Gólgota del ganado, porque estaba el terreno cubierto no solamente de cráneos, sino también de osamentas. Estaba completamente rodeada por mataderos y corrales; o, mejor, en vez de estar éstos rodeando la villa, constituían parte de ella. El suelo estaba empapado en sangre de animales y los efluvios de sus desperdicios, de las grandes pilas de cuero, y de las graserías, desprendidos por efecto del sol quemante, con intensidad decuplicada, eran casi insoportables. El aire en aquellos corrales estaba casi obscurecido por aves de rapiña. Caranchos, chimangos y gaviotas aleteaban, rondaban, y describían círculos en el aire sobre las reses muertas. Aquí una docena de tumultuosos asaltantes aferraban sus garras e introducían sus corvos picos en la carne todavía palpitante del animal que había dado su cuero y sebo, "únicos que se utilizaban", a los matarifes gauchos. Allí, otros tantos lechones luchaban por el predominio en bulliciosos banquetes, y cerca, algunos perros voraces usurpaban y mantenían el derecho a la presa. Patos, gallinas, pavos, todos parecían preferir la carne a cualquier otra cosa; y tal graznar, cacarear, ladrar y chillar en el constante tumulto de aquella heterogénea familia de cuadrúpedos y criaturas aladas, que vorazmente satisfacían los deseos ardientes de la naturaleza nunca se oyó fuera de Babel. Me encaminé a casa del gobernador, fuí recibido con el pomposo, aunque zafio decoro de jefe de aldea recientemente nombrado para el puesto, visó mi pasaporte y dos horas después de mi desembarco, dejé a media rienda la carnívora Bajada.

Al avanzar con velocidad de doce millas por hora me apercibí que había entrado en un país completamente diferente del que media entre Santa Fe y Buenos Aires. Allá todo era chato,

Digitized by Google

monótono, con leguas y leguas cubiertas por cardos de ocho pies de altura, dejando solamente el espacio necesario para el caballo a través de su obscura, densa e interminable maraña. Aquí el país era ondulado, verde, regado con numerosos y tortuosos arroyos, y de vez en cuando sombreado y aun adornado por bosques de algarrobos. Los hatos de ganado eran más grandes, los caballos más lindos, los campesinos más vigorosos que en la banda occidental del Paraná; y aunque allá como aquí no había cercos, cultivos u otras señales de industria humana; aunque las desparramadas habitaciones eran siempre chozas de quincho, y sus habitantes, medio desnudos, poco apartados de la vida salvaje, no obstante, todo el aspecto del país era más alegre y placentero. Mientras cabalgaba por la aparente interminable extensión de lomas y cañadas, dotada con todo lo más rico y bello de la naturaleza, no podía menos de considerar en qué magnífica tierra se convertiría algún día. Antojábaseme ver los inmensos hatos de lustrosos y mugientes ganados que cubrían prados sin término, encerrados en límites más estrechos, y haciendo lugar para la ciudad opulenta, el pueblo atareado, la aldea rural y las variadas ocupaciones del agricultor, del comerciante y del artesano. No podía menos que espantarme de la teoría de los economistas de que el mundo está excesivamente poblado y que un Dios bienhechor no ha provisto suficientes medios de subsistencia para sus criaturas. ¿Cómo no sonreir de los fantásticos cálculos aritméticos de los filosóficos malthusianos, cuando nos dicen que en un número dado de años se producirá un proceso de exterminio humano, por carestía de las necesidades de la vida, para dejar alimento y vestido a un número dado y limitado de habitantes sobre la tierra?

Al fin de mi segunda jornada llegué a una de las mejores estancias de Candioti en Arroyo Hondo, y me detuve para pasar la noche. Al presentar las credenciales del gaucho veterano, fuí recibido por uno de sus numerosos vástagos, con toda la desbordante hospitalidad del país. El habitaba solamente un rancho de quincho con tres piezas que formaban, con otras dos o tres construcciones aisladas, el costado de un cuadrado inconcluso. Otro lado y medio estaba ocupado por las chozas pequeñas y bastante bajas de cuarenta y cinco peones que cuidaban las treinta mil cabezas de ganado y cincuenta mil caballos y mulas de la estancia. Alrededor de esta pequeña colonia había cuatro enormes corrales para ganado y un chiquero.

Con Selkirk, el hijo de Candioti habría dicho: "Soy dueño de todo lo que miro". Todos los rasgos de su bello semblante denunciaban a su progenitor. Con el mismo modo patriarcal de su padre me recibió el hijo bajo su modesto dintel. El sol se ponía, numerosos rebaños eran arreados, mugiendo, al venir de la aguada a los corrales; una incontable majada balaba a lo lejos guiada por un peón, y doce perros sagaces—ellos también—venían a su lugar de reposo nocturno.

La alada tribu de aves domésticas cacareaba por el dormidero, y las palomas, girando en su último vuelo del día, se juntaban alrededor del palomar. Las voces profundas de peones a caballo que rodeaban el ganado llegaban desde lejos ondulando en la brisa; mientras la nota quejumbrosa de la perdiz, que abundaba en todas direcciones, trinaba y formaba parte de la armonía rural del final del día.

Muchas fueron las víctimas que se ordenaron sacrificar

Digitized by Google

para proveer la cena. Una ternera gorda fué matada para asarla con cuero; se sacrificaron tres pollos para la olla y el asador; tres yuntas de pichones recién emplumados fueron destinados a la cacerola; un cordero mamón fué atado a la estaca. "Y ahora, dijo el hijo de Candioti, vamos a agarrar unas perdices". Habéis oído que las perdices se cazan con perdigones, pero quizás no sospecháis cómo se agarran en aquellos países. Caminamos unas quinientas yardas desde la casa, seguidos por dos gauchos a caballo. Cada uno tenía en sus manos un rebenque. Luego vimos veintenas de perdices atisbando con sus cabecitas por encima del pasto. Los gauchos se dirigieron al primer par que vieron, e, inclinándose hasta la mitad del costado del caballo, comenzaron a describir (con sus rebenques también) un gran círculo alrededor de las aves, mientras éstas, con ojos ansiosos, seguían el movimiento. Gradualmente el mágico círculo se estrechaba y las perdices encantadas se asustaban más y más de intentar escaparse. Quedaron estupefactas, y los peones, acercándose a ellas, con un súbito y diestro golpe de rebenque les dieron en la cabeza. Las pequeñas inocentes fueron entonces, nometidas en el morral (porque los gauchos no tienen tal chisme de caza), sino colgadas, una por una, de un tiento; luego de tomar así seis yuntas, aproximadamente en quince minutos, retornamos a las casas. ¡Pobres perdices! Habían hallado la muerte, no por los medios legítimos de pólvora y plomo, sino que fulminadas por mágico hechizo, fueron derribadas por el golpe inesperado de rebenque gauchesco.

En Inglaterra la carne de vaca o carnero debe guardarse una semana, y diez días la de caza, antes de comerla. No es así en Sud América, pues las perdices tomadas diez minutos antes, la ternera, los pollos y pichones, que habían dicho adiós al mundo aquella misma tarde, estaban todos y de distintos modos cocinándose; se participó de ellos dos horas después y los encontramos delicados, tiernos, excelentes. No sé cómo es esto; pero es así.

Una mesa de pino fué cubierta con un espléndido mantel bordado; la mayor parte de los útiles de comer eran de plata; agua cristalina brillaba en una garrafa de cristal; vino, sandías, duraznos, miel y cigarros estaban en una mesa contigua; y después de un refrigerio de dos horas, me estiré sobre el lujoso lecho, aunque sin cortinas, y dormí profundamente hasta la madrugada.

No debéis, sin embargo, abrigar idea de que estábamos sentados en nada parecido a comedor inglés. El piso de nuestra habitación era de barro y también los muros. La paja del techo era bien visible. Aquí, en un rincón, estaba mi cama, y allí, en otro, desparramados, los engorrosos aperos de tres o cuatro caballos. Dos tinajones contenían agua, y los criados cobrizos que nos servían, semidesnudos, con candor indio. No habíamos cambiado cuchillos, platos, ni tenedores. Candioti, su capataz principal y el cura de la capilla vecina comieron del mismo plato. Los asientos eran sillas anticuadas de vaqueta con respaldo de cinco pies desde el suelo. La puerta permanecía abierta y en sus cercanías estaban media docena de caballos ensillados atados al palenque. No había cuadros que adornaran las paredes ni ventanas con vidrieras, ni siquiera postigos para protegerlas.

Todo a nuestro derredor, inclusive el sabroso y abundante

Digitized by Google

festín, demostraba que cenábamos con un jefe nómade. Su bien venida era primitiva y cordial; su riqueza consistía en ganados y rebaños, y los arreglos domésticos eran rudos y sencillos como los hábitos del señor. Todo evidenciaba la distancia a que nos encontrábamos del lujo y refinamiento modernos. La jofaina en que, como los judíos, nos lavamos las manos después de comer, fué pasada por una china sirviente; y un mulato alto, llevando afuera mis botas, sacó con un palo la arcilla que tenían adherida, y las puso junto a mi cama, a guisa de prevención de que era todo cuanto podía esperar en punto de limpieza. Apenas empezaba a aclarar el día, mate y cigarro me fueron traídos por el joven Candioti, los aperos fueron sacados y puestos sobre el lomo de varios caballos magníficos que estaban ya prontos a la puerta para ser ensillados; y en diez minutos, Candioti, su capataz, mi sirviente y ocho peones, seguidos por seis perros grandes, estuvieron montados y listos para recorrer toda la estancia, a fin de que viera algo de la manera de administrarla y tuviese una idea de la extensión de su superficie.

Partimos, como otros tantos árabes, con nuestros ánimos entusiasmándose a medida que los caballos se excitaban. La perdiz se remontaba zumbando debajo de nuestros pies; el venado y la gama saltaban delante de nosotros; el chillón teru teru, o ave fría cornada, volaba a nuestro derredor; el avestruz arrancaba de su nidada y con musculosos miembros y alas abiertas desafiaba la velocidad del caballo.

Se levantó la perdiz grande (1) y aquí comenzó el deporte del día. Tan pronto como esta magnífica pieza hubo iniciado su vuelo perpendicular, el joven Candioti y todos los peones de su séquito metieron espuelas a sus caballos, se inclinaron sobre sus pescuezos, azuzaron a los perros, y me dijo: "Vamos, señor don Juan atrás de la perdiz". Los caballos seguían el vuelo de la perdíz, y casi a la misma velocidad; los perros, con ruidosa algarabía, seguían a los caballos; cada hombre se golpeaba la boca con rápido y reiterado movimiento, hasta que el cielo repicaba con

(1) La perdiz grande de la América del Sur, es del tamaño de una gallina gorda de puerta de granero. Cuando se levanta esta perdiz toma un vuelo perpendicular de unas cuarenta yardas, y luego se lanza como saeta con prodigiosa velocidad en dirección recta horizontal. Cuando la voltean en esta última dirección del volido (y ningún cazador intentará tirarle hasta no tenerla así delante de él), cae con impulsión tan precipitada que la hace rebotar algo distante del sitio en que primero toca tierra. De toda caza con escopeta que yo haya visto, tetrao—becasina—faisán—perdiz—becasa—perdiz de la nieve—no hay ninguna igual, en placer y excitación, a la gran perdiz sudamericana. Le dicen *par excellence*, "perdiz grande". Su tufo es tan penetrante que, al momento que el perro lo sentía, la agitación de su cuerpo era casi histérica. El ave que embiste, si está echada, se levantará, corre con rapidez prodigiosa, como perro inglés cuando olfatea una bandada, se para y se echa en el suelo, jamás lograréis hacer un tiro. El ave se escabulle al momento que sus oídos agudos o su instinto natural le han dicho que sus enemigos están cerca; no huye volando; pero emprende una carrera que comienza en desconfianza y miedo y termina en absoluta precipitación. De modo que para tener alguna probabilidad de tirarle, estáis obligado a animar el perro al ataque, seguir vos mismo la caza con ardor no interrumpido, y pagar, con satisfacción palpitante, después quizá de diez minutos de correr, por la hazaña de voltear, en todo su irresistible volido, la espléndida presa que habéis perseguido tan falto de respiración. Embarqué cuatro de estas aves con la esperanza de importar la cría a este país; pero decayeron cuando llegaron a clima frío, no obstante todas las precauciones, en mal estado de salud, y murieron en el Canal. Aún pienso que podrían importarse, y que sería una grande adquisición para el cazador inglés.

Digitized by Google

el estrépito de los gritos de jinetes y perros. No se necesitaba cuerno de caza; hubiera sido ahogado en el fuerte aunque no inarmónico concierto de nuestra cuadrilla de caza. A paso más ligero del que yo nunca había seguido al zorro, seguimos la perdiz grande. Los ojos de águila de los gauchos y perseguidores no la perdieron de vista hasta que, después de un vuelo aproximado de tres minutos, la "apuntaron" abajo. Al sitio señalado llegaron los caballos y perros palpitantes. Al momento percibieron el tufo las narices de los perros ya impacientes. La perdíz corría. Sus perseguidores seguían su rápida carrera con la seguridad del instinto y mientras hacían ésto los jinetes iban al trote corto. Por decirlo así, era el punto culminante de la cacería; y como, a cada momento se esperaba que el ave volase y los perros llevaran de cerca y más estrechamente el rastro, la emoción se hacía extrema.

Los sabuesos estaban en una agitación indescriptible; los peones, Candioti y yo, no respirábamos. Finalmente, voló la asustada, impulsiva y perseguida perdiz. Su segundo volido fué más corto y débil que el primero; más animada se hizo la persecución de los cazadores y perros. Otra vez la siguieron y, vuelta a encontrar, la perdiz tomó su más corto y último vuelo; y luego, como ciervo lacrimoso, imposibilitada de ir más lejos, se entregó en manos de sus perseguidores. La levantamos vencida por la fatiga y temblando de miedo; pero, estando como otros cazadores, demasiado atentos a nuestro propio placer para preocuparnos del dolor de la víctima, fuimos inmediatamente consolados y complacidos con ver el objeto de nuestra persecución, ansiedad y recreo, zangoloteando de un tiento en los bastos de uno de los gauchos. Habíamos tomado tres yuntas cuando, levantándose un avestruz delante de nosotros, Candioti dió el grito de guerra a sus compañeros gauchos y a mí la entonces bien conocida prevención de: "Vamos, señor don Juan". Partieron o, más bien, volaron los gauchos: mi caballo se abalanzó en su compañía, y estuvimos luego, en vez de rastreando una presa invisible en el pasto tupido, en plena gritería, en seguimiento del ligero, visible y vigoroso avestruz. Con el copete parado y mirada colérica, destacándose de todo el herbaje, nuestra pieza nos huía con auxilio combinado de alas y patas, a razón de diez y seis millas por hora.

La persecución duraba la mitad de ese tiempo, cuando un peón indio, adelantándose a la cerrada falange de sus competidores montados, revoleó las bolas (1) con admirable gracia y destreza encima de su cabeza, y con mortal puntería las arrojó al semicorredor, semivolador y ahora malhadado avestruz. Irreparablemente enredado cayó el ave gigante, rodando, agitándose, jadeando; y siendo en un instante despachada, los cazadores le arrancaron las plumas, las fijaron en sus tiradores y abandonaron la estropeada res muerta, en la llanura,, para alimento de las aves de rapiña que ya estaban atisbando por los alrededores.

Después encontramos una manada inmensa de caballos salvajes, y el joven Candioti me dijo: "Ahora, señor don Juan, he

(1) Las bolas, después del lazo, son las armas más formidables del gaucho. Se componen de tres pesadas piedras esféricas, cada una de tamaño aproximado al de una naranja grande, retobadas en cuero, y aseguradas a tres lonjas torcidas, divergentes de un centro común. Estas cuando se tiran con puntería infalible, como casi invariablemente sucede, a las patas de un animal en toda la furia, se ciñen y enredan en ellas y lo voltean al suelo con terrible impulso. El gaucho entonces corre hacia el animal y lo asegura o mata.

Digitized by Google

de mostrarle nuestro modo de domar potros". Así diciendo, se dió orden de perseguir la manada; y otra vez los jinetes gauchos partieron como relámpagos y Candioti y yo los acompañamos. La manada se componía de más o menos dos mil caballos, relinchando y bufando, con orejas paradas, cola flotante y crines al viento. Huyeron asustados desde el momento que se apercibieron de que eran perseguidos. Los gauchos lanzaron su grito acostumbrado; los perros quedaron rezagados; y no fué antes de seguirlos a toda velocidad y sin interrupción en trayecto de cinco millas, que los dos peones que iban adelante lanzaron sus bolas al caballo que cada uno había cortado de la manada. Dos valientes potros cayeron al suelo, con horribles rodadas. La manada continuó su huída desesperada abandonando a sus dos compañeros caídos. Sobre éstos se precipitó todo el grupo de gauchos; fueron enlazados de las patas; un hombre sujetó la cabeza de cada caballo y otro el cuarto trasero; mientras, con singular rapidez y destreza, otros dos gauchos enriendaron y ensillaron a las caídas, trémulas y casi frenéticas víctimas. Hecho esto, los dos hombres que habían boleado los potros los montaron cuando todavía yacían en el suelo. En un momento, se aflojaron los lazos que los ligaban y al mismo tiempo una gritería de los circunstantes asustó de tal modo a los potros, que se pararon en cuatros patas, pero con gran sorpresa suya, cada uno con un jinete en el lomo, como remachado al recado, y sujetándolo mediante el nunca antes soñado bocado. Los animales dieron una voltereta simultánea sorprendente; se abalanzaron, manotearon y cocearon, luego salieron a todo correr y de vez en cuando, en medio de la furia, se sentaban con la cabeza entre los remos, tratando de arrojar a sus jinetes "¡qué esperanza!" Inmóviles se sentaban los dos tapes; se reían de los esfuerzos inútiles de los turbulentos y furiosos animales para desmontarlos; y en menos de una hora desde que fueron montados, era muy evidente quién iba a ser vencedor. Por más que los caballos hicieron lo peor que podían, los indios nunca perdieron la seguridad o la gracia en sostenerse; hasta que pasadas dos horas de los más violentos esfuerzos para librarse de su peso, los caballos estaban tan cansados que, empapados en sudor, con los flancos heridos de espuela y agitados ,y sus cabezas agachadas, se pararon juntos cinco minutos, palpitantes y confundidos. Pero no hicieron un solo esfuerzo para moverse. Entonces llegó el turno del gaucho para ejercer su autoridad más positiva. Hasta aquí había estado puramente a la defensiva.

Su objeto era solamente aguantarse y cansar el caballo. Ahora necesitaba moverlo en una dirección dada. El capricho, el zigzag a menudo interrumpido, había guiado su corrida. Tranquilos, los gauchos tomaban rumbo a un lugar determinado y los caballos avanzaban hacia allí; hasta que al fin de tres horas más o menos, los ya dominados animales se movían en línea casi recta y en compañía de los otros caballos, hacia el puesto a que nos dirigíamos. Cuando llegamos allí los dos potros que hacía muy poco tiempo habían sido tan libres como el viento, fueron atados al palenque del corral, esclavos del hombre dominador, y toda esperanza de emancipación había desaparecido.

En el puesto a que llegamos estaban marcando ganado. Como mil animales grandes y terneros se hallaban encerrados en un gran corral y cinco o seis peones con sus lazos los iban tumbando uno por uno. Al momento que el gaucho encargado de tener listas un par de marcas calientes al rojo, veía voltear un animal, allá corría

Digitized by Google

y estampaba indeleblemente en el cuarto trasero las iniciales F. C. que significaban Francisco Candioti. Desde entonces, dondequiera que fuera el animal marcado podía ser reclamado por sus dueños legítimos.

También su cuero, si fuese sacado por un ladrón o cuatrero, a menos que la marca original estuviera afianzada por la contramarca del vendedor, estaba sujeto a ser tomado "Vi et armis" por F. C. Cuando se venden ganados o caballos, en consecuencia, para legalizar la venta, o asegurar la posesión, la contramarca del vendedor debe añadirse a la líquida. Después de ésta, la marca del adquiriente es fijada sobre el animal; de modo que todo animal vendido en Sud América está sujeto por lo menos tres veces a la prueba de la marca. He visto los cuartos traseros de algunos de los más lindos caballos del país absolutamente deformados por el procedimiento cruel y a menudo repetido.

Cierta vez, un amigo mío compró un caballo en Buenos Aires, sin esta precaución; y cuando cabalgábamos una mañana, tres gauchos vigorosos se nos acercaron. Bruscamente empujaron a mi amigo fuera de la montura; reclamaron, y uno de ellos se apoderó del caballo, bajo pretexto que era de su marca. Mientras se alejaba al galope con animal, silla, riendas y todo, fué en vano que mi desmontado y desconcertado amigo gritase en su dialecto anglo-español: "Toma caballo but spera, spera the saddello". "Tome el caballo, pero deje, déjeme la montura". La silla valía cinco veces más que el caballo.

El puesto de que luego partimos estaba como a tres leguas de las casas de Candioti. De estos puestos tenía cinco en la estancia, cuya extensión era de treinta y seis leguas cuadradas; esto es, cuatro de frente por nueve de fondo. La cantidad de ganado manso era de veinticinco mil y del alzado seis u ocho mil, más o menos. Los caballos se computaban en cuarenta mil. El propietario podía matar del ganado manso la cuarta parte anualmente y todavía aumentaba su existencia. La manera de matar el ganado alzado es especial. Los animales se meten en los montes para dormir y en noches de luna, una cantidad de peones se les acercan tranquilamente cuando están echados en el pasto, los desnucan y abandonan hasta el día siguiente. Los peones entonces retornan, desuellan el animal y se llevan el sebo y cuero. En el tiempo de que hablo, éstos sólo tenían algún valor, y así se dejaba la osamenta en el sitio para ser devorada por aves de rapiña y perros cimarrones. De estos últimos siempre hay grandes manadas correteando los campos en busca de alimento, que generalmente consiguen en los montes o en la vecindad de los corrales.

Regresando a la casa del joven Candioti para comer participé una vez más de su hospitalidad abundante, y después de dormir siesta, para la que fué excelente preparación la comida y los fatigantes deportes del día, volví a seguir con el fresco de la tarde mi viaje al Paraguay.

Vuestro, etc.

J. P. R.

Digitized by Google

CARTA XX

Ruta de Santa Fe a Corrientes. — Los ríos Paraguay, Paraná y de la Plata. — Corrientes. — Hamacas. — Mujeres correntinas.

Londres, 1838.

Corrientes dista de Santa Fe ciento sesenta leguas y está en los 27° 30'.

Las chozas del correo, donde se mudan caballos, están a distancia de cinco leguas entre sí; las cabalgaduras son excelentes, las mudas se consiguen más expeditivamente que en la banda occidental del río, y muchas de las postas son estancias donde la comida es siempre abundante y la hospitalidad invariable. En toda la ruta de la Bajada a Corrientes hay solamente dos pequeñas villas—Goya y Santa Lucía—; una, considerable emporio de cueros, y la otra, pequeña misión de indios conteniendo alrededor de doscientos habitantes y dirigida por un cura y tres frailes. Entré a caballo en Corrientes, a mediodía del sexto después de mi salida de la Bajada. La ciudad está bellamente situada en la misma confluencia de los ríos Paraná y Paraguay, que son allí magníficos.

El primero, teniendo su origen en la parte sur de la provincia brasileña de Goyaz, corre desde los L. S. 18°, aumentado todavía en su curso por numerosos afluentes. No es interrumpido para la navegación por ningún obstáculo, exceptuando aquel formidable llamado Salto Grande que en L. S. 24°, con ruido y estrépito que se oyen a muchas millas, rompe su espumante masa de agua sobre rocas, precipicios y abismos estupendos. Volviendo luego a tomar su plácida corriente, el ancho y cristalino Paraná, con grandes bosques en ambas márgenes y navegable para pequeñas embarcaciones, lleva sus aguas saludables impregnadas de zarzaparrilla, hasta que en Corrientes se confunde con el río Paraguay. De este punto, los dos unidos, siguen bajo el nombre de Paraná, siendo el último algunas veces, aunque erróneamente abajo de éste, considerado como la corriente principal. El Paraná descarga en el Río de la Plata por varias bocas; por la del Paraná Guazú, paraje en que también entran las aguas del Uruguay; del Paraná Miní más abajo; y del Paraná de las Palmas, todavía más cerca de Buenos Aires. Formado de este modo, el poderoso Río de la Plata derrama sus aguas acumuladas en el Atlántico; y aunque su boca, comprendida entre los cabos de Santa María y San Antonio, es de ciento cincuenta millas de ancho, no hace más que corresponder a la magnitud de la navegación interior.

Desde su fuente en Matto Grosso, L. S. 14° hasta su confluencia con el Paraná, en Corrientes, el río Paraguay ha corrido ya 1.200 millas.

De Corrientes a Buenos Aires la distancia recorrida por estos dos ríos bajo el nombre de Paraná es de setecientas cincuenta millas, mientras desde Buenos Aires a los cabos Santa María y San Antonio las aguas combinadas del Paraguay, Paraná y Uruguay unidas con el nombre de Río de la Plata, recorren además la distancia de doscientas millas, haciendo un curso total de 2.100 millas incluyendo las vueltas, que frecuentemente son de naturaleza violentísima.

De este inmenso camino acuático, 1.500 millas son navegables con barcos de diez pies de calado. El río es abundante en peces

Digitized by Google

desde su boca hasta su origen. El pejerrey, el dorado, el armado, el pacú (variedad de rodaballo), y muchos otros, se encuentran en él; sus riberas en su mayor parte están tachonadas magníficamente con bosques; sus variadas islas son adornadas con bellos arbustos, siempreviva, enredaderas, etc. Los bosques abundan en caza y los campos adyacentes rebosan de ganado. Las aguas son sumamente saludables; el suelo, en toda la extensión de sus orillas, con excepción del Gran Chaco, es rico y fértil en sumo grado; pero, no obstante estas ventajas; no obstante que el país ha estado trescientos años en posesión de una civilizada nación europea; después de haber galopado doscientas ochenta leguas no vi más de cuatro o cinco pequeñas ciudades, no más que igual número de barcos fueron observados en mi ruta, mientras, cada quince millas de distancia, una mísera choza con media docena de moradores interrumpía la monotonía del paisaje. De este cargo se puede exceptuar, como oasis en el desierto, la distracción proporcionada por mi día de buena vida y deporte rural, en la estancia de Candioti. El secreto de todo el silencio, soledad y abandono de la naturaleza, que vi y lamenté, ha de atribuirse, sin duda, a los medios inadecuados hasta aquí empleados para proveer siquiera la apariencia de población necesaria para cubrir un país de tan vasta fertilidd y extensión.

Cuando llegué a Corrientes, a mediodía, que allí es hora de comer, fuí a casa de M. Perichon, francés para quien tenía carta de recomendación de su hermana madama O'Gorman, la favorita del virrey Liniers.

Sabía que la dama había conseguido para su hermano el nombramiento de Director de Correos de la Provincia, y que él era, en tal calidad, un personaje en Corrientes. Con excepción, sin embargo, de la enorme cantidad de rapé derramado sobre el labio superior del Director de Correos, que daba un tinte barcino a esa parte del rostro, unido a vestigios de cortesía parisiense, nada pude descubrir que lo diferenciase de los correntinos. Cuando mi comitiva viajera formó frente a su casa y le entregué las credenciales de su hermana, fuí recibido con la mayor cordialidad. Como cosa natural, la casa de M. Perichon se convirtió en mía durante mi permanencia.

A mi arribo, el calor era insoportable. No se veía un alma en las calles de arena suelta y ardiente. Las vacas que vagaban por esas calles mañana y tarde, se derretían bajo los árboles, o procuraban guarecerse de los rayos del sol a la sombra de los altos cercos de espinosas tunas que circundan los grandes patios y corrales contiguos a las casas. Las gallinas y otras tribus aladas estaban palpitantes entre las ramas. Hasta el zumbante mosquito guardaba silencio; y el único dueño del aire que andaba afuera era la inquieta mariposa. Yo estaba casi muerto de sed y calor, y cubierto de polvo de pies a cabeza. Los caballos, cuando nos apeamos, agacharon sus cabezas, bañados en sudor. Respiraban fuerte y rápidamente, mostrando todos los síntomas del completo agotamiento.

Las casas de Corrientes (especialmente las mejores) son construídas con altos y espaciosos corredores y sobre una elevación considerable. Los habitantes obtienen de este modo sombra y aire; y no se puede llevar la persuasión del convencimiento a quienes no han vivido en climas ardientes sobre lo que importan estos detalles. Pero estos lujos pueden disfrutarse en verano solamente muy temprano por la mañana y después de las horas de siesta

Digitized by Google

por la tarde. Desde las diez hasta las cinco las casas se mantienen cerradas lo más posible para evitar el aire caliente y resolana que entonces prevalecen. Así se consigue pequeño alivio del intenso calor en esa parte del día. La familia, en sus horas de retiro, arroja de sí toda impedimenta respecto a vestidos, y todo esfuerzo en cuanto a trabajo. No esperando visitas y no siendo de cumplimiento si vienen, los moradores de la casa se quitan la ropa exterior y las mujeres andan en camisa y enaguas con pañuelo al pescuezo, y los hombres con camisa desabrochada en el pecho y pantalones, estando las mangas de la primera arrolladas hasta los codos. Se columpian en hamacas, caminan indolentemente o se abanican con pantallas de paja.

En casa del Director de Correos encontré los moradores enclaustrados conforme a esta moda; y la gran habitación en que estaban por sentarse a la mesa para comer tenía para mí, que había recién salido de los ígneos rayos del sol, toda la apariencia de total obscuridad. Pero habiéndose abierto un poco la gran puerta de dos hojas que daba al patio sombreado con naranjos, mis ojos recobraron la visión; y allí encontraron un círculo doméstico de, para mí, verdaderamente aspecto primitivo. M. Perichon, que había entrado antes que yo, leía mi carta con un chico medio desnudo en cada brazo. En el estrado o parte levantada del piso cubierta con estera, se sentaban tres damas, que después supe eran su esposa y dos cuñadas, una casada y otra soltera. Con un niño en sus brazos, el cuñado de Perichon, notablemente gigantesca y linda figura, se paseaba por el cuarto. Una mulata esclava, de bellas formas y facciones, estaba meciendo la cuna en que lloraba un niño; y otras tres esclavas traían la comida poniéndola sobre una pesada mesa de madera tosca, cubierta, sin embargo, con rica tela de algodón hecha en el país. Un tinajón de agua y abundantes arreos de caballo, estaban en un rincón; muchos mates, una botella de caña y vasos para vino, en mesa lateral; todos habían estado fumando y todos estaban en "deshabillé" familiar. Fuí, una vez más, cordialmente agasajado por M. Perichon, y por las damas con una profusión de cumplimientos de que no entendí la mitad. Porque aquí el lenguaje de los aborígenes, o guaraní, ha hecho inútil, en gran proporción, el español; y exceptuando la mejor clase de hombres, pocos se expresan en castellano con fluidez y corrección. Las mujeres, casi invariablemente, lo hablan con dificultad y disgusto, prefiriendo mucho el idioma guaraní, en que son muy elocuentes.

Es acompañado, sin embargo, por una tonada y retintín que de todo tiene menos de musical.

La comida se demoró un poco; me refresqué con copiosas abluciones y libaciones y me senté para la usual suntuosa y abundante comida completamente "en famille". La costumbre en Corrientes es desvestirse, en vez de vestirse para comer, y si cualquiera desea saber cuánto sea mejor la transgresión que la observancia de esta etiqueta europea, que vaya a un país en los 26 grados de latitud y se siente a comer en un mediodía de verano.

Después de comer siguió la siesta que, en vez de dormirse aquí, como en Santa Fe y Buenos Aires, sobre el lecho, se disfruta en una magnífica hamaca. Esta hamaca es tejida con algodón fino; tiene ocho pies de largo, cinco de ancho y en el medio está hecha con puntadas tan grandes que deja pasar el aire por todas las aberturas. Es magníficamente ribeteada en todos los bordes y se cuelga esquinada en la habitación. Una cuerda flexible se toma en la mano y tirándola, uno se puede columpiar en el ángulo que más le

Digitized by Google

agrade. Pronto os dormís y os sumís en el olvido de la atmósfera fundente que se respira. Luego, cuando despertáis, viene el cigarro y el mate o el café. Se os alcanzan cuando estáis todavía en la hamaca, por una doméstica. Las mulatas esclavas son especialmente hermosas en Corrientes; su vestido es blanco como la nieve, sencillo como sus costumbres, y después de proveer a la decencia, es aireado y liviano, de acuerdo con las exigencias del clima. El busto se cubre simplemente con camisa; y los contornos sin ayuda de sostenes, se acusan atando sencillamente la camisa a la cintura con cinta de vivos colores. Las esclavas y la clase baja de mujeres blancas van invariablemente descalzas; conservan sus pequeños pies y tobillos escrupulosamente limpios; y en este procedimiento las ayuda materialmente el suelo arenoso de su tierra natal, y los manantiales y arroyos que la interceptan. Los bien torneados brazos se dejan desnudos casi desde el hombro y el largo cabello negro se trenza y recoge atrás con una peineta. Este es el vestido de casa. Cuando las mujeres salen, agregan una manta, también de tela blanca de algodón que, prendida al peinado en la corona de la cabeza, se cruza en el pecho y cuelga en pliegues sobre el cuerpo.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXI

Al señor J. G.

Entrada en el Paraguay. — Aspecto del país. — Hospitalidad paraguaya. — Don Andrés Gómez. — El sargento escocés. — El rancho de Leonardo Vera.

Londres, 1838.

Después de haber recibido tanta hospitalidad de los habitantes de Corrientes como me habían prodigado los de Santa Fe, me despedí de la familia Perichon y todo el "posse comitatus" de sus amigos laicos y clérigos. Crucé aquella tarde el Paraná por el Paso del Rey; dormí en Curupaití, y, la mañana siguiente temprano, entré en la villa de Ñeembucú. Allí fuí recibido por el comandante y el cura con la hospitalidad usual. Ambos se hicieron después mis amigos íntimos; y algunas muestras de la correspondencia del primero que conservamos, son tan originales modelos de estilo epistolar a su manera, que merecen imprimirse.

Ñeembucú es la primera población o comandancia del Paraguay a que se llega por el camino que yo recorría. Me hallaba ahora en el país propiamente así llamado, limitado por el río Paraguay a un lado y por el Paraná al otro. A medida que avanzaba hacia Asunción, orillando el territorio de las Misiones, hasta pasar el río Tebicuary, en L. S. 26° 30', pronto me apercibí de la diferencia saltante entre el aspecto del país que me rodeaba y el de cualquiera otra porción del hasta entonces recorrido.

La pampa abierta substituída por el bosque umbroso; los pastizales, protegidos por árboles y regados por numerosas corrientes de agua, en la mayor parte de los lugares, intensamente verdes; la palmera frecuente ocupante del llano, los collados y lomas, contrastaban hermosamente con el valle y el lago. Boscosos desde la base a la cima, esos collados y lomas ostentaban ahora el magní-

Digitized by Google

fico árbol de la selva y luego el menos pretensioso arbusto, el limonero y el naranjo, cargados a la vez de azahares y fruta. La higuera extendía su ancha hoja obscura y brindaba al pasajero su fruta deliciosa sin dinero y sin precio, mientras las plantas parásitas prestaban toda su variedad de hojas y flores para adornar el paisaje. Pendiente de las ramas de muchos árboles se veía, o más bien dicho se denunciaba distintamente por su fragancia, la flor del aire. Las ardillas saltaban y los monos chirriaban entre los gajos; el loro y la cotorra, la pava del monte, el moigtú, el tucán, el picaflor, el guacamayo y otros innumerables pájaros descriptos por Azara, habitaban, con toda su pomposa variedad de plumaje, en los bosques por donde cabalgaba.

Hay un noble palmípedo que los habita, que nunca vi sino en las lagunas o sus orillas. Es el pato real, casi del tamaño del ganso, pero de rico y variado plumaje. Las lagunas están cubiertas de aves silvestres; los esteros de gallinetas y chorlos. En los terrenos pastosos se encuentra la perdiz grande y en los cercados con cultivo, en grande abundancia, la chica.

Al proseguir mi marcha a través de un país tan realmente favorecido y tan sumamente engalanado por la Naturaleza, me alegraba encontrar muchos más signos de cultivo e industria que los que se hallaban en las sendas solitarias por donde hasta allí había apresurado mi monótono camino. Ranchitos blanqueados asomaban a menudo entre los árboles, y a su derredor, considerables extensiones con plantas de algodonero, mandioca y tabaco. Maíz y caña dulce se veían también frecuentemente en las inmediaciones de granjas con mejor aspecto que los ranchos; y abundancia de monte y tunas. Los campos cultivados, así como los potreros, están invariablemente bien cercados con las últimas.

Me sorprendió mucho la extraña ingenuidad y urbanidad de los habitantes. En el primer rancho donde paré para pasar la noche (y fué uno de la mejor clase), pedí, cuando bajé del caballo, un poco de agua. Me fué traída en un porrón por el dueño de casa, que se mantuvo en la actitud más respetuosa, sombrero en mano, mientras yo bebía. Fué en vano pedirle que se cubriese; no quiso escuchar mis súplicas; y vi, en el curso de la tarde, que sus hijos varones estaban acostumbrados a guardar igual respeto. Las hijas respetuosamente cruzaban los brazos sobre el pecho cuando servían de comer o beber a sus padres o a los extraños.

Aquí, como en Corrientes, en la clase a que mi hospitalario casero pertenecía, el castellano se hablaba poco y de mala gana por los hombres, y por las mujeres nada. Era casi dominado por el guaraní. La mayor parte de las últimas se avergonzaban de mostrar su deficiente español, mientras los primeros demostraban gran aversión a expresar inadecuada y toscamente en aquel idioma lo que podían hacer con tanta fluidez y aun retóricamente en el propio. Como todas las lenguas primitivas, el guaraní admite gran cantidad de giros metafóricos.

Afortunadamente tenía conmigo a la sazón un caballero joven, llamado Gómez, a quien en Buenos Aires había nombrado sobrecargo de mi barco, y que después de una navegación cansadora de dos meses se me había incorporado en Corrientes. De allí venía en calidad de compañero de viaje, intérprete y guía. Era natural de Asunción; de buena familia, educado y completamente versado en español y guaraní, conocía las costumbres y

Digitized by Google

maneras de sus paisanos y, en consecuencia, bien calificado para guiarme en una tierra remota, digna ciertamente de observación, pero hasta aquí (me refiero al tiempo de mi primera visita) no explorada por ningún súbdito británico. He de exceptuar, por cierto, el sargento escocés, que, habiendo desertado del ejército del general (hoy lord) Beresford, había olvidado, cuando por primera vez lo vi, su idioma nativo. Nunca pudo aprender castellano ni guaraní; así es que compuso en su pobre cabeza y articulaba tartamudeando, una jerga de cuatro idiomas (inglés, escocés, castellano y guaraní), y era casi inteligible, después de frecuentes repeticiones, tartamudeos, circunloquios y aclaraciones.

Volviendo al rancho que entonces habitaba, os haré su descripción y la de sus moradores y os dejaré "ex uno discere omnes".

Los paraguayos son llenos de urbanidad, y la siguiente anécdota algo ilustrará esta afirmación.

Tienen, naturalmente, gran prevención contra el inglés, como nación, no solamente por ser "herejes", sino por haber sitiado Montevideo, donde gran parte de la guarnición se componía de tropas paraguayas. El bondadoso huésped, por quien fuí tan respetuosamente hospedado, que había pertenecido al destacamento paraguayo defensor de aquella fortaleza, sabiendo que yo era inglés y deseando que su familia lo supiera, y, sin embargo, no queriendo que yo sospechase que hablaba de mí, lo hizo en la siguiente forma: En guaraní no hay una palabra para decir inglés, y los que hablan ese idioma lo expresan en español. Ahora, mi huésped se daba cuenta que si usaba aquel término, yo necesariamente comprendería que hablaba de mí. Por consiguiente, dijo a los que le rodeaban, en guaraní (evitando pronunciar la palabra inglés) que yo era paisano de los que tiraron balas en Montevideo. Esto lo supe después por Gómez.

Había llamado mi atención, al acercarme, una singular construcción levantada muy cerca del rancho. Cuatro palmeras de quince pies de altura estaban enterradas como postes, con intervalos que constituían un cuadro de veinte pies. Entre cada palmera había un poste intermedio de igual altura, sosteniendo vigas que formaban el entramado del techo. Sobre éste estaban extendidas esteras toscas de manufactura india. La ramada tenía aspecto de alto proscenio accesible desde el suelo por una larga escalera portátil. Cenamos copiosamente, leche, mandioca, miel y un borrego asado entero. Inmediatamente después de cenar, toda la numerosa familia de nuestro huésped vino a él y, juntando las manos en actitud de plegaria, dijeron en guaraní: "La bendición, mi padre". El viejo movió su mano trazando en el aire una cruz y dijo a cada uno de su prole, sucesivamente: "Dios lo bendiga, mi hijo" o "mi hija", según el caso. Tenía una familia de nueve, de quienes el mayor, bella joven, rubia como europea, sería de veintidos años; y el menor, un gauchito paraguayo de ocho.

Después hicieron lo mismo con la madre, y recibieron de ella igual bendición.

Grande fué mi deleite al ver realizar, por hijos del tiempo moderno, este patriarcal homenaje a sus padres: y no menor fué mi sorpresa, cuando, inmediatamente después, los vi subiendo la escalera uno por uno hasta encima de la ramada, y allí, después de aflojar sus escasas vestiduras, acostarse a dormir. Gómez me dijo dormiríamos allí también, para evitar los mosquitos, y, tan pronto

Digitized by Google

como me informó que nunca suben a la altura de la ramada, trepé con presteza no concebible fácilmente sino por quienes han sido mártires de las ampollas y zumbidos atormentadores de esos insaciables insectos. Mientras estuvimos sentados a la puerta del rancho, no habíamos sufrido poco de sus picaduras y sido fastidiados por su constante y molesto susurro alrededor de nuestros oídos. "¡Mirabile dictus!" Tan pronto como alcancé la envidiable eminencia, donde ahora, extendida en profundo sueño, yacía la familia del buen hombre, ni un solo mosquito o insecto de cualquier clase se sintió. Arriba vino Gómez, arriba vinieron el huésped y su esposa; arriba vinieron los tres peones; y, finalmente, arriba vino la escalera. Los caballos que se necesitaban para la mañana, atados a soga, pastaban cerca del rancho; el ganado en el corral y las ovejas en el chiquero; los gallos y gallinas en sus pértigas; los perros echados, como muchos serenos, dormidos, pero no como éstos alerta; no había ladrones afuera, sino uno o dos jaguares sin bastante audacia para acercarse a esta colonia familiar; y al punto que la media luna empezó a derramar sus lánguidos pero acariciadores rayos sobre los árboles, y las estrellas a lucir, toda la familia—esposa, hijos, extraños, sirvientes, ganados, perros y aves, del rural y realmente patriarcal rústico paraguayo, se sumergió en el sueño, bajo la bóveda azul del cielo. La buena compañía así extendida debajo de la pálida luna, consistía en hijos del paraguayo, en número de nueve, de su padre y madre dos, de Gómez, yo, sirviente y postillón cuatro, y de los peones tres, en total diez y ocho, acomodados sin auxilio de lecho o ropa de cama en doce yardas en cuadro entramado, cubierto con estera, y a la altura de quince pies sobre el nivel del suelo. ¡Pensar solamente de gente que duerma así en la casa de campo de un caballero en Inglaterra!

La primera clarinada del gallo fué señal para un restregamiento general de ojos y cambiar de lado. No hubo estiramientos de brazos, por "un poco más sueño y un poco más descanso". La familia había ido a dormir a las ocho y ahora se levantaba a las cinco. No hubo preparativos para lavarse a esa hora; esto se hacía en el arroyo, cinco horas después. Abajo fué la escalera, abajo los ya sin pereza miembros de la familia; y los extraños también; mugiendo del corral salió el ganado, y balando de su chiquero los ovinos; los gallos cantaban, los perros retozaban, las jóvenes fueron a ordeñar las vacas, los jóvenes a ensillar los caballos, y Gómez y yo, con nuestro sirviente y postillón, a poner en orden nuestro equipaje. En un momento la escena del más profundo reposo se convirtió en el más agitado bullicio y actividad rural. Tomamos mate, un jarro de leche recién ordeñada y un cigarro, y, en menos de media hora, estábamos nuevamente en ruta para Asunción. Previamente, dimos cordial y grato adiós a nuestro huésped ejemplar. No habíamos nunca conocido al hombre; él no sabía de mí sino que pertenecía a la nación hostil que pocos años antes había invadido su país, y, sin embargo, me albergó con mi séquito, sometido a los principios de la hospitalidad a mano abierta que, desdeñando la idea de recompensa, se satisfacía únicamente con dar a sus huéspedes la respetuosa atención personal suya y de sus hijos. Ni es éste un caso aislado. Me sucedió lo mismo en todo el país y al mismo tiempo que no puedo menos, en justicia a sus habitantes de corazón sencillo, de constatar este hecho general, puedo todavía menos, en honor del huésped particular de quien ahora me había

Digitized by Google

apartado, dejar de mencionar su nombre. Llamábase Leonardo Vera.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXII

Al señor J. G.

Las hormigas y sus tacurús. — Proximidad a Asunción. — Llegada.— El doctor Vargas.

Londres, 1838.

Viajando para Asunción, una mañana salimos del bosque a un extenso palmar. Me sorprendió mucho observar que, entremezcladas con las palmeras y casi en igual número, se levantaban miles de masas cónicas de tierra, hasta altura de ocho o diez pies y con base de casi cinco en diámetro. Mi sorpresa aumentó cuando, aproximándome a esas pirámides, encontré que no solamente estaban habitadas por miriadas de hormiguitas blancas, sino que eran obra colosal de estos diminutos insectos. Apeándome para investigar la economía de tan vastas y curiosas repúblicas, primero intenté cerciorarme de la clase de material con que construían sus templos babilónicos. Eran impermeables a las más copiosas lluvias y nada podía con ellos el huracán más violento. Parecía que nunca los hubiera penetrado la lluvia ni el rayo fulminado. Sin embargo, eran montones de arcilla. Con mi cuchillo gaucho, intenté cavar uno de ellos. Lo mismo habría intentado introducirlo en pedernal. Mi compañero Gómez, queriendo sorprenderme, no me dijo palabra, y en mi apresuramiento de cerciorarme por mí mismo de la naturaleza de tan curioso fenómeno, no le había hecho ninguna pregunta. Pero cuando intenté cavar la masa impenetrable, sonrió y dijo: "Señor Robertson, es de balde". Luego prosiguió diciéndome que aquellos obeliscos habían estado allí desde tiempo inmemorial y que en cuanto a él u otro sabían, serían antediluvianos. Aun no siendo anticuario o geólogo, esta historia me incitó a examinar más de cerca la estructura de estos venerables montículos; y cuanto de más cerca los examinaba, mayor era mi asombro. En el vértice del cono había un recipiente oval del que se desprendían unos treinta acueductos, con objeto evidente de extraer el agua que cayese sobre la construcción. Entre aquellos conductores, de la base a la cima de la estructura, había innumerables perforaciones. Se derramaban por ellas en un lado y entraban por otro miriadas de atareadas hormigas. Las que entraban iban todas cargadas hasta el tope con pesadas cargas de hojas, pasto y semillas; las que salían se apresuraban en busca del mismo material que, en una excursión previa, habían depositado en el gran emporio común de la riqueza pública dentro de la construcción. Ninguna vacilación en el camino, ninguna intermitencia en el trabajo embarazaban a un solo miembro de la comunidad. A veces una enorme carga de paja o parte de una hoja de palmera caía del lomo de su portador; pero al momento era vuelto a colocar por media docena de trabajadores salientes y descargados. El robusto portador entonces proseguía como antes a su lugar de destino, bamboleándose bajo el pesado montón que apretaba sobre los hombros.

En seguida procedí a escudriñar varias sendas que conducían

Digitized by Google

a las torres de arcilla. Estas sendas se interceptaban y literalmente dividían el campo. Estaban atestadas con multitudes yendo y viniendo, y en cada individuo, la única ansiedad predominante parecía ser *la prisa*. Pero sus excursiones no se limitaban al suelo. Todas las palmeras estaban señaladas en media docena de lugares con sus huellas, y las frutas como las hojas de las magníficas plantas (que no se consiguen hasta no alcanzar sus copas) eran elementos visibles del tráfico de los atareados habitantes de las pirámides que abajo había.

Azara ha mencionado, en su obra sobre el Paraguay, que encontró masas de tierra semejantes levantadas por las hormigas, pero tan blandas que su caballo, habiendo tropezado desprevenido con una de ellas (naturalmente debe haber sido de noche), no solamente demolió el tucurú, pero hundió los remos delanteros en el abismo subterráneo. Viajaba, sin embargo, por la costa y por terrenos pantanosos. Yo estaba bastante apartado de la costa y rodeado de un terreno en que la arcilla es muy notable por su dureza y consistencia. Las hormigas, conociendo instintivamente estar sujetas a inclemencias del tiempo, también instintivamente eligen, para hacer su morada, la arcilla más dura e impenetrable que encuentren en la vecindad inmediata. No solamente esto, sino que, como diestros maestros albañiles, mezclan la arcilla con millones de fragmentos de hojas de palmera, para forjar aquella duradera e impenetrable masa de que he hablado. Que cualquiera examine la consistencia del nido de golondrina—la curiosa, complicada y elegante obra del hornero—y aludiendo a la vez a la habitación de la golondrina, del hornero y de la hormiga, exclamará con el sabio romano: "Deus anima brutorum".

Llegamos finalmente a las últimas cuatro leguas de Asunción, y en este punto de nuestra jornada avistamos el majestuoso Paraguay, revolviendo su argentina y dilatada corriente a través de la tierra que, juntamente, enriquece y engalana. De repente se cerró el campo abierto y seguimos nuestra ruta por un camino terraplenado de doce pies de altura. Estaba cubierto por bóveda vegetal que juntaba y retorcía sus ramas a uno y otro lado de la fresca y umbrosa senda. Abajo, en innumerables manantiales, a ambos lados del camino, borboteaban aguas cristalinas; ni un rayo de sol nos alcanzaba en nuestro retiro, y, como el ciervo palpitante, después de la furiosa persecución de los sabuesos, se regocija en el torrente, así gozábamos en la densa y refrescante sombra que nos proporcionaba el fresco y selvático pasaje por donde dirigíamos nuestra marcha a la capital. Todos los accesos (o pasos, como más correctamente podían llamarse) a Asunción, son de esta clase. Al principio fueron hechos con el fin de defenderse de las frecuentes y hostiles invasiones de los indios; y estos desfiladeros pueden ser protegidos fácilmente por hombres armados de mosquetes contra cualquier número de aborígenes. Habiendo desaparecido todo peligro de incursiones, los accesos a la ciudad sirven solamente como frescos y agradables caminos para entrar los viajeros, o para que los habitantes rurales conduzcan sus cargas de legumbres, frutas y carne, para proveer a la ciudad. De estos habitantes encontramos o alcanzamos cientos, principalmente mujeres. Algunos a pie, otros en asnos, algunos aprovechaban los caballos o mulas con canastas por delante, y los de condición superior usaban un tosco carro de caballo, que, con gran esfuerzo y después de muchas dilaciones, manejaban por los huellones de arena comunes para caminantes, jinetes y vehículos. Era algo más que pintoresco ver

Digitized by Google

la mujer elegante, ligeramente vestida, con su busto perfecto, brazos bien torneados, manos pequeñas, y más pequeños pies, enaguas cortas, tipoi bordado, cabello trenzado y ojos negros, caminando con destreza, sea con el cántaro de agua, mazo de tabaco, carga de sal o atado de mandioca sobre la cabeza. Vestida toda de blanco, se desliza como sílfide a través del verde follaje. Era espectáculo muy encantador.

Después de cabalgar por estos umbrosos callejones de doce millas, entré en Asunción con todo el entusiasmo del hombre llegado por primera vez a un país de tan manifiesta sencillez y felicidad árcade.

Las imágenes de mi fantasía, sin duda, fueron desmedradas un tanto después de tratar un mes con la gente. "Mais ça ne veut rien dire". Jamás olvidaré mi primera impresión; ni puedo creer sino que las mismas imágenes resplandecientes de nuestra primera visita a un país nuevo, en días juveniles, aparecen siempre ante nuestros ojos. ¡Qué románticos retratos no hubiéramos trazado aún de los esquimales! La novedad y el contraste tienen encantos irresistibles, hasta que se marchitan con el soplo helado de la experiencia. Proyecta una frialdad flemática sobre nuestra apreciación de hombres y cosas; y, mientras dilata la esfera de nuestra filosofía, estrecha el círculo de nuestros más cálidos afectos y ardientes uniones.

Paré en Asunción en casa del doctor Vargas. Era doctor en leyes, graduado en la Universidad de Córdoba; pero, teniendo un viñedo patrimonial en Mendoza que le producía quinientos barriles de vino anualmente, había venido al Paraguay con el propósito de venderlos. Rechinante como es esta ensambladura de leyes y mercancías en una sola persona, para nuestra asociación de ideas, nada hay perceptiblemente anómalo en ello, para las mentes sudamericanas. El día que llegamos era de fiesta. El doctor Vargas había ido a palacio en traje de etiqueta. Este consistía en frac amarillo claro con grandes botones de nácar, calzones de raso verde con hebillas de oro en las rodillas y medias de seda blancas, chaleco bordado, sombrero tricornio, redecilla, y un antiquísimo espadín. Sus abundantes cabellos estaban sumamente empolvados y empomados, y una porción de corbata y volados de camisa, que parecerían verdaderamente monstruosos en esta época, se interponía a la observación, como exigiendo respeto de todos los mirones. La casa de este doctor Vargas se componía de tres piezas. Una era almacén para su vino mendocino, y para el tabaco y yerba-mate con que lo permutaba. Servíale a la vez de depósito, comedor y sala, y la puerta se abría directamente a la calle. Atrás de este almacén estaba el dormitorio del doctor, donde se veían catre, apero, varios petacones de tabaco y cigarros superiores, palangana sobre una silla y ventanita sin bastidor o vidriera. Las ropas diseminadas aquí y allí, botines y zapatos por todas partes. La pared blanqueada, y negros los tirantes visibles. El piso, de ladrillo polvoriento, sin alfombra o estera; algunos cascos de vino mendocino en un rincón, mientras una primorosa hamaca, un trabuco español y un par de pistolas se exhibían pomposamente en las paredes. Atrás de esta habitación y "en suit", había una cocina con piso y paredes de barro, en donde, con fogón encendido en el centro, un esclavo tuerto, Bopí, murciélago en guaraní, cocinaba el asado del doctor, hacía su puchero o sazonaba con ajo su más exquisito guisado.

El doctor nos recibió en traje de gala sentado sobre un petacón de tabaco. Con hospitalidad no fingida y no poca gracia de

Digitized by Google

porte, me dió la bienvenida a Asunción. Barrenó un barril de su mejor vino mendocino, dedicó a Bopí a engorrosos preparativos para la cena, y después de comer, reír, bromear y oírle todo lo relativo a la recepción matinal en Asunción y su intimidad con el marqués de Torre Tagle en Lima nos recogimos; él al catre y yo a la más envidiable hamaca de su dormitorio. Fatigado quizás con la cabalgata del día, me dormí, cuando Vargas comentaba pesadamente la superioridad de su ciudad natal, Mendoza, sobre Asunción; donde, me dijo (y fueron las últimas palabras que le oí), encontraría que todos los habitantes eran unos bárbaros.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXIII

Al señor J. C.

La Junta del Paraguay. — Mi recepción. — Más del doctor Vargas. — La ciudad y sus habitantes

Londres, 1838.

La mañana siguiente de mi llegada, fuí acompañado por el doctor Vargas y el señor Gómez, para presentarme en Casa de Gobierno, enseñar mis pasaportes, dar cuenta de mis negocios y rendir homenaje a los hombres del poder. La Junta que en esta época gobernaba la provincia se componía de tres miembros, asistidos por un asesor y un secretario. De éstos, el presidente era don Fulgencio Yegros, y seguía en categoría don Juan Caballero. Ambos habían sido factores principales en la derrota del ejército de Belgrano, y de la subsiguiente deposición del gobernador español Velazco. Eran militares; y como consecuencia de la revolución, respectivamente habían ascendido del grado de capitán al de general. Eran hombres de escasa capacidad o educación, mal criados en costumbres sociales, no habiendo nunca salido de su provincia natal. El tercero de la Junta era don Bernardo de la Mora, abogado de mucho conocimiento, alguna agudeza y gran urbanidad. Había sido graduado en Córdoba, y siendo el único miembro instruído del Ejecutivo, arreglaba, con ayuda del asesor, don Gregorio de la Cerda, todo lo que técnicamente se llamaba el despacho de gobierno. Sus decretos eran redactados y sus documentos refrendados por un secretario y un escribano público. El nombre del primero era don Larios Galván, y el del segundo, don Jacinto Ruíz.

Menciono estos nombres, porque fueron víctimas en una u otra forma, y en no largos períodos, de la desconfianza ingobernable y crueldad implacable de Francia. Poco antes de mi llegada, había sido secretario de la Junta, pero había demostrado genio tan petulante, áspero y terco, que fué causa de que los pacientes Yegros y Caballero manifestaran alguna diferencia de opinión. Por tanto, el incipiente tirano se retiró del gobierno; dió lugar a Mora y a Galván, y cuando mi primera visita a Asunción, estaba meditando en su casa de campo y en fatal descontento sobre su pérdida del poder. Al mismo tiempo planeaba con toda su influencia y por todas las artes de la intriga, la rápida reasunción del mando, esta vez no compartido ni controlado.

Fuí admitido luego, previo anuncio de un centinela, a la sala de despacho del gobierno y salón de audiencia; pues se usaba como tal después de las horas de oficina.

Digitized by Google

Era habitación espaciosa y bien amueblada. Cerca del testero, en grande y solemne aunque zafia postura, se sentaban ante una mesa cubierta con carpeta verde los tres miembros de la Junta, acompañados por el secretario, el asesor y el notario. Había en el centro de la mesa un tintero de plata maciza; y en pila enorme delante del notario, estaban tanto los procesos y solicitudes que la Junta había resuelto aquel día, como los pasaportes, permisos, etc., que había concedido. Fuí recibido con fría y formal civilidad: se me ofreció asiento y después de breves preguntas, se me dijo que podía retirarme. Se ordenó al doctor Vargas y a Gómez que se quedasen.

Al volvernos a reunir en casa del primero se me advirtió de las extrañas informaciones que habían llegado hasta el Gobierno; de cuya substancia el asesor y hombre más influyente, don Gregorio de la Cerda, se había expresado así: "El Gobierno está seriamente informado de que míster Robertson es seguido por una grandísima partida de mercaderías y que su propósito es monopolizar el comercio de la provincia. Esto ha suscitado gran recelo y descontento entre los comerciantes nativos; y algunas medidas fiscales especiales habrá que aplicar necesariamente en su caso contra los excesos de especulación, estratagemas y fraudes. A aquellas medidas el Gobierno se encargará de proveer. Pero también se dice que míster Robertson tiene a bordo de su barco municiones de guerra, y que ha hecho, mientras viajaba, un mapa del país y otras observaciones de naturaleza sospechosa. Estas son cosas para ser cuidadosamente examinadas. Nos importa también ver que míster Robertson no haga nada "contra bonos mores", o subversivo de la religión. Por el momento, esto bastará. En usted, doctor Vargas, cuyo huésped es míster Robertson, confiamos cuidará de su persona y hará vigilante observación de su conducta, y de usted, señor Gómez, como sobrecargo, y principalmente interesado al introducir al país este extranjero, exigimos la más estricta observancia, bajo fianza de dos mil pesos, de los reglamentos a que someteremos a ambos dos."

Yo creí este más bien un recibimiento hostil. No había estado sujeto a tales restricciones o vigilancia en Santa Fe o Corrientes; y atribuía a tres causas las que se me habían impuesto en Asunción; primera, a su aisladísima y remotísima situación que, disminuyendo las relaciones con otros países, aumenta la desconfianza hacia los extranjeros; segunda a los falsos y exagerados informes hechos circular en mi perjuicio, por celosos competidores; y tercera, a indefinidos temores relativos a contrabando, herejía y monopolio. Sin embargo, con "mens conscia recti", a este respecto, no temblé por la ley prohibitiva de la Junta. Me sentí seguro de que con la determinación tomada de respetar sus leyes y tratar abierta y cortésmente con todos los habitantes de la tierra, mis acciones pronto hablarían por sí mismas; y que, al mismo tiempo que impusiera silencio a la calumnia privada, demostraría tambien al Gobierno la falta de base de sus sospechas y lo vano de sus temores.

Me instalé muy bien entre los barriles de vino mendocino y tercios de yerba y tabaco del doctor Vargas. A menudo me tentaba la risa cuando presenciaba las ocupaciones diarias de este instruído, chistoso, o quizás engreído personaje. En un rincón del almacén de vino estaba su bufete profesional o estudio de abogado.

En éste hacía sus escritos de demanda para sus clientes. En seguida, y frecuentemente interrumpiendo su tarea de escribir, compraba tabaco a los chacareros del campo, en cantidades desde diez

Digitized by Google

hasta cien libras, traficaba cigarros con las ninfas paraguayas que los fabricaban; vendía vino por cascos o galones; pasas de higo de Mendoza por arrobas; y todo esto con sus propias manos, ayudado solamente por su hombre para todo servicio, el tuerto Bopí. El doctor asombraba a los pequeños corrillos con sus discusiones sobre política, disputas polémicas, derecho civil e internacional. Su facilidad de palabra era admirable, su facultad de monopolizar la conversación, asombrosa. Mendoza, su ciudad natal, y la viña que había pasado de padres a hijos, por muchas generaciones, eran temas inagotables para los discursos del buen doctor Los virreyes que habían pasado por Mendoza, en camino para Lima, todos eran sus conocidos, y todos los presidentes de Chile, en los últimos cien años, habían habitado, en la vertiente occidental de los Andes, la mansión de sus padres. Había sido alcalde de primer voto, en su ciudad, durante tres años, y estaba inscripto como miembro de la Audiencia o Tribunal Supremo de Charcas. Tenía esposa que era "abundante en nalgas" y sus cuatro hijos eran otros tantos querubines. El doctor siempre asistía a la misa cantada de la Catedral, los domingos, en el traje de etiqueta que he descripto. Lo he visto a menudo al punto que la campana sonaba el último toque, agacharse vestido de gala, y servir al cliente un frasco de vino del último barril barrenado en su almacén. También el tuerto Bopí se vestía para la misa cantada, y equipado con chaqueta, pantalón y camisa blancos y un sombrerito, caminaba con paso solemne detrás de su amo. Este no consideraba que había necesidad que el calzado o las medias formasen parte de la librea de Bopí.

Por la tarde el doctor acostumbraba salir a caballo y el apero era lujoso como el vestido de su dueño—no era gauchesco sino enteramente elegante. Su silla de arzón forrada con terciopelo punzó, las cabezadas del freno sólidamente montadas en plata; usaba grandes estribos del mismo metal, y (salva la marca) grandes y pesadas espuelas ajustadas a sus finos zapatos y medias de seda. La combinación de ser abogado y comerciante en vino habilitaba al doctor para ataviarse de esta suerte. Derivaba su riqueza de la producción de la viña, y de Córdoba había traído su instrucción. La combinación lo hacía un ciudadano de lo más respetable. Con el doctor Vargas y con Gómez no dejé de conocer a todos los habitantes de Asunción, grandes y chicos. Una quincena me bastó para esto, y, como el barco, no obstante haber salido de Buenos Aires, hacía tres meses, no aparecía, tuve libertad completa y tiempo desocupado para observar.

De la ciudad diré muy poco. Como ciudad, en nuestra acepción de la palabra, nada puede decirse. En extensión, arquitectura, comodidad o población, no se compara con ninguna ciudad inglesa de quinto orden. Es cierto que tiene una catedral, y cuando pensamos en Glocester, Salibury y aun en Chester y otras catedrales, el nombre suena bien. Pero ni tiene Asunción mayor pretensión a compararse con las ciudades nombradas, como su mezquina y blanqueada iglesia episcopal no admite parangón con ninguno de los magníficos y sólidos edificios que, con el nombre de catedrales, adornan este país. Su Casa de Gobierno, con título de palacio, es una mísera, baja, blanqueada aunque extensa estructura. Sus mejores edificios—aunque nada suntuosos—son los conventos, y tan pocas casas particulares buenas y cómodas hay, que tardé un mes en encontrar una bastante amplia, con el alquiler más elevado que nunca se pagó allí, de trescientos sesenta pesos u

Digitized by Google

ochenta libras esterlinas, por año, para el establecimiento reducido que intentaba instalar en esa antigua capital. De tales casas no había más de media docena en el lugar. Las demás eran pequeñas, míseras tiendas con tres o cuatro habitaciones anexas; mientras la mayor parte de las moradas eran simples chozas, formando estrechas callejuelas, o aisladas, rodeadas por pocos naranjos. No se puede decir que hubiera más de una calle en la ciudad y ésa no pavimentada. Las casas y tiendas de una acera estaban defendidas del sol por corredor contiguo, algo como los portales de Chester. Pocas casas eran de azotea; las más eran de teja y sus puertas se abrían directamente de la habitación principal a la calle. La situación de la ciudad, sin embargo, es magnífica. Está en anfiteatro sobre la ribera del majestuoso y plácido río Paraguay. De muchos puntos se domina aquella magnífica corriente, y los románticos accesos a la ciudad antes descriptos, junto con los poblados y cultivados alrededores, forman un "tout ensemble" agradabilísimo—diría casi encantador.

Los habitantes de Asunción y suburbios ascendían, en el tiempo de que escribo, a diez mil. Había poquísimos negros y no muchos mulatos entre ellos. La gran masa de población era mestiza de español e indio, tan atenuada respecto al aspecto de la última casta, que daba a los naturales el aire y apariencia de descender de europeos. Los hombres son generalmente bien formados y vigorosos, las mujeres casi invariablemente hermosas. La ligereza y sencillez de su vestido, y sus atractivos personales, todavía más notables que en las correntinas, agregado al escrupuloso cuidado de su aseo personal, les dan aire interesante y atrayente. Cuando las solía ver con sus cántaros en la cabeza viniendo de los pozos y manantiales, siempre me recordaban otras tantas Rebecas.

La población puede clasificarse así: miembros del cuerpo político, incluso oficiales milicianos, clero secular y regular, abogados y doctores, curanderos, escribanos, comerciantes, grandes propietarios, tenderos, pequeños propietarios o labradores inmediatos a la ciudad, trabajadores (incluyendo los que navegan el río y benefician los yerbales) e indios sometidos.

Vuestro, etc. J. P. R.

CARTA XXIV

Al señor J. G.

El mercado de Asunción. — Pai Mbatú. — Llegada del barco. — El compadre la Cerda. — Doña Juana Esquivel

Londres, 1838.

El espectáculo más interesante, curioso y nuevo que ofrece Asunción al viajero, es el mercado. Se halla en la plaza central. Allí presencié una mañana a las cinco, la reunión de la gente que suministra a la ciudad sus provisiones diarias.

Todas las entradas del campo a la plaza derramaban cientos de mujeres, sin excepción vestidas de blanco, unas llevando en la cabeza botijas de miel, otras atados de mandioca, y las de más allá de algodón en rama, otras cargadas de velas de sebo, pan dulce, flores, cántaros de caña, pasteles y masas frías y calientes, cebollas, ají, ajo y maíz, otras con canastillas de sal en la cabeza, y otras con grandes mazos de tabaco y atados de cigarros. Aquí iba una tirando del pollino con canastas repletas de gallinas y huevos, allá

Digitized by Google

otra, trayendo por iguales medios, melones de olor y sandías, higos y naranjas para vender.

Muchas cargadas con caña dulce, pelada y cortada en pedacitos, listos para ser chupados. Luego venían los carros de carnicero, con carne mediocre, malamente beneficiada, colgada en grandes trozos dentro de la carreta techada de paja, sin ninguna atención al aseo y cortada con descuido completo de precisión anatómica. No hay carnero comible en el Paraguay, y, con excepción de la mandioca, las legumbres son escasas y malas. Casi nadie las come. Después de los grupos mencionados venían los indios payaguás, sanos y fuertes, con el pescado colgado de luengas palas, apoyadas sobre los hombros. Otros seguían con atados de chala o pasto traído del Chaco, para los caballos de Asunción. Cuando todos estos grupos se congregaron en la plaza del mercado, en número, según creo, de quinientos, se distribuyeron con sus productos, en filas que dejaban entre sí justamente el espacio necesario para que pasasen los compradores. No había puestos ni sillas. Los artículos se extendían sobre esteras en el suelo y sus dueños se sentaban en cuclillas. Del total de vendedores, a lo menos tres cuartas partes eran mujeres, y de los compradores igual proporción; de modo que el suelo se hallaba cubierto por una masa compacta de figuras vestidas de blanco, charlando, regateando, disputando y dando gritos, en guaraní, hasta hacer resonar el aire con el murmullo y estrépito del bullicioso espectáculo.

Extraordinario personaje en aquel sitio, era un hombre llamado Pai Mbatú (1). Había recibido órdenes sacerdotales en su juventud; pero, sea que herido por punta de amor y luego atormentada su conciencia por haber admitido en su pecho pasión tan profana para hombre dedicado al templo—como algunos dicen—o sea, según otros, que Pai Mbatú, no habiendo sido nunca dotado de grande intelecto lo había debilitado por mucho aprender, lo cierto es que el Pai, sin colgar los hábitos, abandonó la Iglesia y hacía vida de descuidada indiferencia y dejadez. Esto anduvo muy bien mientras le duró el patrimonio; pero éste no era inagotable y le falló. El buen caballero entonces echó por tierra el concepto de sus amigos en cuanto a su escasez de inteligencia, por la ingeniosidad con que proveía a sus necesidades. Asistía al mercado regularmente al venir el día. Por algún tiempo, gracias al respeto que inspiraba su calidad a muchos, y por lástima que inspiraba a otros, mendigaba en todos los puestos de provisiones y obtuvo un modo de vivir que, sinó, honorable, nada le costaba.

Pero la caridad, lo mismo que el patrimonio del Pai Mbatú, tiende a agotarse en proporción a la frecuencia con que se practica; y la generosidad con que hasta aquí habían favorecido los puesteros del mercado al clérigo venido a menos, se alarmó al verle venir un día acompañado por un tape corpulento, llevando sobre la cabeza una gran típa, o receptáculo circular para provisiones. Tenía también en la mano derecha una honda caja de velas. El Pai Mbatú se había satisfecho hasta entonces con amontonar en una alforja, llevada por el mismo, los artículos variados que recogía de sus contribuyentes. Pero cuando vieron los formidables preparativos hechos para recibir provisiones más abundantes, y dedujeron que el tape debía comer como el amo, se adoptó una resolución general por la gente de ambos sexos más influyentes del mer-

(1) Probablemente *mbutú* que, en guaraní significa tábano.—(N. del T.)

Digitized by Google

cado, para suprimir "in toto" los suministros al Pai Mbatú.

Como de costumbre, y con su criado detrás, abordó a sus mejores protectores. No obtuvo ni una torta, ni una vela, cigarro, gota de miel, pedazo de caña dulce o mazorca de maíz. Se encaminó hacia la carreta del carnicero: "Paisano, dijo, venga la carne".

"Se acabaron los favores", replicó el carnicero y se dió vuelta para servir a los clientes que pagaban. De los aristócratas del mercado el Pai Mbatú apeló a los pobres y los encontró aún dispuestos a contribuir lo bastante para la provisión de aquel día. Pero *hasta ellos* le aconsejaron que despidiese al sirviente; y una se permitió decir, que aunque ella había contribuído durante muchos años para mantener al Pai, nunca había tenido sirviente, y creía que era algo impropia la pretensión de los mendigos de convertirse en caballeros. Ella suponía que pronto el Pai Mbatú y su sirviente vendrían al mercado a caballo. El hecho fué que aquel día el arruinado clérigo volvió a su casa mucho más escasamente provisto que antes; pero no dispuesto a someterse a la repetición de tal tratamiento. La mañana siguiente se presentó, con sirviente y tipa, como el día anterior. Llevaba, además, una caña larga con un clavo fuerte y bien afilado, encajado en la extremidad inferior.

Dirigiéndose a varios de los más pobres con quienes había tratado, les previno y amonestó por el pecado mortal de negar carne a ninguno y especialmente a un hombre de su vocación. Temblaron, y él entonces hizo señales de cruz y exorcismos, con su caña. Retiraron las manos que antes habían estado extendidas para proteger las provisiones. El círculo mágico trazado por el bastón disminuía gradualmente, hasta que encontrando en el centro una torta del agrado de Pai Mbatú, la pinchaba con la caña, y la presa iba atrás derecha al tape. Con la debida compostura el sirviente la echaba en la tipa. El Pai Mbatú entonces se dirigía a otro sitio elegido por su ocupante para la venta de sus productos. Otra vez comenzaba la exhortación y amonestación; los exorcismos, declaraciones y refunfuños se seguían; la vara mágica describía con pompa el círculo, y arriba venían, para ser entregados al indio, mandioca, maíz, cigarros, carne, velas, caña dulce y muchos otros artículos del mercado. Cuando necesitaba líquido, el Pai Mbatú ponía en la punta del bastón un porroncito y lo alcanzaba a la mujer del mercado para que suministrase el cordial. En menos de un mes, toda la gente del mercado se sometió de buen grado a las expoliaciones del Pai Mbatú y su sirviente indio, consolándose con reflexionar que, si por ello sufrían una pequeña pérdida temporal, servían a intereses mejores y más duraderos. Pensaban también que como había quinientos que vendían artículos en los puestos y se necesitaban solamente diez para llenar las necesidades diarias del Pai, la visitación les vendría individualmente dos veces por trimestre; así, a pesar de todo, decían, ¿qué era la provisión de un día, dos veces por trimestre, para un reverendo?

Cuando visité el mercado por vez primera, no solamente me llamó la atención el conspicuo personaje que ha sido tema de este episodio, sino que seguí sus pasos. Observé y admiré la calma con que este hombre y su sirviente llenaban sus alforjas, y la fácil condescendencia por parte de la sencilla gente paraguaya en sus ahora aparentemente establecidas exigencias sobre su generosidad. Recién al volver a casa y referir al doctor Vargas lo que había visto, me refirió la historia que acabo de relatar. La creo ejemplo curioso de la ingeniosidad y maña del Pai y de la bondad y hospitalidad, aumentada por la superstición, de los paraguayos.

Digitized by Google

No es menos curioso que el Pai Mbatú y su sirviente no solamente se alimentaban con las contribuciones que imponían en el mercado, sino que se vestían. Vendían el sobrante de carne y bebida, y con su producto compraban manteos, sotanas y sombreros de teja para el sacerdote, y chaquetas, ponchos y camisas para el tape servidor.

A menudo he conjeturado hasta qué punto se fomentaría un caso semejante, en los puestos de Coven Garden o Leadenhall. Me pregunto si aun un obispo venido a menos (si fuera posible esto) obtendría y eso vitalicio, con las mismas fáciles condiciones, en cualquiera de aquellos sitios, lo que el cura degenerado en el mercado de Asunción.

Pero el barco llegó. La ciudad se alborotó, el Gobierno dictó sus decretos. Toda la carga, contrariando la práctica establecida, fué enviada a los depósitos fiscales; y, entre otras prescripciones, se ordenó que no solamente no podría extraer sino cantidad limitada cada vez, sinó también que al sobrecargo Gómez se le juramentó para que rindiese cuenta mensual de todas mis operaciones.

Se me prohibió exportar dinero e importar más mercaderías. Todos los bultos que había traído fueron escrupulosamente revisados, y antes del examen no se me permitía llevarlos a casa. Se puso guardia doble a bordo, y se tomaron todas las precauciones que la suspicacia podía sugerir; pero nada se encontró incorrecto.

Mis operaciones tomaron gran vuelo, tanto con los comerciantes nativos como con los cultivadores de productos. No perjudiqué a ninguno sino que fomenté los intereses de ambos. El gran monto de riqueza (y para la Asunción era grande) que manejaba y administraba trajo, gradualmente, las usuales concomitancias que acompañan al prestigio del dinero. Ni remotamente me mezclaba en política; pagaba subidos impuestos al Estado, me hice íntimo amigo del asesor Cerda; e intimé también con los funcionarios del Gobierno; los visité y fuí visitado por ellos, y finalmente se me dijo que, aunque para satisfacer las desconfianzas de la gente, era necesario mantener los decretos dictados en mi contra, como si estuvieran en pleno vigor, sin embargo, considerase los más perjudiciales como virtualmente abolidos. En menos de tres meses desde mi llegada fuí no solamente persona tolerada sino bien venida en todos los círculos altos y bajos. Trataba liberalmente al rico, daba empleo al pobre, y no me mezclaba en el credo político o religioso de nadie. Cuando se me pedía opinión sobre estos temas, me excusaba de emitirla, alegando mi falta del conocimiento necesario para discutir el uno, y de la erudición que me autorizase a entrar en polémica sobre el otro. Poca duda se tendrá de la exactitud de mi observación cuando diga que, en el tiempo a que me refiero, aun no había cumplido veinte años.

De este modo, todo marchaba plácidamente, y al cabo de cuatro meses de permanecer en Asunción me sentí en gran manera identificado con sus habitantes. Tenía libre entrada en todas partes; y donde no podía conquistar afección, intentaba, por conciliación, desarmar la enemistad. El asesor, puedo decir, director del Gobierno, don Gregorio de la Cerda, se había convertido en mi mano derecha; ni deseaba yo menos marchar bajo el amparo de quien no solamente hacía su voluntad en asuntos del Estado, sino que era padrino de los hijos de toda familia de rango en la ciudad. Todos lo saludaban, lo cortejaban, le enviaban regalos, y su influencia en todo el país no era más notable que el control voluntario a que se sometían todas las personas de nota. Las órdenes del pa-

Digitized by Google

drino Cerda y aun sus deseos se hacían irrevocables. Sabemos poco en este país de la absoluta y casi sagrada influencia del padrino católico romano sobre las familias con quienes está ligado en tal calidad; y sabemos aún menos de la estricta obligación que se impone de fomentar de bueno o de mal grado el interés de las familias y especialmente el de los ahijados ante quienes contrae sus deberes superiores en la pila bautismal.

Don Gregorio me presentó un día a la bisabuela de una de sus comadres. La anciana contaba ochenta y cuatro años; rica, fuerte, vigorosa y activa, y acostumbrada a venir de su quinta hasta Asunción y volver, jinete en un garboso petizo, tres veces por semana. Aunque arrugado esqueleto y obscura cual momia egipcia, era erguida; no temblequeaba, y su palabra, aun en español, era clara, llena y distinta. Su nombre (y antiquísimo apellido) era doña Juana Esquivel.

Había buscado yo mucho tiempo una casa de campo; pero no podía encontrar ninguna de mi agrado. El compadre la Cerda lo sabía. Había determinado que yo ocupase parte de la casa de doña Juana, y una simple insinuación del todopoderoso padrino fué suficiente para asegurar la pronta satisfacción de su deseo. No me dijo palabra de su proyecto; pero un día, recibí de la anciana señora una esquela escrita en caracteres completamente legibles, a este efecto:

"Sé, por mi compadre la Cerda" (nótese que aunque era solamente padrino de la familia de su bisnieta, ella le llamaba su compadre) "que usted necesita una casa de campo. Aunque la mía no es de las mejores" (era la mejor) "espero que usted vendrá a habitarla, cuando guste, desde mañana. No admitiré excusas hasta que usted encuentre otra mejor. Tendré tres habitaciones y servicio necesario a su disposición. (Firmado): Juana de Esquivel".

Apenas podía creer a mis propios ojos cuando leí la esquela; nunca había visto a la señora más de dos veces; y en la duda de que procediese de ella, se la llevé al compadre la Cerda. Rió de mi incredulidad; me dió a entender que todo era obra suya, y que de no acceder inferiría una ofensa a la señora octogenaria que jamás me perdonaría. Fuí pocos días después y me instalé en mis espaciosas habitaciones donde doña Juana, en Campo Grande. A la moda rústica, pero con superabundante hospitalidad, fuí recibido por ella y servido por sus numerosos esclavos. La casa estaba semioculta por un naranjal; circundada por campo boscoso alternado con vallecitos interpuestos y arroyos cristalinos. Caza de toda clase abundaba en un radio de pocos cientos de yardas de las habitaciones. Los caballos estaban a mi disposición y también los sirvientes, doña Juana, una vez que me recibió en su morada, creyó su honor comprometido, su reputación de hospitalidad en peligro, si todo lo que contribuyese a mi comodidad y dicha, no fuere tan completo como ella podía hacerlo; y todo fué por la simple recomendación de la Cerda, compadre de su bisnieta.

Vuestro, etc.

J. P. R.

Digitized by Google

CARTA XXV

Al señor J. G.

Doña Juana Esquivel. — Asunto seriocómico. — Preparativos para la fiesta campestre.

Londres, 1838.

Doña Juana Esquivel era una de las mujeres más extraordinarias que haya conocido. En el Paraguay generalmente las mujeres envejecen a los cuarenta años. Sin embargo, doña Juana tenía ochenta y cuatro, y, aunque necesariamente arrugada y canosa, todavía conservaba vivacidad en la mirada, disposición a reir y actividad de cuerpo y espíritu para atestiguar la verdad del dicho que no hay regla sin excepción.

Me albergaba como príncipe. Hay en el carácter español, especialmente como entonces estaba amplificado por la abundancia sudamericana, tan magnífica concepción de la palabra "hospitalidad", que me permití, con demostraciones particulares de cortesía y favores recíprocos de mi parte, proceder en mucho a la manera de doña Juana. En primer lugar, todo lo de su casa, sirvientes, caballos, provisiones, los productos de su propiedad, estaban a mi disposición. Luego, si yo admiraba cualquier cosa que ella tuviera —el petizo favorito, la rica filigrana, los ejemplares selectos de ñandutí, los dulces secos, o una yunta de hermosas mulas, me los transfería de manera que hacía su aceptación inevitable. Una tabaquera de oro, porque dije que era muy bonita, me fué llevada una mañana a mi habitación por un esclavo, y un anillo de brillantes porque un día sucedió que lo miré, fué colocado sobre mi mesa con un billete que hacía su aceptación imperativa. Nada se cocinaba en la casa sinó lo que se sabía que me gustaba, y aunque yo intentase, por todos los medios posibles, a la vez compensarla por su onerosa obsequiosidad y demostrarle lo que en mí sentir era más bien abrumador, no obstante, encontraba que todos mis esfuerzos eran vanos.

Estaba, por consiguiente, dispuesto a abandonar mi superhospitalaria morada, cuando ocurrió un incidente que, aunque increíble, es ciertísimo, que cambió y puso en mejor pie mi subsecuente trato con esta mujer singular.

Me gustaban los aires plañideros cantados por los paraguayos acompañados con guitarra. Doña Juana lo sabía, y con gran sorpresa mía, al regresar de la ciudad una tarde, la encontré bajo la dirección de un guitarrero, intentando, con su voz cascada, modular un triste y con sus descarnados, morenos y arrugados dedos acompañarlo en la guitarra. ¿Cómo podría ser otra cosa, ante tal espectáculo de chochera, desafiando aún el natural sensible de la dama, que insinuar una sonrisa burlona? "Por amor de Dios, dije, ¿cómo puede usted, catorce años después que, conforme a las leyes naturales, debiera estar en el sepulcro, convertirse en blanco para el ridículo de sus enemigos o en objeto de compasión para sus amigos?"

La exclamación, lo confieso, aun dirigida a una dama de ochenta y cuatro años, no era galante, pues en lo concerniente a edad, ¿qué mujer puede soportar un reproche sarcástico?

Apareció bien pronto que doña Juana tenía a este respecto, toda la debilidad de su sexo, tiró al suelo la guitarra, ordenó bruscamente al maestro de canto que saliera de la casa; a los sirvientes

Digitized by Google

los echó de la habitación, y, en seguida, con un aspecto de fiereza de que no la creía capaz, me aturdió con las siguientes palabras: "Señor don Juan, no esperaba insulto semejante del hombre a quien amo", y en la última palabra puso énfasis extraordinario. —"Sí—continuó—, yo estaba pronta y todavía lo estoy, a ofrecerle mi mano y mi fortuna. Si aprendía a cantar y tocar la guitarra, ¿por qué causa era si no por la suya? ¿Para qué he estudiado, en qué he pensado, para quién he vivido en los tres meses últimos, sino para usted? ¿y es ésta la recompensa que encuentro?"

Aquí la anciana señora mostró una combinación curiosa de ridículo, patético y apasionado, cuando, deshaciéndose en lágrimas y, sin embargo, sollozando de indignación, dió escape a sus sentimientos. El espectáculo era de novedad sorprendente y no exento de alarma para mí, a causa de la pobre vieja. En consecuencia, abandoné la habitación; le envié sus sirvientes diciéndoles que su ama estaba seriamente enferma; y después de oir que todo había pasado, me metí en cama, no sabiendo si compadecer o sonreír de la tierna pasión que un joven de veinte años había despertado en una dama de ochenta y cuatro. Espero no se atribuya a vanidad el relato de esta aventura amorosa. Lo hago sencillamente como ejemplo de las bien conocidas aberraciones del más ardiente y caprichoso de todos los dioses, Cupido. No hay edad que limite el alcance de sus dardos. El octogenario lo mismo que el zagal son sus víctimas; y sus escarceos son generalmente más extravagantes cuando las circunstancias externas—la edad, los hábitos, la decrepitud—se han combinado para hacer increíble y absurda la idea de su acceso al corazón.

Por pedido de doña Juana, fuí el día siguiente a su cuarto, y sea que el descanso nocturno tuviese no poco efecto en aplacar sus sentimientos, o que mi razonamiento con ella, acompañado de la protesta de abandonar la casa a mi pesar, a no ser que prometiese formalmente no hablar de amor, o tocar la guitarra, no lo sé; pero lo cierto es que se avino a mi permanencia, bajo solemne alianza y pacto de su parte, de que ni yo recibiría más sus regalos ni oiría más de música y amor.

El día de San Juan se acercaba. Es grandísima fiesta en los países católicos; y era no solamente el santo de doña Juana, sino también el mío. Se proponía, como prueba de su completo perdón por mi rechazo de su galanteo, celebrar el día en su casa de Itapúa, o Campo Grande, con una fiesta campestre. "De este modo—dijo—, celebraremos conjuntamente nuestro santo y la sinceridad de nuestro mutuo perdón; confieso que he sido muy indiscreta en el asunto, pero eso se acabó".

Cordialmente accedí a la celebración de la fiesta proyectada, con la condición expresa que sería a mis expensas. Arreglado este punto difícil, doña Juana y yo nos encaminamos a Asunción para invitar a nuestros huéspedes, ella en un petizo bailarín, acompañada por dos hermosas mulatas, y yo a su lado, en un no despreciable bayo, con un negro sirviente detrás de mí.

Era cosa desconocida en el Paraguay enviar tarjetas de invitación con un mes de anterioridad al día de la fiesta, ni se mandaba en realidad tarjeta alguna. La sola práctica de los invitantes, en cuya casa debía celebrarse, era recorrer personalmente, tres días antes del señalado, los varios amigos e invitarlos a la cena, comida, boda o baile, según el caso. Yo era, no solamente conocido, sino íntimo de superiores e inferiores, de pobres y ricos en

Digitized by Google

Asunción. Aunque allí existía distinción, y muy marcada, de clases y grados, no había aquel refinamiento conocido, en Europa, que hace desmerecer al hombre de cierto rango por el hecho de visitar a un inferior. Esto, naturalmente, proviene de la diferente constitución social del Paraguay y de los países más adelantados.

La estructura total de las relaciones humanas era menos complicada en las regiones aisladas de los jesuitas expulsos que en los reinos más populosos de la Europa civilizada. Sobre las ventajas comparativas derivadas de la sencillez de la vida paraguaya y del refinamiento de la europea, creo con sir Roger de Coverley, que mucho podría decirse por ambos lados; pero, evitando la discusión del tema, os dejaré filosofar sobre él, de acuerdo con vuestro temperamento, con los hechos ya relatados y los que todavía debo callar, ilustrativos de la índole de la sociedad paraguaya.

Doña Juana y yo llegamos a Asunción en tiempo para cumplir, en el día, la ceremonia de visitar personalmente a cada uno de los invitados, de que habíamos hecho lista, para la celebración de la fiesta de San Juan, en Itapúa. Naturalmente, los miembros del Gobierno fueron los primeros y ninguno rehusó. Luego de don Gregorio de la Cerda, el casi compadre universal del Paraguay, y otros funcionarios de rango y aprecio, seguían: el receptor de Aduana, el clero secular y regular, los oficiales cuarteleros, el general Velazco, ex gobernador español, pocos chacareros, algunos comerciantes, pocos tenderos, todos, todos consintieron en asistir, y, como decimos, se consideraron muy felices en aceptar la invitación.

Así arreglados los preliminares de la fiesta, doña Juana y yo nos pusimos seriamente a hacer los preparativos necesarios para darle brillo. En esto nos ayudaron numerosas familias de Asunción, y la narración de lo que en ella sucedió os la daré en seguida.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXVI

Al señor J. G.

FIESTA EN ITAPUA

Celebración del día de San Juan Evangelista. — Su fanal e imagen. — Llegada de los invitados; y primero — de los frailes — de los miembros del gobierno — de Don Gregorio de la Cerda y sus comadres—de los oficiales cuarteleros—de grupos de varias clases—y del General Velazco, último Gobernador español. — Comienzo de la alegría—el paisanaje paraguayo y la guitarra. — Las fiestas — Dispersión de la concurrencia.

Londres, 1838.

El día de San Juan amaneció auspicioso en Itapúa. Los arreglos más suntuosos y abundantes fueron hechos por doña Juana, tanto en honor del Santo como para solaz de sus invitados. Estos eran alrededor de doscientos y comprendían desde los miembros del gobierno hasta los tenderos de Asunción. Después de lo dicho del doctor Vargas y sus almacenes de vino, veréis que no hay ninguna degradación inherente a la profesión de vender al menudeo en el Paraguay. "Tout au contraire". El tendero, siendo generalmente el hombre más acomodado de los dos, tomaba la precedencia del caballero campesino, quien poco al corriente del valor territorial o de la dignidad que confiere en otros países la posesión de tierra, mira arriba con respeto a la bolsa de dinero del tendero y

Digitized by Google

abajo con un suspiro de pesar, su propia y menos próspera condición. "Un pobre estanciero", "un pobre hacendado", eran expresiones tan comunes como "un comerciante poderoso", "un tendero rico". Por mi parte, llevando siempre conmigo ideas europeas, nunca pude mirar sino con respeto a los patriarcales descendientes de los primeros conquistadores del Paraguay, que habían heredado las tierras de sus antepasados y las habían cultivado de generación en generación, con tosca pero dichosa sencillez.

Pero volvamos a Itapúa. El primer cuidado de doña Juana fué decorar con esplendor poco común una gran imagen de San Juan Evangelista, que, en costoso fanal, conservaba como ornamento principal de su sala. Se la pintó y doró de nuevo; tenía túnica de terciopelo negro, adornada con pesados galones dorados. Sobre él asomaba un querubín, y con más propiedad histórica que lo que hubiera esperado de un artista católico romano en el Paraguay, se levantaban detrás del santo algunos peñascos artificiales, musgos y árboles que representaban la isla de Patmos donde escribió el Apocalipsis. Todos los amigos de doña Juana habían facilitado parte de sus joyas para adorno del santo hombre. Anillos brillaban en sus dedos, collares rodeaban su cuello, una tiara decoraba su venerable rostro. Los lazos de sus sandalias estaban tachonados de perlas; un precioso cíngulo ceñía su delgada cintura y estaban seis cirios encendidos junto al fanal. Allí, semioculto entre fragantes verdores de naranjo, limonero y acacia, aparecía el santo favorito, destinado a recibir el primer homenaje de los invitados.

Los bosquecillos de naranjos a cada lado de la casa estaban festoneados con lámparas variopintas prontas para encenderse. Las mesas eran provistas por los mejores confiteros de Asunción; los cocineros del viejo gobernador fueron contratados al efecto, y se pidió a todos que llevaran el mayor número posible de sirvientes.

Arreglados así los preparativos, doña Juana y yo tomamos asiento sobre el césped y esperamos la llegada de los invitados con toda la complacencia de quienes tienen la consciente convicción de no haber ahorrado trabajo para proporcionarles comodidad y diversión.

En junio, que es invierno en el Paraguay, el tiempo es generalmente bastante fresco para permitir a la gente salir en mitad del día. Tan pronto como el sol empezó a extender sus rayos oblicuos a través de las umbrosas salidas de Asunción al campo adyacente, cuando caballos, mulas, carros, carruajes, vehículos de todas clases se pusieron en movimiento para Itapúa.

Primero llegaron cabriolando al prado de la casa de doña Juana un buen lote de frailes franciscanos, precedidos por la banda de música de su convento y montados en caballos lustrosos y gordos, ricamente aperados. No obstante lo fresco del día, cada fraile llevaba su sombrilla, y aunque el sayal y la ausencia de ropa blanca pregonaban su humildad, sin embargo, lo rechoncho y abultado de todos, muy en consonancia con la condición de sus cabalgaduras, decía una oculta historia de buena vida que apenas escaparía al más caritativo observador. Al decir que este venerable cuerpo venía acompañado por la banda de su convento, acaso sea necesario explicar que en Asunción, todos los conventos tienen la suya para oficiar, en primer lugar, misa cantada, pero en segundo también para alquilarla con el caritativo fin de promover la alegría festiva. ¿No habéis nunca estado en una de nuestras anticuadas iglesias de campo donde los rudos ejecutantes de la orquesta inmediatamente dominan al pastor y a la congregación? La banda que

Digitized by Google

habéis podido oir allí os dará exacta idea de aquellas que, desde tiempo de la conquista, han edificado, en Asunción, a los feligreses e invariablemente en excursiones cual la de Itapúa, formando parte del séquito de los sacerdotes. Los franciscanos se apearon de sus caballos y, después de ellos, los domínicos y recoletos. Todos se arrodillaban y descubrían ante San Juan; el "jubilate" fué entonado por la banda, y luego siguieron refrescos y felicitaciones tales como supondréis que tienen lugar en la sociedad civilizada y aun pulida de Inglaterra.

No había establos para los caballos de la gran concurrencia que esperábamos y, por consiguiente, todos los que vinieron después trayendo a sus dueños, se soltaban en un gran potrero para pasar la noche.

Apenas habíamos hecho los honores a nuestros amigos franciscanos, cuando en un armatoste casi secular—el viejo carruaje de Gobierno— aparecieron las esposas de los miembros de la Junta. Venían escoltadas por sus maridos montados en briosos corceles y vestidos con traje de baile. Sus pesados sables zangoloteaban al costado; sin embargo, estaban vestidos con calzones cortos y medias de seda; mientras sus caballos, enseñados a bailar para estas circunstancias especiales, avanzaban a los lados del carruaje que arrastraba su considerable peso por carriles de arena frecuentemente de ocho a diez pulgadas de profundidad. Habiéndose detenido el carruaje y los caballeros desmontado en el césped, los caballos se enviaron, como antes, al potrero y el coche atrás de la casa. Este grupo fué seguido por don Gregorio de la Cerda y doce o catorce de sus comadres. Las últimas venían en caravana con toldos encima y colchones debajo de las señoras para amortiguar los golpes del constante traqueteo de los pesados carros. Cada uno era arrastrado por cuatro bueyes y se movía a razón de dos millas por hora. Luego la mitad de las doce comadres tenían hijos consigo. Don Gregorio (su ángel de la guarda) venía en un soberbio caballo blanco, ensillado a la última moda española de lujo y antigüedad; y llevaba un ahijado favorito por delante y otro en ancas. Vestía frac delgado de lanilla gris, con grandes botones de nácar, chaleco bordado, medias de seda y hebillas de oro sobre las rodillas de los calzones y en los zapatos; por supuesto, llevaba altísimo sombrero tricornio y amplia capa granate echada graciosamente sobre las espaldas. Ninguno fué más rico en ahijados que don Gregorio; y por tanto, a nadie vi en América tan poderoso. Si alguien desea llegar a ser en aquel país personaje de primera fila, dése maña para ser padrino general.

Después de don Gregorio llegaron grupos de oficiales vestidos de parada, escoltando cada uno, a caballo, a su favorita Dulcinea. En muchos casos la dama venía en ancas de su dragón; y no pocos petizos montados por dos sílfides paraguayas escoltadas por sus preferidos "paisitos" o dandys rurales. Se derramaron los tenderos en todo el primor de la riqueza y vulgaridad del advenedizo; entró el doctor Vargas, empolvado y empomado, rizado de pies a cabeza. Entraron los comerciantes llenos de "prudentes dichos y modernos ejemplos" y, finalmente, entró el último, caballeresco, modesto y digno gobernador español, general Velazco. Era acompañado sencillamente por su despensero y "valet de chambre" (pues el hombre fiel le servía en ambos oficios) y un palafrenero.

Todo su poder había desaparecido; sus honores yacían por tierra; allí estaban sus rivales jaraneando, con aquellos atributos y

Digitized by Google

distinciones que hacía pocos meses eran exclusivamente suyos, y, sin embargo, ni un ceño, ni un síntoma de recelo u orgullo herido nublaban su semblante. ¡Buen hombre! Qué poco merecía el funesto destino que poco después le alcanzó durante el sin segundo y férreo reinado del terror bajo Francia.

Cuando todos los invitados estuvieron reunidos, las sombras de la noche empezaban a poner su tinte obscuro sobre la escena del prado. El sol se ponía en todo su esplendor y la luna se levantaba con igual brillantez. El azul obscuro del firmamento se tachonaba de estrellas, y a una señal dada, se iluminó la casa; los bosquecillos de naranjos parecieron en llamas; rompieron a tocar las bandas de los conventos, y algunos sobre el césped, otros en los salones, pero todos en alguna parte, comenzaron simultáneamente la danza. La brillantez de las luces y la límpida transparencia de la atmósfera y del campo, en la distancia, me recordaban juegos nocturnos de hadas, en guaridas todavía no usurpadas por seres humanos. Lo que añadió mucho a la romántica sencillez de la escena fué que, de cuando en cuando, venían, de diferentes rumbos por el valle, pequeños grupos de paisanos paraguayos sin otra invitación que el rumor llegado hasta ellos de los regocijos que se celebrarían en casa de doña Juana. Venían escoltados por uno o dos guitarreros que acompañaban en aquel instrumento algún triste lastimero o balada nacional. Al salir de los matorrales u obscuros bosques de los alrededores, con sus vestidos blancos, parecían a lo lejos habitantes de otro mundo, y cuando su música armoniosa y sencilla llegaba, ondulando en la brisa, de distintas direcciones, uno podría haberla imaginado contribución coral de los pastores de Arcadia.

Muy diferentes eran las bulliciosas jaranas adentro y en la vecindad inmediata a la morada de doña Juana. Unos bailaban sobre el césped, otros en los salones, algunos hacían crujir las chanzas en medio del estrépito de risas sonoras y prolongadas; aquí un grupo de frailes entregados a la malilla y más allá otros disfrutando de los placeres de vinos y viandas tentadores que estaban a disposición de todos. Alguno más audaz de los santos padres serpenteaba por los laberintos de la danza. Se distinguía principalmente de sus bellas compañeras por el volumen, pues ambos iban vestidos con ropa talar. Luego don Gregorio de la Cerda, que creía su reputación en peligro si no mantenía a sus comadres en estado de perpetua complacencia y risa irresistible. Don Fernando de la Mora, vocal de la Junta, bailaba con gota y todo, y, como Andrómaca al separarse de Héctor, reía y lloraba al mismo tiempo.

Allí estaba un personaje, llamado Vedoya, de casi siete pies de estatura, y con amplitud en espesor más que proporcionada a sus dimensiones longitudinales. También danzaba con no poca alegría y transpiraba con no menos profusión. Los miembros del Gobierno echaron de sí toda gravedad y bailaban y bebían y fumaban con el resto de sus súbditos. Se levantó doña Juana con sus ochenta y cuatro años y bailó un zarandín o zapateado; zagales con sus ninfas acudían bajo los naranjos y allí cada uno cortejaba a la preferida de su corazón. Los sirvientes rodeaban los fogones encendidos bajo los árboles para cocinar; a todo pequeño grupo de cantores, al llegar, se les hacía lugar y recibía con júbilo; un reto parecía pronunciarse contra los males de la vida; y si grosera era la música de los coros de la iglesia, y clamoroso el ruido de los invitados, no obstante, toda la escena presentaba aspecto de abundancia, sencillez y cordial regocijo que jamás olvidaré.

La luz y música de la animada fiesta deben haber llegado hasta

Digitized by Google

la cabaña del doctor Francia, que por ese mismo tiempo estaba combinando proyectos que después se ejecutaron y han acallado la alegría y apagado la luz de la libertad.

Velazco, el antiguo gobernador español, me observaba con notable y enfático presentimiento:—"¡Ah, míster Robertson, temo que ésta sea la última fiesta que veamos en el Paraguay!"

Al fin, el envidioso día clareó sobre nuestra jarana. Las damas comenzaron a ponerse lánguidas, y las bujías y lámparas muy turbias; los pulmones de los músicos estaban agotados; algunos frailes habían perdido su dinero a los naipes y muchos de los invitados su ingenio en el vino. Las madres buscaban sus hijas; los sirvientes, sus carruajes y carros. Muchos maridos fueron encontrados por sus esposas dormitando, pero todos fueron obligados a obedecer las órdenes. Corrieron al potrero a tomar sus caballos, y después se ocuparon de ensillarlos. Se hizo circular café y chocolate calientes; los sirvientes no paraban y las carrozas partieron; grupos de jinetes tomaron el camino; salieron los frailes y, con ellos, los músicos. A las nueve de la mañana nada había quedado sino vestigios de alegría de la noche pasada.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXVII

Al señor J. G.

Paisaje de Itapúa. — Mi primera entrevista con Francia. — Su rancho. — Sus maneras y conocimientos. — Sus intrigas políticas.

Londres, 1838.

La situación de la casa de doña Juana Esquivel, en Itapúa, era absolutamente bella; no menos era el paisaje que la rodeaba. Se veían bosques magníficos de rico y variado verdor; aquí el llano despejado y allá el denso matorral; fuentes murmurantes y arroyos refrescando el suelo; naranjales, cañaverales y maizales demostraban la industria del hombre; el rancho modesto decía de su contento y sencillez rural; y en ocasiones, la mansión más amplia atestiguaba su atributo de ser aspirante por naturaleza.

Una de esas agradables tardes paraguayas, después que el viento sudoeste ha clareado y refrescado el aire, fuí llevado, en busca de caza, a un valle apacible, no lejos de la casa de doña Juana, y extraño por su combinación de todas las características sorprendentes del paisaje en aquella tierra. De repente, dí con una cabaña limpia y sin pretensiones. Voló una perdiz, hice fuego y la presa cayó. Una voz de atrás exclamó: "Buen tiro". Me dí vuelta y contemplé un caballero de unos cincuenta años de edad, con traje negro y capa granate sobre las espaldas. Tenía el mate en una mano y el cigarro en la otra; y un bribonzuelo negro, con los brazos cruzados, estaba al lado del caballero. El rostro del desconocido era sombrío y sus ojos negros muy penetrantes, mientras su cabello de azabache peinado hacia atrás de una frente atrevida, y colgando en bucles naturales sobre los hombros, le daban aire digno que llamaba la atención. Usaba hebillas de oro en las rodillas de sus calzones y también en los zapatos.

Me disculpé de haber disparado el arma tan cerca de su casa; pero, con gran bondad y cortesía, el propietario me aseguró que

Digitized by Google

no había motivo para pedir la mínima disculpa, y que su casa y terrenos estaban a mi disposición cuando quisiera divertirme con mi escopeta en aquellos parajes. Para brindar la primitiva hospitalidad, común en el país, me invitó a sentar debajo del corredor, y a tomar mate y un cigarro. Un globo astronómico, un gran telescopio y un teodolito, estaban bajo el pequeño pórtico, e inferí inmediatamente que el personaje que tenía por delante no era otro que el doctor Francia.

Los utensilios concordaban con lo que había oído de su reputación acerca de sus conocimientos en ciencias ocultas; pero no me dejó vacilar mucho tiempo sobre este punto; porque, inmediatamente, informó en respuesta a mi pregunta de si tenía el honor de dirigirme al doctor Francia, que él era en carne y hueso.

"Y presumo—continuó—que usted es el caballero inglés que reside en casa de doña Juana Esquivel".

Respondí que así era; agregó que tenía intención de visitarme, pero que era tal la situación política del Paraguay, y particularmente en lo tocante a su persona, que encontraba imprescindible vivir en gran reclusión. No podía de otro modo, añadió, evitar que se atribuyesen las más siniestras interpretaciones a sus actos más insignificantes.

Dejando este tema, se mostró complacido de que yo supiese cuáles eran sus ocupaciones. Me hizo entrar en su biblioteca, un cuarto encerrado con pequeñísima ventana y tan sombreado por el techo del corredor, que apenas penetraba la luz necesaria para estudiar. La biblioteca estaba dispuesta en tres filas de estantes extendidos a través del cuarto y se compondría de trescientos volúmenes. Había muchos libros voluminosos de derecho; pocos de ciencias experimentales; algunos en francés y en latín sobre literatura general, con los *Elementos de Euclides* y algunos textos escolares de álgebra. Sobre ancha mesa había pilas de escritos y procesos forenses. Varios tomos en folio encuadernados en pergamino estaban desparramados sobre la mesa; una vela encendida (colocada allí con el solo objeto de encender cigarros) prestaba su débil ayuda para alumbrar la habitación; mientras un mate y un tintero de plata adornaban otra parte de la mesa. No había alfombra o esteras sobre el piso de ladrillo, y las sillas eran de moda tan antigua, grande y pesada, que se requería esfuerzo considerable para moverlas de un lugar a otro. Estaban cubiertas por viejas suelas estampadas con jeroglíficos raros y, a causa del uso prolongado, obscuras y lustrosas. Sus respaldos rectos eran considerablemente más altos que la cabeza del que se sentaba en ellas y no había que pensar acomodarse en postura descansada. En el suelo de la habitación se hallaban desparramados sobres abiertos y cartas dobladas. Una tinaja para agua y un jarro se alzaban sobre un trípode tosco de madera, en un rincón, y el apero del doctor, en otro. Chinelas, botines y zapatos yacían desparramados sin orden, y el conjunto de la pieza presentaba un aire de confusión, obscuridad y falta absoluta de comodidad, más que sorprendente, cuanto que el exterior del rancho, aunque humilde, estaba prolijamente limpio, y ubicado de modo tan romántico que tenía toda la apariencia de ser habitado por la belleza y la paz.

Ni vestigios de las inclinaciones sanguinarias, o del capricho ingobernable con cuya práctica alcanzó después tan triste celebridad, se reconocían en las maneras, o se deducían de la conversación de Francia, en la época de que estoy hablando. Todo lo contrario. Su porte tranquilo y sin ostentación; sus principios, en cuanto se

Digitized by Google

podía deducir de sus mismas manifestaciones, justos, aunque no muy levantados; y su integridad legal, como abogado, nunca fué puesta en duda. La vanidad me pareció ser el rasgo dominante de su carácter; y, aunque había seriedad y casi continua severidad latentes en su fisonomía, no obstante, cuando se permitía sonreír, producían solamente, por contraste, una impresión más cautivadora en aquellos con quienes conversaba.

Agradábale se supiese que entendía francés, rama de los conocimientos muy poco común en el Paraguay.

Hacía alguna ostentación de su familiaridad con Voltaire, Rousseau y Volney, y asentía del todo a la teoría del último. Pero, más que todo, se enorgullecía de ser reputado algebrista y astrónomo. En realidad, había penetrado muy poco en esas ciencias. Lo bastante, sin embargo, en el Paraguay, para justificar el proverbio español de que en tierra de ciegos el tuerto es rey.

En el Paraguay, con conocimiento de francés, los *Elementos de Euclides*, las ecuaciones, la manera de servirse del teodolito, o con libros prohibidos por el Vaticano, él era, en punto a saber, completa excepción de la regla general.

La noche se acercaba aprisa y me despedí de mi huésped tan locuaz como agradable. Poco me imaginé, entonces, que iba a figurar como lo ha hecho después, o que una relación, comenzada con tanta amabilidad, debía concluir en tan grande injusticia.

Por este tiempo, aunque viviendo en aparente reclusión, había estado ocupado en intrigas contra el Gobierno. Recibía visitas secretas de los más ricos chacareros y propietarios de tierras; fomentaba las aspiraciones de hombres que hasta entonces nunca habían soñado llegar al poder; era todo humildad y condescendencia para los inferiores y todo altivez para las clases sociales superiores. Su plan era inculcar en los campesinos, la impresión de que estaban mal gobernados por pocos hombres ignorantes desprovistos de mérito alguno; en insinuarles que cuando volviese al poder las cosas cambiarían. Les manifestaba que el fin de la revolución había sido descuajar las pretensiones aristocráticas de la vieja España; mientras tanto, era patente que estas pretensiones estaban supeditadas por otras más odiosas, porque se establecían por hombres que él sabía no eran más que sus iguales, algunos de ellos, sus inferiores.

"Sin embargo, ¿no es claro—preguntaba—que están violando diariamente las promesas y protestas que habían hecho?"

"¿Quién es don Fulgencio Yegros? (entonces presidente de la Junta). Un gaucho ignorante. ¿Qué tiene mejor don Juan Pedro Caballero? Nada. Y, con todo, los dos son generales, investidos de autoridad suprema, que os insultan con el despliegue de una vana ostentación, que sería risible si no fuese despreciable.

"¿Cómo, entonces, ha cesado la necesidad de operaciones activas que estos hombres no tienen energía para emprender, o de reformas substanciales que no tienen destreza para concebir ni habilidad para ejecutar?"

De este modo, Francia derramaba veneno de desafección y descontento en los oídos de sus compatriotas que, a su vez, admiraban su patriotismo, respetaban su integridad y veneraban su sabiduría. Era así que en la época de mi impremeditada visita, estaba asentando el cimiento del asombroso poder que, poco después, puso entre sus manos el cetro de hierro con que ha postrado al pueblo para-

Digitized by Google

guayo, hasta lamer el polvo de sus plantas, y no en pocos casos, empapado aquel polvo en sangre inocente.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXVIII

Al señor J. G.

VIAJE AGUAS ABAJO

Patrocinio de Don Gregorio. — Su efecto. — Preparativos de viaje. —Indios payaguás. — Salida de Asunción. — Modo de navegar.— Baradura. — La tripulación. — Los marinos. — Preparativos para hacerles frente. — Entusiasmo de los hombres. — Precauciones tomadas. — Escapamos y llegamos a Santa Fe.

Londres, 1838.

Fuí no solamente admitido en la sociedad paraguaya, sino que había intimado con muchos y conocido a casi todos sus compotentes. Don Gregorio de la Cerda, asesor de Gobierno y, más aún, asesor de numerosas familias particulares de cuyos hijos era padrino, se convirtió en mi constante amigo y compañero. Profesaba el principio (y era solamente uno de la numerosa clase que sostenía igual doctrina) que siempre que tuviera un compadre o amigo, estaba obligado a prestarle algún servicio. El principio de don Gregorio era demasiado honorable, y él mismo demasiado escrupuloso para quebrantarlo en ningún caso.

"Señor don Juan", me dijo cierto día después de la fiesta de Itapúa, "es preciso que de alguna manera usted me permita servirlo". A la sazón nadie había en el Paraguay que pudiera servirme mejor que don Gregorio. Era allí el señor supremo y dirigía todos los actos del Gobierno.

"Bien, señor don Gregorio", repliqué, "usted sabe que el puerto del Paraguay está clausurado para la salida de hombres y mercaderías. Sabe también que tengo almacenada gran cantidad de éstas en inmovilidad perjudicial. Además, deseo muchísimo volver por algún tiempo a Buenos Aires. Ahora, si usted quiere conseguirme permiso para sacar mi persona y bienes en uno o varios de los buques vacíos que están inactivos en la ribera, me hará un favor muy señalado". El mejor de los compadres y amigos, instantáneamente respondió: "por hecho". "Hay", continuó, "algunas dificultades en el asunto. Habrá muchas quejas por parte de todos los otros comerciantes cuando se autorice a quebrantar la prohibición, Los marinos españoles, como sabe, están en el río apresando todos los barcos salidos de puertos independientes; y Vattel establece como prinpio de derecho internacional que a ningún neutral puede permitírsele llevar su propiedad desde un puerto beligerante a otro, a menos que el buque qu ela conduzca sea de la bandera de su nación y esté tripulado, a lo menos, por un tercio de súbditos de ella. Pero, descuide, encontraremos algún modo de allanar estas dificultades, con tal que usted realmente se prepare a correr el riesgo, inminente, como sabe, de ser apresado".

"Eso", repliqué, "corre enteramente de mi cuenta y tengo ideas hechas al respecto".

Don Gregorio era de aquellos espíritus activos y movedizos que, una vez metidos en una empresa, no cejan día y no-

Digitized by Google

che, hasta conseguir su propósito. Inmediatamente se sentó y dictó al amanuense la solicitud al Gobierno, comprendiendo todos los puntos de mi pedido, y tocante al destino de la solicitud, él sabía quién era árbitro único. Explicaba y destruía, en el punto en cuestión, las objeciones de Vattel; demostraba que era un caso de injusticia para mí, y exhortaba al Gobierno, en atención a la Gran Bretaña, a otorgar el pedido razonable del único súbdito británico entonces residente en el Paraguay. Había muchas formalidades técnicas que llenar, en el sentido de recabar opiniones e informes de varios abogados y funcionarios. El Cabildo o concejo municipal debía producir su dictamen, lo mismo que el juez de comercio y el director de aduana. El juez de alzada o de apelación había de dar su opinión y el fiscal la suya. Todos estos caballeros honorables y doctos eran compadres de don Gregorio, y era imposible concebir que la opinión de un compadre fuese contraria a la de otro, especialmente tratándose de don Gregorio, el asesor de Gobierno.

Todos ellos, por consiguiente, manifestaron lo que su compadre decía. A los ocho días de presentar mi solicitud estaba despachada favorablemente. Si las cosas se manejan lo mismo en este país, no puedo decirlo; pero el favoritismo es principio tan dominante en el corazón humano que puede casi considerarse como sinónimo de amistad, y dondequiera que ésta exista, combinada con el poder de hacerla valedera, son quizá la envidia y el disgusto más que el pretendido amor a la justicia y buena fe, los que entran en los reparos y objeciones a favores así otorgados.

Removidos todos los obstáculos para mi viaje aguas abajo, emprendí los preparativos con todo ardor; y como el viaje aguas abajo, especialmente con enemigos en el río, nada tiene que ver con ninguna idea que tengamos sobre navegación ordinaria, os daré breve cuenta de mi nueva y acaso arriesgada empresa.

En primer lugar, fleté un barco bastante grande para cargar mil quinientos tercios de yerba mate o te paraguayo. El modo de cargar barcos en el Paraguay para viaje aguas abajo es el siguiente: se llena la bodega con la mitad de la carga; la otra mitad se estiba sobre cubierta. Con este objeto se hace una troja enrejada, atando con lonjas de cuero fuertes tacuaras que se apoyan en postes perpendiculares altos de cinco a seis pies sobre la cubierta. Depositándose en ella los tercios de yerba se cubrieron cuidadosamente con un techo de cueros fuertemente entrecosidos, y que formaba mojinete como el tejado de una casa para facilitar la salida del agua. Alrededor del toldo se extiende una cuerda para impedir que caigan al agua los que caminan encima del techo elevado.

El patrón de mi barco era un natural de la vieja España llamado Borda, y por lo tanto, no considerado persona indicada para emplearse en la conducción de una expedición de la que los únicos enemigos temibles eran sus mismos compatriotas. Pero, lo tomé por esta misma consideración. Había antes combatido contra ellos mientras andaba en una expedición de contrabando, y habiendo recibido un chirlo indeleble en la cara, y conquistado la reputación de ser enemigo inveterado al que jamás había que tolerar o perdonar, yo sabía que, llegado el caso, pelearía con la resolución de quien no tiene más esperanza que en su propio valor. Tenía una tripulación de quince paraguayos vigorosos, bajo la dirección de un viejo baquiano.

Digitized by Google

astuto, sagaz y precavido. Pero la parte más notable e interesante de mi apresto era una linda canoa de treinta pies de largo, hecha de un tronco de lapacho. Era una sola y magnífica pieza hueca de madera; y en el agua tenía toda la gracia y ligereza de una barca de Cleopatra. En esta canoa estaban de pie ocho indios payaguás, altos, musculosos, erguidos y no impedidos en sus movimientos varoniles, por nada más que un taparrabo. Iban al mando del cacique que hacía al mismo tiempo de timonel y baquiano, y cuando simultáneamente hundían en el agua sus palas de siete pies de largo, alternativamente doblándose y levantándose a cada bogada, parecían otros tantos atletas, venciendo todos los obstáculos que se ponían por delante y empujando su esquife con rapidez irresistible sobre las aguas.

Era magnífico verlos deslizarse corriente abajo con velocidad de quince millas por hora; y subir contra la corriente a razón de diez. Todos los músculos se mostraban en poderosa tensión; cada resgo de sus fisonomías se iluminaba con la alegría de encontrarse en su elemento. Cada uno estaba armado con un arco, que nunca pude estirar y con toscos dardos de puntas férreas y envenenadas, de seis pies de largo. Cada hombre tenía, además, una larga caña a cuya extremidad estaba adherida la red para guardar la caza, fuese de pescado o aves. Eran nobles camaradas y realizaban para mí más de todo lo que nunca había leído u oído acerca de la soltura y gracia de movimiento y de las fuerzas musculares de los atezados indios. Lo que más admiraba en ellos era su completa subordinación a su jefe o cacique. El y yo íbamos sentados debajo de un toldito a popa de la canoa. Rara vez hablaba. Su mirada, el movimiento de su mano, la grita de "¡ha!, ¡ha!, ¡alá!, ¡alá!" eran las únicas palabras con que parecía dar escape a los sentimientos más secretos de su corazón.

¿Un dorado aparecía a la vista? El baquiano era el primero en anunciar su proximidad a la tripulación; y al momento se arrojaba la fija, especie de arpón, mantenida por una cuerda en mano del que la lanzaba. Con esta cuerda el dorado era subido a la canoa. Del mismo modo, cuando atracábamos a la costa, toda bestia de la selva y toda ave del bosque a que apuntaban era presa de aquellos diestros arqueros. A menudo he visto una pava del monte trepada entre el tupido ramaje de un árbol, herida en el corazón por una de sus flechas; y frecuentemente el jabalí o cerdo salvaje de los bosques caía abatido por su puntería infalible. He navegado en falúas inglesas, he sido conducido a remo en lanchas de buques de guerra, pero jamás he visto tripulación como la de aquellos payaguás y su cacique que me llevaban a pala en mi espléndida canoa descendiendo las plácidas agua del río Paraguay.

Mi objeto al tomar esta canoa era adelantarme al barco, buscando el enemigo para volver y dar aviso si lo descubríamos, a fin que se hicieran los preparativos para combatirlo o se tomasen las precauciones necesarias para esquivarlo. Al fin se soltaron amarras en Asunción y el barco se deslizó bizarramente aguas abajo. La obra muerta estaba casi en el agua, pero la gran troja lo hacía aparecer como el arca de Noé flotando sobre las aguas. Los altos paraguayos iban y venían sobre la troja. Dos de cada lado con tacuaras de veinte pies de largo, sondaban la profundidad del río, mientras el barco hacía rápido camino, al mismo tiempo que el baquiano, todo pre-

Digitized by Google

caución y atención, escudriñaba con mirada penetrante y práctica, la parte de corriente en que navegábamos o los indicios de algún banco de arena cambiado de sitio, para evitarlo. Yo y mis payaguás en la canoa disparábamos como relámpago adelante del barco y, doblando alguna de las lindas puntas de la costa, pronto lo perdíamos de vista. Se exploraban todos los rincones, se visitaban todos los ranchos en las riberas para buscar a los marinos e inquirir noticias de ellos. Llegamos a Ñeembucú, y mi amigo el comandante me aseguró que todo estaba tranquilo. Al cuarto día pasamos por Corrientes y también nada oímos que nos impidiera el viaje. Generalmente hablando, la canoa iba veinte millas adelante del barco y todas las tardes volvíamos atrás con la noticia de que todo estaba bien. Nunca estuvo más excitada mi admiración que al contemplar los esfuerzos infatigables tanto de los payagúas como de los paraguayos. Trabajaban mañana y tarde bajo un sol casi vertical, con invencible asiduidad y perseverancia.

Una tarde, mientras íbamos aguas arriba al encuentro del barco, después de ejercer nuestra vigilancia diurna, quedé sorprendido y un tanto alarmado, de no encontrarlos en el sitio esperado. "¡Oh!", dijo mi Palinurus payaguá, en malísimo español del que hablaba apenas palabra. "No nada, no nada; varadura no más; yo sé lugar. ¡Ah! ¡ah!... ¡Alá! ¡alaá!". Con esto sus súbditos indios menearon de tal modo las palas que la canoa desafiaba la corriente; y árboles, islas, promontorios se desvanecían detrás de nosotros, cuando, cada diez minutos, se nos presentaba un nuevo y bello paisaje.

Con muchas explicaciones dadas por el cacique payaguá, en su jerga hispano-guaraní, comprendí que nuestro barco debía haber tocado fondo y que él sabía dónde. Una hora más de bogar me convenció de cuán exactos habían sido sus cálculos, porque al doblar una punta de tierra apercibimos la polacra bien encajada sobre un banco, y los marineros ocupados en ir y venir remando entre ella y la isla adyacente, en que desembarcaban la carga de la troja.

Inmediatamente mis ocho payaguás profirieron un salvaje y discordante alarido; redoblaron sus esfuerzos, y en un cuarto de hora estuvimos a bordo del barco. Había sido alijado lo bastante para estar oscilando sobre el banco, y en poco más de un par de horas estaba a flote con toda la carga de cubierta en su lugar y amarrado a dos árboles para pasar la noche.

Estas varaduras son frecuentes cuando se navega el Paraná aguas abajo, aun dirigidos por los baquianos más diestros, porque los bancos cambian frecuentemente de sitio con las crecidas del río. Pero la arena es tan suave, los cascos tan fuertes y la facilidad de descargarlos, trasladando a una isla o ribera parte de la carga de cubierta, es tan grande, que no ofrecen otro inconveniente que la corta demora que ocasionan. Sin embargo, los esfuerzos requeridos de los hombres en tales casos son inmensos. No sé en esta ocasión, si los de la tripulación del barco o de los canoeros payaguás fueron mayores: no obstante, estuvieron luego todos sentados, contentos y risueños alrededor de las llamaradas del fogón que habían encendido en la costa; comían charqui sin sal, agua era su bebida, el suelo su asiento y también su lecho; el firmamento su techumbre y los esfuerzos de mañana serían quizás mayores que los de hoy. Sin embargo, los payaguás reían, los paraguayos cantaban y tocaban la guitarra, y, de cuando en cuando,

Digitized by Google

alguna broma circulaba o se narraba un cuento que arrancaba de todos grandes aplausos, o no menos gran mofa. Ahora, pensaba, mientras estaba en meditación contemplativa del grupo, sobre el techo de mi casa flotante, ¡qué tema hay aquí para aplicar la grave e imparcial filosofía! Aquí está el ingenio apreciado por oyentes ignorantes, la indolencia revelada por el desnudo payaguá; aquí está la música brotando de la voz ruda o de los dedos no enseñados de los habitantes de la zona tórrida; la risa y alegría tienen sus convulsiones; la labor se ha quitado los vestidos de su afán y se ha puesto los de la comodidad y del descanso; la comida es mezquina pero el hambre misma está como criada para hacerla sabrosa; y, en vez del jugo de la uva, los sencillos participantes del refrigerio se contentan remojándolo con agua del Paraná. Aquí, cuando llega la noche, cada hombre se echa al rescoldo del fogón, con hojas por lecho y su poncho por frazada; el sueño, espontáneo, lo estrecha en sus brazos; el trabajo y sobriedad mantienen alejados el fantasma de la pesadilla y el ensueño de horror, y la aurora lo encuentra al punto refrescado y pronto con renovada energía para el renovado esfuerzo.

Si hay o no aquí tan buena parte de felicidad como tenemos derecho a esperar o probabilidad de realizar, aquende la tumba, o si la felicidad es más completa con toda la pompa, el orgullo y la condición de la sociedad civilizada, dejo a la decisión de pensadores más profundos y de aquellos más afectos que yo a la controversia.

Adelante nos movimos, el día siguiente, el barco marchando pomposamente en la corriente, y los ocho robustos payaguás, al mando de su cacique, conmigo en la canoa, apartándose adelante del buque, como flecha disparada del arco. Nada oímos de los marinos hasta que, el noveno día de nuestra partida de Asunción, cuando la canoa se aproximaba a la Bajada, la rápida vista del cacique divisó dos barcos anclados en medio río. Al instante obedeciendo al grito de su jefe, los tripulantes se acurrucaron en la canoa y con sus cabezas sobresaliendo apenas de la regala, volvieron proa a la corriente y palearon río arriba en mortal silencio. Se mantuvieron junto a la barranca empinada para no poder ser molestados; y el cacique baquiano comenzó a explicarme que había visto dos barcos de los marinos españoles fondeados en medio río, directamente entre la Bajada y Santa Fe. Le pregunté cómo conocía que eran marinos; y todo lo que pudo contestar fué: "Yo sé... yo veo cañones".

Después de reflexionar estuve seguro de que él tenía razón; pues si no hubieran sido barcos enemigos estarían en el mismo puerto de la Bajada y no anclados en la correntada.

Al momento que nos perdimos de vista se levantaron los payaguás en toda su estatura. "Y ahora, dijo el baquiano, "¿qué vamos a hacer?" Mi idea estaba formada desde un principio, sobre lo que en tal circunstancia debíamos hacer, a saber: pelear al enemigo, o eludirlo mediante una estratagema. Ordené al cacique que hiciera todo lo posible por apresurar la vuelta al encuentro del barco y, con tal rapidez se cumplieron mis órdenes que, en un par de horas, lo divisamos, a toda vela, navegando aguas abajo a razón de diez millas por hora. Apenas izamos la señal convenida para que se detuviese, cuando, inmediatamente ciñó el viento, se cruzó al río y en diez minu-

Digitized by Google

tos estuvo entre los espesos bosques y juncales del Gran Chaco. Pronto llegamos al sitio, en la canoa. Ordenó que todos los hombres subieran a la troja, y de este modo me dirigí a Borda, al baquiano y a la tripulación paraguaya: "Amigos míos, estamos a un par de horas de navegación de dos barcos de guerras españoles, que seguramente nos impedirán nuestro intento de llegar a Santa Fe. Ahora, ¿estáis preparados para pelear en caso necesario o abandonaréis la carga y regresaréis con ignominia y pérdida al Paraguay? ¿Quiere usted, Borda, a quien sus paisanos han maltratado tanto, perder la oportunidad de vengarse? Y vosotros, paraguayos, que habéis declarado vuestra independencia de una potencia que despreciáis, ¿evitaréis el conflicto con ellos, cuando se presenta el momento de la acción? ¿Volveréis para decir a vuestros parientes y amigos que aquellos marinos de que siempre os habéis burlado, os han asustado tanto que al momento de descubrir los mástiles de sus naves buscasteis salvación en la fuga? ¿Qué pensarán vuestros paisanos, y si es así, dónde esconderéis después vuestras caras?"

A una voz, patrón, baquiano y hombres gritaron que querían combatir y hacer lo que les ordenara. Asegurado de este modo de la tripulación paraguaya, en seguida me dirigí, por medio del lenguaraz, al cacique payaguá y a sus hombres, — valiente tripulación de mi pequeño esquife. "Payaguás", dije, "descendéis de una raza noble que los españoles han procurado exterminar. Aquí se os presenta la oportunidad para demostrar de que estofa estáis hechos. ¿Queréis unir vuestras manos y corazones con vuestros hermanos paraguayos y conmigo para caer sobre los invasores de vuestro suelo y desafiarlos a responder inmediatamente por pasadas injurias y presentes arrogancias?" "Queremos... queremos", replicó el cacique; Cataitin queremos; ciertamente, queremos; y pronto encontré por las actitudes y gesticulaciones de su tripulación que estaban unidos en el propósito como un solo hombre.

Nunca olvidé, en aquellos momentos, que mi empresa era comercial y no guerrera; y mientras estaba preparado para el caso de ser forzado a combatir, esperaba, no obstante, eludir una contingencia tan poco concordante con el objeto de mi viaje.

De esto, sin embargo, nada dije a mis hombres, estando convencido que el mejor plan era avivar su coraje para lo peor que sucediese. En consecuencia, todos se pusieron a la obra. Algunos limpiaron sus viejos mosquetes y otros afilaron las picas y machetes herrumbrados. Nuestros cartuchos se ordenaron en un gran cajón y los payaguás prepararon sus arcos y flechas. Una docena de cueros se mojaron y cortaron en tiras habilitanto a la tripulación para fabricar con ellas una especie de enjaretado de abordaje, alto de cinco pies, que estaba fuertemente ligado a gran número de gruesas varas sacadas del bosque con este objeto. Cuando se estiró el enjaretado y los hombres se alinearon a la banda, allí los bravos paraguayos con sus alabardas, espadas y mosquetes — y aquí los gigantes payaguás con sus arcos, flechas y chuzas —, al paso que Borda parecía más furioso por la cuchillada en el rostro inferida por sus compatriotas, y los dos baquianos animaban incesantemente a sus tripulaciones respectivas — sentí aquella noche el presentimiento del éxito que excita el espíritu de empresa y entona en la prueba. La luna nueva proyectaba su luz te-

Digitized by Google

nue sobre las aguas. Se ordenó navegar y a los hombres de estar tan silenciosos como la noche. Nos deslizamos en dirección del enemigo manteniéndonos lo más pegado posible a la costa de Santa Fe. Las velas altas se arriaron y no se oía a bordo un rumor. Después de navegar unas cuatro horas, el sonido de ocho campanadas del enemigo (es decir, media noche) llegó ondulando sobre las aguas, y, en diez minutos más, vimos dos barcos asomando a la distancia.

Se ordenó a todos los hombres que se echaran sobre la troja y al baquiano mantener el barco junto a los árboles. Estuvimos luego a un cuarto de milla de los marinos y los cinco minutos siguientes iban a decidir nuestro destino. Todo estaba preparado para resistir el ataque; todas las precauciones tomadas para evitarlo.

Lo evitamos: los marinos estaban dormidos, mientras nosotros, por adoptar la precaución prudente, sea que se adopte en el viaje de la vida o en el de las grandes aguas — de estar bien alerta adelante — navegábamos tranquilamente y los pasamos sin inconveniente, entrando en el riacho de Santa Fe. Antes de apuntar la aurora habíamos alcanzado aquel puerto seguro.

Todos se sorprendieron de nuestra escapada y me felicitaron por ella. Candioti decía jocosamente que me propondría para comandante de la fuerza naval, consistente en una lancha cañonera que los habitantes no gustaban arriesgar en un encuentro con el enemigo. En una quincena el enemigo se retiró para reunirse a una considerable flota que tenía más abajo, frente a Rosario. Todos mis hombres fueron recompensados con doble paga; cada uno con un regalo individual emprendieron el regreso al Paraguay en las canoas de que les hice donación. Una fortunita me produjo la yerba mate, por la que estoy grato a mi amigo don Gregorio; y partí a caballo para Buenos Aires donde arribé el décimocuarto día de mi salida de Asunción. El viaje de aquel puerto a Santa Fe, sin contar paradas y detenciones extrañas a la navegación, se había completado en nueve días, al paso que de Santa Fe a Asunción es de dos meses. Tan lejos por la diferencia de navegar con o contra la corriente.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXIX

Al señor J. G.

Encargos para el Paraguay. — Arreglo del carruaje. — Llegada a San Lorenzo. — Una seria alarma. — El general San Martín. — Batalla de San Lorenzo.

Londres, 1838.

Después de permanecer un mes en Buenos Aires y hacer arreglos allí para extender mis operaciones comerciales en el Paraguay, preparé el regreso a aquel país. Al mismo tiempo tenía que dar cumplimiento a muchísimos encargos de mis amigos. Don Gregorio, el primero de la lista, necesitaba un som-

Digitized by Google

brero tricornio, una capa, un espadín y media docena de medias de seda. Don Fulgencio Yegros, presidente de la Junta, precisaba abundantes galones, un par de charreteras y una montura inglesa. El general Caballero encargaba un sombrero blanco y una casaca militar hecha de medida por un sastre de Buenos Aires. El doctor Mora necesitaba una cantidad de libros de derecho y el doctor Vargas coleta nueva y chaleco bordado. También el doctor Francia necesitaba un telescopio, una bomba de aire y una máquina eléctrica. Las esposas y comadres de todos ellos necesitaban innumerables cosas: vestidos de moda, chales, zapatos y blondas. He oído de alguien que, cuando recibió numerosos encargos por el estilo, llevó los apuntes a la azotea, un día ventoso. Sobre los papeles que venían "acompañados con dinero", colocó las cuzas de oro enviadas para efectuar las compras respectivas. Estos encargos resistieron al viento, permanecieron en sus sitios y fueron cumplidos. Los otros que no eran acompañados por los medios necesarios para adquirirlos, fueron abandonados a merced de los elementos y, naturalmente, volaron. Pero, en mi caso, había recibido de mis amigos paraguayos tantos favores positivos, que no sometí sus órdenes a tal prueba. Las rotulé y cumplí todas puntualmente. Mis habitaciones estaban abarrotadas con cajas de cartón y de pino; con líos, fardos y paquetes de todas las formas y tamaños; de modo que, cuando hube de emprender viaje, estribaba la dificultad, en la manera de conducirlos a través de las Pampas. Esta dificultad, unida al deseo latente de obtener medios de traslación más cómodos que el caballo, hasta Santa Fe, me sugirieron la idea del carruaje. Os he descripto ya los otros dos modos de viajar al Paraguay, a saber, por agua y a caballo, y ahora describiré brevemente el más cómodo de hacer la jornada en carruaje propio de cuatro ruedas.

Bien temprano del día señalado para la partida se sacó el vehículo, que tenía toda la apariencia de un toldo de indios movible. Era un armatoste español de alto techo y antigua forma, cubierto con cuero crudo, excepto en las dos ventanillas. Había gran capacidad para almacenar; y como sabía que no existían hoteles en el camino, todas las cosas que podían suministrar comodidad fueron estibadas (náuticamente hablando) en sus amplios cajones. Se requieren para transitar en carruaje por las Pampas no muchos menos preparativos que en los viajes de mar. Jamones, lenguas, champaña, oporto, gallinas sancochadas, queso, encurtidos y coñac, se guardaron como provisión indispensable para la ruta, y se acomodó una batería de cocina en el pesado vehículo y, luego, dentro de una especie de gran bolsa de cuero, balanceando debajo, se metieron muchos de los encargos y regalos que tenía para el Paraguay. Otros fueron acondicionados sobre la capota y algunos colgados a los costados. Aun así, no estábamos tan abarrotados como en aquellos transportes que, aunque terriblemente sobrecargados en este país, se llaman con no poca latitud en fraseología de chalanes, diligencias livianas. Si se recuerda, no obstante, que en mi coche iba a recorrer una vasta llanura desprovista de caminos y puentes; que debían atravesar pantanos y, casi literalmente, navegar en ríos, no se considerará que estaba muy ligeramente cargado.

Después de atar la yunta del tronco bajo la dirección del cochero, se agregaron cuatro postillones gauchos mal cubiertos, cada uno sobre su caballo, sin otro arreo que el lazo. Este es-

Digitized by Google

taba prendido por una punta a la cincha del recado y enganchado por la otra a la lanza del coche. Las cabezas de los dos caballos colocados entre los del tronco y los delanteros estaban por lo menos a diez pies de los primeros; mientras las de éstos alcanzaban a quince pies más allá de la yunta que iba detrás de ellos. En resumen, las cabezas de los cuarteadores estaban a cuarenta pies de las ruedas traseras del vehículo. Por absurda que parezca esta disposición, pronto nos apercibimos de su utilidad, pues apenas hubimos llegado a los suburbios cuando topamos con uno de los terribles pantanos. Son masas de barro espeso de tres a tres y medio pies de profundidad, y de treinta a cincuenta de ancho. Los cuarteadores chapuzaban en el barro, luego seguía la segunda yunta, y cuando las dos salían del pantano y, en consecuencia, se hallaban en terreno firme, antes que el carruaje entrase al tremedal, habían ganado donde apoyarse para aprovechar sus fuerzas. A látigo y espuela, y estimulados por gritos de los postillones, los caballos nos arrastraron triunfalmente fuera del pantano. Si los tiros hubieran sido más cortos, habríamos quedados plantados en el fango. De esta manera cruzamos con éxito todos los pantanos, ciénagas, y arroyos que median entre Buenos Aires y Santa Fe. Cuando no encontrábamos estos obstáculos atravesábamos la llanura a media rienda y con velocidad de doce millas por hora. Muchos de los caballos que utilizábamos, nunca habían sido atados al tiro y horribles eran las manotadas y brincos a que, a menudo, recurrían antes de adaptarse a la extraña y desacostumbrada tracción de nuestro enorme coche. Pero nunca, ni en un solo caso, vi al postillón dominado por su caballo. Después de una lucha más o menos larga, el último era invariablemente obligado a entregarse y avanzar. Luego galopaba seis o siete millas a tal velocidad y con susto y cólera tales, que su coraje era abatido y llegaba al término de la etapa al paso de su jinete. Entonces se le consideraba domado para futuros viajes de posta.

De este modo avanzaba haciendo a la vez del carruaje mi dormitorio, comedor y cuarto de vestir. Merced a los útiles de cocina que llevaba y a mi sirviente que hacía de cocinero, encontré el viaje mucho más tolerable que ninguno de los que había hecho hasta entonces. En las diferentes postas que parábamos para mudar caballos, encontré abundancia de caza. Las perdices grandes y chicas abundaban generalmente a no mayor distancia que cien yardas de la tranquera.

Por la tarde del quinto día llegamos a la posta de San Lorenzo, distante como dos leguas del convento del mismo nombre, construído sobre las riberas del Paraná, que allí son prodigiosamente altas y empinadas. Allí nos informaron haberse recibido órdenes de no permitir a los pasajeros seguir desde aquel punto, no solamente porque era inseguro a causa de la proximidad del enemigo, sino porque los caballos habían sido requisados y puestos a disposición del Gobierno y listos para, al primer aviso, ser internados o usados en servicio activo. Yo había temido encontrar tal interrupción todo el camino porque sabía que los marinos en considerable número estaban en alguna parte del río; y cuando recordaba mi delincuencia en burlar su bloqueo, ansiaba caer en manos de cualquiera menos en las suyas. Todo lo que pude convenir con el maestro de posta fué que si los marinos desembarcaban en la costa, yo tendría dos caballos para mí y mi sirviente y estaría en libertad

Digitized by Google

de internarme con su familia, a un sitio conocido por él, donde el enemigo no podría seguirnos. En ese rumbo, sin embargo, me aseguró que el peligro proveniente de los indios era tan grande como el de ser aprisionado por los marinos; así es que Scylla y Caribdis estaban lindamente ante mis ojos. Había visto ya bastante de Sud América, para acoquinarme ante peligrosas perspectivas.

Antes de desvestirme hice mi ajuste de cuentas con el maestro de posta y, cuando quedó arreglado, me retiré al carruaje, transformado en habitación, para pasar la noche, y pronto me dormí.

No habían corrido muchas horas cuando desperté de mi profundo sueño a causa del tropel de caballos, ruido de sables y rudas voces de mando a inmediaciones de la posta. Vi confusamente en las tinieblas de la noche los tostados rostros de dos arrogantes soldados en cada ventanilla del coche.

No dudé estar en manos de los marinos. "¿Quién está ahí?", dijo autoritariamente uno de ellos. "Un viajero", contesté, no queriendo señalarme inmediatamente como víctima confesando que era inglés. "Apúrese", dijo la misma voz "y salga". En ese momento se acercó a la ventanilla una persona cuyas facciones no podía distinguir en lo obscuro, pero cuya voz estaba seguro de conocer, cuando dijo a los hombres: "No sean groseros; no es enemigo, sino, según el maestro de posta me informa, un caballero inglés en viaje al Paraguay".

Los hombres se retiraron y el oficial se aproximó más a la ventanilla. Confusamente como pude entonces discernir sus finas y prominentes facciones, sin embargo, combinando sus rasgos con el metal de voz, dije: "Seguramente usted es el coronel San Martín, y, si es así, aquí está su amigo míster Robertson".

El reconocimiento fué instantáneo, mutuo y cordial; y él se regocijó con franca risa cuando le manifesté el miedo que había tenido, confundiendo sus tropas con un cuerpo de marinos. El coronel entonces me informó que el Gobierno tenía noticias seguras de que los marinos españoles intentarían desembarcar esa misma mañana, para saquear el país circunvecino y especialmente el convento de San Lorenzo. Agregó que para impedirlo había sido destacado con ciento cincuenta Granaderos a caballo de su Regimiento; que había venido (andando principalmente de noche para no ser observado) en tres noches desde Buenos Aires. Dijo estar seguro de que los marinos no conocían su proximidad y que dentro de pocas horas esperaba entrar en contacto con ellos. "Son doble en número", añadió el valiente coronel, "pero por eso no creo que tengan la mejor parte de la jornada".

"Estoy seguro que no", dije; y descendiendo sin dilación empecé con mi sirviente a buscar a tientas, vino con que refrescar a mis muy bien venidos huéspedes. San Martín había ordenado que se apagaran todas las luces de la posta, para evitar que los marinos pudiesen observar y conocer así la vecindad del enemigo. Sin embargo, nos manejamos muy bien para beber nuestro vino en la obscuridad y fué literalmente la copa del estribo; porque todos los hombres de la pequeña columna estaban parados al lado de sus caballos ya ensillados, y listos para avanzar, a la voz de mando, al esperado campo del combate.

No tuve dificultad en persuadir al general que me permi-

Digitized by Google

tiera acompañarlo hasta el convento. "Recuerde solamente", dijo, "que no es su deber ni oficio pelear. Le daré un buen caballo y si ve que la jornada se decide contra nosotros, aléjese lo más ligero posible. Usted sabe que los marineros no son de a caballo". A este consejo prometí sujetarme y, aceptando su delicada oferta de un caballo excelente y estimando debidamente su consideración hacia mí, cabalgué al costado de San Martín cuando marchaba al frente de sus hombres, en obscura y silenciosa falange.

Justo antes de despuntar la aurora, por una tranquera en el lado del fondo de la construcción, llegamos al convento de San Lorenzo, que quedó interpuesto entre el Paraná y las tropas de Buenos Aires y ocultos todos los movimientos a las miradas del enemigo. Los tres lados del convento visibles desde el río, parecían desiertos; con las ventanas cerradas y todo en el estado en que los frailes atemorizados se supondría lo habían abandonado en su fuga precipitada, pocos días antes. Era en el cuarto lado y por el portón de entrada al patio y claustros que se hicieron los preparativos para la obra de muerte. Por este portón San Martín silenciosamente hizo desfilar sus hombres, y una vez que hizo entrar los dos escuadrones en el cuadrado, me recordaron, cuando las primeras luces de la mañana apenas se proyectaban en los claustros sombríos que los protegían, la banda de griegos encerrados en el interior del caballo de madera tan fatal para los destinos de Troya.

El portón se cerró para que ningún transeunte importuno pudiese ver lo que adentro se preparaba. El coronel San Martín, acompañado por dos o tres oficiales y por mí, ascendió al campanario del convento y con ayuda de un anteojo de noche y por una ventana trasera trató de darse cuenta de la fuerza y movimientos del enemigo.

Cada momento transcurrido daba prueba más clara de su intención de desembarcar; y tan pronto como aclaró el día percibimos el afanoso embarcar de sus hombres en los botes de siete barcos que componían su escuadrilla. Pudimos contar claramente alrededor de trescientos veinte marinos y marineros desembarcando al pie de la barranca y preparándose a subir la larga y tortuosa senda, única comunicación entre el convento y el río. Era evidente, por el descuido con que el enemigo ascendía el camino, que estaba desprevenido de los preparativos hechos para percibirlo, pero San Martín y sus oficiales descendieron de la torrecilla, y después de preparar todo para el choque, tomaron sus respectivos puestos en el patio de abajo. Los hombres fueron sacados del cuadrángulo, enteramente inapercibidos, cada escuadrón detrás de una de las alas del edificio.

San Martín volvió a subir al campanario y deteniéndose apenas un momento, volvió a bajar corriendo, luego de decirme: "Ahora, en dos minutos más estaremos sobre ellos, sable en mano". Fué un momento de intensa ansiedad para mí. San Martín había ordenado a sus hombres no disparar un solo tiro. El enemigo aparecía a mis pies seguramente a no más de cien yardas. Su bandera flameaba alegremente, sus tambores y pitos tocaban marcha redoblada, cuando en un instante y a toda brida los dos escuadrones desembocaron por atrás del convento y flanqueando al enemigo por las dos alas, comenzaron con sus lucientes sables la matanza que fué instantánea y espantosa. Las tropas de San Martín recibieron una descarga solamente, pero

Digitized by Google

desatinada, del enemigo; porque, cerca de él como estaba la caballería, sólo cinco hombres cayeron en la embestida contra los marinos. Todo lo demás fué derrota, estrago y espanto entre aquel desdichado cuerpo. La persecución, la matanza, el triunfo, siguieron al asalto de las tropas de Buenos Aires. La suerte de la batalla, aun para un ojo inexperto como el mío, no estuvo indecisa tres minutos. La carga de los dos escuadrones instantáneamente rompió las filas enemigas y desde aquel momento los fulgurantes sables hicieron su obra de muerte tan rápidamente, que en un cuarto de hora el terreno estaba cubierto de muertos y heridos.

Un grupito de españoles había huído hasta el borde de la barranca; y allí, viéndose perseguidos por una docena de granaderos de San Martín, se precipitaron barranca abajo y fueron aplastados en la caída. Fué en vano que el oficial a cargo de la partida les pidiera se rindiesen para salvarse. Su pánico les había privado completamente de la razón, y en vez de rendirse como prisioneros de guerra, dieron el horrible salto que los llevó al otro mundo y dió sus cadáveres, aquel día, como alimento a las aves de rapiña.

De todos los que desembarcaron volvieron a sus barcos apenas cincuenta. Los demás fueron muertos o heridos, mientras San Martín solamente perdió en el encuentro, ocho de sus hombres.

La excitación nerviosa proveniente de la dolorosa novedad del espectáculo, pronto se corvirtió en mi sentimiento predominante; y quedé contentísimo de abandonar el todavía humeante campo de la acción. Supliqué a San Martín, en consecuencia, que aceptase mi vino y provisiones en obsequio a los heridos de ambas partes, y dándole un cordial adiós, abandoné el teatro de la lucha, con pena por la matanza, pero con admiración por su sangre fría e intrepidez.

Esta batalla (si batalla puede llamarse) fué, en sus consecuencias, de gran provecho para todos los que tenían relaciones con el Paraguay, pues los marinos se alejaron del río Paraná y jamás pudieron penetrar después en son de hostilidades.

Habiendo ya entrado en detalles completos tanto sobre Santa Fe, la Bajada, Goya, Corrientes, Estancias, etc., etc., como acerca del viaje entre la primera y Asunción, diré solamente que una vez más llegué a aquella capital, un mes después de la batalla de San Lorenzo.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXX

Al señor J. G.

Regreso a Asunción. — El ascendiente de Francia. — Arresto y destierro de don Gregorio. — Intrigas de Francia. — Congreso del Paraguay. — Francia, primer Cónsul.

Londres, 1838.

De regreso a Asunción en 1813, aun cuando mi ausencia no había alcanzado a seis meses, encontré que el Gobierno de Yegros tambaleaba. La estrella de Francia se hallaba tan alta en su ascensión, que todos entonces le hacían la corte como, en

Digitized by Google

análogas circunstancias, sucede en todas partes. En cuanto a mí, entregué mis regalos y rehusé toda remuneración por ellos; eludí completamente la política; ni felicité mucho a Francia por sus perspectivas, ni me condolí con Yegros por las suyas; pero mantuve con ambos los antiguos y buenos términos de trato fácil y ocasional. Esperaba así, conservar mi carácter de neutral y refugiarme, en el retiro de mis negocios, contra la tormenta que asomaba en el horizonte político.

Por aquel tiempo acaeció que un Enviado llamado don Nicolás Herrera, fué despachado desde Buenos Aires para intentar el ajuste de un tratado de amistad y comercio con el Paraguay. Esta fué la señal para que Francia volviese a ser llamado al poder. Nadie creyó que los negocios del país estuviesen seguros en otras manos que las suyas, ni que nadie, si no él, tuviese suficiente capacidad política para estipular tratados con un estado extranjero. Buenos Aires, a consecuencia del odio contra ella diestramente fomentado por Francia, empezó a ser considerada, no solamente entidad extranjera, sino como que su política estaba en abierta oposición a las conveniencias del Paraguay. Mora, miembro de la Junta, fué cortesmente despedido; mientras suerte menos envidiable cupo a mi pobre amigo don Gregorio. Fué arrestado y se le intimó abandonase el país dentro de ocho días. Era demasiado hábil y popular para ser tolerado en el mismo empleo con el altanero doctor. Francia llenó las vacantes así producidas en la Junta, convirtiéndose a la vez en miembro de ella y asesor, con facultad, como todos entendieron en aquella sazón y vieron poco después, de hacer lo que quisiera.

El primer ejemplo siniestro de la fría autoridad que había casi imperceptiblemente adquirido, se patentizó con el tratamiento dado a don Gregorio, el compadre universal, el celoso amigo, el poderoso protector de casi toda la gente principal de Asunción. Todos lo abandonaron, ciertamente no porque en su infortunio lo estimaran menos, sino porque estimaban más su propia seguridad. Tales eran los temores que habían empezado ya a abrigar del implacable y celoso temperamento del miembro restaurador de la Junta, Francia.

Confiando, sin embargo, en mi calidad de neutral; sintiendo gratitud por los muchos favores recibidos de manos del proscripto; sorprendido al ver, por primera vez de mi vida y de tan cerca, al ídolo de la víspera convertido en el réprobo de hoy; convencido, además, que Francia no temería ninguna intriga política de mi parte, fuí a visitarle, y, para honor suyo, en este punto incipiente de su carrera, debo mencionar el único caso en que permitió mediación que nunca, ni indirectamente, admitió en período posterior de su cruel reinado.

Habiéndole expuesto los motivos que tenía para desear permiso de visitar a don Gregorio durante los ocho días de su confinamiento y proporcionarle lo necesario, tanto para su comodidad presente como para las necesidades del viaje, Francia me lo otorgó.

Se ordenó a los centinelas que custodiaban al preso, me diesen entrada. Entonces dije a Francia que yo suponía se me permitiese consolar a don Gregorio, admitiéndome como mediador entre él y sus *comadres*. Sonriendo por la alusión, Francia me dijo: "Mr. Robertson, haga lo que le plazca como "entremetido" en este caso. Don Gregorio tiene demasiadas comadres y les presta mucha atención, hasta el punto de ser mi

Digitized by Google

formidable rival; además, es cordobés y charlatán; y los paraguayos detestan ambas cosas. Creo mejor apartarlo del camino, porque tuvo el descaro cuando dejé el Gobierno, de ser asesor, sabiendo que yo lo odiaba y despreciaba. Pero, entretanto, vaya y haga lo que quiere. Solamente prevéngale que se guarde de poner los pies en el Paraguay, aunque sea para visitar a sus comadres".

Había una mirada sarcástica en el semblante de Francia al proferir estas palabras. No solamente ella me habló mucho de su carácter inflexible, pero hizo que aprovechara la primera oportunidad para implorar de don Gregorio que no lo pusiera a prueba. Hallé a mi pobre amigo completamente abatido, y casi inconsolable, hasta que le transmití las frases más placenteras de lo dicho por Francia. Es innecesario decir cuánto mis visitas, cuando Cerda no tenía y no podía tener otros acompañantes, aliviaron su soledad; y de todo punto imposible relatar cómo los muchos billetes bondadosos y los presentes de sus comadres que yo le llevaba, iluminaban sus ojos y lo alegraban, bajo la pena del destierro próximo.

Por fin se embarcó con todo lo que pudo desear; pero, no obstante esto, sus suspiros y congoja dominaron hasta que, cuando se movió río abajo del lugar en que todas las cuerdas sensibles de su corazón habían vibrado muchos años con las simpatías de centenares que lo rodeaban, el bueno y desterrado compadre y asesor dió rienda suelta a su pena deshaciéndose en un mar de lágrimas.

Habiendo entonces determinado claramente desprenderse de todos sus competidores al poder y aproximándose la época de decidir las cuestiones que el Enviado de Buenos Aires había planteado, Francia simuló gran prisa para convocar los diputados que, desde las diferentes regiones del país, debían congregarse en Asunción en el término de tres meses.

Entretanto, llega el señor Herrera, enviado de Buenos Aires. Se le alojó en el antiguo edificio de la Aduana, al cuidado y vigilancia del recaudador de aduanas. Permanece allí una semana, comiendo solo, antes de entrevistarse con un solo miembro del Gobierno; la sospecha y vigilancia siguen sus pasos; oye múltiples rumores relativos al peligro de su persona y ve indicios indudables de la insensatez de esperar ninguna alianza en un país donde, aun entonces, Francia, ejercía tan poderosa influencia.

Todos estos resultados habían sido, silenciosa y cautamente, conseguidos por las intrigas ocultas e infatigables de aquel hombre, o por sus declaraciones vagas a sus criaturas, de *que así sería*. Infundía en las clases inferiores (que componían siete octavas partes de los diputados) la sospecha de que el único objeto de Buenos Aires, enviando embajador al Paraguay, era sujetarlo a sus ambiciosos designios y envolverlo en sus principios revolucionarios, para fomento de sus propios objetivos traidores.

Francia empleó con éxito el tiempo transcurrido entre la promulgación del decreto para la elección de diputados y la reunión del Congreso en la capital, para fomentar la enemistad de sus paisanos hacia Buenos Aires. Atrajo a sus miras a los oficiales con mando de tropas y se hizo conocer personal y familiarmente por el más humilde diputado llegado a la ciudad. El astuto doctor adulaba la vanidad y estimulaba la codicia de todos ellos. El alcalde indio, el pequeño chacarero, el ganadero,

Digitized by Google

el pulpero, el comerciante y el hacendado, todos fueron presas suyas. Con promesas amplias e indefinidas de protección y ayuda a la clase de hombres a que respectivamente pertenecían; con dilación tras dilación que nunca parecían causadas por Francia, fomentó la ambición de los aspirantes al poder y aplazó la reunión del Congreso para dos meses después del plazo fijado. Todo esto tenía lugar después que cada diputado llegaba a la Asunción. Francia tenía así oportunidad, no solamente de aumentar el número de adherentes, fortificar a los convertidos y decidir a los vacilantes, sino de acarrear sobre los empobrecidos diputados incomodidades y gastos, cuando casi no necesitaban el auxilio de las sugestiones del Cónsul para determinarlos al arreglo definitivo de sus asuntos, en la primera sesión del Congreso.

Quizás nunca se ha congregado para deliberar o, mejor dicho, para decidir sin discusión los destinos nacionales, grupo más abigarrado de representantes.

Aquí estaba un tape alcalde con anticuado sombrero tricornio y vieja peluca roja obscura que había sido usada bajo el susodicho sombrero desde tiempo inmemorial. El último también estaba ennegrecido pero tan ornado con cintas rojas, azules, amarillas, mordorés, que no se distinguía mucho el color verdadero. Los calzones de terciopelo negro abiertos en las rodillas, con botones de plata en larga y apretada hilera, y unos calzoncillos finamente bordados colgando como volados de la camisa de un caballero fuera de las mangas de su casaca, estaban sostenidos por una faja colorada atada a la cintura. En consonancia con esto, el alcalde tenía ligas del mismo tinte prendidas con visible ostentación sobre sus medias de seda y grandes hebillas de zapato completaban esta parte de su atavío.

Su caballo estaba aperado de manera no menos original. Cintas en la cola, crines, orejas y colgando de los picos de una anticuada silla de gala, cubierta con lo que alguna vez fué terciopelo punzó o azul, fluyendo en jaspeada abundancia de todos y cada uno de los picos.

Montado en caballo adornado de esta guisa y enseñado a bailar, el alcalde indio con bastón puño de bronce y a veces de oro, símbolo de su autoridad civil, de vez en cuando se exhibía por las calles, durante los obstáculos y dilaciones que precedieron a las sesiones del Congreso. Su caballo con un paje a cada flanco del diputado jinete y los dos necesitados de las mejas decencias de ropa, como su amo abundaba en lo superfluo empezaba un bailecito preliminar; mientras los músicos, no mejor vestidos que los pajes, ensayaban tocar el tono con que la procesión debía moverse. Los amigos y subalternos del alcalde, se mantenían agrupados a caballo durante esta overtura; y con tantos remanentes de primores cortesanos como podían copiar del cura o juntar de los *debris* de las decoraciones de su jefe — un pedacito de cinta, partes del traje dominguero del alcalde, un pañuelo rojo comprado para la ocasión, un sombrerito o un poncho, hacían un acompañante de primera fila incorporado a la procesión. Las graduaciones en importancia de quienes lo seguían, se deducían fácilmente por las personas entendidas en indumentaria india, de la diminución gradual a medida que se descendía de escala de rango, de algún elegante símbolo o divisa ornamental.

Escoltado de este modo, el diputado se ponía en movimiento hasta llegar a la Casa de Gobierno, donde estaba el Carai

Digitized by Google

Francia. Aumentando allí la rigidez de su erguida postura de jinete, con sus ojos inmóvilmente fijos en las orejas del corcel, daba al Carai el espectáculo de un baile ecuestre, una melodía de calabaza y finalmente hacía un homenaje reverencioso. Todo esto lo representaba a caballo y luego partía en la misma danzante, aunque lenta y medida, solemnidad oficial con que había llegado frente a la ventana del Cónsul. Procesiones por el estilo, algunas de mejor pero no menos grotesca clase, a medida que avancéis desde el diputado indio hasta los más considerables propietarios, llenaron las calles durante el tiempo transcurrido entre la convocatoria de los diputados y las sesiones del Congreso.

Se concibe con qué anhelo se esperaba la apertura por los elegidos, todos más o menos embarazados con acompañantes, lejos de su familia y escasos de dinero, alojamiento y provisiones. Cuando al fin se permitió por Francia que llegase el día de la instalación, lo que todos habían presentido se produjo.

Pocas horas después de abiertas las sesiones, se cerraron los debates con el rechazo de todas las proposiciones de amigables relaciones con Buenos Aires. Entonces uno de los colegas de Francia en el gobierno, Caballero, fué despedido y Francia elegido Primer Cónsul, con Yedros, un cero a la izquierda, como segundo, por un año. Esto sucedía en 1814 y, habiéndose representando la farsa de la representación nacional, el enviado de Buenos Aires con temor y temblando, abandonó Asunción el día siguiente; el cuerpo colegiado se disolvió; y los curas, caballeros rurales, acopiadores de yerba, obrajeros, alcaldes, indios, tenderos, abogados, comerciantes, todos gozosamente se desprendieron de sus funciones legislativas. Cada uno se levantó y ensillando su bestia tomó el camino de su casa.

Desde este momento Francia se convirtió *de facto* en déspota absoluto e indiscutido. Sin embargo, no estableció inmediatamente su sistema de terror. Fué por proceso gradual y lenta escala que su corazón se congeló y que sus medidas, primero caracterizadas por la insensibilidad, al fin se mancharon con sangre. Mientras avanzaba hacia la plenitud de su poder y cuando disminuyó el temor de la impunidad, su carácter, por naturaleza duro, se hizo feroz. No hubo "visitaciones de arrepentimiento de la naturaleza" que detuvieran la crueldad en su curso; hasta que, paso a paso, redujo el desdichado Paraguay al estado de desolación y esclavitud en que hoy gime.

Las siguientes anécdotas tienden a demostrar cuál era el fondo del carácter de Francia; y subsecuentes recuerdos dilucidarán cuán fácilmente la severa integridad puede convertirse en despotismo malévolo; y la determinación inflexible derivar hacia la barbarie sin compasión.

Se ha mencionado antes que la reputación de Francia como abogado era no solamente incontaminada por la venalidad sino conspicua por la rectitud.

Tenía un amigo en Asunción, de nombre Domingo Rodríguez. Este hombre había echado una mirada codiciosa sobre la viña de Nabor, y este Nabor, de quien Francia era enemigo declarado, se llamaba Estanislao Machain. No abrigando ninguna duda de que el joven doctor, como otros abogados, tomarían su causa injusta, Rodríguez le expuso el caso y requirió, con un buen honorario, que lo patrocinase. Francia vió al punto que las pretensiones se apoyaban en fraude e injusticia; y no solamente rehusó ser abogado sino que claramente le dijo que

Digitized by Google

por mucho que detestaba a su antagonista Machain, con todo, si él (Rodríguez) persistía en un pleito inicuo, aquel antagonista tendría su (de Francia) más decidido sostén. Pero la codicia, como la historia de Ahab nos demuestra, no declina fácilmente sus pretensiones; y, a despecho de la prevención de Francia, Rodríguez insistió. Como era poderoso en punto a fortuna, todo se encaminaba contra Machain y su malhadada viña.

En este estado de la cuestión Francia se embozó una noche en su capa y se dirigió a casa de su enemigo inveterado. El esclavo que abrió la puerta, sabiendo que su amo y el doctor, como las casas de Capuletos o Montescos, eran recíprocamente lo mismo que humo en los ojos, rehusó recibir al abogado y corrió a informar a su amo de tan extraña e inesperada visita. Machain, no menos sorprendido por el hecho que su esclavo, vaciló algún tiempo; pero al fin se determinó recibir a Francia. Entró el silencioso doctor en el cuarto de Machain. Todos los papeles relativos al pleito—bastante voluminosos, según me aseguraron—, fueron extendidos sobre el escritorio del demandado.

"Machain", dijo el abogado dirigéndose a él, "usted sabe que soy su enemigo. Pero sé que mi amigo Rodríguez medita, y lo hará ciertamente a menos que yo intervenga, promover contra usted una acción de burda e ilegal agresión; he venido a ofrecerle mis servicios para su defensa".

El asombrado Machain apenas podía dar crédito a sus sentidos; pero derramó la ebullición de su gratitud en términos de agradecida sumisión.

El primer escrito presentado por Francia al juez de alzada confundió al abogado contrario y asustó al juez que estaba del lado de ellos. "Amigo mío, dijo el juez al abogado del actor, "no puedo proseguir en este asunto a menos que usted compre el silencio del doctor Francia". "Lo intentaré" dijo el abogado y fué al defensor de Nabor provisto de cien doblones (unas trescientas cincuenta guineas) que le ofreció como soborno para que dejase seguir el pleito su camino inicuo. Considerando también que su mejor presentación sería un indicio de que esta gratificación era ofrecida con acuerdo del juez, el abogado pícaro insinuó al honrado de que así era en efecto.

"Salga usted de mi casa", dijo Francia, "con sus viles pensamientos y vilísimo oro".

Salió el venal marmitón del injusto juez, e inmediatamente, poniéndose su capote, el ofendido abogado se encaminó a la residencia del juez de alzada. Relatando brevemente lo ocurrido entre él y el esbirro, "Señor", continuó Francia, "sois desgracia del derecho y borrón de la justicia. Estáis, además, en mis manos; y si mañana no tengo sentencia en favor de mi cliente, os haré sentar en banco demasiado caliente para vos, y la insignia de vuestro empleo judicial se convertirá en emblema de vuestra vergüenza".

El día siguiente trajo la resolución favorable al cliente de Francia. Nabor conservó su viña; el juez perdió su reputación; y la fama del joven doctor se extendió por todas partes.

¡Ay! que acción tan magnánima en sí se esterilizase con el recuerdo que la verdad histórica exige, pues tan pronto como Francia hubo vindicado el derecho y justicia en la causa de su enemigo, revivió la antigua antipatía; y una de las muchas víctimas, en época posterior, del descontento del Dictador, fué el mismo Machain a quien había tan noblemente servido.

Digitized by Google

Con ocasión de la instalación de la Junta que suplantó, en el Paraguay, la autoridad de España, se agitó por un número de los primeros ciudadanos reunidos con este propósito en Casa de Gobierno, la cuestión de si el gobierno del país debía ejercerse en nombre de Fernando VII. Francia, cuya idea era por la negativa, entró en el recinto de las deliberaciones en lo más acalorado del debate. Dirigiéndose a la mesa y tomando colocación entre varios funcionarios oficiales, colocó ante él un par de pistolas cargadas, y dijo: "Estos son los argumentos que traigo contra la supremacía de Fernando VII". De argumento tan práctico y atrevido no hubo apelación, y Francia, así, como realmente estaba en la boca del cañón, forzó a sus paisanos a la primera declaración directa en Sud América, de absoluta independencia de la vieja España.

Tan pronto como, por el tumultoso y unánime voto del Congreso, Francia se sentó en la primera silla consular, su aire se hizo gradualmente más austero; sus medidas fueron más desprovistas de conciliación; su palabra se hizo más brusca, su tono más imperativo; y era evidente para mí, como para muchos otros, que estaba ya quitándose la máscara con que de mala gana y durante largo tiempo había ocultado sus designios y proyectos ambiciosos. Una siniestra señal de despotismo empezó luego a cundir en el Paraguay: nadie se atrevía a abrir los labios sobre política. Entre los primeros actos legislativos de Francia hubo uno de singular degradación para los españoles.

Habían corrido vagos rumores, cuando el Cónsul vivía retirado, de que era menos enemigo de los españoles de lo que generalmente se suponía. Estos rumores se hacían circular por sus opositores; y a fin, no solamente de hacerlos cesar, sino de enseñar a los españoles cuán poca razón habían tenido de felicitarse por el rumor, decretó que dentro del territorio del Paraguay no se les permitiría contraer matrimonio exceptuando con negras y mulatas. Si el objeto de Francia, como indudablemente fué, era mortificar amargamente a los orgullosos nativos de la vieja España, hombres que hasta entonces habían despreciado la mejor sangre americana como solamente incontaminada en cuanto estaba mezclada con la de ellos, el plan elegido era el más eficaz. El bando, pregonado al son de tambores y pitos, cayóles como un rayo; pero aunque sentían tan agudamente la intención de degradarlos, se guardaron muy bien de manifestar su indignación o aun su pesar. No se mortificaron menos que los españoles las damas asunceñas de pura sangre blanca; pues no solamente estaban en trámites muchas bodas, sino que siempre se había considerado por las mejores señoritas, mayor honor casarse con un gallego tendero que con un caballero paraguayo.

Entretanto, mi trato con el Cónsul no solamente continuaba sino que aumentaba. Tenía frecuentes llamadas para acudir a verle en Casa de Gobierno o, como se llamaba oficialmente, el Palacio.

Nuestras entrevistas eran siempre por la tarde y se prolongaban a veces hasta las once de la noche. El mayor placer de Francia era hablar del "Ministerio de la Guerra" y abordaba las minucias más absurdas con deleite completamente infantil.

Una vez entró el armero con tres o cuatro mosquetes reparados. Francia los puso uno por uno en el hombro y apuntando como para hacer fuego, apretaba el gatillo. Cuando el pedernal

Digitized by Google

sacaba chispas, se encantaba el Cónsul, y me decía: "¿Qué cree usted, Mr. Robertson, mis mosquetes llevarán una bala al corazón de mis enemigos?"

Otra vez el sastre se presentó con una casaca militar para un granadero recluta. Se hizo entrar al hombre para quien estaba destinada y se le hizo desnudar para probársela, y consiguió al fin, después de algunas tentativas torpes, meter los brazos. La casaca no era militar a mis ojos, pues creía que el talle alto y los cortos — los cortísimos — faldones del granadero de Francia eran más bien ridículos. Sin embargo, era una casaca de acuerdo con la fantasía del Cónsul, y elogió al sastre y dijo al soldado que se cuidase de no tener jamás una mancha sobre ella. Luego dijo en francés, haciéndome seña con la cabeza: "C'est un calembourg, Monsieur Robertson, qu'ils ne comprendent, pas."

Finalmente entraron dos mulatos tiesos, uno trayendo un morrión de pelo y el otro correajes y canana obscuros. Todos fueron ajustados al soldado mártir en cuyas manos, finalmente, puso un mosquete. Luego dijo: "Mr. Robertson, ahí tiene el modo cómo se equipará cada uno de mis granaderos". Tales exhibiciones ocurrían con frecuencia, y siempre producían alegría y buen humor en Francia. La compañía de granaderos era su gran caballito de palo; y nunca vi a una niñita vestir su muñeca con más seriedad y deleite que los que Francia ponía para vestir y equipar a cada granadero de la guardia.

Cuando concluía con sus maniobras pueriles, en seguida me invitaba a volver a tomar asiento; y reasumía su carácter natural. Yo era, generalmente hablando, oyente para los temas que el Cónsul prefería exponer. No me apenaba por esto; pues mi objeto era más descifrar su carácter y obtener informes que perder las oportunidades de conseguir ambas cosas, hablando yo. En una de estas ocasiones, sin embargo, inicié un tema por el que no solamente sentía gran interés, sino que yo sabía que nadie sino él era tan capaz de darme amplia y correcta información. Este era el tema de los jesuítas; y en la siguiente carta os presentaré a la sociedad de esos hombres célebres.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXXI

Al señor J. G.

LOS JESUÍTAS.

Londres, 1838.

"Señor Cónsul", dije, "por todo lo que oído y leído, parece que los jesuítas han establecido y puesto en práctica un sistema el gobierno, político y eclesiástico, en el Paraguay, que nunca ha tenido igual. Sé que nadie está más preparado que vuestra excelencia para ilustrar un tema que, para algunos, está envuelto en el misterio y para los más es objeto de conjetura y especulación. Las referencias que se nos dan de los jesuítas son muy contradictorias. Algunos los levantan hasta el cielo; otros los abruman con vituperios; algunos atribuyen sus acciones a principios casi angelicales; mientras otros se contentan apenas con

Digitized by Google

clasificarlos como retoño de ángeles, sí, pero caídos. Si vuestra excelencia me hace el favor de penetrar un tanto en la filosofía y verdad del caso, le agradeceré grandemente".

El Cónsul no era partidario de los jesuítas, y esto explica en mi concepto el dejo de parcialidad y a veces aspereza que coloreaba muchas de sus observaciones, y más o menos llenaban toda su exposición. Os daré, junto con la substancia de lo que me dijo en varias conversaciones, la información que he recogido de otras fuentes, tanto como de observaciones personales con ocasión de un viaje que hice a Misiones. El Cónsul pintaba a los jesuítas como "unos pillos ladinos". El fundador Ignacio Loyola, decía, fué uno de los hombres más audaces y astutos que han respirado. Francia describía la sede apostólica como muy diligente para prestar oído benévolo a los proyectos de engrandecimiento clerical; y ciertamente ninguno que alguna vez se hubiera presentado a su atención fué tan espacioso o sostenido con tanta habilidad como por Loyola. Empezó por persuadir al papa que si se concedían ciertos privilegios y exenciones clericales, él (Loyola) establecería una sociedad que superase a todas las precedentes en la evangelización de paganos; en atraerlos al redil de Cristo, bajo el dominio temporal del papa. Lo que Loyola prometió, se hizo. Cantidad de emisarios se dispersaron por Europa, Asia y Africa, y su éxito en la propagación del Evangelio se consideró milagroso. La compañía de los jesuítas se organizó en 1540 como corporación religiosa, con autorización formal del papa; y los primeros miembros de ella que vinieron a América cruzaron el Atlántico en 1549, con la expedición portuguesa que, al mando de don Tomás de Sosa, gobernador del Brasil, desembarcó aquel año, en la Bahía de Todos los Santos.

Trabajaron con tal éxito que cuarenta años después de su desembarco en las costas del Brasil, habían no solamente edificado colegios y casas de residencia en la mayor parte de las principales ciudades sudamericanas, sino que se habían afirmado en treinta establecimientos propios, con cien mil habitantes, en las márgenes del Paraná y Uruyuay.

El tráfico de los jesuítas con Buenos Aires, Asunción y Corrientes era grandísimo. Afectando gobernar todos sus establecimientos bajo el principio de la comunidad de bienes y habiendo persuadido a los indios de que ellos participaban igualmente con sus pastores los beneficios derivados de su trabajo en común, los jesuítas hicieron servir a su propio engrandecimiento la tarea de cien mil indios esclavos. Les enseñaron agricultura y artes mecánicas; hicieron de ellos soldados y marinos; les enseñaron a criar ganados, preparar la yerba y producir azúcar y cigarros. Pero, mientras las iglesias y casas de residencia se construían con acabado esplendor, el arquitecto y el albañil indio habitaban en chozas de barro. Mientras los padres tenían todas las comodidades y aun lujos, que podían proporcionar el carpintero y el tapicero; y mientras las iglesias ostentaban bellos modelos de arquitectura, tallado y bordado, el obrero indio escasamente tenía una mesa y una silla, muy rara vez un lecho y nunca otra colgadura o colcha que un poncho ordinario. Los indios hacían zapatos, pero solamente los padres los usaban; y exportaban el sobrante. Cantidad de azúcar, mate, cigarros, dulces y maíz se enviaban anualmente a Buenos Aires; pero el pobre indio difícilmente obtenía una

Digitized by Google

magra porción de sal para su mandioca, y para su raro plato de carne. Los soldados no eran pagados y los marinos no tenían recompensa. Las barcas construídas por una clase de súbditos misioneros se empleaban primero en sacar los artículos producidos con el sudor del rostro de otros y luego en traer de retorno adornos para las iglesias y lujos para los padres y sus amigos. Es cierto que el indio era alimentado y vestido con los productos de la comunidad; pero tan escasa y desproporcionadamente, que mientras sus ganancias podían montar a cien pesos por año, su alimento y vestido nunca costaba la mitad de esa suma. Se le acordaban dos días por semana, para cultivar una parcela de tierra; pero lo que le producía iba en diminución de los suministros salidos de los depósitos públicos. En resumidas cuentas, era la misma cosa. La "comunidad" (es decir, la de los padres) era también gananciosa con la labor personal del indio. El gasto público se disminuía con su trabajo individual por su propia cuenta; y mientras los padres reclamaban y obtenían gran reputación por esta liberal concesión de tiempo para el indio en su beneficio, sabían que su sofisticación iba también en apoyo de su principio fundamental—el engrandecimiento de la Compañía.

Es por innumerables actos de esta clase — ostensiblemente plausibles; pero en realidad astutos y egoístas—que el mote de "jesuíta" se ha convertido en designación de uso no muy honorable.

La caída de los jesuítas se atribuye a la combinación de la influencia clerical y el poder político que poseían. En tanto que se limitaron al cuidado de sus rebaños y mientras su situación política fué débil o precaria, adelantaron y prosperaron; pero cuando habían utilizado aquellos rebaños para su engrandecimiento y, año por año, por bulas papales y concesiones reales, se habían aislado y retirado del control de los diocesanos, virreyes y gobernadores, se encontraron en falsa posición y allanaron el camino para su propia caída. Infestaron la corte de Madrid con sus intrigas y entorpecieron a los gobiernos locales de América con su rebeliones; hasta que por orden de Carlos III, su ministro el conde de Aranda transmitió al virrey Bucareli la orden precisa de expulsarlos de sus establecimientos de Sud América. Sus propiedades fueron confiscadas por el gobierno; su autoridad fué cedida a los poderes civiles y militares del país, y aunque los establecimientos de Misiones, mediante corrupción y desgobierno, han decaído gradualmente y algunos de ellos están hoy en ruinas, sin embargo, Francia era de opinión, y con él muchos otros, que fué para bien del país que los jesuítas habían sido expulsados.

En cuanto a la riqueza poseída por los jesuítas, grande como fué, tengo la convicción que siempre se le ha dado valor ínfimo y por la siguiente razón: que quienes la han avaluado nunca han tenido en cuenta *el valor de los indios*. Pero en ellos estaba la riqueza principal y de su labor se derivaba, puede decirse, la suma total de la renta producida por los establecimientos de Misiones. Prescindir de este factor equivale a tener un concepto erróneo del asunto.

Había cien mil indios que habitaban en Misiones, incluyendo hombres, mujeres y niños; y los estimo en cuarenta libras esterlina por cabeza, sobre esta base; suponiendo que hubiera treinta mil trabajadores y ganasen solamente veinte libras por año, de las que diez se empleaban en alimentarlos y

Digitized by Google

vestirlos y diez para la "comunidad" de los jesuítas, éstos ganaban con el trabajo de sus esclavos £ 300.000 anuales; esto es, la ganacia líquida del trabajo de treinta mil obreros a £ 10 cada uno, £ 300.000. Ahora, si tomáis la total población india por cien mil y lo avaluáis como riqueza, en £ 40, por cabeza, os dará la suma de £ 4.000.000. El interés de £ 300.000 sobre esto, monta a siete y medio por ciento solamente, que, en aquel país es interés bajo. El hecho es, sin embargo, que los jesuítas obtenían mucho más, cuando todas sus ganancias comerciales, provenientes del trabajo indio, se toman en cuenta; pero admitiendo que la cifra se mantenga simplemente así, la siguiente puede tomarse como correcta y de ningún modo exagerada valuación de la riqueza del cuerpo jesuítico en los pueblos misioneros.

Había treinta pueblos, algunos sobre ambas márgenes del Paraná. Candelaria era la capital, pero si tomamos el establecimiento de San Ignacio Miní, como término medio, en cuanto a población y riqueza, fijando el valor de aquel establecimiento, y multiplicando el resultado por treinta, tendremos una demostración tan aproximada como los números pueden dar, del valor total de todas las Misiones, en la época de la expulsión de los jesuítas. Con esta base se encontrará muy aproxmado el siguiente cálculo:

VALOR DE LA MISIÓN DE SAN IGNACIO MINÍ

3.500 indios a £ 40 c|u	£	140.000
5.000 cabezas de ganado a 5.8 c|u	"	2.000
1.600 caballos a 5.4 c|u	"	320
2.000 yeguas a 5.4 c|u	"	200
700 mulas a 5.8 c|u	"	280
500 asnos a 5.4 c|u	"	500
5.000 ovejas a 5.2 c|u	"	500
Construcciones, es decir, templo y casa de residencia	"	20.000
Territorio 4 leguas en cuadro o 16 leguas cuadradas a £ 40	"	640
Ornamento de iglesia y plata	"	24.000
Así el valor total de esta misión era:	£	188.040

Multiplicamos luego la cantidad por treinta y ¿cuál será el resultado? Pues, £ 5.641.200.

Más de cinco millones y medio de nuestra moneda; que era verdaderamente el capital poseído por los jesuítas sólo en Misiones, para no mencionar el valor de sus suntuosas casas de temporalidades e iglesias en todo pueblo de América. Esto era ciertamente demasiado capital para cualquier corporación de hombres que lo poseyera en aquel país relativamente pobre, especialmente cuando la influencia de él emergente, se aumentaba con el pavor religioso, la importancia política y los medios de resistencia física.

Considerando que los comerciantes más ricos de Asunción no poseían más de siete u ocho mil libras esterlinas; los tenderos, no más de cuatro o cinco mil; ni los propietarios de tierra, más de tres o cuatro mil; viendo que todos éstos, contraídos a su engrandecimiento individual, eran incapaces de asociarse con un propósito de resistencia nacional, especialmente a expensas de su propia fortuna; y no solamente esto, sino que

Digitized by Google

gran parte de ellos estaban intimamente ligados con los jesuítas, debe confesarse que los últimos tenían mucha más influencia en el país de la que correspondía.

Todos los años añadían nuevos prosélitos a su secta y nuevos adherentes a su partido; de modo que por su riqueza, su influjo político y religioso y su creciente interés en unión con los particulares, la medida de la expulsión de los hijos de Loyola, si al principio parece haber sido rigurosa, después de reflexionar, quizás no se encuentre que haya sido inoportuna o prematura.

Hay aún algunos lánguidos adherentes y partidarios suyos en el Paraguay; y éstos esperan la llegada de los Padres como los judíos la del Mesías.

Habiendo manifestado al primer Cónsul mi deseo de visitar los establecimientos, en rápida decadencia, de los jesuítas, me dijo que sería feliz en darme cartas para los gobernadores de aquellos que estaban en jurisdicción del Paraguay; y mediante ellos, me informó, encontraría fácil acceso a toda información que desease obtener. Agradecí a su excelencia por la información que había obtenido de él y también por su ofrecimiento de cartas de recomendación.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXXII

Al señor J. G.

LOS JESUITAS

Dificultades que encontraron. — Los Paulistas y Mamelucos. — Establecimientos de las colonias de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio. — Su abandono y destrucción. — Peligrosas aventuras de los colonos. — Se restablecen sobre el Ibicuy en las propiamente llamadas Misiones.

Londres 1838

En mis dos últimas cartas he tratado de describiros, pero en términos generales, el origen, desarrollo y caída de los jesuítas. En la presente y dos o tres que siguirán, entraré un poco más en detalles ilustrativos de lo que ya se ha dicho.

Os apuntaré algunas de las dificultades con que los jesuítas primitivos tuvieron que combatir y demostrar su destreza para vencerlas. Trataré de su modo de gobernar a los indios; de la manera en que los gobernadores fueron expulsados por el gobierno español; y del estado en que los dejaron. Trataré de determinar las causas de la decadencia en que posteriormente cayeron; y, relatando en pocas palabras lo que ví con mis ojos, en mi visita a los indios, concluiré con una narración breve del casi total aniquilamiento en que desde entonces han caído.

En estrecha conexión con las dificultades opuestas al establecimiento de los primeros jesuítas desembarcados en Sud América, estuvieron las hostiles y feroces invasiones traídas contra sus nacientes colonias por los pobladores portugueses de la provincia de San Pablo, cuya capital lleva el mismo nombre. La fundación de esta ciudad fué por el año 1554; está a doce leguas al interior del puerto de San Vicente en L. S.

Digitized by Google

23°. 30°. y S. O. 46°. 30°. Por el aumento de sus habitantes con filibusteros y merodeadores de pésima clase procedentes del Portugal. y con piratas armados en Holanda, la ciudad de San Pablo pronto se convirtió en terrible azote para todo el país circunvecino.

Los habitantes, de llamarse paulistas, por el nombre que habían dado a la capital de su colonia, antes de mucho tiempo se llamaron "mamelucos", que expresaba la gente más temida por los españoles y portugueses, asociada a sus recuerdos nacionales. A sangre y fuego, impudicia, sacrilegio y pillaje, los paulistas llevaban la devastación tras de sí y esparcían el terror y desaliento doquiera llegaran. Sus primeras invasiones fueron contra los indefensos indios guaraníes. Los robustos entre éstos fueron arrancados de sus hogares para cultivar los campos de los mamelucos; los invasores se apropiaron las esposas e hijas de los aborígenes; mientras los ancianos, débiles y niños eran invariablemente matados a filo de espada.

Durante estas atrocidades los jesuítas llegaron al país; y mientras algunos fundaron colonias pequeñas en el Brasil, el mayor número se internó hasta orillas de los ríos Paraná y Uruguay.

Las inauditas atrocidades de los mamelucos, pronto despoblaron la región circunvecina de aquellas tribus indias que permanecían en estado aborígen, sin juntarse para protegerse mutuamente al amparo del sistema colonial de los jesuítas. Sin duda, la benignidad del gobierno y el carácter de éstos, comparados con las prácticas feroces de los paulistas fueron, en el primer caso, muy conducentes para atraer hacia los discípulos de Loyola, el de otro modo increíble número de indios guaraníes que se cobijaron bajo su ala.

Rabiosos por la falta de sus presas de indios, no menos excitados por la sed de saqueo, los mamelucos invadieron los establecimientos misioneros del Brasil y, no solamente saquearon los pueblos nacientes y se llevaron los habitantes, sino que al fin literalmente extirparon de raíz numerosas colonias allí establecidas y mataron o expulsaron a los jesuítas que las habían fundado.

Hecho esto, sus costumbres salvajes y depredatorias los condujeron en seguida a hacer incursiones en la provincia llamada La Guaira, entonces perteneciente a España, situada sobre las riberas del Paraná y colonizada por numerosos misioneros al frente de sus respectivas reducciones o establecimientos de indios guaraníes. Lo mismo que los paulistas habían hecho en los establecimientos portugueses de la provincia de San Pablo y en otras partes, procedieron a hacer en los españoles de La Guaira. Los arruinaron uno después de otro; sacaron todos los indios robustos; asesinaron a ancianos y niños; pillaron la propiedad; quemaron las casas; y otra vez mataron o dispersaron a los jesuítas. Todos estos hechos y muchos más están minuciosamente detallados por el Comisionado Alvear en su muy interesante informe, redactado en su carácter oficial, y titulado "Relación Histórica y Geográfica de la Provincia de Misiones". (1)

La misma persona hace la siguiente afirmación: "Por este tiempo (1630) los paulistas vendieron en el mercado de

(1) Este informe manuscrito está en poder de Sir Woodbine Parish.

Digitized by Google

esclavos de Río de Janeiro sesenta mil indios, según informo oficial dirigido a S. M. C. por don Esteban Dávila, quien tocó en aquel puerto en camino para instalarse en el gobierno de Buenos Aires en 1637".

Esta relación de los paulistas era necesaria para que comprendáis las dificultades en general que los primeros jesuítas emigrados a Sud América tuvieron que afrontar; pero también la he hecho para que comprendáis mejor la naturaleza específica de los extremos a que se vieron a veces reducidos, para escapar de la hostilidad bárbara e implacable de sus enemigos paulistas.

Por vía de ilustración elijo un ejemplo, entre muchos.

En 1630 se fundaron los dos primeros establecimientos misioneros de la Guaira: uno sobre el Pirapó, afluente del Paraná y otro distante pocas leguas. El primero se llamó Nuestra Señora de Loreto y el segundo San Ignacio Miní. Estaban dirigidos por los dos más hábiles y celosos servidores de la Compañía, el Padre Antonio Ruiz de Montoya y el Padre Cataldino, que juntos cruzaron el país desde Asunción, para hacerse cargo de las colonias nacientes. Aumentaron tan pronto en población e importancia que se convirtieron en núcleo a cuyo contorno se agruparon la mayor parte de las tribus vecinas de indios hasta entonces no sometidos. No solamente así sino que aquellos dos pueblos se hicieron lugar de refugio para los indios tapes que huían de las otras reducciones jesuíticas de Guaira, al ser sucesivamente destruídas por los paulistas. En conclusión los ayuntamientos de Loreto y San Ignacio eran los únicos dos que quedaron, con población de doce mil habitantes, bajo la superintendencia de siete jesuítas cuyo jefe era el padre Montoya. Los paulistas, por esto, tendieron todos los músculos y pusieron en acción todos los recursos, para la destrucción de estos dos últimos, los más importantes y a la sazón consagrados establecimientos. Los jesuítas que encontraron la resistencia imposible, decidieron retirarse. Esta retirada que, en circunstancias ordinarias, la prudencia común y el cálculo serio, habrían declarado completamente impracticable, fué, bajo el temor de la destrucción inminente, como única alternativa, preparada por los hombres que la dirigieron con un ardor que hizo honor a su coraje, y una prudencia característica de su calma y previsión. Estaban rodeados por enemigos, — los paulistas por un lado, y muchas tribus indias, todavía no sometidas, por el otro. Fueron vigilados, intrigados y al fin atacados aun por los colonos españoles de la margen occidental del Paraná, que celosos de que tan crecida población dejase el país, hicieron todo lo que estaba en su poder para evitarlo.

Sin embargo, en medio de todos estos obstáculos y peligros circundantes, los jesuítas construyeron setecientas balsas (1); juntaron sus mercaderías y bienes muebles; embarcaron sus penates, cerraron los templos y se llevaron los restos de tres mártires de su hermandad. Luego vieron felizmente a bordo su rebaño de doce mil indios; y por fin, em-

(1) La balsa se construye con la unión de dos canoas. Esto se hace mediante tacuaras fuertes de seis pies de largo colocadas encima y atadas a las dos canoas como para formar lo que responde a todos los fines de la cubierta; mientras las canoas pueden considerarse como el casco de buque.

Digitized by Google

barcándose ellos mismos, se entregaron a la corriente del Paraná. Habían zarpado nada más que muy breve tiempo antes que los paulistas entrasen y los pueblos fueran reducidos a cenizas.

El objeto de los jesuítas era navegar río abajo, y, uniéndose a las misiones establecidas en el Entre Ríos y el Paraná, conservar su colonia, y poner la fundación de dos pueblos con el nombre de aquéllos que, después de residir en ellos veinte años, habían abandonado con tanto disgusto pero tan imperiosamente.

Después de eludir o derrotar a sus enemigos, alcanzaron en pocos días lo que parecía mayor obstáculo de la naturaleza para su progreso que cualquiera que les pudiese ofrecer el hombre. Ese era el Salto Grande, o Gran Catarata del Paraná, que he descripto en carta anterior. Se extiende distancia de quince a diez y ocho leguas precipitándose su torrente con impetuosidad acelerada, arrojando sus espumas a gran altura, perforando rocas y rugiendo con ruído semejante al trueno.

Navegar en él sólo puede haber sido soñado por hombres desesperados. Sin embargo, los jesuítas lo intentaron. Lanzaron trescientas balsas vacías, con esperanza de que algunas escapasen a la furia del torrente, y que así, su colonia, siguiendo por tierra, pudiese encontrar algunos de sus barquitos en el otro extremo de las cataratas.

No se habían deslizado dos minutos desde sus amarraderos, sin que cada una de ellas, en presencia y para desaliento de la banda migratoria, no se hubiese hecho mil pedazos.

La colonia se vió obligada luego a abandonar las otras cuatrocientas balsas; tomar cada uno atado al hombro y cayado en mano; mientras las mujeres llevaban sus hijos imposibilitados en la espalda, y los jesuítas a vanguardia, todos dieron cara a la tarea ardua de abrirse paso en bosques casi impenetrables, vadear riachuelos, despejar espinas y zarzas, subir y bajar collados; hasta que por fin, tras un viaje arriesgado y trabajoso de ocho días alcanzaron el pie de la catarata. Aquí fueron obligados a acampar al raso varias semanas para construir nuevas balsas. Vivían de las frutas y raíces que encontraban en los bosques, y de los pájaros y animales que alcanzasen con sus flechas, hasta que, embarcándose de nuevo, y no siendo ya la navegación obstruída por ningún impedimento, los jesuítas y su rebaño llegaron, por junio de 1632, a la tierra prometida, que tanto tiempo habían buscado. Aquí en un territorio fértil, bañado por el Ibicuy, afluente del Paraná, volvieron a levantar los pueblos de sus santos favoritos, Nuestra Señora de Loreto e Ignacio.

Allí se incorporaron como parte de la gran familia ya establecida en las Misiones, propiamente dichas; y los emigrantes guaireños formaron dos de los treinta establecimientos de que, los sucesores de aquellos jesuítas que habían dirigido este éxodo, fueron eventualmente expulsados.

Muchas más penalidades encontraron los jesuítas, y muchas vidas se perdieron, en sus jornadas a través del Gran Chaco, y en sus esfuerzos para formar establecimientos en otros lugares. Pero lo dicho bastará para ilustrar los primeros puntos que prometí abarcar en el comienzo de esta carta: a saber, las dificultades que los primitivos jesuítas tuvieron que afrontar, su fortaleza para combatirlas y su destreza en vencerlas.

Digitized by Google

En la carta siguiente trataré del modo en que los jesuítas gobernaron a sus súbditos indios.

Vuestro etc.

J. P. R.

CARTA XXXIII

Al señor J. G.

LOS JESUITAS

Su manera de gobernar. — Su primer principio. — Segundo principio. Detalles de Doblas. — Tercer principio de gobierno. — La comunidad de bienes. — Observaciones de Doblas al respecto.

Londres, 1838.

La forma de gobierno instituída por los jesuítas contribuyó única y admirablemente a la consecución de los fines que tuvieron en vista. Que esos fines eran la sujeción completa de los indios por medios pacíficos, y subordinarlos el engrandecimiento temporal de los adherentes de Loyola, pienso que los hechos siguientes lo demostrarán con bastante claridad. Que, junto con la exacción de su trabajo, se inculcaba la religión, se mantenía el orden, y se fomentaba un conocimiento de las artes mecánicas entre los indios, aunque muy cierto, nada tiene que ver en este punto. Estos hechos demuestran, en efecto, la sabiduría de los jesuítas, desde que, sin algo de tal cimiento, ningún gobernante puede esperar recoger mucho beneficio de los esfuerzos de sus súbditos. Los jesuítas, estableciendo una buena forma de gobierno, buscaron el provecho y adelanto de su orden; y, con moderación, eso era un fin legítimo. Pero la cuestión real que se nos presenta no es esta: es, ¿beneficiaron ellos al indio? ¿Se levantaron progresivamente en la escala social? ¿Era la condición de los últimos colonos mejor que la de los primeros conversos? Temo que deba darse una negativa a todas estas preguntas. Y si consideramos, con referencia a la última, que los indios estuvieron ciento cincuenta años bajo el dominio exclusivo y absoluto de los jesuítas, sin avanzar un paso en la adquisición de conocimientos o propiedad, hemos de concluir seguramente que allí no podía haber habido aquellos conatos piadosos o celosos de mejorar su estado (entiendo, el de los indios) de que tanto hemos oído.

Principio fundamental del gobierno jesuítico era, que constituían un cuerpo distinto de los poderes civiles o eclesiásticos de la comunidad en general. Declaraban, es cierto, obediencia y rendían homenaje al rey; pero, *de facto*, no permitirían que en sus instituciones, leyes y gobierno práctico fuesen intervenidos, sea por él, por su delegado el virrey, o por el obispo.

Para tomar tan alta posición y hacer efectivas sus pretensiones con tanta amplitud, se requería, naturalmente, larga perseverancia, esfuerzo incesante y unido, junto con infatigables peticiones de nuevos privilegios, y constante ampliación y abuso de estos, en la práctica, cuando los obtenían. Ni estos planes sistemáticos habrían tenido el éxito que tuvieron, a no ser ayudados por la gran distancia a que estaban los jesuítas de la autoridad real y papal; ni menos, en adición a esto, que el cuerpo político-religioso no hubiese alcanzado tal riqueza por

Digitized by Google

su tráfico, y tal poder por el número y ciega sumisión de sus súbditos, como para hacerse siempre respetado y a menudo temido por los gobiernos circundantes del país.

Nunca oí de ningún *imperium in imperio* como este.

El siguiente rasgo notable del gobierno jesuítico era la estricta, la completa subordinación a su superior en que vivía cada inferior de la orden. No menos notable era el dominio absoluto ejercido por el jefe de la corporación sobre cada miembro de ella. La obediencia de los miembros de nuestra estructura física a la volición, es el único símil con que puede ilustrar la subordinación de los jesuítas a su superior.

La compañía tenía un solo Superior que presidía todas las misiones. Su residencia era Candelaria, como punto central desde donde podía fácilmente visitar los demás establecimientos en derredor. ¡Este superior tenía dos vicesuperiores, o tenientes, que vivían, uno en las riberas del Paraná, y otro en las del Uruguay. Ayudaban al superior en la administración de los asuntos concernientes a las varias reducciones, pero con completa subordinación a él. Además de estos funcionarios que dirigían los negocios más importantes de la comunidad, cada asiento tenía su cura particular asistido por otro sacerdote y, a veces por dos, conforme a la extensión y población.

Los asuntos espirituales y temporales de cada pueblo estaban enteramente confiados al cuidado de sus respectivos curas. De estos, uno oficiaba en el altar, y enseñaba escasos rudimentos de lectura y escritura a los neófitos. El otro vigilaba el departamento agrícola, los rodeos de ganado y los hombres entregados a las artes mecánicas, de que era también maestro.

El gobierno y policía civil de los indios estaba nominalmente a cargo de ellos mismos, pero realmente del cura. Tenían su alcalde, jueces y municipales; pero, sin aprobación del cura, o pai, como le llamaban, nada podía hacerse. El tribunal del consejo común (para hablar así) se reunía diariamente; informaba al omnipotente pai; y recibiendo instrucciones de lo que debían hacer, procedían a darles cumplimiento estricto.

Sobre este punto, Doblas dice. "Uno de los cuidados más grandes (1) quizá el mayor de los curas, era conservar igualdad perfecta entre los indios, tanto en punto de indumentaria como en asistencia regular al trabajo; de modo que el alcalde y alcaldesa eran requeridos a estar los primeros en el sitio elegido para la labor del día, y se les unían los demás obreros: — así sucedía también con los municipales y sus esposas. A ninguno de ellos le era permitido usar zapatos, ni ninguna banda distintiva; ni tampoco variar el modo general de usar lo que tenían. Todo estaba en un pie de estricta igualdad. La sola distinción acordada al alcalde y regidores, era el permiso, en días de funciones públicas, de llevar sus varas negras, y vestir

(1) *Memoria sobre las Misiones*, publicada en Buenos Aires, en noviembre de 1836, por don Pedro de Angelis. Don Gonzalo de Doblas fué nombrado por el virrey Vértiz, gobernador de la provincia de Concèpción de Misiones, en 1781. Catorce años habían solamente corrido después de la expulsión de los jesuítas; de manera que el gobernador tuvo óptima oportunidad de obtener información exacta. La agudeza de su mente, la sencillez de la narración y la imparcialidad de su juicio, lo hacen en mi opinión, una de las mejores autoridades y escritores entretenidos sobre Misiones. La relación de lo que vió es lamentablemente exacta y entretenida; pero sus bien intencionadas indicaciones de mejoras fueron especulativas e impracticables.

Digitized by Google

trajes guardados bajo llave por los padres, expresamente para estas ocasiones y para ellos solamente. Los caciques eran generalmente los más pobres de la comunidad y era muy raro encontrar uno de ellos que supiese leer. Nunca les daban empleo público o, si les daban era en ocasiones pocas y distantes. Llegó a saberse en tiempo de la expulsión de los jesuítas que en los treinta pueblos solamente había tres caciques alcaldes. Sin duda los padres temían que si agregaban a la veneración alimentada por la gente hacia sus caciques, la aneja a conferirles empleos honoríficos, podrían aspirar a mayor autoridad que la que por ese tiempo era conveniente."

Doblas dirigió su "Memoria Histórica" a su amigo Don Félix Azara; y, prosiguiendo sus observaciones llega a decir:

"Ahora veis, amigo mío, que por excelente que fuera este régimen, si se practicara por un maestro con sus discípulos, o por el padre con sus hijos en la minoridad, nunca enseñaría o formaría un pueblo para nada semejante a instrucción o libertad. Y sin embargo, promover éstas siempre ha sido el deseo de S. M. Pero la práctica era como he recordado; y las consecuencias han sido tales como eran de esperarse. Estas consecuencias no podían ocultarse ni a los curas ni a sus superiores; pero sus intereses particulares, ocupaban lugar de primera importancia en todo lo que hacían; y así adoptaron un método propio, cuyo gran objetivo era mantener los indios lejos de todo lo que tendiese a rescatarlos de la ignorancia y degradación.

"Cuando los hombres proceden con este régimen y con estos principios de economía política, no sorprende que en el curso de ciento cincuenta años, esto es desde que se formaron los establecimientos, tan inmensa riqueza hubiera sido hallada, tanto en las iglesias como en el fondo llamado "fondo de la comunidad". Por mi parte no me admiro de ello, cuando considero la vasta fertilidad de esta provincia; la sujeción completa de los indios; que eran privados en absoluto de todo trato con españoles; y que, no conociendo otra autoridad que la jesuítica se convirtieran en meras herramientas en sus manos."

Pero el rasgo más característico de la forma de gobierno jesuítico fué aquella por que ha sido conocido, la "comunidad de bienes". Malo como se admite generalmente ser este sistema, aun cuando se administre bien, — eso es, cuando una proporción igual de los productos de la comunidad se distribuye a cada individuo de ella, — cuán grande *impostura*, tanto como engaño, el sistema no debe envolver, cuando, con el nombre, sencillamente, de "comunidad de bienes", miles de trabajadores apenas consiguen lo suficiente para el escaso vestido y alimento ordinario, mientras reducido número de sus señores y maestros absorbe todo el sobrante en su propio beneficio, y el de la sociedad con que están ligados. Al usar aquí la palabra "sociedad", no me refiero a la de los jesuítas, como relacionada con los indios, todavía menos incorporándolos como parte y porción de tal sociedad; hablo de ella como la sociedad, o "comunidad" del sacerdocio jesuítico solo. De toda la producción del trabajo "de la comunidad" el jesuíta dejaba al indio, como he dicho, ropa escasa, alimento ordinario, una choza de barro para abrigo, y nada más.

Pero si *esto* constituye la comunidad de bienes, y si hay cualquier cosa meritoria en esté sistema, entonces el plantador de las Indias Ocidentales es hombre tan meritorio y lleva el

Digitized by Google

principio tan lejos como los jesuítas; pues el plantador, no menos que el sacerdote, *debe* conceder a su comunidad de esclavos las necesidades de la vida; de otro modo perecen y él se arruina. (1)

Sobre el principio de este sistema, tanto como sobre su funcionamiento, Doblas hace las siguientes observaciones justas y casi patéticas. Escribe de un período catorce años posterior a la expulsión de los jesuítas; pero en una época que todos sus principios, y tanto como era posible, se conservaba su forma de gobierno, aunque naturalmente ni cerca tan bien administrado como por ellos.

Hablaba él antes de los matrimonios forzados que los jesuítas siempre concertaban entre indios, dejando rara vez a los contrayentes la elección, y produciendo así la consecuencia natural de indiferencia entre hombre y mujer.

"La misma indiferencia", dice Doblas a Azara, "que los maridos muestran por sus esposas, las esposas por sus hijos, y éstos por sus padres, los indios demuestran por la propiedad que han adquirido o pueden adquirir. Esta es solamente un peso o estorbo para ellos, ni pueden de ningún modo utilizarla. Suponed un indio no constreñido por las impresiones hechas sobre sus paisanos como resultado de su enseñanza y educación; suponed que tal indio sea de disposición activa, laboriosa; suponed que estimulado por espíritu industrioso tanto como por las ventajas que le acuerde su ayuntamiento de una concesión gratuita de tierra arable y de bueyes con que labrarla, desee, trabajando en los días permitidos por la comunidad con este propósito, hacer la fertilidad del suelo apta para mejorar sus condiciones de vida. Bien, ara y prepara gran extensión de terreno, y la siembra con aquellas semillas que sabe le darán mayor rendimiento de producción. El año es propicio; y en la estación debida, después de mucho trabajo y penas personales, — por no haber podido alquilar trabajadores de "la comunidad" para ayudarle; — porque su esposa que es también ocupada por "la comunidad" no puede ayudarle; — y porque él mismo es obligado a ocupar la mitad de su tiempo para "la comunidad", con todo, en la estación debida, levanta cosecha tres o cuatro veces mayor que la requerida para manutención, durante todo el año, de su persona y familia.

"Ahora, ¿qué hará con el excedente de su cosecha? ¿Lo venderá a otros? ¿Quiénes son estos otros? Los demás indios de su pueblo o de otros pueblos. Y estos ¿qué le darán en cambio de sus productos? No tienen nada propio, excepto algunos granos y legumbres, precisamente del mismo género de que el indio industrioso tiene ya demasiado. No puede exportar su producción fuera de la provincia, sea por falta de medios o porque el gasto para hacerlo exceda a las ganancias.

"Viendo ahora el fracaso del primer año, pero todavía no queriendo vivir en la holganza, el indio, en vez de sembrar grano, resuelve plantar algodón, caña, dulce y tabaco, — porque sabe que el algodón, la miel, el azúcar y el tabaco son artículos de comercio. Realiza su proyecto y vé todos sus plantíos que prosperan. El algodonero y la caña no dan ningún pro-

(1) No debe entenderse que esta comparación de jesuíta y plantador vaya más allá del único punto de *la comunidad de bienes*. El gobierno de los indios por los jesuítas era, en todo otro respecto, más humano que el de sus esclavos por el plantador.

Digitized by Google

ducto, o muy poco, el primer año, y en cuanto al tabaco, es necesario desde el primer momento que empieza a madurar hasta estar completamente sazonado y listo para venderlo, no dejarlo un instante. Pero nuestro indio, industrioso y emprendedor en esta misma época debe trabajar para "la comunidad", así es que el tabaco que almacena en los días destinados a su propia labor, se pierde en aquellos que debe servir a los padres; y, por fin, nada recoge, o si obtiene un poco, es de poca calidad. El año siguiente, cuando había esperado algún beneficio de sus plantaciones de algodón o caña dulce, es enviado como ganado a las estancias, de peón en los yerbales, o para alguna otra cosa en otro sitio, donde se le obliga a permanecer algún tiempo. Todo su trabajo ha sido en vano: va — debe ir — adonde se le ordene: y todo aquello en que había puesto su corazón, se pierde.

"El indio no puede poseer ni criar ganados; porque a consecuencia de requerirse constantemente sus servicios para "la comunidad", no puede recogerlos, y porque todos los demás indios están sujetos a reglamentaciones semejantes, él no puede conchabar ningún hombre como sustituto". ¡Qué cuadro! y qué lástima que sea verdadero!

Au reste, los jesuítas entretenían a los indios concediéndoles fiestas y días de descanso en que había abundante alegría y ostentación: se celebraba regularmente misa, y jóvenes y viejos estaban obligados a oirla. Había hospital para los enfermos, escuela en que se enseñaban rudimentos de lectura; y había horas regulares destinadas al rezo, canto y práctica de música eclesiástica. A número considerable de indios se les ejercitaba en el manejo de espada y mosquete; y hasta donde va la disciplina, la suya como esclavos hacía inútil toda necesidad de disciplina como soldados, excepto en cuanto a ejercicios de pelotón y evoluciones militares. (1)

Tal era la manera jesuítica de gobernar.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXXIV

Al señor J. G.

LOS JESUITAS. — SU EXPULSION

Carta de Carlos III al Papa Clemente XIII. — Contestación del Papa.— Parecer del Consejo Real. — Clemente XIV aprueba la conducta del rey de España. — Instrucciones del conde de Aranda al virrey Bucareli. — Medidas de Bucareli. — Sus resultados.

Londres, 1838.

Con las cosas en el estado ya descripto, relativamente a los jesuítas y sus establecimientos, Carlos III, el 27 de febrero de 1767,

(1) La siguiente es traducción de un pasaje curioso de Doblas: "Ut audivissem (Doblas loquitur) horis diversis noctu, tympanun pulsari, et precipué ad auroram ex orientē, inquisive quorsum hic sonatus? Dixerunt mihi semper consuetum esse totam gentem crebro suscitare secundum quietum; hujus usus originem cognoscere volens, responderunt, propter notam indolem desidiosam indiorum, qui, labore quotidiano defessi, iniți sunt lectum et dormiti per noctem totam, hoc modo officia conjugalibus non functis; Jesuitæe mandaverunt ut, nonulis horis noctu, tympanum pulsatum esse, in hunc modum incitare maritos".

Digitized by Google

expidió un real decreto desterrando a los jesuítas de todos sus dominios; y el 31 de marzo del mismo año, como la dama que después de preguntar al *spectator* si debía o no casarse, decía en la postdata que estaba resuelta a hacerlo, su majestad dirigió la siguiente carta al papa Clemente XIII, pidiendo su bendición para un hecho consumado. La hemos extraído de la colección de manuscritos españoles, hasta ahora inéditos, en poder de sir Woodbine Parish. (1).

Carta escrita al papa Clemente XIII, por Su Majestad Carlos III, con ocasión de la total expulsión de los jesuitas de sus reinos.

"Santísimo Padre:

"Vuestra Santidad bien sabe que el primer deber de un soberano es vigilar la paz y conservación de su Estado, y proveer para el buen gobierno y tranquilidad de sus súbditos. En cumplimiento de este principio, he estado en la imperiosa necesidad de disponer la expulsión de todos los jesuítas que se hallaban establecidos en mis reinos y dominios, y enviarlos al Estado de la Iglesia, bajo la inmediata, sabia y santa dirección de vuestra santísima beatitud, dignísimo padre y maestro de todos los fieles.

"Incurriría en la deshonra de lanzar una pesada carga sobre el consejo privado apostólico, obligándolo a agotar sus tesoros en el sostenimiento de aquellos jesuítas que hayan nacido vasallos míos, si no hubiese provisto previamente, como lo he hecho, para abonar a cada individuo una suma suficiente para que se mantenga durante la vida.

"En tal concepto, suplico a Vuestra Santidad considerar esta mi resolución simplemente como una medida indispensable de economía política, tomada solamente después de maduro examen y la más honda reflexión.

"Haciéndome la justicia de creer esto (como os suplico lo hagáis), Vuestra Santidad sin duda concederá su santa y apostólica bendición a esta medida, así como a todos mis actos que tengan por objeto, del mismo modo, la promoción del honor y gloria de Dios.

(Firmado): YO EL REY".

En respuesta a esta comunicación, Su Santidad dirigió, el 16 de febrero de 1767, un breve a Carlos III; pero aunque empezaba así: "A nuestro muy querido hijo en Jesu-Cristo, salud y bendición apostólica", estaba lleno no sólo de protestas contra la medida adoptada, y de vindicación de los jesuítas, sino de lo que se llamaría condenación del rey y su ordenanza. "¿Es—exclama—el católico Carlos III, a quien tanto amamos, que va a llenar hasta el borde la copa de nuestras amargas reflexiones; abrumar nuestra desgraciada vejez con penas y lágrimas; y finalmente precipitarnos a la tumba?" En otra parte, el papa escribe: "Decímoslo en presencia de Dios y los hombres, que el cuerpo, la institución, el espíritu de la Compañía de Jesús, es absolutamente inocente; y no sólo inocente, sino piadoso, útil, santo; y todo esto, si se la considera con referencia a sus leyes, a sus máximas, a sus fines. Quienes hayan intentado infamar sus méritos han solamente hecho bajar sobre

(1) En otra parte hemos reconocido nuestras obligaciones hacia este caballero por el acceso que hemos tenido a su colección de manuscritos y libros impresos españoles.

Digitized by Google

sus mentiras y contradicciones el desprecio y execración de todos los hombres buenos e imparciales".

No obstante esta protesta, el breve papal, habiendo sido enviado al consejo extraordinario de Su Majestad para que diera opinión sobre él, fué acaso torpemente manejado por esa augusta corporación. En respuesta a Carlos III, afirman "que, en primer lugar, el breve es falto de aquel espíritu de cortesía y moderación debido al rey de España y de las Indias", y pretenden que "entrar en controversia sobre los méritos del caso, sería incurrir en la más atroz inconveniencia de comprometer la soberana prerrogativa de Su Majestad que solamente ante Dios es responsable de sus actos". El papa es tratado por el consejo extraordinario con poquísima ceremonia; y lejos de compartir su opinión sobre los jesuítas los cargan completamente de vituperios.

"El padre Luis de Molina", dice el consejo, alteró las doctrinas teológicas. El padre Juan Alduino llevaba su escepticismo hasta dudar de la autenticidad de las sagradas escrituras. En China y Malabar han hecho compatible el culto simultáneo de Dios y Mammón. Han prestado oído sordo a las decisiones pontificias. En el Japón han perseguido a los mismos obispos y otras órdenes religiosas, de manera tan escandalosa, que jamás podrá borrarse de la memoria humana; mientras en Europa han sido foco y *point d'appui* de tumuitos, rebeliones y regicidios. Estos hechos notorios para todo el mundo, han sido pasados por alto en el breve pontificio.

"Su majestad no puede sorprenderse de la intercesión papal en favor de los jesuítas, pues sabe bien el rey no solo la poderosa influencia ejercida por ellos en la corte romana, sino que gozan de la protección declarada del cardenal Torregiani, secretario de estado pontificio, tanto como confidente íntimo y compatriota de su confesor y director, el general de la compañía, Lorenzo Ricci".

Tanto y mucho más, dice en consejo respecto a los jesuítas; pero conténtome con un extracto más, que tiene relación más inmediata con sus hechos en el Paraguay.

"Está comprobado contra ellos, (reza el documento) "por el innegable testimonio de sus mismos papeles, que en el Paraguay salieron a campaña con ejércitos organizados, para combatir a la corona; y ahora, en este mismo tiempo, ¿no han estado, en España, tratando de cambiar todo el gobierno, para modificarlo conforme a su placer y promulgar y poner en práctica las doctrinas más horribles?"

El consejo extraordinario concluye por recomendar humildemente a su majestad una negativa decidida a la apelación papal en favor de los jesuítas y aconseja "que ni debe entrar en correspondencia ulterior, admitir negociación, ni de ningún otro modo prestar su real oído a cualquier pedido en favor de ellos".

Este documento tiene fecha 30 de abril de 1767, y lo firma el conde de Aranda y otros miembros del consejo. El rey siguió su dictamen. Clemente XIII murió sin sancionar la expulsión; pero el 12 de septiembre de 1773, seis años después, su sucesor. Clemente XIV, no solamente confirmó la medida, sino que promulgó un breve muy largo y complejo, consistente en cuarenta y un artículos, en que expuso todas sus razones para aprobar el edicto real, absolvió al rey, y en términos no indirectos hacía muchos y graves cargos contra la corporación jesuítica.

Pero volvamos a la expulsión de los jesuítas del Paraguay. Muy poco después de la fecha del decreto real al efecto (esto es,

Digitized by Google

el 1.º de marzo, 1767), el conde de Aranda, entonces ministro de Carlos III, despachó un barco de guerra llamado "Príncipe" para el Río de la Plata, con órdenes perentorias al virrey de aquel tiempo, Bucareli, de tomar medidas inmediatas y expeditivas para la captura simultánea de los jesuítas en sus varios establecimientos, especialmente en Misiones, y embarcarlos para Europa.

Bucareli recibió la orden el 1 de junio de 1767. Planeó sus medidas tan pronta y eficazmente, y sin embargo en tanto silencio, que encontró, que mediante la trasmisión inmediata de despachos secretos y sellados a todos lo gobernadores, cabildos y otros funcionarios dentro del virreynato, podía señalar el 21 de julio siguiente como día en que aquellas comunicaciones se abrirían, y el 22 en que debían ejecutarse simultáneamente las órdenes respectivas contenidas en ellas. Estas órdenes eran para que todo jesuíta fuese preso y enviado a Buenos Aires.

Hablando de la ansiedad con que procedía; de las muchas cálculos que era necesario hacer; y de las muchas medidas y precauciones que era necesario adoptar para dar cumplimiento al real decreto. Bucareli escribe desde Buenos Aires, el 6 de septiembre, 1767, al conde de Aranda: — "Con estos y otros cuidados urgentes, resolvía en mi mente los medios de ejecutar la ordenaza real. Tenía que prever todas las consecuencias de ella sobre quinientos jesuítas distribuídos en distancia de más de setecientas leguas; en posesión de doce colegios; de una casa de residencia; de más de cincuenta estancias, y ocho lugares donde hacían construcciones que son otros tantos colegios y establecimientos repletos de vasto número de esclavos; de treinta pueblos de indios guaraníes, con más de cien mil habitantes; y de doce mil abipones, mocovíes, lules y varias otras naciones de chiquitos; para no hablar de muchos otros de quienes nada sabíamos por el pricipio jesuítico de mantenerlos alejados de todo trato con españoles".

En otro lugar de esta carta, Bucareli dice: "El colegio mayor, es decir el de Córdoba, es generalmente tenido como cabeza del poderoso imperio jesuítico. Se puede llamar imperio verdaderamente, porque, con tantos esclavos, indios y otros siervos, tiene en este vasto país más vasallos que el rey".

Se combinaron tan bien los planes de Bucareli, que el 21 de julio se abrieron las comunicaciones selladas en todos los puntos donde había un establecimiento de los santos padres; y el 22 cayeron sobre ellos, generalmente a media noche, las autoridades civiles y militares. Fueron enviados por la mañana temprano, para Buenos Aires, como punto de concentración. En pocos meses la mayor parte de ellos fueron embarcados para España— "remitidos", como dice Bucareli, por cuarentenas, cincuentenas, y centenas, para ser enviados a Italia, como regalo hecho al papa Clemente XIII por el rey de España.

Sus mercaderías y útiles; sus casas y templos; su tierra y ganado; su plata y oro, sus súbditos y esclavos; todos fueron inventariados y entró en posesión de ellos la corona. El gobierno más extraordinario que nunca haya existido, una comunidad que había ido aumentando y reuniendo fuerza, riqueza y poder, durante más de ciento cincuenta años, fué vencida en una sola noche. Y esto, también, en momento que cada individuo aspiraba a adelantar; cuando la Compañía entera estaba enseñoreada de todo el país; y cuando cada miembro de ella creía la casa de

Digitized by Google

los jesuítas edificada sobre roca. Quien hubiera dicho a esos hombres, cuando se acostaron a dormir en la noche del 22 de julio, 1767, que en el nuevo día, antes de cantar el gallo, quedarían sus casas desoladas, sus personas presas y sus posesiones mundanales entregadas al viento; — quien les hubiera dicho esto, ¿no hubiera sido declarado insano?

Sin embargo, así fué: — con toda su sabiduría, precaución, cálculo, fuerza, riqueza y doblez, los jesuítas fueron finalmente *desjesuitados*. El conde de Aranda y Bucareli eran demasiado para ellos; dieron jaque mate a los adeptos de Loyola en el momento que estos habían calculado que pocas jugadas más los habilitarían para jaquear al rey, ministro y virrey.

Ya habéis visto las opiniones diferentes que sobre los jesuítas alimentaban sus sostenedores y los que sostenían sus principios.

Los siguientes curiosos ejemplos de estilo espistolar indio (extraídos de los manuscritos a que me he referido) colocaban la especie de intriga y doblez a que se acudió por ambas partes, en un punto de vista todavía más sorprendente.

Instigados por los *jesuítas*, veréis cuán solemne protesta formularon los indios por la expulsión de los santos padres: movidos por el *partido de la corte*, os percataréis de como los tapes alababan al virrey, obispo y rey por la ilustrada y benévola medida que significaba la expulsión de los discípulos de Loyola.

Primero viene la carta de protesta *contra* el paso dado; luego sigue su *aprobación*. La primera se disimula en los términos siguientes y está dirigida al gobernador del pueblo misionero de San Luis, y dice así:

"El señor bendiga a vuestra señoría. Nosotros miembros del tribunal, alcalde y regidores, así como todos los caciques e indios, hombres y mujeres, rebaño del pueblo de San Luis, saludan. S. S. es nuestro real y verdadero padre. El alcalde Santiago Pindó, y don Pantaleón Cayuarí, en su grande amor, nos han escrito de enviarles algunos pájaros. Respecto a pájaros alados que se nos pide mandar al rey, sentimos profundamente no tenerlos; pues habitan en los bosques que Dios proveyó para ellos. Vuelan cuando nos aproximamos y es dificilísimo llenar el pedido que se ha hecho. No obstante, somos siempre vasallos de Dios y del rey, y estamos prontos para prestar obediencia a los mandatos y placer de sus ministros. ¿No hemos dado de ello pruebas repetidas? ¿No hemos ido tres veces a la Colonia, para prestar allí nuestros servicios y trabajado duro para pagar nuestros tributos? Pero ahora nos vemos constreñidos a rogar a Dios que un pájaro mejor que cualquiera del bosque, esto es el Espíritu Santo, ilumine al rey, y que el santo ángel de la guarda, lo conserve.

"Así, entonces, confiado en V. S., honorabilísimo señor gobernador — en vos que sois nuestro verdadero padre, — con lágrimas en los ojos, imploramos que los hijos de San Ignacio, los santos padres de la Compañía de Jesús, habiten por siempre entre nosotros. Este favor, es nuestra urgente súplica, nos pidáis de manos del rey y por el amor de Dios.

"Todo el pueblo, hombres y mujeres y niños con lágrimas en los ojos se unen a nuestra plegaria. De manera especial, nuestras pobres almas desean librarse del domino de clérigos y frailes. No los amamos. El apóstol Santo Tomás, ministro de Dios, previno contra ellos a nuestros antepasados en estas regiones. Clérigos y frailes no se cuidan de nosotros. ¡De que manera distinta son

Digitized by Google

los hijos de San Ignacio! Desde el principio han tomado un santo interés en nuestros progenitores, instruyéndolos, bautizándoles y presentándoles como ofrenda a Dios y al rey. Por tanto, volvemos a repetir no recibiremos clérigos ni frailes, que no podemos amar bajo consideración alguna. Los padres de la Compañía de Jesús saben cómo soportar nuestras debilidades, y bajo su cuidado estamos en paz con Dios y con el rey. Concedednos nuestro pedido; escuchad, señor gobernador, nuestra súplica y sea graciosamente correspondida. Si lo hacéis, os daremos mayor tributo de yerba caaminí.

"Os suplicamos, señor, recordar que no somos esclavos. Nuestra declaración solemne es que no nos agradan los modos de los españoles. Son seres que miran sus intereses solos; ni uno de ellos ayudará a otro en su trabajo, ni lo socorrerá en tiempo de necesidad. Declaramos francamente esta verdad a V. S., en la esperanza que podamos beneficiar con esta comunicación. Si de otro modo fuese, este pueblo, como todos los demás, se perderán al fin. A despecho de V. S., de nuestro rey y de nuestro Dios, el infierno nos recibirá finalmente; y entonces ¿qué consuelo tendremos en la hora de nuestra muerte? Nuestro hijos están dispersos en los bosques, así como establecidos en pueblos; y si no ven a los hijos de San Ignacio, vagarán como merodeadores, y desolarán la haz de la tierra.

"San Joaquín, San Estanislao, San Fernando y el pueblo del Timbó, están ya en ruinas, fielmente decimos a V. S.

"¡Adiós, entonces, para nosotros, el tribunal del corregimiento! ¿Como restituiremos al rey los pueblos en el estado que antes estaban?

"Ahora, entonces, nuestro buen señor gobernador, conceded nuestro pedido y Dios os bendiga y prospere muchos años. Esta es la representación expresa de nosotros los habitantes del pueblo de San Luis, 28 de febrero de 1768, en nombre de nuestros humildes hijos de todo el pueblo.

"Yo, Cristóbal Chora, alcalde; Yo, Crisanto Nerandó, juez del primer tribunal; Yo Eustaquio Arapatí, juez del segundo tribunal; Yo, Pascual Pindó, alférez real; Yo, Hermenegildo Curissi, primer corregidor; Yo, Antonio Maranguá, segundo corregidor; Yo, Don Bonifacio Agriará, tercer corregidor; Yo, Don Cristóbal Acatú, cuarto corregidor; Yo, Borja Yrabuyé, jerife; Yo, Cristóbal Yabí, primer juez de la Santa Hermandad; Yo, Ignacio Yeguacá, segundo juez de la Hermandad; Yo Luis Atí, secretario del tribunal en nombre de cuarenta y un caciques".

Hasta aquí va la producción de los indios en *favor* de los jesuítas preparada, sin duda, en todos sus términos por los mismos jesuítas.

Ahora viene la producción contraria preparada no menos ciertamente por Bucareli y *sus* adherentes. Es dirigida por los indios a Carlos III, y enviada por el virrey, con la siguiente nota al conde de Aranda:

"Excelentísimo y querido Señor.

"Los jueces y caciques de los treinta pueblos situados entre los famosos ríos Uruguay y Paraná, me han hecho el pedido, concedido por mí, de escribir una carta al rey, nuestro señor. Me han pedido también presentarla a S. M. por manos de V. E., lo que hago ahora, después de hacerla traducir por uno de los mejores intérpretes del idioma guaraní, en que fué originalmente escrita. So-

Digitized by Google

licito en conformidad, que V. E. no ponga impedimento a esta medida y eleve el documento a manos de S. M. nuestro señor.

"Dios guarde a V. E., etc.

Bucareli."

Bucareli recibió del conde de Aranda la siguiente respuesta:

"A S. E. Don Francisco Bucareli.

"Con la carta de V. E. de 27 de marzo del presente año, he recibido el despacho a ella adjunto, de los caciques y funcionarios civiles de los pueblos situados entre los ríos Uruguay y Paraná; y la he puesto en las reales manos de S. M.

"Ruego tomar conocimiento de que si V. E. no recibiese respuesta por este conducto, le será trasmitida por el barco siguiente para vuestro puerto; ya que esta oportunidad para escribir no puede demorar.

"Que Dios conserve a V. E. por muchos años es el ruego de

El conde de Aranda.

Madrid, septiembre 9 *de* 1768".

La carta de los indios, tan oportunamente trasmitida y tan graciosamente recibida, reza así, y podría encabezarse,

BUCARELI, ACTOR, V. LOS JESUITAS, DEMANDADOS

A NUESTRO BUEN REY CARLOS III

"Damos gracias a Dios, y conceda El a S. M. salud perfecta, placer y contento. Que El, por su poder, conserve largo tiempo la vida de V. M. para protección de nosotros, pobres vasallos, en todas nuestras necesidades y escaseces! Nosotros, los treinta jefes y treinta caciques de los pueblos de Misiones, deseamos comparecer ante vos llenos de confianza y postrarnos a los pies de V. M. rogando a Dios os tenga en su santa guarda para colmar todo placer de V. M. Con todo nuestro corazón extendemos esta carta ante vuestro real trono. Ya hemos visto bastante para estar seguros, buen rey, de que, el Señor, en su misericordia, os ha iluminado sobre nuestra lamentable condición y movido a librarnos de la ardua vida a que estábamos sometidos.

"Como recibiríamos la persona de V. M., también, con el mayor deleite, hemos recibido los clérigos y frailes que habéis nombrado para gobernarnos. Muchas y repetidas gracias damos a V. M. por haber enviado para gobernarnos un personaje como S. E. el capitán general Don Francisco de Paula Bucareli. Mediante su amor de Dios y de V. M. el virrey ha dado cumplimiento a todos nuestros más caros deseos. Con piedad ha mirado nuestra pobreza y hecho todo lo posible para aliviarla. Su bondad se ha hecho manifiesta a todo el mundo: nos ha cubierto con ropa apropiada para nosotros, e invitado a su mesa como si fuéramos caballeros. Ha llenado las más elevadas aspiraciones de nuestros corazones. Hemos recibido este santo, criatura de V. M. como de las manos de Dios. El 4 de noviembre, día de San Carlos, tuvimos misa pontifical celebrada por el señor obispo en la catedral en intención de V. M. Allí nos colocamos con indescriptible regocijo, como íntimos compañeros del virrey; y cuando concluyó la santa misa fuimos conducidos a palacio. Allí nos sentamos a la mesa de comer como iguales a nuestro señor obispo, con S. E. el virrey, y con muchos otros caballeros de nota y dignatarios eclesiásticos.

"Todo esto ha hecho S. E. el virrey, también en representación de la sacra persona de V. M. Con sus propias manos nos sirvió y con su condescendencia, llenó nuestros corazones de gozo.

Digitized by Google

"Hémosle recibido por tanto, como hubiéramos recibido a la sacra persona de S. M. Para consuelo de vuestros pobres vasallos, le hemos escoltado por todos los pueblos de Misiones. A V. M., nuestro buen rey, no lo vemos, pero vemos en el virrey a vuestro representante; y lo honramos como tal. A él, en persona y en nombre de V. M., es que confiamos el arreglo de todas nuestras diferencias y nuestro rescate de aquel mísero estado de cautiverio en que, como los esclavos más viles, hemos estado tan largo tiempo sometidos.

"Por la disposición de V. M. que hace a nuestros hijos elegibles para el sacerdocio, nos sentimos lo más agradecidos. Seguramente aprenderemos la lengua española; y cuando por bendición de Dios hayamos conseguido completamente dominarla, solicitaremos audiencia de V. M.; a quien Dios tenga en su graciosa guarda muchos años."

Siguen las firmas de las autoridades indias, como en la carta precedente, con las agregadas de los caciques.

No seríais capaz de encontrar en los dos ejemplos aquí dados de redacción india, la consistencia de los colonos misioneros; pero casi no podéis dejar de percataros del estado absoluto de servidumbre a que habían estado reducidos.

¡Pobres y desgraciados indios! Tal ha sido su destino en la América entera, tanto del Sur como del Norte. Los ingleses no pueden invocar más el buen trato de los aborígenes que los españoles y portugueses. La humanidad parece haber sido el pretexto, la esclavitud o el exterminio la práctica de los europeos hacia los indefensos dueños del suelo americano. La conducta de los invasores del Nuevo Mundo es una mancha negra en el carácter del Antiguo. "Fuera", podemos decir con Lady Macbeth, a la mancha sangrienta de su mano — "¡fuera mancha maldita!" — pero manchas como éstas, jamás se borran.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XXXV

Al señor J. G.

LOS JESUITAS

Estado en que dejaron las Misiones. — Causas de la decadencia. — 1.ª corrupción. — 2.ª mala administración. — Comparación del gobierno jesuítico con el español. — Cuadro estadístico. — Mala administración. — Observaciones de Doblas sobre ésta. — Reflexiones. — Extracto concluyente de Doblas.

Londres, 1838.

Según el cuadro oficial inserto al fin del volumen, aparece que los jesuitas poseían en sus misiones del Entre Ríos y Paraguay, treinta pueblos conteniendo

21.036 familias	64.353 yeguas
88.864 habitantes	13.905 mulas
724.903 cabezas de ganado	7.505 asnos
46.936 bueyes	230.384 lanares
34.725 caballos	y 592 cabras

Digitized by Google

Pero según habéis visto por el extracto del informe de Bucareli al conde de Aranda no era sino porción pequeña de su riqueza acumulada: porque estaban diseminados en toda la América del Sur y tenían colegios, temporalidades o almacenes, casas de residencia, tierras, esclavos, súbditos, indios, templos ricamente dotados y adornados, junto con una influencia dominante como resultado de toda esta riqueza donde quiera que se establecían; pues el más pobre y aislado de sus establecimientos nunca se consideraba por la gente como una simple posesión, sino como una parte del gran total; y de este modo, donde iba un sacerdote de la orden, se le consideraba y trataba como representante de la masa de sus hermanos y se le hacía lugar inmediatamente para ejercer tanta autoridad como cualquiera de sus colegas practicaría en Córdoba o en Misiones. Gran parte de la riqueza de los jesuitas se componía de los ornamentos de oro y plata de sus templos. Para el tabernáculo de Santa Rosa (patrona de las Indias) en el pueblo misionero de ese nombre, se traían ofrendas de metales preciosos, y joyas en tal abundancia que su valor se computó en un tiempo en trescientas mil libras esterlinas. Santa Rosa era una especie de Meca sudamericana a que los fieles hacían peregrinaciones y donde conseguían alivio de purgatorio para sus almas, a veces a costa de la mitad de sus fortunas.

En cuanto a las causas de la decadencia en que cayeron las Misiones tan enseguida de la expulsión de los jesuítas, son varias. Pero pueden resumirse en estas dos: corrupción y mala administración. Muchos han tenido ocasión de inferir, por el estado próspero en que estaban las Misiones bajo el régimen jesuítico, comparado con la decadencia en que se sumergieron bajo los gobiernos que se sucedieron, que el sistema gubernamental de los jesuítas debe haber sido excelente. No obstante, ninguna inferencia puede ser más falaz.

Que los adherentes de Loyola manejaban sus colonias mejor que quienes los reemplazaron, no hay, no puede haber sombra de duda. Pero, después de lo que se ha dicho, apenas puede pensarse que, porque hubiese todavía un abismo más hondo, en que los indios cayeron, que aquel en que habían trabajado bajo los jesuítas, estos fueran en consecuencia gobernantes patriotas. Lo mismo podría decirse que el sistema de la vieja España en el Paraguay era bueno porque el del implacable dictador había sido diez veces peor. No es esta la vista propia del caso.

El sistema de los jesuitas era excelente para fomentar sus vistas ambiciosas; era funesto en cuanto concernía a los indios. El sistema de los gobernadores, laicos y clérigos, que sucedieron a los jesuitas, no era solamente infructuoso para su mismo engrandecimiento, sino execrable con relación al indio. Cuando, al hablar del sistema de los últimos gobernadores, digo que era infructuoso para su propio engrandecimiento, entiendo decir *general y permanentemente*: pues, cuando la primera expulsión de la Compañía de Loyola, los subordinados corrompidos, encargados de efectuarla, se precipitaron sobre el botín y saquearon sin miramiento todo lo que pudieron. La plata labrada de los templos se fué, luego el ganado, después la mercadería de los depósitos; de modo que los inmediatos sucesores de los jesuítas se enriquecieron. Pero cada uno que siguió a aquellos primeros, encontraba menos del botín; el ganado estaba yéndose o ido; los indios desertando; el gobernador solamente recibía un corto salario con su gobierno; y veinte años después de la expulsión de los jesuítas, el menos envidiable de los gobiernos era el de Misiones.

Digitized by Google

Permanentemente, entonces, los gobernadores de Misiones que sucedieron a los jesuítas, mientras no se beneficiaban ellos mismos, hacían desollante por mala administración, aquel yugo del pobre indio, uncido suavemente bajo los jesuítas. Así fué siempre con los aborígenes de Sud América. Por mucho que cualquier grupo de europeos fuese ganador, los desgraciados nativos estaban siempre seguros de ser perdedores.

Para daros idea de la rapidez con que la expoliación, el robo y la mala administración, juntos, deben haberse producido, aun en los primeros cuatro años siguientes a la expulsión de los jesuítas, extraigo el siguiente cuadro oficial del discurso preliminar de la ya citada obra de Doblas por Don Pedro de Angelis. (1)

Estado del número de ganado en Misiones en 1768, *y el del encontrado en* 1772, *mostrando la disminución*

	Ganado manso	Bueyes	Caballos	Yeguas	Potros	Mulas	Asnos	Lanares
1768	743.608	44.114	31.603	64.352	3.256	12.705	7.469	225.486
1762	158.559	25.498	18.149	34.605	4.619	8.145	5.192	93.739
Déficit	589.909	18.621	13.454	29.747		4.560	2.277	131.747

Después de hablar así de la corrupción que minaba al gobierno español de las colonias jesuíticas, ahora consideraré brevemente aquella mala administración que era resultado más inmediato de la ignorancia, y de las tentativas de hacer lo que no estaba en la naturaleza de las cosas.

El gobierno de Buenos Aires pretendía que era necesario que el sistema de los jesuítas con los indios continuase, aun bajo el cambio de administradores que necesariamente tendría lugar. En esta suposición tenían razón; pues los indios no estaban en situación de tolerar cualquier transición repentina del estado de pupilaje en que habían sido mantenidos durante ciento cincuenta años. Pero, cuando el gobierno de Buenos Aires pretendía *poder* seguir el sistema de los jesuítas, estaba enteramente equivocado; y en este escollo del error despedazó todos sus proyectos de conservar alejadas las Misiones de su actual decadencia y completa ruina.

En vez del Superior jesuíta que había gobernado con mando absoluto en todas las Misiones, se nombraron un gobernador y tres tenientes. En vez de los dos curas destinados por los jesuítas para el gobierno completo de cada pueblo, se nombraron dos curas para los asuntos espirituales y un administrador temporal para manejar los bienes mundanos de la colonia. Grande era la dificultad de hacer entender a los indios cómo un simple lego pudiese tener autoridad sobre ellos. Apelaban continuamente de él ante los curas. Estos

(1) Este escritor elegante, cuya amistad tuve el placer de disfrutar en Buenos Aires, ha publicado allí, en español, una voluminosa pero altamente interesante compilación de obras raras manuscritas ilustrativas de la historia de las provincias unidas del Río de la Plata. Los discursos preliminares de Mr. Angelis, elocuentemente escritos, son las partes más agradables de su laboriosa obra.

Digitized by Google

fomentaban este espíritu de adhesión a su orden para sostener mejor su autoridad y aumentar sus ganancias. De aquí surgían intrigas perpetuas y hostilidades entre el administrador laico y los funcionarios eclesiásticos.

Doblas dice, al respecto: "Por fin se hizo saber a los indios que solamente en asuntos relacionados con la salvación de su alma debían escuchar atentamente a los curas; pero en todo lo demás, a su administrador laico solamente. Esto no puso fin, sin embargo, a las disensiones entre administradores y curas; pues, como ambos vivían en la misma casa y, con respecto a sus funciones, hasta cierto punto dependían entre sí, nunca coincidían en lo que era el equilibrio verdadero del poder.

"Los curas necesitaban que los indios oyeran misa y rezaran el rosario diariamente y a cualquier hora que eligieran los sacerdotes. Con frecuencia se fijaba a propósito hora muy inconveniente. En seguida se interponía el administrador laico para impedir el cumplimiento a veces con razón y otras sin ella. El resultado era que el cura ordenaba que se azotase a los indios que obedecían al administrador, y el administrador condenaba a azotes a los que obedecían al cura. Ambos castigos caían sobre los míseros indios, sin mayor delincuencia de su parte que la de no saber a quien obedecer, o de obedecer a quien más les gustaba.

"Ni aun el alcalde y corregidores escapaban a esta cruel especie de tortura. A menudo se les apalea por orden de los curas y del administrador laico, sin que sepan a quien es su deber adherirse.

"Por pequeños celos y rencillas personales, se encienden todos los días discordias exaltadas. Como el pueblo está obligado a sostener a los curas y todas las provisiones se hallan bajo el control del administrador, esta persona, cuando está en guerra, como casi invariablemente está, con los curas, aprovecha de su control para vengarse. Los hace esperar; dáles lo peor de todo; les reparte la provisión más escasa y agrava la injuria infligiéndoles innumerables pequeños agravios. Los curas, es cierto, no siempre tienen la justicia de *su* parte; pues con frecuencia exigen raciones tan superabundantes que no solamente mantienen con ellas a numerosos criados, sino a cinco y ocho agregados.

"Como en los pueblos no hay artesanos principales que trabajen para los que quieran comprar lo que hacen; y ni siquiera se puede contratar un peón sin previo permiso del administrador porque todos están sujetos a la ley de la comunidad de bienes; como los indios no entienden lo que es vender el producto de su trabajo, y así no hay modo de suplirse de muchas necesidades efectivas, la práctica adoptada es esta: si cualquier funcionario necesita un par de zapatos,va donde el zapatero, le da el cuero, y dícele "Hágame un par de zapatos". Los hace y se los lleva. Si le dan algo, lo toma, y si no, sigue su camino sin pedir nada. Lo mismo sucede con todo lo demás. Si el cura ocupa al zapatero, estando en malos términos con el administrador, al momento que este último sabe en lo que está el zapatero, lo manda afuera a trabajar para la comunidad, con el fin de retardar o frustrar la obra para el cura. El cura llega a saber esto, se eriza de ira y el resultado de todo el asunto es que el indio zapatero tiene que sufrir la pena de azotes del cura porque es forzado por el administrador a abandonar al último."

¿Quién, ante prueba como esta, puede negar su piedad y simpatía a los desgraciados tapes? La política de los jesuítas, en primer lugar, por sus vistas ambiciosas y egoístas, reduce los indios

Digitized by Google

a un estado de indolente apatía y debilidad, y los conserva en tal estado, siglo y medio; de modo que cuando concluye la dinastía de Loyola, la avidez, la ignorancia y los sentimientos vindicativos de los nuevos gobernantes, aumentan la degradación y crueldad y ponen el cimiento del último y triste estado de los sufridos aborígenes, el rápido exterminio.

Este resultado innegable, prueba claramente que el sistema de conversión adoptado y sostenido por los jesuítas en el Paraguay era esencialmente falso. Este sistema consistía no en levantar gradualmente los neófitos descarriados al mismo nivel de civilización alcanzado por sus maestros; simplemente iba hasta hacer de ellos *instrumentos mecánicos de ganancia* para la hermandad. Su único elogio es que opusieron a la debilidad del indio un tratamiento suave. Pero, por elevadas que fueran sus pretensiones a santidad ejemplar y amor cristiano, su deficiencia en el precepto áureo de "Haz a otro lo que quisieras que te hagan a tí", era tan palpable y sistemática, que, mientras aquellas pretensiones han de arrojarse al viento, el historiador imparcial de su carrera se limita a mostrar su política indiana en estado de desnudez, despojada de los adornos de meretriz con que siempre ha sido vestida por los discípulos de Loyola y sus numerosos partidarios.

Al mismo tiempo, todo lo que se ha dicho contra la corporación es completamente compatible (y ¡ay!, debiera ser así) con su bien ganada, su innegable reputación de sabiduría, prudencia, sagacidad política, fortaleza, paciencia y perseverancia.

Un extracto más de Doblas bastará para completar esta parte de mi tema, sobre el que creo he dicho bastante para daros una estimación probablemente exacta del estado en que las Misiones fueron dejadas por los jesuítas y aquel en que luego de su expulsión efectivamente cayeron.

"Si los indios" dice Doblas, "miran con indiferencia cualquier propiedad suya, la perteneciente a la comunidad la ven con aborrecimiento. En consecuencia, el tiempo que ocupan en la producción de esta propiedad, lo emplearían, con la misma voluntad en las galeras. Los hábitos a que están acostumbrados, su gran sumisión y humildad, y el constante temor del látigo, son solamente suficientes para someterlos a su dura tarea. Pero aún así, es con la mayor dificultad que se les puede reunir y llevar al trabajo. Para cada operación es preciso nombrar un inspector. Hay inspectores de tejedores, carpinteros, herreros, cocineros, sepultureros, carniceros, y, en resumen, de cada uno de los ocupados en cualquier ramo. El mismo sistema es necesario para trabajar los campos. Ahora, como todos son indios, es necesario poner otros inspectores para inspeccionar a los *primeros*. Esta segunda clase de inspectores se recluta generalmente entre los jueces y corregidores, y se tiene tan poca confianza en ellos como en los que han sido nombrados para vigilar; de modo que, encima de todos, es necesario nombrar un inspector en jefe, el alcalde. Pero, aun el alcalde, para que se haga cualquier trabajo debe ser vigilado por el administrador; y lo más que se puede conseguir con aquel complicado sistema de vigilancia, no alcanza a la cuarta parte de lo que los hombres naturalmente hacen."

Vuestro, etc.

J. P. R.

Digitized by Google

CARTA XXXVI

Al señor J. G.

Viaje a Misiones. — Pai Montiel, el cura hospitalario. — Sus parroquianos. — Los dos caciques. — Mi recepción en el camino. — Vuelta a Asunción.

Londres, 1838.

Resuelto a explorar la región de Misiones sobre la que tanto había oído hablar, pedí prestado a un caballero paraguayo de vieja cepa, el desvencijado carruaje armatoste, que por primera vez se presentó a mi vista en la fiesta de Ytapúa. El herrero y el carrocero hicieron por su parte lo posible para darle solidez; pero nunca habrían tenido éxito, si los peones no hubieran acudido en su ayuda con cueros mojados, y ligado el carruaje de punta a rabo: de modo que, cuando el cuero se secó, el vehículo parecía metido en una chaqueta ajustada. Me dieron cartas de recomendación del Cónsul y algunos otros amigos para todas las personas de algún viso en la región que me proponía visitar. Partimos de modo muy semejante a aquel en que dejé Buenos Aires, con esta diferencia, sin embargo: que tres peones arreaban adelante de nosotros treinta caballos de relevo, pues no hay postas donde cambiarlos en la ruta de Misiones. Teníamos también, en vez de nuestro andrajoso postillón pampero, el cochero de gala de Domeque, con casaca anaranjada, sombrero tricornio y botas. Para que nada faltase a fin de imponer respeto en el camino, tenía mi negro de lacayo, con casaca azul de vueltas rojas; y para facilitar mi acceso a las buenas gracias de gobernadores y curas, abundante provisión de cerveza, vino y caña.

El primer pueblo indio, en el camino de Misiones, es Yaguarón, a doce leguas de Asunción; pero había convenido en parar el día de mi partida en casa de mi muy particular amigo el cura de Ypané, a seis leguas de la capital. Se llamaba el Pai Montiel, y en su aspecto se manifestaba la combinación más agradable que haya visto de candor, sencillez, benevolencia y socarronería. El Pai era amado tanto por su rebaño como por sus amigos; sus costumbres eran primitivas, y aun en aquel país hospitalario, su hospitalidad se hacía notable. Era tan mano abierta y pródigo, que el pobre Pai se encontraba en continuos aprietos. Combinado con su cargo pastoral, el Pai Montiel dirigía una extensa chacra de su propiedad. Cultivaba caña dulce y tenía un trapiche para molerla; mandioca, maíz, algodón y tabaco nacían en derredor de su casa en grande abundancia; hacía pan y recogía miel silvestre. Con su algodón hacía los vestidos de la servidumbre; criaba lechones y aves, abatía caza; fabricaba queso y manteca, y era célebre por su chipá. Tenía amplios establos para sus caballos; muchos criados que le servían gratis; vacas en abundancia que le producían leche; y muchos bueyes para arar sus ricas tierras. A pesar de todo esto el Pai Montiel era pobre. Su munificencia rural no tenía límites; de modo que con la caridad que hacía a sus feligreses, los agasajos al rico y los regalos a todos, el cura generoso rara vez podía prenderse el cinturón.

La mañana que llegué a su primitiva, pero espaciosa morada, vi al punto que los preparativos hechos para los festejos

Digitized by Google

del día no eran los de ordinario. El doctor Vargas y el prior del convento de Santo Domingo me acompañaron hasta esta etapa del viaje; y encontramos al llegar donde el Pai Montiel, que el gobernador del distrito, dos frailes de la vecindad, dos caciques del pueblo de Itapé, sobre el Tebicuary Miní, y dos hacendados habían sido invitados para hacernos compañía. Los huéspedes más honorables del Pai Montiel eran dos españoles venidos a menos (aunque detestaba su política) a quienes había ofrecido su casa como hogar; y los alimentaba, vestía y proporcionaba dinero sin interés o recompensa.

Aunque llegamos antes de mediodía, estaba todo listo para comer. Las casas de campo paraguayas están dotadas no solamente de amplio corredor en contorno, sino que en el centro de éste tienen un receso más espacioso, bajo cuyo techo puede decirse vive toda la familia. Es sitio para almorzar, comer, recibir, sestear, cenar y frecuentemente dormir. Siempre es la parte más fresca de la casa. Allí se pusieron cubiertos para catorce, seis u ocho tapes de ambos sexos atendían el servicio; y todos los comensales, después de desembarazarse de la ropa exterior y de las corbatas, se sentaron a un refrigerio que duró casi tres horas. El del cura lujanero no admitía comparación con éste y menos el de Candioti. Fué, aunque en menor escala, más semejante al de Ytapúa. Pero como si entro en detalles, se me acusaría de entreteneros muy a menudo con sólo la descripción de las buenas cosas de la mesa, me contentaré con decir que la más exuberante abundancia de viandas, servidas con las más sabrosas salsas, constituyeron la comida.

Luego se siguió el postre, consistente en crema, miel silvestre, pasteles, queso fresco, piñas y cuantas frutas tropicales hay, todas colocadas o más bien amontonadas sobre la mesa. Luego vino agua para abluciones, después cigarros; luego se levantó la mesa y prontamente se colgaron en el corredor y receso una docena de hamacas; y todo el grupo se entregó a la siesta para que estaba bien preparado por el calor y la hartura.

Por la noche el corredor y receso fueron iluminados con faroles de color, y los parroquianos del Pai Montiel acudieron a bailar, tocar la guitarra y cantar. El prior de Santo Domingo había facilitado su banda; el Pai Montiel iba de un lado a otro como el buen genio del lugar; y en mi vida he presenciado nada más agradable, más delicioso, que el trato dado por él al más humilde de su rebaño o que la bondad y no fingida atención que les dispensaba. Desvanecía todos sus escrúpulos de comer y beber y aceptar algún regalito; mientras su benévolo semblante, las guiñadas de sus ojos picarescos y las bromas que daba o los cumplimientos que hacía adaptados a las circunstancias de las personas de su sencilla congregación, cuando se mezclaba con ellas y les provocaba la risa, eran completamente encantadores.

A media noche los aldeanos, cada grupo encabezado por su guitarrero respecivo, se retiraron cantando y bailando a sus chozas y cabañas; y la siguiente mañana, con la bendición de nuestro munificiente huésped, partimos de Yaguarón. Los dos caciques habían sido invitados expresamente por el Pai Montiel con objeto de conducirnos hasta su pueblo de Itapé, y cabalgaron en consecuencia adelante en calidad de batidores. Conocedores de todos los bosques y mejores pasos de los ríos que estaban en nuestro camino, los caciques no solamente nos guiaban bien, sino que ayudaban a los peones, para mantener juntos

Digitized by Google

a los caballos de relevo, que mostraban continua propensión a escapar a los montes y dispersarse. Pasando por los pueblecitos indios de Yaguarón y Enbitinú hicimos alto en Itapé. Los caminos desde Asunción a este lugar son, a veces tan pesados por la arena y otras tan pantanosos, que con dificultad completamos nuestra jornada en diez horas de duro rodar, sin incluir las paradas. Nos recibieron como siempre, los curas; y una turba de indios pobres y andrajosos nos dieron la bienvenida la mañana siguiente a nuestro arribo. Nada hubo digno de observación en este pueblo; era pura colección de chozas de barro, construída en la verde superficie del suelo, con capilla blanqueada en el centro.

El cura tenía el gobierno religioso de la comunidad, y nuestros dos caciques batidores, con cuatro más de sus paisanos, llegando hasta nosotros oficialmente, se presentaron con varas negras de mando en las manos y fueron presentados por los curas como el cuerpo municipal de Itapé. Los recibí con los honores debidos,los regalé esplendidamente y poco después continué mi jornada. El país que recorríamos ero bello; pero igual en sus rasgos y caraterísticas, al que antes he descripto en mi primera entrada al Paraguay. El tercer día, pasamos por Cazapá, otro pueblo indio, nos detuvimos de noche en Yutí, sobre el Tebicuary Guazú, habiendo también este día recorrido diez y siete leguas. Pasamos el río al siguiente día en balsa. La cuarta noche de nuestro viaje llegamos al pueblo de Jesús, el primero de los destruídos establecimientos misioneros de nuestro camino, distante diez y seis leguas del Tebicuary. Desde aquí, el día siguiente alcanzamos Ytapúa, otro pueblo de los jesuítas sobre las márgenes del Paraná y diez leguas más allá del establecimiento de Jesús. Allí se nos informó haberse destruído la balsa que antes servía para transportar carruajes a través del río; y que había tan poco tráfico entre el Paraguay y Candelaria, capital de Misiones, que nunca se había creído necesario construír una nueva. Ytapúa, está situada sobre la orilla septentrional del Paraná, en el Paraguay propiamente dicho. Candelaria se encuentra en la margen sur de ese río, aproximadamente frente a Ytapúa, en territorio de Entre Ríos y se consideraba todavía en la época a que me refiero, capital de los establecimientos misioneros.

Ansioso por proseguir a este lugar y encontrar al gobernador y los curas a quienes había sido especialmente recomendado, dejé el carruaje en Ytapúa; y embarcándome en canoa, pronto fuí llevado a la orilla opuesta por media docena de bogadores indios. El Paraná tiene allí un ancho de milla y cuarto, es tranquilo, diáfano y con monte tupido en ambas orillas. Llegué a casa del Gobernador a mediodía del sexto de mi partida de Asunción. A continuación va un itinerario de mi viaje que demuestra la distancia entre la capital y Candelaria.

1.	día de Asunción a Ypané	6	leguas
2.	" de Ypané a Itapé	17	"
3.	" de Itapé a Yutí	17	"
4.	" de Yutí al pueblo de Jesús	16	"
5.	" de Jesús a Ytapúa	10	"
6.	" de Ytapúa a Candelaria	3	"
	Total:	69	leguas.

Digitized by Google

En línea recta hay solamente cincuenta y seis leguas. En todo el camino fuí tratado no solamente con hospitalidad, sino con deferencia y respeto a que de buena gana habría renunciado. Sin embargo, los naturales de aquella región, altos y bajos, habían sido enseñados a considerar con tal asombro a cualquier europeo que viajase en la forma que yo lo hacía—especialmente cuando solamente funcionarios de alguna importancia solían viajar de esta manera — que no hubiera sido fácil tarea quebrantar sus costumbres en mi caso. Soportaba honores lo más humildemente que podía, porque sabía que no los merecía; y los sufría pacientemente porque la noción que la gente se había erróneamente formado de mi dignidad, la esforzaba a mostrarme todo lo que había que ver. En ningún pueblo me detuve de noche, sin ser atendido por el alcalde (y a veces también por la alcaldesa) y los regidores. Nada los distinguía de sus descalzos y emponchados conciudadanos fuera de sus varas de mando y alguna prenda de vistoso atavío, con cuya ausencia hubieran estado mejor, pero que los complacía. Algunos usaban cinta alrededor del sombrero, a manera de los reclutas que se equipan antes de incorporarse a sus regimientos; otros tenían encima una mala casaca de sargento, terriblemente deshilachada. Generalmente me manejaba para ablandar la rigidez respetuosa con que la corporación se me presentaba, haciéndoles beber algunos vasos de caña y fumar cigarros. Tenía también regalos para distribuirles—cuchillos, botones, espejitos, etc., a que eran apasionadamente aficionados y, mediante esas donaciones, hice muchos amigos.

Triste, melancólico, desolado, era su aspecto y el de sus pueblos. Todas las cosas estaban destruyéndose — iglesia, colegio, chozas. Muchas de las últimas estaban en ruinas; los hombres parados indiferentes en las puertas; malezas y zarzas brotaban por doquier; la población mermaba diariamente; y con dificultad dos curas en cada pueblo podían arañar lo bastante del trabajo de toda la comunidad, para escasamente alimentar, y malamente vestir a los indios.

Pero en seguida entraré a describir, un poco más detalladamente, el pueblo de Candelaria, asiento del gobernador general y capital de las misiones entrerrianas. Así deduciréis cuál sería el estado de los demás. En ningún caso, por cierto, era mejor; en muchos, era mucho peor.

Candelaria, bajo los jesuítas, tenía tres mil seiscientos habitantes, a la sazón disminuídos a setecientos. Había un templo espléndido, ricamente adornado, un amplio colegio, anchos jardines y extensas chacras en su vecindad. La iglesia estaba cayéndose; la lluvia se derramaba por muchos agujeros del techo; los muros roídos; y aun el altar disimulado por un lienzo. No habiendo sido blanqueados durante años, los muros se hallaban no solamente gastados sino negros. De sus partes con humedad, en intervalos no muy separados, surgían un moho verde, formando suelo de que colgaban ortigas y otros yuyos dañinos. El colegio se encontraba casi lo mismo; y lo que había sido patio enladrillado estaba tan completamente cubierto de pasto y yuyos que no se descubría una huella del piso primitivo. En cuanto al no escardado jardín, "las cosas fétidas e indecorosas de la naturaleza lo poseían simplemente". Todos los árboles frutales habían sido hachados para leña. De las chozas y cabañas primitivas apenas un tercio se mantenía en pie. Y en éstas no había línea menos observable que la perpendi-

Digitized by Google

cular. Se hallaban torcidas, algunas inclinándose a un lado, otras a otro; y todas indicando la apurada intención de depositar sus huesos y polvo en el seno de la madre tierra, y junto a las moradas que ya habían enmohecido para caer.

El trazado de los pueblos jesuíticos (hablo de su época) era invariablemente el mismo. La iglesia y el colegio formaban un costado de la gran plaza, cuyos otros tres lados lo constituían chozas de indios, provistas de corredores al frente para protegerlos del sol y la lluvia. De las esquinas de aquellas plazas salían, como es usual, en ángulo recto, y todas construídas de la misma manera, calles de chozas que, aunque blanqueadas en el exterior, por las costumbres de los indios eran, no obstante, muy sucias por dentro. Rodeando el pueblo estaban las chacras donde trabajaban los indios parte de la semana para la comunidad y parte para sí. Todo el comercio se hacía en el colegio. Era un edificio amplio y largo con dos patios respectivamente en las alas derecha e izquierda. Desde éstos había entradas separadas a vasto número de habitaciones. Aquí estaba el carpintero en su trabajo; allí el zapatero, y más allá el tejedor, el fabricante de cuentas, el platero, etc. Muchos cuartos eran apropiados para almacenar frutos del país, tanto como retornos procedentes de Buenos Aires; y todo estaba bajo cerradura y llave de los curas de la Compañía de Jesús. Detrás del colegio se extendían en toda la línea del edificio un espacioso corredor, que daba frente a una extensa y bien provista huerta que, cercada de pared, se extendía considerablemente al fondo. Proveía a los padres con frutas y legumbres en grande abundancia.

Pero a la sazón ninguna de estas cosas se veían. Con toda su hospitalidad, el gobernador y los curas, aun auxiliados por el administrador temporal, pudieron solamente brindarme carne, pollos, repollos y maíz.

Lo que faltaba en golosinas, no obstante, era suplido por todas las civilidades y bondad posibles. Fuí visitado como siempre por el cabildo, y el día siguiente, que era festivo, hubo procesiones de caballos bailarines, torneos y justas a la moda india. Hubo corridas de toros, simulacros de combate entre los tapes y fiestas de equitación de maravillosa destreza y maña. A la tarde se sacó alrededor de la plaza una imagen de la Virgen María, a que los indios rendían devota adoración; y al caer la tarde se quemaron algunos cohetes en honor del santo.

Con gran desgano los indios fueron a su tarea campestre el siguiente día. No pudieron reunirse antes de las nueve y volvieron a las once para comer la escasa mandioca y dormir larga siesta de tres horas. Nuevamente volvieron a los campos por un par de horas; y, de regreso a sus hogares, holgazanearon el resto de la tarde, apáticos e inmóviles.

Como empezara a sentirme contagiado, hice mis preparativos del retorno la mañana siguiente. Volví al carruaje en Ytapúa; y en seis días, con mi cortejo, siendo siempre escoltado, de pueblo a pueblo, por dos indios, retorné a Asunción. Me complació haber conocido el país de Misiones; y lamenté, ante su tristeza, despoblación y decadencia, que los jesuítas ya no fuesen dueños. Hubo, sea como fuese, en tiempo suyo, industria, aumento de población y riqueza; relativa comodidad para los indios, y apariencia de país cultivado — cultivado bajo malos principios, es cierto, pero *cultivado* —. Hubo disciplina, regularidad, orden y subordinación. Todas estas cosas se habían desvanecido en la época de mi visita; y es cierto que por vituperable, en sus móviles y principios, que fue-

Digitized by Google

se el gobierno jesuítico, el que le siguió, sin una sola buena cualidad compensadora, tenía muchos vicios y defectos de que el otro carecía.

Desde que existió el estado de cosas descripto en esta carta, las Misiones han ido cayendo, año por año, en estado de más y más completa ruina; hasta el punto de casi no encontrarse traza o vestigio de lo que fueron. Las guerras de Artigas las desolaron; la política del Paraguay casi las ha aniquilado. De cien mil habitantes la población se ha reducido a ocho mil; los edificios públicos están no solamente en mal estado sino arruinados; y los indios, desparramados, casi tan desprovistos de subsistencia como cuando vagaban en los bosques. Sus pueblos han sido repetidamente saqueados y quemados durante la revolución; y su ganado, caballos, ovejas y novillos, destruídos o arreados. Los mismos naturales de Misiones han sido forzados a incorporarse a los ejércitos de caudillos revolucionarios; a menudo, dejando que perecieran las viudas y los niños.

Todo vestigio de propiedad o cultivo ha sido robado; y la ruina de los indios, como la caída de los jesuítas, aunque no tan súbita, ha sido igualmente completa; ha sido incalculablemente más calamitosa.

Vuestro, etc., J. P. R.

CARTA XXXVII

Al señor J. G.

LOS YERBALES

Su local. — Hombres que trabajan en ellos. — Bosques, esteros etc. — Villa Real. — Equipo para los montes. — Nuestro viaje. — Descubrimiento de un yerbal. — Preparativos coloniales. — El Tatacuá. —El Barbacuá. — Entrega de la yerba. — Acondicionamiento. — Procedimiento de juntar yerba. — Paciencia y laboriosidad de los peones. — Vuelta a Asunción. — Naturaleza y resultados de las operaciones de los yerbales.

Londres, 1838.

En mis últimas cartas os he hecho, junto con la relación de los jesuítas y sus establecimientos, un bosquejo de mi jira por Misiones. Ahora voy a daros, pero con menos amplitud, el resumen de lo que observé en la excursión que inmediatamente siguió, a los famosos yerbales.

El té paraguayo, forma ramo importante del comercio del país, pues, como una China pequeña, puede decirse, el Paraguay ha proveído de esta bebida refrescante a toda la parte austral del Nuevo Mundo. Las narraciones que había oído acerca del modo de prepararla y de las fatigas y privaciones de quienes se ocupan en producirla, me estimularon a lo que se consideraba tarea quizás ardua, de visitar los montes de yerba mate. Se encuentran principalmente en el país adyacente a un pueblito miserable, llamado Villa Real aproximadamente a ciento cincuenta leguas de Asunción, remontando el río Paraguay. No habiendo comunicaciones terrestres entre los dos lugares, sino muy incómodas y peligrosas, determiné afrontar los ataques de mosquitos y poner a prueba mi paciencia remontando la rápida corriente, antes que correr el riesgo de toparme con un tigre o empantanarme en un estero.

Fuí invitado por uno de los grandes manufactureros de yerba, para, en su compañía, hacerme a la vela en su balandra para Villa Real y acompañarlo por tierra desde allí hasta el sitio de sus operaciones en los bosques. Antes de describir esto, haré relación de

Digitized by Google

los hombres — patrones y trabajadores — por quienes se hacía el tráfico. Era de naturaleza tan penosa que, aunque muy lucrativo, se hacía generalmente por jóvenes principiantes en el mundo, o por hombres inferiores, que, como los mineros, habiéndose enredado en un sistema de juego, alternativamente levantaban y perdían fortunas; eran siempre pobres y al fin morían en los yerbales. Había excepciones a esta regla; pero poquísimas. Patrones y peones, eran casi invariablemente jugadores. Por consiguiente, tan pronto como salían de los bosques, se veían obligados a volver a ellos.

Cuando un "habilitado" necesitaba ir a los "beneficios" o sitios donde la yerba mate se encuentra y prepara, acudía a un comerciante de Asunción de quien obtenía lo que se llamaba "habilitación". Esta consistía en un préstamo de mercaderías y dinero, montante a dos, tres o cuatro mil pesos, según el caso. La suma debía ser reembolsada por el habilitado al comerciante, en plazo determinado, y en yerba al precio estipulado de antemano.

Alquilando, luego, veinte o treinta, a veces, cuarenta o cincuenta peones, el patrón se proveía de lo que sabía ser más requerido en los bosques — hachas, cuchillos, ponchos, tabaco, caña, gorros, liencillo, pañuelos ordinarios, naipes, etc. Así como el comerciante de Asunción había adelantado dinero al patrón, éste estaba obligado a hacer lo mismo con sus peones; y generalmente entraban en los montes muy endeudados. Les había cargado el doble por todo; y antes de empezar el trabajo tenían sus salarios adelantados de dos o tres meses.

Tan impenetrables y plagadas de matorrales son estas selvas, y tan pobladas de reptiles e insectos de la clase más atormentadora y, a menudo, venenosa, que solamente se pueden llevar los bueyes necesarios para la manutención de la colonia de yerbateros, y mulas, no menos necesarias para sacar de los bosques la yerba después de elaborada y embalada.

Con Miguel Carbonell, (catalán. muy ordinario), que había pasado su larga vida en el río y en los montes, alternativamente, me hice a la vela aguas arriba; y llegamos a Villa Real, en L. 23° 20', el décimo día de nuestro martirio de mosquitos en el río Paraguay. Estábamos ahora en los límites de un territorio habitado por indios Mbayás y Guaycurús. Estos últimos son los más feroces de las tribus no sometidas.

Dos días después de nuestro arribo, abandonamos Villa Real, y nunca estuve más contento que cuando la dejé, pues si las penas y castigos del purgatorio son iguales a los de aquel lugar, ciertamente no hay mucho más que temer.

Calor, miasmas, inmundicias, mosquitos, lagartijas, serpientes, sapos, ciempiés, vinchucas, murciélagos, habitantes desnudos, chozas miserables, escuálida miseria; todo hizo mi residencia de dos días no solamente penosa, sino detestable en sumo grado.

Nuestra cabalgata, cuando partimos, era grotesca. Montados en cuarenta mulas iban otros tantos peones, sin otra indumentaria que camisa, calzoncillos, faja y gorro colorado en la cabeza. Algunas mulas iban ensilladas, otras no; adelante marchaban una docena de mulas cargueras, con caña en barriles, tabaco y otras mercancías. Media docena de peones, un poco adelante, arreaban cien bueyes bramando por el dolor de las picaduras de insectos; mientras el catalán, un capataz y yo formábamos la retaguardia Teníamos las piernas envueltas en cuero crudo para defendernos a la vez de las espinas del matorral y las picaduras de los mosquitos. Nuestras caras, con el mismo objeto, estaban enmascaradas

Digitized by Google

con piel de carnero curtida y las manos enguantadas con el mismo material.

Los peones, me parecía, tenían la piel tan curtida y endurecida que no necesitaban protegerse de los insectos; pues lo más que en ocasiones hacían aunque iban completamente descubiertos, era darse una palmadita en la cara, para espantar un mosquito o jején venenoso, que si me hubiera picado me deja roncha durante una semana.

Con gran dificultad completamos seis leguas el primer día, y vivaqueamos por la noche junto a un arroyuelo, en una abrita de suelo verde. Allí, encendiendo grandes fogones, nos dimos maña para alejar los insectos; y era curioso ver con qué sagacidad bueyes y mulas se mantenían dentro de la zona de aire enrarecido y así evitaban algo, tanto como nosotros, los insoportables ataques de los punzantes y venenosos habitantes de la atmósfera.

Al alba levantamos campamento y proseguimos a través de tales obstáculos, que no me aventuraré a describir, porque apenas podría, sin incurrir en el castigo de que se atribuya a exageraciones de viajero, solicitaros que creyerais.

El cuarto día, no obstante, salimos de los enmarañados y espinosos bosques y de los interminables esteros, y entramos en un lindo campo, profusamente adornado con las más bellas muestras del paisaje paraguayo; y el quinto día llegamos a un punto de la orilla norte del Ypané Guazú, veinte leguas de su unión con el Paraná y treinta de Villa Real. Aquí un grito del capataz y los peones proclamó que habíamos encontrado un yerbal. Estábamos en medio de un valle extenso, bien irrigado, y completamente encerrado por bosques de todas clases, desde el arbusto y el naranjo, hasta el gigantesco árbol de la selva. Esto fué por la mañana; y media hora después se detuvo la cabalgata junto a un arroyuelo. Los preparativos más activos se hicieron inmediatamente para una instalación permanente; con lo que entiendo una estada de seis meses en aquel lugar.

Se descargaron las mulas cargueras, y se desensillaron las de silla; mulas y novillos se arrearon a pastar por seis u ocho peones; mientras veinte de los servidores remanentes, se pusieron con toda prisa a cortar gruesas estacas y hacer corrales para el ganado. Media docena de peones remojaron varios cueros para asegurar esas estacas; otros carnearon un novillo y otros encendieron fogones con el doble fin de asar carne y mantener alejados los insectos. Estas operaciones empezaron a las diez de la mañana. Al ponerse el sol los novillos fueron encerrados seguramente en un corral y las mulas en otro. Además, se levantó una gran ramada semejante a la descripta en la cabaña de Leonardo Vera, y antes de las diez de la noche, toda la colonia de yerbateros, el patrón, el capataz y yo, estábamos durmiendo suspendidos en el aire, libres de los ataques de reptiles e insectos. Los fogones se dejaron encendidos para mantener a distancia los jaguares y, por primera vez desde que dejé Villa Real, gocé una noche de sueño profundo y tranquilo.

Al alba los peones se pusieron de nuevo a trabajar. Aquí un grupito estaba construyendo, para nuestra habitación, larga línea de toldos y cubriéndolos con anchas hojas de palmera y bananero. Allí otros hacían preparativos para beneficiar y almacenar yerba.

Los preparativos consistieron en construir primero el *tatacuá*.

Este consiste en un espacio pequeño de terreno, de seis pies por lado, cuyo suelo fué apisonado con pesados pisones hasta darle

Digitized by Google

dureza y consistencia. En las cuatro esquinas de este espacio, y en ángulo recto, se clavaron otras tantas fortísimas estacas, al mismo tiempo que sobre la superficie del suelo se pusieron grandes trozos de leña. Este era el sitio donde las hojas y los renuevos del árbol de yerba cuando se traían del bosque, eran primero tostados, encendiendo los leños que había dentro. Al lado del *tatacuá* estaba extendida una amplia red cuadrada de cuero, de la que, después que las hojas estaban tostadas, un peón unía las cuatro puntas y se movía con la carga sobre sus hombros, hacia la segunda construcción, a saber: el *barbacuá*.

Este era un arco de considerable alargamiento y cuyo soporte eran tres fuertes caballetes. El central formaba la parte más alta del arco. Sobre esta superstructura se ponían palos atravesados fuertemente clavados en postes a cada lado de los soportes centrales, y de este modo formaban el techo del arco. Siendo apartadas las hojas, después del proceso del *tatacuá*, de los gajos más gruesos de yerba, se ponían sobre este techo, bajo el que se encendía una gran fogata. La llama de este fuego ascendía y tostaba aún más las hojas de yerba. Dos peones abajo provistos de largas varas cuidaban en cuanto podían, que no se produjera ignición; y, para extinguirla cuando ocurría, otro peón se colocaba arriba del arco. En ambos lados de éste había dos tablones; y con un largo bastón en la mano, el peón corría sobre éstos, e inmediatamente extinguía cualquier chispa incipiente que apareciera.

Cuando la yerba se tostaba completamente, se retiraba el fuego de bajo el *barbacuá*, o arco; el terreno era luego barrido y convertido con pesados pisones, en substancia más dura y lisa. Las hojas tostadas y los pequeñísimos palos se echaban abajo del techo y, mediante una tosca muela de madera, eran reducidos a polvo.

La yerba o te estaba ahora lista para el consumo; y siendo llevada a un amplio cobertizo, previamente levantado con este propósito, era allí recibida, pesada y almacenada por el capataz. Los peones trabajaban en parejas, a menos que tomasen un tercero, pagándole para que los ayudase en el trabajo del *barbacuá*. Estos dos peones obtenían un recibo de toda cantidad de yerba que entregasen al capataz; y se les pagaba por ella al fin de su convenida permanencia en los bosques, al precio de dos reales, por arroba de veinticinco libras.

La siguiente y última operación, y la más laboriosa de todas, era la de embalar la yerba. Esto se hacía cosiendo primero, en forma cuadrada, la mitad de un cuero vacuno, que estando todavía húmedo, se ataba por dos de sus esquinas a dos fuertes caballetes profundamente empotrados en el suelo. El embalador, luego, con enorme palo de la madera más pesada, provisto de enorme zoquete en una extremidad y una pieza piramidal para imprimirle mayor impulso, en la otra, apretaba con repetido esfuerzo, la yerba en el tercio y lo llenaba hasta el tope. Contenía doscientas a doscientas veinte libras y, una vez cosido, y dejándolo que se contrajese sobre el contenido, mientras el cuero se secaba, en dos o tres días de exposición al sol, formaba una substancia dura como piedra y casi tan pesada e impenetrable.

Hasta aquí he descrito solamente el procedimiento de preparar la yerba para el consumo.

Si queréis acompañarme a los bosques veréis cómo se recoge.

Después de completarse todos los preparativos que he detallado (que requirieron solamente tres días para concluirlos), los peones salieron de la colonia en parejas. Acompañé a dos de los más

Digitized by Google

robustos y mejores. No tenían otra arma que una hachita, ni otra ropa que chiripá liado y gorro colorado, ni más provisión que cigarros y un chifle con agua, y no estaban animados por otra esperanza y anhelo, de que yo me percatase, que encontrar pronto una parte del espeso bosque tachonado con árboles de yerba. También anhelaban descubrirla lo más cerca posible del campamento para que el acarreo de las toscas ramas al sitio del beneficio disminuyese todo lo posible.

Escasamente habíamos costeado un cuarto de milla el bosque que cerraba el valle donde vivaqueábamos, cuando llegamos a numerosos árboles de yerba mate. Había de todos los tamaños, desde el de arbusto hasta el de naranjo en pleno desarrollo; las hojas son muy semejantes a las de este lindo árbol. Cuanto más pequeña es la planta, se considera que produce mejor yerba. Los peones se pusieron a trabajar con sus hachas; y en menos de dos horas habían juntado una montaña de ramas, amontonándolas en forma de parva. Luego ambos llenaron sus amplios ponchos con el codiciado artículo de comercio en estado crudo; y marcharon con sus respectivas cargas, bamboleando de manera bastante parecida a la que veis en este país un carromato de nabo o trigo, vacilante con su carga, o a la vista de mis amigas las hormigas de tacurú cayendo y levantando, bajo sus voluminosas cargas. Habiendo depositado su primera carga en el recinto de la colonia, los peones regresaban por la segunda, y así sucesivamente hasta transportar toda la masa de ramas y hojas cortadas y amontonadas durante aquel día. Cuando volví a la colonia, encontré todos los peones viniendo en parejas de todas direcciones del valle, cargados de la misma manera. Había veinte *tatacuás*, veinte *barbacuás* y veinte rimeros de yerba cortada y lista para la operación. Dos días después toda la colonia era una llama. *Tatacuás* y *barbacuás* estaban envueltos en humo y el tercer día todo estaba almacenado en el cobertizo; y el cuarto los peones salieron de nuevo en procura de más ramas y hojas. Durante los ocho días que presencié estas operaciones, me asombró mucho la paciente y laboriosa perseverancia de los trabajadores. Luego, era más sorprendente, si fuese posible, su sobriedad. Charqui y unas pocas sandías, constituían toda su comida, con, al caer el día, un cigarro y un vaso de caña. Ni los rayos perpendiculares del sol, ni los eternos ataques de insectos y reptiles, tenían poder para interrumpir la tarea, o amortiguar la alegría que seguía a la terminación de los trabajos del día. Preparados por la fatiga para un reposo profundo, todos trepaban a la ramada para dormir; y los suspiros de la brisa vespertina llevándose las últimas armonías de guitarra y las últimas notas de melodía vocal, sumergían a todos en profundo sueño.

Después de pasar ocho días en esta colonia incipiente se me proporcionó canoa, en que, evitando una segunda visita a Villa Real, fuí llevado aguas abajo del Ypané Guazú y pasando la Villa de Belén, llegué en tres días a Asunción.

Ya he intentado daros una idea de la manera como trabajan los yerbateros. Ahora os daré noción de lo que ganan y como se divierten.

Suponed que un peón va a los yerbales por seis meses. Se calcula y, por lo que ví, exactamente, que en ese tiempo puede producir ocho arrobas o doscientas libras de yerba diariamente.

Digitized by Google

Esto, al precio de dos reales por arroba, hace un jornal de ocho chelines; y esto en seis meses a seis días semanales producirá al obrero la suma de.. £ 57 s.12
Pero se ha endeudado con su patrón antes de ir al bosque por..... £ 12 s.0
Ha gastado en el bosque otro tanto.. £ 12 s.0
Y por ninguna suma ha obtenido su valor ..... £ 24 s.0
Como los marineros cuando vienen de un largo viaje, por consiguiente, el peón yerbatero vuelve a casa con ..... £ 33 s.12
De esta suma gasta en adornos de plata para su caballo ..... £ 12 s.0
En adornos personales ..... £ 5 s.0
Y en el juego el saldo ..... £ 16 s.12
£ 33 s.12

(Al mes revende sus pilchas de montar y sus adornos personales; una quincena después se queda sin un centavo; y en una semana más se le vuelve a encontrar desnudo en los yerbales.

Mutatis mutandis el patrón es lo mismo. La ruina del peón se computa por decenas; la del patrón por centenas y millares.

Ambos son esclavos; esclavos de su vanidad y de sus pasiones. Habiendo satisfecho éstas por una temporada, se encuentran ambos contentos de volver a la dura tarea de trabajar en los yerbales para proveer, con nuevos sacrificios y nuevo trabajo a la renovada satisfacción de aquellos hábitos que, el goce temporal, lejos de haber dominado, no ha hecho sino fomentar más inveteradas tendencias.

Vuestro, etc. J. P. R.

CARTA XXXVIII

(Al señor J. G.

(Comienzo de las cartas de G. P. R.)

Partida para Sud América. — Zarpando de Inglaterra en tiempo de guerra. — Llegada a Madeira. — Descripción de la isla y capital. —Mr. Bellringer. — Burriqueiros. — Vecindad de Funchal. — Los Viñedos.

Londres, 1838.

En las cartas precedentes se han dado tantos detalles relativos a Francia y los jesuítas, se os han descripto tantas vistas del Paraguay, Misiones y los yerbales, que considero oportuno aventurarme, como segundo y secundario escritor sobre estos temas, a cambiar de escena por el momento, para daros tiempo de respirar antes de trasladarme yo mismo a Asunción.

Mientras seguía mis cursos en casa, recibí cartas de mi hermano instándome a reunírmele en el Paraguay. Sus referencias precedentes sobre aquel país y la facilidad de hacer "fortuna" en él, junto con la grandeza atribuída, en la mente de todo joven escocés, a la idea de ir al extranjero, hicieron que con gran diligencia me preparase a abandonar mi tierra. Nos enorgullecemos mucho de nuestros sentimientos nacionales—de nuestro profundamente arraigado *amor patriae;* pero de un modo u otro, nunca se permite a estos sentimientos que refrenen nues-

Digitized by Google

tro anhelo de viajar fuera de Escocia así que podamos. Lo que es más estraño, son rara vez lo bastante fuertes para inducirnos a regresar a nuestro suelo natal, una vez que suavemente lo hemos dejado. Temo que nuestro amor patrio sea algo semejante a nuestra educación en Escocia—más bien metafísico.

Sea lo que sea, di tierno adiós a mi hogar en agosto de 1813. Antes de partir hice visitas de despedida a muchos antiguos parajes acostumbrados, en la vecindad de Edimburgo. Dí una última mirada a las curiosas calles, cercados y encrucijadas de la ciudad vieja. Subí a Calton Hill para abarcar la magnífica escena que se extiende en torno; bajé del Castillo a Holyrood, me paseé por el Parque Real, ascendí por última vez al asiento de Arturo, y orillé la cima de Salisbury's Craigs. Visité Dundingstone; "Yock's Lodge" y Portobello; dediqué un día entero a Lasswade y de allí por las riberas del Esk, fuí a Dalkeith. Aquí, en la escuela elemental o, como la llamábamos, escuela *superior*, había sido educado y pasé mis primeros años. Nuestro antiguo maestro (Mr. Bell), hombre famoso en su tiempo, estaba todavía en su puesto. Era el bello ideal del maestro de escuela de campaña,—propio de Goldsmith; y ahora pude considerarle con toda reverencia, sin mezcla del temor que infundía en nuestros días juveniles. De la escuela proseguí al Duke's Park, magníficos campos del duque de Buccleuch. Discurrí por todas las sendas bien conocidas y por cada belleza particular del paisaje; el puente, la cascada del Esk, la gruta, la ermita, los plantíos tupidos de arbustos y los suaves prados; el palacio y sus pinturas; los lindos árboles añosos del parque y aquella maravilla de nuestros primeros años: "las hojas colgantes". Todos fueron recorridos; y me aparté de los muchos objetos que habían sido fuente de tanto placer puro para mí, con la pena que experimentamos al separarnos de amigos que presentimos no volveremos a ver jamás.

En aquellos días no había vapor. Creíamos haber alcanzado el colmo de la perfección botando al agua una linda balandra de Berwick. Por este medio de transporte fuí llevado de Leith a Londres en ocho días. La *morale* de los viajes ha progresado tanto desde entonces que tengo grabado el recuerdo de la mañana en que todos los pasajeros de cámara trabaron combate a almohadazos—damas contra caballeros; las almohadas volaban como otras tantas bombas de camarote a camarote.

Los pasajeros más jóvenes de la presente generación, educados y viajando en tiempos pacíficos, casi no tienen idea del tumulto y animación que se producían al salir embarcado de Inglaterra durante la última guerra. Ahora, un barco solo sale tranquilamente de los diques de Londres o Liverpool, y por larga que sea la travesía, ni se sueña en "escapadas por un pelo". Entonces el *rendez vous* general era en Portsmouth; poderosas flotas de barcos mercantes se reunían bajo la protección de los de guerra británicos; debían contestarse las señales, servirse los cañones y, en resumen, darse muy alta prueba de preparación, para que, en aquellos tiempos de guerra se permitiera a ningún súbdito del rey cruzar el Atlántico.

Así, el 23 de agosto de 1813, zarpé de Portsmouth, en un lindo barco llamado "Marianne", en conserva con cerca de ochenta buques destinados a diferentes puertos del Nuevo Mundo, convoyados por dos altivas fragatas. Cuando se hizo señal de largarse, todo fué alboroto en tierra y animación a bordo.

Digitized by Google

Cada barco tendió sus velas, y las dos fragatas, zarpando gallardamente con poco paño, iban a la cabeza del numeroso convoy, cuando, pomposamente tomaba el mar entre aclamaciones de los miles que presenciaban nuestra partida desde la costa.

Navegando en conserva, cuando la flota es numerosa, la monotonía de un largo viaje es interrumpida por gran variedad de incidentes, y por la observación y cálculos continuos de los movimientos de la comunidad flotante que os rodea. Pero tiene este descuento terrible, que la velocidad del barco más veloz baja al nivel de los más lerdos de la flota. Nuestras fragatas corrían a veces a palo seco, mientras los pesados zoquetes del convoy, a toda vela, no podían acompañarlas. Luego se hace señal de ponerse a la capa; y los barcos que se han distinguido por sus cualidades veleras reciben orden de remolcar a uno de los calamitosos remolones de atrás,—tarea que con frecuencia se recomendaba al "Marianne", uno de los barcos más veloces del convoy.

Tuvimos, no obstante, buenas singladuras hasta Madeira, donde se nos presentó una vista todavía más magnífica que la salida del convoy en Portsmouth. Casi doscientas velas mercantes y unas veinte de guerra — barcos y fragatas de línea — estaban en la bahía de Funchal; y mientras el convoy navegaba hacia la masa y gradualmente se mezclaba con ella, el efecto era realmente grandioso.

Luego, la escena de la isla, a cuyo abrigo habíamos fondeado! El pie de las montañas es azotado por las rompientes; Funchal, cercado por las olas, se oprime en las quebradas adyacentes, o lanza sus calles estrechas cuesta arriba. La subida del cerro es escarpada y rugosa; rocas ásperas y altos precipicios amenazan por todas partes a ciudad y bahía. Sin embargo, a estos rasgos se mezclan otros de más suave descripción: verdor, árboles, viñedos y arroyuelos de montaña; mientras la superficie de la subida empinada que se levanta 2000 pies sobre el nivel del mar, desde Funchal a la iglesia de Nossa Senhora do Monte, está tildada con cabañas blanqueadas y lindas "villas", que a lo lejos parecen suspendidas en el aire e inaccesibles para pisadas humanas.

Creo poder empezar mi "narración personal" desde Funchal. Concebiréis la escena de confusión que sus calles angostas (poco mejor que callejuelas) nos presentaban, si consideráis que estaban en posesión de los desperdicios de veinte barcos de guerra británicos y de doscientos cincuenta a trescientos mercantes ingleses de tercero o cuarto orden. Encargados de estafeta, patrones de embarcación, pasajeros, guardiamarinas y marineros se atropellaban por todo. No había siquiera un cuarto donde alojarse en ninguna de las fondas sucias o despachos de ginebra de que sólo Funchal puede envanecerse. Todos los alojamientos estaban alquilados; no se podía conseguir cama por cariño o dinero. Se pedía media corona por la botella de cerveza. A fines de agosto el calor en las calles inclinadas era verdaderamente horrible. Como otros centenares, no conocíamos a nadie; ninguna casa de diversión se nos abría, aun con dinero en nuestros bolsillos. Ibamos y veníamos por las calles (mis dos compañeros de viaje y yo) semicocidos en horno, semiasados; y cuando nos habíamos prometido una semana de deliciosa residencia en la bella isla Madeira, menos halagadoras perspectivas comenzaron a alborear en nuestras mentes, no dispuestas para

Digitized by Google

estar obligadas a languidecer siete días bajo un toldo a bordo del "Marianne". Así, pues, veríamos, pero no entraríamos en las Hespérides que teníamos por delante.

Aquí debo informaros que, mientras aguardábamos la formación del convoy, en Portsmouth, entré en relación con un caballero que tenía el nombre singular de Bellringer (campanero). Parábamos en el mismo hotel, comimos una o dos veces y nos paseamos juntos por las murallas. Ambos pertenecíamos al enjambre del convoy, cuyos "fines eran variados como los caminos que tomaban", demasiado variados en muchos casos para admitir que se pregunte al primero con quien se tope: ¿a dónde vais?

Cuando con mis compañeros de viaje, dábamos el último paseo por la calle principal de Funchal,—cansados, desanimados, acalorados y perfectamente fastidiados de nuestra ocupación,—mi mirada se posó en el nombre, escrito con grandes letras en un gran almacén, de Bellringer. Mientras admiraba la "curiosa coincidencia", el mismísimo Mr. Bellringer salió a la puerta e inmediatamente reconoció a su relación de café en Portsmouth. Había desembarcado como nosotros, aquella mañana; su establecimiento, grande y próspero, estaba en Madeira; e inmediatamente expresó su deseo de hacer lo posible para hacerme agradable mi breve estada en la isla.

Nos hizo entrar a los tres en un salón amplio, aireado y hermoso del primer piso, pues el bajo, como en todas las otras casas de Funchal, se destina al negocio. Las uvas más deliciosas, las naranjas más finas, los mejores vinos, se nos pusieron por delante. ¡Qué contraste con nuestro paseo desesperado por las calles! La casa de Mr. Bellringer estaba llena de huéspedes; pero nos procuró óptimo acomodo con una familia respetable. Los moradores eran norteamericanos agradables; y de la gran masa heterogénea de visitantes caídos tan súbitamente sobre Funchal, no creo que un solo individuo estuviera más cómodamente alojado y cuidado que los pasajeros del "Marianne".

Madeira, tal como *ahora* teníamos oportunidad de verla parecía a nuestra vista deleitada un paraíso terrenal. Clima más delicioso (cuando empezáis a subir de Funchal) o paisaje más verdaderamente encantador y variado, no creo se encuentre en ninguna parte.

Empleábamos el tiempo en excursiones a los puntos más interesantes de la isla, en los alrededores de Funchal. Almorzábamos todas las mañanas con nuestro huésped y su agradable familia; y luego, provistos de una canasta con víveres, se hacían venir a la puerta burriqueiros y petizos. Los primeros son vuestros conductores o corredores; y casi no se sabe qué admirar más: si la agilidad de éstos o la fuerza y seguridad en la marcha de sus caballitos. Trepan los despeñaderos, bajan las quebradas, atraviesan rocas disgregadas, y tranquean luego por la aquí y allá lisa superficie del camino, todo con igual facilidad y seguridad. Pero, por ligero que vayáis, nunca podréis pasar a vuestro burriqueiro. Con cayado en la mano, siempre va saltando al costado o adelante; sea el sol abrasador, o el camino de montaña casi perpendicular, es pasatiempo completo para el alegre burriqueiro y parece literalmente imposible fatigarle.

Doquiera vayáis, viñedo o cabaña, hermosa "villa" o lindos campos, no se interrumpen. Luego llegáis a rocas y riachuelos, y a escenario natural más atrevido y estéril, pero pintoresco,

Digitized by Google

que contrasta bellamente con los campos cultivados, mesetas verdeantes y arbustos y siemprevivas silvestres que, con fucsias, mirtos y geranios, se desparraman con suma profusión y belleza en toda la lozanía de vegetación tropical.

La viña aquí, como en otros países productores, se cultiva baja y se planta en grandes campos; muchas de las cabañas anejas a estos viñedos encontrábamos a los lados del camino, construídas en las pendientes de los cerros. Cada cabaña tiene detrás de la puerta una pipa de *vin du pays*, bebida liviana que sorbéis en jarros. Durante el calor diurno, cuando con mucho trabajo subíamos alturas como las que conducen a la iglesia del Monte y otros lugares circunvecinos, hallábamos la bebida muy refrescante. Variábamos nuestra excursión cada día, visitando lugares notables por su belleza o paisaje. A mediodía buscábamos el árbol umbroso, la superficie suave y el claro riachuelo susurrante; allí tomábamos nuestro refrigerio y reposábamos de los agradables trabajos del día. Refrescábamos a nuestros siempre contentos y rientes burriqueiros, hacíamos pastar nustros petizos; y regresando despacio con el fresco de la tarde, nos uníamos en agradable sociedad con la familia cuyo conocimiento debíamos a mi digno amigo Mr. Bellringer.

Cuando la fuerza del vapor sea bastante poderosa para daros alas y llevaros a Madeira en tantas horas y haceros regresar en tantas más, os aconsejo de todas maneras hacer un paseo por allí en el mes de septiembre.

Vuestro, etc.

G. P. R.

CARTA XXXIX

(Al señor J. G.

Calma en el mar. — Río de Janeiro. — El Comodoro abandona el convoy a su suerte. — Carrera a Buenos Aires. — Ratas a bordo. — Se tocan rocas. — Esfuerzo en las bombas. — Se cortan los mástiles. — El naufragio es visto por fariseos y levitas; pero pasamos sin auxilio. — Librados al fin por un judío. — Mr. Jacob, el buen samaritano.

Londres, 1838.

El capitán Dickson, que guiaba y mandaba nuestro convoy, no había salido al mar en diez años; y a esta causa muchos de la flota atribuían los sufrimientos que padecimos en tres semanas de calma chicha en el Ecuador.

Cierto es que caímos en el seno de un cabo africano y no dábamos con el medio de salir. Un día el sol lanzaba sus rayos verticales sobre nuestras cabezas o por lo menos sobre nuestros toldos; otro nos arrastrábamos una milla al sur; otro nos movíamos lentamente una milla al norte; constantemente el termómetro oscilaba alrededor de los 95° F; y, se abrigaron por fin las más serias aprensiones por la salud de las numerosas tripulaciones, que debilitaban su organismo con puerco salado y reducidas raciones de agua en este calor opresivo. Al fin de tres semanas entramos en la largamente ansiada y casi ya no esperada brisa y después de la travesía más incómoda de noventa días, llegamos el 20 de septiembre a la ciudad de Río de Janeiro.

Digitized by Google

De esta ciudad y su espléndida y sin rival bahía bastará la descripción contenida en algunas de las primeras cartas de estos volúmenes. Con recomendaciones para Río, no estuve reducido, en calles todavía más calurosas que las de Funchal, al dilema de que Mr. Bellringer me libró. Pasé una quincena con un amigo bondadoso y hospitalario (1) y en ese tiempo tuve oportunidad de ver toda la grandiosidad y belleza de los alrededores. Los rasgos que aquí asume la naturaleza, quizás (con excepción de la vista lejana de la Sierra de los Organos) se clasifiquen más propiamente de bellos que de grandiosos; pero es la vasta escala en que estas bellezas se mezclan con armonía y se agrupan graciosamente lo que da al paisaje uno de los más imponentes y placenteros atractivos.

Una quincena en Río de Janeiro a principios de diciembre, es bastante aún para el más entusiasta admirador de lo pintoresco. El calor de la ciudad es intolerable. Los mosquitos os atormentan hasta la muerte. Sobre todo, en mi caso, las odiosas escenas que, en mi primera visita a un país esclavócrata víme forzado a presenciar, de crueldad para el infeliz negro, produjeron en mí un completo disgusto del lugar. Tal fué la impresión profunda hecha en mis sentimientos al principio de mi carrera, por el latigazo y el grito de la víctima que de cuando en cuando llegaban a mi oído mortificado, que hasta hoy imagino oiría el sonido aterrador, tan aterrador como lo oía veinticinco años atrás.

Las personas que en Inglaterra sostienen todavía que la esclavitud de ningún modo es estado tan malo para el negro, como pretendidos filántropos han afirmado, nunca se han trasladado a los veinte años desde la tierra humana y feliz en que viven, a un país donde el esclavo es sometido a ciega y brutal obediencia, mediante repetición de heridas mortales infligidas en su cuerpo desnudo por un verdugo sin corazón, implacable, y a menudo vengativo.

Y no se diga que lo que ocurre en Río no se vé en nuestras colonias. Es un hecho demasiado triste y bien auténtico que los portugueses, ingleses y holandeses, son todos casi igualmente notorios por su carácter rígido e inexorable cuando se convierten en amos de esclavos. No hablo de los que tienen solamente esclavos domésticos (aunque en muchos casos esta clase es bastante maltratada), sino de los dueños de fundos trabajados por esclavos; del hombre que tiene estos infelices hombres en manada, y primero los reduce al nivel de las bestias del campo y luego los utiliza tan malamente como los peor tratados brutos de la creación. En muchos casos hace esto, es cierto, valiéndose de otro; pero, por esto, ¿es menos responsable ante las leyes de humanidad, del sufrimiento que en cualquier caso se reserva para el esclavo torturado?

Desde nuestra salida de Madeira habíamos ido desprendiendo partes de nuestro convoy, destinadas a los puertos intermedios; de modo que cuando al fin zarpamos de Río, el número se redujo a diez o doce barcos. El comandante de la fragata que nos acompañaba, viendo que no había ningún peligro en estas lejanas latitudes, de ser apresados por corsarios, nos dejó, cuando estábamos a dos días de navegación del Cabo San-

(1) Mr. David Stevenson, todavía residente en Río, y creo que no lo ha dejado en veintiséis o veintisiete años.

Digitized by Google

ta María de donde cada barco mercante haría lo mejor que pudiese en demanda del Río de la Plata.

Se nos dejó expuestos a la contingencia, después de una navegación de cuatro meses, de ser apresado por un corsario americano y enviados como prisioneros de guerra en otro viaje de tres meses hasta los Estados Unidos. La mera probabilidad de tal cosa aumentaba nuestros temores hora por hora; y apenas tendréis idea de la nerviosidad con que vigilábamos y mirábamos y esforzábamos nuestros ojos buscando "velas extrañas" baje pabellón americano.

Nuestros temores, sin embargo, resultaron infundados y todos los barcos llegaron a la desembocadura del Plata al mismo tiempo. Aquí comenzó una carrera hasta Buenos Aires; y salió el "Marianne" — con patrón ignorante, noche obscura y navegación peligrosa, — en la esperanza de adelantarse a todos los otros barcos.

Ahora debéis saber que antes de salir de Londres, se habían metido ratas en nuestro buque; y durante el viaje, semana tras semana, dieron muestras crecientes de fecundidad.

Se multiplicaban rápidamente sobre nosotros; y como aumentaba su número, se hacían más y más atrevidas. Por fin fuimos obligados, por la noche, a tener garrotes al lado de los camarotes, para, cuando dormíamos, disputar *vi et armis* la posesión de los colchones a estos atrevidos invasores de nuestro sueño.

No se había mirado el agua antes de salir de Río; y cuando era demasiado tarde para remediar el mal, encontramos el contenido de tres o cuatro pipas que teníamos a bordo, con olor muy fétido. Para disminuir los efluvios, de día se sacaban los tarugos y se volvían a tapar de noche, para que las ratas no se apoderasen de nuestra pipa como de nuestros colchones.

A las doce, entonces, en la obscuridad de la noche que remontábamos el río, mi compañero de viaje y yo, "serpenteábamos" cada uno con su respectivo garrote, para trabar la guerra acostumbrada con nuestros hostiles intrusos que ahora, con toda insolencia, y por medias docenas a la vez, afirmaban su derecho de ocupar nuestras camas. Me acosté con la idea halagüeña de que mis molestias marítimas tocaban a su fin; que una nueva e interesante escena estaba a punto de abrirse para mí; y que desaparecería ante ella el tedio engendrado por cuatro meses mortales de navegación, encerrado con almas dispares, y expuestos al capricho y pequeña tiranía del patrón vulgar y que quería ser dominante.

¡A eso de las doce, ejercía en lo obscuro mi ya bien aprendida destreza para defender mi pequeña fortaleza (esto es, mi camarote) contra un vigoroso asalto de mis sitiadores, las ratas, cuando cruje, cruje, cruje, la quilla del barco, arañando alguna otra substancia; luego golpeamos un arrecife, y allí nos plantamos duro y firme. Las mismas ratas se asustaron con el choque y huyeron fuera; mientras mi flemático compañero, sentándose despacio en la cama, deliberadamente, pero con gran énfasis, dijo: "Gracias al cielo, todas las ratas se ahogarán!"

Nos vestimos apurados y subimos a cubierta, donde inmediatamente de golpear el barco, todo fué confusión y ruido. Allí estaba nuestro valiente buque inmóvil, encerrado entre rocas; y uno de estos enemigos ocultos de la navegación feliz lo

Digitized by Google

había perforado de parte a parte. El agua así encontró libre entrada y el casco empezó a llenarse rápidamente. La noche era obscura como brea — amenazaba una tormenta — y ni patrón, ni piloto, ni nadie a bordo tenía la más remota idea del lugar en que nos hallábamos. El tiempo estaba insufriblemente cerrado y caluroso, afortunadamente con brisa casi imperceptible. Todos, pasajeros inclusive, fueron llamados a las bombas y, con incesante esfuerzo, las hacíamos funcionar. El primer efecto de esto, con atmósfera que hacía subir el termómetro a ochenta, fué producirnos una sed intensa. La sola vista, aún del líquido salobre, casi salado, que bombeábamos, aumentaba nuestra ansiedad de beber. Justamente habían quedado dos cascos de agua. Se barrenó uno y ¡puff!, llenó el aire con olor pestilente: el otro — ¡más horrible que el primero! Los tarugos se habían dejado fuera, — las ratas se habían metido; muchos de sus cuerpos yacían en el fondo; sus pelos espesaban el agua; y el sabor — el gusto que enfermaba — no intentaré describir.

¿Pero qué puede resistir a una sed rabiosa? Se colocaron baldes en el tope de la escalera de carroza; allí estaba un hombre para hacer nuestro grog, mezcla de rum tolerable con esta horrible agua estigia. Primero nos apretábamos las narices al beber, pero cuando la sed aumentó y el sudor se abrió camino por todos los poros del cuerpo, bebimos a grandes sorbos la droga venenosa como si hubiese sido néctar, en vez de una mezcolanza de ratas, rum y agua pútrida.

Alboreó la mañana y nos mostró la playa a distancia de siete u ocho millas. Las nubes empezaron a disiparse y el sol, a echarnos encima sus rayos quemantes. Si hubiese soplado un pampero, como amenazaba, todos habríamos sido hombres muertos. Pero nuestro estado era bastante crítico sin eso. El agua nos ganaba ligero; disparábamos un cañonazo por minuto e izamos bandera de auxilio; de nada nos sirvieron. Todavía continuábamos dándole a la bomba, aunque evidentemente con ningún propósito; y al fin, como empezara el barco a tumbarse mucho, se dió la orden fatal de cortar el palo mayor.

Hay pocas cosas más impresionantes que cortar los palos del barco en el mar. Zás, el robusto brazo del carpintero asesta el primer hachazo vigoroso en la raiz del mástil. Es como el primer doble solemne de las campanas que anuncian la muerte. El compañero del carpintero da el siguiente hachazo, y luego viene una sucesión regular de golpes seguidos y firmes, tajando y hachando el tronco. Se oye un crujido, un estallido; hasta que por fin, con ruido impetuoso y rechinante, viene abajo el valiente mástil, e inclinado al costado del barco extiende su majestuoso largo. Caído de su alta situación, yace como flotante náufrago sobre las aguas. El Estrago parece pasearse majestuoso de popa a proa y la Desolación se sienta en el timón, regocijándose después de concluída su obra.

Agarrados a la banda del barco, ahora casi del todo tumbado, estuvimos en fúnebre silencio durante la operación mortal. El patrón del buque, bárbaro aunque se había portado como hombre, e ignorante como un marinero, despertaba compasión en este trance; pues lloró durante toda la operación de cortar el mástil. Todos estábamos más o menos afectados y no

Digitized by Google

era de extrañar; todo el barco presentaba un aspecto que nadie contemplaría bien sin emociones muy dolorosas.

Por la mañana temprano despachamos el bote más grande con el piloto y cuatro o cinco de la tripulación, para ir a tierra y hacer un reconocimiento, llevando consigo algunas cosas de valor. A mediodía aún no daban señales de retornar; y empezamos a inquietarnos tanto por su seguridad como por la nuestra, si un pampero nos obligase a desembarcar.

Para nuestro grande alivio, cuando empezamos a cortar el mástil, asomó a lo lejos una vela del convoy, destinada a Buenos Aires. Nuestra señal de auxilio flameaba; los cañonazos cada minuto anunciaban peligro y no dudábamos que seríamos socorridos.

Nos equivocamos, sin embargo. La gente de a bordo nos vió y pasó de largo. Otro barco vino todavía más cerca de nosotros, volvió la esperanza y otra vez nos engañamos. Aún pasó un tercero casi al habla de nosotros. Nuestro mástil a la sazón estaba cortado y parecía inspirar piedad. En vano; ellos también miraron nuestras heridas y pasaron de largo.

El día corría a su fin; y abandonada ya toda esperanza de auxilio de los compañeros del convoy, empezamos, aún cuando nuestro bote no había regresado, a pensar en un desembarque en la costa desierta que teníamos por delante. Estábamos de nuevo temerosos de ser alcanzados por un pampero desolador. En esta coyuntura venía otro barco, pero a gran distancia de nuestra posición. En este caso, resolvimos indignados, ni siquiera tirar un cañonazo. Sin embargo, a poco se descubrió que el barco había fondeado; y en seguida, para nuestro gozo no pequeño, vimos un bote izado y, bien tripulado, acercarse a nuestro buque náufrago, antes el más lindo del convoy.

Y ¡ay! quien nos socorría era judío. Deseo recordar su nombre en un rincón menos obscuro que el de esta carta; era Mr. Jacob, dueño del "Quebec", quien, al ver nuestra bandera de auxilio, se apresuró a venir en bote para socorrernos. Nos dijo que habíamos naufragado en Punta Piedras; creía que parte de la carga podía salvarse aún y con este propósito nos prestaría toda la ayuda que le fuese posible. Agregó que tendría el mayor placer de llevar los pasajeros en su barco hasta Buenos Aires.

Nuestro bote había regresado ahora de la costa, con la bienvenida noticia que un comandante de aquella parte del país, se había comprometido a proteger cualquier porción del cargamento que desembarcásemos; y en el caso que un pampero hiciese necesario el abandono del barco, se ofrecía a enviar por tierra, patrón y tripulación a Buenos Aires.

Mr. Jacob, en consecuencia, dejó uno de sus botes para ayudar a descargar, y tomando a su bordo los dos otros pasajeros conmigo, nos acogió lo más hospitalariamente, nos llevó felizmente al seno de nuestros amigos, y rehusó perentoriamente ninguna, ni la más mínima remuneración por todo lo que había hecho. "Había solamente — dijo — cumplido un simple deber; y lo que había hecho por nosotros sabía que un cristiano en análogas circunstancias habría hecho por él". Habíamos tenido penosa razón para dudar de la universalidad de tal doctrina cristiana. Nos veíamos forzados a confesar que habíamos encontrado "al sacerdote" y "al levita" pero obligados a reconocer, como nos deleitamos en proclamar, que en Mr.

Digitized by Google

Jacob sólo habíamos presenciado la brillante conducta de "el buen samaritano".

No terminaré sin constatar que nuestro amigo Mr. Jacob encontró, aunque sin buscarla, recompensa en Buenos Aires. El hecho, naturalmente, se hizo público al momento. Mr. Jacob fué bondadosamente recibido y agasajado por todos los residentes ingleses, y se le proporcionó cargamento, con hermoso flete, para su barco, antes de que se hiciese lo mismo para cualquiera otro del convoy en que vinimos. (1)

Una semana después, el "Marianne" se hizo pedazos, y se perdió con toda su carga, avaluada en cincuenta mil libras esterlinas.

No debo dejar de mencionar el trágico y singular fin de las ratas. Cuando el agua llenaba rápidamente la bodega y cámara del barco, la asustada sabandija fué obligada a salir de sus agujeros y escondites, hasta que por fin, con ímpetu simultáneo desde abajo, hormiguearon sobre cubierta y por todos lados se precipitaron al río. Nadaron por cientos a nuestro alrededor, en cuanto las fuerzas se lo permitieron. Sin embargo, desaparecían gradualmente y todas se hundieron en aquella tumba acuática a que mi compañero de viaje las había proféticamente consignado.

Vuestro, etc.

G. P. R.

CARTA XL

Al señor J. G.

Desembarco en las Provincias Unidas del Río de la Plata. — El general Artigas. — Viaje a Santa Fe. — El mayor de Blandengues. — Cardos. — Llegada a Santa Fe. — Artigueños. — Fumando. — Más de Candioti.

Londres, 1838.

Después de los detalles ya anotados, creo innecesario detenernos ahora en Buenos Aires. Mi objeto cuando llegué allí fué seguir al Paraguay; y, no obstante la situación instable y desordenada del país intermedio, decidí emprender viaje a la tierra de los jesuítas. Os describiré brevemente, sin embargo, la naturaleza y amplitud de los disturbios a que aludo.

La desmembración de las provincias del Río de la Plata, tal como fueron constituídas por la vieja España, comenzó con el Paraguay. Pero aquel territorio diríase que en ningún tiempo ha formado parte de las "Provincias Unidas" creadas por los patriotas. Nunca les prestó su adhesión, sino que estableció, sobre las ruinas del poder español, su gobierno independiente.

El primer feudo intestino fué erigido por el general Artigas, el hombre más extraordinario, después de Francia, que figura en los anales de la República del Río de la Plata.

Artigas descendía de familia respetable; pero, en sus há-

(1) Uno de los más activos en demostrar sus sentimientos por la conducta desinteresada de Mr. Jacob, fué el señor Tomás Fair, ahora de Coldstream, a quien yo venía recomendado. Séame permitido agregar de uno cuya amistad no interrumpida mi hermano y yo hemos disfrutado más de veinticinco años, que ningún residente británico en Sud América nunca vivió más universalmente respetado y estimado que Mr. Fair.

Digitized by Google

bitos era solamente mejor calaña de gaucho de la Banda Oriental. Era completamente falto de educación, y, si no me engaño, aprendió a leer y escribir en el último período de su vida. Pero era audaz, sagaz, atrevido, inquieto y sin principios. En todos los ejercicios atléticos y en todas las dotes del gaucho no tenía rival e imponía a la vez temor y admiración a la población campesina que les rodeaba. Adquirió inmensa influencia sobre los gauchos, y su espíritu turbulento, desdeñando los pacíficos trabajos rurales, atrajo a muchos de los hombres más resueltos y desesperados, de quienes tomó la primacía y a cuya cabeza se hizo contrabandista.

Marchaba con su banda por los caminos más ásperos y, cruzando bosques al parecer impenetrables, entraba en el vecino territorio del Brasil y de allí traía mercaderías contrabandeadas y ganados robados para disponer de ellos en la Banda Oriental. Esto era bajo el dominio de la vieja España. Todos los esfuerzos del gobernador de Montevideo para suprimir al audaz contrabandista y su banda, no solamente eran inútiles, sino que siempre concluían con la derrota de las fuerzas enviadas contra él. El país, aun entonces, perteneció a Artigas. Encontraba, combatía y derrotaba a las tropas del rey; hasta que finalmente su solo nombre llevaba consigo el terror. Pero era rigorista estricto; respetaba la propiedad de los que no se metían con él y solamente atacaba a aquellos que presumían o se atrevían a poner impedimentos a su tráfico ilegal. Era el Robin Hood de Sud América.

El gobernador de Montevideo, encontrando que el poder de Artigas aumentaba, concluyó por buscar su amistad en nombre del rey. Artigas, fatigado de su vida de correrías, escuchó las propuestas que se le hicieron. Se concertó un tratado y, como consecuencia, entró a caballo en Montevideo con grado de capitán de Blandengues o milicia montada de la campaña. Sus compañeros contrabandistas se convirtieron en soldados, y, en adelante, mantuvo todos los distritos de la provincia en un orden y tranquilidad de que muy raramente hasta entonces habían gozado.

En esta situación la revolución de Buenos Aires encontró a Artigas; y en 1811 ó 1812, desertó del servicio del rey en la Banda Oriental, uniéndose a los patriotas. Se le consideró grande adquisición para la causa; y cuando Montevideo, en 1813, fué sitiado por fuerzas de Buenos Aires al mando del general Alvear, Artigas sirvió a sus órdenes con grado de coronel.

Se abrió nuevo y más amplio teatro ante las miradas de este jefe ambicioso y sin principios. Su espíritu altanero y dominador no podía avenirse más tiempo con un mando inferior, a las órdenes de un general de Buenos Aires, y en presencia de sus paisanos, a quienes, desde que la autoridad del rey de España se discutía, empezó a considerar como si fuesen sus súbditos legítimos. Por otro lado, los cultos jefes de Buenos Aires le consideraban semibárbaro y trataban sin el respeto a que se creía acreedor por su rango. Así, él los odiaba. Conspiró con las tropas a sus órdenes. Todos eran orientales y se adhirió hasta el último hombre. Proyectó el plan con su habitual sagacidad; silenciosamente abandonó el sitio en la obscuridad de la noche con ochocientos hombres; y cuando se notificó del suceso al general Alvear por la mañana, Artigas ya estaba a muchas leguas de distancia con lo que desde entonces llamó "su ejército". Esto sucedía a fines de 1813.

Digitized by Google

Cuando Artigas avanzó en dirección a Entre Ríos, toda la población gauchesca se agrupó alrededor de su bandera. Al principio solicitaba solamente que Buenos Aires concediese al país un cambio de gobierno. Afirmaba que el ejecutivo era corrompido e impotentes los jefes de las fuerzas patriotas. Pero el gobierno general, declarándole traidor a la causa, destacó del sitio tropas al mando del general Quintana, quien alcanzando a los desertores, los atacó y fué derrotado por Artigas.

Quinientos hombres al mando del barón Holemberg, alemán al servicio de la República, también pasaron de Santa Fe a la Bajada y marcharon contra el ex contrabandista y ahora Lord Protector Artigas. Sus fuerzas ya habían sido aumentadas a dos o tres mil hombres; y al saber esto, así como la derrota de Quintana, el barón contramarchó a la Bajada. Pero ese punto había sido ocupado previamente por mil doscientos soldados de Artigas, que atacaron y vencieron a Holemberg, quien capituló y se entregó con sus hombres como prisioneros de guerra.

Tal era el estado de los negocios poco después que llegué a Buenos Aires. El general Alvear continuaba el asedio de Montevideo, mientras el capitán Brown (después almirante Brown, famoso en la guerra del Brasil) bloqueaba el puerto. Don Gervasio Posadas, anciano caballero de mucha respetabilidad y buena familia, era entonces director de las Provincias Unidos.

Después de agradable residencia en Buenos Aires y cuando derivaba mis pensamientos a la mejor manera de proseguir a mi ulterior destino del Paraguay, don Luis Aldao, el hospitalario sobrino de Candioti, llegó de Santa Fe. Se proponía retornar muy pronto, y de buen grado acepté su ofrecimiento de tomarme bajo su protección.

Para un "chapetón", poco mejor que "maturrango" (tales eran los nombres desdeñosos dados por los verdaderos gauchos al europeo que intentaba montar a caballo), la tarea que emprendí era difícil. Don Luis era uno de los más cumplidos "caballeros gauchos" de su tiempo y uno de los más sólidos jinetes del camino. La estación era a principios de febrero (1814), cuando el sol ardiente ha tostado y marchitado todo vestigio de vegetación.

Sin embargo, resolví probar y partimos. Nunca vi a caballo un joven más elegante y gracioso que el sobrino de Candioti. De talla elevada y delgado, se vestía con ropa militar por ser mayor de Blandengues. Sus ojos eran grandes, negros y penetrantes; alta su frente; la piel, aunque tostada, blanca, y sus mejillas ligeramente mofletudas; las facciones eran hermosas e inteligentes, desprendiéndose del conjunto un aire serio, próximo a la tristeza, algo contradictorio de su carácter real. Séame permitido anotar aquí que muchos de los jóvenes sudamericanos que conocí eran aficionados al juego, y a menudo solía pensar que la ansiedad inherente a tal empeño, da gradualmente a sus semblantes apariencia sombría y pensativa. Partimos, bien aviados, bien servidos y bien montados, la mañana del 11 de febrero. Al abandonar las quintas y chacras, a seis leguas de la capital, entramos en los cardales que, en la época a que me refiero, llegaban hasta Arroyo del Medio, límites de Buenos Aires.

Desde entonces han ido extendiéndose sus dominios por todos lados y parecen destinados a convertirse al fin en los grandes usurpadores de todas las Pampas.

Digitized by Google

Cuando abandoné Escocia, creía haber dejado atrás el país por excelencia de los cardos y encontré que los de mi tierra natal, comparados con los cardales de las Pampas, eran unos pocos dispersos liliputienses delante de las cerradas filas de Brobdignagianos. De posta a posta se abría una callejuela por estos gigantescos cardales que os cercaban en ambos lados tan completamente como si cabalgaseis entre dos muros de quince pies de altura: se ve lo mismo en uno y otro caso. El ganado encuentra sombra en estos cardales y se pierde a menudo en ellos durante días; dan buen refugio a los bandoleros, y cuando llegan a su completo crecimiento son sitio preferido por los caballeros del camino. Suben arriba de vuestra cabeza y, en muchos casos, ocultan la posta, hasta llegar a la tranquera. En resumen, los cardos pamperos, como todas las cosas en Sud América, son en grande escala (1).

Hay una cosecha regular de cardos como en cualquier otra sementera; están a punto para cortarlos a fines de febrero. Son abatidos, dispuestos en grandes atados y llevados en carretas a las ciudades más vecinas para usarlos como combustible, especialmente por los panaderos en sus hornos.

El primer día hicimos más de veinte leguas (salimos tarde) y dolorido y envarado estuve; el segundo día veintiséis leguas, más dolorido; el tercer día mis sufrimientos llegaron al colmo, pues después de hacer veintinueve leguas, nos quedaban cinco por andar en la obscuridad y al trote; y como los caballos no estaban acostumbrados a ese paso, mi ya desgraciado cuerpo fué sacudido hasta los átomos; todos mis huesos parecían haber cambiado de sitio en cada empellón que me daba el caballo. Anduvimos desde las cinco de la mañana hasta cerca de las once de la noche.

El cuarto y último día, finalmente, esperaba no poder seguir con don Luis; sin embargo, cosa extraña de decir, me levanté perfectamente bien, sin un dolor. Hicimos las treinta y tres leguas con facilidad y así completamos el total, ciento diez y seis leguas, en poco más de tres días y medio.

La bondad del señor Aldao durante todo el viaje fué extraordinaria. Estaba constantemente a mi lado; me procuraba algunas pequeñas comodidades (no eran muchas) que se podían obtener en el camino; elegía y él mismo probaba mi caballo en cada posta, para ver si tenía buen andar; prestaba atención asidua a todas mis necesidades, y trataba, en resumen, por todos los medios posibles, de disminuir la fatiga de nuestro rápido y difícil viaje. Tenía en el más alto grado, lo que es característico de los sudamericanos en general, bondad y hospitalidad para los extranjeros, unido a maneras corteses y aun graciosas, al prestarles sus servicios.

Era también mi intento, al finalizar el viaje, hacer algunas observaciones sobre el país que habíamos recorrido. Sabéis,

---

(1) Un acaudalado ciudadano de Londres, en un gran círculo social, algunos años ha, preguntó a uno de nuestros viejos amigos sudamericanos, el finado general Paroissien qué clase de país era la América del Sud. La cuestión era amplia. "Señor — dijo el general — todo en Sud América es en grande. Sus montañas son estupendas, sus ríos inmensos, sus llanuras interminables, sus selvas sin fin, sus árboles gigantescos, sus millas tres veces más largas que las nuestras, y luego — aquí el general sacó del bolsillo un doblón, moneda de oro del tamaño de un peso y lo puso sobre la mesa — mirad sus guineas". El *quod erat demostrandum* fué irresistible.

Digitized by Google

no obstante, cuán poco interesante se muestra a la mirada del viajero. Me llamó especialmente la atención la belleza del sitio de una pequeña población en el territorio de Buenos Aires, llamada San Nicolás de los Arroyos. Está sobre una linda ribera inclinada del Paraná, y, como indica su nombre, los arroyos que por ambos lados de la población entran en el río padre y casi la circundan en su curso, dan al lugar aspecto muy pintoresco.

Fuimos directamente a casa de Aldao cuando llegamos a Santa Fe; pero, la mañana siguiente, fuí a vivir con el único inglés residente en la ciudad, el finado Postlethwaite, viejo e íntimo amigo de mi hermano.

Me encontré completamente instalado en Santa Fe, sin saber cuando seguiría mi ruta al Paraguay. Los artigueños (así se denominaban las tropas y secuaces de Artigas) estaban en completa posesión de todo el lado Oriental del Plata y Paraná, desde los alrededores de Montevideo hasta Corrientes. El desorden y anarquía más horribles prevalecían en sus vastos dominios. El nombre de Artigas, en efecto, era tenido por sinónimo de ladrón y asesino, y no había siquiera que soñar en viajar ciento sesenta leguas a través de un país poseído por estos merodeadores. Los pasos precisos del río, donde el canal estaba bien encerrado entre una isla y la costa firme de Entre Ríos, eran todos guardados por las fuerzas armadas de Artigas, de modo que los barcos no podían remontar el río sin correr serios peligros; y como el Paraná, en sus crecidas periódicas, traía corriente rápida y turbulenta, ninguna canoa podía intentar con seguridad el largo viaje entre Santa Fe y Asunción.

Así, pues, me establecí tranquilamente con mister Postlethwaite, en Santa Fe. Allí comencé asiduamente a cultivar el modo de hablar español gramaticalmente; y, con este propósito empleaba todo mi tiempo en la sociedad de los naturales. Mediante su bondadosa ayuda, en seis semanas llegué a hablarlo si no correctamente, con suficiente facilidad para sostener conversación sin dificultad. En Buenos Aires, en dos meses, a causa de frecuentar principalmente la sociedad inglesa, no había hecho ningún progreso en español.

El día siguiente de nuestra llegada, Aldao cayó postrado por un ataque bilioso, a consecuencia del rabioso calor solar durante todo nuestro galope desde Buenos Aires. Le visité por la noche y encontré a su familia, en el patio; la mayor parte de las damas fumando horribles cigarros. A los pies de cada una (no incluyendo, sin embargo, las solteras) se sentaba una mulatilla esclava, de nueve a diez años de edad, con un gran rollo de tabaco paraguayo y, con éste las mismas señoras hacían inmensos cigarros sobre las faldas. Los caballeros eran invitados con pequeños cigarros por la dueña de casa; y, por añadidura, teníamos, en abundancia mate, fruta, panales, vino y agua deliciosamente fresca; se extraía del aljibe, grande y profunda cisterna de que estaba provisto el primer patio de las mejores casas.

A eso de las diez, y cuando la luna proyectaba su suave y clara luz en el patio desde un cielo sin nubes — "majestuosa bóveda tachonada con fuego de oro"—, don Francisco Candioti, el patriarca de Santa Fe, entró a caballo hasta el centro de nuestra reunión. Estaba vestido en mucho de la manera descripta en el primer volumen de estas cartas, con la diferencia, sin embargo, de un hermosísimo gorro de noche en vez de sombrero. De su muñeca derecha y oscilando de manija de corre-

Digitized by Google

hucla, colgaba un lujoso rebenque cabo de plata maciza bellamente engastada. No se apeó, pero cruzando la pierna derecha sobre la del recado, tomó el rebenque con la mano y golpeaba ligeramente su bota con la lonja—e inclinado sobre el pescuezo del caballo al mismo tiempo que fumaba su cigarro—allí se sentó completamente "a son aise" el más jocoso y locuaz de la reunión.

Se complació en cumplimentarme por la hazaña de mi viaje, y ciertamente parecía que yo no pudiese presentar mejor recomendación a sus buenas gracias que el certificado de un penoso galope. Abundó en observaciones socarronas y sarcásticas sobre el mentado gaucho, su sobrino, a consecuencia de la indisposición que sufría, la cual, no obstante, provenir de la bilis, el tío quería hacer creer a los circunstantes era efecto de lastimadura o mal de montura.

Vuestro, etc.

G. P. R.

CARTA XLI

Al señor J. G.

Permanencia en Santa Fe. — Los indios y sus caciques. — Plaga de langostas. — Escasez. — Puesta a precio la cabeza de Artigas. Comida dada por el gobernador. — Las vizcachas. — Partida para Asunción.

Londres, 1838.

Estuve seis semanas detenido en Santa Fe y la mayor parte de ese tiempo prohibió tanto a los barcos como a los individuos proseguir aguas arriba. Tales eran los temores producidos por Artigas y sus secuaces. La ciudad de Santa Fe estaba gobernada por un general porteño y guarnecida por tropas de Buenos Aires; porque los mismos santafecinos eran sindicados con tendencias artigueñas. El hecho es que los oficiales generalmente trataban como inferiores a los provincianos, y de aquí surgió la aversión, casi el odio a los porteños.

Santa Fe era depósito de tránsito para la producción paraguaya y otras que se dirigían a Córdoba y al Perú, y a estos últimos países suplía con grandes tropas de mulas que principalmente se criaban en las estancias de Entre Ríos; de modo que la actual interrupción de tráfico con las regiones más altas y fronterizas del país, oprimía con especial severidad al comercio santafecino. Otros tres males locales—los indios, una plaga de langosta y la seca—aumentaban los sufrimientos de aquella provincia.

Los indios del Gran Chaco, durante mi permanencia en Santa Fe, hicieron grandes estragos en el país circunvecino; y estando todas las tropas ocupadas en otras partes, los salvajes encontraban tan débil resistencia que, a veces, se aproximaban a seis u ocho leguas de la ciudad. Arrebataban el ganado, quemaban las casas, a menudo asesinaban a los hombres y siempre hacían cautivas a las mujeres de las estancias que asaltaban. Al fin se envió una expedición contra ellos y entonces los indios propusieron la paz. Los santafecinos eran demasiado

Digitized by Google

débiles para rechazarla, aun cuando temiesen la traición de los bárbaros. Se tuvo un gran parlamento y todos los caciques principales vinieron a la ciudad para ratificar las paces.

Más o menos quince de estos caciques entraron cabalgando en la ciudad y atrajeron muchísimo mi curiosidad. Era un bello grupo de hombres altos, bien formados y de color cobrizo obscuro. Montaban lindos caballos fastuosamente enjaezados y sus personas estaban adornadas a estilo bárbaro, con profusión de cascabeles y abalorios, y canutillos de plata dispuestos en hileras y dibujos caprichosos sobre sus ponchos y mantas. En sus extraños sombreros tenían clavadas muchas plumas multicolores; iban escasamente cubiertos con telas de algodón teñidas y abigarradas de su propia fabricación y algunos usaban adornos de plata en sus horadados labios y orejas. Sus armas eran viejos sables, clavas, arcos y flechas.

La ratificación del tratado fué proclamada con salvas de artillería, que deleitaron grandemente a los bárbaros, y los copiosos tragos de aguardiente, que les suministraron al mismo tiempo les agradaron aún más. Oscilaban sobre los caballos, proferían horribles alaridos, o apeándose, medio danzaban, medio representaban en el suelo. Esto se hizo en procesión por la ciudad durante la mañana. Por la tarde se unieron a sus fuerzas distantes diez leguas de la ciudad; y en conclusión estos indios "amigos", al volver a sus tolderías, cometieron toda clase de fechorías y se llevaron todo lo que podían robar en su marcha.

No necesito hablar de lo que ha sido tan frecuentemente descripto por otros—una plaga de langostta. Tendría para ennegrecer el aire y obscurecer el sol con ellas, como otros viajeros lo han hecho antes que yo, y unicamente os diría que las langostas de Santa Fe, como las de Egipto y otros países, devoran todo el verde, y dejan campos y huertas, jardines y naranjales, pelados, obscuros y sin fruta. Sus huestes parecen divididas en grandes ejércitos, uno de los cuales desciende en algún sitio particular, y en increíble breve espacio de tiempo, lo descorteza de todo vestigio de vegetación. La pobre gente cuando ve aproximarse este ejército, lo espanta con tambores, cacerolas de bronce, matracas y todas las cosas imaginables con que se puede hacer ruido. El estrépido se aumenta con alaridos y gritos y así se evita frecuentemente el ataque de los asaltantes. Pero lo que se salva hoy, es devorado el día siguiente; y sólo el aspecto de la horrenda desolación que ellas mismas han producido puede en realidad alejar las langostas del teatro de su obra devastadora.

Tal desolación cubría siniestramente con sus alas a Santa Fe antes de mi partida, y como una seca de varias semanas había destruído muchos ganados y rebaños y llevado a otros en busca de pasto en tierra más lejanas, trajo a la ciudad una escasez que se aproximaba al hambre. Con dificultad conseguíamos carne o gallinas y nada teníamos de verdura.

Algunas viejas de nuestra vecindad que tenían buena cantidad de gallinas y veían que su valor aumentaba todos los días, se rehusaban a venderlas por ningún precio, esperando recoger una cosecha de oro. Esto también fué causa de que nuestros vecinos de puerta (dos paraguayos) recurriesen a la siguiente curiosa, aunque no honrada estratagema, para proporcionarse comida de cuando en cuando. En horas de siesta, cuando no se mueve un alma, estos caballeros salían provistos

Digitized by Google

de maíz y empezando a arrojarlo ante una gallina medio muerta de hambre, la llevaban a su puerta y al patio. La gallina, inconsciente de su destino, seguía picoteando el grano, hasta que atraída así dentro del patio se le torcía el pescuezo, para la comida del día siguiente. Las sorprendidas y luego espantadas viejas, apercibidas de que su gallinero desaparecía misteriosamente, se sometieron, y el sistema tramposo cesó.

Mi gran anhelo de ir a Asunción y la monótona inactividad de mi vida en Santa Fe, comenzaron, pasado un mes, a hacer mi residencia molesta y fastidiosa. Sin embargo, la situación de la Banda Oriental era cada día peor. Tal era la exaltación del sentimiento contra Artigas en Buenos Aires, que se promulgó un bando ofreciendo seis mil pesos o mil doscientas libras esterlinas por su cabeza; procedimiento que tuvo la consecuencia natural de exasperar al Protector y a todos su secuaces en el más alto grado. La recompensa fué pregonada con toques de tambor por un escribano público que hacía de heraldo, en las plazas públicas de Santa Fe; pero allí, general y justamente, la medida fué condenada por impolítica e ineficaz. Descubriendo los sentimientos vengativos de los porteños, solamente aumentó la popularidad del Protectoor.

El gobernador de Santa Fe, que había mantenido cerrado el puerto durante mi estada, al fin consintió en suspender la clausura en favor de un bergantín paraguayo, bajo penas severas si el barco tocaba cualquier puerto que estuviese en poder de Artigas o de quienes reconociesen su autoridad. Ciertamente no había peligro que se infringiese la orden, pues el patrón y tripulación temían demasiado a los artigueños para caer voluntariamente en poder de tales merodeadores. Yo, por consiguiente, determiné tomar pasaje en el bergantín para Asunción.

Poco tiempo antes de estar listos para partir, el gobernador nos invitó a Mr. Postlethwaite y a mí, a una gran comida, y a muchas personas de rango en Santa Fe se les pidió nos acompañasen.

Alrededor de treinta o cuarenta comensales se sentaron a la mesa, en el amplio y mal amueblado comedor de la Casa de Gobierno. Había militares, abogados, uno o dos sacerdotes, médicos y comerciantes, con muchas de sus caras mitades y otras tantas de sus hijas. Don Francisco Candioti fué personaje distinguido en el "convite" o banquete, y su sobrino Aldao se colocó entre los comerciantes. No obstante la general escasez que se padecía, las cosas buenas de toda clase se colocaron sobre la mesa. Las hambres y escaseces son malas compañías, y nunca, en cuanto he visto, son admitidas a presencia de gobernadores, o cabezas, sea de estados o provincias.

Tres cosas muy especialmente llamaron mi atención durante la comida: primero, la extremada libertad (usando la palabra más suave) adoptada en conversación con señoras, jóvenes y maduras; era tal que, con mis puros sentimientos ingleses, me hacían ruborizar a cada momento, aunque tal modestia siempre que se manifestaba, causaba cordial hilaridad.

La otra cosa que me sorprendió y complació fué la gran facilidad que todos los caballeros presentes tenían para improvisar versos. Casi todos los brindis fueron así pronunciados y con una prontitud, precisión y a menudo elegancia, que del todo me asombraron. Encontré después que esta disposición es general en toda la América del Sur, como, según creo, en Italia y España.

La tercera costumbre sudamericana (y ésta me confundió)

Digitized by Google

era que los comensales se arrojaban pelotillas de migajas del tamaño de un poroto. Se valían del dedo medio y del pulgar, generalmente con puntería infalible y en tan prodigiosa cantidad, que el piso estaba literalmente invisible en muchas partes del comedor. Todos en la mesa, sin ninguna excepción, participaron de la broma y con creciente apresuramiento a medida que avanzaba. Muy frecuentemente desde entonces he visto la misma cosa; pero nunca en tan extraordinaria prôporción como en la mesa del gobernador de Santa Fe (1).

Gran cantidad de vino se bebió durante la comida que, con el postre y batalla de pelotillas duró desde las tres hasta las siete. Todo ese tiempo las señoras permanecieron en el comedor. Mucho de lo que hoy llamamos "calandrear" tuvo lugar—brincar y otras extravagancias—; hasta que algunos de los más excitados por el vino se entregaron a actos indecorosos que, aun en aquel país de manga ancha, no podían tolerarse. Por tanto, pasamos al salón, donde estaba una excelente banda de música militar. Se bailó hasta media noche, y aquella hora, aunque sea la de empezar nuestros bailes, es muy tardía para que los santafesinos cesen en la hilaridad de su jornada.

A mediados de marzo el río estaba muy alto y se aprovechó la desusada crecida para aniquilar las colonias que habían usurpado gradualmente muchísimo terreno en la vecindad de Santa Fe. Eran vizcacheras o cuevas de vizcachas, animales destructores y completamente inútiles. Tienen algo de la conformación del conejo, pero son más grandes y mucho más ordinarios. Se cavaron gran cantidad de canales desde la orilla del río hasta el asiento de las vizcacheras desparramadas en todas direcciones. Dejando entrar el agua en las cuevas, las vizcachas se ahogaban adentro o eran obligadas a salir y las mataban grandes grupos de peones y muchachos congregados con duelas y otras armas a propósito.

Os he dado aquí los menudos detalles de mi larga permanencia en Santa Fe que he creído dignos de observación. Pocos días después de la comida del gobernador me avisaron que el bergantín de Cañiza estaba listo para hacerse a la vela con destino a Asunción.

Vuestro, etc.,

G. P. R.

CARTA XLII

Al señor J. G.

VIAJE AGUAS ARRIBA

Salida para Asunción. — Huracán en el Paraná. — Modo de navegar aguas arriba.—Sus incomodidades. — Carneando. — Mosquitos.— Vientos. — El baquiano.

Londres, 1838.

Habéis tenido relación completa del viaje aguas abajo; pero el de aguas arriba, es asunto muy distinto, en mi opinión, y creo llegaréis a la misma conclusión antes que haya terminado de describirlo.

(1) He visto degenerar esta costumbre en groseros combates en que se disparaban con violencia panes enteros. En cierto caso se utilizó como proyectil un candelero. Pero dicen los sudamericanos que este abuso de su no muy delicada pero inocente y bien intencionada costumbre, se introdujo por algunos de los primeros jóvenes y bulliciosos ingleses que llegaron al país.

Digitized by Google

El barco en que estaba a punto de partir se llamaba "Nuestra Señora del Carmen" y su propietario era un paraguayo residente en Asunción. El patrón era español, y el baqueano, como sucede siempre, paraguayo. La tripulación se dividía en marineros y peones. Los primeros eran de mejor clase y mejor pagados. Hacían la tarea propia de marineros y algunos eran españoles y otros criollos, en número de ocho. Todos los peones eran paraguayos, raza anfibia, medio de mar, medio de tierra; pero con algo de ambos. Eran doce y sus obligaciones se especificarán en adelante.

El 23 de marzo, nuestro bergantín fué sirgado hasta cerca de la boca del brazo del Salado en que está Santa Fe y allí quedó oculto entre los árboles. Se convino que los pasajeros lo alcanzarían, así que se afirmase el viento Sur, con el que pasaríamos la Bajada, durante la noche. Del mismo modo el patrón se proponía salvar todos los pasos precisos de que ya he hablado.

Viento sur sopló el 25, y aquel día once pasajeros, no contándome, se despidieron de Santa Fe. Entre éstos se encontraban los dos ladrones de gallinas. Fuimos en canoa al barco; y así que anocheció izamos velas y nos pusimos en demanda del canal del Paraná. Ayudados por la obscuridad y por la brisa creciente pasamos la Bajada sin tropiezo.

El viento empezó a amainar por la noche, y a las diez de la siguiente mañana era apenas suficiente para cortar la corriente. El cielo obscuro y descendente anunciaba tormenta. El trueno rodando pesadamente primero en la distancia, se hacía más fuerte y distinto; y el relámpago que empezó por proyectar sus débiles reflejos en el lejano horizonte, iluminaba gradualmente las masas de nubes suspendidas pesadamente arriba y en derredor nuestro.

Al fin, toda la furia de la tormenta estalló sobre nuestras cabezas. Un gran fulgor de relámpagos, acompañado, no seguido, por el estallido del trueno fuerte como para despertar a los muertos, nos hizo a todos estremecer; y éstos fueron seguidos instantes después por un huracán tan espantoso, que antes de poder guarecernos o prepararnos, cada puntada de lona que teníamos fué volada en pedazos. Nuestro barco fué echado contra una isla, y el bauprés despedazaba y aplastaba las ramas y los árboles que se oponían a su avance. Ahora el relámpago era casi un resplandor continuado y el trueno rodaba, y estallaba y aturdía en torno nuestro hasta pasmar aún a la tripulación y pasajeros paraguayos, tan acostumbrados a tormentas tropicales de esta clase. El huracán duró poco. Lo siguió una lluvia completamente armónica con los otros caracteres de la tormenta. Se derramaba en casi continuo chorro de agua; y así continuó sin interrupción una hora, acompañada con truenos y relámpagos de la misma intensidad. La tormenta en realidad duró todo el día, tan pronto con lluvia como con violentas ráfagas, y siempre con flúido eléctrico.

La tempestad cesó; pero las velas habían sido despedazadas; y, no habiéndose contado con el huracán, no las había de repuesto a bordo de la "Nuestra Señora del Carmen". ¿Qué íbamos a hacer? Los restos que habían sido hechos volar aquí y allá sobre la isla fueron cuidadosamente recogidos; y poniendo todos los hombres a trabajar en estos pingajos y retazos, el patrón se dió maña para rehacer una vela mayor y una gavia. Con éstas íbamos a navegar contra ochocientas millas de corriente fuerte de tres millas por hora. Este paño, con buena brisa y sin corriente, podría llevarnos con velocidad de cinco nudos; deduciendo, por con-

Digitized by Google

siguiente, tres de la corriente, teníamos la cómoda perspectiva, con buen viento, de adelantar dos millas por hora.

Con *buen* viento; éste era el tropiezo. Ibamos a adelantar dos millas por hora con buen viento; ¿pero dónde encontrar esos buenos vientos? Los reinantes eran del Norte; los del Sur que necesitábamos eran pocos y espaciados: de modo que el patrón respondía a nuestras lamentaciones, diciendo que si le dábamos buenos vientos no tendríamos por qué quejarnos de falta de lona.

Pronto supe por triste experiencia que la escasez de velas era el mal menor del viaje aguas arriba. Los eternos vientos del Norte, las varaduras, las vueltas del río, y los temores del enemigo, se habrían todos combinado, sin ninguna escasez de paño, para hacer nuestro pasaje horriblemente largo.

Cuando había calma, los peones recurrían a las dos canoas y espiaban el barco de esta manera: una canoa iba adelante primero con un cabo adujado que se dejaba correr mientras la embarcación avanzaba y, atando esta cuerda a un árbol, el buque era halado. Entretanto la otra canoa avanzaba más allá del árbol y amarraba otro cabo; de modo que las dos canoas, trabajando alternativamente, mantenían el barco siempre en movimiento. De esta manera hacíamos a veces seis millas por día, nunca más; y cuando el viento Norte era fuerte aun el halar se dejaba de lado y se amarraba a un árbol. A veces también teníamos que hacer una gran cruzada sobre la que nuestro cordaje no alcanzaba, y otra vez permanecíamos amarrados a un árbol.

Estábamos así amarrados, a veces hasta ocho días; luego venía el ansiado viento Sur; y después que lo habíamos disfrutado quizás un día — a veces solamente pocas horas —, nuestro sueño de avanzar se desvanecía con una varadura.

Remontando el río, nunca se descarga el barco para alijarlo, como aguas abajo; si no podemos sacarlo atrás o lateralmente de los bancos, se sondan los alrededores, y se suspende de su varadura. Esto se efectúa fijando dos largas y fortísimas vigas, junto a ambas bandas del casco, siendo horquilladas las puntas que salen del agua; se llaman horcones. Sobre éstos se hace fuerza mediante montones y cuerdas y de este modo el casco se suspende entre los dos horcones.

Es operación trabajosa y a menudo pesada, que suele tomar el día entero; y como el viento a menudo amaina, entretanto, dejamos el barco, otra vez, amarrado a un árbol.

Las más irritantes de nuestras demoras eran causadas por las vueltas del río. Eran tan completamente circulares en algunos sitios, que el buen viento en alguna parte de ellas, se convertía en contrario en otras. Entonces debíamos halar, que es operación lenta, muy lenta; luego antes de montar el preciso punto, el viento cambiaba y entonces nos amarrábamos a un árbol.

Una dificultad que no provenía de la navegación aguas arriba, sino de circunstancias especiales, nos acompañaba. Por aquellos puntos que creíamos serían vigilados por artigueños, pasábamos solamente de noche. Si llegábamos cerca de uno de los pasos precisos por la mañana, estábamos obligados a escondernos hasta la noche, amarrados a un árbol; y si el viento cambiaba, pues — hasta que viniese otro viento Sur — continuábamos amarrados a un árbol.

Estas fueron algunas de las dificultades que encontré en el viaje aguas arriba. Su retardo lo consideré como el mal mayor, pero de ningún modo, era el único.

Digitized by Google

La cámara del bergantín — sucia e incómoda — era de doce pies por ocho; y cabíamos apretados doce pasajeros. Apenas teníamos sitio para estar de pie cuando en ella nos reuníamos. Durante todo el viaje no me ví libre del olor a humo de tabaco aventado, pues con doce hombres de la tierra en que crece aquella hierba — teniendo quince horas por día que pasar en ociosidad —, podéis imaginaros cómo fumigaban el barco.

Poquísimas provisiones, con excepción de las mías, se pusieron a bordo de la "Carmen", sea por el patrón o por los pasajeros. Las mías pronto se consumieron. Para la tripulación, la provisión del buque era de sal y para los pasajeros sal y galleta — un bizcocho de mar más duro que cualquiera otro con que mis dientes hubieran estado nunca en contacto: la principal manutención del viaje para la tripulación y pasajeros, debía procurarse en el camino.

Nuestro baqueano conocía todas las estancias a lo largo de la costa que debíamos recorrer tanto como su propia casa. En tiempos ordinarios todas estas estacias se podían visitar y procurarse en ellas abundante provisión de carne; pero ahora se mezclaba la política con la cuestión de abastecimientos; el baqueano se veía obligado precaucionalmente a elegir estancias que no era verosímil tuvieran relación con los artigueños; y solamente a éstas se enviaban las canoas para carnear.

La carneada consiste en esto.

Las dos canoas con cuatro peones cada una, se dirigían a la estancia, y el director de la expedición compraba los animales que se necesitaban.

En tiempos ordinarios un par de bovinos se tomaban a la vez; pero viajábamos en tiempos extraordinarios, de modo que necesitábamos también provisiones extraordinarias. Nuestros hombres generalmente compraban cinco o seis cabezas. Estas eran traídas vivas y les eran entregadas en el corral. Nuestros gauchos fluviales, ayudados por la peonada de la estancia, mataban los animales, los desollaban, los cortaban en pedazos y llevaban todo a las canoas. Se convertían en carniceros; y éramos muy felices cuando podíamos emplearlos en esta calidad. Hubo alternativamente un día de fiesta y otro de ayuno en todo el viaje. Los temores abrigados hacia los artigueños circulaban por todo el barco; y era solamente el hambre que obligaba a los carniceros fluviales para ir a carnear. Generalmente empleaban el día entero en esta operación; y no os puedo describir la intensa ansiedad con que se esperaba el retorno. Nos alarmábamos continuamente creyendo ver llegar canoas llenas de artigueños armados; y en lugar de costillares gordos, nos aterraba la idea de que se nos obligase a mirar sables lucientes, o escuchar silbidos de balas cerca de nuestros oídos.

Cuando la canoa regresaba con verdaderos costillares, grande era nuestra alegría e inmediatamente se hacían preparativos para saciar el hambre devoradora. (1).

El día siguiente a aquel que habíamos hecho carnear era también de carne fresca a discreción; pero el tercer día nos llegaba

(1) La cantidad de carne que en tales ocasiones la *tripulación* consumía era monstruosa e increíble. Una atestación del número de libras comidas por cada hombre traería a mi reputación de veracidad una situación que suplicaría se me permita evitar.

Digitized by Google

en forma de charqui — tiras y mantas secadas al sol, en cuerdas, como las lavanderas secan la ropa en este país; solamente que camisas, pañuelos, calzoncillos y enaguas eran de carne.

Cuando el charqui estaba por agotarse, era seco, de mal gusto y desabrido — a veces incomible; — y entonces volvía a repetirse la mezcla de nuestros temores, y esperanzas, y ansiedades, consiguientes a los movimientos de nuestros carniceros fluviales.

Estas excursiones nos mantenían en ocasiones vivos en todo el sentido de la palabra y otras veces éramos tenidos sobre el quien vive por enemigos más terribles que los artigueños; pues, al fin, no vi ninguno de éstos y los otros eran mis constantes asaltantes. Hablo de los mosquitos. Este susurrante insecto es malo en todas partes; pero en un río sudamericano y en noche obscura sin brisa y sofocante, el mosquito es demonio que atormenta con infatigable constancia. En este caso, en tal lugar, nada he encontrado impenetrable para el mosquito. Forraos con "aestriplex" y os alcanzará, picará, cantará a vuestro oído, volverá a picaros, os ampollará, y, en resumen, hará todo lo que pueda para enloqueceros.

En el río Paraná el viento Norte trae los mosquitos; el Sur los aleja. El primero es nuestro sirocco. Sigue gradualmente aumentando en velocidad y calor hasta que finalmente parece soplo de hornalla. Luego viene tormenta de la parte opuesta y cargada del cielo, seguida del pampero que, con su soplo frío, procedente de la zona glacial del Sur, aclara la atmósfera y da nueva vida a la creación animal.

Solíamos esperar la llegada del pampero con intensa ansiedad. No hay que admirarse, pues nos iba a aliviar de una larga y completa detención de nuestro viaje, disipar las huestes de mosquitos hambrientos que nos asediaban e infundirnos esperanza de llegar por fin a Asunción.

En tales ocasiones comenzaban los penosos deberes de nuestro baqueano. Era entonces el hombre importante a bordo. Tan pronto como empezábamos a adelantar camino con la brisa, se sentaba en el bauprés, y allí, fijo e inmóvil como roca, permanecía todo el tiempo que durase el viento Sur. Tenía un peón a cada banda tomando sondajes con largas tacuaras. Daba órdenes en guaraní y lo mismo eran las preguntas que les dirigía. Su manutención, mientras de esta suerte cumplía los deberes de piloto, consistía casi enteramente en mate y cigarros. No solamente de día sino en la larga noche se mantenía, esforzando la vista sobre el haz del agua y por el color de la superficie y las oleaditas, guiaba su barco, aun en plena obscuridad. Parecía el mago del río, escudriñando su elemento, y timoneándonos por algún arte nigromántico entre toda la confusión de la torturosa corriente. Los bancos de este gran río cambian de sitio constantemente y se requiere toda la habilidad del baqueano para establecer, pasando de largo, los movimientos que se han efectuado, para timonear el barco por los canales recién abiertos.

He sabido que nuestro baqueano había estado así sentado y observando las aguas, sin ninguna interrupción, según me informaron, durante tres días y tres noches consecutivas. Es ése el período más largo que duraba el viento Sur.

Vuestro, etc.,

G. P. R.

Digitized by Google

CARTA XLIII

Al señor J. G.

Paisajes del Paraná. — Camalotes. — Diversiones. — Tigres. — Desembarco en Corrientes. — La familia Perichon.

Londres, 1838.

Los disgustos de nuestro viaje, como los del viaje de la vida, fueron múltiples; pero así como en el segundo dolores y pesares se alternan con placeres, también durante nuestra permanencia transitoria en aguas del Paraná, no carecimos de solaces, de cuando en cuando, en los muchos días tediosos que pasamos a bordo de la "Nuestra Señora del Carmen".

El Paraná es una sucesión continua de bellos paisajes desde su origen hasta la desembocadura. De Santa Fe a Corrientes, parte que entonces recorrí, la nota más sorprendente de ese panorama, eran las islas. Son realmente innumerables. En todo el viaje no recuerdo un solo lugar donde tuviéramos el Gran Chaco a un lado y Entre Ríos o Corrientes a otro, separados por la despejada corriente. Todo el camino encontramos islas de toda forma y tamaño interponiéndose entre ambas márgenes del río. Hay no solamente una línea de islas, sino que están en frente unas de otras; algunas fomando largas cintas que se extienden paralelas con otras dos o tres de menores dimensiones, y otras que empiezan frente a la mitad de la isla siguiente y terminan frente al centro de otra. Así es que siempre nos rodeaba una intrincada cadena sin fin de islas e isletas; el canal a menudo trazaba su camino desviado a través de sus vueltas, a veces yendo al Oeste y retornando de nuevo a la banda oriental del río.

Las islas son variadas, verdes, umbrosas y bellas. Los árboles son generalmente pequeños pero casi todos de hoja perenne; los arbustos floridos y flores silvestres brotan lozanas en todos los rincones; mientras variedad infinita de enredaderas, que ascienden a la corona de los árboles mayores y luego proyectan sus flores colgantes en el aire, contribuyen grandemente a la belleza de sus moradas insulares.

Encontré también muchas variedades de flor del aire, la más delicada y fragante de la tribu floral.

La mayor parte de las islas son muy bajas y muchas de las más chicas pantanosas. Con muy pocas excepciones, se inundan por las crecidas periódicas. Esto, naturalmente, las hace inhabitables para el hombre; pero allí viven todos los animales montaraces y las variadas tribus aladas peculiares del país. Jaguares, pumas, yacarés, gran variedad de monos, con ardillas y otros animalitos, se encuentran abúndantes en estas islas; mientras todos los pájaros, mencionados en carta anterior, comunes a este país y al Paraguay,, y por todas partes se presentaban a mis ojos cuando navegábamos, y más especialmente, cuando el canal revolvía su camino por islas agrupadas.

Cuando está bajo de agua por las crecidas del Paraná, sucede frecuentemente que se desprenden grandes porciones y flotan río abajo. El espeso y fuerte enmarañamiento de materia vegetal así desprendida, se conserva, de modo que los camalotes descienden con la corriente muchas leguas. A veces un tigre o león, con

Digitized by Google

frecuencia dos o tres, están sobre los camalotes cuando éstos se desprenden; y los animales en tales casos parecen aterrorizados en su habitación flotante. Vimos un tigre en estas condiciones, pero a la distancia. Aun cuando le hicimos fuego no se movió, temeroso, aparentemente, de dejar el lugar donde se encontraba. Es histórico que años atrás, otro camalote como el que describo llevó tres tigres hasta las cercanías de Montevideo. Entraron en la ciudad al venir del día. Un pulpero había abierto la pulpería a esa hora temprana y estaba ocupado en algo detrás del mostrador, que le obligó a agacharse algún tiempo. Al incorporarse, uno de los tigres que había entrado le saltó. No recuerdo si la suya, u otra vida, se perdió; pero mucha gente quedó herida antes que mataran a las tres fieras. Frecuentemente solía desembarcar así en las grandes islas como en las costas de Entre Ríos y Corrientes. Los temores abrigados por mis no muy corajudos compañeros de viaje (casi todos paraguayos) a causa de tigres y artigueños, rara vez les permitían acompañarme. Nada significaba para ellos el paisaje. Se contentaban con jugar a la malilla y fumar a bordo.

A veces, cuando estábamos junto a una barranca, antojábaseme subirla con muchas amonestaciones del patrón; y entonces disfrutaba en toda su belleza el magnífico paisaje del majestuoso río que corría a mis pies. En tales sitios era generalmente de milla y media a dos de ancho.

Una de mis diversiones era adelantarme con las dos canoas cuando halábamos el barco, para aprender a bogar. Es ejercicio agradable; había que ver para admirar la fuerza y destreza y simetría con que los paraguayos impulsaban el liviano esquife.

En una o dos ocasiones acompañé a los carneadores. Nada veía en estos casos sino la pacífica ocupación del estanciero y era recibido donde desembarcaba con la característica hospitalidad del país. Estas excursiones en realidad me convencieron de que nuestros peligros eran muy exagerados. En todo el viaje, con todos los contratiempos, cuando frecuentemente había comida escasa y mucho trabajo, la tripulación, y especialmente los peones paraguayos formaban grupos, siempre contentos, felices y alegres. Nunca les oí un rezongo o queja.

Cuando halábamos el barco, y esta operación nos ocupó la mitad del viaje, estos hombres trabajaban duramente desde la madrugada hasta el anochecer, tomando solamente durante el día almuerzo de carne, un *déjeuner sans fourchette*. Cuando se ponía el sol, se llevaba el bergantín a su amarradero, generalmente, y siempre que se podía, al abrigo de una barranca alta que hacía imposible aproximarse desde tierra. En la base de estas barrancas corría una ceja de árboles y enmarañada maciega.

Se colocaba luego la planchada y toda la tripulación saltaba alegremente a tierra. Se encendían al punto tres o cuatro fogones y servían no solamente para cocinar la cena, sino además para proporcionar las ramas encendidas que se arrojaban entre árboles y arbustos para hacer volver a su guarida al tigre vagabundo. Mediante el humo ascendente, también, los mosquitos se alejaban y quedábamos dueños indiscutidos del terreno.

Sería difícil imaginaros nada más pintoresco que la escena que en estas ocasiones, y especialmente en las bellas noches de luna, se ofrecía a mis ojos. El gran volumen de aguas transparentes que se deslizaban silenciosas con la luz de la luna durmiendo gentilmente en su pecho tranquilo — las densamente boscosas islas, claramente ribujadas a mi derredor, se unían más allá con el

Digitized by Google

agua y las riberas y formaban a lo lejos un claro obscuro —, las barrancas prominentes y casi proyectadas sobre nuestro barco ponían sus altos mástiles en la sombra —, las figuras de los paraguayos semidesnudos, cuando, reunidos en torno de los fogones, el resplandor de las llamas daba aspecto salvaje a sus rostros atezados, formaban un conjunto en que bien se habría empleado la pluma de Byron o el pincel de Claude Lorraine.

Después que los peones habían concluído su cena sencilla, que era invariablemente de la carne que teníamos, asada en fogones encendidos sobre la ribera, cantaban sus baladas extrañas acompañadas por la guitarra. Algunos de sus aires eran llenos de sentimiento, y los hombres a menudo cantaban agradablemente en coro. Su faena, su penosa condición en la vida, se echaban al olvido. Sus conciertos a veces duraban hasta media noche; y luego, volviendo al barco, cada hombre se acostaba sobre cubierta envuelto en el poncho y pronto ignoraba si dormía en blando lecho con colgaduras de damasco en un aposento tapizado, o en la tablazón dura de un bergantín en el río Paraná y bajo la ancha bóveda azul del cielo.

Tenía conmigo flauta y octavín, con que solía entretener las horas tediosas del largo viaje. Aprendí poco a poco algunos de los sencillos y plañideros aires paraguayos, y con uno u otro de aquellos instrumentos acompañaba a los cantores. Cuando la suave pero poderosa corriente en la noche callada, y "en aquellas profundas soledades" silenciosamente apresuraba su curso, al pasar nuestro barco, el efecto de la música combinada era extremadamente bueno.

Muy a menudo nos divertíamos con nuestros anzuelos, algunas veces con nuestras escopetas; y lo que obteníamos en las aguas o en los bosques servía para variar algo la comida de carne.

Una noche tuvimos caza extraordinaria. Mientras estábamos amarrados a un árbol y a punto de retirarnos para dormir, sonó la voz de alarma. Todos corrimos a cubierta y encontramos que un yacaré había trepado a una de las canoas que llenaba por completo. Hachas, picas, sables herrumbrados y fusiles se procuraron en un momento, y golpes, seguidos y fuertes, empezaron a caer sobre el cuero del reptil. Recibió muchas heridas. Pero, por la popa de la canoa, echó su enorme cuerpo al agua y lo perdimos. Este fué el único yacaré que vi.

Raras veces se nos permitía alejarnos del barco, por temor de los tigres. A lo largo de la costa encontramos algunas toscas crucecitas indicadoras de que en su vecindad había perecido alguna víctima humana de la rapacidad de aquel feroz animal. Uno de estos sencillos pero conmovedores monumentos, recientemente erigido, conmemoraba un hecho que constituía toda una tragedia doméstica. Un joven paraguayo enamorado, que había logrado el consentimiento de su dulce amiga para casarse, determinó previamente ir y volver a Buenos Aires para iniciarse mejor en el mundo. El hermano de su prometida lo acompañaba, ambos como peones. Al regresar, parte de la tripulación estaba ocupada una noche, del modo que antes he descripto, en cocinar la cena sobre la ribera, cuando un tigre medio hambriento que se había arrastrado a escondidas hasta tres o cuatro yardas del lugar, saltó al medio del círculo formado por los hombres. El joven enamorado era uno de ellos, y de él la fiera hizo presa. El grito simultáneo de los otros, el angustioso chillido de la víctima sobrecogieron al momento a los de a bordo. El amigo y futuro cuñado de nuestro in-

Digitized by Google

feliz enamorado estaba allí. Tomó un mosquete, hizo fuego, y aunque naturalmente había apuntado al tigre traspasó al corazón del amigo. El triste y único consuelo del infortunado tirador fué que las heridas hechas por el tigre eran mortales. La muerte del amante, detallada con todos sus horrores, llegó a oídos de la pobre niña en el Paraguay. Se entristeció, se puso melancólica, gradualmente perdió la salud; y la muerte temprana atestiguó la fidelidad de su cariño al primer hombre que había cautivado su corazón y que tan trágicamente la había precedido en la tumba.

Cuando habíamos pasado treinta y dos días a bordo de la "Nuestra Señora del Carmen" estábamos justo a setenta y cinco leguas de Santa Fe, a razón de poco menos de dos leguas y media diarias. Esto era el 26 de abril; y aquel día nuestros peones fueron enviados a la carneada y nuestro barco, como de costumbre, en tales casos, ocultado detrás de una isla. A su vuelta nos informaron que habían encontrado en el canal principal un buque paraguayo con destino a la Bajada; y uno de ellos me entregó la tira de papel que había recibido, según dijo de un pasajero, a bordo del barco de que habían hablado.

Era escrito en inglés y de este tenor: "Mr. Guillermo Robertson, soy Andrés Gómez Rospigliosi vuestro servidor".

Esta lacónica epístola era bastante enigmática y todo lo que pude sacar en limpio fué que don Andrés Gómez, dependiente de mi hermano, ya mencionado en estas cartas, estaba a bordo del barco referido. La sola información mayor que obtuve de los peones era que don Andrés había afirmado no haber novedad en el río.

Determiné en consecuencia y en todo caso dejar el barco en Corrientes aunque desembarcara solo. Empecé por sondar a mis numerosos compañeros acerca de la disposición en que se encontraban para acompañarme.

Ninguno se inclinaba a adoptar esta resolución. A pesar del estímulo de Gómez, todos y cada uno lamentaban mi decisión de ponerme en la boca del león, pues creían que haría eso si desembarcaba entre los artigueños de Corrientes. Con suma dificultad conseguí promesa del patrón de ponerme en tierra. Consideraba que ayudaba y apadrinaba mi asesinato, y que él mismo, el barco, los pasajeros y la tripulación peligraban.

Llegamos frente a Corrientes el 14 de mayo, habiéndonos sido más favorable el viento en la última parte del viaje. La distancia total es, más o menos, ciento ochenta leguas, que hicimos así en cincuenta días. El piloto gobernó hacia la costa del Chaco, entre dos luces, y allí volvió a ocultarse. El viento no era fuerte ni bastante favorable para hacer la travesía hasta el río Paraguay aquella noche y el patrón, en consecuencia, decidió esperar dónde estaba la voluntad de Eolo.

A las cuatro de la mañana del día 15, estaba sobre cubierta con una valijita en la mano, pronto para transbordarme a nuestra mejor canoa, tripulada por seis de mis concertistas que yo mismo había elegido. Todos los bondadosos peones habían ofrecido sus servicios para bogar en mi canoa hasta la orilla. Casi todos los pasajeros se levantaron para decirme adiós; tomaban mate y fumaban; y alguno de ellos mostraba evidente inquietud por mi precario destino.

Era casi completamente obscuro y teníamos que bogar cuatro leguas para cruzar a Corrientes. Pero mis bravos bogadores hacían deslizar la frágil canoa, ligera y silenciosamente sobre las aguas. No se hablaba una palabra. El miedo a los artigueños

Digitized by Google

estaba en el corazón de cada uno de mis hombres. Pero llegaron a puerto con precisión, me desembarcaron en la costa a las cinco y media, todavía obscuro, y luego, conforme a órdenes estrictas del patrón, al instante volvieron a bogar en dirección al barco.

Estaba solo en la costa, con la valija en mi mano, irresoluto en cuanto al modo de proceder. Estaba en país totalmente extraño para mí; no tenía un solo conocido en la ciudad; sin pasaporte, tan indispensable en aquellos países; y había llegado del territorio de un enemigo declarado.

Sin embargo, sabía que allí estaba M. Perichon, amigo y agente de mi hermano en Corrientes, y a él determiné dirigirme tan pronto como el pleno día me permitiese dar con su casa.

Con el alba, empecé a caminar lentamente para el centro de la ciudad. No se movía un alma. Toda la población parecía sumergida en profundo sueño. Había esperado que los centinelas me dieran el alto, a no ser abiertamente atacado por algún artigueño vagabundo; pero, ni se oía al centinela, ni se veía artigueño alguno.

"Seguramente", me decía, "si la anarquía, rapiña y matanza predominasen en la tierra, como se nos había dicho, la gente nunca dormiría profundamente en sus lechos como lo hacen aquí." Tranquilo caminaba; y al doblar por una calle principal, vi al fin una persona que bostezaba en la puerta de su casa, en camisón, calzoncillos y gorro de dormir.

Imaginad mi sorpresa cuando me acerqué a este individuo; y lo vi primero clavarme los ojos y luego le oí exclamar con verdadero asombro. "Robertson, por amor de Dios, ¿de dónde sale usted?"

Era el mismo M. Perichon, el único hombre levantado, creo, a aquella hora en todo Corrientes. Que de este modo le hubiera encontrado fué gran fortuna para mí. Me confundió (como sucedía a muchos) con mi hermano; y cuando me aproximé saludándole cortésmente, me miró aún más fijamente, y pienso que empezó a imaginar que soñaba. La verdadera situación del caso, sin embargo, pronto se le aclaró. Me dió la bienvenida con la mayor cordialidad; me introdujo en su casa y luego llamando en voz alta a su esposa que estaba en el dormitorio: "¡Pastora! ¡Pastora! ¡Levantáte! ¡Levantáte! aquí está don Guillermo, el hermano de don Juan; creo que ha caído de la luna!"

¿Habéis visto la inundación de alguna calle principal en una ciudad después de copioso aguacero durante una tormenta de verano, donde primero un acueducto sobrecargado derrama sus aguas y luego otro todavía mayor hincha el canal principal, hasta que al fin la progresiva e impetuosa corriente se precipita a la calle y se acumula en un vasto charco en algún punto céntrico de la ciudad?

Del mismo modo la familia del digno Perichon se derramó gradualmente en la sala donde estábamos sentados. Primero la marea empezó con doña Pastora, su esposa, a medio vestir, llena de asombro por mi aparición, y rebosando con sus exclamaciones en guaraní de "Guah! Bahé! Ba-e ticó". Luego entró su linda hermana soltera, de cabello enrulado con papelitos y su figurita en batón matinal, y alzó las manos en señal de admiración al ver "el retrato de don Juan". Después aumentó la avenida con el "ama de llaves", negra gorda con el mate para don Guillermo. Detrás de ella rodó un bribonzuelo en camisa de dormir y restregándose los ojos a medio abrir, y así uno a uno, cuñado, hijos, esclavos y parientes vinieron al centro común, abrumándome con la rápida su-

Digitized by Google

cesión de sus exclamaciones, preguntas, felicitaciones y bienvenidas.

Habiendo inesperadamente obtenido tan buena acogida y entre tantos afectuosos, aunque novísimos amigos, proseguiré la narración en mi próxima carta.

Vuestro, etc.,

G. P. R.

CARTA XLIV

Al señor J. G.

Noticias políticas. — Partida de Corrientes. — Paso del Rey. — Artigueños. — El cura de Ñeembucú. — Pesadilla.

Londres, 1838.

Tomé asiento para un almuerzo temprano pero suntuoso y abundante, con el hospitalario Perichon y su numerosa familia. Cuando lo informaba de todos los temores y alarmas que nos acecharon desde Santa Fe hasta Corrientes, a menudo me interrumpía con sus carcajadas.

Me aseguró que las alarmas no tenían fundamento; que la navegación del Paraná estaba expedita y libre de peligro; que el bergantín habría entrado en Corrientes y obtenido provisiones sin la mínima probabilidad de detención; y que todo el país estaba en tranquila posesión de Artigas. "Desde que usted salió de Santa Fe", añadió Perichon, "su amigo Candioti ha intervenido de mediador con aquel jefe, en representación de Buenos Aires y conseguido un arreglo amigable entre el Protector y el gobierno central de las Provincias Unidas. Cuánto durará el tratado, es otro cantar". Perichon declara al mismo tiempo que, aunque las ciudades estaban tranquilas bajo el mando de los gobernadores de Artigas, la campaña en muchos lugares se hallaba perturbada y enloquecida por artigueños armados cuyos atropellos desordenados era imposible suprimir completamente.

Perichon me informó también que "Andrés Gómez, mi servidor" había salido de Corrientes el 21 de abril, siendo uno de los principales objetos de su viaje ayudarme a llegar al Paraguay, y que el 18 había llegado a la Bajada, completando en siete días el viaje aguas abajo que nos había tomado cincuenta aguas arriba.

Yo había dejado el bergantín, resuelto, si era posible, a seguir el mismo día al Paraguay; y en esta decisión me afirmé a despecho de las reiteradas instancias de Perichon y su bondadosa familia. Resistí aún a las miradas persuasivas de su bella cuñada, cuyos papelitos se habían convertido ahora en rizos negros, y quien me aseguró se celebraría aquella misma noche una agradable tertulia en casa del gobernador, donde, naturalmente, se me esperaba.

Después de almorzar, en compañía de Perichon visité al gobernador, coronel Méndez, que me recibió amablemente. Me expresó su pesar de que no asistiese a su tertulia; ordenó que se me extendiese pasaporte especial; y me ofreció, aunque rehusé aceptar tal favor, dos hombres de su escolta hasta el Paso del Rey, límite de su provincia. Este Méndez era uno de los

Digitized by Google

jefes más respetables de Artigas y recibí de sus manos muchas finezas, cuando, en período posterior, Corrientes se convirtió en nuestro cuartel general.

M. Perichon me procuró todo lo necesario para el viaje; recado y sus accesorios, poncho, sombrero de paja, enormes espuelas, un par de pistolas, dos chifles llenos de caña; maletas que fueron henchidas de cosas buenas por madama Perichon; los mejores caballos de posta, y un guía de confianza llamado Jerónimo, para acompañarme hasta Ñeembucú.

El gobernador y varios caballeros correntinos habían sido invitados por Perichon para comer conmigo. Nos sentamos a la una y tuvimos una reunión agradabilísima. La honrada y bondadosa cara del gobernador Méndez, disipó todas mis antipatías artigueñas; y llené una copa, con aplauso general de los comensales, por la alianza perpetua del Protector Artigas y el gobierno de Buenos Aires.

Cuando mi guía *don Jerónimo* llegó con los caballos, entró en el comedor y fué uno de los nuestros, al parecer como la cosa más natural. Encontré que la gente del interior era completamente ajena al orgullo del rango. En el caso presente, a juzgar por la conversación en la mesa, os hubiera sido difícil decir quien era el gobernador de la provincia y quien el guía del accidental viajero.

Cerca de las cuatro partimos; y entonces hubo tantos adioses cordiales y tantas cariñosas expresiones de pesar, que habríais imaginado que yo era nacido y criado en Corrientes, en vez de, como sucedía, conocido de pocas horas.

El Paso del Rey es el punto por donde los viajeros pasan el Paraná que allí divide el Paraguay de la provincia de Corrientes. El paraje dista siete leguas de la ciudad de este nombre, y ansiaba en extremo cruzar aquella tarde, alimentando pocos deseos de pernoctar en costa guardada por artigueños. El campo, a veces, es despejado y otras con arbolitos naturales desparramados, la mayor parte del género de las mimosas. Cuando uno se acerca a las márgenes del Paraná, sin embargo, los árboles menudean más hasta concluir en tupidos y, en algunos sitios, impenetrables montes.

Después de duro galope y al salir de uno de estos montes, nos hallamos a orillas del magnífico Paraná. Su anchura es allí de dos millas y ninguna isla se interpone entre las dos márgenes. Vi que el lado paraguayo era tan boscoso como donde estábamos.

El sol se ponía rápidamente y las grandes aguas del majestuoso río se deslizaban en solemne silencio, y en no turbada magnificencia. Cuando vi claramente desde la ribera elevada la poderosa corriente, y los silenciosos, obscuros e impenertables bosques prolongándose en ambas orillas hasta donde alcanzaba mi vista, sentí un pavor respetuoso. La enormidad de la escena—lo profundo y lóbrego de la soledad—el silencio no interrumpido que reinaba por doquier—todos eran impresionantes, e igualmente calculados para levantar el alma desde la contemplación del espectáculo a la adoración del Dios de la Naturaleza.

Mis ensueños fueron disipados por Jerónimo que se sentía inquieto por nuestra situación.

Mientras galopábamos, había hablado difusamente sobre los horrores de los artigueños y manifestado sus temores de encontrar algunos en el Paso del Rey. Luego, me dijo que debíamos

Digitized by Google

dirigirnos a la choza del canoero—aunque temía que fuese demasiado tarde para cruzar; y que en tal caso no veía nada mejor que volver inmediatamente a Corrientes.

El hecho es que don Jerónimo era un gran collón, no obstante las pistolas y el sable de que iba armado. Mientras continuaba vertiendo en mis oídos sus temores, llegamos a la choza y encontramos solamente a un muchacho, a quien interrogado por don Jerónimo, respondió que los dos canoeros estaban ausentes. Apenas habíamos recibido esta respuesta cuando oímos el galope de dos caballos y ruido de sables detrás de nosotros. Dimos vuelta (Jerónimo blanco como papel) y, en un momento, dos artigueños se apearon, literalmente saltando de sus caballos, y vinieron a nosotros a pie, arrastrando las vainas de acero de sus sables, y haciendo sonar las enormes espuelas de hierro al caminar.

"Buena tarde, amigo", dije en el tono más amable dando vuelta en la montura hacia el primero que se aproximó. "Buena tarde".

"¿Quién es usted?", dijo el artigueño bruscamente; "¿dónde está su pasaporte?" Lo saqué. "Bien, bien", agregó, "venga con nosotros". Así diciendo, él y su compañero volvieron a montar y nos guiaron a una choza que, convertida en cuerpo de guardia, se hallaba a la vera del monte.

Estos dos artigueños eran realmente salvajes y de fiera apariencia. Sus barbas eran negras y espesas; sus cabellos colgaban densos y apelmazados, debajo de viejas gorras de fajina; y sus ojitos negros miraban ceñudos, sombreados por cejas muy pobladas. Sus chaquetillas azules, con vivos punzoes, usadísimas; sus camisas (que al parecer nunca habían sido lavadas) con los cuellos desprendidos, dejaban ver el pescuezo áspero y bronceado. Chaleco chillón, chiripá, calzoncillos anchos y botas de potro de que salían los dedos desnudos, completaban su indumentaria. Cada uno llevaba carabina en la mano y largo cuchillo envainado, en el cinto; mientras el sable colgaba al costado zangoloteando y haciendo ruido.

Mi amigo Jerónimo se acoquinó con el aspecto de estos mirmidones; y confieso que yo mismo estaba poco satisfecho de sus talantes. Pero yo tenía seguridad de que, haciendo valer oportunamente el pasaporte del gobernador, todo nos saldría bien.

Comencé por interrogar al que llevaba la voz, si ellos mismos no podrían pasarnos al otro lado, en ausencia de los canoeros. El artigueño intratable contestó que no era su obligación. "Pero entonces", dije, "aquí está un pasaporte especial de mi amigo el coronel Méndez, quien me aseguró que encontraría toda ayuda de ustedes en el paso".

En esto llegamos a la guardia, donde encontramos dos hombres más. Tomaron el pasaporte y lo dieron vuelta de todos lados porque ninguno sabía leer. Entonces me lo entregaron expresando su deseo de que lo leyese, como lo hice. Aquí, dejándonos de lado, se retiraron a la choza y empezaron a consultarse en voz baja.

Desde mi propuesta a los artigueños para que nos hicieran cruzar el río, Jerónimo estaba afiebrado; y cuando los vió entrar en el rancho, no pudo ocultar más sus terrores; me agarraba del brazo casi convulsivamente, y tartamudeaba que estaban deliberando sobre la manera de matarnos.

"Montemos", decía, "montemos y volvamos a Corrientes.

Digitized by Google

Si no lo hace, esté seguro que en medio río nos fusilan y echan los cuerpos al agua".

Reproché a mi conductor su cobardía y le dije que el peligro existía en su imaginación. "De cualquier modo", agregué, "cuando subamos a la canoa seremos iguales en número. Mantenga asida la culata de su pistola y, si ve cualquier indicio de juego sucio, esté pronto para actuar conmigo".

Los artigueños salieron y creo que solamente habían consultado sobre cuánto sería el máximum que cobrarían por el pasaje. "No sabemos bogar bien", dijo el primer interlocutor, "pero si gusta, como es amigo del gobernador, haremos lo posible para llevarlo a la otra orilla. El gobernador sabe", continuó con sonrisa torva, "que apretamos mucho mejor el gatillo de la carabina que lo que podemos bogar en canoa".

Se desensillaron los caballos y los recados se pusieron en la canoa, en cuyo centro los artigueños tomaron sus puestos y sus palas. Jerónimo y yo subimos y nos sentamos a popa tirando los caballos mientras hacieran pie, y luego teniéndolos de las riendas con la mano izquierda, cuando los animales nadaban a ambos costados de la embarcación. Exhortaba a Jerónimo con mis miradas, a no perder de vista los movimientos de los artigueños, y así nos lanzamos a la correntada del gran río.

Los artigueños, imagino, nunca tuvieron intención de hacernos mal; pero torpes en el arte de oponerse a la corriente, la dejaron, poco a poco llevar la canoa a sotavento del paso opuesto, de modo que, al llegar a la orilla, estábamos casi dos millas abajo del desembarcadero. Los artigueños, sin embargo, habían hecho lo mejor que pudieron. Pidieron dos pesos y cuando les dí cuatro, tomaron la paga aumentada con la misma taciturnidad y la misma impavidez de rostro que habían mantenido durante todo mi trato con ellos. Jerónimo no se sintió seguro hasta que el último rumor de las palas alejándose, murió en sus oídos.

Con todo, solamente aquí nuestro peligro verdadero comenzaba. Las bandas del río, como he dicho, están cubiertas con ancha y enmarañada ceja de montes. Las sombras de la noche caían rápidamente en nuestro derredor y Jerónimo se apuraba para ensillar y entrar en el bosque mientras viese todavía el camino para atravesar las confusas e intrincadas sendas. Tenía muchos recelos y pronto encontré que estábamos empeñados en una empresa difícil.

Teníamos que abrirnos senda entre zarzas y acacias espinosas y matorrales de todo género. Esto nos lastimaba muchísimo las piernas, y los gajos no solamente nos rasguñaban la cara a cada vuelta, sino que nos impedían muchísimo adelantar. Los caballos estaban asustadizos e inquietos—Jerónimo se mostraba confundido y perturbado—invocaba a todos los santos del almanaque—, hacía votos y promesas de misas y velas a San Jerónimo en particular. Rebosaba en invocaciones a la Virgen María, bajo todas las advocaciones dadas por los devotos católicos. "¡Nuestra Señora del Socorro nos ayude; Santa María Purísima nos favorezca! ¡Oh, siempre bendita Madre de Dios, ten piedad de nos!" En medio de estas y mil otras exclamaciones, el pobre hombre continuaba echando atrás las ramas para que no me rasguñasen; iba adelante y, en cuanto podía, me despejaba el camino. Todo fué en vano—la obscuridad aumentaba y Jerónimo finalmente exclamó con desesperación:

Digitized by Google

"Nos perdemos, nos comerán los tigres, apresurémonos a retroceder hasta la orilla del río".

Retrocedimos a través de zarzas, y matorrales, y árboles espinosos, y llegamos a la ribera del plácido río bastante felizmente, aunque lacerados, en particular el pobre Jerónimo, que presentaba aspecto muy lastimoso. No obstante, dimos muchas gracias de corazón a la Virgen, cuando encontré que estábamos en la costa. Aquí descargué una pistola con un gran taco seco y Jerónimo inmediatamente comenzó a encender fuego. Mi experiencia a bordo del bergantín me había enseñado la necesidad de esta precaución. Quebramos y juntamos gajos y astillas y los amontonamos en el fogón. Luego lanzamos tizones encendidos entre la maciega y removivos las chispas y llamas lo más alto que pudimos en el aire. Nuestros esfuerzos, que eran incesantes, no fueron de ningún modo malogrados. Media hora, o menos, después que nuestro fogón había encendido bien, oimos bramar un tigre a lo lejos. Mi carne se estremeció, cuando otro gruñido, en otra dirección, dió prueba indudable de que estábamos rodeados por fieras. A veces llegaban muy cerca de nosotros y entonces su profundo bramido se introducía horriblemente preciso en mi oído, y bien hubiera espantado a corazón más fuerte que el mío. Redoblamos nuestros esfuerzos con los haces de leña; nuestros caballos estaban listos y ensillados a orilla del agua; temblaban excesivamente cuando oían a los tigres y parecían completamente conscientes de su peligrosa situación como nosotros lo estábamos de la nuestra. Nuestras pistolas estaban en el cinto y de cuando en cuando, enviábamos una bala a la espesura, como rechazo adicional de los animales salvajes que tanto y tan justamente temíamos.

Nunca pasé noche más penosa; nunca la obscuridad me pareció más prolongada; y nunca me sentí más verdaderamente agradecido a Dios, que cuando, a eso de las tres, los sonidos más débiles del bramido del tigre daban indicio de que se retiraban a sus guaridas, o de que buscaban otros parajes donde vagar en busca de presa.

No nos atrevimos a movernos hasta que clareó bien el día, y, entonces, con la ausencia completa de peligro, el valor de Jerónimo revivió. He de hacerle justicia y decir que se mostró aún más solícito por mí que por él mismo, durante la noche. Ahora bromeaba sobre el aspecto calamitoso de nuestras caras con la luz del día; pero agregaba que todo se arreglaría cuando llegáramos a casa de "su hermano el cura' de Ñeembucú. No estaba poco orgulloso de la sabiduría y habilidades de "mi hermano, el cura" y dividía su locuacidad humorística entre él y los tigres. Los artigueños entraban como accidental reminiscencia; y ciertamente, seguía embelleciendo el tema de tal modo, de hacer aparecer claramente al fin que éramos un par de héroes que habíamos hecho frente a los turcos y a los tigres con innegable coraje y bravura, y conquistado inmarcesibles laureles en ambas márgenes del Paraná.

Pronto y fácilmente, con la luz del día, dejamos atrás el bosque.

Cambiamos caballos en la posta y antes de mediodía nos acercamos a la cabaña realmente limpia de "mi hermano el cura" en la villa y puerto de Ñeembucú, bellamente situada, como se ha mencionado antes, sobre el río Paraguay.

"Mi hermano el cura" era pastor sencillo de un rebañito

Digitized by Google

ingenuo y escuchó con admiración y congoja el relato grandilocuente que Jerónimo le hacía, como Falstaff, de nuestra terrible aventura. Entretanto, sus dos sirvientes se ocuparon en prepararnos la comida, que se puso en la mesa a las doce. Inmediatamente después, acepté de bonísima gana el valioso ofrecimiento de su lecho que me hizo el cura. Había estado treinta y seis horas sin dormir, pasando rápidamente de una escena de excitación a otra, de modo que mi cuerpo ahora sentía no poder sostenerse más sin "el dulce restaurador de la fatigada naturaleza, balsámico sueño".

La sobreexcitación y fatiga excesivas, sin embargo, no procuran sueño profundo. Aun el blando lecho y fresco dormitorio del cura de Ñeembucú no me consiguieron inmediato reposo. Primero me daba vueltas a un lado y otro; y luego se me representaban las escenas que acababa de presenciar en forma de los más fantásticos y confusos sueños. Aquí veía a Perichon con cabello enrulado con papelitos, sentado en el lomo de un tigre y guiándolo para atacarme; allí su bella cuñada con gorro de dormir sobre los rizos, valsaba con los parduscos artigueños. Ahora, estaba cortando la corriente del Paraná a caballo, con doña Pastora en ancas, exclamando: "Mbahé ticó!" Después estaba a bordo del bergantín, amarrado a un árbol, y mirando a Jerónimo ir aguas abajo en un camalote.

La exhausta naturaleza tomó al fin el buen camino, estas visiones confusas gradualmente se disiparon y, a poco andar, me sumergí en profundo y tranquilo reposo.

Vuestro, etc.

G. P. R.

CARTA XLV

Al señor J. G.

Camino de la costa para la Asunción. — La carta del Comandante. — Viaje por la costa. — Pérdida y recobro de la valija. — Llegada a Asunción.

Londres, 1838.

Cuando desperté, no sabía en dónde me encontraba. Estaba completamente a obscuras y tuve que trazar mi camino, paso a paso, desde el bergantín, para recordar que yacía en el lecho de "mi hermano el cura" de Ñeembucú.

Había dormido una siesta de siete horas. Cuando me levanté encontré al cura y Jerónimo sentados a la puerta de la cabañita, con mate y cigarros disfrutando el fresco de la tarde. Eran cerca de las ocho, Jerónimo todavía hablaba de nuestras aventuras, y justamente, cuando me uní a ellos, protestaba que por nada del mundo volvería a dejar Corrientes con un inglés— por la tarde.

El bueno y cortés cura—después le conocí bien—me condujo sin dilación a visitar al comandante don José Joaquín López, que había esperado mucho tiempo mi arribo y que ahora me esperaba en su casa. Fuí recibido con la acostumbrada cordial consideración y se dispuso todo para seguir viaje la mañana siguiente.

Hay dos caminos de Ñeembucú a Asunción; uno por las Misiones y otro por las riberas del Paraguay—por la costa, como dicen allá. La primera ruta es tortuosa, pero los caminos son relativamente buenos. La distancia se llama ciento treinta le-

Digitized by Google

guas. El camino de la costa sólo cuenta ochenta y cinco leguas, pero pasa por muchos esteros, pantanos y tierras inundadas. Estaba particularmente en mal estado a la sazón por la altura inusitada del Paraguay e inundaciones consiguientes de los campos vecinos. El comandante me instó que tomase la ruta más larga; pero la economía de cuarenta y cinco leguas me tentó a recorrer la otra; y como la cosa *podía* hacerse, por la costa determiné ir.

El comandante eligió el mejor hombre que tenía a su servicio para acompañarme como guía y escolta en el camino. Era verdaderamente un lindo y hermoso joven—bravo, inteligente, activo, aunque enteramente modesto y nada presuntuoso en su porte.

Tuve de veras una escena de despedida con mi bueno y sensible amigo Jerónimo, por la mañana. Consideré que era deber positivo, al pagarle su honorario, tener en cuenta los riesgos de vida que había corrido con artigueños y tigres, y aumentar el monto en la debida proporción. Jerónimo quedó agradecidísimo y volvió a Corrientes complacido en extremo con el resultado del viaje, que alguna vez estuvo a punto de tan desastroso fin.

El comandante, sencillo, honrado soldado, me entregó antes de partir una carta que no puedo menos de transcribir, escrita por un instruído personaje llamado Araujo, que ocupaba el puesto de secretario privado del comandante (1).

"*Villa del Pilar* (*Ñeembucú*), 16 *de mayo de* 1814.

"Mi estimado amigo: La presencia del portador, vuestro querido hermano, ha sido uno de los momentos más felices que el hado podría proporcionarme, desde que me ha permitido ofrecerle mis humildes servicios como lo he hecho; pero siento el pesar al mismo tiempo de que no los haya aceptado enteramente como era mi deseo; pues ruego creáis que yo hubiera sido su guía para proveer a su seguridad, que me interesa profundamente. Nada más necesita decir quien se cuenta entre el feliz número de vuestros amigos, que verdaderamente os estima en el grado más superlativo y que siempre besa vuestras manos.

"José Joaquín López."

Después que el comandante había preparado los despachos para su excelencia el Cónsul de la república, me despedí de él, el 17, y eché a andar acompañado por mi nuevo guía Francisco.

Tuve muy pronto prueba práctica de lo atinado del capitán López al aconsejarme no tomar el camino elegido por mí. Habíamos avanzado solamente pocas leguas de Ñeembucú cuando nos encontramos con tierras cenagosas. Vadeábamos horas enteras lagunas que parecían interminables, o grandes charcos. Aquí y allá se veían albardones con chozas miserables. Costeábamos los bosques que se extienden a lo largo de las orillas del Paraguay, pero el río mismo nunca lo tuvimos a la vista.

A tres o cuatro leguas de distancia llegamos a los ahora hinchados y anchos ríos, aunque ordinariamente la mayor parte de ellos eran arroyuelos fácilmente vadeables. En estos casos

(1) El estilo ha de tomarse como el general del secretario del Comandante para *todos* sus corresponsales. Cada uno de ellos era puesto debajo de una carga semejante de elogio inflado.

Digitized by Google

teníamos que cruzarlos en balsa o pelota. La primera es medio fácil y seguro de pasar; la balsa consiste en dos canoas unidas y atadas una con otra. Pero la pelota es asunto inquietante. Consiste sencillamente en un cuero cuadrado, atado de las cuatro puntas formando una especie de bolsa. Se ponían los recados en ella y luego me sentaba en cuclillas en el centro con órdenes de permanecer perfectamente inmóvil. Atando una guasca a la pelota. Francisco se desnudaba, se echaba al río y mord'endo la cuerda, nadaba tirándome en la pelota hasta el otro lado.

Con grande esfuerzo y perseverancia hicimos diez y siete leguas el primer día y al caer la noche nos alojamos en un rancho miserable, siendo nuestro lecho el piso húmedo de barro. Dos tercios del día habíamos estado con el agua a la barriga del caballo y supe que viajaríamos de igual modo hasta Angostura, nueve leguas de Asunción.

El segundo día encontramos una laguna que no daba paso y donde no había balsa, ni pelota, ni barquero. Francisco retrocedió a galope un par de leguas y de la tolda de un carro que habíamos visto estacionado en uno de los albardones, cortó un pedazo de cuero, lo remojó, lo dobló en cuatro, y así me trajo bote bajo su recado. Luego lo convirtió en pelota, y aunque apenas se sostenía, crucé la laguna felizmente en este vehículo portátil.

Pasé así muchas lagunas; pero al fin, en una corriente algo rápida, topé con un remolino, se tumbó la pelota, y caí al agua y, con alguna dificultadfl Francisco me sacó a la orilla. No quise fiarme más en la pelota; en adelante, cuando no había balsa, me desnudaba y atravesaba ríos y lagunas agarrado con una mano a las crines del caballo, y teniéndolo de la rienda con la otra.

De cuando en cuando salíamos de esteros y entrábamos en bosques naturales. Aun allí la tierra en muchos sitios estaba saturada de agua y el viaje en todas partes era cansador y trabajoso. Nunco pude andar más de diez y seis millas por día.

El segundo día, cuando acabamos de vadear uno de los esteros pestilentes y cubiertos de mosquitos, Francisco, horrorizado, descubrió que la valija que traía los tientos había desaparecido. En ella tenía mi dinero y estábamos en la *única* parte del Paraguay donde se necesita numerario para viajar. Francisco estaba *au desespoir*. No obstante, pensó que alguno de los enmarañados gajos del monte que habíamos pasado, debía haber hecho caer la valija. Retrocedió, en consecuencia, por pantano, estero y río, mientras yo, sentado bajo una palmera, esperé su retorno. Cuando partió, mis vecinos más próximos eran tigres y leones selváticos y no estaba sin mis temores de que alguno me hiciese una visita donde había establecido mi morada transitoria.

En un par de horas, Francisco volvió con la valija, que alzaba triunfante, mientras vadeaba el estero; y seguimos viaje. Cuando llegamos a la siguiente posta, Francisco, con aire serio y respetuoso, se dirigió a mí de este modo: "Patrón, cuando me volví a buscar su valija, prometí a Nuestra Señora de Mercedes que, si me concedía encontrarla, encendería cuatro velas en el altar de la capilla que está como a tres leguas de este lugar y que haría decir una misa por las pobres ánimas del Purgatorio. Le suplico se quede aquí en tantó que voy a cumplir mi promesa, y regreso con toda la premura posible."

"Francisco", repliqué con la debida seriedad, "estoy muy

Digitized by Google

satisfecho de observar el cuidado que pone en cumplir sus deberes religiosos; y me intereso tan vivamente en su propósito actual, que deseo sea transferido para cuando lleguemos a Asunción, y allí, en la catedral, se encenderán doce velas, se dirán tres misas y el mismo obispo sabrá que es en cumplimiento de sus promesas a Nuestra Señora de Mercedes."

El honrado Francisco se opuso; ello era muy bueno—se sentía obligado a mí para siempre,—pero lo que yo proponía no era el cumplimiento de su promesa, que sólo en la capilla podía cumplirse. Francamente, me opuse a esta terrible pérdida de tiempo. Francisco se apesadumbró y asombró de que me cuidase tan poco de la salvación de su alma; el resultado fué que me vi *obligado* a permanecer tres horas en la posta, mientras el escrupuloso y devoto Francisco concienzudamente cumplía sus deberes en la capilla.

Creo que hicimos una buena escapada de perder la vida, el día siguiente. Estaba ansioso por partir muy temprano—con el alba,—pero Francisco se oponía seriamente, pues, inmediatamente de dejar la posta, teníamos que atravesar un monte donde hay siempre tigres hasta que el sol está arriba del horizonte. Mientras estábamos en la puerta del rancho, esperando que abriese más el día, cayó un aguacero y poco después seguimos nuestro viaje. Entramos en el bosque y, en los mismos lindes, Francisco tranquilamente llamó mi atención sobre los rastros patentes de dos tigres, impresos en el suelo mojado. Estos enemigos deben haber cruzado nuestra senda un cuarto de hora antes que nosotros.

La parte de la república por donde iba es una angosta, aunque marcada excepción del carácter general del país. La fertilidad, abundancia, hospitalidad, son sus grandes y prominentes rasgos en cualquier parte, menos en las tierras cenagosas que se extienden a lo largo del río Paraguay y en las dos *Botany bays* de Francia—Curuguaty y Tevego.

Los esteros de que hablo, por supuesto hacen el suelo estéril; y el país que recorría es escasamente habitado por familias que derivan su desdichada y precaria subsistencia del corte de maderas en las márgenes del Paraguay. Son el desecho de la población y viven en sórdida pobreza. En los cuatro días que viajé, ni una vez me desvestí; y dos días enteros nos alimentamos con el maíz duro que se da a los caballos y con maní, nuez seca e insípida, producto de un árbol que crece por todo en aquella porción del interior. Los hombres eran rudos de maneras y semisalvajes en su aspecto. La pobreza y suciedad con una brutal especie de apatía en los moradores eran las características de todos los miserables ranchos en que entré.

Aunque escasa la población, en esta pequeña mancha del Paraguay, muchos de los infelices habitantes se habían visto forzados por la magnitud desusada de las inundaciones y el hambre consiguiente, a refugiarse en las tierras altas, donde siempre eran hospitalariamente recibidos y cuidados por sus más prósperos y ricos paisanos. Sin embargo, sólo el hambre hace salir a los "costeros" de sus miserables albardones a las asoleadas y exuberantes tierras altas que tienen cerca; y tan luego como las aguas se retiran lo bastante para permitirles hacerse de nuevo cortadores de madera, vuelven a su acostumbrado modo de vivir.

En las primeras horas de la tarde del cuarto día, abandonamos al fin las tierras cenagosas y llegamos al terreno alto de

Digitized by Google

Angostura—paso estrecho del río. Aquí apareció a la vista el río Paraguay por primera vez desde que salí de Ñeembucú. Corre rápidamente por Angostura en medio de una profusión del más rico paisaje boscoso. Un poco arriba el magnífico Pilcomayo derrama sus abundantes aguas tributarias en el Paraguay y éste es también aumentado por numerosos afluentes menores. Corre hasta que el célebre Bermejo, un poco abajo de Ñeembucú, entrega un enorme caudal de agua al río padre, que éste lleva a Corrientes Allí pierde su nombre y se confunde con el Paraná. Aquí también o un poco más arriba, en escala de la más espléndida magnificencia, tiene lugar la unión del Paraguay y el Paraná.

El país, desde Angostura a Asunción, después de lo que había visto y sufrido en los esteros, me pareció nada menos que el paraíso terrenal. Pero ya se os ha descripto antes: galopé hasta llegar a las profundas y umbrosas sendas que forman los accesos a la ciudad; y el veinte de mayo, nueve meses después de mi salida de Portsmouth, nos dimos las manos con mi hermano en Asunción, y así concluyó mi largo y accidentado viaje.

Vuestro, etc.

G. P. R.

CARTA XLVI

Al señor J. G.

J. P. REASUME Y CONCLUYE

La lectura sustituye a la sociedad. — Cervantes. — Baño de lluvia paraguayo. — Un arribo y su celebración. — El perro Heroe. — El perro Boatswain de Lord Byron.

Londres, 1838.

Había ya pasado casi tres años en el Paraguay y con excepción de mi corto viaje a Buenos Aires, rara vez en todo ese tiempo vi una cara inglesa, hablé una palabra en inglés o me comuniqué no siendo por carta con un amigo inglés. Relacionado íntimamente con paraguayos y endeudado como me sentía por sus bondades, mi situación era de mucho aislamiento. Para no ser completamente extraño a mi país, paisanos e idioma, empleaba mucho tiempo en la biblioteca entre mudos, pero instructivos compañeros, los libros ingleses. Reía con los Viajes de Gulliver y mucho admiraba la ironía de Swift. Acudía a Pope por sátira, a Addison Steele por *humour*, al Vagabundo por filosofía y a Goldsmith por sentimiento y sencillez. Estos y otros de nuestros óptimos autores ingleses, a menudo leía con placer, realzado, quizá, por la circunstancia de ser los únicos clásicos que habían penetrado en aquellas remotas regiones. Pero con todo, me veía obligado a reconocer que por la combinación de todo lo selecto y excelente en literatura, no había leído ningún libro, en cualquier idioma, muerto o vivo, que yo conociera, que superase a "Don Quijote". Me refiero al Quijote con garbo español, no al caballero andante vestido a la inglesa. He leído Homero y Virgilio en sus dos armoniosas lenguas; pero confieso que no les he extraído nada semejante al placer que me ha proporcionado la obra maestra de Cervantes. Dadme una conversación en el camino entre el andante Caballero de la Mancha y su ventrudo escudero Sancho Panza; o dejadme escuchar al cortés e instruído caballero cuando dirige la palabra al caballero del Verde Gabán; o dadme un apóstrofe a Dulcinea o la descripción de los ejércitos de carneros; dadme, en suma,

Digitized by Google

cualquier trozo de "Don Quijote", envuelto en la mágica dicción de Cervantes y me proporcionaréis todo lo que la imaginación conciba de descollante, lo que la razón requiera de profundidad y justeza, lo que el *humour* bosqueje de jocoso y encantador, o la elocuencia exija de cortesía, vigor y sencillez. Bien pudo Cervantes cuando dejó sobre su escritorio la pluma de ganso con que escribió "Don Quijote", dirigir a todos los que se atrevieran a sacarla de su sitio, un "Tate, tate, folloncicos".

Pero, dejando a Cervantes, debo entrar en un incidente de mi narración, de carácter doméstico, que lleva a deducir la clase del *Otium cum dignitate* con que proseguía mis recreaciones literarias en el Paraguay. Las casas de Asunción que tienen patios, tienen también gruesos caños que se proyectan de sus techos aplanados, para desagüe de las lluvias. Durante el copioso aguacero que generalmente sigue a un largo período de calor insoportable, estos caños derraman su fresco, claro y líquido contenido, en los patios. Cae el agua sobre el enladrillado en chorro cuyo solo ruido refresca y enfría el cuerpo. Antes que lleguen estos aguaceros, os acostáis jadeante en la hamaca, con la boca abierta por falta de aire. El cuerpo exhausto durante la noche, entre dormido y despierto, sueña de sofocación, sed insaciable y sirocos quemantes; pero sopla viento sur, y se precipitan las aguas refrescantes y el Elíseo se abre ante los sentidos casi a la vista del que sufre en clima tropical.

Era mi costumbre invariable, cuando, por la influencia doble de viento y agua, la atmósfera se refrescaba así, salir al patio de día o de noche, desvestirme y permanecer debajo del enorme caño diez minutos para que el agua me empapase de pies a cabeza. La transición era tal como podéis imaginar sería de las arenas ardientes de Libia a las más frescas arboledas de Arcadia.

Después del baño de chorro que he descripto, era preciso que un negro sirviente trajese y me echase en la espalda una sábana de hilo con que me frotaba y secaba debajo del corredor. Luego me retiraba al lecho si de noche, y si de día a mi biblioteca; y encontré que estas inmersiones, aunque enteramente rechazadas por los naturales, eran el mejor modo de vigorizar el cuerpo en aquel clima enervante.

Me encontraba una de estas ocasiones, por la tarde, cuando después del baño, había tomado un vaso de vino y mi piña (una de las frutas del Paraguay más finas y abundantes), y en refrescada indolencia sobre el sofá, estaba dormitando, aun con "Don Quijote", cuando mi negro Juan entró corriendo en el cuarto, con asombro y deleite reflejados en su fisonomía y me gritó: "mi amo, mi amo, el señor hermano de su merced". Pisándole los talones se apareció el aludido. Pensé que todo era una visión, preludio de mis sueños que venían aprisa. Pero cuando fuí estrechamente abrazado por mi propia carne y sangre, me apercibí que era realmente mi hermano; y apartándome del canapé lo recibí en mis brazos con el entusiasmo de sentimiento que había estado largo tiempo dormido en las quietas y algo indolentes regiones del Paraguay.

Había estado algunas semanas esperando esta visita; pero los obstáculos opuestos a su realización, por artigueños, revoluciones, leyes prohibitivas del comercio, piratas y bandidos, me habían no solamente fastidiado, dando lugar "a la esperanza defraudada", sino héchome desear que el riesgo de realizar mi

Digitized by Google

anhelo más ardiente no se hubiese corrido. Mi hermano lo había afrontado, sin embargo, y con éxito. El hogar, el círculo de familia, la narración de sus "escapadas por un pelo", su lenguaje, aspecto, maneras—eran alternativamente objetos de mi admiración y de nuestra charla. Una botella de clarete seguía a otra. La embriaguez de un encuentro, después de seis años de ausencia, en país aislado y distante siete mil millas de la casa paterna, siendo nosotros los únicos ingleses, en mil millas a la redonda del lugar en que nos abrazamos,—la embriaguez de este encuentro nos hacía disputar a los dos. No sé cuántas botellas de clarete bebimos; pero sé esto, que el nuevo día nos encontró en conversación junto al vino y fruta, que mi negro Juan, sin entender jota de lo que decíamos, estuvo de pie toda la noche y toda la mañana admirado y maravillado de la manera cómo hablábamos. Reía cuando reíamos: corría a traer otra botella de Burdeos mucho antes que la que estaba sobre la mesa se vaciase; y cuando la vivacidad de nuestro discurso aumentaba, él retozaba, se restregaba las manos, abría su ancha boca y mostraba su mazamorra de dientes, en raro contraste con sus usuales hábitos tranquilos y nebulosa forma de pensamiento.

Hubo otro testigo del arribo de aquella noche, y tomó vivo interés en la escena. Ese amigo era un perro, nacido en Malvinas, que había sido llevado al Paraguay por el gobernador español, Velazco. Se llamaba Héroe y su casta creo era la más fina del mundo. Todo fidelidad, amor y obediencia a su amo, este perro no me dejaba un instante. Estaba detrás de mis talones todo el día y dormía junto a mi cama todas las noches; pero a ningún otro mortal daba una mirada amable; ni para otro mortal hacía nada placentero. Su cola solamente se agitaba en presencia del amo; la volición parecía suspendida en su ausencia. Yo mismo lo he encerrado en un cuarto con tres o cuatro perdices por únicos compañeros. Era lo mismo que si no hubiesen estado. Se sentaba gimiendo en la puerta por donde yo había pasado; pero al momento que yo volvía a entrar hacía una parada inmóvil a la caza.

Sin embargo, este perro *instantáneamente* conoció a mi hermano. Lamía su mano, conocía su voz, seguía sus pasos y obedecía sus órdenes. Parece que reconoció cierta semejanza de familia y con su inquebrantable principio de lealtad al amo, rendía homenaje voluntario a sus amigos y parientes.

El legítimo perro de caza malvinero combina, en la más alta perfección, todos los instintos y cualidades del pointer, setter, terranova y perro de agua. Su olfato, coraje y resistencia son solamente sobrepujados por su sagacidad, fidelidad y apego. Es de talla pequeña generalmente, color hígado, con linda cabeza y largas orejas sedosas. Su velocidad es prodigiosa y si una vez ha recorrido un campo sin parar nada, se puede apostar la cabeza a que allí no hay un solo pájaro. Si está bien enseñado, un silbido lo hace venir de lejos, aun cuando ande fuera de vuestra vista; y si pierde al amo, lo sigue por el olfato a través de todos los laberintos y en toda la distancia que haya recorrido. Luego, en cuanto a utilidad, ningún cazador que haya tirado con un perro malvinero se extrañará de casi no poder avenirse con otro. Cuando se caza en el Paraguay, la pieza a menudo cae en el mismo medio de un denso cerco de tunas, tan irascible e impenetrable, que impide toda tentativa de apoderarse de la pieza. Sólo el perro de Malvinas es igual a la tarea;

Digitized by Google

y cuando tira por encima de él un amo que él sabe matará el pájaro, el intrépido cuadrúpedo sacrificará la vida antes que abandonar la presa. He visto a Héroe luchar media hora en aquellos terribles espesísimos cercos, y salir al fin, sangrando, con la perdiz en la boca. Solamente es desobediente cuando está empeñado en una busca de este género. Ni caricias ni amenazas lo sacarán de su empeño.

Recuerdo que un día, al ponerse el sol, quebré el ala de un pato real que volaba de la laguna a su guarida del bosque. Héroe lo vió caer, se echó a lagua, y en pocos minutos se trabó en lucha mortal con su víctima. Pero el pato, grande y vigoroso de cuerpo, estaba solamente con el ala quebrada y salpicaba, zambullía y por otras estratagemas y esfuerzos mantuvo a Héroe tanto tiempo alejado, que la obscuridad empezó a ocultar los combatientes a mi vista. En vano silbé, en vano llamé; el perro que se agachaba a mis pies, y humildemente lamía mi mano otras veces, no hacía caso de mis demostraciones contrarias a que permaneciese en la laguna. Como se acercaba la noche, partimos del lugar con mi negro Juan. Sabía que el perro volvería a casa. Dos horas después, en consecuencia, lo oí aullando, ladrando y arañando la puerta. Allí encontré al fiel animal cubierto de barro y polvo, con el pato real, habiendo remolcado su presa acuática en trayecto de dos millas, desde el estero en que cayó. Al momento que aparecí, el valiente Héroe con todas las manifestaciones de gozo, entregó en mis manos su enemigo muerto, y agazapándose a mis pies con afección sumisa parecía implorar perdón por venir tan tarde.

El día siguiente el sabrosísimo pato fué asado, servido en buen estilo y Héroe tuvo el ala quebrada para roer.

Nada había que me propusiese enseñarle que no aprendiera. Recibía lecciones de mi hermano con la misma docilidad y perseverancia que de mí; pero de nadie más. Soliamos divertirnos en grande con sus curiosas astucias y actos razonables; y cuando las ejecutaba, como siempre lo hacía, con brillo, se complacía prodigiosamente en recibir nuestras caricias en recompensa de sus esfuerzos.

¡Pobre Héroe! Murió; murió de hambre; y no puedo expresaros el dolor e indignación con que el suceso me colmó. Alcanzó su aciago fin por la bárbara negligencia de un patrón de barco a cuyo cuidado lo confié por pocos días.

No puedo menos de recordar el epitafio inscripto por lord Byron en el monumento erigido por él en memoria de su perro Boatswain (contramaestre). Me conmovió hondamente leyéndolo la primera vez, por la viva expresión del sentimiento del poeta.

Con los vituperios derramados sobre el hombre nada tengo que hacer; pero con su tributo al perro que la muerte de Héroe me hizo releer, sinceramente simpatizo.

When some proud son of man returns to earth,
Unknown to glory, but upheld by birth,
The sculptor's art exhausts the pomp of woe
And storied urns record who rest below.
When all is done, upon the tomb is seen,
Not what he was, but what he should have been.
But the poor dog, in life the firmest friend,
The first to welcome, foremost to defend,
Whose honest heart is still his master's own,
Who labours, fights, lives, breaths for him alone,
Unhonour'd falls—unnoticed all his worth.

Digitized by Google

Ye who perchance behold this simple urn,
Pass on—it honours none you wish to mourn.
To mark a friend's remains these stones arise;
I never knew but one—and here he lies.

(Cuando algún orgulloso hijo del hombre vuelve a la tierra, desconocido de la gloria, pero sostenido por el nacimiento, el arte escultórico agota la pompa del dolor, y urnas historiadas recuerdan al que está debajo. Cuando se ha hecho todo, sobre la tumba se ve, no lo que él era, sino lo que debiera haber sido. Pero el pobre perro, el amigo más firme en la vida, el primero en dar la bienvenida, y el primero en la defensa, cuyo honrado corazón es también el de su amo, que trabaja, pelea, vive, respira por él solo, cae sin honores — todo su mérito pasa desapercibido. — Tú, que acaso contemplas esta urna sencilla, pasa de largo; ella no honra a nadie que desees llorar. Para señalar los despojos de un amigo se levantan estas piedras; nunca conocí otro y aquí yace).

La inscripción que precele a los versos, si recordáis, es antitética y punzante en extremo.

Cerca de este sitio
están depositados los despojos de uno
que poseía belleza sin vanidad,
fuerza sin insolencia
coraje sin ferocidad,
y todas las virtudes del hombre sin sus vicios.

Este elogio que sería adulación sin sentido si estuviese inscripto sobre humanas cenizas, no es sino justo tributo a la memoria de CONTRAMAESTRE, un perro.

Vuestro, etc. J. P. R.

CARTA XLVII

Al señor J. G.

Licencia para salir del Paraguay. — Audiencia importante. — Francia hace digresiones sobre Sud América y la unión entre el Paraguay e Inglaterra. — Encargos del Cónsul. — El Cónsul y su ministro de Hacienda.

Londres, 1838.

En un mes mi hermano conocía a todos los naturales de Asunción; y como por mi parte había largo tiempo acariciado la idea de un viaje a Inglaterra, determiné en dos meses más dejarlo al frente de nuestros negocios en el Paraguay.

Pero el puerto de Asunción estaba clausurado nuevamente para toda salida; y para realizar mi viaje, era necesario recurrir al favor especial del Cónsul Francia.

Di todos los pasos necesarios para conseguirlo y, pasadas pocas semanas en maniobras, con permiso especial extendido por él mismo fuí autorizado a dejar un lugar herméticamente sellado para la salida de los demás. Su objeto en haber sido hasta aquí tan benévolo y otorgarme el mayor favor que podía conceder, al fin fué visible y confesado. La entrevista en que me reveló los secretos proyectos de su corazón, se caracterizó por tanta candidez, al mismo tiempo que demostró ignorancia tan completa de las formas y ceremonial diplomático, que la narraré en substancia y casi con sus mismas palabras.

Había manifestado a Francia mi intención de seguir de Buenos Aires para Inglaterra, si era posible. Era su anhelo más vehemente lo hiciera así y veréis por sus vistas, tal como él las exponía, cuán magnas perspectivas estaban grabadas en su mente y qué proyectos gigantescos cuchicheaban ya en su ocupado cerebro, dando por sentado que sería capaz de unir en alianza

Digitized by Google

ofensiva y defensiva, el Imperio de la Gran Bretaña con la República del Paraguay.

"Su Señoría el Cónsul", dijo un joven alférez enviado del Palacio por Francia, "Su Señoría el Cónsul desea hablar inmediatamente con usted."

Salí con el ayudante. Cuando llegué a palacio fuí recibido por el Cónsul con más bondad y afabilidad que de ordinario. Su aspecto se iluminaba con expresión casi vecina a la jovialidad; su capa mordoré colgaba de sus hombros en graciosos pliegues; parecía fumar su cigarro con desacostumbrado deleite; y contra su costumbre de encender una luz en su humilde salita de audiencias, esa noche alumbraban dos de las mejores velas de baño. Dándome la mano muy cordialmente, "siéntese, señor don Juan", me dijo. Luego arrastró su asiento cerca del mío y expresó su deseo de que escuchase muy atentamente lo que tenía que decir. Se dirigió a mí del modo siguiente:

"Usted sabe cuál ha sido mi política con respecto al Paraguay; que lo he mantenido en un sistema de incomunicación con las otras provincias de Sud América, e incontaminado por aquel malvado e inquieto espíritu de anarquía y revolución que, más o menos, ha asolado a todas. El Paraguay está en condición más "pingüe" que cualquiera otro país en su derredor; y mientras aquí todo es orden, subordinación y tranquilidad, desde el momento en que se pasan sus fronteras, el estampido del cañón y el son de la discordia hieren los oídos y como puede preverse, estas disensiones paralizan la industria y alejan la prosperidad del suelo. Ahora, ¿de dónde nace todo esto? Pues, de que no hay hombre en Sud América, fuera del que habla, que comprenda el carácter del pueblo y que sea capaz de gobernarlo. Se clama por instituciones libres; pero los únicos fines que se persiguen son el engrandecimiento personal y la expoliación. Los porteños son los más veleidosos, vanos, volubles y libertinos de todos los que fueron dominios españoles en este hemisferio; y por consiguiente, he resuelto no tener nada que hacer con ellos. Mi deseo es fomentar las relaciones directamente con Inglaterra; de modo que cualesquiera sean las disensiones que distraigan a los demás estados, y cualesquiera sean los impedimentos que opongan al comercio y navegación, esos estados serán los únicos que sufran. Los barcos de la Gran Bretaña, surcando triunfalmente el Atlántico entrarán en el Paraguay; y en unión con nuestras flotillas desafiarán toda interrupción del comercio desde la desembocadura del Plata hasta la laguna de los Xarayes. Su gobierno tendrá aquí ministro, y yo tendré el mío en la corte de Saint James. Sus compatriotas comerciarán en manufacturas y municiones de guerra y recibirán en cambio los nobles productos de este país."

A esta altura del discurso se levantó de su silla con grande agitación y manifiesto deleite y, llamando al centinela de la puerta, ordenó viniera el sargento de guardia. Al aparecer esta persona, el doctor le dirigió una mirada perentoria y significativa y le dijo enfáticamente traer "esos"; el sargento se retiró y antes de tres minutos volvió con cuatro granaderos que lo seguían, llevando con asombro mío, entre ellos,, un petacón de tabaco de doscientas libras de peso, un bulto de yerba de iguales dimensiones y exterior, una damajuana de caña paraguaya, un gran pilón de azúcar y muchos paquetes de cigarros atados y adornados con cintas variopintas. Por último, vino una negra vieja con algunas

Digitized by Google

muestras de tiras bordadas de algodón paraguayo y usadas allí por los lujosos para toallas y paños de afeitar.

Pensé que esto implicaba mucha bondad y consideración; pues aunque no podía menos de admirar la ostentación algo bárbara en el modo de hacer regalos, sin embargo, nunca dudé que los productos naturales acumulados ante mí significaban una muestra de consideración por parte del Cónsul al despedirme. Juzgad entonces mi sorpresa (veréis que no puede decirse chasco) cuando, después de ordenar a sus soldados que salieran con un "váyanse", rompió en el siguiente tenor:

"Señor don Juan, éstos no son más que unos pocos de los ricos productos de este suelo y de la industria e ingenio de sus habitantes. Me he tomado algún trabajo para proporcionar a usted las mejores muestras que el país produce de diferentes clases de artículos; y por esta razón, usted va a Inglaterra; usted conoce qué clase de país es éste y qué clase de hombre soy. Sabe en qué extensión ilimitada estos productos pueden obtenerse en este (puedo llamarlo así) Paraíso del mundo. Ahora, sin entrar en discusión sobre si este continente está maduro para las instituciones populares (pienso que no) no puede negarse que, en un país viejo y civilizado como la Bretaña, donde estas instituciones han invalidado gradual y prácticamente (no en teoría) formas de gobierno originariamente feudales hasta haberse traducido por fuerza en sanción legislativa, proporcionalmente al progreso en la educación de la mayoría, son las más adaptadas para conseguir la grandeza y estabilidad de una nación. Y que Inglaterra es gran nación y que su pueblo está unido como un solo hombre en todas las cuestiones de importante interés nacional, es innegable.

"Ahora, deseo que tan pronto llegue a Londres se presente a la Cámara de los Comunes: tome consigo estas muestras de productos paraguayos; solicite ser oído desde la barra; e informe a la asamblea que usted es diputado por don Gaspar Rodríguez de Francia, Cónsul de la República del Paraguay, para poner ante ella estos productos de aquel rico país. Dígales que yo lo he autorizado para invitar a Inglaterra a cultivar relaciones políticas y comerciales conmigo; y que estoy listo y ansioso de recibir en mi capital, y con toda la deferencia debida a las relaciones diplomáticas entre naciones civilizadas, un ministro de la Corte de Saint James; también yo nombraré un enviado mío ante aquella Corte."

"Este tratado de alianza política y comercial puede entonces estipularse en cuanto convenga a la dignidad e intereses del grande imperio británico y a los del naciente estado que gobierno. El Paraguay será la primera República de América, como la Gran Bretaña es ya la primera de las naciones europeas. La alianza parece, por consiguiente, natural; y cuán benéfica para el estado europeo, Vd., señor don Juan, puede plenamente ilustrar y explicar."

Tales fueron los términos, y casi las palabras, con que Francia manifestó sus vistas y aspiraciones respecto a la alianza con la Gran Bretaña. Podéis imaginarlo, quedé atónito ante la idea de ser nombrado ministro plenipotenciario, no ante la corte de Saint James, sino la Cámara de los Comunes. Se me recomendó especialmente no entrevistame particularmente con el jefe del ejecutivo, "porque — decía Francia — sé bien cuán inclinados son los grandes hombres de Inglaterra, si no temen la responsabilidad ante la Cámara de los Comunes, a tratar cuestiones, aun tan importantes como ésta, con ligereza y desprecio".

Digitized by Google

"Preséntese usted mismo", proseguía, "en la barra de la Cámara y allí transmita mi mensaje, como los antiguos embajadores de estados independientes transmitían los suyos al senado romano. De acuerdo con la recepción que le hagan al paisano y, en consecuencia, libre de la sospecha de atestiguar en mi favor, será el "acogimiento" que otorgaré al embajador británico en esta República."

Nunca en mi vida me enredé más en cuanto al modo de obrar o decir. Rehusar la quijotesca misión y así provocar inmediatamente el disgusto del Cónsul, y acarrear sobre mi desdichada cabeza las ruinosas consecuencias de ello, era alternativa horrible de pesar. No quedaba más que aceptar; y así lo hice, a despecho de la fuerte sensación de ridículo que me oprimía cuando me veía forzando la entrada en la barra de los Comunes; dominando, con media docena de changadores, al comisario del Parlamento; y entregando, a despecho de oposiciones y resistencias, a la vez los petacones de cuero con mercaderías paraguayas y el discurso, *verbatim*, del primer Cónsul. Pero Asunción estaba muy lejos de Saint Stephen. Por consiguiente, asentí a la propuesta de Francia, y confié en el capítulo de los accidentes para tener en oportunidad una disculpa aceptable por no haber podido entrar en la categoría que tan graciosamente me había preparado.

Habiéndome despedido, el sargento y los granaderos, pesadamente cargados, me siguieron hasta casa, donde no asombré poco al recién venido hermano, con la relación de la conferencia diplomática a que había sido citado. Hice desaparecer su escepticismo al respecto haciendo que los soldados descargasen a sus pies la grave prueba física, que evidenciaba la verdad de mi relato.

En una conferencia posterior. Francia preparó una larga lista de comisiones que yo debía desempeñar. Había de traerle galones de oro, sombrero tricornio, espadín, un par de pistolas de dos tiros, fajas de seda, sables, gorras de soldado, instrumentos musicales y matemáticos, con un larguísimo agregado de etcéteras. En cuanto a procurarme éstas, sin embargo, de ninguna manera tenía tantos recelos, como en lo tocante a persuadir al Presidente de la Cámara de los Comunes para que accediese a la liga política y comercial de que el Cónsul estaba tan posesionado.

Así quedaron los asuntos. Iba a hacerme a la vela dentro de una semana, con licencia exclusiva para exportar mi persona y bienes y entendido que, si seguía para mi país, intentaría establecer relaciones entre Inglaterra y Paraguay, lo que yo conseguiría tan probablemente como la junción de los planetas de nuestro sistema más remotos entre sí..

Ocurrió un incidente en nuestra conferencia, curiosamente ilustrativo del creciente despotismo, maneras abruptas y rudo desprecio de la urbanidad que Francia cada día se cuidaba menos de ocultar, siempre que su humor caprichoso estaba en oposición con lo que hacían o decían quienes le rodeaban. No se preocupaba de cuán inconscientemente la falta podría *darse*, era bastante que fuera *tomada*. No se detenía en averiguar si era resultado de la ignorancia, o aun de bien entend'da deferencia y asiduidad. Su temperamente ictérico e irritable al momento procuraba dar salida a su esplín; e inocentes o cu'pables eran lo mismo inmolados en el altar de su capricho. En el caso a que me he referido, mientras Francia se explavaba sobre su proyectada alianza con la Gran Bretaña, el centinela anunció que estaba en el pasillo el ministro de Hacienda. Este empleo

Digitized by Google

estaba entonces unido con el de director de aduanas, aunque el doble funcionario no era más que un amanuense del Cónsul. Era deber y práctica diaria del ministro de Hacienda presentarse a cierta hora, en el pasillo del altanero doctor, para dar cuenta de las novedades del día, al mismo tiempo que recibir instrucciones para el siguiente. La hora de esta acostumbrada entrevista Francia la empleaba ahora en descubrirme sus proyectos soñados despierto, mucho más preñados de importancia para él que la relación rutinaria de las entradas y salidas diarias de Tesorería; aunque, en circunstancias ordinarias, ésta se exigía, hasta del último maravedí, con escrupulosa e inquisitorial severidad.

"El señor tesorero aguarda". dijo el centinela. "Que aguarde" replicó el Cónsul. Dos horas el Cónsul me arengó, y explicaciones subsiguientes lo ocuparon; y cuando, al terminar, me vió salir escoltado por granaderos con los petacones de tabaco y yerba sobre las espaldas, el tesorero todavía se paseaba en el corredor del palacio y, esperaba, como se le había ordenado, las órdenes de su amo. Viendo salir a Francia, el ministro de Hacienda se le acercó y quitándose el sombrero con el máximo respeto, le preguntó si esa noche rendiría las cuentas. "Llévenlo a la guardia", dijo el imperioso déspota. "¿No le dije al bribón de esperar? y ahora me viene con preguntas."

Marchó al cuerpo de guardia el ministro de Hacienda, y allí, sobre un cuero crudo de novillo, en compañía de soldados, fué obligado a rumiar toda la noche sobre el peligro de interrumpir las conferencias del Cónsul, aun con el propósito de recibir las cuentas de su mayordomo.

Tal era entonces el estado de los asuntos; tan singular, tan anómalo, que yo, aunque el más favorecido y menos sospechado del país, me hallé verdaderamente feliz con la perspectiva de escapar a la mirada celosa y al caprichoso gobierno del hombre que estaba empollando huevos de basilisco, de los que surgiría una progenie de males de Pandora para desolar a su país, sin el legado de la esperanza, siquiera para aliviar la angustia de sus aterrorizados y paralizados vasallos.

Una quincena después de mi conferencia con Francia dejé la República para Buenos Aires, y desde allí realizar mi regreso a Inglaterra. Cuando llegué al último lugar, sin embargo, encontré que no sería posible; y aun a costa de abandonar mi misión diplomática ante la Cámara de los Comunes, me preparé para volver al mismo Paraguay.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA XLVIII

Al señor J. G.

(G. P. R. CONTINUA)

Asunción. — Relaciones amistosas con los habitantes. — Desarrollo del carácter de Francia. — Anécdotas.

Londres, 1838.

Mi hermano os ha informado que transcurridos tres meses desde mi arribo, partió para Buenos Aires.

Digitized by Google

Estaba por entonces en pie de mayor o menor confianza con las principales familias y personajes de la ciudad y sus cercanías. Parecía ser el bienvenido doquiera se me ocurriese visitar. Todas las rivalidades por nuestro carácter y operaciones comerciales habían desaparecido; y en verdad, lejos de mostrarse ningún sentimiento de esa clase, los bondadosos habitantes, con innumerables pequeñas manifestaciones personales de atención y cortesía, demostraban evidente deseo de hacerme agradable la residencia en el país.

Como era mi intento permanecer algunos años en Asunción, cultivaba asiduamente de mi parte buena y franca relación con todos—españoles y paraguayos; y continuando mis tratos con la liberalidad que mi hermano siempre había cuidado de poner en los suyos, retribuía, en lo posible, la cordialidad con que era recibido en todas partes.

Había dos o tres familias muy agradables en la ciudad y algunos hombres realmente bien instruídos con quienes intimé más que con la generalidad. Al mismo tiempo, la vigilancia política que a la sazón penetraba más y más cada día en el mismo seno de la vida doméstica, hacía absolutamente necesario que mi relación con los que me rodeaban fuese en términos abiertos y generales; tales que alejasen toda sospecha de que ni remotamente me mezclase con los temores y desconfianzas que ya se alimentaban en muchos lados, del entonces todopoderoso doctor Francia.

Este hombre extraordinario había sido, desde que llegué, objeto del máximo interés para mí, aun en sitio tan lleno de atractivos para el extranjero como el Paraguay. Había venido directamente de Inglaterra, donde está afirmada la monarquía, a un país que profesa el republicanismo más puro. Pero, así que empecé a penetrarme del régimen de Francia, se disiparon muchas de mis ilusiones sobre la libertad sudamericana. Quien se adelante al futuro podrá leer por el gobierno de Francia cuán vacío y engañador sea un mero nombre. En Inglaterra tenemos monarquía; pero felizmente basada en instituciones libres. En el Paraguay se ufanan de la forma republicana de gobierno; pero la despótica voluntad de un solo hombre gobernaba y esclavizaba a la comunidad en conjunto.

Con este jefe déspota entré súbitamente en intimidad; mi suerte, hasta cierto punto, estaba en sus manos; y sin comprometer mi carácter, había de gobernar y guiar mi conducta, como para conservar la buena voluntad, ya que no obtener el favor del todopoderoso Cónsul.

Gradualmente obtuve la misma confianza que había dispensado a mi hermano. Es circunstancia digna de anotar que, durante toda nuestra permanencia en Asunción, nunca supimos que permitiese la mínima familiaridad a cualquiera otra persona respetable. En efecto, estoy seguro de que no tenía (en aquella época) confianza alguna sino en nosotros. Nunca, en todo mi trato con él, encontré en su casa un tercero a quien le fuera permitido sentarse, o mezclarse en nuestra conversación. Cualquiera interrupción de nuestro *tété-a-tété* era casual. El Cónsul no invitó a nadie meramente para visitarle (en cuanto supe) durante mi permanencia excepto a mí.

Mi posición peculiar, por tanto, más que la simple curiosidad, me llevó a estudiar de tan cerca como pude el carácter de Francia. Sus actos públicos eran visibles; pero necesitaba en

Digitized by Google

lo posible, obtener por los resortes de su acción—impulsos, pasiones, o principios que lo guiaban,—el conocimiento que sólo podía habilitarme para formar concepto justo y cabal del hombre que, cada día era más claro para nosotros, iba a ejercer la influencia que quisiese sobre los destinos de toda alma viviente en el Paraguay.

El padre de Francia, según él mismo afirmaba, era francés; pero generalmente se creía que fué un portugués que, habiendo emigrado del Brasil, se había internado y finalmente establecido en las misiones paraguayas. Allí casó con criolla, por quien tuvo familia bastante numerosa. José Gaspar era el primogénito y nació alrededor de 1758.

Al principio el joven Francia fué destinado a la Iglesia y recibió rudimentos de educación en cualquiera escuela conventual de Asunción. Después fué enviado a la universidad de Córdoba del Tucumán. No sintiendo ninguna afición por la teología, se cambió, en el colegio, a la jurisprudencia y se graduó de doctor en derecho, con gran brillo.

Volviendo a Asunción que, desde entonces nunca abandonó, ejerció su profesión; y como agudo legista y elocuente abogado pronto no tuvo competidor. Su integridad intrépida le ganó el respeto de todos. Jamás defendería una causa injusta, mientras estaba siempre pronto para patrocinar al pobre y débil contra el rico y fuerte.

Pero sus maneras eran generalmente, y en especial para sus paisanos, esquivas y altaneras; estudiaba constantemente; y evitaba la sociedad. Nunca se casó; sus intrigas ilícitas eran a la vez ruines y tímidas; no tenía amigos; miraba con glacial desdén a todos los que lo rodeaban; y de este modo, gradualmente, llegó a aquella austeridad de complexión e inflexibilidad de carácter que tan vigorosamente marcaron su carrera en su vida posterior.

Francia era vengativo, cruel e inexorable. Estos eran los detestables, pero salientes rasgos de su carácter. Además, no solamente nunca perdonaba una injuria, real o supuesta; señalaba como víctimas a todos aquellos que él creía, en su mente, opositores secretos de su tiranía; y siempre que éstos eran sentenciados en los recesos siniestros de su envidioso y desconfiado corazón, su destrucción, tarde o temprano, se producía invariablemente.

Diciendo esto, estoy anticipando la vida de Francia. Como se os ha dicho, empezó a mostrar su crueldad, cautelosamente, paso a paso; casi imperceptiblemente cuando se consideran los grados de creciente severidad con que aquella crueldad se marcó. Hasta que salí del Paraguay, aunque Francia había ejercido un año de dictadura, a nadie había condenado a muerte.

Pero fué, como he dicho, vengativo, cruel, implacable desde el mismo principio de su carrera. Dos o tres anécdotas de la primera parte de ella ilustrarán completamente la verdad de esta afirmación.

Muchos años antes de ser hombre público, Francia riñó con su padre, aunque creo éste no tenía razón. No se hablaron, no se vieron durante años; al fin, el padre cayó postrado en el lecho de muerte, y antes de rendir la grande y última cuenta, deseaba vivamente quedar en paz con su hijo José Gaspar. Se le hizo saber esto, pero rehusó la intentada reconciliación. La enfermedad del anciano se agravó por la obstinación del hijo y, en verdad, se horrorizaba de dejar el mundo sin efectuarse el

Digitized by Google

mutuo perdón. Consideraba que su alma peligraba manteniendo enemistad con su primogénito. Nuevamente, pocas horas antes de exhalar el último suspiro, consiguió que algunos parientes de Francia fuesen a él y le implorasen recibiera la bendición de su padre moribundo; rehusó: le dijeron que su padre creía que su alma no llegaría al cielo si no partía en paz con su hijo. La naturaleza humana se estremece con la respuesta del hijo: "Entonces díganle a mi padre que no me importa que su alma vaya a los infiernos". El anciano murió delirando y llamando a su hijo José Gaspar.

Poco después que Francia se hiciera dictador; cuando en su acostumbrado paseo a caballo hasta el Cuartel, en las afueras de la ciudad, pasaba por la puerta de un español llamado don José Carísimo, su caballo tropezó ligeramente al cruzar un albañal algo deteriorado. El Dictador mandó decir a Carísimo que lo compusiera; pero por algún motivo la compostura no estaba hecha cuando Francia volvió a pasar el día siguiente. En llegando al Cuartel, ordenó que Carísimo, quien aunque no rico, era caballero anciano muy respetable, fuese llevado a la cárcel común, de la que se le dijo saldría en libertad cuando pagara multa de diez mil pesos, o dos mil libras esterlinas. Carísimo no tenía dinero y su familia esperaba que en breve el Dictador, viendo que la falta era tan insignificante, se compadecería. No conocían todavía al hombre. El anciano Carísimo era corpulento y los grillos le entraron en las carnes. Se le informó de esto a Francia. "Entonces", dijo, "se le permite comprar unos más grandes para él", y en consecuencia, a la desdichada esposa del preso se le permitió llenar la triste misión de mandar hacer los grillos del marido. Los diez mil pesos, finalmente, se reunieron por los amigos de Carísimo y se entregaron a Francia, y entonces el preso fué puesto en libertad.

El propietario de la casa en que vivíamos, don Pascual Echagüe, era santafesino, pero casado con una dama paraguaya de buena familia, y arraigado en Asunción. Una mañana apareció un pasquín contra el Dictador, pegado en la pared de la casa habitada por nuestro propietario con su familia; suponer que Echagüe mismo lo hubiera pegado allí era monstruoso y absurdo. Sin embargo, el mismo día fué puesto en prisión y cadenas. Su infeliz esposa, después que su marido había languidecido algunos meses en confinamiento solitario, obtuvo del Dictador que la recibiese. Se arrojó a sus pies. Sus lágrimas y sollozos no le permitían hablar. "Mujer", dijo el áspero e inconmovible tirano, "¿qué necesita usted aquí?" "¡Mi marido! ¡oh mi marido!" era todo lo que la desdichada podía articular. Francia entonces, dirigiéndose a su guardia, dijo:—"Ordene le pongan otra barra de grillos, y otra más, cada vez que esta mujer loca se me acerque." El infeliz esposo, como muchas otras víctimas, murió en la cárcel encadenado.

La palabra de Francia era ley más irrevocable que la de los Medos y Persas.

Un maestro calafate de nombre Zuluaga, porteño, se ocupaba en construirme un barquito. Una tarde, mientras yo examinaba el progreso del trabajo, llegó una orden del Dictador a Zuluaga, para que buscase media docena de tablones que se necesitaban no sé para qué obra del Gobierno. "Puedo hacerlo en la mañana", me dijo, pues estaba muy interesado en aquel momento en mostrarme todas las bellas líneas de la embarcación.

Digitized by Google

Le recomendó cumpliese la orden del Dictador inmediatamente, pero se demoró.

Temprano la mañana siguiente fué llamado por el Dictador y preguntado si había elegido la madera que precisaba. Zuluaga justamente iba a procurarla, según dijo. "Señor", dijo el Dictador impacientemente, "usted es miembro inútil de la sociedad, pues no sirve a la patria. Déjela dentro de veinticuatro horas." El hombre se había casado y establecido en el país, hacía años, y tenía negocios importantes. "Señor Excelentísimo", empezó; pero Francia dió una patada en el suelo, y añadió severamente: "Salga de la República en veinticuatro horas, y de mi presencia al momento." Esposa, hijos, obra, propiedad, todos fueron abandonados; y en veinticuatro horas Zuluaga estaba en camino de Corrientes, para no volver más al Paraguay.

Estos incidentes domésticos quizás os pintarán más claramente que el mero delineamiento abstracto la cruel, insensible y despiadada naturaleza del hombre. Su ambición era tan ilimitada como su crueldad.

Sus talentos naturales eran superiores a los que habían sido desplegados por cualquiera de sus paisanos, en su capacidad pública o privada. Su educación era la mejor que se podía obtener en Sud América; y la había mejorado mucho por el anhelo de aumentar sus conocimientos generales. Tenía noción exacta de la índole del pueblo paraguayo. Los sabía dóciles, sencillos, ignorantes, fácilmente conducidos al bien o al mal y sin valor moral o físico para resistir la opresión. Era sagaz, astuto, paciente y perseverante. No admitía ningún principio moral o religioso que se opusiera a sus planes; su fin era la dominación absoluta e imperativa; y al usar los medios para alcanzarla, estaba preparado a afrontar sin temor la perpetración del crimen o imponer sin piedad y sin remordimiento todos los sufrimientos que la naturaleza humana soporte.

Estos eran los detalles elementales del carácter del gobernante y de los gobernados; y con esto ha sido sostenida veintinco años la extraordinaria tiranía, bajo la cual, durante todo ese tiempo, el Paraguay ha gemido.

Vuestro, etc. G. P. R.

CARTA XLIX

Al señor J. G.

ELECCION DE FRANCIA PARA LA DICTADURA

Medidas iniciales. — Anécdota de Yegros, el segundo Cónsul. — Maniobras de Francia. — Institución de su sistema de espionaje. — El espía Orrego. — Naturaleza de mis entrevistas con Francia. — Sus conversaciones. — Su manejo con sus paisanos. — Sus hábitos. Reunión del Congreso. — Francia elegido Dictador.

Londres, 1838.

Durante los últimos cuatro meses del Consulado de Francia y Yegros, éste no participó absolutamente del Gobierno, mientras el primero no solamente monopolizaba todo el poder ejecutivo, sino que maniobraba activa aunque secretamente, para llevar a cabo, con todas las apariencias legales lo que había ya determinado se realizaría a cualquier precio—su nombramiento de Dictador de la República.

Digitized by Google

Yegros, estanciero ignorante aunque dignificado con los títulos de Cónsul y general de los ejércitos de la República, no podía de ningún modo competir con Francia; y gradual y tranquilamente se resignó a la obscuridad en que el primer Cónsul había resuelto mantenerlo.

Encontré dos o tres veces a Yegros en casa de Gobierno antes de terminar su consulado; pero entonces no mostraba sino una tímida deferencia por Francia. Yegros entendía en ralidad tanto de asuntos de estado como el último tinterillo de gobierno que Francia utilizaba en aquel tiempo. De su completa ignorancia, nos dió, a mi hermano y a mí, en presencia de Francia, un ejemplo divertido.

Habíamos recibido carta de Buenos Aires y transmitíamos al Cónsul las últimas noticias de Europa. Mencionamos entre otras que el emperador Alejandro había entrado en la alianza contra Napoleón y que muchos barcos cargados de armas y municiones de guerra habían zarpado de Inglaterra para Rusia. "¡Malhaya!" dijo Yegros, después de pensar un momento, "¡Malhaya soplara un viento sur largo y recio que trajese todos estos buques aguas arriba!"

Yegros imaginaba que si el viento sur se mantenía bastante tiempo, obligaría a todos los barcos destinados para el Báltico a remontar el Paraguay y arribar al puerto de Asunción.

"Consideren", dijo Francia cuando su "compañero", como le llamaba, salió, "si este animal, este idiota puede gobernar la República".

Francia continuaba ejercitando, vistiendo, lisonjeando, cohechando y aumentando sus tropas, principalmente los cuarteleros. Mantenía la economía más rígida en todos los Departamentos del Estado; y atesoraba las rentas muy ligeró. Animaba a la clases inferiores a esperar de él favores y empleos; y sembraba discordia y recelo en el círculo distinguido de la sociedad por todos los medios clandestinos de que podía echar mano.

Instaló un sistema de espionaje que diariamente aumentaba y se ramificaba, con el que, al fin, separó y alarmó a todas las familias de Asunción, de tal modo que la población íntegra se convirtió en fácil presa de los terrores que la fugitiva vigilancia de sus movimientos les inspiraba.

Tuve, sin saberlo Francia, oportunidad de observar la manera de hacer espiar las acciones de aquellos que temía o sospechaba, y que gradualmente fueron víctimas de sus desconfianzas.

El principal reconocedor de yerba en Asunción era un pulpero llamado Orrego. Era hombrecito alegre y de buen humor que no pasaba la estatura de cinco pies, con cuerpo rollizo, cara risueña y redonda, y aspecto de fácil indiferencia y sencillez que lo hacía creer completamente incapaz de superchería o engaño. Acostumbraba a usar un pañuelo charro atado a la cabeza, con un sombrerito ordinario en la corona. El calador, con que agujereaba y extraía muestras de los tercios, lo tenía siempre en la mano, y andaba por todo charlando, en busca de ocupación, recibido por todos y por nadie sospechado.

Como teníamos más negocios que casi todos los otros comerciantes juntos, Orrego era constantemente empleado por nosotros y dependía de eso gran parte de su renta.

El hombrecito, descubrí, era uno de los principales espías

Digitized by Google

de confianza de Francia. Viendo el favor que yo abiertamente gozaba ante Francia y sabiendo que no lo traicionaría, no pudo menos de vanagloriarse conmigo de la intimidad secreta que le era permitida con el Cónsul. Era "reconocedor del Gobierno" y esto alejaba toda sospecha que pudiera despertar, por vérlo frecuentemente con Francia.

El pequeño Orrego, cuando su pulpería estaba llena de gente baja, arengaba con elocuentes tiradas en guaraní en elogio del "Carai Francia", y cuando recorría los depósitos, almacenes y tiendas de los mejores ciudadanos, escuchaba todo lo que se decía del Cónsul sin aparentar oir una sola palabra. Mientras se conversaba, he visto al hombrecito montado en un tercio de yerba golpeando la dura substancia que tenía debajo, con su calador, medio silbando, medio susurrando algún aire, ajeno en apariencia a todo lo que pasaba y, sin embargo, bebiendo toda palabra que se decía a su alrededor.

"Pero Orrego", le dije un día, "espero no traicionará a sus amigos". Se atrafagó y pareció inquieto. "Ah", dijo, "el Carai Francia es hombre de muy difícil trato. Hago lo posible por dejar andar las cosas tranquilamente; pero no me atrevo a *engañar* al Cónsul. Tiene muchos otros empleados y *no sé quiénes son* si por cualquiera de ellos yo fuese sorprendido en falsedad o en nada semejante a equivocación, usted sabe cuál sería el resultado para mí". Yo sabía en verdad demasiado ciertamente que el resultado sería la cárcel y cadena perpetua.

Orrego era un hombrecito intrigante aunque de buen corazón; y os apercibiréis qué admirable instrumento era para lograr fines tenebrosos como los del primer Cónsul. La mayor parte de los espías creo eran escojidos con la misma observación sutil del carácter, más particularmente cuando se forma en el Paraguay.

Cuando estaba en compañía de Francia, rara vez o nunca me dejaba ver el lado obscuro de su carácter. Lo visitaba por la mañana temprano cuando tenía que tratar cualquier asunto con él. Mis visitas por la noche eran siempre a su llamado. Antes de la dictadura, el mensaje, invariablemente transmitido por un oficial de la guardia, era "Suplica el señor Cónsul que vaya usted a casa de Gobierno". Y después que se hizo dictador era, "Manda el Supremo que pase usted a verlo".

Siempre me recibía con grande urbanidad, en su cuartito obscuro y triste, al extremo de un corredor bajo y negro. Una vela de sebo generalmente se hallaba sobre una mesita redonda de un pie, a la que no podían sentarse más de tres personas. Esta era la mesa de comer del señor absoluto de aquella parte del mundo. Mate y cigarros alcanzados por una negra vieja y mal vestida o por un negro, únicos sirvientes de Francia, eran el refrigerio a que me invitaba. Una vez le envié media docena de botellas de cerveza (que era más altamente estimada por mí en Asunción que por vos media pipa de Lafitte en Inglaterra) y tres días después, haciendo una visita a Su Excelencia, la primera botella que había sido destapada, medio llena y sin corcho, fué traída y una copa de vino se llenó con "agrio puro" de Meux y me fué ofrecida. Dije a Francia que nosotros bebíamos la cerveza en vasos sin pie y que una vez descorchada la botella debía concluirse. Francia se sonrió: "Cref", dijo, "que estaba más bien agria hoy en la comida; pero venga, vamos a beber una botella al modo inglés".

Su comida se componía generalmente de dos platos ordina-

Digitized by Google

rios; o de uno con un poco de caldo; y agua era su bebida. Una mañana su alimento frugal fué puesto sobre la mesa antes de haberme despedido. Tomé mi sombrero. "No le pido", dijo el Dictador con alguna consideración por mi comodidad' "no le pido haga penitencia" porque sé que una buena y substanciosa comida y abundante vino cada día son indispensables para un inglés".

La conversación de Francia era principalmente sobre política; y él mismo era el centro de la perfección a que sus observaciones apuntaban. Si se refería a temas científicos o literarios, era también para jactarse de algún conocimiento suyo. Su vanidad, bajo fina epidermis de disimulada indiferencia por la fama y el aplauso, manaba en cada palabra que pronunciase. Su gobierno, su sagacidad política, sus conocimientos, constantemente los comparaba con los de otros, y con la misma constancia en su ventaja. El Paraguay era una Utopía real y Francia el Solón de los tiempos modernos.

Hablaba desdeñosamente de toda Europa con excepción de Inglaterra. Paraguay e Inglaterra—Inglaterra y Paraguay—; éstos eran los dos países ilustrados que deseaba ver unidos, como los hermanos siameses, firme e irrevocablemente.

No podía oir hablar de la celebridad, gloria y renombre de ningún sudamericano que no fuese él mismo. El general San Martín, grande y honrado campeón de la independencia sudamericana, y el general Alvear, por entonces venturoso y enérgico jefe de los éxitos de Buenos Aires, eran mortalmente odiados por él. Solamente cuando hablaba de ellos yo solía ver toda la maldad de su carácter. Siempre comenzaba sus discursos sobre estos sus célebres contemporáneos con desdén afectado y amargo; pero invariamente concluía con declamación violenta y apasionada.

Cuando no lo ocupaban temas sudamericanos, las maneras de Francia eran agradables, a menudo jocosas. Sin duda sentía un alivio en tener alguien que se colocase a su mismo nivel—uno que *no le temiese*. Todos los otros seres vivientes de Asunción le temían. A veces mientras conversaba conmigo, su guardián le anunciaba visitantes; frecuentemente eran despedidos, algunas veces recibidos. En el último caso Francia asumía una expresión fría e inflexible. Se ponía de pie erguido. El agachado postulante venía a la puerta. "¿ Qué quiere?", Francia decía abrupta y desagradablemente. El pedido era expresado temblando, o con profunda reverencia. "Bien, retírese".

El intruso podía retirarse, por tanto, muy feliz de escapar a la presencia del altanero Cónsul; y entonces se dirigía a mí y continuaba con la palabra (1).

Acostumbraba a decir—no sé si el dicho era copiado u original—que creía que todo paraguayo necesitaba un hueso atrás del pescuezo, pues nunca conoció a ninguno que mantuviese alta la cabeza.

Francia rara vez permanecía sentado mientras hablaba. Paseaba por el cuarto con su cigarro o se paraba delante de mí, cuando yo estaba sentado, y de este modo planteaba sus proposiciones o apuraba sus argumentos.

Antes de ser Dictador había adoptado la costumbre, que después regularmente conservó, de ir a caballo desde la Casa de Gobierno al Cuartel en las afueras de la ciudad. Como si no fuera ex-

(1) Francia solía fastidiarse mucho del abyecto temor con que sus paisanos estaban delante de él, pero que él mismo había producido.

Digitized by Google

cepción del carácter que atribuía a sus paisanos de tener pescuezos defectuosos, siempre cabalgaba con la cabeza inclinada sobre el pecho. Le acompañaban algunos de sus cuarteleros, pero iba en triste silencio y rara vez contestaba al saludo de los que encontraba. Regresaba a la puesta del sol de la misma manera taciturna.

He creído que estos ligeros detalles de los hábitos de Francia en la época que lo conocí podrían entreteneros y servir también como punto de partida para poder trazar su siniestra y despótica carrera durante la Dictadura.

Como el Consulado doble expiraba en octubre de 1814, Francia tomó medidas para convocar un nuevo Congreso alrededor de aquella fecha. Los partidarios de Yegros y Caballero estaban ya muy desanimados; la incesante energía con que Francia y sus secuaces se habían preparado para dar el golpe de gracia a la libertad del Paraguay, no les dejaban ninguna duda de su fracaso.

Francia propuso—y como consecuencia necesaria así se resolvió—que el nuevo Congreso se compondría del mostruoso y realmente risible número de mil diputados. Era diezmar el país de sus jefes de familia, traer aquel número de miembros del Parlamento para llenar sus deberes legislativos en la metrópoli; pero el *fiat* de Francia había sido pronunciado y la cosa debía hacerse.

En septiembre una abigarrada multitud empezó a dar creciente animación a las calles de Asunción. Como podría esperarse, más de la mitad de los caballeros del distrito y burgueses de ciudades más pequeñas, eran analfabetos—no usaban zapatos ni medias. Cada uno tenía caballo, pero no todos tenían chaquetas, mucho menos traje de gala, con que asistir a las recepciones del momentáneamente condescendiente Cónsul. Chaqueta blanca de madapolán, cortísima y excesivamente ajustada, chaleco bordado aun más corto que la chaqueta; calzones a la rodilla, de pana granate, con calzoncillos cribados que llegaban a los tobillos; faja de seda azul, como la usada por los saltarines ambulante; botas de potro abiertas en los dedos; grandes espuelas de plata en los talones; sombrerito ordinario cubriendo la mitad de la cabeza; e inmensa trenza de cabellos negros colgando sobre la espalda; tal era el singular atavío de muchos de los caballeros de la casa de los Comunes que Francia había convocado con el augusto propósito de establecer la Dictadura.

No creo hubiera cincuenta paraguayos (y ninguno afuera de Asunción) que supieran lo que significaba dictador. Presidente, Cónsul, Director, Protector y Dictador eran para ellos sinónimos del nombre pasado de moda de Gobernador, tal como fué constituído por la vieja España.

La ciudad de Asunción, si no me equivoco, había de elegir unos sesenta u ochenta diputados para representar sus complicados intereses en la Asamblea de los mil.

Había un enemigo mordáz, irreconciliable de Francia, con quien intimé. Fué mi compañero de viaje a bordo de la "Carmen", desde Santa Fe; y él y su familia (eran mis vecinos de puerta) habían sido en extremo bondadosos para conmigo. Se llamaba Manuel Domeque.

Entró en mi casa una mañana cuando yo sabía que los nombramientos para el gran Congreso estaban por salir. No hubo elección popular; el Gobierno preparó las listas y éstas se adoptaron, como cosa natural, por los municipales y otras autoridades locales.

Digitized by Google

Domeque estaba indignadísimo y no exento de alarma. "¿Qué cree que ha hecho este pícaro de Francia?", me dijo.

"Me ha nombrado a *mí* diputado al Congreso; ¡y no solamente a mí, sino a todos aquellos que considera sus más grandes enemigos en Asunción! ¿Qué vamos a hacer?"

Le aconsejé, pues me sentí alarmado respecto a su seguridad, aceptar el nombramiento y votar por Francia. El pobre Domeque vió, como yo, la necesidad de seguir mi consejo. Francia nombraba a sus enemigos porque sabía que tenía mayoría sin ellos o contra ellos. Si votaban por la Dictadura, él siempre se volvería a ellos para decirles que habían visto la conveniencia de investir a alguno con poder absoluto; que ese poder absoluto lo habían puesto en sus manos; y que era de su exclusiva cuenta decidir la manera de usarlo. Si votaban en contra, y él ganaba la jornada, todos eran hombres perdidos. Tarde o temprano Francia los destruiría uno por uno.

La influencia y mando del Cónsul en los distritos de campaña era ilimitada; de aquí su deseo de contrarrestar los votos de Asunción y de uno o dos pueblos más, con numerosos representantes de distritos rurales.

Otra razón para convocar esta abrumadora multitud de diputados, era que tres cuartas partes de ellos eran pobres y tenían familia que mantener. Estos hombres no podían costearse la permanencia en ciudades, aun con el magnánimo propósito de servir a la patria. La caridad, literalmente para ellos, empezaba en casa; y por tanto podría denominárseles diputados antidilatorios de las sesiones. Esto era lo que Francia deseaba. Necesitaba que se hiciese el trabajo efectiva, pero tranquilamente.

De los mil diputados, seiscientos o setecientos se juntaron, traídos a la ciudad por los comandantes—como el patán arrea sus cerdos por el camino—, viajeros remisos y gruñones.

Presencié muchas escenas graciosas de estos representantes. Nuestro nombre era, a la sazón, bien conocido en el Paraguay; nuestra confianza con el Cónsul se había divulgado; así tuve numerosas visitas de los honorables diputados a medida que se derramaban en la ciudad. La mayor parte, en vez de discutir político conmigo, empezaban por preguntarme cómo podrían colocar yerba y tabaco; todos estos legisladores primitivos habían traído consigo una corta cantidad de uno u otro o de ambos productos, para cubrir sus gastos en la ciudad. No tenían felizmente que pagar cuentas de elecciones. En la pura e incorruptible República del Paraguay no teníamos cuestiones electorales. El comprobante A o el comprobante B eran desconocidos en la tierra de los jesuítas; y la sola cuestión que perturbaba a los diputados elegidos por el gran pueblo paraguayo, era cómo podrían lograr buen precio del valor calculado de cien pesos de tabaco que habían traído para subsistir; hasta que se les permitiese regresar a sus distritos respectivos y propiedades paternas.

Se juzgó necesario reunir el Congreso en el templo de San Francisco, no habiendo otro local bastante amplio para la augusta asamblea.

Todo lo referente a forma, elección y etiqueta se estableció en dos reuniones preparatorias; y el 3 de octubre comenzaron las sesiones del Parlamento. Los debates fueron abiertos por el Presidente a las nueve de la mañana; no obstante las precauciones tomadas por Francia, empezaron a presentarse algunas dudas sobre la conveniencia de la Dictadura. Los servicios y habilidades

Digitized by Google

de Francia se apreciaron en los términos más elevados; en verdad, se le cargó con los elogios más extravagantes e hiperbólicos; pero se dudaba si la Dictadura serviría para su gloria tanto como un poder limitado por un Congreso Nacional. Sobre esto empezó a discutirse y siguió la agitación.

Fuí a la iglesia a medio día. Las puertas estaban cerradas, pero gran confusión parecía reinar adentro. Al fin uno de los diputados de chaqueta de madapolán salió enjugándose la frente y pareciendo sufrir mucho del calor de la iglesia o del debate.

"¿Cómo van las cosas, mi amigo?", dije al representante.

"Pues para decirle la verdad", replicó el honrado diputado, "éstos son asuntos que ni pretendo entender: pero si he de juzgar por los gritos, todo va bien".

A eso de las dos, cuando los representantes estaban aún en acalorado debate, Francia se impacientó, y muy delicadamente envió una numerosa guardia de honor para velar por los diputados. La tropa estaba bien armada y rodeó la iglesia. Este indicio fué bastante, aun para los diputados zoquetes en chaquetas de madapolán; además, la hora de comer había pasado y el hambre tanto como los bigotes de los cuarteleros apresuraron la decisión.

En esta coyuntura, uno de los más enérgicos partidarios de Francia se levantó y con voz estentórea reclamó silencio.

"Caballeros", dijo, "¿ por qué perdemos tiempo aquí? El Carai Francia desea ser absoluto, y yo digo (aquí golpeó la mesa con todas sus fuerzas); será absoluto".

El asunto se puso a votación, y por unanimidad Francia fué investido con la Dictadura por tres años.

El Congreso se disolvió al momento; los cuarteleros marcharon a la Casa de Gobierno con bandera desplegada; y Francia oyó con la maligna fisga del diablo en el rostro, que el Paraguay era suyo.

El populacho insensato celebró, con alegría y música y serenatas aquella noche, la resolución del Congreso. ¡Ay! los hondos sollozos y gemidos de quienes estaban destinados a ser pronto abandonadas viudas y desgraciados huérfanos—los tristes suspiros de los presos y los lamentos de aquellos cuya sangre, antes de mucho, iba a regar las calles de Asunción—debían solo haber anunciado que Francia era Dictador del Paraguay.

Vuestro, etc. G. P. R.

CARTA L

(Esta carta y las cinco siguientes corresponden respectivamente a los números II y del V al IX de *Francia's Reign of Terror*).

G. P. R. al señor Tomás Fair.

Los besamanos de Francia. — Su condescendencia. — Cambio de maneras y costumbres. — Asume el título de supremo. — Creciente austeridad. — Paralización del Comercio. — Martínez, el secretario de Estado. — Arenga a los españoles. — El Pelado. — El clero. — Elevación del P. Montiel.

Londres, 1838.

La primera serie de estas cartas, dirigidas a nuestro amigo Gilfillan, ha sido hasta aquí tan favorecida por el público que garantiza la inserción de vuestro nombre completo al frente de la

Digitized by Google

segunda serie sin perjuicio de vuestra reputación. Cuando constato que fuisteis nuestro socio en Buenos Aires largo tiempo—, que, como tal, estuvisteis ligado a nosotros durante todo el curso de nuestras aventuras en el Paraguay,—y que una amistad continua de veinticinco años, nos ha vinculado sobre fundamentos más elevados y duraderos que los de una coincidencia de intereses materiales—, estoy seguro nuestros lectores convendrán en que ningún otro nombre mejor que el vuestro encabezaría estas cartas.

El último volumen quedó en una de las grandes era políticas de la vida de Francia—su nombramiento por tres años para la Dictadura del Paraguay. Habéis visto las maniobras de que se valió para asegurar la elección popular; y os he informado que el Congreso de los mil, habiendo concedido al ambicioso Cónsul voto unánime, puso fin suicida a su existencia, después de una breve, aunque debe confesarse, importante vida de tres días.

Los dos que siguieron a la elección fueron graciosamente apartados por el Dictador. para días de besamanos.

Naturalmente yo asistí con multitud de cortesanos que estos dos días trajeron a una existencia efímera en Asunción. Se veían por todos lados viejos y anticuados trajes de etiqueta españoles que, en algunos casos, creo habían sido transmitidos de padres a hijos desde la época de los primeros conquistadores del Paraguay. Eran usados por tenderos, comerciantes y algunos de los mejores terratenientes de vieja cepa. La moda dominante era muy por el estilo de la del Dr. Vargas, a saber: casaca con gran amplitud de bocamangas, bolsillos y faldón, de paño de San Fernando, el mejor y más caro superfluo de España, con botones monstruosamente grandes y colas que llegaban a la pantorrilla. El resto de la ropa era armónico con esta bien conservada moda hereditaria. Luego venían los doctores con trajes de gala negros, de corte igualmente antiguo; unos pocos (entre éstos los generales Yegros y Caballero) con uniformes fantásticos, abigarrados y ajustadísimos; y unos pocos más, jóvenes como yo, que habían estado en Buenos Aires y adoptado las modas europeas. Pero, a mi ver, el aspecto más grotesco de todos los visitantes del Dictador, era el de los hijos de estos abigarrados cortesanos del día. Muchachos cuando más de ocho o diez años, inflados al flanco de sus padres, vestidos exactamente como sus progenitores, con bastoncitos puño de oro en las manos y conversando con toda la gravedad y el aplomo de hombres de sesenta abriles. Hacían su reverencia al Dictador con soltura y propiedad, y eran recibidos no sólo con cortesía sino también con formalidad. Muchos que pertenecían a clase social inferior fueron admitidos a estos besamanos, celebrados por el Dictador por primera y última vez. Entre ellos encontré a mi amiguito con aspecto de Sancho Panza, el espía Orrego, de traje nuevo, pomposo, multicolor, adquirido para la solemne ocasión. Si había o no venido para espiar al Dictador mismo no puedo decirlo; pero los sorprendí cambiándose significativas aunque furtivas miradas, durante la permanencia de Orrego en el salón.

Francia se esforzaba en sonreir y ser amable con todos en la recepción, pero el miedo y terror internos que llenaban los corazones de la mayor parte de sus visitantes, intentaban en vano, en su primera *entrée*, ocultarse bajo apariencia de cordial respeto. Nunca vi a Francia de tan buen talante. Elegantemente vestido con casaca azul, sobriamente adornada con angosto galón de oro, chaleco y calzones de cachemir blanco, elegante espadín al costado, medias de seda blanca y zapatos finos, con pequeñas hebillas,

Digitized by Google

parado en el centro del salón, conversaba breve tiempo con cada visitante y adaptaba la conversación con mucho tacto según la capacidad de quienes lo rodeaban. Se habría disculpado a los que no habían penetrado en el férreo corazón del hombre por abrigar una débil y transitoria esperanza de que, saciado ahora con el alimento del poder con que se había nutrido, el lobo estaba a punto de echarse junto al cordero.

El Dictador me retuvo un tiempo considerable en su primer día de besamanos. Cuando entré me permití felicitar a "Su Excelencia" — ; pero aquí me interrumpió súbitamente. "Déjese, amigo", dijo, "de Excelencia y conózcame usted y háblame como hasta aquí hemos acostumbrado." Su título antes era Usía (contracción de Vuestra Señoría) que en español es grado inferior al de excelencia. Pero conocía demasiado bien al hombre con quien tenía que vérmelas para valerme de ninguna familiaridad privilegiada. Continué diciendo Su Excelencia y no me volvió a objetar el título.

Francia empezó a adoptar su política despótica con más rapidez y menos precaución que lo que había procedido como Cónsul de la República.

El cuerpo de guardia, como propiamente se llamaría al de cuarteleros estaba a la sazón completamente organizado; y, sin que pareciera directamente autorizada por el Dictador, se observaba licencia en el modo de tratar a los ciudadanos. En el paseo a caballo hasta el Cuartel, a los transeuntes que no se descubrían al pasar Francia, al principio se les sacaba bruscamente el sombrero por uno de los guardias; pero, poco después, se cambió este método de admonición, pues el bribón con sable desenvainado atropellaba al incauto delincuente, y con dos o tres fuertes planazos, le recordaba el respeto debido al Supremo, pues así había ordenado Francia se le llamara. En uno o dos casos, antes de dejar Asunción, se empleó filo en vez de plano, y entonces la infeliz víctima era derribada y abandonada sangrando hasta que hubiese pasado el Dictador. Nunca parecía que todos estos atropellos fueran ordenados por Francia, o que de ningún modo tuviese que ver con ellos. Proseguía con su inalterable paso lento, cabeza inclinada sobre el pecho con fría expresión inmóvil en las facciones, y al parecer, inconsciente de lo que ocurría.

El sistema de espionaje estaba ramificado y más sistemáticamente organizado; y cada día la mutua desconfianza creciente se introducía y propagaba entre los habitantes de la Capital. Después se extendió el sistema a todos los distritos y villas de la República.

Las prisiones y multas se hicieron más frecuentes y nadie se atrevía a averiguar la causa de la prisión del vecino. De la naturaleza de sus cárceles y de los sufrimientos de los presos se hablará en seguida. La implantación de las *prisiones de estado* fué posterior a mi residencia en Asunción.

Recuerdo que me han contado de un noble escocés que para quitar a sus hijas la demasiado ardiente afición al placer, les permitió aceptar invitación a un baile, vestirse con todo esplendor, hacer venir el carruaje a la puerta; y sin embargo, cuando las aturdidas muchachas iban a subir al coche, súbitamente lo volvió a enviar a la cochera, ordenó a las niñas se quitaran los vestidos de baile, poniéndose los de entre casa y volvieran a las tranquilas distracciones del hogar.

Digitized by Google

Algo así Francia empezó sistemáticamente, a raíz de su dictadura, a quebrar el espíritu de empresa comercial en el Paraguay. Con un frívolo pretexto declaraba cerrado rigurosamente el puerto de Asunción y todo el comercio inmediatamente se paralizaba. Por causa igualmente nimia, después de un tiempo, abría los puertos. Entonces todos se apresuraban a cargar barcos y sacar frutos para los diferentes mercados. Pero, de nuevo, quizás cuando el primer barco estaba listo para hacerse a la vela, se daba contraorden de clausura—los barcos debían descargarse—, originándose grandes gastos; y los productos, en vez de producir ganancias al comerciante por el capital invertido y riesgo corrido en llenar las necesidades de la república, eran devueltos a sus almacenes para deteriorarse allí y quizás perderse por completo. La consecuencia principal era que poquísimos deseaban valerse del permiso para cargar buques grandes, temerosos de que, antes de estar listos para zarpar, tuvieran que descargarlos y volver a almacenar los productos.

El comercio paraguayo estaba principalmente en manos de españoles cuyo odio hacia Francia era grande, pero cuyo miedo era mucho mayor. El lo sabía. A su vez, no solamente los odiaba, sino que los despreciaba, y, sin duda, había determinado, desde los primeros pasos de su carrera, ultimarlos y aniquilarlos.

Antes de la Dictadura y corto tiempo después, se mantuvo una Secretaría de Estado con que fué investido un tal Martínez, hombre de alguna fortuna y muchas pretensiones.

Era personaje oficial rutinero y minuciosamente metódico en todo lo que hacía. Como muchos de su clase, tenía inteligencia tan poco elástica que no distinguía los más importantes de los más triviales asuntos de la vida. A todos prestaba igual atención minuciosa; solamente miraba el detalle; y la cansadora prolijidad con que disecaba y volvía a disecar todo detalle del asunto más insignificante en que interviniese, constituía para él un talento de primer orden. Era personificación de la tautología; sus expletivos y amplificaciones eran inacabables; y así como nunca estaba seguro de haber entendido una cosa hasta examinarla bajo todas las fases posibles, también temía que los otros tuviesen la misma torpeza de percepción mental. De aquí sus repeticiones sin fin y superfluidades explicativas.

Este fenómeno pareológico era, por supuesto, un simple instrumento (y de ínfimo orden) en manos de Francia. Sin embargo, el secretario se esponjaba con la idea de ser segundo en la república después del Dictador; y mientras era de servilidad abyecta ante su amo, era pomposo, absurdo e hinchado cuando el temor al mordaz rostro de Francia se le presentaba.

Poco después de la Dictadura, Francia ordenó a Martínez que convocara a los españoles para trazarles su futura conducta y prevenirles contra sus supuestas tendencias a mezclarse en los asuntos del Estado.

Martínez en consecuencia, había reunido a todos los españoles de cualquier grado y profesión — marineros, artesanos, taberneros, tenderos y comerciantes —, en un sitio y los retenía allí como rebaño. Era un ardiente día de verano y la operación empezó cuando el sol lanzaba ya sus rayos abrasadores con toda furia. Martínez — gordo de cuerpo y hosco de rostro, aunque tomaba aires y maneras de presumido cortesano —, se sentó cómodamente en un sillón de brazos amplio y anticuado, debajo del alero al fren-

Digitized by Google

te de su casa. Vestía chaqueta de seda azul marino, calzones y chaleco de raso negro, medias de seda negra y zapatillas bordadas. Su cabellera estaba muy empolvada y tenía un fino y perfumado pañuelo de Cambray sobre el pecho. A ambos lados de la silla estaba una esclava joven, para cebarle el mate de plata una y la otra con un zahumador de plata ricamente engastado conteniendo brasas de carbón perfumadas con pastillas, colocado en bandeja que hacía juego con el zahumador, en la que había unos pocos cigarros superiores.

Los pobres españoles, muchos superiores a él, eran indistintamente llevados al Bajá de a dos o tres cada vez, y sucesivamente se dirigía a los grupos del siguiente modo: "Uds. son una punta de brutos — ¿entienden? — de bestias —, ¿comprenden? animales —, ¿eh? Son bárbaros y godos, ¿se dan cuenta de lo que digo? — Sí, ¡brutos! todos Uds. merecen ser ahorcados o fusilados como perros —, ¿ven? pues son de una raza perversa, y viejos enemigos naturales de todos los sudamericanos —, ¿eh? de los patriotas —, ¿se aperciben? de los hijos del país —, ¿entienden?

"¿Y cuál, bárbaros, ha sido la conducta de ustedes en el Paraguay? ¿no han conspirado, eh? ¿no se han rebelado, comprenden? ¿hostilizado a S. E. el Dictador? Sus complots, sediciones, conspiraciones —, ¿eh? — ¿ven? sus intrigas y traiciones —, ¿saben lo que digo? —, no han tenido fin; y pueden dar gracias a Dios — ¿me entienden? pueden estar gratos a la Providencia y no menos al Supremo Dictador —, ¿se dan cuenta? — a S. E. don José Gaspar de Francia —, ¿oyen? de no haber sido arrancados hace mucho tiempo — ¿eh? — extirpados de la tierra, ¿comprenden?"

En el mismo tono de elocuencia prosiguió para prevenirles respecto a su conducta futura; los desgraciados estaban de pie y descubiertos al rayo del sol, mientras el pedante advenedizo que les dirigía la palabra tomaba mate y echaba humo a bocanadas, completamente persuadido de que su oratoria hacía impresión profunda en sus oyentes a quienes llamaba trémulos esclavos.

Obtuve todos los detalles de esta incomprensible escena de crueldad para muchos habitantes respetables de la Asunción que fueron víctimas, de nuestro vecino de puerta, un español cuyo nombre no recuerdo, pero que invariablemente se le apodaba el "Pelado".

Como muchos otros españoles tenía un odio mortal a los criollos y las indignidades que se veía obligado a soportar por causa de ellos, a veces ponían su mente en estado próximo al frenesí. Pensó que conmigo, por ser realista y suponer que yo debía odiar a todos los republicanos, podía dar escape a sus sentimientos sin freno ni control. Frecuentemente le advertía a lo que se exponía hablando así y siempre le interrumpía cuando empezaba sus amargas invectivas. En el caso en cuestión, sin embargo, como estaba completamente excitado, lo dejé a causa de la exaltación de que estaba poseído. Recapituló todos los agravios que los españoles habían soportado durante la Revolución y, luego, golpeando con el pie y amenazando con el puño, exclamó: "Nunca jamás moriré tranquilo hasta no ver a los jefes de la revolución en Sud América pagar con su sangre los crímenes que han cometido."

Creo que el anciano dijo muchísimo más de lo que pensaba (pues era buen marido y bondadoso padre con esposa e hijos criollos); pero súbitamente me levanté y, volviéndome a él, dije: "¿Cómo sabe usted que yo *en este momento*, no pueda ir al Dictador y le refiera lo que usted acaba de proferir?"

Digitized by Google

Estas palabras cayeron como rayo sobre el viejo Pelado. El rígido, el cruel Francia se representó en su imaginación. Se puso mortalmente pálido y literalmente se arrodilló a mis pies. "No lo haga", exclamó "oh, por el amor de Dios y compasión a mi familia, no me traicione."

Le dije que estaba perfectamente seguro en mis manos, pero impuse la condición de que jamás volviese a hablarme en el mismo tono, y lo exhorté seriamente a contenerse de dar escape a tal lenguaje delante de alma viviente en el Paraguay.

Había otra clase en la República que Francia odiaba y despreciaba tan cordialmente como a los españoles, el clero — secular y regular —, pero más especialmente el último. Detestaba a los frailes por la influencia que ejercían sobre el pueblo y el abierto libertinaje de sus vidas. Estos sencillos y supersticiosos paraguayos reverenciaban al *pai* como inmediato representante de Dios; ciega e implícitamente seguían las instrucciones que les daban y hacían todo lo que se les pedía y estaba en sus manos hacer. Muchos de la licenciosa hermandad aprovechaban la confianza supersticiosa depositada en ellos por la gente, hasta un punto que, en un país moral como Inglaterra, no solamente chocaría a los sentimientos de nuestra naturaleza relatar, sino que, en casos determinados, parecería increíble, y, en suma, calumnioso para la humanidad.

Hasta aquí era bien para la causa de la moralidad que Francia no tuviese carácter para tolerar la influencia funesta ejercida por estos frailes sobre su pueblo; y se preparó en consecuencia, con su acostumbrada manera lenta, segura y progresiva, no solamente para destruir el poder de los conventuales, sino para aniquilar el gobierno jerárquico de la iglesia y aventar la autoridad papal.

El primer instrumento que usó con este fin fué nuestro viejo amigo el Pai Montiel, hospitalario cura de San Lorenzo. Lo sacó de su retiro rural, nombrándolo capellán castrense. Fué cambio doloroso para el pobre Pai. De jovial, afectuoso e insospechable cura de campaña, gradualmente se convirtió en esclavo abyecto y espía suspicaz, subalterno, artero y astuto de su nuevo y terrible amo. Montiel hasta aquí había estado bajo la blanda influencia del obispo del Paraguay — prelado que, por la suavidad y quizás apatía de su carácter, hacía que su gobierno no se hiciese sentir en el clero de su diócesis. Era, como español, semejante al resto de sus paisanos, muy temeroso del Dictador; y ejercía su dignidad sacerdotal, por tanto, no solamente sin impedimento sino con toda la trémula timidez inspirada por el temor latente a los propósitos ulteriores de Francia.

El pontífice romano y su legalmente nombrado obispo dejaron al fin de tener autoridad o mando sobre el católico Paraguay; y en su lugar Francia se convirtió en papa y el Pai Montiel en vicario general de la República.

Vuestro, etc.,

G. P. R.

Digitized by Google

CARTA LI

J. P. R. al señor Tomás Fáir.

Preparativos para volver al Paraguay. — Entrevista con Alvear. — A la vela para Asunción. — Candioti gobernador de Santa Fe. — Mi captura por los artigueños. — Prisión en la Bajada.

Londres, 1838.

Rara vez hay amistad tan atractiva como la que, comenzando en los primeros años de la vida, desciende la corriente del tiempo en curso apacible y continuo hasta que las ardientes y tempranas relaciones de la juventud se mezclan y combinan con las reflexiones más graves de años más maduros. Cada clase de las relaciones correspondientes a un período de la vida, comunica placer a las del otro; y surge de la unión el agradable resultado del gozo, realzado por la comparación y el contraste, y de la confianza en el carácter durable del futuro trato, fortificado por la consistencia probada del pasado.

Puedo decir seguramente que nuestra amistad, de tantos años, ha sido de esta clase; y es con placer poco común que doy el débil testimonio que implica dirigiros estas cartas, de la sinceridad con que hago la declaración.

En pocos de los sucesos recordados fuísteis testigo ocular; en uno o dos fuistéis actor. Mas, espero que la leve anomalía de escribiros, lo que ya sabéis, se pasará por alto, no solamente por ser necesario para la continuidad del relato, sino porque la base de mi narración en no pocos casos, se apoya en cartas que os fueron dirigidas, de las que no guardo copia, y he podido consultar merced a que las habéis puesto a mi disposición.

Sin detenerme, pues, en lo que concierne más de inmediato a nosotros que al público, voy a tomar el hilo de mi relato que, como recordaréis, se cortó en la carta cuadrigésima séptima. Entonces había llegado recién a Buenos Aires, repleto de noticias de Asunción, y si no tan hinchado como el mismo Cónsul con sus proyectos europeos, aun deseoso de no poner obstáculos a su realización, no yendo a Inglaterra. Pero, cuando encontré que no podía hacerlo, sin perjuicio de mis asuntos personales, y como el primer Cónsul no me había provisto de investidura ni sueldo de embajador, sino de ciertas muestras de productos que, de ser rechazados por la Cámara de los Comunes y llevados al mercado, no me producirían veinte guineas, creí que estaba cabalmente en posición de pensar en mis propios asuntos, aun dejando de lado por el momento los suyos. A esta resolución arribé muy pronto, pues, cada día arrojaba alguna nueva y más extraordinaria luz sobre los proyectos quijotescos, carácter intratable y aspiraciones del gobernante paraguayo.

Durante mi permanencia en Buenos Aires, 1814-1815, todo el continente sudamericano se hallaba, como sabéis, envuelto en la más espantosa anarquía y guerra civil. Aquella ciudad en cierto modo, estaba aislada, sin relaciones políticas o comerciales, con cualquiera otra parte de los, a la sazón, agitados y turbulentos dominios de la vieja España en el hemisferio sur. Chile, que había sido primero presa de luchas intestinas, después de haberse declarado independiente, fué reconquistado por el enemigo. Buenos Aires, así perdió la importación de dos mi-

Digitized by Google

llones de pesos anuales y el beneficio de exportar un monto equivalente de productos y manufacturas.

En el Alto Perú, ejércitos realistas e insurgentes, se disputaban palmo a palmo el terreno más allá de Potosí; mientras las minas de aquella rica región, se abandonaban, o por falta de cuidado, se inundaban.

La Banda Oriental, unida bajo el general Artigas, con el pomposo título de "Excelentísimo Protector", desafiaba toda ley y orden; mientras el Paraguay, envuelto por Francia en su política aislada, egoísta y maligna, era espectador silencioso e inactivo de la desolación revolucionaria que cubría la tierra.

Durante este estado de cosas, iba a retornar al Paraguay por agua. Ni había que pensar en hacerlo por tierra. Los caminos estaban infestados de salteadores, y el campo plagado de partidas sueltas de soldados indisciplinados que recorrían la llanura, o atacaban las poblaciones errantes, en busca de botín y saqueo. Una firma sola se admitía como protección personal—la de Artigas; pero no estaba en condiciones de procurármela, siendo residente en Buenos Aires, con que se encontraba en guerra declarada. Sin embargo, él no tenía barcos en el río. Buenos Aires los tenía; y esta vía de comunicación con el Paraguay, especialmente con el permiso de navegación obtenido del honorable capitán Jocelyn Percy, al mando de las fuerzas británicas en el Río de la Plata, era tenida por completamente segura. El general Alvear era en ese tiempo Director de Buenos Aires, y mi amigo, el señor Herrera, secretario de Estado. Ambos me sabían bien conocido en el Paraguay, y, más que cualquiera otra persona, con la confianza del Dictador; si se debe llamar confianza a la reducida a comunicar tales asuntos como fuera necesario que él me informase para que fuesen de alguna utilidad. Ansioso el general Alvear de iniciar correspondencia con Francia, para sacar reclutas del Paraguay y reforzar las legiones del Río de la Plata, fuí llamado al Fuerte, para consultarme sobre la probabilidad de que Francia enviase hombres a Buenos Aires, en cambio de armas y municiones. Yo creía la cosa muy improbable; pero afirmé ser imposible que yo, neutral e individuo particular, ocupado en negocios comerciales, consintiese, en tiempos tan turbulentos, en encargarme de esa negociación. Al mismo tiempo insinué que nada se oponía a que el gobierno formulase la propuesta en carta, si lo creía conveniente, que metida sellada en la valija postal del barco que me llevase al Paraguay, sería entregada a su destinatario. Conforme con esto, procedió Alvear; y una carta sellada que nunca vi, entre otra correspondencia, fué enviada del correo por orden del gobierno de Buenos Aires, para ser entregada a Francia. He sido muy minucioso en mis observaciones sobre esta carta, porque, como lo demostrarán los sucesos, mi destino iba encerrado en ella; y, como consecuencia de su contenido, mi relación personal con el Dictador concluyó de manera repentina y desastrosa.

Cuando se aproximaba el tiempo de regresar a la República, recapacité sobre el disgusto doloroso que tendría el Supremo, como Francia entonces se llamaba, al saber que yo había sido incapaz de seguir a Inglaterra en desempeño de mi misión. Por consiguiente, determiné mitigar en lo posible las consecuencias de esta catástrofe, adquiriendo en Buenos Aires todo lo que pude para llenar los múltiples encargos de Francia. Sombrero tricornio, fajas, encajes, instrumentos musicales, uniformes, espa-

Digitized by Google

das, pistolas, etc., fueron adquiridos y embarcados; y, mediante solicitud al gobierno de Buenos Aires, no se opuso ningún obstáculo al embarque de algunos mosquetes y pocas municiones de guerra. Todo esto era perfectamente legal; pues, el Paraguay, aunque en situación de aislamiento, no estaba todavía en guerra, ni con Artigas ni con Buenos Aires. Estos países, en verdad, estaban en malos términos entre sí; demonios de discordia y desconfianza aleteaban sobre ellos con acción bulliciosa y siniestra, ya acalorando con insultos imaginarios y vanos sus pequeñas preocupaciones, y ya exaltándolos respectivamente para producir actos de agresión parcial, llevándolos cada día más cerca del punto de colisión. Pero no estaban efectivamente "en guerra"; y el Paraguay, especialmente, reclamaba el derecho de ser considerado neutral, tanto por el gobierno de Buenos Aires, como por el general Artigas. En consecuencia, el embarque por mi, con sanción de Alvear, de los artículos necesitados por Francia, en ningún terreno podría interpretarse como ilegal. Tan convencido de esto estaba el capitán Percy, que no hesitó, con completo conocimiento de las circunstancias, en expedir, como he dicho, un permiso de navegación para proteger mi barco y bienes.

Así equipado y protegido, fuí piloteado con rumbo al Paraguay, y me encontré de nuevo a bordo de mi barquito remontando la fuerte aunque plácida corriente del cristalino Paraná. En un mes de perseverancia, llegamos a Santa Fe, a la sazón gobernada por mi viejo amigo Candioti. Aunque amigo, le apuraban demasiado los indios por un lado y por otro le hostigaba la discordia civil, para pensar en dejarme pasar por su puerta, con tan oportuna, aunque reducida provisión de armas. En consecuencia, me dijo muy atenta, pero muy seriamente, debía ordenar amistosamente que se desembarcasen en Santa Fe. Fué vano alegar las circunstancias en que las armas fueron embarcadas. "Señor don Juan", me dijo, "la propia conservación es la primera ley de la naturaleza, y, para cumplirla, hemos de detener aquí sus mosquetes. Dejaremos pasar a su destino, las cosas de adorno, así como los sables, porque tenemos en abundancia; pero, aquí tiene en pesos sonantes el valor de las municiones y mosquetes, y diga a su Excelencia el Dictador que es buen signo de tranquilidad de su República el tener tiempo desocupado para pensar en música, matemáticas y galones. Aquí, usted sabe, no estamos en situación por el momento, de pensar en otra cosa que en el enemigo, y nuestro solo medio para afrontarlo con éxito es juntar todos los mosquetes y balas que podamos conseguir".

Así diciendo, el principesco gaucho me pagó el precio íntegro de los artículos y me extendió un documento prolijo, a fin de demostrar que ni mi pobreza ni mi voluntad habían consentido en la venta, sino que un poder superior a cualquiera de los dos, la coerción, la había forzado.

Aligerado de lo que sabía era para el Dictador la parte más importante de mi cargamento, proseguí al Paraguay. Ahora confiaba que toda probabilidad de interrupción u hostilidad tocaba a su fin, pues Santa Fe estaba entonces confederada con el general Artigas—y me hacía a la vela con permiso de su teniente-gobernador, Candioti. Lo que sigue, demostrará cuán falaces fueron mis esperanza. La verdad es, que todos aquellos insignificantes y subalternos jefes y gobernadores eran independientes entre sí; y que su supremo señor y amo, Artigas, se veía obligado a cerrar los ojos ante las irregularidades cometidas cuando

Digitized by Google

a menudo se hacía sentir falta de unidad de acción, y la desobediencia que, como efecto, se sigue.

Antes os he informado de la rica y variada belleza del paisaje en el río Paraná, y de la admirable cacería de pavas de monte que se encuentra a lo largo de sus riberas adornadas bellamente de bosques. Una tarde, me adelanté con el bote en procura de caza, dejando el barco amarrado a un árbol, y a la espera de buen viento, un poco abajo de Goya. La tarde era de majestuoso pero sereno esplendor, y, cuando regresaba con seis yuntas de pavas del monte a popa, los últimos rayos del sol teñían de vívido brillo el rico y variado plumaje de las aves. Algo distante estaba nuestro bajel silencioso y, a su vera se elevaba el ondeante humo del fogón encendido por los marineros. El río estaba tan brillante y terso como cristal; y el silencio del magnífico paisaje era intensificado antes que interrumpido por los remos salpicantes de la tripulación. De tiempo en tiempo, también se oía a lo lejos el cacareo de alguna pava del monte en busca del compañero que jamás volvería a ver; y a intervalos la extraña charla de monos y loros, viniendo a sus dormideros, decía de bosques densamente habitados por grotescas imágenes de figura humana y por emplumados imitadores de la voz del hombre.

No fué hasta atracar al barco que mi soledad contemplativa fué interrumpida por un golpe tan repentino y rudo, que me hizo perder momentáneamente el sentido. En el instante que, de pie en el bote, me preparaba a trasbordar, un banda de soldados andrajosos con aspecto siniestro, que habían estado ocultos detrás de la obra muerta, se levantaron simultáneamente y, apuntando toda su mosquetería al esquife, amenazaron con hundirlo y hacerme fuego si avanzaba una pulgada. Inmediatamente de este terrible recibimiento, vino de la otra banda del barco, donde había estado oculto, un bote con media docena más de bandidos armados de carabinas y sables, y, blandían éstos con fiera gesticulación ante mi cara y las de mis escasos tripulantes desarmados. Resistir a tan numerosa y bien armada cuadrilla hubiera sido imposible, aun si hubiésemos estado preparados para rechazar un ataque; pero, tomados por sorpresa, la misma sombra de oposición hubiera sido locura. En consecuencia, me apresuré a hacer todas las demostraciones de que nos rendíamos a discreción. Se posesionaron del bote; mientras yo, ensordecido y disgustado por los reniegos y casi aturdido por los planazos de los bribones, fuí llevado a bordo a la fuerza. Allí fuí inmediatamente maniatado y asegurado con soga a una argolla del puente. ¡Qué desolación se presentó ante mis ojos! La tripulación paraguaya había sido echada a tierra; la cubierta estaba en posesión de treinta o cuarenta de la peor clase de soldados merodeadores, de Artigas; las escotillas se hallaban abiertas, y los cajones y fardos de mercaderías, todos más o menos violados, estaban desparramados; mi camarote de popa que había dejado hecho imagen de la limpieza y comodidad, estaba destruído con todas las señas de expoliación y beberaje; mi esparcido guardarropa se lo habían repartido los ladrones; había vino derramado y vasos rotos por todas partes; un hombre yacía en mi cama completamente borracho; a su lado se sentaban tres más en reñida partida de naipes; y por si el juego no fuere suficiente excitante, bebían a grandes tragos libaciones de caña. Cada uno de la cuadrilla endemoniada estaba más o menos ebrio; y mientras aludiéndome frecuentemente, se hacían significativos gestos, mezclados con claras amenazas de matarme inmediatamente si no les

Digitized by Google

revelaba donde se hallaban los valores y especialmente el dinero que suponían a bordo, se me dejaba en la más absoluta ignorancia de la causa y origen de tan bárbara violación de la ley. Como concebiréis no eran envidiables ni cómodos los presagios de que probablemente iba a resultar un ultraje tan ominosamente empezado. Llegó la noche; se colocaron centinelas para vigilar la tripulación en tierra; me apretaron las ligaduras; y, después de presenciar durante horas una escena de licencia y relajación demasiado terrífica para ser imaginada y demasiado indecorosa para ser descripta, fuí arrojado en la bodega y se cerraron las escotillas sobre mi cabeza. Si terrible era tal estado — oyendo sobre mi cabeza el rechinar de vainas aceradas y la riña estrepitosa de palabras sobre lo que habían de hacer conmigo y con mis bienes —; mi situación, sin embargo, era tolerable, comparada con lo que había sido sobre cubierta. Allí proseguían abiertamente las discusiones delante de mí, acerca de la manera como debía morir; seguían las amenazas con los sables. Cada vaso de caña que veía apurar a uno, visiblemente para mí, lo hacía más frenético y muchas veces imploré en mi interior, de alguno más desalmado, una muerte rápida, como preferible a tan prolongada agonía. ¡Cuán a menudo, desde entonces, he exclamado con Shakespeare:

"There a Divinity that shapes our ends,
"Rough-hew them how we will!"

("Allí una divinidad que modela nuestros destinos, los desbasta como nosotros queremos").

Sin sueño fué la parte de la noche que hasta aquí había pasado; pero, sin embargo, cuanto más imperativas son las exigencias de la naturaleza, tanto más superiores y despóticas son las leyes que rigen cualquier obtrucción pasajera que se les oponga, y aunque enfermo de ánimo y cuerpo — ceñido por las cuerdas que me ataban —, en medio de la ruina y devastación de mis bienes, mi vida pendiente de la respiración de cualquiera de los cuarenta filibusteros borrachos; no obstante todo esto, el ruido de sus jaranas gradualmente murió en mis oídos; ni miedo ni pesar tuvieron ya terrores para el sueño, y me sumergí en un reposo más profundo que cualquiera de los que, antes o después haya guardado memoria.

Cada uno sabe la intensidad del placer que sigue al despertar de un horrible sueño, y, al volver la conciencia, encontrar que está en el mismo cómodo lecho en que se acostó, y en medio de la seguridad, amor y cariño de su círculo familiar, en vez de estar en la horrible situación que se le presentaba en los horrores de alguna pesadilla de que hizo todos los esfuerzos para escapar.

Comparativamente pocos han tenido a la inversa este estado de cosas. Solamente el reo condenado a muerte, el expatriado, el preso por deudas, el prisionero de guerra, el esposo o esposa abandonada, y otros pocos, excepciones felizmente del lote común de la humanidad, son los sentenciados a encontrar su pesadilla al despertar. Quizás sueñen muchos de los placeres que, en el curso de la vida, han constituído su Eliseo; pero, volviendo la conciencia, disipa la ilusión feliz del ensueño y deja memoria — con penosa exactitud — para anunciar todas las tristes realidades de su infortunio.

El segundo caso estrictamente es el mío. En sueños había andado por bosques, entre pavas del monte, y fueron solamente los

Digitized by Google

momentos de despertar que me revelaron estar en una cueva de ladrones. La primera advertencia que tuve, fué un recio planazo seguido de una voz estentórea que me ordenó levantarme, y con muchos epítetos que no son de referir, me estigmatizaba de "pícaro haragán". "Amigo mío", dije, "mi lecho no es tan envidiable como pensáis para invitarme a la holganza; pero, obedeceré la orden de levantarme al momento si aflojáis un poco estas ataduras." Sea por impulso de momentánea compasión, o por convicción de que no me movería entre los dos cajones que me cercaban, el artigueño aflojó las cuerdas que me ligaban, lo suficiente para hacer fuerza y salir de mi cucheta y poder subir a cubierta. Este indio fué aquel día el mediador que me salvó la vida.

Cuando subí a cubierta se recurrió a toda clase de amenazas para arrancarme un secreto que no tenía. "¿Dónde está el dinero?", eran las reiteradas preguntas. Habían tomado las cosas; pero mis protestas al respecto no parecían tener valor alguno. Dos veces me llevaron a tierra, y dos veces se formaron los hombres para fusilarme. No habría vivido para recordar los horrores de aquella noche y día, a no ser el indio que he mencionado.

Aquellos merodeadores, ingobernables por sistema alguno de disciplina civilizada, se mantenían unidos, en cierto modo como los piratas, por privilegios tácitamente entendidos como pertenecientes a cada uno, y correspondientes al mérito relativo de sus servicios. De acuerdo con esto, prevalecía la costumbre entre los artigueños, de que el soldado que más se distinguiese, esto es, que hubiese cometido más atrevidos excesos, tenía derecho a pedir un favor al jefe; y era a riesgo de éste si se negaba a concederlo. En la presente ocasión (y para mí era de algún aprieto) el indio salió de las filas y "pidió su favor". Ese favor no fué ligero a mis ojos, pues consistía en salvarme la vida. "Que no se le fusile", dijo el indio. Fuí desatado del árbol donde había estado trincado, y convirtiéndome desde aquel momento en protegido del indio, fuí tratado con mucha menos severidad por toda la banda. Se me quitaron las cuerdas con que me habían ligado; se me permitió comer con mis no superbienvenidos huéspedes; no mantuvieron ya en la orden del día las amenazas de quitarme la vida; y graciosamente se me permitió beber un poco de mi vino. Pero no se me admitió usar mi ropa. Fué distribuída sin reservar una camisa o par de medias, entre mis feroces asaltantes; y la metamorfosis operada en ellos por mis trajes no era menos sorprendente que la operada en mí por los suyos. En vez de mis ropas eché sobre los hombros un chaquetón andrajoso, y me até a la cintura un poncho viejo. No me permitieron usar camisa ni medias. Mi indumentaria se completó con un viejo gorro azul y botas de potro. Muchos de los artigueños, por otra parte, que se habían despojado de ornamentos semejantes, se pavoneaban con casacas de Bond Street, calzones de gamuza (la moda de aquel tiempo), sombreros de André, botines ajustados, camisas de anchos volados y grandes nudos de corbata blanca. Aquí estaban mi cadena de oro y los sellos zangoloteando en la faltriquera del sargento, que los había preferido a mi reloj que fué a parar al cabo. Un hombre tenía un par de botines de gamuza, otro un par de las mejores polainas de Hoby, sobre pantalones de corderoi blancos, y como éste personaje era tenido por el más elegante del grupo, mi sombrero de teatro (entre paréntesis, que no era mío) fué tomado por el para completar su atavío. Quizás nunca se mostró grupo tan abigarrado; porque como yo no tenía guardarropa para vestir a cua-

Digitized by Google

renta hombres, cada uno se limitaba a utilizar una parte y ésta contrastaba tan fuertemente con la que estaba obligado a retener de la suya, que lo hacía aparecer como centauro, humano arriba, bruto abajo, o viceversa.

Me dijo luego el sargento que, habiendo oído el general Hereñú, gobernador de la Bajada, que yo tenía numerosas armas a bordo, con destino al Paraguay, había ordenado a la partida de su mando seguir por tierra en persecución del barco y que, teniendo noticias de éste en Goya, se habían embarcado allí y tomado posesión de nosotros del modo que os he narrado. El sargento agregó que sus órdenes eran fusilarme o llevarme a la Bajada; y embarcada la tripulación, ordenó al baqueano gobernar para aquel puerto.

Desesperada como parecía mi situación, resultó relativamente holgada con estos informes; pues, aunque, sabía que en la Bajada aún estaría a 350 millas de toda influencia o auxilio británico; y aunque me daba cuenta que Hereñú era uno de los más bárbaros tenientes de Artigas, sin embargo, presentía que cuidaría más la responsabilidad de quitarme vida y bienes, que los soldados en cuyas garras me encontraba. Me alegré por tanto de hallarme navegando con la corriente del río que dos días antes remontaba.

No he de omitir relataros un incidente de carácter seriocómico que tuvo lugar tres días después de mi captura. Tenía conmigo un octavín doble cuya construcción dolorosamente punzaba a mis bárbaros guardianes. Lo soplaban y arrancaban dos sonidos dintintos, pero discordantes. Cuando se suavizó un poco su severidad conmigo, el sargento me preguntó qué instrumento era aquél, se lo dije; y me pidió tocara una pieza. No siendo muy aficionado a la música, y ciertamente, nunca en peor tono que en aquel momento, le rogué me excusara; pero fué inútil; el sargento comenzó por pedir y concluyó por ordenarme. "Tocá la flauta" decía, en tono suave al principio; "tocá la flauta", añadió un minuto después, en voz tan fiera y perentoria que me heló la sangre. Al mismo tiempo asió la empuñadura de la espada, de manera tan amenazadora que disipó todas mis objeciones. Sentado a popa, con mi escasa vestidura artigueña, púseme a tocar dúos para los sátiros, salvajes y duendes que me rodeaban, entre quienes la danza al son de mi música se hizo entretenimiento habitual. Pero, hay pocos males sin su correspondiente alivio en esta vida, y en este caso fué el mío percibir que el trato producido por la torpe ejecución en una cañita tenía influencia moderadora sobre mis captores. Puedo decir que en adelante la única incomodidad a que me sometieron era obligarme, a su gusto (no necesitáis os diga cuán poco sería al mío), a tocar la flauta. Llegamos a la Bajada, donde se encendió *feu de joie* por el arribo del barco. Me encaminé al pueblo, escoltado por diez o doce hombres, todavía con mi atavío artigueño; y, mientras iba rumiando, en estado bastante melancólico, cuál sería mi probable destino, y por qué medio podía hacer conocer mi situación a mis amigos ingleses, y, sobre todo, al comandante de las fuerzas inglesas en Buenos Aires, vi bajando la barranca a un antiguo y fiel sirviente llamado Manuel. ¡Cuán feliz es aquel principio de nuestra naturaleza que dió origen al adagio vulgar, que quien se ahoga se agarra de una paja! Cuanto más hondamente sumergidos en el abismo de la desesperación, más fuerte y brillante parece el más débil rayo de luz que llega hasta nosotros. Mínimo como era en la balanza de mis dificultades presentes, el alivio que pareciera traerme Manuel, celebré su apari-

Digitized by Google

ción como incentivo de la esperanza que había estado desvaneciéndose en mi pecho. Sentí alivio indecible, urgido por mis guardianes a pasar de largo, en poder decirle estas pocas palabras: "Vuela a Buenos Aires y dí allí lo que has visto y oído." Marché adelante no dudando nunca que sería llevado primero ante el gobernador. Me equivoqué aún en esta poco envidiable suposición. Condujéronme a una cárcel pequeña y mísera, destinada a albergar asesinos, ladrones y otros pillos cautivos de la peor especie. Allí estaban sentados cada uno sobre un cráneo de vaca, en cadenas, desnudez, suciedad escuálida, y, no obstante, en bestial desorden y jarana. Había un fogón encendido en medio del piso; entre un montón de cenizas que, al parecer, se habían acumulado durante meses. Rodeando el fogón estaban ensartados en asadores dos o cuatro grandes trozos de carne ennegrecida; en las porciones que estaban en punto, los bribones, en refriega voraz, cortaban con grandes cuchillos lucientes. El aguardiente pasaba de mano en mano en una guampa; y como el fuego lanzaba su fluctuante brillo sobre los semblantes atezados y horribles de los borrachos, y sus cadenas rechinaban a cada movimiento de las manos o pies, el cuadro era verdaderamente espantoso. De nuevo me veía forzado a reflexionar que felicidad y miseria son términos relativos para expresar situaciones comparativas; porque, si desdichado fuí a bordo del barco después de su captura, sentía ahora que aquella miseria era felicidad envidiable comparada con los horrores, infamia y degradación de mis actuales compañeros y morada. Es cierto que la mente moviéndose dentro de un círculo consagrado que le es propio, si en sí misma es virtuosa y serena, no se contamina con la aproximación de ninguna mera forma externa de vida o acción; pero, es también cierto que por el misterioso vínculo de asociación que junta y a las veces, casi identifica la mente con las cosas externas, es susceptible de choques tan rudos que ninguna filosofía puede resistir, de estocadas tan violentas que ningún estoicismo puede parar.

Apenas había sido introducido a mi poco envidiable habitación, cuando un aullido de horrible bienvenida se lanzó por los presos. Fué inútil que tratase de meterme en un rincón. Uno tras otro me empujaban hacia el fogón; me instaban que bebiese en el cuerno; y luego exigieron por unanimidad que pagase algo más de la bebida nauseabunda que acababan de agotar. Yo no tenía un centavo (no digo en mi bolsillo porque tampoco lo tenía), pero un centavo no tenía en el mundo. "No importa" dijeron, "es costumbre invariable que todo recién venido agasaje a los más antiguos moradores; y, aunque tengamos que obtener lo que necesitamos vendiendo vuestro pellejo, lo hemos de conseguir, y lo tendremos", y sin mayor ceremonia, me arrancaron mi chaquetón artigueño, que, aunque andrajoso y despreciable, produjo en trueque, un gran frasco de aguardiente. Luego me dejaron, como muchos de ellos, desnudo de la cintura arriba y por "esta noche" me fué imposible dormir. Me senté al rescoldo en desconsolado silencio, y mientras revisaba los numerosos cráneos en mi derredor, los creía, aun cuando habían solamente pertenecido en su tiempo a novillos, no mal emblema del fin que han de alcanzar todas las cosas creadas, y especialmente del mío, que apenas deseaba fuese demorado. Sentíame sumergido en la extrema vorágine de la miseria humana; y casi anhelaba, como único medio que me habilitase para soportarla, que mis facultades de reflexión, y lo que comúnmente se tie-

Digitized by Google

ne por beneficios de la educación, se trocasen por la endurecida barbarie de los desventurados que me rodeaban.

El día de una larga, muy larga noche, al fin clareó. Llamé al cabo cuarto y lo rogué con todas las facultades de la elocuencia (rara vez tan eficaz como cuando se produce en casos de afrenta personal) informase al gobernador de la mísera situación en que me encontraba por falta de ropa. Le supliqué decirle que yo tenía un amigo en el lugar que me proporcionaría todo lo que le pidiese, si él (el gobernador) diera solamente el permiso. Agregué que todo lo que se me enviase a la prisión pasaría por su inspección. Corrieron las horas y no llegaba respuesta; pero cerca de mediodía entró un sargento trayéndome saco, camisa y medias que decía habían sido facilitados por mi amigo, con permiso de Hereñú. Cuando me vestí, por que estaba casi desnudo, el mismo sargento me dijo le siguiese. Así lo hice con presentimientos no muy halagadores, pues se me había dicho una docena de veces en el día que el inglés (es decir, yo) sería fusilado.

El sargento, sin embargo, me condujo a una celda separada en que había una silla, un cuero y una jarra de agua. Me dijo que sus órdenes eran colocarme donde nadie pudiese acercárseme; pero que me traería alimentos dos veces al día y, así diciendo se despidió; y nuevamente buscando la comodidad en el contraste. me alegré esta vez de encontrarla en mi favor. La soledad y ropa de hoy, comparados con la desnudez y compañía a que había estado condenado ayer, hiciéronme otra vez considerarme feliz. Bastante triste era mi calabozo, pero, al menos, estaba "solo". Miraba por el enrejado de hierro, las bandadas de buitres y gaviotas que aleteaban sobre las osamentas de ganado esparcidas alrededor; y, en verdad, deseaba tener alas, como ellos, para huir de mi cautiverio, aun cuando tuviese que alimentarme de carroña.

Para no prolongar este tema personal, agregaré simplemente que, después de un confinamiento de ocho días y una serie de investigaciones inquisitoriales, a cada una de las cuales, cuando salía de mi calabozo, iba como si marchara al patíbulo, me pusieron en libertad.

Nada había en mi causa que la ingeniosidad misma pudiese desviar hacia el crimen. Sin embargo, de poco me hubiera valido esto, sin la intervención pronta, resuelta y oportunísima en mi favor del honorable capitán Percy, al mando de los barcos de guerra británicos en el Río de la Plata. Desde el momento que mi fiel sirviente Manuel me vió en la situación que os he dicho, no se dió descanso hasta galopar por la posta con la noticia para Buenos Aires. Cubrió la distancia en tiempo increíblemente breve; y tan pronto como hizo su narración sencilla y escueta, todos los ingleses del lugar (con el capitán Percy a la cabeza) se levantaron indignados y compadecidos por el relato. Se despachó inmediatamente un bergantín de guerra para el Cuartel general de Artigas en Paysandú, con una de aquellas comunicaciones perentorias del oficial británico con mando, que tan a menudo caracterizan a nuestros capitanes de mar, cuando saben que tienen una buena causa entre manos, la seguridad de los súbditos británicos que afianzar y la inviolabilidad de los súbditos británicos que sostener.

La carta estaba concebida así:

"Excelentísimo Señor Protector:

"El súbdito británico señor J. P. Robertson, que navega con mi permiso, y con el de las autoridades constituídas del país, ratifica-

Digitized by Google

do por vuestro subordinado el Gobernador Candioti, ha sido tomado, inhumanamente tratado y preso por personas que actúan bajo vuestra autoridad. Pido y exijo, en primer lugar, y a menos de alegar justa causa en contrario, su inmediata libertad y que se le devuelvan sus bienes; y si no se accede a este mi pedido, procederé, en consecuencia, a tomar represalias en bienes que estén al amparo de vuestra bandera.

"Tengo el honor de ser, etc., etc.

(Firmado): *Jocelyn Percy*".

Esta carta, entregada en el Cuartel general de Paysandú, por un curtido teniente de porto atrevido y tieso sombrero tricornio, hubiera por sí misma traído a razón al general Artigas; pero su efecto fué irresistible, habiendo sido entregada menos de doce horas después que Artigas había recibido de su gobernador en la Bajada, el proceso incoado contra mí, del que no se infería o probaba la más remota criminalidad. Se expidieron órdenes inmediatas para mi liberación y devolución de mi barco y bienes; pero antes de llegar éstas a la Bajada, otro mensajero, enviado del capitán Percy por tierra, vía Santa Fe, había penetrado en mi calabozo solitario y en compañía del gobernador Hereñú, ahora más bien temblando en sus zapatos, proclamaba que yo era otra vez más, hombre libre. Con este mensajero, el capitán Percy había enviado a Hereñú copia de su carta a Artigas; y tan alarmado estaba el déspota de aldea ante las perspectivas de las posibles consecuencias de su atroz, y, como ahora resultaba, desautorizada acción, que no perdió momento en su intento de reparar la grande incorrección de que era culpable. Al día siguiente llegó la orden del general Artigas para mi libertad; y como os he ya entretenido mucho con los deplorables detalles de mi historia, no prolongaré más el tema, pidiéndoos me acompañéis en aquellos sentimientos de vivo y realmente indescriptible deleite que ha de haber tomado posesión, que tomó posesión de lo íntimo de mi alma al operarse la transición de todo lo que es horrible, al gozo (por contraste doblemente aumentado) de lo que es más querido para el hombre. Volví a la vida, después de haberme contado entre los muertos; volví a la libertad, después de haberme resignado a la prisión; y fuí devuelto a mis amigos y relaciones, cuyas últimas noticias mías me había imaginado llegarían a sus oídos con los dobles de mi funeral.

Lo que tengo todavía que exponer de esta historia (y no es menos extraordinario que lo que hasta aquí llevo relatado) debo dejarlo para después. Luego veréis el efecto extraordinario producido en el ánimo de Francia por estos acontecimientos; la no menos violenta e inflexible ruptura que produjeron, de parte suya, en nuestras relaciones; y, como consecuencia de ello, la repentina e irrevocable expulsión de mi hermano y mía del Paraguay.

Vuestro, etc.,

J. P. R.

Digitized by Google

CARTA LII

J. P. R. al señor Tomás Fáir.

Vuelta a Buenos Aires. — Visita al cuartel general de Artigas. — Vuelta de la Purificación a Corrientes

Londres, 1838.

Imaginad la transición de la compañía de merodeadores y ladrones a la de sinceros amigos y viejos conocidos; de muros y rejas de cárcel a habitaciones cómodas con entradas y salidas *ad libitum;* de duros y tristes alimentos a manjares sazonados con la sociedad de amables compañeros; del frío y desnudez a ropa abrigada y agradable; y, finalmente, de los terrores de la muerte a los placeres de la vida; imaginaos esta transición y lo que probablemente serían vuestros sentimiento, y tendréis entonces alguna noción tolerable de lo que fueron los míos. Solamente la vuestra sería imaginaria; la mía fué real. Dad amplio margen a aquella diferencia, antes de permitiros deducir que habéis alcanzado la intensidad de mis sufrimientos o la plenitud de mi placer.

Uno de los primeros usos que hice de mi libertad fué buscar al indio atezado, por cuya intercesión había salvado mi vida. Era curioso saber cómo un rayo de piedad había tocado el corazón glacial y endurecido del hombre asociado con tan feroces bandidos militares; y ansiaba, cualquiera que hubiese sido el móvil que le llevó a defender mi causa, premiarlo por el mayor servicio que un hombre puede prestar a otro. Lo encontré de cuclillas en el suelo del cuartel empeñado con sus compañeros en jugar con un mazo de naipes del que cada carta presentaba solamente a mi mirada dos lados negros, no socorridos por una sola mancha o figura que la hiciera distinguir de las demás. La viva ansiedad, la trémula agitación, sin embargo, con que los jugadores las orejeaban, demostraban cuánto más aguda que la mía era su óptica. Al momento de ver el borde de la carta, se percibía en sus rostros una expresión de goce infernal o de ceñudo disgusto; demostrando que instantáneamente sabían de qué carta se trataba. Supongo que las figuras de estos naipes habían desaparecido ante sus ojos tan gradualmente, o más bien, por grados habían sido tan recargadas con suciedad y grasa, con las manchas agregadas probablemente asociadas en la mente de los jugadores con la pintura primitiva, que el mazo para ellos era tan bueno como otro nuevo. Cuando veis un as matando al rey, el caballo a la sota, el proceso es inteligible, pero ver como ví los feroces artigueños que desdeñaban todas las demás leyes, someterse implícitamente a la que admitía que una carta, toda negra matase a otra carta toda negra, era para mí muy enigmático.

Con alguna dificultad pude conseguir que el indio dejase un momento la postura de cuclillas en la rueda de jugadores; y cuando le pregunté qué le había inducido a ponerse de mi parte; su respuesta fué: "Se me antojó no más". Luego demostró gran impaciencia por unirse a sus compañeros, no pareciendo esperase ninguna recompensa, porque consideraba evidentemente no haberme hecho ningún servicio. Así, habiéndolo detenido mucho, puse en su mano una cantidad de oro suficiente para demostrar mi gratitud y más que suficiente para satisfacer a quien ni sentía

Digitized by Google

haberme hecho un servicio, ni que mereciese recompensa. La verdad es que aquellos merodeadores se cuidaban tan poco de la vida humana, que no concebían fuese gran favor el salvarla; y esto fué claro para mí por la absoluta indiferencia manifestada al respecto por mi amigo indio. Tan pronto como recibió los doblones volvió a su puesto entre los tahures; y colocando el oro a su lado, empezó a aumentar las paradas. Lo encontré al día siguiente y me dijo que había perdido todo.

Después recuperé mi barco y bienes de manos de los filisteos; y recibí todo, menos un valor aproximado de £ 1.200.

Esta cantidad fué hurtada por los caballeros empleados y sus subalternos. Mis ropas, las armas, los adornos del Dictador (como Candioti los llamaba), los uniformes para las tropas, con otras cosas que habían herido la imaginación particular del gobernador, capitán del puerto, sargento y otros, fueron retenidas sin escrúpulos. Convencido de que ése no era sitio ni momento para protestar, pasé por todo, volví a despachar el barco para el Paraguay, escribí un informe completo de lo ocurrido al Dictador y a mi hermano y, con mi fiel heraldo Manuel y el emisario del capitán Percy, después de cruzar a Santa Fe, monté a caballo para Buenos Aires.

Fuí allí recibido por mis amigos como escapado de la tumba. Ni el más osado se había permitido esperar que pasase con vida por los procedimientos a que había estado sujeto; sus felicitaciones fueron cordiales en proporción. Al capitán Jocelyn Percy del barco de guerra británico "Hostpur", al teniente, actualmente capitán Kirwood que fué hasta Artigas, a Juan Mc. Neile, actual banquero de Belfast; y muy especialmente a vos, sabéis cuán endeudado estoy por el celo desinteresado y cooperación efectiva con que fuí libertado. La conducta del capitán Percy fué superior a todo elogio, mostrando que, donde la bandera británica flamea sobre artillería flotante, ni un cabello en la cabeza de un súbdito británico puede injustamente tocarse con impunidad.

En cuanto a la restitución de los bienes se admitió generalmente que, como formaba tan corta porción del total, la mejor manera de proceder a su recobro sería por amigable reclamo al general Artigas. Se convino en consecuencia que yo iría a su cuartel general situado en la villa llamada Purificación, fundada por él sobre las márgenes del Uruguay. Me alegré de la oportunidad que se me presentaba de entablar relación con un hombre que se había elevado a tan singular pináculo de celebridad, y cuya palabra en aquel momento, era ley en todo el largo y ancho del antiguo Virreynato del Río de la Plata, con excepción del Paraguay y la ciudad de Buenos Aires. El último lugar era mantenido por él en continua alarma, correteando con sus montoneras las llanuras inmediatas, arrebatando grandes cantidades de ganado, y aproximándose a los suburbios.

Artigas, en la época de la dominación española, era, como se ha dicho, el Robin Hood sudamericano. A la cabeza de bandidos audaces, recorría la Banda Oriental a caballo, ya haciendo incursiones al territorio portugués del Brasil para arrear ganados, y ya costeando el Río de la Plata, protegiendo contrabandistas y participando de sus ganancias mal habidas.

Tal era Artigas en la época que lo visité: y en cuanto a la manera de vivir del poderoso Protector y modo de expedir sus órdenes, veréis en seguida. Provisto de cartas del capitán Per-

Digitized by Google

cy, que requería en términos comedidos la devolución de los bienes retenidos por los satélites del caudillo de la Bajada, o su equivalente en dinero, me hice a la vela atravesando el Río de la Plata y remontando el bello Uruguay, hasta llegar al Cuartel general del Protector en el mencionado pueblo de la Purificación. Y allí (os ruego no haceros escépticos en mis manos), ¿qué creéis que vi? ¡Pues, al Excelentísimo Protector de la mitad del Nuevo Mundo sentado en un cráneo de novillo, junto al fogón encendido en el piso del rancho, comiendo carne de un asador y bebiendo ginebra en guampa! Lo rodeaban una docena de oficiales mal vestidos, en posturas semejantes, y ocupados lo mismo que su jefe. Todos estaban fumando y charlando. El Protector dictaba a dos secretarios que ocupaban junto a una mesa de pino las dos únicas desvencijadas sillas con asiento de paja que había en la choza. Era una reproducción acabada de la cárcel de la Bajada, exceptuando que los actores no estaban encadenados, ni exactamente sin chaquetas. Para completar la singular incongruencia del espectáculo, el piso de la única habitación de la choza (que era bastante grande) en que el general, su estado mayos y secretarios se congregaban, estaba sembrado con pomposos sobres de todas las provincias (algunas distantes 1.500 millas de aquel centro de operaciones), dirigidos a "S. E. el Protector". A la puerta estaban los caballos humeantes de los correos que llegaban cada media hora y los frescos de los que partían con igual frecuencia. Soldados, ayudantes, escuchas, llegaban a galope de todas partes. Todos se dirigían a "Su Excelencia el Protector", y su Excelencia el Protector, sentado en su cráneo de toro, fumando, comiendo, bebiendo, dictando, hablando, despachaba sucesivamente los varios asuntos de que se le noticiaba, con tranquila o deliberada, pero imperturbable indiferencia que me reveló muy prácticamente la exactitud del axioma, "espera un poco que estoy de prisa". Creo que si los asuntos del mundo hubieran estado a su cargo, no hubiera procedido de otro modo. Parecía un hombre incapaz de atropellamiento y era, bajo este único aspecto (permítaseme la alusión), semejante al jefe más grande de la época.

Además de la carta del capitán Percy, tenía otra de recomendación de un amigo particular de Artigas; y entregué primero ésta considerándola mejor modo de iniciar la parte de mi asunto que, por envolver una reclamación, naturalmente creía fuera menos agradable. Cuando leyó mi carta de presentación su Excelencia se levantó del asiento y me recibió no solamente con cordialidad, sino, lo que me sorprendió más, con maneras relativamente caballerosas y realmente de buena crianza. Habló alegremente acerca de la Casa de Gobierno; y me rogó, como que mis muslos y piernas no estarían tan habituadas como los suyos a la postura de cuclillas, me sentase en la orilla de un catre de guasquilla que se veía en un rincón del cuarto y pidió fuera arrastrado cerca del fogón. Sin más preludio o disculpa, puso en mi mano su cuchillo, y un asador con un trozo de carne muy bien asada. Me rogó que comiese y luego me hizo beber, e inmediatamente me ofreció un cigarro. Participé de la conversación; sin apercibirme me convertí en gaucho; y antes que yo hubiese estado cinco minutos en el cuarto, el general Artigas estaba de nuevo dictando a sus secretarios y despachando un mundo de asuntos, al mismo tiempo que se condolía conmigo por mi tratamiento en la Bajada, condenando a sus autores, y diciéndome que en el acto de recibir la justa reclamación

Digitized by Google

del capitán Percy, había dado órdenes para que se me pusiese en libertad.

Hubo mucha conversación y escritura, y comida y bebida; pues así como no había cuartos separados para desempeñar estas variadas operaciones, tampoco parecía se les señalase tiempo especial. Los negocios del Protector duraban de la mañana a la noche y lo mismo eran sus comidas; porque cuando un correo llegaba se despachaba otro; y cuando un oficial se levantaba del fogón en que se asaba la carne, otro lo reemplazaba.

Por la tarde su Excelencia me dijo que iba a recorrer a caballo el campamento e inspeccionar sus hombres, y me invitó a hacerle compañía. En un momento él y su estado mayor estuvieron montados. Todos los caballos que utilizaban estaban enfrenados, y ensillados día y noche alrededor de la choza del Protector, lo mismo eran los caballos de las tropas respectivas en el sitio de su vivac; y con aviso de cinco minutos, toda la fuerza podía ponerse en movimiento avanzando sobre el enemigo o retirándose con velocidad de doce millas por hora. Una marcha forzada de veinticinco leguas (setenta y cinco millas) en una noche, nada era para Artigas; y de ahí muchas de las sorpresas, los casi increíbles hechos que realizaba y las victorias que ganaba.

Heme ahora cabalgando a su derecha por el campamento. Como extraño y extranjero me dió precedencia sobre todos los oficiales que componían su séquito en número más o menos de veinte. No se suponga, sin embargo, cuando digo "su séquito" que había ninguna afectación de superioridad por su parte o señales de subordinación diferencial en quienes le seguían. Reían, estallaban en recíprocas bromas, gritaban, y se mezclaban con un sentimiento de perfecta familiaridad. Todos se llamaban por su nombre de pila sin el Capitán o Don, excepto que todos, al dirigirse a Artogas, lo hacían con la evidentemente cariñosa y a la vez familiar expresión de "mi general".

Tenía alrededor de 1.500 secuaces andrajosos en su campamento que actuaban en la doble capacidad de infantes y jinetes. Eran indios principalmente sacados de los decaídos establecimientos jesuíticos, admirables jinetes y endurecidos en toda clase de privaciones y fatigas. Las lomas y fértiles llanuras de la Banda Oriental y Entre Ríos suministraban abundante pasto para sus caballos, y numerosos ganados para alimentarse. Poco más necesitaban. Chaquetilla y un poncho ceñido en la cintura a modo de "kilt" escocés, mientras otro colgaba de sus hombros, completaban con el gorro de fajina y un par de botas de potro, grandes espuelas, sable, trabuco y cuchillo, el atavío artigueño. Su campamento lo formaban filas de toldos de cuero y ranchos de barro; y éstos, con una media docena de casuchas de mejor aspecto, constituían lo que se llamaba Villa de la Purificación.

De qué manera Artigas, sin haber pasado a la Banda Occidental del Paraná, obtuvo jurisdicción sobre casi todo el territorio situado entre aquel río y la vertiente oriental de los Andes, requiere una explicación. Muy poco tiempo después de estallar la Revolución, los habitantes de Buenos Aires se mostraron inclinados a enseñorarse de las ciudades y provincias del interior. Todos los gobernadores y la mayor parte de los funcionarios superiores eran nativos de aquel lugar; las ciudades eran guarnecidas con tropas de allí; el aire de superioridad y, a menudo, arrogante de los porteños disgustaba a muchos de los principales habitantes del inte-

Digitized by Google

rior, y los hacía ver en sus altaneros compatriotas solamente otros tantos delegados substitutos de las antiguas autoridades españolas. Por consiguiente, tan pronto como las armas de Buenos Aires sufrieron reveses en el Perú, Paraguay y Banda Oriental, las ciudades del interior se negaron a obedecer, nombraron gobernadores de su elección, y para fortificar sus manos, pidieron la ayuda de Artigas, el más poderoso y popular de los jefes alzados. Así quedaron habilitados para hacer causa común contra Buenos Aires. Cada pequeña ciudad conquistó su propia independencia, pero a expensas de todo orden y ley. Los recursos del país se hacían cada día menos valederos para el propósito de fijar la base de una prosperidad permanente y sólida; y, mientras, en este momento, las riñas rencorosas y los odios de partido están diariamente ensanchando la brecha entre la familia sudamericana, su caudal está padeciendo aquel proceso de agotamiento inseparable siempre de la guerra civil. Su comercio está casi paralizado por la inseguridad que nace así para las personas y la propiedad.

Pasadas algunas horas con el general Artigas, le entregué la carta del capitán Percy; y en términos tan medidos como eran necesarios para exponer claramente mi causa, inicié mi reclamo de compensación.

"Vea", dijo el general con gran candor e indiferencia, "como vivimos aquí; y es todo lo que podemos hacer en estos tiempos duros, manejarnos con carne, aguardiente y cigarros. Pagarle seis mil pesos, me sería tan imposible como pagarle sesenta o seiscientos mil. Mire, prosiguió; y, así diciendo, levantó la tapa de un viejo baúl militar y señalando una bolsa de lona en el fondo. "Ahí" añadió, "está todo mi efectivo, llega a 300 pesos; y de dónde vendrá el próximo ingreso, sé tanto como usted".

Es bueno conocer el momento de abandonar con buena gracia una reclamación infructuosa; y pronto me convencí que en la presente circunstancia la mía lo era. Haciendo de la necesidad virtud, le cedí, por tanto, voluntariamente, lo que ninguna compulsión me habría habilitado para recobrar; y apoyado así en mi generosidad, obtuve del Excelentísimo Protector, como demostración de su gratitud y buena voluntad, algunos importantes privilegios mercantiles relativos al establecimiento que yo había formado en Corrientes. Me produjeron poco más que la pérdida sufrida. Con mutuas expresiones de consideración nos despedimos. El general insistió en darme uno o dos de sus guardias como escolta, extendiéndome pasaporte hasta la frontera paraguaya. Esto me valió todo lo que necesitaba: caballos, hospedajes, alojamiento, en todo el camino de Purificación a Corrientes. La jornada me tomó cuatro días; y ansioso ahora, después de todo lo que había sufrido por causa de Francia, de entrevistarme con él, determiné sin dilación seguir al Paraguay.

De que esa entrevista sería propicia, no podía dudar un momento; porque aunque me percataba que el Dictador miraría con gran tirria la detención de sus armas y munición, sin embargo yo estaba tan libre de culpa en el asunto, y, había arriesgado tanto para realizar sus deseos, que no podía concebir que la ingeniosidad o cavilosidad mismas fuesen capaces de encontrar un punto donde entablar querella. Cuánto me equivoqué lo demostrará lo que sigue y, al mismo tiempo que proyecte alguna luz sobre la inflexibilidad de carácter de Francia, corroborará lo que ya he dicho y queda por detallar, de su frío y calculador egoísmo.

Vuestro, etc., J. P. R.

Digitized by Google

CARTA LIII

G. P. R. al señor Tomás Fáir.

Carta del sargento Escocés. — Mi primera entrevista con Francia. — Francia dicta sentencia de destierro

A fines de junio, 1815, poco después de haber tenido desde Santa Fe noticias de mi hermano, y cuando diariamente buscaba nuevos informes de su viaje a Asunción, algunos vagos rumores me llegaron de que había sido preso; y, debido a una de las múltiples irregularidades en la transmisión de cartas del Río de la Plata al Paraguay, la primera información auténtica que recibí tocante a los desastres de mi hermano me fué dada por la siguiente epístola de nuestro amigo Spalding, el sargento escocés mencionado en anteriores cartas. La transcribo *verbatim et literatim*. Para el argentino que sepa inglés estoy seguro que la carta de Spalding resultará entretenida.

Corrientes, 23 of june of 1815.

'Sir:

"I am verry sory too comunicat to you the novelty wich i just finish to receive for fact from Don Agustín the patrón off Ysasys Brigh, or Berentim, who tries 11 days Boighe from the Bajada, he encounter yur Bruther in the Río of St. Juan, about 3 liges (leagues) of the port of Cavallo Quatia, who has been brote or devolved from Goya the sardiers wen abord of his vesel with the Bote of Don Manoel Himas, and Himas hade anof to doo to safe his Life, as it was safe, and i spare in god it will bee so this Agustín encounter Mr. J. P. R. at that place on the 16 of june.

"When I leagued in this place i was Tauld there was a English Cavalier a cummin upe the river who was brining arms to Paraguay an their was streched orders to take him presones, but i intend that they have folloed him by land from the Bajada to Goya, and there aguarded for him, it is said he bring a good many arms, espessaby sables. One the 25th i meen to get on May way to that plaice, and if i can bee of any serves to him, i will doo what Layes in may power and may short recorses and from their i will Lit vou to no what gowes on, &c. &c.

"I hop by this time That you will have sould may Mullata girel, and you will be sow good as to enoy me the price off hir ni yerba suave with the first opertunity. I sent from the River side to intrigue to you by don Inricy (Henrique) Aribalo 1 Gould chane, 1 do. cruz, 4 do, Rings of those memoriales. Pleese let mi no if you hav got them or not, as i went back that nite and tuck the Mrs., but he had not yet intrigued them —, the chane had 2 yards Long.

"Having nothing more particlar to rite to you at the present, i desire you may pass it well, and command as you pleese him who subscribes.

"Your attentive servant &c.

"David Spalding". (1).

(1) Señor: Tengo verdadero pesar en comunicar a usted la novedad que acabo de recibir por el hecho que don Agustín, el patrón del bergantín de Isasa, que trae once días de viaje desde la Bajada, encontró a su hermano de usted en el río San Juan, como tres leguas del puerto de Caballú Cuatiá, quien había sido llevado o devuelto de

Digitized by Google

Esta curiosa producción me dejó perplejo y alarmó no poco. El asunto se me aclaraba, pero mi alarma no disminuyó cuando recibí el mismo día una carta de nuestro amigo Postlethwaite, informándome que mi hermano estaba preso en la Bajada por orden de un jefe artigueño, a causa de haber sido informado éste que el cargamento del buque que lo llevaba al Paraguay, se componía de armas destinadas al Dictador de la República.

Visité inmediatamente a Francia y encontré que el comandante de Ñeembucú le había comunicado la misma noticia. En el primer arranque de indignación, Francia me afirmó que declararía la guerra a Artigas si se hacía cualquier daño a la persona o propiedad de mi hermano. Aseguraba que los montoneros no se atreverían a llegar a tales extremos con "su amigo" el señor don Juan; para quien me entregó aquel mismo día una nota oficial grandilocuente, destinada a ser mostrada al comandante de la Bajada, afirmando que las espadas habían sido encargadas por el Dictador y expresando su convicción de que, cuando el general Artigas o sus oficiales supiesen el verdadero estado del asunto, la persona y bienes de mi hermano serían inmediatamente libertados.

Omitiré detenerme sobre la ansiedad e incertidumbre con que procedí hasta oír que mi hermano había sido rescatado, gracias a la mediación del comandante de la estación naval británica, de las garras de los artigueños de la Bajada. Se ha visto:

Primero. — Que mi hermano había salido de la prisión.

Segundo. — Que la mayor parte de las mercaderías le fué devuelta.

Tercero. — Que las armas, ropas y otras cosas fueron robadas por los soldados o retenidas por el comandante de Artigas.

Las mercaderías fueron enviadas al Paraguay, y mi hermano, antes de venir, regresó a Buenos Aires para ver a sus amigos de allí y expresarles su agradecimiento.

Todo esto era sumamente desagradable para el altanero, caprichoso aunque pueril Dictador. Esperaba que su carta habría libertado la persona y mercaderías capturadas. Había solicitado del comandante británico una orden imperativa para entregar las armas al fuerte y poderoso Dictador del Paraguay; y había esperado que mi hermano, en vez de ir a Buenos Aires debiera correr a Asunción para derramar la expresión de su gratitud y admiración por la sabia y fogosa conducta de su Excelencia en este asunto.

Goya, los soldados fueron a bordo de su barco en el bote de don Manuel Imas; e Imas tuvo bastante que hacer para salvar su vida, como fué salvada, y espero en Dios que así lo será. Este Agustín se encontró con Mr. J. P. R. en aquel lugar el 16 de junio. Cuando llegué a este lugar me dijeron que había un caballero inglés que venía aguas arriba llevando armas para el Paraguy, y había órdenes estrictas de prenderlo, pero entiendo que lo habían seguido por tierra desde la Bajada hasta Goya, y allí lo aguardaron; se decía que traía bastantes armas, especialmente sables. El 25 pienso ponerme en camino para ese lugar y si puedo prestarle cualquier servicio a él, haré todo lo que esté al alcance de mi poder y cortos recursos, y de allí haré saber a usted cómo van las cosas, etc., etc. Espero que a la fecha habrá usted vendido mi muchacha mulata y tendrá la bondad de enviarme el precio de ella en yerba suave en la primera oportunidad. Envié de la costa del río para entregar a usted por don Enrique Arévalo, una cadena de oro, una cruz ídem, cuatro anillos ídem de esos memoriales. Sírvase decirme si los ha recibido o no, cuando regresaba aquella noche y tomaba la señora, pero él no los había entregado todavía, — la cadena tenía dos yardas de largo. Sin nada más que escribirle en particular, deséole lo pase bien y ordene lo que guste al que suscribe.—S. A. S. *David Spalding.*

Digitized by Google

Por consiguiente, cuando Francia iba conociendo por mí el *denouement* de la aventura de la Bajada, demostraba crecientes síntomas de impaciencia, y su manera para mí se cambió gradualmente de cordial en política — de política en seca —, y de seca en grosera. Por este tiempo yo le visitaba casi todas las tardes; y cuando, por fin le informé que mi hermano se hallaba en Corrientes en viaje para la República y que toda esperanza de que las armas fuesen recuperadas tocaba a su fin, se levantó abruptamente y me pidió que volviese a la tarde siguiente.

Volví en consecuencia y encontré que el Dictador paseábase por la habitación, teniendo en la mano izquierda su tabaquera de oro, redoblando impacientemente en la tapa con los dedos de la derecha; era evidente que se iba excitando con sus reflexiones irritadas. Al verme entrar, se detuvo silencioso, y volviéndose a mí comenzó de esta manera:

"¡Así, don Guillermo, usted me informa que las armas no se han de entregar, ¿eh?"

"Siento decir que así es", contesté.

"Y sírvase decir", preguntó Francia, "¿por qué el comandante británico y el cónsul británico no han insistido en que me sea restituído lo mío?"

"Porque", repliqué, "las armas se consideraban como artículos de guerra, y en estos casos el comandante británico se abstiene de intervenir en nada como creo V. E. sabe".

"No sé tales zonceras", replicó el Dictador con impertinencia. "Así, entonces", continuó después de breve pausa mientras se sentaba cerca de mí, "¿sus comandantes y cónsules no pueden asegurarme el tráfico libre de armas y munición?'

"Está fuera de sus facultades", dije, meneando la cabeza.

El doctor aspiró Princesa, sutil rapé del Brasil, y luego se levantó con gran cólera.

"Mire usted, señor Robertson", dijo este expositor del derecho internacional, "su hermano primero y usted después, han sido recibidos bondadosamente en esta República, y se les ha permitido comerciar con la amplitud que han gustado. He permitido el libre comercio británico, y procurado, como usted sabe, abrir relaciones directas de su nación con este rico país. ¡Y éste es el pago que recibo! ¡Cuando pido los artículos que necesito se me dice que sus autoridades no pueden garantir el libre tráfico de armas! ¡Cuando se han de consultar mis intereses, se me dice que lo destinado para mi República se ha de dejar a merced de montoneros y degolladores, mientras los oficiales británicos escandalosamente pasan por alto mis justas reclamaciones a la gratitud de la Gran Bretaña! Sepa ,entonces, que no permitiré más a usted, a su hermano, o a cualquier comerciante británico, residir en mi territorio. Si no se me garante el libre comercio de armas esté usted seguro que no les permitiré comerciar en trapos ingleses".

Puso airado énfasis en la palabra trapos, y luego tranqueó atrás y adelante con gran tirria.

"Artigas", prosiguió, "es un pícaro, ladrón salteador; pero yo sé la manera de hacerlo arrepentir de la temeridad de haberse entrometido en mis asuntos. Sentirá el peso de mi indignación, y aprenderá a no provocar otra vez mi enojo. ¡Pero, señor, usted y su hermano deben dejar la República. Vaya a su comandante naval, vaya a su Cónsul,—y dígales de parte de Francia, que son

Digitized by Google

unos zonzos,—sí, que son zonzos", repitió, "y que Francia lo dice".

Sabía que si empezaba a defender mi causa ante el acalorado doctor, su furia solamente aumentaría, y que probablemente en medio de ella, me acribillaría con alguna orden arbitraria que después yo trataría en vano de hacer revocar. Así, pues, fingí asentir a su afirmación que el Excelentísimo Protector Artigas era un pícaro, y que el Cónsul de S. M. B. señor Staples, era un tonto. Fuí luego bastante prudente para retirarme a toda prisa de la conferencia, antes que los epítetos subiesen de punto y me llegase más cerca quizás de lo que había sucedido hasta entonces.

Previendo las dificultades en que probablemente nos veríamos envueltos, había escrito a mi hermano que viniera a Asunción sin demora; pero antes de poder unírseme, nuestro barquito "Inglesita" llegó con la carga que había sido detenida en la Bajada, por valor de £ 15.000.

Por necesidad acudí nuevamente a Francia, y por primera vez no me admitió en su casa. Vino a la puerta, envuelto en su capote y secamente preguntó lo que necesitaba. Cuando le dije que el buque había llegado, me interrumpió diciendo que podía aprontarme para hacerlo regresar con la carga; pues hasta que pudiese comerciar libremente en armas, estaba resuelto que no haríamos negocios en Asunción. "Vaya usted con Dios", agregó, y girando sobre sus talones, entró en su obscuro cuarto y cortésmente me cerró la puerta.

El asunto llegó a culminar el día siguiente. En la valija de correspondencia de la "Inglesita" se había puesto, como antes se ha mencionado, una comunicación oficial del gobierno de Buenos Aires para Francia ofreciéndole armas por reclutas. Artigas, como se ha dicho, se había apoderado de esta nota y dió lugar a que se publicase que Francia vendía paraguayos como perros por mosquetes. De todo esto Francia acababa de recibir noticia oficial. Determinó imputar todo el asunto a mi hermano; y, rabiando como toro salvaje, o pretendiendo que rabiaba, me hizo llamar. Digo que afectaba rabia que no sentía porque, cuando llegué, lo encontré rodeado por los pocos empleados que conservaba aún en sus puestos y, evidentemente, hablaba para producir efecto.

"Vea", decía él, "lo que su hermano ha tenido la insolencia y el valor de hacer. ¡Ha negociado con el vil Alvear armas por sangre de paraguayos! ¡Ha ofrecido hombres por mosquetes! ¡se ha atrevido a intentar vender mi pueblo! ¡Que tenga cuidado! ¡Que se arriesgue a pisar esta República! Escríbale que jamás vuelva a poner el pie en este suelo! y en cuanto a usted, mándese mudar con todo lo que tiene. ¡El mundo todavía verá que, cualquiera sea la provocación, la justicia y equidad hacia los neutrales presiden las determinaciones de Francia".

Aprovechando esta alusión a la magnanimidad de Francia hecha por él mismo y temeroso de que me fuese acordado plazo de veinticuatro horas para abandonar el país, inmediatamente dije: "Espero V. E. verá que no tengo participación alguna en estos hechos desgraciados y que no hará que yo los sufra personalmente. Estoy realmente grato en reconocer la bondad que constantemente he encontrado en el Paraguay y me inclino ante la decisión de V. E. de que yo abandone ahora la República. Pero confío en que V. E. me dará tiempo para redondear nues-

Digitized by Google

tros negocios y permiso para sacar en frutos del país los bienes que tengo a mi cuidado, y por parte considerable de los cuales soy a otros responsable".

"¿Cuánto tiempo", preguntó Francia, "le tomará el terminar sus negocios y embarcar sus bienes?"

"Dos meses", respondí.

"Muy bien", replicó el Dictador, "en dos meses a contar desde hoy, o antes si puede, usted dejará la República."

Una vez arreglado este punto a satisfacción y más favorablemente de lo que esperaba, luego despaché un correo para detener a mi hermano, como que yo estaba muy seriamente alarmado por las consecuencias, si él llegaba con el humor actual de Francia. Lo que escribí se encontrará en el detalle de mi hermano. No tuvo el efecto de detenerlo. Llegó tres días después de mi última entrevista con Francia, y le dejaré decir lo que sucedió después.

Vuestro, etc.

G. P. R.

CARTA LIV

J. P. R. al Señor Tomás Fáir.

Tercera visita al Paraguay. — Entrevista con mi hermano y con el Dictador. — Mi destierro

Londres, 1838.

En el camino para Asunción, apenas había pisado territorio paraguayo, me encontró un humeante correo que mi hermano había despachado para impedir mi salida de Corrientes. Juzgad de mi sorpresa e indignación, cuando la siguiente carta de mi hermano me fué entregada por el agitado y cansado portador. El desaliento estaba pintado en su rostro al entregarme sus credenciales y se apoderó de mí cuando leí lo siguiente:

"Mi querido Juan: Vuelvo ahora de una entrevista—por mi parte de lo más tormentosa—con el Dictador; y no pierdo un instante en despachar nuestro correo con las noticias fatales que tengo que comunicar, y en la ferviente esperanza que llegue a Corrientes en tiempo de impedirte des el ahora peligroso paso de venir al Paraguay. Ambos estamos proscriptos, y en vez de venir aquí para juntarte conmigo, debo juntarme contigo en Corrientes, muy en breve, a consecuencia de mi sentencia de expulsión.

"Hace dos horas me llamó Francia, y me recibió con su humor más serio; y poniendo un impreso en mis manos, me preguntó qué sabía yo de eso y de cómo habías tenido la audacia de permitirte al asunto.

"Después de leer el impreso encontré que contenía una carta, dirigida por el director Alvear al Dictador Francia ofreciéndole mosquetes en cambio de hombres y con mención expresa de tu nombre, como autorizado para tratar con Francia sobre la materia. Esta carta, parece, fué encontrada en la valija postal de la "Inglesita" por la partida que se posesionó del buque, y siendo enviada a Artigas, ha sido por él publicada, con varios comentarios agraviantes, y distribuída con el propósito de crear desafección entre los paraguayos que habitan los pueblos fronterizos de Misiones. Artigas dice allí que el Dictador está aliado

Digitized by Google

con Buenos Aires y que por intermedio de un extranjero va a vender una porción de sus paisanos por armas con que postrar y esclavizar a los demás.

"Nada hubiera sido más inoportuno; nada se podía imaginar más calculado para irritar y enojar al Dictador. En suma; está furioso; no querrá oír circunstancias atenuantes en favor tuyo; afirma has estado intrigando del modo expuesto; e indignado rechazó mi pedido de que se te permitiese exponer la manera en que habían pasado realmente las cosas. Me pidió decirte que sería peligroso para tí poner los pies en el Paraguay y me ordenó prepararme para salir del país dentro de dos meses. Sabes cuán irrevocables son sus resoluciones y cuán peligroso torcerlas, desobedecerlas. Te ruego, por consiguiente, no moverte de Corrientes si ésta te encuentra allí; y si te has puesto en viaje antes que el correo arribe, vuelvas sobre tus pasos, en cualquier punto del camino que lo encuentres. Aunque Francia alega como razón principal para expulsarnos de la provincia la parte que insiste has tomado en producir la odiosa proposición de Alvear, el Dictador está todavía casi tan fuera de sí con nuestro comandante y Cónsul como contigo mismo.

"Inglaterra", dice S. E. "sabrá que, si no protege el comercio de armas, no tendrá ningún comercio de manufacturas con el Paraguay. No necesitamos sus trapos aquí, si no tenemos también mosquetes, y así, si gustais, escribiréis a vuestro comandante naval o a vuestro primer ministro.

"Te repito no vengas aquí; y sé seguro que haré todo lo que la exigencia del caso requiere para que sea tan pequeña como sea posible la inconveniencia y pérdida por tan súbita interrupción de nuestro negocio.

"Tuyo, etc.,

G. P. Robertson".

Sin atemorizarme por el aviso de mi hermano, y resuelto a decir mi relato sin ambajes a Francia, seguí para Asunción. Me sentía tan fuerte en la verdad e inocencia de mi causa que no podía creer que aun un tirano tan frío como el que tenía que tratar, se atreviese a llevar las medidas de hostilidad más allá del paso que había ya dado, ordenando a mi hermano y a mí, con gran sacrificio, salir de la República. Mi hermano pensaba de otro modo; que no había violencia concebible que el Dictador desechase y la inquietud y ansiedad se aumentaron en grado décuplo cuando me vió aparecer bajo el corredor de nuestra morada. Me importunó todavía para que regresase, sin arriesgar una entrevista con Francia. Fué en vano; mi resolución estaba tomada y resolví visitarlo la mañana siguiente en su palacio.

La noche se empleó en recordar y oír todos los actos de creciente despotismo y dura severidad, de que la República había sido teatro y Francia autor, durante los seis meses de mi ausencia. Las cárceles estaban gimiendo con sus moradores; el comercio paralizado; los buques pudriéndose en la ribera y averiándose los productos en los depósitos; un sistema de espionaje del género más inquisitivo prevalecía; las clases superiores estaban deprimidas, las inferiores levantadas, mientras el capricho del Dictador era única regla de gobierno, y la insolencia de sus soldados era fomentada sistemáticamente como el mejor medio de infundir terror en el corazón de los abatidos e insultados ciudadanos. La desconfianza y el terror penetraban en todas las casas; los parientes más

Digitized by Google

próximos y los amigos más queridos parecían se temiesen entre sí; la desconfianza o desesperación estaban más o menos legiblemente escritas en todos los rostros que se encontraban; y desde el momento que os hacíais objeto de sospecha o desagrado para el Dictador, desde el mismo momento se os atrancaban todas las puertas, todas las caras os evitaban, todo acto de bondad o civilidad era rehusado, para que no se interpretase como desdén de la traición, o desatención del enojo del tirano. La única risa oída en la ciudad era de los soldados de Francia en las bacanales de los cuarteles, o festejando las afrentas hechas a ciudadanos inofensivos cuando se les sacaba dinero abiertamente en las calles por los cuarteleros.

En tal estado de cosas, mi hermano y yo salimos para afrontar al tirano, a la sazón nuestro inveterado enemigo, en su mismo palacio. Contrariamente a la libertad con que había sido siempre admitido y a la poca ceremonia con que antes me había presentado al Dictador, fuí detenido en el portal hasta que el sargento de guardia me anunció a su amo. Mi hermano y yo fuimos guiados a la sala de audiencia, escoltados por tres soldados; y allí, como león en su cueva, estaba Francia, con los ojos brillantes de fuego y furia y todas las facciones contraídas en una expresión de la máxima severidad y enojo.

"¿Cómo", me dijo sin más preludio que su semblante ceñudo, "se ha animado a venir a presencia mía después de recibir órdenes expresas de no osar poner los pies en mi territorio?"

"Estaba ya, señor", respondí, "en su territorio cuando recibí ese duro mandato, y si antes lo hubiera recibido, no habría encontrado nada, en el examen de mi conducta, que me hubiera hecho avergonzar o temer de vuestra presencia. Al contrario, creí que todo lo que había sufrido y perdido por vuestra causa me aseguraría acogida muy diferente de la que tengo". Durante esta breve réplica el Dictador estuvo mordiéndose los labios y contenido, por un esfuerzo evidente, de interrumpirme. Al fin estalló de esta manera: "La carta, señor, la carta: ¿qué tiene usted que decir a eso?" "Que no sabía nada de su contenido y aun menos había autorizado sus términos, o el uso de mi nombre por Alvear". "Mentira" dijo. "No es mentira, mi señor Dictador; y si consideráis el modo de proceder como un pasajero que va de aquí a Buenos Aires, en época que tuvieseis cualquier comunicación que hacer a aquel gobierno, si no le dejáis otra alternativa que llevar vuestra carta, veréis prontamente que el Director de Buenos Aires no hacía más por mí que lo que hubiérais hecho por otro, ni yo menos por el Director que cualquier pasajero al dejar Asunción debe haber hecho por el Dictador".

"Que la carta de que yo era portador hubiese caído en manos de Artigas y fuese usada por él de la manera que lo hizo, si queréis, es vuestra desgracia; pero no es más mi falta que lo sería vuestra; y castigarme por ello, como amenazáis hacerlo, es tan cruel como injusto."

Hasta aquí me oyó, y el Dictador, interrumpiéndome entonces, habló con una vehemencia que nunca había visto igualada, las palabras que siguen: "Mire usted, señor; vea que a la expiración de cuarenta y ocho horas no se le encuentre más en el Paraguay, o cuidado, cuidado con las consecuencias".

Mi hermano estaba evidentemente tan receloso de algún resultado fatal de esta entrevista que lo más voluntariosamente accedí a su deseo de ponerle fin; y no perdió un momento en

Digitized by Google

sacarme apasionadamente de una vez de presencia del tirano. No le vi más; pero poco versado, en verdad, en la historia del progreso natural de la tiranía debe ser quien, después de ver lo que vi, no predijese también ominosamente que la carrera del terror de Francia apenas se había iniciado.

El Paraguay desde entonces ha ofrecido un espectáculo de sangre y miseria, de la tiranía más absoluta y de la esclavitud más completa, que cualquiera presentado a los ojos del mundo desde los peores días de los Césares, o que se conozca existir al presente entre los países de Oriente más despóticamente gobernados.

Podéis creer que trazo el carácter de Francia y pinto sus actos con la amargura del hombre contrariado o la preocupación del maltratado. Pero el tiempo ya ha puesto de manifiesto muchas de mis afirmaciones y ratificado todos mis temores. Este hombre extraordinario ha producido, en circunstancias tan extraordinarias, un fenómeno moral y político para ser estudiado por hombres pensadores todavía no nacidos y destinados a hacerlos estremecer cuando se pregunten a qué terribles e inauditos excesos las pasiones combinadas de insaciable ambición, recelosa tiranía y despótico capricho, no contenidas por temor o control, estimularán al hombre que ha formado en su pecho salvaje el infernal proyecto de poner el pie sobre el cuello de sus semejantes.

Cuando mi hermano y yo volvíamos del palacio, siendo ya notorios mi decretado destierro y el disgusto irrevocable de Francia, se nos dejó pasar por las casi desiertas calles sin un saludo. Nuestros más íntimos amigos pasaban de largo; nuestros conocidos tomaban el otro lado de la calle o se encerraban en sus casas cuando pasábamos. Si hubiéramos estado infestados por la peste más contagiosa, no habríamos sido más cuidadosamente evitados. Pero esto no era de admirar, porque ciertamente, como Candioti decía, la propia conservación es ley primordial de la naturaleza; y la ligera tenencia que cada uno tenía de la propia vida en el Paraguay, era su convicción de estar despierto y soñar cuando dormía. Una inclinación de cabeza que se nos hiciera, podría haber concluído en el destierro, y un apretón de manos llevado a la cárcel al presuntuoso pícaro que lo ofreciese. Sólo nuestro fiel sirviente se negó a abandonarme y una sola humilde casita no me cerró la puerta. Mi perro mantuvo su fidelidad y mi hermano su afección; todo lo demás era horrible exhibición de amistad pasada, intimidad disuelta, bondad encallecida, hospitalidad enfriada y alegría y camaradería atemorizadas en el silencio o sospecha.

No podía tener ningún pesar en dejar aquel lugar en tales circunstancias; y volviendo a soltar mi barquito de la ahora inhospitalaria ciudad de Asunción, me deslicé suavemente aguas abajo del magnífico Paraguay, con el mismo baqueano y tripulación que habían presenciado todos mis sufrimientos a manos de los soldados de Artigas, después que tomaron posesión de la "Inglesita". De los horrores que de nuevo me esperaban a mi arribo a Corrientes, para donde navegaba, os he de informar en la siguiente carta. Como la paloma soltada del Arca, me parecía imposible encontrar lugar donde posar mis pies; había sido capaz durante algunos meses de no hacer la señal de que las aguas de la amargura habían rebosado mi alma. En giro más familiar parecía siempre estar fuera de la sartén en el fuego;

Digitized by Google

no podía alcanzar aquel punto de consuelo a que se refería la mujer con respecto a las anguilas, cuando decía que estaban acostumbradas a la operación de ser desolladas, y por tanto, no le daban importancia. Había estado regularmente bien habituado a las penas durante algunos meses y aun creía cada trámite subsiguiente a que me sometía, más objetable a causa de su repetición.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA LV

J. P. R. al señor Tomás Fair

Vuelta a Corrientes. — Conclusión de las observaciones personales.

Londres, 1838.

Proyecté mi viaje a Corrientes por dos razones; porque era el puerto amigo más próximo a Asunción, y porque había puesto allí la base de un establecimiento incipiente. Pero cuando llegué encontré la ciudad en situación de la más completa anarquía, tumulto y confusión. Algunos hombres de influencia habían intentado suplantar la autoridad de Artigas, y la consecuencia habitual de este paso se produjo inmediatamente. En los breves diez días de mi ausencia, una partida de caballería ligera, a marchas forzadas, llegó súbitamente al lugar, y sin disciplina ni restricción, atacó y pilló sin compasión. Cuando desembarqué, recorrían las calles con los sables desenvainados, amenazando a todos y robando la mayor parte de lo que encontraban. Afortunadamente, tenía el pasaporte y protección con que Artigas me había provisto en la Purificación. Mostrándolo a las diferentes partidas que recorrían la ciudad, se operó un encanto y, agregado el regalo de unos pocos pesos, me aseguró libre tránsito para casa del gobernador, quien era viejo amigo mío y me recibió cordialmente. Al mismo tiempo me aseguró que las tropas estaban completamente fuera de su control, y me aconsejó que de ningún modo arriesgase desembarcar mis mercaderías en medio de tal peligro y excitación. Cuando accedió, sin embargo, a darme guardia de seis hombres y hacer correr la voz entre los soldados de que yo tenía un documento en forma, garantizándome la protección por Artigas de mi persona y bienes, no admití su objeción; y el resultado fué que tuve mejor concepto que él del valor del documento obtenido de Artigas. Descargué todo, atranqué mis puertas, mantuve alerta a mis guardianes, relevándolos día y noche; di cerveza, vino y un poco de oro a los más influyentes entre los soldados; y mientras el pillaje, rapiña y derramamiento de sangre se producían a mi alrededor, permanecí seguro y tranquilo en mi casa fortificada. Habiéndose alcanzado finalmente el objeto de Artigas, y restablecida su autoridad, el destacamento de tropas recibió órdenes de incorporársele y todo volvió a estar tranquilo y seguro. La partida de los soldados merodeadores fué verdaderamente bien recibida, y no menos notable era el círculo sagrado que la protección de Artigas parecía haber trazado en mi torno, librándome de la intrusión en él aun de la más desordenada de sus desordenadas bandas. Esto no obstante, no estaba menos

Digitized by Google

en estado de temor y temblor cuando veía a otros robados y presos y aun asesinados a mi alrededor. Los recuerdos relacionados con el espectáculo de la Bajada estaban demasiado vivos y frescos para permitirme estar a gusto cuando las mismas personas, a expensas solamente de otras víctimas, ejecutaban hechos muy semejante a los tan recientemente practicados conmigo. Gocé verdaderamente cuando vi que los últimos pocos rezagados de tan inquieta, feroz e insaciable cuadrilla se alejaron dejando la ciudad en tranquila posesión de mi amigo el gobernador Méndez y una compañía de su sobria milicia. En cuanto a los pobres habitantes, supieron tanto del horror y saqueo, que me sentí seguro de que no se encontrarían síntomas de insubordinación en muchos meses.

Mi hermano se me reunió luego, viniendo del Paraguay, y como el país estaba cada día más tranquilo, extendimos grandemente nuestras operaciones, con la esperanza de recuperar algo de nuestras pérdidas anteriores. Estas operaciones fueron principalmente con los grandes estancieros, y tan singulares y curiosos fueron el tráfico y los hombres que lo hacían, que quizás, más adelante, me ocupe de ellos.

Vuestro, etc.

J. P. R.

CARTA LVI

A NUESTROS LECTORES

Con los libros sucede a menudo lo que en la caza del zorro. Veréis, en el último caso, un espléndido grupo que sale al campo muy alegre, prometiéndose jornada excelente de deporte. Don Juan arranca del escondrijo y corre en paso intrépido. El montero suena el cuerno de caza; cerros y valles repiten la música de los sabuesos; los cazadores salvan cercos y saltan arroyos y tranqueras. Al principio, en orden cerrado, hacen despliegue espléndido de coraje y perseverancia. Pero hay campos arados que atravesar; largos rodeos que hacer; ahora un caballo se cansa; de cuando en cuando su jinete; la velocidad es demasiado dura para algunos; demasiado lenta para otros; los perros frecuentemente pierden la pista; la garúa se convierte en lluvia o la ligera aguanieve en fuerte nevada; algunos están ya lejos de sus casas; y otros, comprometidos para comer a alguna distancia, no pueden continuar más tiempo. Por una u otra causa, uno tras otro dejan la cacería, y quizás solamente media docena de los más perseverantes, sin acobardarse a poco andar por el tedio y cansancio, entran ingenuemante "en la muerte".

Justamente, así sucede con un libro y sus lectores.

Después de conseguir una lista espléndida de suscriptores (y pocos salen al campo con más selecta y, sin embargo, numerosa compañía que nosotros) la producción de vuestros autores al fin arranca del escondrijo. Los periódicos, al son de trompetas, proclaman que el deporte ha comenzado y sale todo el grupo en su persecución. Pero a veces el autor, como el zorro, corre demasiado ligero y otras demasiado despacio, y de cuando en cuando los lectores pierden la pista. Hay pasajes ásperos donde encuentran pesado el camino; rodeos que no tienen paciencia de hacer. Algunos se paran en un lugar y otros en otro. Uno a

Digitized by Google

uno se separan. La invitación a comer llama a muchos; lo largo o triste del camino a muchos más; hasta que, por fin, de quinientos lectores que salieron al principio, quizás no alcancen a la docena los que se queden "hasta la muerte", esto es, lleguen al fin del libro.

Es claro que sólo al selecto y paciente número de los que han llegado hasta aquí, deseamos hacer saber cuánto agradecemos su cortesía; pues, aun cuando nos dirijimos con gratitud a todos, incluyendo a los que nos han acompañado corto trecho del camino, lo mismo que a quienes han ido despacio en medio de la carrera para encontrarse con nosotros solamente en algunos puntos del campo; aunque no sepamos si esta expresión de nuestro reconocimiento atraerá la mirada de estos últimos.

Dejando la comparación de todas maneras,—para todos nuestros lectores que *vean* estas palabras de despedida, deseamos revelar el siguiente "cuento sencillo y sin barnices".

Cuando nos pusimos a editar de nuevo estas cartas, nuestra principal dificultad era la selección, en las que se hallaban en nuestro poder, del asunto a qué daríamos cabida en nuestro libro.

Después de examen y cálculo tan cuidadosos como nos fué posible, creímos estar habilitados para en esta primera serie, trazar la vida del Dictador Francia hasta el presente. En esta esperanza hemos sido defraudados. Unicamente la habríamos realizado, mediante cercenamiento, después de estar en prensa, de mucho material y de muchos incidentes que creíamos esenciales, tanto para la continuidad del relato, cuanto para la unidad del plan que nos habíamos trazado. Si el público no dispone otra cosa, este plan consiste en publicar sucesivamente colecciones y extractos de muchas cartas y documentos que poseemos, referentes a varias regiones de América y sus habitantes.

En estos dos volúmenes, o primera serie de cartas, no hemos podido llegar más allá de la elección de Francia para la Dictadura del Paraguay. Pero, es nuestra intención, en el siguiente volumen que se titulará *Segunda Serie* destinada uniformemente con ésta a trazar la carrera y terminar la historia de este tirano cruel y mal hombre. El volumen en cuestión contendrá, de manera semejante, referencias a escenas, aventuras y personas que la falta de espacio ha excluído de la serie hoy publicada.

Si pareciere a algunos de nuestros suscriptores haber habido mayor demora que la por ellos esperada en la publicación de estas "Cartas sobre el Paraguay", acaso admitan como excusa para atenuar nuestra culpa involuntaria la siguiente sencilla historia auténtica.

En una de aquellas noches terribles del pasado enero, cuando toda substancia inanimada de la naturaleza se congelaba—cuando las calzadas se cubrían de nieve y las aceras de hielo resbaloso—uno de los autores de estas "Cartas sobre el Paraguay" iba en ómnibus de Londres a Kensington. Tenía su manuscrito bajo el brazo, habiéndoselo entregado el editor después de leerlo. Bajó del ómnibus; pero al subir la acera pisó el hielo, resbaló y cayó. Quedó aturdido un momento por la fuerza del golpe, y cuando se levantó era tan agudo el dolor que abandonó cojeando el sitio de su calamidad sin siquiera un pensamiento para su MS. Sin notarlo, cuando cayó, se le había deslizado de bajo el brazo. Sin embargo, apenas había seguido su camino algunos minutos, cuando surgió ante su convicción extraviada el hecho de que *había perdido su manuscrito*. Volvió al sitio malhadado donde se había caído; se buscó en

Digitized by Google

vano; el MS. no estaba. La mañana siguiente, carteles y periódicos hicieron saber la pérdida y ofrecían la recompensa necesaria; pero nunca volvimos a poner los ojos sobre las hojas perdidas.

Algunos de nuestros amigos hicieron chistes sobre la catástrofe. Uno dijo que el MS. había solamente ido al maletero un poco antes de tiempo, otro que al fin *debe* haber encontrado su camino a Mr. Tegg; mientras un tercero dijo que creía la pérdida ganancia, pues de esta manera nos ahorraríamos el gasto, así como la mortificación, de publicar un libro que jamás sería leído.

Ahora, aunque recordamos que del MS. de Cide Hamete Benengeli, encontró Cervantes la primera parte como envoltura de una libra de manteca, y el resto lo adquirió de un almacenero por pocos maravedises; aunque incapaces de halagarnos con que el mérito del perdido MS., aun si estuviese ahora en la tienda del almacenero, estimularía a un Cervantes para editarlo, nos hemos visto precisados, con los mismos documentos originales a la vista, a compilar de nuevo las setecientas largas páginas que se perdieron irremisiblemente en una noche de invierno.

LOS AUTORES.

Después de escribir esta obra ha llegado a Europa la noticia de la muerte del doctor Francia. Creemos que ha entrado en su año octogésimo u octogésimo primo de edad. Si la noticia se confirma, esperamos estar habilitados para dar, en nuestra segunda serie, algunos detalles auténticos del fin de aquel hombre singular.

6 de Agosto de 1839.

Digitized by Google

APENDICE

Ejemplo del estilo epistolar del Pai Montiel, cura hospitalario de San Lorenzo

Estimado amigo:

La grande obra de la Providencia ofrece en nuestros hogares la prueba más evidente de su amor paternal en distribuir los derechos de igual suerte a sus criaturas.

Nosotros los americanos del Sur, quienes experimentábamos a su divina presencia, la suerte más desgraciada, hoy por sus altas misericordias nos descubre las glorias de nuestros derechos imprescriptibles, y a pesar del poder de tantos enemigos que conspiraban cruelmente para ahogar nuestros derechos, nuestra constancia con la confianza en los brazos de su providencia nos han sellado con las expresiones de su alto cariño en la grande empresa con Montevideo, plaza depositaria y llave de oro de nuestras Américas.

Dios sea alabado, y todos los que han contribuído a este efecto tan interesante, especialmente los que hacían fuerzas navales, por la que siendo como eran ingleses europeos e ingleses americanos, a ellos en la persona de vmd., que no cabe en lenguaje expresión de tanto prodigio, por una nueva tal como esta, que en este instante me aseguran.

¡Viva el Cónsul Francia! ¡Viva la República! ¡Viva Buenos Aires! ¡Vivan los caballeros ingleses europeos y americanos! ¡Viva el comandante Brú! ¡Viva la balandra que condujo tal noticia! ¡Viva don Andrés Gómez! ¡Viva el inglés que dió alcance a la balandra con esta noticia! ¡Viva don Juan y don Guillermo! ¡Viva Pai Montiel para regocijarse al lado de su amigo don Juan Robertson! ¡Vivan — por conclusión — todos los americanos decididos, y mueran todos los europeos españoles con todos sus secuaces! ¡Viva mil veces Pai Montiel para sorberse media docena de copas de Baco en la sala de su amigo don Juan Robertson! ¡Viva, viva, viva!

Su amigo

PAI MONTIEL.

P. O.—La sencillez de los americanos del Sur guarda por mejor política expresarse en papel sin cortar.—*Vale.*

Ejemplo del estilo epistolar del comandante López, de Ñeembucú o Villa del Pilar

Mi dilectísimo amigo y señor:

Quedo impuesto de todo el contenido de su apreciada del 13 del corriente y al paso de serme sensible el accidente de enfermedad suya, de que mediante los divinos auxilios habrá ya recuperado la salud; por otra parte se me imprimió un gran goce con la noticia de la feliz llegada de don Guillermo, en circunstancias de que indispensablemente se hallarán en las glorias que representa la fina amistad de una dulce armonía y fraternidad.

No sé cómo explicar mi gratitud por el beneficio grandioso, y mucho esmero que ha hecho para conmigo en el litis cuya secuela me es notorio puso a manos de un hombre docto y fino; pues me he engolfado en la lectura de la copia del escrito con las sólidas razones que patentizan el derecho.

Agradezco en suma el suplemento de los cincuenta pesos dados al apoderado, y por ahora, ya puede vmd. y para siempre, contarme, no entre el número dichoso de sus amigos, sino de sus leales esclavos. Por ahora no corren noticias algunas de que las que fué vmd. partícipe; y solo me resta decirle que tengo el honor haya venido a tomar mi protección el Cavallero Don Esteban Maria Perichon, con un cuñado suyo, cuyo hermano llamádose Don Cayetano Martínez, fué asesinado, estando en el cuartel preso. Han venido éstos temerosos de que procedan también con ellos los milicianos, cuyo Gefe es Aguiar.

Digitized by Google

Póngame vmd. a la disposición de Don Guillermo; quien, y vmd. no me tenga acá ocioso, pues desea momentáneamente servirles, su leal e invariable amigo,

Q. S. M. B.

JOSÉ JOAQUÍN LÓPEZ.

Ejemplo de estilo epistolar del secretario del comandante

Villa del Pilar (Ñeembucú).

Mi estimado amigo y querido señor:

Con la mayor complacencia y gozo alcé mis ojos a su estimada carta del 31 del pasado mes dirigida al honorable Comandante, en cuya ausencia, y a consecuencia de la confianza depositada por él en mí, abrí su comunicación. El resultado fué muy afortunado, pues el barco llegó el día anterior, y entregué su encomienda y cartas al sobrecargo, Don Hilarión Martínez, recabando recibo por ambos. Este lo despaché inmediatamene para la frontera, donde el honorable Comandante está ahora, para que él aproveche la primera oportunidad de satisfaceros por la transmisión de él, en testimonio de la amistad recíproca que disfrutáis.

Los momentos en que mi corazón ama expandirse son aquellos cuando, por impulso de prudencia o efecto de generosidad, a despecho de mi ignorancia, motivada por falta de estudios literarios, los hombres me hacen el inconcebible honor de confiar a mi cargo comisiones en que sienten un interés: en consecuencia, con activa energía mi espíritu propende a llenar sus preceptos, especialmente cuando son ordenados por un personaje cuya conducta, como la vuestra, invariablemente noble e ilustrada, es testificada por las varias credenciales en que, con regocijo, tan a menudo he reflexionado.

Con este exordio de mi más alta consideración, con toda confianza y desde cualquier distancia, utilice mi absoluta inutilidad, pero inconmensurable buena voluntad que se ofrecen a Vd. cordialmente por un patriota fiel e inalterable amigo, que besa sus manos.

MANUEL MATÍAS ARAUJO.

Poco después de la abrupta dimisión, por el gobierno paraguayo, del enviado de Buenos Aires, don Nicolás Herrera, el último Estado, como acto de retribución a la vez por el tratamiento de su enviado y por sus proposiciones de alianza rechazadas, impuso fuertes derechos a todos los productos del Paraguay. A todas las protestas contra esta medida se prestó oído sordo en Buenos Aires; y como yo escribiese sobre el asunto a mi amigo el señor Herrera, entonces principal Secretario de Estado en aquel lugar, recibí de él la siguiente carta:

"El nuevo derecho, admito, es alto; pero, créame, las circunstancias lo exijen imperiosamente. Si el Congreso paraguayo del 1.o de Octubre hubiese comprendido mejor su propio interés, habría evitado la imposición de un impuesto tan pesado. Pero cada uno conoce mejor sus propios negocios.

"Había en Buenos Aires ((déjeme contarle una anecdotita) un capitán Banfi, célebre por su ingenio y bufonería. Ocupaba el primer piso de una casa, cuyas piezas del piso bajo eran ocupadas por un rico zapatero que tenía una tienda espléndida.

"Banfi observó que los jornaleros, para fastidiarle y echarle a perder su siesta, cantaban fuerte, y hacían un ruido del diablo con los martillos. Cansado de esta incomodidad, el capitán bajó la escalera un día a horas de siesta y con la mayor política suplicó a maestro y oficiales zapateros que le hiciesen el favor de no ser tan celosos en la prosecución de su trabajo y entretenimiento en el tiempo que la gente generalmente necesitaba dormir. Pero los zapateros respondieron: "Que cada uno era libre de hacer lo que guste en su casa".

"Banfi no dijo palabra; pero al día siguiente pidió un gran caldero de agua hirviendo y en la hora de la siesta empezó a regar copiosamente el piso de su cuarto. El agua penetró por las rendijas del piso y cayendo sobre las cabezas de los atareados zapateros, escaldó a algunos y bañó a otros; de modo que, precipitándose en la calle. empezaron, con gritos y aullidos, a protestar contra el ultraje, y amenazaron al capitán con llevarle ante el gobernador. Banfi, que en el balcón estaba esperando el resultado, les contestó con gran flema: "Bien, mis amigos, háganlo; y responderé a la reprensión del gobernador diciendo "que cada uno es libre de hacer lo que guste en su casa"!

Digitized by Google

INDICE

Págs.

Prólogo del traductor 9

Prefacio 15

CARTA I

Observaciones generales.—Política colonial de España.—Lord Beresford.—Origen del entusiasmo por el país.—Reacción . . . 19

CARTA II

¿La guerra de la independencia fué prematura?—Solución de la pregunta.—Gobierno colonial.—Fuerza militar de España en Sud América. 23

CARTA III

Revolución de Buenos Aires.—En el interior.—Muerte del general Liniers.—Su carácter.—Anécdotas suyas.—Revolución del Paraguay.—Revolución del Alto Perú.—El general Elío y Montevideo.—Discordia civil.—Carácter de la guerra.—El general Miller. . 27

CARTA IV

Población española de Sud América.—Nobleza sudamericana.—Educación.—Clero.—Abogados.—Los propietarios de Chile y Perú.—Estancias.—Chacareros.—Agricultores.—Observaciones generales . 32

CARTA V

Primeras tentativas de Legislación sudamericana.—Clases de legisladores.—Constituciones sudamericanas.—El congreso de Lima.—El de Buenos Aires.—S. E. el gobernador.—Poderes legislativo y ejecutivo.—Fuerza naval y militar.—Imposibilidad de conquistar la América del Sur.—Los ingleses en Sud América 39

CARTA VI

Mirada retrospectiva.—Comparación de Norte y Sud América.—Plan de la obra.—Toma de Buenos Aires.—Sus consecuencias.—Embarque para el Río de la Plata.—Bombardeo de Montevideo.—Síntomas de confianza en el pueblo 47

CARTA VII

La sociedad montevideana.—Ratas.—Los dos espías.—Sir Samuel Auchmuty 52

CARTA VIII

Noticias de la expedición Whitelock.—Su llegada.—Zarpa para Buenos Aires.—Pánico de Buenos Aires.—Derrota de Whitelock . 55

CARTA IX

Causas de la derrota en Buenos Aires.—La capitulación.—Dureza del general Whitelock.—Partida para Inglaterra.—Transiciones de la tierra al mar.—Reflexiones 58

CARTA X

Entrada a Río de Janeiro.—La ciudad.—La aduana.—Las calles.—Urbanidad de los negros.—Joyeros.—Alfayates 61

Digitized by Google

Págs.

CARTA XI

Habitantes de Río de Janeiro.—Diferencia entre españoles y portugueses.—La sociedad portuguesa.—Equipajes del rey Juan.—Anécdota 65

CARTA XII

Clase de la población sudamericana.—Los aborígenes.—Mezcla y grados de casta.—Los negros.—Los fidalgos portugueses 68

CARTA XIII

Espectáculo del campo de Santa Ana 70

CARTA XIV

Tormenta en Río de Janeiro.—El Pampero.—Sociedad de Buenos Aires.—Música y baile 72

CARTA XV

Expedición al Paraguay.—Preparativos de viaje a caballo.—Partida para Asunción 76

CARTA XVI

Comida en Luján, carne con cuero.—Viaje a Santa Fe 78

CARTA XVII

Santa Fe y sus habitantes.—Las cartas de presentación en Sud América.—Mi recepción en Santa Fe.—Baños.—La fatiga del viaje . 81

CARTA XVIII

Candioti, el Estanciero de Entre Ríos 84

CARTA XIX

Pasaje de Santa Fe a la Bajada.—La Bajada de Santa Fe.—Viaje de Santa Fe a Corrientes.—Economía Malthusiana.—Una estancia de Candioti.—La perdiz grande.—Avestruces.—Doma de potros.—La hierra 89

CARTA XX

Ruta de Santa Fe a Corrientes.—Los ríos Paraguay, Paraná y de la Plata.—Corrientes.—Hamacas.—Mujeres correntinas . . . 97

CARTA XXI

Entrada en el Paraguay.—Aspecto del país.—Hospitalidad paraguaya.—Don Andrés Gómez.—El sargento escocés.—El rancho de Leonardo Vera. 100

CARTA XXII

Las hormigas y sus tacurús.—Proximidad a la Asunción.—Llegada.—El doctor Vargas 104

CARTA XXIII

La Junta del Paraguay.—Mi recepción.—Más del doctor Vargas.—La ciudad y sus habitantes 107

CARTA XXIV

El mercado de la Asunción.—Pai Mbatú.—Llegada del barco.—El compadre la Cerda.—Doña Juana Esquivel 110

CARTA XXV

Doña Juana Esquivel.—Asunto serio-cómico.—Preparativos para la fiesta campestre 115

CARTA XXVI

Fiesta en Itapúa.—Celebración del día de San Juan Evangelista.—Su fanal e imagen.—Llegada de los invitados: primero de los

Digitized by Google

Págs.

frailes, de los miembros del gobierno, de don Gregorio de la Cerda y sus comadres, de los oficiales cuarteleros, de grupos de varias clases, y del general Velazco, último gobernador español.—Comienzo de la alegría.; el paisanaje paraguayo y la guitarra.—Las fiestas.—Dispersión de la concurrencia 117

CARTA XXVII

Paisaje de Itapúa.—Mi primera entrevista con Francia.—Su rancho.—Sus maneras y conocimientos.—Sus intrigas políticas. . . . 121

CARTA XXVIII

Viaje aguas abajo.—Patrocinio de Don Gregorio.—Su efecto.—Preparativos de viaje.—Indios paraguás.—Salida de Asunción.—Modo de navegar.—Baradura.—La tripulación.—Los marinos.—Preparativos para hacerles frente.—Entusiasmo de los hombres.—Precauciones tomadas.—Escapamos y llegamos a Santa Fe . . . 124

CARTA XXIX

Encargos para el Paraguay.—Arreglo del carruaje.—Llegada a San Lorenzo.—Una seria alarma.—El general San Martín.—Batalla de San Lorenzo 130

CARTA XXX

Regreso a la Asunción.—El ascendiente de Francia.—Arresto y destierro de don Gregorio.—Intrigas de Francia.—Congreso del Paraguay.—Francia, primer Cónsul 135

CARTA XXXI

Los Jesuitas 142

CARTA XXXII

Dificultades que encontraron.—Los Paulistas y Mamelucos.—Establecimientos de las colonias de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio.—Su abandono y destrucción.—Peligrosas aventuras de colonos.—Se restablecen sobre el Ibicuy en las propiamente llamadas Misiones 146

CARTA XXXIII

Su manera de gobernar.—Su primer principio.—Segundo principio.—Detalles de Doblas.—Tercer principio de gobierno.—La comunidad de bienes.—Observaciones de Doblas al respecto . . . 150

CARTA XXXIV

Los jesuitas.—Su expulsión.—Carta de Carlos III al Papa Clemente XIII.—Contestación del Papa.—Parecer del Consejo Real.—Clemente XIV aprueba la conducta del rey de España.—Instrucciones del conde de Aranda al virrey Bucareli.—Medidas de Bucareli.—Sus resultados 154

CARTA XXXV

Los jesuitas.—Estado en que dejaron las Misiones.—Causas de la decadencia.—1.ª, corrupción.—2.ª, mala administración.—Comparación del gobierno jesuítico con el español.—Cuadro estadístico.—Mala administración.—Observaciones de Doblas sobre ésta.—Reflexiones.—Extracto concluyente de Doblas 161

CARTA XXXVI

Viaje a Misiones.—Pai Montiel, el cura hospitalario.—Sus parroquianos.—Los dos caciques.—Mi recepción en el camino.—Vuelta a la Asunción 166

CARTA XXXVII

Los yerbales.—Su local.—Hombres que trabajan en ellos.—Bosques, esteros, etc.—Descubrimiento de un yerbal.—Preparativos coloniales.—El Tatacuá.—El Barbacuá.—Entrega de la yerba.—Acondicionamiento.—Procedimiento de juntar yerba.—Paciencia y la-

Digitized by Google

Págs.

boriosidad de los peones.—Vuelta a Asunción.—Naturaleza y resultados de las operaciones de los yerbales 171

CARTA XXXVIII

Partida para Sud América.—Zarpando de Inglaterra en tiempo de guerra.—Llegada a Madeira.—Descripción de la isla y capital.—Mr. Bellringer.—Burriqueiros.—Vecindad de Funchal.—Los viñedos 176

CARTA XXXIX

Calma en el mar.—Río de Janeiro.—El comodoro abandona el convoy a su suerte.—Carrera a Buenos Aires.—Ratas a bordo.—Se tocan rocas.—Esfuerzo en las bombas.—Se cortan los mástiles.—El naufragio es visto por fariseos y levitas, pero pasamos sin auxilio.—Librados al fin por un judío.—Mr. Jacob, el buen samaritano. 180

CARTA XL

Desembarco en las Provincias Unidas del Río de la Plata.—El general Artigas.—Viaje a Santa Fe.—El mayor de Blandengues.—Cardos.—Llegada a Santa Fe.—Artigueños.—Fumando.—Más de Candioti 185

CARTA XLI

Permanencia en Santa Fe.—Los indios y sus caciques.—Plaga de langostas.—Escasez.—Puesta a precio la cabeza de Artigas.—Comida dada por el gobernador.—Las vizcachas.—Partida para la Asunción 190

CARTA XLII

Viaje aguas arriba.—Salida para Asunción.—Huracán en el Paraná.—Modo de navegar aguas arriba.—Sus incomodidades.—Carneando.—Mosquitos.—Vientos.—El baquiano 193

CARTA XLIII

Paisajes del Paraná.—Camalotes.—Diversiones.—Tigres.—Desembarco en Corrientes.—La familia de Perichon 198

CARTA XLIV

Noticias políticas.—Partida de Corrientes.—Paso del Rey.—Artigueños.—El cura de Ñeembucú.—Pesadilla 203

CARTA XLV

Camino de la costa para la Asunción.—La carta del Comandante.—Viaje por la costa.—Pérdida y recobro de la valija.—Llegada a Asunción 208

CARTA XLVI

J. P. R. reasume y concluye.—La lectura sustituye a la sociedad.—Cervantes.—Baño de lluvia paraguayo.—Un arribo y su celebración.—El perro héroe.—El perro Boatswain de Lord Byron . . . 212

CARTA XLVII

Licencia para salir del Paraguay.—Audiencia importante.—Francia hace digresiones sobre Sud América y la unión entre el Paraguay e Inglaterra.—Encargos del Cónsul.—El Cónsul y su ministro de Hacienda 216

CARTA XLVIII

J. P. R. continúa.—Asunción.—Relaciones amistosas con los habitantes.—Desarrollo del carácter de Francia.—Anécdotas . . . 220

CARTA XLIX

Elección de Francia para la dictadura.—Medidas iniciales.—Anécdota de Yegros, el segundo Cónsul.—Maniobras de Francia.—Institución de su sistema de espionaje.—El espía Orrego.—Natura-

Digitized by Google

Págs.

leza de mis entrevistas con Francia.—Sus conversaciones.—Su manejo con sus paisanos.—Sus hábitos.—Reunión del Congreso.—Francia elegido dictador 224

CARTA L

Los besamanos de Francia.—Su condescendencia.—Cambio de maneras y costumbres.—Asume el título de supremo.—Creciente austeridad.—Paralización del comercio.—Martínez, el secretario de Estado.—Arenga a los españoles.—El Pelado.—El clero.—Elevación del P. Montiel 230

CARTA LI

Preparativos para volver al Paraguay.—Entrevista con Alvear.—A la vela para Asunción.—Candioti, gobernador de Santa Fe.—Mi captura por los artigueños.—Prisión en la Bajada 236

CARTA LII

Vuelta a Buenos Aires.—Visita al cuartel general de Artigas.—Vuelta de la Purificación a Corrientes 246

CARTA LIII

Carta del sargento escocés.—Mi primera entrevista con Francia.—Francia dicta sentencia de destierro 251

CARTA LIV

Tercera visita al Paraguay.—Entrevista con mi hermano y con el Dictador.—Mi destierro 255

CARTA LV

Vuelta a Corrientes.—Conclusión de las observaciones personales. 259

CARTA LVI

Apéndice 263

Digitized by Google

Digitized by Google

TALLERES GRÁFICOS
SCHENONE HNOS.
— & LINARI —
PASCO 735 -BS. AIRES

Digitized by Google

Digitized by Google

Revista de Filosofía — Cultura, Ciencias, Educación

PUBLICACIÓN BIMESTRAL, DIRIGIDA POR EL

Dr. José Ingenieros

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 $ moneda argentina
Exterior, „ 5 „ oro

Redacción y Administración: Av. de Mayo 638—Buenos Aires

"La Cultura Argentina" Ediciones de obras nacionales

"LA CULTURA ARGENTINA" no tiene subvenciones ni vende ejemplares a las reparticiones públicas.

"LA CULTURA ARGENTINA" se edita en el país y vende los libros a precio de costo.

"LA CULTURA ARGENTINA" persigue fines educativos y no es una empresa comercial.

Biblioteca formato mayor $ 2 m/n.

Mariano Moreno.—Escritos políticos y económicos.
General José Ma. Paz.—I. Campañas de la Independencia.
General José Ma. Paz.—II. Guerras Civiles.
General José Ma. Paz.—III. Campañas contra Rosas.
Juan Ma. Gutiérrez.—Origen de la enseñanza pública superior.
Juan Ma. Gutiérrez.—Ensayo sobre Juan Cruz Varela.
Juan B. Alberdi.—Estudios económicos.
Antonio Zinny.—Historia de los Gobernadores. (4 vol.)
Vicente Fidel López.—Manual de la Historia Argentina.
Vicente Fidel López.—La novia del Hereje o la Inquisición en Lima.
Domingo F. Sarmiento.—Conflicto y armonías de las razas.
Bartolomé Mitre.—Rimas.
Mariano A. Pelliza.—La Dictadura de Rosas.
Amancio Alcorta.—La instrucción secundaria.
Manuel Bilbao.—Historia de Rosas
Hilario Ascasubi.—Santos Vega o los mellizos de la Flor.
José M. Ramos Mejía.—Las neurosis de los hombres célebres.
Angel Justiniano Carranza.—La revolución del 39.
Martín García Mérou.—Ensayo crítico sobre Alberdi.
Florentino Ameghino.—Filogenia.
Florentino Ameghino.—Antigüedad del Hombre en el Plata. (I).
Florentino Ameghino.—Antigüedad del Hombre en el Plata. (II).
Vicente G. Quesada.—Vida intelectual en la América Española.
Vicente G. Quesada.—Historia Diplomática Sud-Americana.
Vicente G. Quesada.—La Política del Brasil en el Río de la Plata.
Vicente G. Quesada.—La Política Imperialista del Brasil.
Julio Victorica.—Urquiza y Mitre.
Carlos Octavio Bunge.—Nuestra América.
Carlos Octavio Bunge.—Estudios Filosóficos.
Carlos Octavio Bunge.—Evolución de la Educación.
Carlos Octavio Bunge.—Educación Contemporánea.
Carlos Octavio Bunge.—Teoría de la Educación.
Samuel Haigh.—Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú.
Capitán Andrews.—Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica.
Capitán F. B. Head.—Las Pampas y los Andes.
Roberto Proctor.—Viaje por la Cordillera de los Andes.
Juan y Guillermo Robertson.—La Argentina durante la Revolución.
Basillio Hall.—El General San Martín en el Perú.
Pedro Lacasa.—Lavalle.

Digitized by Google

"La Cultura Argentina" Ediciones de obras nacionales

Biblioteca formato menór $ 1 m/n.

Manuel Moreno. — Vida de Mariano Moreno.
Bernardo Monteagudo. — Escritos políticos.
José I. Gorriti. — Reflexiones.
Juan Cruz Varela. — Poesías completas.
José de Arenales. — Campaña de la Sierra.
Esteban Echeverría. — Dogma socialista y plan económico.
Esteban Echeverría. — La Cautiva.—La guitarra.—Elvira.
Francisco J. Muñiz. — Escritos científicos.
Juan B. Alberdi. — Bases.
Juan B. Alberdi. — Cartas quillotanas.
Juan B. Alberdi. — Luz del día.
Juan B. Alberdi. — El crimen de la guerra.
Juan B. Alberdi. — Derecho Público Provincial Argentino.
Domingo F. Sarmiento. — Facundo.
Domingo F. Sarmiento. — Recuerdos de Provincia.
Domingo F. Sarmiento. — Argirópolis.
Domingo F. Sarmiento. — Las ciento y una.
Marcos Sastre. — El Tempe Argentino.
Bartolomé Mitre. — Ensayos Históricos.
José Mármol. — Armonías.
José Mármol. — Cantos del Peregrino.
José Hernández. — Martín Fierro. — La vuelta de Martín Fierro.
Andrés Lamas. — Rivadavia.
Olegario V. Andrade. — Poesía completas.
Ricardo Gutiérrez. — Poemas.
Ricardo Gutiérrez. — Poesías líricas.
Vicente G. Quesada. — Historia colonial argentina.
Nicolás Avellaneda. — Escritos literarios.
Francisco Ramos Mejía. — El federalismo argentino.
Martín García Mérou. — Recuerdos literarios.
Martín García Mérou. — Estudios Americanos.
Lucio V. López. — Recuerdos de viaje.
Alejo Peyret. — La Evolución del Cristianismo.
Pedro Goyena. — Crítica literaria.
José Manuel Estrada.—La política liberal bajo la tiranía de Rosas.
Miguel Cané. — Juvenilia.
Miguel Cané. — Prosa Ligera.
Miguel Cané. — Charlas literarias.
Miguel Cané. — En Viaje (1881-1882).
Miguel Cané. — Notas e impresiones.
Miguel Cané. — Enrique IV de Shakespeare.
Miguel Cané. — Ensayos.
Miguel Cané. — Discursos y Conferencias.
Santiago Calzadilla. — Las Beldades de mi tiempo.
Florentino Ameghino. — Doctrinas y descubrimientos.
Fray Mocho (José S. Alvarez). — Memorias de un vigilante.
Fray Mocho (José S. Alvarez). — Un viaje al país de los matreros.
Fray Mocho (José S. Alvarez). — En el mar austral.
Fray Mocho (José S. Alvarez). — Cuentos.
Fray Mocho (José S. Alvarez). — Salero criollo.
Agustín Alvarez. — La creación del mundo moral.
Agustín Alvarez. — ¿Adónde vamos?
Agustín Alvarez. — Manual de patología política.
Agustín Alvarez. — Educación Moral. — Tres repiques.
Agustín Alvarez. — South América.
Agustín Alvarez. — La transformación de las Razas en América.
Agustín Alvarez. — Historia de las Instituciones Libres.
Agustín Alvarez. — La herencia moral de los pueblos americanos.
Juan B. Ambrosetti. — Supersticiones y leyendas.
Florencio Sánchez. — Barranca abajo.—Los muertos.
Evaristo Carriego. — Misas herejes.—La canción del barrio.
Raquel Camaña. — Pedagogía social.
Raquel Camaña. — Dilettantismo sentimental.
Carlos Ortiz. — El poema de las mieses.
Carlos Ortiz. — Rosas del Crepúsculo.
José de Maturana. — Naranjo en flor.
José de Maturana. — Canción de Primavera.

Pedidos a VACCARO: Av. de Mayo 638 — Buenos Aires

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

GC 4 M313

Digitized by Google

UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 00889 0264
BOU
MAY 9 1949
UNIV. OF MICH.
LIBRARY

Digitized by Google